

HISTORIA DE LA
CAMPAÑA DE TARAPACÁ
TOMO II.

Es propiedad del editor.

SANTIAGO IMP. CERVANTES

A mis amigos

Gilles Galté

GUERRA DEL PACIFICO.
HISTORIA
DE LA
DE TARAPACA

Desde la ocupación
de Antofagasta hasta la proclamación
de la dictadura en el Perú.

POR

B. VICUÑA MACKENNA.

ILUSTRADA CON PLANOS, RETRATOS, ETC., ETC.

TOMO II.

SANTIAGO DE CHILE
RAFAEL JOVER, EDITOR

CALLE DEL PUENTE, NÚM. 15

1880.

CAPÍTULO I.

LA GUERRA EN SANTIAGO.

Apertura del Congreso Nacional el 1° de junio de 1879. Estado de los ánimos. Ansiedad por la suerte de la escuadra. El capitán de navío don Patricio Lynch se dirige en su busca en el Loa desde Antofagasta y la encuentra en Iquique. Mensaje del Presidente de la República. Justo tributo a los combatientes de Iquique. Floreciente estado del comercio en el país. Nivelación de las rentas. Apocamiento de los espíritus delante de la situación. Tentativa de fundar una “*Sociedad patriótica central*” y su frustramiento. Acta de instalación. Fiestas públicas con que se recibe en Valparaíso a los tripulantes de la *Covadonga*. Entusiasta recepción en Santiago. El capitán Condell y el padre Madariaga en el Santa Lucía. El tributo del estómago. Un obsequio delicado. Funerales en la catedral a las víctimas de la *Esmeralda*. Flojedad de las medidas del gobierno y su desconocimiento del verdadero carácter de la guerra. El general Villagran es nombrado jefe de Estado mayor del ejército, pero no se marcha y cuando se va se vuelve. Se decreta el 29 de mayo el desacuartelamiento de la guardia nacional, con excepción de unas pocas fuerzas en Atacama, Chillan y Valparaíso. No se acepta en esta ciudad los servicios de un cuerpo de voluntarios con el nombre de “*Batallón Portales*”. Se disuelve en Santiago por una etiqueta el batallón movlizado *Carampangue*. Documentos. Curiosos detalles sobre la organización del regimiento *Lautaro* que revela la falsa comprensión de la guerra en el gobierno. Documentos inéditos y justo repudio militar de la provincia de Aconcagua. Se rechazan los ofrecimientos de un oficial del tren de equipajes del ejército francés y no se aceptan los servicios del ingeniero don Federico Stuyen. Organización del regimiento *Santiago* y su partida a Antofagasta con los *Navales* y el *Chacabuco* a mediados de mayo. Los *Carabineros de Yungay* y la brigada de artillería “Francisco Antonio Pinto”. El coronel Saavedra es nombrado jefe nominal de la reserva. Creación de algunas sociedades de servicio patriótico independientes de la iniciativa y acción del gobierno. Comiomisión sanitaria. “Comisión de subsidios” creada por la Municipalidad. “Sociedad Protectora”. Tardía creación de la “Intendencia general del ejército y armada en campaña”.

“Juntos hemos sufrido, juntos hemos vuelto a nuestro país, juntos queremos morir por nuestra patria”.

(Acta de organización del regimiento Lautaro, Valparaíso, abril 26 1879).

I

El Congreso de diputados y senadores elegido en Chile en marzo por el sistema acostumbrado, inauguró sus sesiones, como de ordinario, el 1° de junio de 1879. Los ánimos estaban tristes. Se divisaba el cielo encapotado. La inmensa gloria que surgiera del fondo de las aguas, solo una semana hacia atrás (21 de mayo), no alcanzaba a disipar las hondas preocupaciones del espíritu nacional por la suerte de una guerra que había comenzado en el mar

de que éramos dueños, por un triste bloqueo y por dos sorpresas sucesivas del enemigo, juzgado con razón mucho más débil y hasta vilipendiado como pusilánime. La sorpresa de Chipana el 12 de abril y la sorpresa de Iquique en el día mencionado, habían sido nuestros estreno.

Se ignoraba a esas horas el paradero de la escuadra, ni su rumbo, ni sus hechos, como si sus buques se hubieran convertido en fantasmas del océano. Y de tan justa y profunda ansiedad solo vino a salir el país seis días más tarde, cuando el transporte *Matías Cousiño* se apareció en Antofagasta, el 5 de junio, a las cinco de la tarde, conduciendo pliegos del almirante, en que anunciaba su regreso a Iquique y la continuación del bloqueo después de su fantástico e inglorioso viaje al Callao. El capitán de navío don Patricio Lynch había salido también en el *Loa*, transporte rápido, en busca y demanda de la escuadra en el ancho mar, y por fortuna diera con ella en aquella rada, proveyéndole de víveres y carbón, elementos de que viniera menesterosamente necesitada en medio de mil penurias, contrariedades y desengaños.

II

En consecuencia de esta situación del sentimiento nacional turbado e inquieto, el presidente de la República se limitó en su discurso inaugural a pasar sumariamente en revista los antecedentes diplomáticos que habían precedido a la guerra y justificado la acción de Chile. Dedicó, sin embargo, un noble párrafo a los inmortales combatientes de Iquique que habían encarrilado la guerra naciente por el rumbo del heroísmo y de las victorias. “Un pueblo, dijo el primer magistrado de la nación, que cuenta con hijos como los que han sabido morir gloriosamente en la *Esmeralda*, o como los que con tanta entereza y arrojo han combatido en la *Covadonga*, tiene sobrados motivos para confiar en que los *reveses de la guerra* no quebrantarán su valor y que la *superioridad del enemigo* no le arrebatará el triunfo”.

Había, es cierto, algún apocamiento moral en estas frases al hablar de “reveses” y de la “superioridad” posible del enemigo; pero la justicia a la gloria quedaba hecha, y eso no era común en los estirados y egoístas documentos oficiales de esta república.

III

Por lo demás, el lacónico mensaje daba cuenta halagadora de la situación económica del país que no había sido perturbada de una manera visible por los anuncios de la guerra ni por la guerra misma.

El movimiento mercantil total del país estaba representado en 1878 por una cifra de, 56.961.000 pesos, inferior solo en dos millones al del año precedente. En cambio la exportación de frutos nacionales, base y cúspide de nuestra riqueza pública y privada, había excedido en 5.460.000 pesos a la importación que representa para nosotros la dura ley de los cambios. La cifra total de la exportación nacional había sido de 31.710.000 pesos y la de importación extranjera de 25.250.000 pesos.

La rentas y los gastos interiores habían acentuado también un tanto su nivelación progresiva después del pasado desequilibrio, que alcanzó durante la desgraciada administración financiera del señor Sotomayor (don Rafael), a más de tres millones de pesos.

Las rentas ordinarias de 1878, subieron a 14.109.133 pesos *cinco centavos* y los gastos a 16.654.926 pesos. El déficit vigente era solo de millón y medio de pesos; pero en esto no se tomaba en cuenta los enormes gastos extraordinarios de la guerra.

IV

Tuvo sin embargo lugar en el mismo día de la apertura del Congreso, y en casa del honorable presidente del Senado, don Alvaro Covarrúbias, una reunión patriótica compuesta de los primeros ciudadanos de todos los partidos, encaminada a allegar fondos y a centralizar los socorros destinados al ejército y a la armada en sus víctimas y en sus deudos desvalidos; y esa junta, que se tituló *Sociedad patriótica central*, dio la medida del encogimiento moral que afectaba todos los corazones, latiendo apenas en la atmósfera de plomo que a esas horas gravitaba sobre el país; porque siendo compuesta en su mayor número de los hombres más acaudalados de la ciudad, se dispersó sin tomar ningún acuerdo positivo desde que se solicitó sus erogaciones para el fin a que habían sido convocados, no volviendo a reunirse más desde aquel día. (Véase en los anexos de este capítulo el acta de esta asociación abortada. Solo el presidente de la reunión y su hospedador ofreció generosamente 500 pesos y el señor Domingo Fernández Concha (uno de los asistentes), erogó de hecho 1.000 pesos que sirvieron para la fundación inmediata de la preciosa institución denominada *Asilo de la Patria* de que hablaremos más adelante.)

V.

Experimentó esta disposición meticulosa de los espíritus una transformación considerable cuando se trató pocos días más tarde de tributar justos homenajes a los tripulantes de la goleta *Covadonga*, quienes con su

heroica e imponderable resistencia habían dado lugar a la pérdida total de la fragata *Independencia*, frustrando los felices planes del enemigo dirigidos contra nuestro ejército de Antofagasta; contra nuestro convoy de transportes inermes en esa bahía y contra todos los puertos completamente indefensos de nuestro litoral. No debe olvidarse que la aparición del *Huáscar* en Antofagasta el 26 de mayo, coincidió en horas con la de nuestra flota de transportes conduciendo al regimiento Santiago, al Chacabuco, Navales y otras fuerzas con pertrechos de guerra.

La gloriosa goleta, después de haber sostenido impávidamente un nuevo combate con el *Huáscar* dentro de la poza de aquella ensenada (mayo 26), arribó, mediante la tardanza casual de todas las cosas, solo un mes más tarde al puerto de Coquimbo (20 de junio), donde el patriótico pueblo de aquel vecindario y el de La Serena, que se trasladó en masa a la playa, hizo a sus tripulantes las ovaciones de una loca alegría y del más generoso entusiasmo. La *Covadonga*, desarbolada por los combates que había sostenido, venía remolcada por el *Loa*.

VI.

Por fin amaneció el esquiife doblemente querido de los chilenos, en la rada de Valparaíso el 23 de junio, y una salva real anunció al pueblo el fausto acontecimiento. La población entera se precipitó a los muelles, a la explanada, a la playa, a los divisaderos de los cerros. Los bomberos de Santiago fueron expresamente a formar calle a los héroes, y comisiones de la municipalidad de Santiago, de la Cámara de diputados y de diversas corporaciones, presididos por el entusiasta intendente de Valparaíso don Eulogio Altamirano, se precipitaron al encuentro del bravo capitán que había salvado a su patria, y estrechándole en sus brazos le proclamaron, como a Lautaro, campeón de nuestra historia. La heroica comitiva se dirigió en seguida del muelle a la iglesia del Espíritu Santo, bajo cuya nave se cantó un *Te Deum* de gracias, pasando, los bravos marinos, a la ida y al regreso, bajo arcos triunfales, levantados. por el pueblo, y a la sombra de balcones poblados de hermosas mujeres que entonaban himnos y sembraban de flores el camino de los que habían vencido.

VII.

No fue menos entusiasta la acogida que el pueblo de la capital hizo a los tripulantes de la histórica goleta, trayéndoles el municipio en triunfo desde la estación del ferrocarril a su alojamiento en el Gran Hotel. El capitán Condell y

sus compañeros de la odisea del mar, Orella, Saenz, Valenzuela, el sereno maquinista Cuevas (de los Cuevas de Rancagua) y el impávido grumete Juan Bravo, natural de la parroquia de la Estampa, y héroe popular durante un mes en Santiago, atravesaron el trayecto de la Alameda y de la calle del Estado (la vía de los antiguos triunfadores), con su gorra de mar en la mano, recibiendo los aplausos de la muchedumbre y las coronas de la belleza entusiasmada. En los países en que las mujeres premian espontáneamente el valor, como en Roma, no puede haber cobardes.

Aquella misma tarde les esperaba un frugal refrigerio en el Santa Lucía, este *forum* al aire libre de los regocijos populares de la capital, y esta sencilla ovación, preparada por la Municipalidad, tuvo el más grato carácter de expansión y de fraternidad.

La caracterizó especialmente un incidente poco común en tales casos. En medio del festejo y de sus naturales devaneos, pidió permiso para hablar un fraile de San Francisco, que se hallaba confundido entre el tumulto, y empuñando una bandera de Chile, a manera del lábaro de los cruzados, pronunció una arenga en verso, expresión del entusiasmo sencillo, pero ingenuo y ardiente que desbordaba de su alma:

“Justa, muy santa ovación
A los ínclitos de Iquique!
Que el templo alegre repique,
Que el pueblo entone canción,
Que el tribuno al corazón
Llene de gran entusiasmo
Y el poeta cause pasmo
Del mundo al otro rincón”.

Ese fraile de diminuta figura y de rostro demacrado y austero, era el después famoso capellán del ejército del Norte, fray José María Madariaga, que ha sido comparado con justicia a “Pedro el Ermitaño”, y que murió al poco tiempo por su patria en su claustro de La Serena.

VIII.

Se sucedieron a la recepción popular de las calles y del Santa Lucía una serie de banquetes que inauguró ese mismo día el presidente de la República, invitando a los dos jefes de la goleta, Condell y Orella; y en seguida debieron pasar éstos sucesivamente por los pórticos cubiertos de banderas y de viandas de los clubes de Septiembre y de la Unión (30 de junio y 2 de julio), y de dos

convites más de un carácter público ofrecidos en la Quinta Normal, el uno por la juventud y el otro por el Directorio de la Sociedad de Agricultura. Y sin contar todavía media docena de invitaciones particulares, que repletaron su gloria de guisos chilenos y franceses, se ofreció a los “héroes” (así solo se los llamaba) y a sus familias un baile público en la Filarmónica.

No faltaron, sin embargo, personas que lamentaran aquel verdadero alud del estómago, ofrecido en tributo a bravos y sobrios marinos, a quienes habría estado cien veces mejor que todo ese humo del incienso y ese vapor de las cocinas, una manifestación más duradera y más sólida del aprecio público, como las que, por fortuna y con verdadero desprendimiento, acostumbran países más adelantados que el nuestro, especialmente la culta Inglaterra. Comprendiéndolo así, al menos, un noble y modesto vecino de Santiago, hijo de ingles, que convidó al capitán Condell a un frugal almuerzo, pero al propio tiempo puso delicadamente bajo su plato una rica esmeralda, don simbólico del combate de Iquique, que había costado en París varios miles de francos.

IX.

Justo es recordar también en esta parte que el gobierno no descuidó tributar los últimos honores a los gloriosos muertos del titánico combate, celebrándose en la Catedral suntuosas honras ofrecidas a sus manes el 10 de junio, con asistencia del gobierno, de los miembros del Congreso y del mayor número de los dignatarios del Estado. Otro tanto se hizo en Valparaíso y en varias ciudades de la República.

X.

En medio de esta atmósfera de embriaguez postiza, fatal a las guerras que comienzan y de todas suertes prematura, las operaciones militares sufrían una especie de incomprensible estancamiento. El carro de la guerra parecía volcado a un lado de la senda, y los gladiadores de la plaza pública y los aurigas de palacio se manifestaban dispuestos solo arrastrar con lánguidos brazos y engalanados de flores cogidas en ajenos jardines, el carro de triunfo.

Se tomaban, es cierto, algunas medidas, pero con evidente laxitud y apocamiento.

El 10 de abril era nombrado, en efecto, jefe de estado mayor del ejército de operaciones, el general don José Antonio Villagran, uno de nuestros oficiales generales más competentes para ese servicio; pero el jefe nombrado tardaría meses en hacer sus maletas, y en seguida, después de algunos días de ensayo en el cuartel general, regresaría en el *Rimac* el 27 de junio.

El 9 de abril se otorgaba al cuerpo de bomberos de Santiago el permiso generosamente solicitado de hacer servicio como cuerpo armado, y el 27 de mayo se acuartelaría en Valparaíso el cuerpo de artillería cívica de esa ciudad y plaza de guerra, destinado a guarnecer sus numerosos fuertes. Pero dos días más tarde (decreto de 29 de mayo) ¡cosa increíble! se mandó licenciar todas las milicias acuarteladas en el territorio, con excepción de tres o cuatro cuerpos de línea que sucesivamente y con presión evidente de fuerza, se había mandado crear.

De la misma manera se desorganizaba por una cuestión de etiqueta personal que habría sido facilísimo zanjar y que se llevó el 7 de junio a la Cámara de Diputados, por vía de interpelación, el batallón cívico movilizad de Santiago que mandaba el coronel de guardias nacionales don Zócimo Errázuriz, y el cual se había dado el comprometente título de *Carampangue*; y por la misma estrechez de miras, se negaba a la juventud de Valparaíso la autorización para formar a su costa un batallón sedentario o movilizad que se denominaría *Portales*. (Véanse en los anexos algunos documentos relativos a estas lamentables denegaciones, así como una carta del joven escritor don Daniel Caldera, actualmente empleado en el ejército, en la cual se manifiesta el desdén con que era mirado en esa época (mayo de 1879) el ardimiento bélico de la patriótica provincia de Aconcagua)

XI.

Al propio tiempo se nombraba nominalmente: *conductor de equipajes* a un antiguo comandante de artillería (don Juan de Dios Vial Maturana) sacándole de su retiro; pero no se tomaba absolutamente en cuenta el ofrecimiento que de sus servicios hacía por la prensa un empleado especial de ese servicio en Europa provisto de excelentes certificados, y se desdeñaban las peticiones que reiteradamente hacía para acompañar al ejército un joven mecánico que debiera más tarde prestarle servicios verdaderamente salvadores. (Aludimos en esta parte a ofrecimientos hechos el 12 de mayo por medio de una carta que se publicó en *El Ferrocarril* del 23 de ese mes, por el conductor de equipajes del ejército francés, don Pedro Cerrato, que a la sazón tenía una ocupación lucrativa en la litografía Cadot.

Respecto de los servicios del benemérito ingeniero mecánico y propietario de la fábrica de papel de Buin, don Federico Stiven, que solo fueron aceptados tres o cuatro meses más tarde, publicamos en los anexos de este capítulo una carta suya que acredita su entusiasmo, y tiene fecha de 8 de mayo.)

XII.

Verdad es que además de las fuerzas que llevó el general Arteaga a Antofagasta en abril, se habían mandado organizar unos cuantos cuerpos de

línea, pero algunos de éstos, o eran impuestos por el entusiasmo de algunos voluntarios como los Cazadores del Desierto, cuya iniciativa cupo a un grupo de fogosos franceses, o arrancaban de la necesidad de dar ocupación a los repatriados que habían ido aglomerándose en Valparaíso. De esta circunstancia, pero sin estímulo alguno de parte del gobierno, arrancó en Valparaíso la formación del batallón *Lautaro*, más tarde elevado a Regimiento. (La formación de este importante cuerpo es características de la época. Encontrándose en Valparaíso a fines de abril 500 o 600 repatriados ardiendo en deseos de tomar las armas y sin tener un pan que comer (magnífico material para soldado), los citó a un meeting en los almacenes fiscales el entusiasta industrial don Diego Gacitúa, que había sido durante muchos años administrador del ferrocarril de Pisagua. Tuvo lugar ese meeting el 22 de abril, y allí suscribieron una acta comprometiéndose a formar el núcleo de un batallón 160 o 200 voluntarios. Se asociaron éstos a los jóvenes repatriados don Castor Santa Ana, don Ignacio Díaz Gana, don Alberno Nebel (todos los cuales sirven hoy en el ejército) y especialmente a un digno y valiente mancebo natural de Valparaíso, don Carlos Severin, que fue nombrado secretario y que ha muerto después gloriosamente en la batalla de Tacna.

Cuando eran 300 o 400 los alistados, se presentaron al intendente de Valparaíso ofreciendo servir en cuerpo, y el 26 de abril se les contestó que podían enrolarse donde mejor les pareciera.....

El 28 de abril vinieron 12 de estos voluntarios en comisión y a su costa a Santiago, y cupo al autor de este libro el honor de presentarlos ese mismo día al señor Varas, que desempeñaba el ministerio de la guerra, a consecuencia de no haber llegado todavía a Santiago el general Urrutia. El señor Varas aplazó toda resolución, y solo en mayo se libró el decreto organizando un simple batallón que fue confiado al bravo coronel don Mauricio Muñoz. Poco más tarde, el exceso de repatriados que quedó sobrante solicitó la formación de un segundo batallón cuyo favor obtuvieron (decreto de junio 5) mediante el influjo del señor Echaurren intendente general. Entonces el *Lautaro*, que se disciplinaba en Quillota fue elevado a Regimiento.

En los anexos de este capítulo publicamos algunos curiosos y característicos documentos inéditos sobre la organización del *Lautaro*, que debemos a los señores Severin de Valparaíso, distinguidos hermanos del que trabajó para formarlo y para morir. “Juntos hemos sufrido en el Perú, escribían en una de sus actas de organización, juntos hemos vuelto a nuestro país, juntos queremos ir a morir por nuestra patria.” Y así lo han cumplido.)

XIII.

Entretanto, lo único serio que, con el propósito de formar una reserva, hizo el gobierno de su propia cuenta durante los tres meses corridos de abril a junio, fue crear el regimiento Santiago, que partió para Antofagasta el 19 de mayo, con el coronel don Pedro Lagos, junto con el Chacabuco y los Navales ya organizados, el regimiento *Esmeralda* que se levantó en Santiago y disciplinó en San Felipe el coronel don Santiago Amengual, incorporando en

sus filas unos cuantos generosos jóvenes de la capital, desairados en la disolución del Carampangue, y el regimiento Valdivia que formó también con pililos escogidos de las calles inagotables de la capital, el coronel Gómez Solar y que en seguida por ciertas dificultades quedó reducido a batallón.

La tropa del *Esmeralda* era casi toda de la montaña de Chillan.

XIV.

Dispuso al mismo tiempo el ministro de la guerra con acierto digno de mayor aplauso, que se movilizaran algunas tropas locales de voluntarios, cabiendo principalmente este honor a las provincias de Atacama y del Ñuble, de donde había comenzado a sacarse a granel el reclutaje anónimo para los demás cuerpos.

En cuanto a caballería, se mandó levantar en Santiago un escuadrón escogido que se confió al teniente coronel retirado don Manuel Búlnes y a su hermano el mayor don Wenceslao Búlnes, quienes, acatando gratas memorias, lo denominaron “Carabineros de Yungay”.

En cambio, se dejó morir una brigada de artillería que unos cuantos mozos de buena voluntad se habían propuesto levantar en Santiago con la denominación de *Francisco Antonio Pinto*. El gobierno les dio cañones y nombre; pero nada más.

El núcleo de estas fuerzas representaba más o menos una agrupación de cinco mil hombres, y se confió su mando nominal, como tantos otros de la época, al coronel don Cornelio Saavedra, que había pasado en abril del ministerio de la guerra a desempeñar la comandancia de armas y la inspección del ejército unidas, medida también absurda y de imposible trabajo.

XV.

Tal fue la escasa labor de la guerra en los diversos centros del país, durante el primer trimestre de su primer año de acción.

Debemos agregar que en ese lapso de tiempo se organizaron también algunas sociedades patrióticas y de evidente utilidad, como la *Comisión Sanitaria* (mayo 2), la *Sociedad Protectora* de Santiago (mayo 15), la *Comisión de Subsidios* para la guerra (mayo 22); pero de todas estas asociaciones que traducían el patriotismo innato y no explotado del pueblo, así como la tardía creación de la *Intendencia general del ejército y armada*, decretada el 5 de mayo, que debía usufructuar aquellas, y de la Cruz Roja, que

debió ser su vanguardia y su palanca en el ejército, habremos de tratar en el lugar oportuno y en capítulo por separado.

Vayamos entretanto a presenciar y pasar en revista lo que tenía lugar en el cuartel general de Antofagasta, cantón inmóvil del ejército en campaña, y punto de mira obligado, junto con la bloqueada rada de Iquique, para todos los chilenos, durante los seis primeros meses de la guerra.

ANEXOS AL CAPÍTULO I.

I.

ACTA DE FUNDACIÓN DE LA SOCIEDAD PATRIÓTICA CENTRAL DE SANTIAGO EL 1º DE JUNIO DE 1879.

En Santiago, a 1º de junio de 1879, reunidos los ciudadanos abajo suscritos con el objeto de ofrecer el concurso de su patriotismo para todas las exigencias que la actual guerra impone al país, como asimismo para ofrecer a las diversas sociedades patrióticas que se han organizado en la capital y en otros pueblos de la república un punto y centro común de acción, vigorizando así su propia autonomía con la cooperación recíproca que la presente y otras asociaciones análogas pudieran prestarse entre sí; y empeñados especialmente en promover el socorro inmediato y eficaz de las víctimas de la guerra, acordaron constituirse en *Sociedad Patriótica Central*, bajo la base de respetar la completa autonomía de las sociedades ya creadas, cuyos presidentes serían invitados a formar parte de la presente, y de invertir estrictamente los fondos recogidos, según la voluntad de los erogantes y de las sociedades a que pertenezcan.

Con estos fines acordaron nombrar un directorio compuesto de los señores Alvaro Covarrúbias, Maximiano Errázuriz, Silvestre Ochagavía, Manuel J. Irarrázaval y Pedro N. Marcoleta facultándolos para nombrar un secretario general, para incorporar en su seno a los presidentes de las comisiones que aceptaren la base de la que hoy se funda, y para recibir las erogaciones que los miembros presentes y en general todos los ciudadanos de la república estén dispuestos a hacer por una sola vez o por mensualidades, con lo cual se levantó la sesión. *Álvaro Covarrúbias. Maximiano Errázuriz. Silvestre Ochagavía. Pedro N. Marcoleta. Jerónimo Urmeneta. Zorobabel Rodríguez. Zenón Freire. José Tocornal. Luis Pereira. Adolfo Eastman. Belisario Prats. Diego A. Ovalle. F. L. Zanartu. José Salamanca. José Manuel Guzmán. Marcial González. Domingo Besanilla. Justo Arteaga Alemparte. Alejandro Reyes. D. Arteaga Alemparte. Miguel Dávila. F. De Borja Solar. Adolfo Ibañez. Melchor Concha y Toro. D. Fernandez Concha. Ramón B. Luco. José J. Pérez. J. de Borja Larrain.*

II

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA FORMACIÓN EN VALPARAÍSO DE
UN CUERPO DE VOLUNTARIOS CON EL TÍTULO DE BATALLÓN
PORTALES.

(Estos documentos fueron publicados en una hoja suelta para evitar llegaran a conocimiento del enemigo por los diarios, con el título de *El ex batallón Portales*, y se usaba en ella de un lenguaje moderado de protesta contra el gobierno, significando que no había aceptado aquel ofrecimiento por motivos de política interior.)

(Fragmentos.)

Valparaíso, abril, 21 de 1879.

“Acepto gustoso el noble ofrecimiento que usted hace en representación de los miembros del Circulo de Instrucción, para constituirse en guardia de orden de esta ciudad.

Dígnese, pues, poner en conocimiento de los solicitantes que es ya tiempo de organizarse debidamente, a fin de que estén listos para el llamado que esta intendencia les hará por su conducto, y cuando lo estime conveniente, en resguardo del orden de la ciudad.”

Dios guarde a usted.

E. Altamirano.

Al señor Presidente del Círculo de Instrucción don Camilo Letelier.

Valparaíso, abril 22 de 1879.

“Señor:

“Tengo el honor de acusar recibo de la nota de su señoría, número 657 del día de ayer, y en su contestación me es satisfactorio comunicar a V.S. que la Sociedad del Círculo de Instrucción se encuentra en buen pié de organización, dispuesta prestar los servicios ofrecidos a esa intendencia. Al efecto, cuenta con un número de voluntarios que no bajará de cuarenta distinguidos jóvenes de esta ciudad, dispuestos a servir de oficiales y clases, y con una matrícula de cuatrocientos obreros honrados para formar la tropa del cuerpo.

Pero, deseando la Sociedad que sus servicios sean más eficaces y que el cuerpo se instruya militarmente, no solo para el servicio de la población, sino para salir a campaña, cuando las necesidades de la patria así lo exijan, me permito rogar a su señoría se sirva recabar del Supremo Gobierno la autorización legal que se requiere para la organización de un cuerpo cívico *del arma que el Supremo Gobierno mandare*, nombrando el respectivo comandante.

Mientras tanto, y obedeciendo a la nota de V.S., el cuerpo queda organizado provisionalmente, por acuerdo unánime de los socios, bajo el mando del que suscribe, con la dotación interina de oficiales y tropa de que daré cuenta a V.S. cuando su señoría lo determine, y con la denominación de “Batallón Portales”.

Esperando que su señoría se dignará atender pronta y favorablemente la solicitud de la Sociedad que presido, tengo el honor de suscribirme, de V.S. muy atento y S. S.”

ANTONIO SUBERCASEAUX,
Presidente.

Carlos Bories,
Secretario general.

Al señor intendente y comandante general de armas de la provincia. Presente

Valparaíso, mayo 8 de 1879.

El señor ministro de la guerra, con fecha de anteayer, me dice lo que sigue:

“Impuesto de la nota de V.S. número 915, de fecha 3 del actual, y de la adjunta solicitud que hacen al Supremo Gobierno algunos vecinos de Valparaíso, para formar en esa plaza un *batallón cívico de infantería*, cúpleme expresar a V.S. que este ministerio se halla en el caso de *no poder atender favorablemente*, por ahora, a la formación de dicho cuerpo, en razón *de los muchos que se han organizado hasta el presente en toda la república*.

En esta virtud, se sirva V.S. dar las gracias, a nombre del gobierno, a los firmantes y demás personas a que se refiere dicha presentación, por el patriótico ofrecimiento de sus servicios, los que serán aceptados luego que las circunstancias lo requieran.

Lo transcribo a V.S. para su conocimiento.”

Dios guarde a V.S.

Eulogio Altamirano.

III

CARTA INÉDITA DE UN CIUDADANO DE SAN FELIPE, PROTESTANDO, A NOMBRE DE SU PROVINCIA, CONTRA EL REPUDIO QUE DE SUS SERVICIOS MILITARES HACIA SISTEMATICAMENTE EL GOBIERNO.

San Felipe, mayo 27 de 1879.

Señor don Benjamin Vicuña Mackenna.
Santiago.

Querido amigo:

Me dirijo a Ud., a petición de muchos y muy respetables amigos para que Ud. acepte el honor de patrocinar la causa de los aconcaguinos, cuya conducta ha sido desconocida, cuyos sacrificios han sido olvidados, en las circunstancias porque atraviesa hoy la patria.

No dudo que Ud. haga lo que le pido en nombre de este pueblo, doblemente simpático para Ud., por el cariño que en más de una ocasión ha manifestado por su personal por las mil muestras que ha dado siempre de estar dispuesto a llegar hasta el heroísmo en la defensa de los intereses de la libertad y del país.

Ud. sabe mejor que nadie nuestra historia; Ud. la ha escrito; Ud. ha salvado del olvido muchos gloriosos nombres, muchos hechos inmortales; y por consiguiente Ud. no ignora los sacrificios sin cuento que los soldados de Aconcagua consumaron, con frente serena, en la epopeya de nuestra emancipación: supieron batirse, vencer y morir, donde quiera que la santa causa corrió peligro. No hay tal vez una sola batalla en que los hijos de esta noble provincia no derramasen con gloria su sangre. Portus, Navarro, Traslaviña y mil otros, cuyos nombres tal vez aquí solamente recordamos, nacieron en Aconcagua y en Aconcagua fueron ignominiosamente sacrificados por nuestros enemigos.

En Maipo, y antes en Chacabuco nuestros soldados decidieron tal vez de la victoria. ¡Iban juntos al combate y su regimiento, su batallón, su escuadra o su compañía llevaba el nombre de “Aconcagua”!

Cuando Chile, una vez libre, quiso prestar noble ayuda a los que hoy nos atacan con negra ingratitud, los hijos de Aconcagua no fueron los últimos en ir a derramar su sangre en los campos de batalla, donde el Perú se hizo nación libre, para pagarnos su deuda como lo hace en estos momentos.

En la guerra en que Chile defendió los fueros de los dos pueblos que quieren hacer de Chile un nuevo Paraguay, el batallón “Aconcagua” hizo prodigios de valor, y como imperecedero recuerdo de esa campaña, tenemos aquí, y conservamos con respetuoso cariño, la bandera que sirvió de lábaro a esa legión de héroes, bandera hecha jirones por las balas enemigas que el domingo último abrazábamos todos en la plaza de San Felipe, saludando el triunfo de Chile y las sombras inmortales de los que supieron morir por Chile el 21 de mayo.

El viejo y noble soldado aconcaguino, don Pedro Antonio Ramírez nos contaba en una reunión patriótica el año de 1864, cuando la España insultaba al Perú, que hoy nos ataca, que era para ellos un gran estímulo en la pelea recordar las glorias del batallón que lleva el nombre de la heroica provincia.

¿A qué vienen estas reminiscencias, me dirá Ud.?. Voy a explicárselo. En el momento mismo en que se declaró la guerra en que estamos envueltos, Aconcagua se levantó como un solo hombre, pidiendo su puesto, su merecido puesto, en el peligro: el gobierno pareció por un momento que quiso aceptar la generosa oferta y ordenó la formación de batallones cívicos y de compañías en servicio activo en la provincia. Sin perjuicio de esto, un numeroso contingente fue a ayudar la formación de los batallones que en otra parte se organizaban.

El pundonoroso coronel Valenzuela, gobernador de Putaendo, fue comisionado para disciplinar los soldados de San Felipe. ¡Viera Ud. las escenas que todos aquí han presenciado!. Las madres acompañaban a sus hijos, las mujeres a sus esposos, para ocupar un puesto en las filas, y comisiones compuestas de la gente más honorable del pueblo

recorrían las calles recogiendo donativos. Todos respondían a este llamamiento imponiendo una sola condición: que los hijos de Aconcagua se fueran juntos, llevando el mismo glorioso estandarte que los vio vencer en otros días.

A costa de grandes sacrificios se ha logrado instruir y poner en estado de combate a muchos de mis conciudadanos, y ahora una orden suprema pretende desmembrarlos, para completar batallones que si bien tienen derecho a nuestras simpatías, porque defienden nuestra misma noble causa, no tienen el derecho de anular las glorias que están vinculadas al viejo batallón "Aconcagua" y a la gloriosa reliquia que se quiere dejar olvidada en la mayoría de nuestro cuartel.

En diez días Aconcagua reunirá no solo un batallón sino un regimiento, pronto a sacrificarse por su patria. (Esto quedó ampliamente probado seis meses más tarde.)

Queremos solo una cosa: que los soldados de la provincia heroica, (antes por los hechos que por el decreto que la constituye tal) puedan en la hora del combate sucumbir o vencer juntos, después de haber cambiado sus recuerdos en el vivac, y que nuestros soldados puedan, al morir en el campo de batalla, mandar a sus familias el último adiós envuelto en la postrera mirada que dirijan a su inmortal estandarte; que ha de volver forzosamente a Chile, porque el batallón "Aconcagua" no acostumbra dejar su bandera en poder de los enemigos.

Ud. tiene el indisputable poder que le dan su...; puede hablar y puede escribir. ¡Defienda la causa de los que solo quieren pelear unidos!

En todo caso ninguno de nosotros se excusará de ir al combate por el honor de eso que condensa todo lo que podemos amar aquí en la tierras: ¡por el honor de Chile!

En un momento de entusiasmo le escribe estas líneas su siempre leal amigo.

D. Caldera.

IV.

CARTA INÉDITA DEL INGENIERO DON FEDERICO STUVEN, OFRECIENDO SUS SERVICIOS (QUE DESDE LUEGO NO FUERON ACEPTADOS) EN MAYO DE 1879.

Santiago, mayo 8 de 1879.

Señor B. Vicuña Mackenna.

Muy señor mío y amigo:

Esta mañana cuando tuve el gusto de ver a Ud. en su casa, no me explique talvez como debiera, debido esto a lo apresurado del tiempo.

El cuerpo de mecánicos con sus correspondientes herramientas y a las ordenes le un ingeniero competente, debiera acompañar al ejército y escuadra; tanto para las composturas a bordo que son necesarias en buques que están continuamente sobre la máquina, como para el ejército que necesita de este cuerpo para el arreglo del parque de artillería, pertrechos, carros, etc.

Y sobre todo, es preciso tener presente que la guerra se hace en un desierto en que se carece del agua y esta tiene que *fabricarse*. Supóngase que la toma de Iquique sea un hecho y que el enemigo, como es natural, destruya sus máquinas resacadoras de agua en

este caso es imposible la permanencia de un ejército, si estas máquinas no se *componen inmediatamente*. Aquí el cuerpo de mecánicos estaría en su elemento, y es de indispensable necesidad su formación. Mandar a Valparaíso para arbitrar todos estos recursos es imposible: es preciso que se hagan en el terreno mismo. Éste cuerpo podría enrolar obreros que han trabajado en la Maestranza de Limache y a conocedores en la fundición de cañones, pertrechos, etc., y que serían los más competentes para el manejo de la artillería; es mucho el partido que se podría sacar de hombres acostumbrados a esta clase de trabajos.

Si Ud. escribe algo a este respecto, suplicaría a Ud. no dijese que yo había ofrecido mis servicios: con los pasos que he dado los creo ya suficiente: si me necesitan *que me llamen*: el general Arteaga sabe muy bien esto y se que en todo caso me llamaría para ocupar el puesto que lo creo necesario para el ejército y escuadra.

Aprovecho la ocasión de ofrecerme de Ud.

S.S. y A.

Federico Stoven.

V.

DOCUMENTOS INÉDITOS RELATIVOS A LA ORGANIZACIÓN DEL REGIMIENTO LAUTARO EN VALPARAÍSO, EN ABRIL DE 1879.

Señor Intendente:

Por cada vapor del norte llegan chilenos que después de haber sido atormentados de la manera más vil y cobarde por nuestros fingidos amigos de ayer y enemigos de hoy, desean ardientemente castigar a sus verdugos y vengar con su sangre las injurias inferidas a nuestra dignidad y honor nacional.

Los que suscriben, repatriados algunos, haciéndose intérpretes del entusiasmo patriótico que domina a esos nacionales, se reunieron anoche con el objeto de organizar un regimiento de mil doscientas plazas (1.200) que a la sombra de nuestro tricolor se batirá con nuestros enemigos bajo el nombre inmortal de "Lautaro".

Al mismo tiempo, con el objeto de mitigar la situación desesperada de esos chilenos, cuyas necesidades hasta cierto punto podrían comprometer la moralidad y seguridad pública, acordaron:

1º Buscar un local adecuado para proporcionar albergue y mantención a los chilenos sin recursos que vuelven a su patria y se inscriben en el regimiento.

2º Nombrar comisiones que se encarguen de coleccionar fondos o de recoger erogaciones voluntarias.

Confiamos que US. tendrá a bien acatar nuestros propósitos y acordamos el permiso necesario para hacer las colectas de fondos, etc., etc.

Valparaíso, abril 25 de 1879. *Diego Gacitúa*, presidente. *J. Gregorio Ramírez*, vicepresidente. *Vicente Hidalgo*, secretario. *N. Francisco Severin*, secretario. *L. Castor Santa Ana*, tesorero. *V. Concha Marin*. *A. Flores*. *H. González*. *Vicente Muñoz R. Gonzalo Jiménez Vargas*. *Juan de D. Pérez*. *Carlos F. González*. *Perfecto Albin*. *Manuel Díaz Gana*. *Eulogio González T. Jovino Troncoso*. *Víctor Gutiérrez*. *Cesar Juárez*. *D. Cueva*. *M. Pórtus*. *Remigio Cárdenas*. *J. Jorquera A. Manuel Jofré*. *Venancio E. Concha*.

Señor Intendente:

En contestación a su pregunta verbal, sobre si la organización del “Regimiento Lautaro” sería como de línea o guardia nacional, diremos a Ud. que,

Anoche la junta organizadora acordó autorizar al directorio para exponer a U.S. por escrito que el ánimo de los repatriados y de los que se proponen formar parte del regimiento, es marchar cuanto antes al norte en calidad de “voluntarios de línea”, es decir, renunciando a su cuota de enganche y dedicándola a la adquisición de fusiles.

Valparaíso, abril 26 de 1879.-*Diego Gacitúa*, presidente. *J. Gregorio Ramírez*, vice presidente. *L. Castor Santa Ana*, tesorero. *Vicente Hidalgo*, secretario. *N. Francisco Severin*, secretario.

COMANDANCIA GENERAL DE ARMAS.

Valparaíso, abril 26 de 1879.

Póngase en conocimiento de las personas que firman la exposición que antecede, para los efectos que convengan, que, tanto en el regimiento de artillería de línea, acantonada en esta plaza, como en los cuerpos que actualmente se organizan en la guarnición de Santiago, se necesitan voluntarios que deseen tornar las armas para la actual guerra con el Perú y Bolivia; y que, por consiguiente si los repatriados chilenos se presentan a tomar plaza en dichos cuerpos, sus servicios serán aceptados, podrán así concurrir a la defensa de la patria y ellos salvarán también la situación penosa en que se hallan.

Anótese.

Altamirano.

CAPÍTULO II.

EL CANTÓN MILITAR DE ANTOFAGASTA.

Lenta organización del ejército en Antofagasta y aspecto de paz de esta ciudad durante los primeros meses de la guerra. Manutención del soldado y el costo de su bebida. Instrucción por cuerpos y sus notables adelantos. Inconcebible resistencia de los jefes para organizar divisiones. El arma y el cuerpo de artillería y su importancia en la futura campaña. Notables cartas inéditas sobre esta arma, de los comandantes Velázquez y Dublé Almeida y mayor Salvo. Interesantes capellanes. La “escuela de Cristo” hace más progresos en Antofagasta que la escuela de Marte. El telégrafo a Mejillones y sus peripecias durante cinco meses. Revistas y paradas militares del 1° y 20 de junio y del 1° de julio. El reflejo del alma de Prat. Desaliento que la inacción comienza a producir en los jefes. Descontento del comandante Ramírez y sus revelaciones íntimas sobre la carrera militar. Desertores. Los soldados no quieren “cuidar salitre”. Moralidad del ejército y como ésta encanta al comandante Santa Cruz. El general en jefe pide nuevos refuerzos, y el 19 de mayo parten en el *Itata* y en el *Rimac* el Santiago, el Chacabuco, los Zapadores y los Navales con un buen contingente de reclutas. Manera como se estiba a los soldados en los transportes y riesgo inminente que estos corrieron de caer en manos del enemigo. El ejército está listo, su aspecto marcial y su importancia. Importantes servicios del niño Abdon Estuardo en el campo enemigo, y su escaso premio. Primer viaje del señor Santa María a Antofagasta y desmentido anticipado del *Diario Oficial*. Motivos que justificaban completamente este viaje. El bloqueo de Iquique, y como era mirado éste por nuestros marinos. Su completa inutilidad y su prolongado absurdo. El contra almirante Williams viene al encuentro del señor Santa María, y buena acogida que se le hace en Antofagasta. Desconfianzas. Carta profética del contra almirante Williams en el mes de abril en que anunciaba será *el pato de la boda*. Comienza la leyenda de los *cucalones*. Banquete ofrecido al almirante Williams. Brindis públicos y comentarios secretos. Regreso del señor Santa María a la capital. El señor Godoy es extraído por los peruanos de un buque de la compañía inglesa y enviado prisionero a Tarma. Triste desaire que hace a su persona y a Chile el almirante Rodgers negándole asilo, y notas que se cambiaron sobre este particular.

“Estamos aquí en plena paz y una calma chicha, aparente si Ud. quiere, pues supongo que las tropas chilenas y sus cuatro generales no han venido a cambiar clima en Antofagasta: pero en fin, el estado de cosas lo llamo plena paz, porque no se divisa siquiera la sombra de la nariz de un enemigo con quien batirse; y los soldados pasan una vida regalona. Comen y duermen bien; se bañan en el mar y adquieren robustez para cuando llegue el caso de medirse con los aliados”.

(Carta de Antofagasta, mayo 13 de 1879 publicada en *El Ferrocarril*.)

“San Martín dividió sus tropas en tres divisiones: la de vanguardia a las órdenes del mayor general Soler, la del centro a la de O'Higgins y la retaguardia bajo su propio mando”.

(M. L. y G. V. Amunátegui. *La Reconquista*, pág. 172.)

I

Dejábamos en el último capítulo del primer volumen de esta historia entregado del mando en jefe del cantón y ejército de Antofagasta, al general de división don Justo Arteaga, durante los postreros días de abril; a su antecesor el coronel Sotomayor, sin puesto fijo, y a los generales de brigada Escala y Baquedano, con títulos nominales de jefes de armas. El general Villagran, nombrado jefe de estado mayor general, no se movía de Santiago, y si bien ocupó más tarde su puesto, fue por unos pocos días, regresando disgustado a la capital, a mediados de junio, según antes contamos.

II

Se dedicó el general en jefe con notable laboriosidad a la organización interna de los cuerpos del ejército, para cuyo servicio tenía dotes especiales y acreditadas de antiguo. Pero trabajado, no obstante su patriótica voluntad, por los años, solo le era dado verificar un asiduo e ingrato trabajo de oficina. Un general de 75 años que se veía forzado a dejar su lecho a las ocho o diez de la mañana y a recogerse a su aposento en las primeras horas de la noche, no podía ser adecuado jefe de un ejército joven, brioso, compuesto de voluntarios impacientes y hasta rencorosos, que desde el primer día de su alistamiento pedían una sola cosa: ser llevados al enemigo.

De suerte que mientras los aprestos marchaban con pie de plomo en la capital, reflejándose la mente suprema en el campamento, no adelantaban más rápidamente las operaciones, ofreciendo el más marcado contraste, en uno y otro caso, con el rico, exuberante y generoso ardimiento del país y del soldado, que ni el gobierno general ni sus conductores militares acertaban a poner a contribución de sacrificios, de esfuerzos y de gloria. Una correspondencia de Antofagasta del 13 de mayo, publicada en los diarios de la capital, insinuaba la idea de que ese cantón presentaba el aspecto soñoliento de una colmena de paz, mes y medio después de emprendida la guerra, pareciendo que los generales que mandaban el ejército habían ido más a “cambiar de clima” que a pelear.

III.

Los soldados comían bien, pero por precios exorbitantes que sobrepasaron de 30 centavos por plaza habiendo sido el primer contratista de los suministros la Compañía salitrera, en pro de cuyos intereses se había

emprendido la guerra. El agua para la tropa importaba dos centavos diarios por hombre y seis centavos o más por caballo, valorizándose este solo ramo de provisión en 200 o 300 pesos diariamente, pues los siete u ocho mil hombres que componían el ejército de Antofagasta, consumían cada veinticuatro horas, junto con la población civil, 160.000 litros de agua, que era todo lo que producían las cinco máquinas resacadoras existentes en la ciudad. (Según un cálculo que el coronel Sotomayor ha trabajado para nosotros, las diferentes máquinas de resaca de Antofagasta han producido 4.000 arrobas de agua, de 32 litros por arroba, en esta forma:

Máquina de la Beneficiadora.....	3.000	arrobas.
“ Ochoa.....	700	“
“ Felice.....	350	“
“ de lo Gómez	550	“
“ Perú.....	500	“
TOTAL4.000 arrobas.)		

En el asiento de Caracoles, donde se hallaba de guarnición la mayor parte del 2º de línea, el precioso líquido costaba tres veces más caro, y hemos visto muchas planillas del agua consumida diariamente por una parte de ese cuerpo, que fluctuaba entre 55 y 60 pesos. Tal es el costo de la guerra en el desierto y el importe onerosísimo de la guerra a plazo.

IV.

Se instruía también a los batallones en maniobras de marcha, y rara vez en las de fuego que era lo esencial, porque se quería economizar los cartuchos. Ni jamás se juntaron dos cuerpos para maniobrar en masas, exceptuando en dos revistas de parada que en el curso de varios meses se pasaron y de las cuales daremos cuenta en lugar más oportuno.

Se había metido, no sabemos por que misterio de obstinación y ceguedad, en la cabeza de nuestros generales, que no era preciso agrupar el ejército en divisiones, desconociendo los más obvios principios de la táctica militar desde los romanos que refundían sus centurias y sus cohortes, en legiones, hasta los ejércitos de Bolívar y San Martín que libertaron la América, escalonados en esa forma indispensable de disciplina de marcha y de batalla. Y era en vano citar a los hombres dominantes de la situación en la Moneda y en el campamento, el ejemplo de lo que estaban haciendo a su vista sus propios enemigos, porque habían de insistir en tener los cuerpos diseminados e inconexos, en el número de ocho o diez regimientos y otros tantos batallones.

Resultaba de aquí que el valiente y pundonoroso general Escala, el jefe más tenazmente opuesto a esta medida, se había quedado en el ejército con

una posición vaga e indeterminada como “jefe de las infanterías”; al paso que el general Baquedano, que tanto lustre ha dado a nuestras armas y a su propio nombre al frente de nuestras divisiones, organizadas un año después de comenzada la campaña, se veía condenado al rol de cuidar los caballos de sus cazadores, velando por su pienso y su bebida.

En cuanto a esas expediciones sobre el enemigo, eso ni siquiera era materia de preocupación, ¿ni como habría podido emprenderse operación alguna de cantidad, estando el ejército apelonado en las barracas del cantón, como los frijoles de su rancho, a medio cocer dentro del fondo y del médano?

V.

En el único cuerpo y en el único mando en que se notaban progresos verdaderamente científicos, era en el arma de artillería, arma de guerra que estaba destinado a decidir de la campaña y asegurarnos todas nuestras victorias.

Había sido ese noble regimiento reducido, por cábalas políticas, vinculadas a las últimas elecciones de Presidente, al más deplorable estado, confiándolo a un jefe tan inexperto en su manejo y administración como tenía crédito de buen soldado de infantería. En consecuencia, el cuerpo había sido disuelto y reorganizado al albedrío un tanto rencoroso del gobierno, dispersándose, por culpable malquerencia del jefe de la nación, sus jóvenes capitanes, esperanzas legítimas de la reorganización técnica del ejército de la República. El más notable de éstos por su capacidad, pundonor y energía, el comandante don José Velázquez, se había hecho agricultor en los Angeles; el mayor Novoa, levantado mozo que estuvo prisionero en España, pasó por las tribulaciones de un consejo de guerra; el brillante capitán Salvo se había hecho abogado, y otros que después han muerto gloriosamente al frente de sus piezas, como el capitán Urizar, o recibido el bautismo del fuego con hondas heridas, como el capitán Delfín Carvallo, vagaban en otras filas, o en demanda de difíciles ocupaciones civiles, desalentados y hasta perseguidos.

Pero tuvo el ministro de la guerra, señor Saavedra, en la primera hora de la campaña la feliz inspiración de llamar al servicio al mayor Velázquez, y confiarle la organización, primero, de una batería, en seguida la de un batallón y después de un regimiento; y aunque para todo hubo dificultades, dilaciones, luchas, celos y sobre todo el mal de la vacilación que ha aquejado como una especie de parálisis moral todas las operaciones de esta guerra, el ejército de Antofagasta tenía en los primeros días de mayo 24 cañones, es decir, cuatro baterías, con regulares sirvientes. Algo más tarde (el 20 de junio) llegaron en el *Santa Lucía*, como oportunos auxiliares de éstos, 200 artilleros veteranos

del antiguo regimiento acantonado en Santiago y Valparaíso (Véase entre los anexos de este capítulo las notables cartas que nos escribieron en el mes de mayo los jefes de artillería señores Velázquez, Dublé Almeida y Salvo, a propósito de un artículo publicado en *El Ferrocarril* de fines de abril, en que nos esforzábamos por demostrar que el arma que decidiría de la suerte de la guerra sería la artillería, como ha quedado más tarde suficientemente demostrado. Esas cartas son una historia completa de la reorganización de nuestra artillería, el arma del porvenir y ven la luz pública por la primera vez.)

VI.

Se hallaba el ejército bien acuartelado y bien comido, según dijimos; pero sin agrupamiento científico, sin estado mayor, sin jefes de divisiones y hasta sin ambulancias, porque las tres que se habían organizado en Santiago por la comisión sanitaria, solo llegaron en el *Loa* el 1° de junio. De lo que había sido dotado el ejército con la debida oportunidad era de excelentes capellanes, nobles misioneros, casi todos jóvenes salidos del Seminario, que decían misas militares al campo en el centro de la plaza de Antofagasta en días festivos, al paso que por la noche llamaban con sus campanas a sus vías sacras y novenas a la tranquila población y a los más tranquilos cuarteles. La “escuela de Cristo” había reemplazado mansamente, bajo la bóveda del templo, a la escuela de Marte.

VII.

Por lo demás, la lentitud y el aplazamiento en todo era tan universal, que aun el corto telégrafo militar que debía poner en comunicación a Antofagasta con el importante divisadero de Mejillones, distante doce leguas, a través de un desierto plano, no estaba concluido cuando se presentó en aquella bahía el *Huáscar* en la tarde del 25 de mayo y vino a bombardear ufanamente la plaza y el ejército. De suerte que en tan apurada coyuntura fue preciso comunicar la nueva de su aparición por un expreso que salió de Mejillones a las cuatro de la tarde y llegó al cuartel general a las diez de la noche. Pero ¿que decimos? Esa misma sencillísima faena no había encontrado todavía su remate, cuando, cerca de dos meses más tarde, el 18 de julio, volvió a presentarse el *Huáscar* por segunda vez en Mejillones. Y sin embargo, ese trabajo, que la Compañía salitrera habría ejecutado en dos o tres semanas, prolongando su telégrafo propio desde el Carmen alto a Caracoles (mayor distancia de la de Antofagasta a Mejillones) había sido comenzado hacía cerca de tres meses por el activo e inteligente capitán de la artillería de

marina don Miguel Moscoso, auxiliado por 38 hombres de su cuerpo, 12 carretones y 36 mulas que acarreaban los alambres y el agua para la faena.

Más, habían sido tales los retardos, las confusiones, los trueques de material, la mezquindad omnímoda, que el encargado de la colocación hubo de venir a Valparaíso para reponer los materiales extraviados; y cuando llegaba con ellos a Mejillones y los conducía a tierra en una lancha, el *Huáscar* se echó sobre los alambres y arrojó una parte al agua y llevó una buena porción para remendar y prolongar las líneas telegráficas de la pampa del Tamarugal.... El telégrafo de Mejillones solo vino a estar terminado el 20 de julio con un costo módico de 4.000 pesos, pero en cinco meses contados desde el día en que el diligente oficial a quien cupo su colocación había plantado el primer poste y tendido el primer alambre en el ángulo de las calles de Santa Cruz y de Bolívar en Antofagasta (el 5 de marzo de 1879).

VIII.

Retardados por estos inconvenientes congeniales los progresos de la rápida organización del ejército, la primera revista general de los cuerpos acantonados en Antofagasta solo tuvo lugar el 1° de junio, cuatro meses después de estallada la guerra, y la segunda veinte días más tarde. Describía aquella con animado pincel de colorista el escritor chileno y actual redactor del principal diario de Iquique don Ramón Pacheco, y cercenado el escenario y la paleta, no ocurrió nada de notable en esa primera parada excepto la marcial actitud de las tropas y la destreza, notable ya, de los artilleros. La caballería maniobró espléndidamente, conforme a su costumbre, a las órdenes del general Baquedano. “El desfile del ejército al retirarse a sus cuarteles, decía la descripción ese aquella fiesta militar celebrada en una pampa al sur de la población, fue majestuoso, imponente, sobre todo para los que no hemos presenciado más que las pobres y pequeñas paradas del 19 de Septiembre a la sombra de los eucaliptos y del gomero azul” (Carta de don Ramón Pacheco al autor, Antofagasta, junio 3 de 1879, publicada en el *Boletín de la guerra del Pacífico* núm. 11, del 17 de julio de 1879.)

IX.

El segundo y tardío ejercicio general de las tropas perezosamente acantonadas en Antofagasta, práctica importantísima de guerra que debió repetirse al menos una vez cada semana, se verificó el viernes 20 de junio, y he aquí la animada pintura que hace de ella uno de nuestros escritores nacionales más

versados en cosas de guerra, que ha asistido a todas nuestras campañas desde hace treinta años y se hallaba en Antofagasta como corresponsal de un diario de Santiago (El popular poeta y patriota don Eusebio Lillo corresponsal de *El Ferrocarril*, en carta de Antofagasta, junio 21 de 1879.)

“A la 1 P.M. el ejército se encontró reunido en un campo hacia el sur y distante como un kilómetro de esta ciudad. Formó sus líneas teniendo a su derecha el mar, a su izquierda los cerros que resguardan esta población, al frente una llanura limitada por algunos pequeños montículos de arena, y a su espalda la población de Antofagasta. En la vanguardia se colocó en batalla el cuerpo de artillería, y detrás, en el mismo orden, dos líneas paralelas de infantería. La retaguardia estaba cubierta por la caballería. A lo lejos se situaron las ambulancias, llevando por distintivo las banderas de la cruz roja.

En la primera línea de la infantería, se presentaban los batallones 1º, 2º y 4º, en segunda línea formaban los Zapadores, el regimiento Santiago, los Navales, el Búlnes y el Valparaíso. Entre cada una de esas líneas mediaba un espacio como de cien metros.

A las 2 P.M. llegó al campo de maniobras el señor general en jefe acompañado por su Estado Mayor, y comenzó inmediatamente a recorrer las filas. Concluida esa revista, rompió sus fuegos la artillería, disparando sobre un blanco, colocado a distancia de dos mil quinientos metros. Fue admirable en ese cuerpo la precisión de maniobras y la certeza de sus tiros. Una lluvia de proyectiles levantaban alrededor del blanco nubes de arena y nubes de humo de las granadas que estallaban. Cuando, concluidos los fuegos, se pudo ir a examinar el blanco, se le encontró acribillado de balas y la tierra, en su contorno, toda surcada y revuelta, como si hubiese pasado allí un gigantesco arado.

Después de los certeros fuegos de la artillería, siguieron algunas maniobras de la infantería. Se redujeron principalmente a movimientos en el orden disperso, a fin de presentar menos blanco a los tiros enemigos, pudiendo, sin embargo, dañarlo con nutridos fuegos. Esa manera de combatir, puesta en práctica por el ejército alemán en la guerra franco prusiana, está hoy generalizada en nuestro ejército y ayer nos dio muy buenas pruebas de su pericia. Nos llamó la atención la facilidad, el orden y la sencillez de los movimientos, efectuados por la primera línea de combate, para dar paso a la segunda línea cuando ésta entra al fuego.

Después de los ejercicios de infantería, la caballería entra en acción, dando una impetuosa carga. Esos escuadrones, lanzando sus caballos a escape, producían un efecto imponente. Formaron en sus filas soldados de energías fisonomías, de alta estatura y de hercúleas formas. Al verlos pasar en una carga, se comprende que su choque será formidable.

A las 5 P.M. la gran parada militar había concluido; y esta población que casi toda concurrió a presenciarla, se retiró ensalzando la destreza y la actitud del ejército y cada vez mas segura de que estos soldados enriquecerán con triunfos los anales militares de Chile”.

X.

Parece también que el martes 1° de julio tuvo lugar en la pampa arenosa de Antofagasta situada un poco al sur de la población, una de estas operaciones preparatorias, verdaderos gimnasios de la guerra, aunque de ella no hemos encontrado huella en documentos públicos u oficiales. Pero en una carta de un oficial del regimiento 2° de línea que estaba destinado a morir valientemente en Tarapacá, carta que tiene la fecha del 4 de julio de 1879, encontramos el siguiente pasaje descriptivo:

“El martes hubo revista: formamos en un gran campo que hay al sur de la población, en número de 8.000 soldados. El general en jefe y su estado mayor, de gran parada, pasó la revista: el general es un viejecito....

Figúrate como se vería ese campo y ese número de hombres simulando una batalla con sus tres ambulancias que da gusto y pena ver.

Del Carmen Alto, agregaba el entusiasta oficial, llegó anteayer el 3° de línea que estaba destacado. El mismo día salieron precipitadamente el *Blanco* y la *Chacabuco* y el *Copiapó* 300 soldados de marina para el Toco.

Muchos preparativos se hacen. Pronto pues se decidirá nuestra suerte y me preparo *para imitar en lo posible a Prat*, dando a mi tropa la voz de: *¡A la carga, muchacho, y Viva Chile!* (Carta del teniente Jorge Cotton Williams a su esposa, residente en Caldera. Antofagasta, julio 4 de 1879.)

Y esta ansiedad por marchar, y este reflejo del alma grande de Iquique en los corazones, es la expresión universal de todas las almas en el cantón y el contraste vivo con todo lo que ocurría en las legiones superiores directivas de la guerra. “¿Que hacer?, exclamaba a fines de mayo el bravo capitán San Martín del 4° de línea, dando por perdidos nuestros buques sorprendidos en Iquique. En pocos días más iremos a vengar la sangre de nuestros hermanos”. La impaciencia iba asemejándose a una enfermedad en todos los ánimos.

XI.

Y estos tardíos simulacros de guerra no eran parte, sin embargo para disipar la nostalgia del soldado ni tranquilizar las inquietudes de los hombres de acción que militaban en el ejército: menos todavía la creciente zozobra del país.

Desde el vergonzoso bombardeo de Antofagasta ocurrido el 26 de mayo, que en otra ocasión, así como todas las operaciones marítimas ocurridas hasta el regreso del *Huáscar* al Callao, el 8 de junio, hemos referido en libro diverso pero complementario del presente, el enemigo no había dado tampoco señales de vida, y esto a tal punto que el comandante Ramírez, gobernador militar de Calama, había hecho *almacenar* sus cañones. “Hoy he sabido, nos escribía este meritorio jefe desde Calama, por mis agentes secretos, que en Lipes y Canchas Blancas, distante ochenta o cien leguas de esta plaza, es donde el enemigo esta haciendo acopio de víveres, forraje, etc. para poder emprender su viaje a ésta. Yo dudo de la efectividad de este viaje del general Campero, sin embargo, estamos listos para esperarlo.

Nuestra fuerzas en Calama se las reducido a las dos compañías de infantería, dos de caballería y una pieza de artillería de montaña, pero esta última sin ningún sirviente, pues hoy (abril 30) casualmente marchan para Caracoles el oficial y tropa que la servían, dejando en ésta las piezas y municiones que tendré que almacenar (Carta del comandante Ramírez al autor, fechada en Calama el 30 de abril.

El comandante Ramírez, después ele haber visitado a Chiu Chiu y a Santa Bárbara a fines de abril, escoltado por 25 granaderos, regresó a Antofagasta el 5 de junio, acompañado del mayor de cazadores don Rafael Vargas para tomar el mando de su regimiento.

He aquí las noticias íntimas que aquel desgraciado jefe daba a su esposa, algunos días más tarde (28 de junio) sobre los progresos de su cuerpo y el estado casi abatido de su animo:

Mi constancia en el trabajo para poner mi regimiento a la altura que lo tienen los otros jefes, he podido conseguir que hoy día el 2º regimiento sea considerado como el mejor cuerpo del ejército que hay por acá. He recibido infinitas felicitaciones del general en jefe y de cuantos lo ven trabajar, así que he hecho lo que es de mi deber sin tener la esperanza de recompensa. Estoy decidido a sacrificarme por mi patria que es bastante ingrata para algunos y fanática en recompensas para otros; pero también hay en mi alma una queja que la trazo cada vez que la recuerdo, (la ingratitud de Calama) porque mi honor me exige callar y trabajar. Espero con impaciencia la terminación de la guerra, y después de ella habré terminado mi misión como chileno, y me quedará por llenar la de mi padre de familia que va necesitando ya del reposo en la vida doméstica.”

En cuanto a sus ideas íntimas, a sus desengaños y a sus procedimientos sobre la guerra y la carrera del soldado, he aquí como condensaba tristemente sus impresiones aquel distinguido jefe en esa propia carta del hogar.

“Dile a mi hijo Ricardo que lea esta carta, y que reflexione por ella que si yo recibo buen trato, se me estima, se me elogia y hasta se me ensalza por grandes hombres, y me quejo y con justicia ¿habré hecho bien o mal en aconsejarle que dejase la carrera? Que siga de particular hasta el fin de sus días y no se arrepentirá de haber seguido la carrera de su padre, si es juicioso, arreglado y trabajador, cualidades que él posee sin disputa y que yo le reconozco con justo orgullo”.)

Y así, como *almacenada*, estaba la guerra.

XII.

Por su parte, los soldados mismos comenzaban a ostentar su descontento individual y colectivo, desertando de las filas a que se habían incorporado con tan sano y patriótico entusiasmo de voluntarios. “Ahora, con el retardo de marchar luego a Iquique, escribía un recluta del 3° acantonado en Carmen Alto a su madre, se están aburriendo muchos y han desertado no menos de *cincuenta*, tocando de este número siete de mi compañía y yo y todos los que quedamos esperaremos hasta septiembre si continua así este estado de cosas y *seguir el mismo camino, pues nosotros hemos venido a defender la patria y no a cuidar salitre como nos tienen* (Carta del voluntario F. de P. López a su madre Antonia Sarmiento, dulcera de Santiago. A su turno López desertó en septiembre como lo tenía prometido, y por esos días le vimos en la capital. Pero era tan entusiasta que cuando supo la marcha del ejército a Pisagua volvió a enrolarse en otro batallón y esta haciendo ahora briosa campaña.)

XIII.

Fuera de este natural disgusto, la moral patriótica del ejército y su comportamiento militar no dejaban nada que desear a sus jefes más exigentes. “Es digna de admirar, escribía el comandante de Zapadores don Ricardo Santa Cruz a uno de sus hermanos el 23 de junio, es digna de admirar la moralidad perfecta de este ejército. Parece que basta poner el uniforme a nuestros rotos para transformarlos en sobrios y entusiastas soldados. Apenas si se conocen los reclutas de dos meses de data.

Todos están en estado de batirse con excepción de los mil y tantos que llegaron ayer.

El glorioso combate de Iquique, añadía el noble soldado, cuya alma antigua palpitaba unísona con las de sus compañeros de armas, ha contribuido en mucho para obtener más pronto ese noble entusiasmo difícil de impregnar a los soldados, que si es verdad todos desean batirse, casi nunca acentúan sus convicciones de patriotismo como son las que actualmente manifiestan.

Tenemos un ejército capaz de habérselas con doble número, y *hasta se desea que así fuera*”.

XIV.

Entre tanto ¿que se esperaba para emprender? Primero se había pedido más tropas, y el general en jefe llevó consigo 2.500 soldados. Se exigió en seguida más municiones, y se entregó al parque dos millones largos de cartuchos, cuando el enemigo tenía en Iquique 440.000. Se volvió a pedir un nuevo refuerzo, y el 19 de mayo se hizo a la mar un nuevo convoy con cerca de 4.000 hombres, porque iban estibados en dos buques (el *Rimac* y el *Itata*), el regimiento Santiago, el Chacabuco, los aguerridos Zapadores que llegaban de Arauco, los entusiastas Navales de Valparaíso y hasta 1.200 reclutas. Llegaron estos cuerpos desapercibidamente a Antofagasta y con mar grueso inadecuado para desembarcar, el mismo día en que el *Huáscar* y la *Independencia* debieron aportar a ese paraje, si una proeza inmortal no hubiera interrumpido su itinerario y salvado la República de indecible catástrofe. (Nuestra duda anterior sobre la época de arribo de los Navales y Zapadores a Antofagasta queda ahora suficientemente esclarecida.

En cuanto a la manera como las tropas eran conducidas a su destino, he aquí una revelación gráfica del modo y forma en que esto tenía lugar. Refiriéndose don Isidoro Errázuriz en una carta de *La Patria*, escrita a bordo del *Itata*, a fines de julio se expresaba en estos términos:

“Más de 1.700 soldados habían sido instalados en el “*Itata*”. El batallón Chacabuco, compuesto en su totalidad de reclutas santiaguinos, ocupaba la espaciosa toldilla que corre de proa a popa. Sobre cubierta iban los Navales y Zapadores.

Desde que la expedición zarpó de Valparaíso, los pobres soldados estuvieron expuestos a una lluvia helada y penetrante, y una segunda lluvia, menos confortable todavía, era la que arrojaban sobre los Navales los soldados mareados de la toldilla. No por eso, sin embargo, perdieron los gallardos porteños su buen humor característico; al son de una orquesta improvisada de armónium y otros instrumentos, bailaban unos y otros, cantaban y organizaban estrafalarias serenatas, mientras los más ágiles trepaban los mástiles en alegre bandada.

En medio de la noche despertaron al doctor Grez, que luchaba con el mareo. “Doctor, levántese, que tenemos un hombre enfermo”. El doctor se levanta a duras penas, examina al paciente y se encuentra en presencia de un caso gravísimo de membrana. El peligro era inmenso; la epidemia podía declararse en aquella masa de hombres empapados por la lluvia y escasamente alimentados, y hacer centenares de víctimas antes de alcanzar a tierra. Se necesitaba proceder con rápida energía, y así se hizo. El enfermo fue instalado de un bote y aislado por medio de centinelas, a las pocas horas era cadáver”.)

XV.

El ejército estaba entretanto completo de todo en julio y nada definitivo se aprestaba para sacarlo del tedio desmoralizador de una guarnición en las

arenas. Su personal, su aspecto, su disciplina, todo en él era de primer orden. “No podemos menos de admirar y aun extasiarnos, exclamaba un escritor ilustre que presenciaba en el campamento las diarias maniobras de los soldados, en presencia de los diversos cuerpos del ejército. Sin ir más lejos, ahí están los cuatro regimientos de la antigua línea. Es imposible desear en Chile nada mejor en materia de personal, de disciplina y de regularidad de movimientos. Todos los jueves salen ellos juntos a la pampa, supongo que por acuerdo de sus comandantes, hacer un ejercicio que no tiene más defecto que no ser en combinación. Cada regimiento trabaja por separado. ¡Que tropa de tan sólido y hermoso aspecto! El 4º se distingue por la uniformidad de las tallas, y sus compañías de guerrilleros han heredado la reputación de la famosa compañía del capitán San Martín, que hoy figura como sargento mayor, y tercer jefe al frente del regimiento. El Buin evolucionó muy brillantemente el jueves último, al toque de corneta.

Pero confieso que el 3º de línea, a cuya tropa dan las altas polainas amarillas el aspecto elegante y vistoso de algunos de los cuerpos escogidos de la infantería francesa, es el que más ha llamado mi atención en el ejército. Este cuerpo ha tenido la ventaja de poder injertar, sobre la excelente base de los 400 veteranos que el público porteño vio evolucionar y hacer ejercicio de esgrima de bayoneta, hace cuatro meses en la plaza de la intendencia, no menos de 800 hombres de los repatriados del Perú; gente robusta, inteligente y avezada a las penalidades de la vida del desierto. De este soberbio material ha formado el comandante don Ricardo Castro, a fuerza de laboriosidad y constancia, y gracias también en parte, a una larga residencia en el Carmen Alto, punto favorable a la salud, la movilidad y la instrucción del soldado, un regimiento de que el país puede enorgullecerse y que dará que hablar, créalo Ud., de su destreza y su pujanza en el curso de la campaña”. (Carta citada de don Isidoro Errázuriz.)

XVI.

Pero a todo esto se seguía tranquilamente bloqueando los médanos de Iquique y bloqueando al ejército en los médanos de Antofagasta.

Tanta era a la verdad nuestra tardanza que el enemigo comenzaba ya a dar signos de acometida, y el 15 de junio llegaba a Tocopilla el comandante Vidaurre de la Artillería de Marina, destacado según antes vimos, en las faenas salitreras del Toco y en la aldea fronteriza de Quillagua, con la noticia más o menos acentuada de que el enemigo se movía. Y en efecto, viéndonos empantanados durante medio año en Antofagasta, algo comenzaban a meditar y a poner por obra los jefes de Iquique, según en su ocasión tendremos lugar

de demostrarlo (Entre las medidas acertadas que se tomaron en el cuartel general respecto del enemigo y de sus movimientos, fue talvez la más acertada de todas el envío de un niño que recorrió todo el sur del Perú y recibió después triste pago por su notable empresa. Se llamaba este singular espía Abdon Rey Stuardo, natural de Valparaíso, de 17 años de edad, voluntario de la Artillería de marina. Véase en el anexo la curiosa carta que sobre sus hechos y aventuras nos escribió desde el hospital de Valparaíso a mediados de diciembre de 1879. Es un documento interesante y completamente inédito.)

Este estado de cosas traía al país profundamente disgustado, y en el seno del gobierno mismo parecía reinar la desazón de la inquietud por el bloqueo de Iquique, que no daba un solo resultado práctico y por la tardanza de las operaciones militares que equivalía a un bloqueo en tierra firme. Motivo esta situación el viaje a Antofagasta, más militar que político, del miembro de más empuje del gabinete, el ministro de Relaciones Exteriores don Domingo Santa María, quien, acompañado de don Isidoro Errázuriz y de otros amigos, se dirigió al Litoral en el *Loa* el 22 de junio, remplazándole en su cartera el ministro de justicia don Jorge Huneus. (Decreto del 21 de junio. Era singular que a propósito de este viaje, que se susurraba desde principios de mayo (tanta era la justa alarma del público) el *Diario Oficial* del gobierno hubiese dado editorialmente, el 9 de aquel mes el siguiente desmentido con el título de *Rumores infundados*:

“Algunos órganos de nuestra prensa han reproducido, aunque con reservas, cierto rumor que en estos días ha circulado en la capital sobre un *próximo viaje del señor ministro de relaciones exteriores a Antofagasta*, con el objeto de concertar allí con el señor general en jefe del ejército, nuestro plan de campaña definitivo,

Bien motivada ha estado aquella reserva de los diarios que reprodujeron semejante rumor *pues éste carece completamente de fundamento*. El gobierno *no ha pensado siquiera* en el anunciado viaje de uno de los ministros del despacho, y ello por razones que son demasiado notorias para que sea menester enumerarlas expresamente.

Conviene asimismo advertir, una vez por todas, que son completamente desautorizadas las versiones que se divulgan en público o se insinúan en círculos privados, sobre los planes *militares definitivamente adoptados por el gobierno*.

Nadie conoce esos planes, salvo los funcionarios y empleados sobre quienes pesa la responsabilidad de su elección y ejecución, y el gobierno es bastarte discreto para permitir que se trasluzcan siquiera sus juicios y decisiones sobre un punto tan grave y delicado como es el del plan de campaña que ha de asegurar, sobre la base del valor de nuestro ejército y armada, el triunfo de la causa nacional”.

Un año entretanto ha pasado, ¿Y donde estaban *esos planes* militares tan sigilosamente guardados?

XVII.

No obstante las críticas y las disculpas anticipadas del *Diario Oficial*, el viaje al norte del señor Santa María correspondió a una necesidad de la situación y aun deseo vivamente sentido por el país. La guerra había durado

ya más de cuatro meses, y positivamente no había guerra. Pudiendo haber sido los agresores y habiendo sido dueños de elegir la hora, el lugar y las armas, el enemigo había venido a retornos a nuestros campamentos y arrojado impunemente sus bombas sobre posiciones militares que con un poco de celo debieron artillarse en unas cuantas semanas, empleadas en calentar al sol de la playa los cañones destinados a los fuertes, y cuyas alzas habían quedado *olvidadas* en Valparaíso. Por otra parte, el bloqueo de Iquique completamente inútil desde que los peruanos de Tarapacá tenían franco y abierto de par en par el portillo de Pisagua, verdaderamente desde que se toleraba delante de la proa de nuestros acorazados la fortificación de Arica, comenzaba a ser una especie de insoportable pesadilla aun para este país calmo y benévolo que le gusta del sueño y perdona por lo mismo fácilmente el sueño ajeno. “Todos, todos, exclamaba a este propósito y con cierto acento de justa desesperación un marino que escribía desde la escuadra bloqueadora a fines de junio, todos, marinos y soldados, desean se combine y lleve a efecto un plan enérgico y decisivo. Puesto que el enemigo no quiere presentar combate, busquémosle hasta encontrarle.

Necesitamos quedar en situación, no solo de dividir nuestra escuadra en varias porciones, sino también de movilizar con rapidez nuestro ejército a donde nos convenga. Así inutilizaríamos todo su comercio y quedaría aislada y sin recursos la flor de su ejército. Al presente bloqueamos a Iquique, ocupamos aquí toda nuestra escuadra; la plaza tiene víveres y agua para mucho tiempo, ¿Que esperamos? ¿Su rendición? Es inútil semejante pretensión.

¿Cuántos denuncios no hemos tenido de buques se ocupan de traer municiones de guerra y de boca al puerto de Pisagua. Y de aquí a Iquique no los separa más de 35 millas, ¿que dificultad hay para transportar esos elementos? Ninguna”.(Carta del 26 de junio publicada en *El Ferrocarril* en los primeros días de julio. Dando la prueba, de sus asertos y de la absoluta nulidad y ridiculez del bloqueo; he aquí lo que añadía el franco e inteligente corresponsal:

“El 22 de junio, como a media noche, dejaban las aguas de Iquique el *Cochrane* y la *Magallanes*, quedando en el puerto el *Abtao* y la *Chacabuco* que en el día acababa de tomar fondeadero.

El vapor que venía del norte debía recalar en Pisagua el 23 en la mañana. Efectivamente, poco antes de amanecer lo encontramos al norte de este puerto, le pusimos la proa, siguiendo como él en demanda de Pisagua. Una vez en el puerto, atracaron al vapor varios botes que recibieron de éste, y a vista y paciencia nuestra, varios pasajeros y muchos canastos y sacos con papas, cebollas, etc., etc., todo lo que fue remolcado por nuestros botes y llevado a bordo del *Cochrane*. El vapor venía muy cargado, según hemos sabido, con víveres y aun con municiones de guerra para el ejército enemigo acampado en este puesto.

También tenían en el agua y preparadas como para recibir carga, unas seis lanchas que les descubrimos fondeadas detras de unas rocas que salen del agua, como a 20 metros de la playa. Como hubiese centenares de hombres escondidos es esta parte detrás de las rocas que hay al pié del cerro, para destruirlas no quisimos mandar nuestros botes por no exponer a la gente, resolviéndonos a hacer de ellas el blanco de un ejercicio de cañón de la *Magallanes* y el *Cochrane*.

Efectivamente, el segundo tiro de nuestra cañonera, hecho por el teniente Molina, redujo a astillas a dos de ellas; así siguió la fiesta hasta que desaparecieron todas en un momento”).

¿Y esto era lo que se llamaba bloqueo? lo que el *Diario Oficial* denominaba “planes militares”? ¿Era eso guerra?

XVIII.

Por otra parte, respondía también aquella excursión que llevaba el ojo del gobierno al centro de las operaciones, a un propósito sin duda combinado, porque con diferencia de pocos días llegaban a Antofagasta en el *Blanco* el contra almirante Williams y su asesor obligado el señor Sotomayor. “En las primeras horas de la mañana de ayer, escribía con no bien disimulada alegría don Eusebio Lillo a un diario de la capital el 21 de junio, se presentó en esta bahía el blindado *Blanco Encalada*. Vienen a su bordo el almirante Williams y don Rafael Sotomayor. Una enfermedad del almirante había retardado este viaje, y hemos sabido con sentimiento, que el jefe de nuestra escuadra se encuentra en la necesidad de atender durante algunos días al restablecimiento de su salud quebrantada.

Como un feliz acontecimiento, se anuncia también la próxima llegada de don Domingo Santa María a esta ciudad. Trae, según se asegura, la representación y el pensamiento del gobierno en los asuntos de la guerra. Esta reunión de fuerzas directivas, tan estrechamente ligadas por el amor patrio, dará vigor y dará impulso decisivo a las operaciones de esta campaña.

Se comprende que no está ya lejano el día de la acción, tan ansiosamente esperado. El estudio, el cálculo, la investigación escrupulosa, han casi terminado su tarea; los elementos necesarios se hallan reunidos, la energía de raza y la energía del patriotismo aguardan la señal. Dada éstas, el ímpetu y la bravura de nuestros soldados harán lo demás”. (De la escuadra comunican casi al mismo tiempo esas impresiones consoladoras en los términos siguientes:

En la mañana del día 18, el tope anuncia un humo al N. que pronto reconocimos ser el *Limarí*, uno de nuestros transportes. Venía con el exclusivo objeto de entregar al jefe un pliego cerrado. A las 8 P.M., el Blanco acompañado o más bien seguido de este transporte, dejaba las aguas de Iquique con rumbo al sur. Según se nos asegura, el almirante iba a Antofagasta para ponerse al habla con el general Arteaga y con el ministro señor Santa María que también había llegado a ese puerto”).

XIX.

El contralmirante Williams, no obstante su poca ventura, fue recibido con consideración y cortesía en el campamento militar de Antofagasta, y el día de su natalicio que se hallaba próximo (junio 24) le ofrecieron un banquete. No se ha escuchado todavía la palabra ni la defensa de este jefe, antes tan prestigioso y caído hoy en honda desgracia bajo el peso de graves acusaciones. Pero cumple a nuestro deber anticipar cierta explicación de sus actos y de sus desconfianzas que envió por aquel tiempo a un confidente suyo en Santiago en una carta que nosotros leímos en el Senado en la interpelación que motivó la pérdida del *Rimac*, y en la cual se leían los siguientes proféticos conceptos:

“Mi situación no es todo color de rosa. Aquí me tiene Ud. bregando con un sin número de dificultades, y más que todo, tratando de *conciliar medidas importunas que más de una vez me han colocado en la situación de elevar mi renuncia.*

Si no he llevado a cabo esta determinación es debido al temor de que el país, que como Ud. debe suponer, *no esta al corriente de las miserias de nuestros hombres de Estado*, interprete de un modo desfavorable mi separación. Por lo que veo, yo creo que no llegaré en el puesto que ocupo al termino de la guerra. *Espero únicamente un combate que conserve mi crédito ante el país para elevar mi renuncia.* Que venga otro, mi amigo, que sea más de domesticar que yo, a dirigir estos asuntos en que tantos se mezclan, *siendo uno en todo caso el pato de la boda”.*

J. W. Rebolledo.

(Carta del contralmirante Williams don Mariano Guerrero, Iquique, abril 28 de 1880.)

El contralmirante, como hombre del mar, había comprendido con el fino olfato de las aves que se crían en el piélago, que él sería el *pato de la boda*. Y lo fue en efecto.

XX.

El señor Santa María no tuvo acogida semejante a la del jefe de nuestra marina. Ignoramos hoy por completo los pasos que diera y las medidas que tomara, pero es de creerse que su patriótica y útil cruzada no fue bien comprendida o sospecháronla de ambición algunos oficiales superiores. Aparece a las descubiertas este recelo entre los jefes militares, en una carta del

comandante Ramírez a su esposa, en que le daba cuenta de sus impresiones personales al ser presentado en la noche del 28 de junio al ministro delegado en campaña.

Por lo demás, esas desconfianzas han sido siempre naturales en los vivaques, donde los hombres de levita son por lo general mal vistos. Acababa de caerse al agua en la segunda persecución del *Huáscar* un infeliz joven paisano y elegante dandy de Lima, llamado Antonio Cucalón, y el nombre irreverente pero popular, estaba encontrado, según antes contamos, para los que como él tomasen en adelante participación en las operaciones militares de la guerra.

XXI.

Por fortuna, en el banquete político y oportuno a que hemos aludido y que tuvo lugar el 24 de junio, día de San Juan, había reinado grata y consoladora fraternidad, no pareciendo aquel el festín de la asechanza sino el abrazo de la reconciliación. “El entusiasmo, decía una descripción local de aquel encuentro de los corazones y de las copas, se hizo indescriptible cuando el almirante levantándose pidió una copa en honor del señor Santa María, delegado del supremo gobierno.

Lamentamos no poder trasladar al papel la calurosa y brillante contestación del profundo diplomático y eminente ciudadano, al cordial saludo que este pueblo ya libre, le dirigió. Cada frase, cada pensamiento del ilustre representante del gobierno era acogido con una explosión de aplausos que han debido probar al señor Santa María que el pueblo está seguro y satisfecho, que el supremo gobierno *ha cumplido y cumple su deber*.

Cuando el señor Santa María vio que el cielo del salón estaba cubierto por la bandera nacional, dijo:

Es este cielo formado por nuestro glorioso tricolor que guiará todos los pasos del gobierno: he ahí el cielo donde irá a buscar sus inspiraciones” y no hay palabras con que expresar el entusiasmo de los concurrentes; pero cuando el orador agregó: “Ya no hay partidos políticos; todos los ciudadanos no tenemos más que un solo sentimiento: el honor de la patria que debemos conservar incólume mediante la más estrecha unión y cooperación de todos los chilenos” el entusiasmo rayó en frenesí”. (Sin embargo, en una carta de Antofagasta dirigida por esos días a uno de nuestros más distinguidos facultativos (el doctor Hidalgo) y que obra en nuestro poder, se hacían estas curiosas observaciones de la desconfianza tras los vidrios. “En el brindis de Santa María se ha notado *que siempre pronunciaba el nombre de Williams antes que el del general*, lo que prueba que ha querido que el almirante saliese perfectamente satisfecho. Y así se le conocía porque en un brindis al almirante habló con la mayor franqueza, diciendo que siempre con el mayor empeño la

escuadra prestaría su concurso al ejército, agregando que la marina y el ejército debían marchar unidas para el bien de Chile”.

El banquete había sido ofrecido por las autoridades civiles de Antofagasta al contralmirante Williams y a los oficiales del *Blanco* y de la *Chacabuco*. En cuanto a sus principales invitados, he aquí el orden en que los enumera un diario de aquella ciudad:

Los asientos de honor, después del presidente de la comisión, eran ocupados por el célebre y renombrado almirante señor don Juan Williams Rebolledo, el eminente estadista señor don Domingo Santa María, delegado del supremo gobierno, el ilustre general en jefe señor don Justo Arteaga, el señor auditor de guerra don José Alfonso, el ídem de la armada señor don Rafael Sotomayor, general don Erasmo Escala, coronel don Emilio Sotomayor, secretario general del general en jefe, señor don José Francisco Vergara, señor gobernador don Nicanor Zenteno, comandante del *Blanco* señor López, comandante de la *Chacabuco* señor Viel, luego los más respetables vecinos del pueblo, la brillante oficialidad de nuestra marina y una buena parte de nuestro noble ejército”.)

XXII.

Concluidos algunos arreglos urgentes, sondeados los ánimos y apagadas las luces de los festines, el señor Santa María, con su salud un tanto quebrantada, dio acelerada vuelta a Santiago donde su misión quedó envuelta para todos en el misterio, excepto en cuanto él manifiesto sin rebozo su corta satisfacción por las aptitudes militares para la campaña del general en jefe por anciano y del jefe de la escuadra a virtud de diversas causas que se hallan sometidas a esta hora al juicio controvertible de la historia.

Se anunciaba sin embargo el pronto regreso del señor Santa María a Antofagasta, y esta vez sería para tomar medidas de alto temple de que el país, el ejército y la armada se hallaban por demás necesitados.

XVIII.

Entre tanto, quedaba así enterado el quinto mes de la guerra. El bloqueo de Iquique continuaba.

En Santiago se hartaba de banquetes a los vencedores de Punta Gruesa, y el ejército seguía metido como dentro de un ataúd entre los pardos cerros de la antigua caleta de la Chimba, dilatada entre el Coloso y el Morro Moreno.

Fuera de los sucesos que hemos referido, no había ocurrido otro acontecimiento de nota que la ilegal y violenta extracción ejecutada en la rada del Callao por orden del gobierno del Perú, del joven diplomático que el de Chile enviaba a Colombia, y que plugo a la cancillería del Perú considerar como “contrabando de guerra” El señor Godoy y su secretario Vial fueron, en

consecuencia, encerrados en un sucio pontón y en seguida trasladados a las cordilleras del Perú, designándoles por cárceles la ciudad andina de Tarma.

Discutible es todavía aquel rapto internacional por parte del gobierno del Perú, y tanto más cuanto que el gobierno de Chile parece se hubiera empeñado en justificarlo, haciendo prisionero de guerra en Antofagasta a un ministro boliviano (el doctor Corral) que regresaba del Ecuador con una comisión diplomática completamente fenecida.

Pero el rasgo más triste y deplorable de aquel lance fue el injusto y mezquino desaire que del almirante Rodgers de la marina de Estados Unidos recibiera nuestra bandera y nuestra amistad, negándose aquél a una solicitud de asilo que, conforme a prácticas autorizadas, solicitó de él nuestro perseguido emisario. (Entre los anexos de este capítulo se encontrará las notas cambiadas a este respecto entre el ministro de Chile y el almirante norteamericano.)

ANEXOS AL CAPÍTULO II.

I

CARTAS SOBRE LA REORGANIZACIÓN DEL CUERPO DE ARTILERÍA EN ANTOFAGASTA Y EL ROL DE ESA ARMA EN CAMPAÑA, ESCRITAS EN EL MES DE MAYO POR LOS COMANDANTES VELAZQUEZ Y DUBLÉ ALMEIDA Y EL MAYOR SALVO, DE ESE CUERPO.

I

CARTAS DEL COMANDANTE VELAZQUEZ.
(Fragmentos.)

Antofagasta, mayo 3 de 1879.

Después de batallar, más talvez de lo que tengo que hacer con los peruanos, me tiene Ud. por fin al frente de la artillería en *son de guerra*.

“Ya tenemos listas las tres baterías Krupp, una de campaña y dos de montaña (que es toda la que hay en Chile); tenemos también otra batería de cañones franceses y ametralladoras, en todo *veinticuatro piezas*. El personal de oficiales y sirvientes de este material es escaso todavía; pero muy pronto, según lo he solicitado y se me ha ofrecido, estará todo completo.

Deseo, como es natural, y creo que ya lo he conseguido en su mayor parte, organizar un cuerpo de *artillería que esté a la altura de las exigencias de Chile, de los adelantos modernos de esta arma y del importante papel que tiene que representar ante el ejército en esta guerra*.

Felizmente, mis relaciones con los *verdaderos artilleros*, y el conocimiento que tengo de cada uno de ellos, me han servido en esta ocasión para reunir en un solo grupo esa suma de fuerzas y de inteligencias tan indispensable para la formación de un *cuerpo serio* de esta clase”.

Antofagasta, mayo 29 de 1879.

“Ya los artilleros del norte hicieron algo en esta guerra. Tenemos el gusto de haber impedido que el *Huáscar* echara a pique a la *Covadonga*.

Ayer comieron con los artilleros los marinos de esta gloriosa goleta de nuestra armada. Gran entusiasmo. Mucho gusto. Se derramaron lágrimas por la *Esmeralda* y su comandante.

!Es dulce señor llorar por los héroes”.

II

CARTA DEL COMANDANTE D. DUBLÉ ALMEIDA.

Antofagasta, mayo 2 de 1879.

Los oficiales del ejército en campaña hemos leído con el mayor placer y a la vez con gratitud el artículo tomado de *El Ferrocarril*, publicado en *La Patria* del 25 de abril último, titulado *Algunas indicaciones de actualidad sobre la manera como debemos hacer la guerra al Perú y a Bolivia*, artículo que no llevar firma, hemos creído que es de Ud.

Las reflexiones que encierra esa publicación no pueden ser más exactas. Parece que Ud. hubiese hecho personalmente un estudio de nuestra situación actual; que hubiese vivido entre nosotros en estos últimos tiempos y palpado las necesidades que hay que satisfacer y yerros que enmendar.

El día de la llegada del vapor se veían grupos de oficiales leyendo con entusiasmo el citado artículo, agradecidos todos de la defensa que Ud. ha hecho de sus fueros y admirados de que Ud. lejos del teatro de los sucesos, pudiese adivinar lo que por acá ocurre.

Yo me permito, interpretando los sentimientos de todos y muy principalmente de los oficiales de artillería, dar a Ud. las gracias por las saludables advertencias que su publicación encierra, y a la vez suplicar a Ud. que disculpe un rato de charla que deseo tener con Ud. relativa al mismo asunto.

Desde que se inició la campaña creímos como era natural que se dedicase alguna atención al arma de artillería, pues no se necesita sino haber seguido con algún interés las peripecias de las últimas guerras para comprender que en la actualidad son los cañones, su número, su clase y la competencia del personal que los sirve, los que deciden las batallas y dan la victoria.

Desgraciadamente la guerra con el Perú y Bolivia sorprendió a Chile con su personal de artillería en completa desorganización.

Hoy, señor Vicuña, no existen aquellos jóvenes oficiales de aquella arma que hace quince años se acercaban a Ud. a pedirle libros y a quienes, Ud. con tanto cariño y benevolencia alentaba al estudio. Esos jóvenes que honraban el lucido cuerpo de artillería se encuentran ahora desparramados en distintos lugares de la República, separados del regimiento que tanto amaban, y si es cierto que hoy en la hora del peligro para la patria se

han presentado a darlo todo por ella, también lo es que no se les ha dado colocación donde pueden ser útiles. Casi todos los oficiales de artillería están fuera de los cuerpos de esta arma.

La desorganización del personal de artillería se operó hace cuatro años, cuando se dio el comando de ella a un jefe de infantería por no se que servicios prestados a la política interior del país (negocios electorales.)

Este caballero, adornado de muy buenas prendas, estaba muy lejos de tener conocimiento alguno sobre artillería, no tenía los estudios ni estaba preparado de ningún modo para el aprendizaje de una materia difícil, para manejarse en lo cual se necesitan estudios serios y una larga práctica. Fácil es comprender el efecto que causaría en los jefes y oficiales del arma, algunos de los cuales tenían 25 a 30 años de buenos y leales servicios, el hecho de que un oficial de infantería viniera a mandarlos. Se apoderó de ellos el desaliento y el disgusto, se lamentó que la desmoralización llegase hasta el punto de premiar con el puesto más importante (comandante general de artillería) que tiene el ejército, servicios personales y de círculo, y más que todo les sorprendió que hubiese hombres tan valientes, que se atreviesen a aceptar puestos para los cuales no tenían competencia alguna.

Los jefes y oficiales de artillería se retiraron, unos voluntariamente, otros separados por el nuevo jefe.

Este trajo oficiales de infantería para que lo ayudasen. Así continuaron las cosas hasta este momento que nos sorprende una guerra con dos repúblicas sin que tengamos el principal elemento, la artillería. La desorganización fue completa.

Hoy mismo, si en el desbarajuste que ha habido se hubiesen extraviado las tablas de tiro de los cañones que guarnecen las baterías de Valparaíso, desde el comandante general del arma hasta el último oficial que lo acompaña, no se encontraría uno solo que fuese capaz, digo de formarlas, ni siquiera de determinar el punto en blanco de los cañones.

Esa desorganización que hemos lamentado en silencio, porque la moralidad, la disciplina y sobre todo el amor al orden y al progreso de nuestro Chile nos lo imponían, ha venido por desgracia a purgarse en momentos solemnes para la patria.

Las consecuencias pueden ser fatales si la gente de buena voluntad y que todo lo olvida en presencia de los sucesos que se desarrollan en estos momentos, no se dedicasen con amor y abnegación a hacer presente, como Ud. lo hace, los defectos para que se corrijan y los yerros para que se enmienden.

Va Ud. a sorprenderse de lo que le voy a referir.

Lo que le he manifestado y muchas otras barbaridades, indujeron indudablemente al ministro de la guerra, señor Saavedra, a formar aquí una batería de artillería cuyo mando dio al comandante Velázquez, distinguido jefe del arma y uno de los oficiales que se retiró a trabajar al campo en el tiempo en que se desmembró la artillería, de cuyo retiro lo sacó el grito de guerra que tan simpático eco ha encontrado en el corazón de todos los chilenos. Al mismo tiempo llamó al servicio de esta batería a otros de los oficiales de la especialidad que vagaban en distintos puntos de la República y les entregó los cañones Krupp. Gracias a esta medida, tenemos hoy bien servida una batería de artillería. Pero seis, ocho cañones no son suficientes para las necesidades de esta campaña: necesitamos muchas artillería, y la carencia de ella la hemos estado lamentando en el silencio que impone la disciplina militar, dejando que los directores de la guerra satisfagan las exigencias que ella impone. De aquí que al leer su artículo en que Ud. con tan recto criterio hace presente las necesidades que hay que satisfacer, hayamos aplaudido con entusiasmo su modo de pensar tan en armonía

con el nuestro. Porque debo manifestar a Ud. que estamos muy lejos de acercarnos al número de artilleros que Ud. suponen existen; no hay ni la mitad de ese número. Ud., que puede hacerlo, insista en llamar la atención sobre la materia; que se aumente el material y el personal de artillería; que continúen llamando a los rezagados del arma; que al teniente coronel José Manuel Novoa, oficial de artillería, dado de alta últimamente, se le encargue, como a Velázquez, de la formación de otra batería. Cañones, señor; necesitamos muchos cañones y gente que los sepa servir.

No es ambición ni interés personal lo que nos hace hablar; en el corazón del chileno el sentimiento de amor a la patria ahoga cualquiera otro. Lo que deseamos es que el ejército chileno no sufra ningún revés, y porque esto suceda estamos dispuestos a los mayores sacrificios en cualquier puesto que se nos designe. Y ya que la disciplina nos manda callar, el patriotismo nos obliga a dirigirnos, como yo lo hago con Ud., a un amigo que como nosotros ve los heridas y el modo de curarlas.

El ejército entero ha agradecido a Ud. las observaciones que ha hecho respecto de los ayudantes de campo que se han nombrado para el general en jefe. Ha causado profundo disgusto el nombramiento de varios jóvenes paisanos para el desempeño de esos delicados puestos, infiriendo una inmerecida ofensa y desaire a oficiales distinguidos del ejército que tienen derecho de ocuparlos. Más aun, se les ha dado el grado de teniente coronel que a nosotros para llegar a él nos cuesta 25 y 30 años de nuestra mejor existencia. ¿Por que, señor estas injusticias? ¿Por que causar profundas heridas en los jefes y oficiales de este ejército tan moral, tan disciplinado y sobre todo tan paciente para soportarlo todo?

Y esto se hace en los momentos que más necesita de él la patria, abusando de su patriotismo y de su moralidad.

¿Que papel van a desempeñar estos jóvenes en la campaña, sobre todo en un día de combate? ¿En que pueden ayudar? En nada: serán en todo caso un estorbo. Le aseguro a Ud. señor, que nos da lástima ver este cuerpo de ayudantes de campo del general en jefe; y por ellos se hace desaire a oficiales del ejército que sabrían con inteligencia y lucidez desempeñar los cargos delicados que hoy, a la boliviana, como Ud. dice, se han entregado a jóvenes inexpertos. Y el sargento mayor don Jorge Wood, este brillante oficial, valiéndose de la expresión de un compañero, no tiene colocación, cuando podría desempeñar la que ocupó su padre el coronel Wood, en la campaña del Perú del año 39, cuyos hijos son tan bizarros e inteligentes como él lo fue. ¿Y que confianza, señor, le merecerá a un jefe de regimiento en un día de combate una orden transmitida por uno de esos intrusos? ¿La obedecerá con confianza? No. Si no fuera el temor de alargar mucho esta carta le referiría a Ud. lo que algunos jefes piensan hacer si se hallan en la situación expresada. Pero suponemos que no se cometa la barbaridad de ocuparlos en nada, y dejarlos que pasen y vistan el uniforme.

Ayer ha ocurrido algo gracioso con uno de estos ayudantes de campo delante de muchas personas, y que le manifestará a Ud. los disparates que están dispuestos a cometer.

Se me presentó uno de ellos y me dice:

“El señor general en jefe me encarga decir a Ud. que le mande a su casa a todos los *comandantes de guardia*.

Al oír esto quedé sorprendido.

Señor, le dije, Ud. debe estar equivocado, ningún comandante de guardia puede abandonarla, y el señor general en jefe no puede ordenar lo que Ud. me comunica porque es contrario a las prescripciones del código militar”.

Averiguando todo, resultó que lo que el general pedía era el rol de los jefes de servicio.

Pero, señor, ¿de donde les ha venido este deseo de ser jefes del ejército, de vestir nuestro uniforme y de obtener nuestros grados militares que siempre han mirado con el más alto desprecio? Porque es necesario que sepa, señor Vicuña, que no todos son como Ud. que alarga la mano y con ella una franca y cariñosa amistad a los pobres militares. Es general, señor, que los caballeritos, como los hoy galoneados ayudantes de campo, nos miren con el más alto desprecio, y se crean humillados si miran siquiera a un militar.

Veremos las consecuencias del favor hecho al dinero, no al patriotismo, porque si estos señores albergaran este sentimiento habrían elegido un lugar modesto en el ejército, y no exigido un grado que la nación tiene reservado para premiar largos años de honrados servicios y para los hombres leales, valientes y que bien le sirvan en el ejército..

Pero no son culpables los que solicitan *sino los que conceden*.

No es, pues, extraño que nos veamos ahora suplantados por paisanos, que serán muy buenos comerciantes y mineros, pero que no son militares. Si así siguen estas cosas no extrañe Ud. que lo busque de *empeño* para que me consiga un buen curato donde pueda poner en práctica los pocos conocimientos que tengo de milicia.

Ya esta carta es muy larga y le pongo fin temeroso de que en Ud. se fortifique la idea de que soy díscolo. Si así fuese marchó en buena compañía, con Ud., pues que su artículo ha venido a sacarme del silencio en que la disciplina militar me tenía encerrado.

En todo caso esta carta va dirigida al amigo, y no tiene otro significado que una manifestación de gratitud y de afecto. Rogándole perdone el desaliño con que está escrita, lo saluda con un ¡viva Chile!

Diego Dublé Almeida.

III

CARTA DEL MAYOR DON J. DE LA C. SALVO.

Antofagasta, mayo 20 de 1879.

(Fragmentos).

“Cuando los suspicaces miopes de nuestra tierra hayan visto esa verdad demostrada con numerosas ilustraciones y con testimonio de indispensable autoridad, entonces habrán creído que nosotros no nos inspirábamos en mezquinas pretensiones de hablarles tantas veces en todos los tonos posibles sobre el auge e importancia que se debía dar a nuestra arma. Yo he analizado en varias cartas el rol de ella en las tremendas lecciones que, sin solución de continuidad, dio en la guerra franco prusiana a todos los ejércitos del mundo; pero no dudo que mi voz habrá sido del *Clamantes in deserto*, a pesar de haberla dirigido a quienes podían dar aire a la idea; pero como se perfectamente que en nuestro ejército se mide el pensamiento a cartabón, no me sorprende que el mío haya tenido el rango de lo que pueden tener de talla las tres insignificantes líneas de mi gorra.....

¿Por qué no vienen las baterías de a 8 y 12 de bronce? Que hacen las otras ametralladoras que no caminan a formar en fila con las tres que aquí tenemos? Por que no se envía con urgencia las armas portátiles, vestuario, equipo, caballos, etc., que aun para complementar su diminuta dotación necesita la artillería que Chile va a presentar a la combinada de los ejércitos?

Estoy seguro que si algo falta el país no contará sus escudos para pagarlo”.

II

CARTA DE LOS SERVICIOS PRESTADOS POR EL JOVEN DON ABDON REY STUARDO EN EL CAMPO ENEMIGO.

Valparaíso, diciembre 14 de 1879.

Señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

Muy señor mío y de mi mayor respecto:

Conocedor de que Ud. siempre ha acogido con benevolencia y cariño todo clamor que nazca de persona desvalidas y sin apoyo, no ha vacilado un pobre soldado en buscar su generosa ayuda seguro como está en encontrar en Ud. esa voz de aliento y confianza con que mi alma herida quiere hacer participe al único hombre..... nuestra querida patria. No he vacilado, repito, llegar hacia él con una amarga queja hacia mis superiores que será mi confesión postrimera, por si llegase a sucumbir en la prosecución de la presente guerra en que está envuelta nuestra querida patria.

Para no serle cansado, señor, paso a hacerle un resumen de los hechos que creo merecen ser tomados en consideración por Ud., de mi humilde personalidad. Hijo de Valparaíso y niño aun, pues no cuento más de diez y seis de edad y de madre honrada, no vacilé un momento al grito de ¡la patria en peligro! en correr presuroso a su defensa y dar mi sangre por ella como buen hijo, para castigar de una manera terrible los actos abominables con que el Perú y Bolivia nos han ofendido. Al efecto, encontrándome en el Norte me alisté como voluntario en el regimiento de artillería de marina y nos mandaron de destacamento a Calama. Paso por alto, señor, varios incidentes ocurridos durante el tiempo que permanecí allí a las órdenes del comandante militar de esa plaza don José María 2º Soto. Mi conducto, fue siempre intachable no contando ninguna falta en el cumplimiento de mis deberes, y prueba mi aserto el hecho de haberme mandado en comisión a explorar el campo enemigo.

Partí de Calama a mula, llegando a Tocopilla donde tomé pasaje en el vapor hasta Iquique, y como era imposible poder desembarcar sin ser descubierto, me hice sacar un pasaporte como comerciante italiano, porque le diré que poseo este idioma no con perfección pero si me hago entender. Salté a tierra sin novedad y mi primer cuidado fue imponerme de los elementos del enemigo, su número de tropas, su disciplina, la clase de armamento, sus cañonea, sus sistemas, etc., etc. De allí pasé a la Noria, igual investigación que en la primera plaza. Partí por tierra a Pisagua averigüé todo lo concerniente a elementos bélicos del enemigo. Estuve en Junín, Pabellón de Pica, Mejillones, en todas sus caletas; regresé a Pisagua y tomé el vapor para Arica. Siempre provisto de mi pasaporte, esto vez no como italiano, sino como peruano. Desembarqué en dicho puerto sin novedad, concretándome a hacer las mismas averiguaciones que en los puntos anteriores. De aquí pasé a Tacna y después a Arequipa todo con suma facilidad, gracias a un poco de estrategia que es preciso poner en práctica en casos como esos tan riesgosos. Pero Dios mediante pude salir bien. En Arequipa conseguí sacar pasaporte nuevamente para Arica, no como

italiano ni peruano sino como español, y mediante eso pude burlar la vigilancia de los señores peruanos, tomando el vapor y llegar a Tocopilla bueno y salvo.

En todas estas correrías invertí mes y medio. Pero allí como en lo sucesivo me esperaban muchas decepciones, desengaños como paso a demostrarlo, señor. Me presenté al coronel Vidaurre que es el jefe de mi regimiento, después de hacerle una exposición circunstanciada de mi misión, me contestó; que me había portado muy bien, que estaba muy contento de este servicio y que merecía bien de la patria; y me mandó a comer ¿dónde? ¡al rancho de los demás soldados!..... Primera estocada lanzada medio a medio del corazón, que desencanto señor.

Repuesto un tanto de este golpe, me mandó embarcarme para Antofagasta con pliegos para el general en jefe, señor Escala, el cual me recibió con mucha amabilidad, conferenciando conmigo durante cinco horas, haciéndome volver al día siguiente y vuelvo a reanudar la conferencia por tres horas más. Me mandó a presencia del ministro de la guerra, señor Sotomayor, y éste a donde su hermano don Emilio, y vuelto a donde el señor general, me regaló cincuenta pesos que yo rehusé tomar; pero me mandó que los aceptara y que él los pondría en un banco como efectivamente lo hizo, acompañándome con las palabras sacramentales de que me había portado perfectamente y que me tendría presente, anotando mi nombre en su cartera y mandándome incontinenti a Calama donde mi comandante Soto. ¿Qué tal señor? Con cincuenta, con quinientos o mil pesos, y conduciéndome bien como lo había hecho, se pagaba o se premiaba el mérito! Lo dejo a la alta apreciación de Ud., señor, que califique este modo de recompensar al que expone su vida por su patria. Con su claro talento sabrá darle Ud., señor, el nombre que merece semejante proceder de mis superiores, pues yo no tengo palabras ni menos educación suficiente para expresar el grado de sentimiento que se apoderó de mi alma.

Pero hay más, señor, consecuente con el propósito que me había formado de vencer o morir por mi querida patria, en la actual guerra, acallé los impulsos de mi corazón que me decía: ¡no tienes nada que esperar de tus jefes, pobre soldado! y me dije: ¡adelante! ¡Dios y mi patria! y si los hombres no saben apreciar el mérito, tendré al menos la satisfacción de haber cumplido con mi deber y de morir como sabe morir un chileno, sin mirar atrás. Dispéñeme, señor, esta expansión del alma, que no es fanfarronada sino la pura verdad. Pedí permiso al comandante Soto para incorporarme al grueso del ejército, en atención de habernos venido el relevo por los Cazadores del Desierto y me dirigí a Tocopilla con cuatro compañeros donde nos embarcamos siguiendo viaje hasta Pisagua, donde llegamos después del combate de Dolores y como solo ambicionaba verme de frente con el enemigo, me cupo la suerte de formar parte de la expedición a Tarapacá donde como Ud. sabía, por impaciencia y mala disposición, por nada nos acaban a todos. Inútil me parece entrar a narrarle los infinitos episodios de que fue actor nuestra pequeña fuerza porque eso lo sabrá ya Ud. de mejor origen, y sería cansarlo demasiado, ya que ha tenido la paciencia de seguirme a la ligera en todas mi vía crucis. Para concluir le diré: que su humilde servidor fue contuso por la cureña de un cañón que servía, el que reventó aplastándome, estando el enemigo a media cuadra de distancia; él como salvé, no me se dar cuenta. En la actualidad me encuentro en el Hospital de la Providencia bajo el núm. 16 y muy restablecido ya, apesar de haber perdido mucha sangre, y espero estar mejor para volver al norte y ocupar mi puesto.

De la exposición que dejo narrada y sobre mi expedición al campo enemigo, hay comprobantes que existen en poder del señor general en jefe y otros incidentes, como el haber contribuido al apresamiento de dos espías peruanos en Antofagasta. Como se la

suerte que le aguarda al soldado en campaña, que una vez muerto..... ¡olvidado! no he vacilado un momento en hacerle esta confesión al hombre caballero, justo y generoso cual es Ud., que haga de ella el uso que crea conveniente, una vez que sepa mi muerte en el campo de batalla.

Anticipándole, señor, mis más sinceros agradecimientos por ello, queda de Ud. su mas afectísimo, atento y S S. Q. S. M. B.

Abdon Rey Stuardo.

III

NOTAS CAMBIADAS ENTRE EL MINISTRO DE CHILE EN COLOMBIA DON DOMINGO GODOY Y EL ALMIRANTE DE LA ESCUADRA DE ESTADOS UNIDOS EN EL CALLAO, NEGÁNDOLE ESTE ASILO EN SU BUQUE.

*Rada del Callao, a bordo del Amazonas,
mayo 30 de 1879.*

Señor almirante:

Nombrado por el gobierno de la república de Chile encargado de negocios cerca de los Estados Unidos de Colombia y Venezuela, he llegado anoche a este puerto a bordo del vapor Amazonas, acompañado de mi secretario don Belisario Vial, y bajo la inteligencia de que podría continuar inmediatamente mi viaje a Panamá.

Por desgracia el vapor que debía conducirme al expresado puerto zarpó a las 3 horas P.M., circunstancia que me obligará a permanecer a bordo durante los seis u ocho días que tardará en salir otro vapor con el indicado destino.

El estado de guerra en que se encuentra Chile con este país me hace temer con fundamento que la autoridad local pretenda extraerme de este vapor o de cualquiera otro perteneciente a la compañía inglesa de navegación, o molestarme sometiendo mi persona y la de mi secretario o nuestros equipajes a violencias que nada justificaría, desde que viajo como particular y no llevo conmigo ni nombramiento ni instrucciones escritas, ni documento alguno que manifieste el carácter oficial que invisto.

En esta situación, y teniendo presente las muy amistosas y cordiales relaciones que existen entre la república de Chile y los Estados Unidos de Norte América, vengo a solicitar del señor almirante el asilo bajo en bandera para mí y para mi secretario, protestando desde luego que mi gobierno, al ser instruido de la favorable acogida de esta petición, verá en ella una prueba más del aprecio y del afecto que le ligan al gobierno de los Estados Unidos de América y procederá en casos análogos con la reciprocidad debida.

Tengo el honor de presentar, con este motivo, al señor almirante el homenaje de las consideraciones distinguidas con que me suscribo A. S. S.

D. Godoy.

Al señor almirante jefe de la escuadra de Estados Unidos en el Callao.

TRADUCCIÓN.

BUQUE ALMIRANTE “PENSACOLA” DE LOS ESTADOS UNIDOS.

Callao, 30 de mayo de 1879.

Señor:

Tengo el honor de acusar a usted recibo de su carta de esta fecha, por la que me informa su llegada al Callao desde Chile en el vapor de la mala inglesa *Amazonas*, y me solicita para que le proporcione asilo y protección a bordo de este buque, porque usted tiene motivos para temer que las autoridades de la plaza le molesten o le pongan preso.

Las relaciones de mi país con las repúblicas de la América del Sur, son tan cordiales que seré siempre feliz en manifestar mi respeto y mi buena voluntad para con sus representantes, en la extensión de mi poder.

Vuestra excelencia comprenderá, sin embargo, que, cuando un buque de guerra ha recibido la bienvenida y encontrado un abrigo en el puerto principal y el centro naval de un país activamente comprometido en una guerra, sería manifiestamente impropio el hacer de ese buque un lugar de asilo o de abrigo, para agentes procedentes de los enemigos de ese país.

Si las autoridades peruanas consienten en que usted permanezca aquí, tendré gran gusto en prestarle cualquier servicio que pueda; pero cometería una falta evidente, al usar del abrigo de un puerto peruano para frustrar los *votos* o la *política* del gobierno peruano.

Con mucho sentimiento de no poder acceder en este momento a la proposición de vuestra excelencia, tengo el honor de ser,

Su muy obediente servidor.

C. R. P. Rodgers,

Contralmirante comandante en jefe de las fuerzas de los Estados Unidos en el Pacífico.

CAPÍTULO III.

LA "PILCOMAYO" EN TOCOPILLA.

(julio 6 de 1879).

Asombrosa actividad marítima que desplegara los peruanos mientras nuestros buques se pudren en el bloqueo. El *Talismán* realiza su *tercer viaje* a Panamá y el *Chalaco* regresa de ese puerto repleto de armas. El *Oroya* lleva elementos de guerra a Mollendo y a Arica. Conduce tropas a Sama, a Ite y a las quebradas de Vito y Camarones. Regresa a Mollendo y transporta a Arica el batallón de línea número 9. Llega la *Pilcomayo* del Callao conduciendo los rifles comprados en Estados Unidos para los bolivianos. Alegría de Daza, que reparte en persona a sus tropas las nuevas armas. Forman los aliados el hábil plan de hostilizar la costa a sotavento de Iquique para intentar un golpe de mano sobre ese puerto. La *Pilcomayo* y el *Oroya* transportan a Pisagua la división Villamil y en seguida dirígese el primero de esos buques a Tocopilla. Aparece en este puerto el 6 de julio, intima a la guarnición, destroza trece lanchas y quema el bergantín *Matilde Ramos*. El *Blanco* que ha regresado de Antofagasta a Iquique el 3 de julio, vuelve a salir para el sur el 5. Se ocupa en pescar una tortuga mientras la *Pilcomayo* hostiliza, casi a su vista, a Tocopilla. Emprende la persecución de la cañonera peruana, y ésta se escapa. Regocijo con que es recibida en Arica. Paseo a su bordo de los generales de la Alianza. Operaciones destructoras del *Blanco* en su regreso de Antofagasta al norte. Guerra de tortugas.

“No teniendo elementos con que impedir la destrucción de las lanchas y no siendo posible, por otra parte, comprometer la población, contesté al teniente parlamentario que podían desde luego emprender su obra de destrucción, pero que estaba dispuesto a impedir cualquier intento de desembarco”.

(*Parte oficial del comandante militar* de Tocopilla don J.F. Urcullu. Tocopilla, julio 6 de 1879).

I

Mientras los banquetes coincidían en Antofagasta y en Santiago, trocados en estómagos los dos órganos vitales de la guerra, y ésta en indigestión, los diligentes y astutos peruanos se aprovechaban a las mil maravillas de nuestra estólida calma y de nuestro descomunal regocijo, encomendado a los vientres.

El 24 de junio, en efecto, es decir, en el mismo día del festín de San Juan en Antofagasta, llegaba a Panamá en su *tercer viaje* de acarreo impune de armas el transporte *Talismán* y en el camino de ida se cruzaba con el *Chalaco*, que regresaba de aquel puerto más enemigo que neutral con un

valioso cargamento de rifles. El *Chalaco* anclaba en el Callao el 26 de junio y descargaba sus pertrechos en los momentos en que el *Talismán* abría sus escotillas en Taboga para recibir los suyos.

Y mientras doscientos obreros, trabajando día y noche, alistaban afanosos el *Huáscar* para su segunda cruzada, y la *Pilcomayo* quedaba en disponibilidad para dirigirse a Arica llevando el armamento traído por el *Chalaco*, el transporte ligero *Oroya* dejaba aquella rada para verificar a su albedrío, como todos los buques del enemigo, juntos o dispersos, las más importantes comisiones. (He aquí como la prensa de Chile (el *Mercurio* del 7 de julio) daba cuenta de estos movimientos del enemigo.

“El 26 de junio llegó al Callao el *Chalaco*, procedente de Panamá, con armamento de todo género: se aseguraba que traía 10.000 rifles Remington para el Perú y Bolivia, ametralladoras, balas para romper blindajes, etc. y además víveres.

El 29 o 30 había salido la *Pilcomayo* del Callao, el *Amazonas* le dio alcance en Mollendo a las 9 de la mañana siguiente.

Después de una hora de permanencia en dicha bahía salió para Arica donde llegó en la madrugada del 1º.

Este buque trajo armamento para 5.000 bolivianos. El 2 debió repartirse dicho armamento a 4.500 hombres traídos por el presidente Daza”.)

II

Había dejado, en efecto, el *Oroya* su fondeadero del Callao, cargado de víveres y de municiones el 19 de junio; el 21 tocaba en Mollendo, y navegando siempre con mar gruesa por la proa, llegaba el 22 a Arica.

Se presentaron entre los primeros a bordo, junto con los pilotos, los generales Prado y Daza, para activar la descarga del buque que continuó durante la noche; más habiéndose notado mar afuera luces sospechosas, se alejó el transporte del fondeadero con sus faroles apagados, y solo regresó al día siguiente para dar fin a su tarea. Fue parte de ésta ir de una bordada a Pisagua el día 24 y desembarcar, casi por encima de las proas de los buques bloqueadores, 460 bultos de elementos de guerra, en cuya operación tardó apenas dos horas.

III.

Se hallaba el ágil y bien gobernado transporte peruano otra vez en Arica el 25, y en ese mismo día a la una de la mañana tomaba a su bordo el batallón Artesanos de Tacna, fuerte de 400 plazas, al mando del coronel Hernández y lo dejaba en la caleta de Sama que hasta ese momento se hallaba desguarnecida. Marchaban estas fuerzas acompañadas por 100 flanqueadores

que servirían más tarde a las guerrillas del coronel Albarracin, quien iba con ellos.

IV.

Continuó el *Oroya* su viaje al norte hasta Mollendo, a cuya abierta y tempestuosa rada llegó el 27 de junio, y en ese mismo día embarcó el batallón de línea número 9, que mandaba el coronel arequipeño Barriga, el mismo que cayera después al frente de su tropa en el Alto de Tacna. Constaba esta tropa de 500 plazas, y sin embargo en dos o tres horas estaba embarcada y marchaba hacía el sur, a su destino.

Al día siguiente el *Oroya* echaba a tierra en Ite 300 soldados del 9, y pocas horas más tarde volvía a amarrarse, por la cuarta vez en una semana, a su boya de Arica.

V.

Horas después, emprendía de nuevo viaje al sur el infatigable transporte conduciendo a su bordo al supremo director de la guerra, quien se proponía reconocer en persona las caletas meridionales de Vitor y de Camarones. Regresó el general Prado esa misma tarde a Arica, y en la noche fueron embarcados los gendarmes de Tacna y distribuidos en seguida, por mitad, en aquellas caletas y sus profundas quebradas, provistas de alfalfa y de cantones. En seguida todavía, esto es, el 1° de julio, volvía el *Oroya* a hacer una quinta o sexta salida de Arica a una caleta desconocida, llevando el resto del batallón número 9 (200 hombres); y dejada satisfactoriamente cumplida esta comisión, regresaba a su ancladero el 3 de julio a las 7 de la noche.

El enemigo desarrollaba, como se habrá observado, con una celeridad asombrosa, un plan defensivo que se extendía desde Iquique a Mollendo, y un solo transporte le servía a todos estos fines con admirable eficacia. Se llama esto por lo menos saber hacer la guerra. Nosotros, entretanto, ni sabíamos hacer siquiera el bloqueo, como en seguida habrá de verse.

VI.

Decíamos, en efecto, que el indefenso transporte mandado por el activo comandante Raigada, regresaba por la décima vez a Arica, sin ser molestado ni siquiera visto por nuestros inmóvil pontones, el 3 de julio, y en ese mismo día hacía su aparición en la rada de los aliados y con intenso regocijo de éstos,

la velera cañonera *Pilcomayo*, conduciendo a su bordo el armamento que el *Chalaco* había traído de Panamá. Era éste en su mayor parte compuesto de rifles Remington, comprados en Estados Unidos por el coronel don Avelino Aramayo para el ejército de Bolivia, y con el dinero que habían proporcionado a sus vacías arcas las confiscaciones chilenas de Corocoro. Se dijo que el comisionado boliviano había pagado por estas armas precios fabulosos, pero ¿que importaba? La guerra es oro, y allí estaban las armas que el ejército aliado necesitaba más que el pan y el agua cotidianos. Con una especie de infantil y grotesco regocijo el capitán general Daza hizo en aquel mismo día abrir en su presencia los cajones que le venían destinados, en los patios de la aduana de Arica, y él por su propia mano, dándole a cada soldado nombres cariñosos, como verdadero *tai tai* de las sierras, fue entregando a cada cual su rifle, batallón por batallón, plaza por plaza.

El ejército de la Alianza estaba armado pero ¿que significaba esto en la guerra concebida y ejecutada a largo plazo? El bloqueo continuaba.

VII.

Provista de esta suerte con rifles de precisión, la división Villamil que había descendido de la altiplanicie con todos los rezagos de las armas de la colonia, de la independencia y de la guerra civil, se resolvió en el acto despacharla, escoltada por la *Pilcomayo*, a Pisagua, a fin de engrosar con una segunda división boliviana el ejército de la Alianza. Se componía esta fuerza, cuyo número alcanzaba a 2.103 plazas, de las tropas y jefes siguientes, destinados a la ignominiosa dispersión de La Encañada:

General en jefe el general don Pedro Villamil, jefe de estado mayor, coronel don Exequiel de la Peña.

Batallón “Paucarpata” 2º de La Paz, 450 plazas, jefe el coronel don Pablo Idiaquez.

Batallón “Dalence” 1º de Oruro, 500 plazas, coronel Donato Vázquez.

Id. “Vengadores” 3º de Potosí, 500 id., coronel Federico Murga.

Id. “Aroma” 1º de Cochabamba, 500 id., coronel Belisario Antezana.

VIII.

Con el esfuerzo de siete horas de navegación y viniendo la cañonera adelantada cinco millas, llegó el convoy vivo a Pisagua, y durante las horas altas de la noche y la madrugada del 5 de julio los botes de la cañonera y del transporte desembarcaron toda la división boliviana con 300 cajones de pertrechos y 200 fardos de pasto seco. Ayudaron a esta tarea una lancha y

catorce botes, que habían quedado rezagados en aquel puerto después de los bombardeos de abril.

A las tres de la tarde del día 5, todo estaba concluido, y los dos afortunados buques, que así burlaban por la vigésima vez la vigilancia de nuestros pontones caldeados por el bloqueo, y a la distancia escasa de 50 millas, se separaron.

El *Oroya* regresaba, en consecuencia, tranquilamente a Arica. Pero su consorte había recibido una comisión importante que significaba una diestra combinación para el enemigo y un oprobio más para nosotros.

IX.

Sabedores, en efecto, los peruanos que el *Huáscar* se hallaba completamente listo para entrar en campaña en los últimos días de junio, resolvieron intentar un golpe de mano sobre la escuadra bloqueadora de Iquique, y para conseguirlo con mayor facilidad, acordaron que la rápida cañonera continuase hacia el sur a fin de hostilizar nuestra costa hasta Antofagasta y llamar al propio tiempo la atención de nuestros blindados hacia ese rumbo, distrayéndolos de su pesada y mal cumplida tarea de vigilar el Litoral de Tarapacá.

X.

En cumplimiento de esta acertada resolución, apenas hubo perdido de vista las lomas de Pisagua, la *Pilcomayo* torció rumbo al mediodía, y pasando a la correspondiente altura, frente a Iquique, fue a amanecer el 6 de julio, a las ocho y cuarto de la mañana, en Tocopilla.

El comandante don Carlos Ferreiros que mandaba la cañonera peruana envió un parlamentario (el teniente T. Otoya) a tierra para notificar al comandante chileno de la plaza, guarnecida por la artillería de marina con dos pequeños cañones, que su propósito era destruir las lanchas, y que no dispararía sobre la población si no era provocado. Comandaba la escasa guarnición de Tocopilla el alentado capitán don Juan F. Urcullu y servían a sus órdenes como oficial más antiguo los capitanes don Pablo Silvia Prado y don Carlos Silva Renard, que tanto se ha distinguido más tarde, el último en la batalla de Tarapacá, en cuyo campo quedó tirado con gravísima herida y el otro en la cima del Alto de Tacna. (El lacónico parte del capitán Urcullu fue publicado en el núm. 12 del *Boletín de la Guerra*, pág. 25, y allí puede verse.)

La guarnición se parapetó, en consecuencia, tras un morro resuelta a rechazar todo intento de desembarco, mientras los botes de la cañonera

echaban al garete trece lanchas. En seguida el comandante Ferreiros incendió, poniéndolo de blanco a sus cañones, un buque chileno llamado Matilde Ramos, que se hallaba en ese puerto cargado de pasto seco y con bandera de Nicaragua, indebidamente llevada, según el comandante enemigo. Los peruanos estimaban en 30.000 soles el daño de su correría; y computado esto al cambio corriente, era en pesos la mitad y en soles el cuádruplo.

XI.

Había terminado la *Pilcomayo* sus fáciles pero poco certeros ejercicios de tiro al blanco y se dirigía ya al sur en demanda de su comisión, cuando, a la hora de medio día, avistó un humo por el norte. Receloso gobernó sobre él; más, a la una y cuarto de la tarde, descubriendo que era el blindado almirante de la escuadra chilena, comenzó éste en el acto una caza infructuosa que duraría hasta el amanecer del siguiente día (En los anexos de este capítulo publicamos el parte oficial del comandante Ferreiros sobre esta excursión de la *Pilcomayo* y una correspondencia interesante sobre su persecución.)

XII.

Ocurrió, sin embargo, al empezar aquella operación de guerra una circunstancia que es digna de ser recordada por característica.

Cuando el *Blanco* se acercaba a Tocopilla, divisó a su costado una enorme tortuga de mar, y paró sus máquinas para pescarla... Y en este trámite de guerra se hallaba la nave almirante de Chile ¡pescando una tortuga! mientras que una frágil cañonera enemiga quemaba a mansalva nuestros buques y hacía ostentación de clemencia con nuestros soldados.

La negra humareda que el buque incendiado arrojaba por encima de la caleta Duendes, fue para el *Blanco* la señal de alarma y de poner término, a la pesca del lento cetáceo..... ¿Que mucho entonces que esta guerra se haya hecho guerra de tortugas?

XIII.

La *Pilcomayo* regresó sana y salva a su fondeadero de Arica el 8 de julio a las dos de la tarde, y recibida en triunfo, más por su escapada que por sus hechos, su arribo era comunicado a Tacna, dos horas después, en el siguiente altisonante despacho telegráfico:

Arica, julio 8 de 1879.

(A las 4.10.)

Señor general Daza:

“*Pilcomayo* regresó sin novedad con su comisión espléndida; quemó en Tocopilla un buque y 13 lanchas.

Iba a *sorprender a Antofagasta* cuando se presentó el *Blanco Encalada*; la persiguió veinte horas.

Comandante Ferreiros saluda a Ud.”

Montero.

Al olfato de este anuncio vino en el acto el generalísimo boliviano a las felicitaciones y a la cerveza del puerto, desde su cuartel general de Tacna, y al día siguiente para refrescar sin duda el marco de tierra firme, hizo a bordo de la cañonera peruana un ostentoso paseo de gala, acompañando al supremo director de la guerra, mientras los pabellones unidos de la Alianza flotaban en los mástiles y los acordes militares celebraban los primeros éxitos de la campaña y del bloqueo (No tenemos fijeza si este paseo de las banderas y de los generales de la Alianza tuvo lugar al llegar la *Pilcomayo* del Callao, o a su regreso de Tocopilla. El hecho es indiferente.)

XIV.

Más ¿como aconteció entretanto que el *Blanco Encalada*, buque almirante que habíamos dejado tranquilamente en la rada de Antofagasta a fines de junio, acompañado de la *Chacabuco*, apareciese ahora siempre en consorcio con esa corbeta, subiendo en Iquique en dirección a aquel puerto?

De la siguiente manera:

Cansado de perder el tiempo en banquetes, en telegramas y en vacilaciones en Antofagasta, el contralmirante Williams, acaso guiado por el vago rumor de la aparición de los peruanos por el norte, se había dirigido otra vez a la fatal covadera de Iquique, a cuya rada llegó el 4 de julio después de dos semanas de ausencias; de modo que la capitana chilena echaba sus anclas en aquellas aguas en los momentos que la *Pilcomayo* izaba las suyas en Arica para venir a burlarla.

XV.

El viaje de la nave almirante de regreso al norte no se había verificado sin algunas peripecias. Alarmado con el anuncio de que la escuadra peruana, recobrada de su primer crucero, regresaba al sur, se ciñó el almirante a la costa para reconocerla, con seis de sus calderos encendidos. Tenía esto lugar y con alguna zozobra a las diez de la noche del 30 de junio (He aquí, en efecto, como se anunciaba a un diario de Valparaíso la súbita partida de la escuadra desde Antofagasta:

“En Antofagasta se corría desde el 30 la salida de la escuadra peruana compuesta del *Huáscar*, *Unión* y *Pilcomayo*, por lo que la salida del *Blanco* y *Chacabuco* se hizo ese mismo día, a media noche, dejando en tierra a la mayor parte de los oficiales”.)

El 1º del siguiente mes a las 2 de la tarde, el *Blanco* recalaba a Tocopilla en los momentos en que el transporte *Rimac* echaba allí a tierra el regimiento de Artillería de marina para guarnecer esa rada y las posiciones interiores del Toco y de Quillagua; y solo proseguía su derrotero a la mañana siguiente al amanecer, para tocar en la tarde en el puerto huanero de Huanillos. Aquí echaba a pique una magnífica cisterna de agua dulce con cuarenta mil galones sin aprovechar de ellos una gota; y en seguida iba a amanecer en Pabellón de Pica, donde cañoneó algunos aparatos y barracas de madera, matando o hiriendo unos tres o cuatro individuos que habían disparado contra los botes.

De esta suerte y con estas demoras, la nave almiranta, que había dejado violentamente a Antofagasta el 30 de junio, echaba su ancla en Iquique tres días más tarde, esto es, el 3 de julio a las 7 y media de la mañana.

XVI.

No fue con todo largo el descanso que los maquinistas del *Blanco* se permitieron otorgar a sus calderos, porque a las 48 horas de su arribo, el almirante volvía a ponerse en movimiento.

Fuera inquietud del ánimo, de suyo desasosegado, fuera sospecha o anuncio de que un buque peruano merodeaba en las aguas del sur, o fuera (lo que es más probable) que viniese el jefe de la escuadra a nuevas consultas sin solución a Antofagasta (porque en todo esto el misterio y la niebla del mar prevalecen todavía) es lo cierto que el almirante chileno volvió a aparejar hacia el sur dos días después de su llegada (julio 5), siempre en compañía de la asendereado corbeta *Chacabuco* cuyos calderos rotos le permitían moverse apenas a su siga.

Fue en esta segunda excursión de regreso cuando el acorazado chileno, se encontró a la ventura en Tocopilla con la *Pilcomayo* y emprendió contra ella la persecución que dejarnos anotada, con la misma adversa suerte que la

había cabido en las dos persecuciones anteriores del *Huáscar* y en la mil veces malhadada expedición al Callao.

XVII.

De todas suertes el plan de los peruanos estaba logrado, y gozosos se entregaban éstos a la esperanza de dar un segundo asalto a Iquique, seguros de hacer, si no tan gloriosa víctima, como la Esmeralda, alguna hazaña de mayor utilidad para su causa.

Y a fe que lo habrían alcanzado sin la imperturbable serenidad y heroico arrojo de un joven marino a quien la estrella de Chile había enviado desde el comienzo de su carrera sus más acariciadores destellos.

Entretanto, el navío almirante como esos cetáceos del mar en cuyo duro lomo el nauta ha logrado fijar mortal arpón, se sacudía entre las olas navegando como aturdido y sin rumbo claro hasta que, en la media noche del 7 de julio, regresaba a Antofagasta de cuyo puerto había salido desatentado el 30 del mes anterior y en esa misma hora de los duendes. El Blanco había pasado de la categoría de navío almirante al de simple tortuga del océano.

ANEXOS AL CAPÍTULO III.

I

PARTE OFICIAL DE LA EXCURSIÓN DE LA PILCOMAYO A TOCOPILLA.

COMANDANCIA DE LA CAÑONERA PILCOMAYO.

Excmo. señor general supremo director de la guerra.

En cumplimiento de las órdenes recibidas de V.E., zarpé de este puerto el 4 a las 3 hs. 15 ms. A.M. convoyado con el transporte *Oroya*, que seguía nuestras aguas a 6 millas más o menos.

A las 8 hs. A.M. del 5 avisté el puerto de Pisagua y goberné afuera hasta reconocer la ensenada del sur, no habiendo nada que presumiese la proximidad de buques enemigos volví al puerto e hice señal de sin novedad al *Oroya*, gobernamos sobre el fondeadero, y a las 11 hs. nos amarramos a las boyas. Inmediatamente mandé cuatro embarcaciones para ayudar el desembarque y comisioné un oficial para que activase y cuidara de él en tierra; este quedó terminado sin novedad alguna a la 1 h. 40 ms. P.M. debido a la actividad y número de las embarcaciones del puerto ayudadas por las del *Oroya* y de esta cañonera.

A las 6 hs. 30 ms. P. M. dejé Pisagua y goberné hacia el sur afuera hasta las 3 hs. A.M. del 5, que claro de Iquique, hice rumbo a la caleta, de Patillos.

A las 9 hs. 30 ms. del 5, frente al puerto, mandé un bote a tierra con un oficial, el cual no pudo desembarcar porque algunos hombres de a caballo que estaban en los cerros, rompieron sus fuegos sobre la embarcación y como creí fundadamente que eran nuestros, les hice un tiro de cañón por alto para que no hostilizasen nuestro bote durante su regreso; no habiendo habido otra novedad y siendo inconducente mi permanencia allí, seguí al sur recorriendo la costa sin encontrar nada notable hasta Tocopilla, donde entré el 6 a las 8 hs. 15 ms. A.M. y afiancé el pabellón con un tiro en blanco; inmediatamente destaqué un bote de parlamento a tierra con un oficial y se notificó al comandante militar del objeto de nuestro arribo y de que haríamos fuego sobre el puerto si hostilizaban nuestras embarcaciones; al regreso del parlamento mandé dos botes que prendieran fuego y echaran a pique, largándolas al garete, trece lanchas que había fondeadas.

Las fuerzas enemigas, con dos cañones de campaña, se parapetaron frente al muelle, al sur de la población, y permanecieron allí sin oponer resistencia alguna todo el tiempo que estuve frente al puerto, protegiendo mis embarcaciones en comisión. Después de esto, procedí al reconocimiento de dos buques mercantes, uno inglés en el fondeadero y otro nicaragüense en franquía, resultando que este último llamado *Matilde*, enarbolaba, indebidamente su bandera, pues era de nacionalidad y propiedad chilena; tomé su falsa patente y demás documentos e hice que lo desalojaran su capitán y tripulantes, entre los cuales había dos chilenos (el cocinero y un marinero); después que todos sacaron de a bordo sus equipajes, les permití irse a tierra en una de las embarcaciones del mismo buque; en seguida ordené descargar la artillería sobre él, y la quinta bomba produjo un incendio a popa que media hora después abrasaba toda la extensión y arboladura del buque.

Llamo la atención de V.E. sobre la conducta del cónsul general de Nicaragua en Valparaíso, por haber expedido, con fecha 29 de marzo, patente de nacionalidad nicaragüense a la barca chilena *Matilde* que en la fecha citada se encontraba en la mar en viaje de Eten a Valparaíso, según consta del diario de navegación del referido buque, cuyo arribo a ese puerto solo verificó el 9 de abril.

A las 11 hs. 45 ms. A. M. me franqueé del puerto y seguí al sur durante solo 35 ms. por haberse avistado un vapor hacia el noroeste, en cuya demanda goberné hasta la 1 h. 15 ms.

Reconocido ser buque de guerra y avistados dos vapores más que convoyaban con él, volví a mi rumbo al sur sobre Cobija, el que tuve pronto que abandonar porque el blindado Blanco Encalada emprendió una tenaz caza sobre nosotros hasta las 7 hs. 45 ms. A. M. del día siguiente 7, que desistió de su propósito, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos.

Durante el viaje, la máquina de esta cajonera ha funcionado con toda regularidad, y hemos fondeado sin otra novedad en este puerto, a las 2 del día de hoy.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de V.E. en cumplimiento de mi deber.

Dios guarde a V.E. Excelentísimo señor.

Carlos Ferreyros.

II

RELACIÓN DE LA PERSECUCIÓN HECHA A LA CAÑONERA PILCOMAYO POR EL BLANCO EL 6 DE JULIO DE 1879, ESCRITA POR EL CORRESPONSAL DEL MERCURIO.

(Fragmentos).

En esos mismos momentos llegaba a Antofagasta un propio de Tocopilla anunciando la llegada a ese puerto de dos buques peruanos: *la Pilcomayo* y el *Oroya*. ...

Habían entrado a la bahía, donde la *Pilcomayo*, después de notificar a la autoridad de tierra, echó cuatro botes al agua y principió a apoderarse de las lanchas y embarcaciones menores allí fondeadas. Destruyeron todas y en seguida se dirigieron a bordo de un buque cargado de pasto que también estaba allí anclado.

Este buque que había venido de Valparaíso fue entregado a las llamas en el mismo fondeadero. Era la barca argentina (nicaragüense) *Matilde*, propiedad de don José Tomás Ramos.

El *Oroya*, mientras tanto, permanecía en el puerto observando la costa y muy cerca de ella. (Esta presencia del *Oroya* es, según entendemos un error usual que vemos repetirse a menudo en nuestras relaciones marítimas y que renacerían más tarde. Después de la *Pilcomayo*, el *Oroya* había regresado de Pisagua directamente a Arica, según consta del parte de su comandante y de sus subsiguientes operaciones. El comandante Ferreiros incurre en el mismo error cuando dice que el *Blanco* venía acompañado de *dos* buques..... ¿Espejismos del mar o del miedo?)

Los buques chilenos estaban entonces un poco al norte de la boca del puerto y tanta era la confianza de los jefes en que ningún buque peruano se habría atrevidos pasar de Iquique al sur, a pesar de las luces avistadas en Iquique en cuya persecución salió el *Loa*, que a las once del día, en los momentos mismos en que la *Pilcomayo* hacía señales de reunión a sus botes, el buque almirante había detenido su marcha y se entretenía en pescar una tortuga avistada momentos antes.

Solo a las doce del día vino el *Blanco* a encontrarse a la vista de Tocopilla, a unas diez millas de distancia de la costa por el lado norte, y se pudo divisar la densa humareda que arrojaba el buque incendiado.

Poco después se avistó a la *Pilcomayo*, que encontrándose dentro de la bahía, se vio obligada a navegar a toda prisa al sur ceñida a la costa.

El *Blanco* entonces, después de hacer señales a la *Chacabuco* para que marchara a Antofagasta y sin preocuparse del *Oroya*, procuró cortar el camino a la *Pilcomayo*.

Esta se encontraba en muy difícil situación, porque para doblar la Punta Blanca, que cierra por el sur la ancha bahía de Tocopilla, tenía forzosamente que doblar hacia el oeste en dirección al *Blanco Encalada* y tropezar con su terrible enemigo.

Pero el buque peruano estaba con su máquina lista para emprender la fuga, y desde los primeros momentos desarrolló un andar de once millas por hora, logrando de este modo salir de la bahía antes que el *Blanco* hubiese logrado estrecharla en Punta Gruesa.

Nuestro blindado ganó sin embargo con esta maniobra no menos de seis millas de camino, quedando a otras tantas de distancia del buque peruano.

Continuó la caza, navegando siempre la *Pilcomayo* ceñida a la costa, y el *Blanco* afuera. Aquella trata a veces de escapar al oeste, pero el camino que sigue el *Blanco* se lo impide.

La distancia ha aumentado de nuevo, y solo frente a Punta Mejillones ha logrado el *Blanco* ganar un poco de camino. Puede calcularse en ocho a diez millas la distancia que separa a ambos buques.

Al oscurecer se encuentran frente a Morro Moreno, punta que cierra por el norte la bahía de Antofagasta, conservando la misma colocación que tenían al principio.

Llega una noche oscurísima porque la luna solo salió a las ocho y media de la noche. Desde las siete apenas se divisaba de un modo vago la cañonera enemiga, y hubo momentos en que se perdió de vista por completo, aunque el *Blanco* continuó siempre al azar su rumbo al sur.

Pero poco después se la vio de nuevo y esta vez casi a tiro de cañón.

Aprovechándose de la oscuridad de la noche y de su buen andar, la *Pilcomayo* había torcido rumbo al oeste para colocarse a estribor del *Blanco*, y en seguida puso decididamente su proa al norte.

Habiendo medido mal sin duda la distancia, resultó que el buque enemigo vino a pasar muy cerca del *Blanco Encalada*, y entonces creyeron nuestros marinos que ya había llegado el momento de la captura.

Se tocó zafarrancho de combate y se puso la proa en dirección a la cañonera peruana, aunque no se alcanzó a disparar ningún tiro; pero en esta operación ganó algún camino el enemigo, y gracias a su mayor andar estuvo muy luego a unas diez millas de distancia.

Continuó todavía la caza hacia el norte, aunque ya sin esperanza de buen éxito, pues estaba palpablemente demostrada la velocidad de la *Pilcomayo*, y después de navegar toda la noche, al aclarar del día siguiente se la divisaba apenas, como a unas doce millas de distancia.

Se la siguió aun hasta las siete y media de la mañana del 7, hasta que, vista la imposibilidad de alcanzarla, y estando ya a la altura de Cobija, se dio orden de levantar la caza y de volver la proa a Antofagasta.

CAPÍTULO IV.

EL COMBATE NOCTURNO DEL 10 DE JULIO.

Se presenta el *Huáscar* en Arica, y su viaje desde el Callao. Alteraciones que recibe y empresas a que hábilmente se le destina. Manera como era conducido el bloqueo. El imaginario capitán Lay, y alarma que inspira a nuestros buques. *Torpedistas*. Lo que son los torpedos en la guerra moderna y su verdadero uso. Dispersión nocturna de nuestros buques. Aprovechándose de ella, se mete el *Huáscar* en Iquique a la media noche del 9 de julio y envía un emisario a tierra. Concierta su plan y ataca al *Matías Cousiño*. Singulares peripecias de este encuentro. Llega en auxilio la *Magallanes* al ruido del cañón, y se traba el combate de espolón. Descripción de esta admirable lucha sostenida por la cañonera chilena y el heroísmo incomparable de su jefe. Balazo que salva a la *Magallanes*. Aparece el *Cochrane* y el enemigo huye. Telegrama de Daza que anuncia su regreso a Arica. Digna felicitación del contralmirante Williams al comandante Latorre. El capitán Castelton, su entusiasmo patriótico y su gratitud por el comandante Grau. Carta inédita de éste. Bajas y averías del combate. Cartas sobre este hecho de armas del capitán Castelton y del cirujano Távora.

“El *Huáscar*, limpios sus fondos y arreglada su gente, zarpa del Callao a principios de julio, con rumbo al sur. Va ostentando el glorioso bicolor; va a conquistar nuevas glorias para la patria. Llega a Arica a desempeñar una arriesgada comisión, conocida solo por su jefe. El *Huáscar*, a toda máquina, se deslizaba sobre las ondas y a imitación de sus tripulantes, marchaba sigiloso”.

“Allá va... solitario entre las brumas
Se confunde en la sombra su silueta
Con el oscuro cielo,
Las pálidas espumas
Y los reflejos de la mar inquieta”.....

(*La Sociedad* de Lima, editorial del 14 de febrero de 1880).

I.

Hemos referido en el capítulo precedente como la cañonera *Pilcomayo* había regresado a Arica, de su excursión al sur, el 8 de julio a las 2 de la tarde. Pues bien. Obedeciendo a un plan probablemente concertado de antemano, el *Huáscar* se presentó en esa bahía a las 9 de la noche de ese mismo día. El *Chalaco* llegó a su turno, a la mañana siguiente (9 de julio) con el ordinario y acostumbrado pasavante. Sin novedad.

II.

Regresaba ahora el más que temible, temido monitor peruano transformado en la dársena del Callao y en su dique. Se le había quitado su falsa amura de combate y su palo trinquete para acelerar su marcha, puesto que venía a hacer, desde que se hallaba viudo de la *Independencia* y desahuciado de la compañía del “San Lorenzo” y de todos los buques turcos de Voltaire, una guerra de asaltos y de fugas. Traía un solo palo para el velamen, y en su popa se veía el trípode de su cronómetro majiscal que a la distancia presentaba el aspecto de un mastelero trincado y era su señal más saliente para conocerlo desde lejos.

Se lo había además pintado de plomo, el color de las aves de la noche, asemejándose así al solitario *guairabo* de nuestro clima, que se place por la noche, a orillas de los charcos. Entraba a la verdad en las miras de los suspicaces peruanos hacer en tierra alianza con la camanchaca y en el mar con sus sombras.

El *Huáscar* había salido del Callao el 6 de julio a las 4 de la mañana, y en 96 horas de navegación llegaba a Arica, tocando en las islas de Chincha. Y ¡cosa curiosa! así como el 21 de mayo la prensa de Santiago anunciaba que la escuadra enemiga, cuya aparición en Iquique produjo el memorable combate de ese día, salía del Callao, los diarios de la capital y de Valparaíso anunciaron el 8 de julio, el mismo día del arribo del *Huáscar* a Arica, que quedaba en el Callao “completamente listo y con sus fondos pintados para hacerse al mar”.

De modo que se tenía siempre conocimiento oportuno de lo que iba a suceder, pero, en el hecho, se echaba el pronóstico y el aviso a los rincones.

III.

Dos horas después del arribo del monitor a Arica, quedaba resuelta en efecto, una de aquellas empresas de la noche a que venía destinado; y apenas hubo rellenado sus carboneras, hizo rumbo solitario al sur a la 1 y 35 de la tarde del 9 de julio, proponiéndose llegar a la media noche del mismo día de su partida a la rada desapercibida que bloqueaban como espectros nuestros buques. A las 8 y media de la noche se avisaba desde Pisagua por telégrafo que había pasado franco a su destino.

IV.

El plan de los peruanos de Arica no podía ser mejor combinado, porque desde hacía algún tiempo acontecían en el bloqueo de Iquique, de suyo descabellado, las cosas más inverosímiles y más grotescas que era dable. Vamos con imparcialidad a narrarlas.

V.

En los primeros días de julio, y cuando el contralmirante regresaba de Antofagasta, el comandante don Aureliano Sánchez, que hacía de ordinario la guardia de la bahía interior en el *Abtao*, creyó divisar desde su cubierta, con el auxilio del antejo, los preparativos de una expedición de torpedos que se alistaba en la playa del Colorado; y en efecto, su vista no le engañaba porque los peruanos habían traído dos torpedos Lay, probablemente por el camino de hierro de Pisagua. Como se sabe, estos torpedos son propiamente de bahía, y obran a corta distancia, siendo manejados desde tierra por medio de alambres que les imprimen dirección y llevan al propio tiempo a su proa la chispa eléctrica que produce la ignición (Estos dos torpedos fueron encontrados en Iquique y uno ha sido exhibido en la Exposición de Santiago.)

“Para el efecto, decía una carta publicada en *El Ferrocarril* de 7 de julio, han traído todo lo necesario, adecuado al fin que se proponen; tienen torpedos y uno que los aplique y que no es peruano”.

Pero aunque los peruanos hicieron circular astutamente la falsa voz de que el mismo capitán Lay, inventor de esta ingeniosa máquina de guerra en Estados Unidos, había venido a Iquique para usarla, era evidente para los hombres de mar experimentados en cosas de guerra, que, salvo algunas sencillas precauciones, no había motivo para mirar esos aparatos con ojos de pánico. La experiencia adquirida más tarde en la guerra del Pacífico y el resultado de los últimos ensayos en Europa, donde los torpedos aislados se miran casi como estorbos, ha confirmado plenamente la exactitud de este aserto, no menos que la organización definitiva dada posteriormente por las naciones navales a este aparato de guerra, que solo es peligroso cuando obra, como las escuadras de buques, en conjunto y conforme a disposiciones fijas y científicas. La Rusia, que es el país más interesado en el progreso de esta arma moderna y posee una flota de ciento veinte botes torpedos, los ha dividido en efecto en diversas flotillas de diez embarcaciones cada una; las cuales deben siempre obrar colectivamente cada una para producir algún efecto. En la guerra moderna no se juega con casualidades, sino con hechos de combinación y alcance preciso. Y a este propósito nos será lícito decir, con la palabra famosa de un presidente de Chile, que toda guerra que no se

emprende de esa manera, es una guerra que “se chinga”.(He aquí lo que sobre el uso de los torpedos en Rusia dice un diario militar europeo:

“La Rusia posee en la actualidad 120 botes torpedos. Para adiestrar a sus oficiales y tripulantes y familiarizarles con estas máquinas, el almirantazgo ruso ha dispuesto se ejecute una serie de ejercicios que duran algunos meses. Al efecto, los ha dividido en diez flotillas de doce botes cada una.

La experiencia adquirida en la última guerra ha demostrado que es completamente ineficaz todo ataque de botes aislados, a no ser favorecido por circunstancias muy excepcionales.

Todo ataque, debe ser ejecutado en vista de un plan tan seriamente meditado como cuidadosamente ejecutado. Los botes deben ir provistos de torpedo Whitehead, o bien de torpedo de percusión fijo en perchas.

Toda escuadrilla de botes torpederos debe dividirse en tres secciones: grupo de descubierta, grupo de ataque y grupo de reserva”.)

Y tal ni más ni menos ha acontecido a los peruanos en Iquique, en el Callao y en todas partes.

VI.

Preciso es confesar, sin embargo, que salvo dos o tres excepciones de pechos animosos y de espíritus claros y tranquilos, se apoderó de los marinos bloqueadores de Iquique, junto con un falso concepto de la eficacia de los torpedos, un temor sombrío e irreflexivo de sus efectos.

Un escritor chileno que por aquel tiempo visitó la escuadra, volvió a Santiago diciendo ingeniosamente que la escuadra quedaba infestada de una epidemia, antes desconocida, que él denominaba *torpeditis*.

En consecuencia de esta alarma, el contralmirante, desde su regreso de Antofagasta el 3 de julio, estaba que no duró sino unas pocas horas, dejó ordenado en Iquique que los buques bloqueadores abandonasen por la noche la rada y volteasen en la parte exterior de ésta con las precauciones debidas.

VII.

Cuando el *Blanco* volvió al sur el 5 de julio quedaron, en efecto, sosteniendo el bloqueo, solo cuatro buques: el *Cochrane*, comandante Simpson, la *Magallanes* comandante Latorre, el *Abtao* capitán Sánchez y el transporte *Matías Cousiño* capitán Castelton, natural de Hamburgo y chileno de corazón.

Sabían esto los peruanos como sabían que nuestros buques ejecutaban en notable dispersión y alejamiento la ronda de la noche; y avisados probablemente en Arica, mediante el telégrafo, idearon un ataque nocturno

que daría de seguro por resultado la pérdida de uno o más de nuestros barcos, sin posible socorro. El *Huáscar* iba a desempeñar en la abierta bahía de Iquique la misión del caballo de Troya.

VIII.

Deslizándose entre las sombras, muy pegado a la costa, con el escandallo en la mano, con todas sus luces apagadas y el silencio de una tumba puesta a flote, como empujada por invisible espíritu, se acercó el *Huáscar* a media noche, dando pruebas inequívocas su experto comandante de conocer su deber también como los arrecifes que con su quilla media y evitaba a palmos.

De esta suerte logró entrarse a la bahía interior a media noche, sin ser apercebido, y pudo mandar un oficial a tierra por noticias. Cupo esta comisión al teniente don Fermín Díaz Canseco, oficial de mar bastante distinguido y familiarizado con las marinas de Europa a cuyo bordo hiciera sus estudios.

Desembarcado con felicidad por medio de señales, convenidas o no de antemano, y la extinción de todas las luces de gas de la población, tomó lengua el capitán Grau de la dispersión de los buques más o menos del sitio que a esas horas ocupaban. Y enseguida, embarcando su emisario se hizo el monitor al mar en busca de nocturnas aventuras y fortunas.

IX.

La posición que en ese momento ocupaban los cuatro buques bloqueadores, no podía ser más favorable para sus intentos.

El *Matías Cousiño*, que tenía varias lanchas a su costado, para proveer de carbón a la escuadra, se había colocado tras de la isla de Iquique que cierra su rada por el sur. Pero el *Abtao* se corrió esa noche al norte hasta enfrentar punta Piedras, mientras que el *Cochrane*, tomando rumbo opuesto, se hallaba situado frente a Punta Gruesa, trece millas al sur, hora y media larga de navegación para recobrar su fondeadero con el escaso andar que a la sazón tenía. Solo la animosa y vigilante *Magallanes* rondaba cerca de la boca del puerto, lista para cualquier evento.

El comandante Grau creyó, por tanto, llegada para él su hora de aventura, y en efecto, tal lo parecía desde que su único competidor estaba positivamente ausente. Y el hecho lo confirmó pronto en su esperanza.

X.

Eran las dos y media de la mañana cuando el indefenso transporte carbonero vio llegar sobre su proa un buque a todo vapor, y equivocándolo con el *Cochrane*, su capitán se puso a dar voces que tuvieran cuidado y no lo echarán a pique.

Pero a su bocina respondió eco desconocido que decía, como cosa de otro mundo y en inglés: *Capitán Castelton, arríe sus botes y embarque su gente que voy a echarlo a pique...*

Creyó el capitán del *Matías Cousiño* que aquello era una visión, cual la de los cuentos que en su niñez oyera en su nebulosa madre patria; pero le sacó en el acto de su pasmo el ágil monitor que girando en torno suyo comenzó a dispararle una serie de bombas a veinte metros de distancia. El primer cañonazo, según la cuenta que se llevó en tierra, resonó a las 2.45 de la mañana.

Al propio tiempo, el comandante del *Huáscar* preguntaba de viva voz y con cierto apremio e insistencia por el *Abtao*, pues esta parecía la presa señalada de preferencia por las autoridades de Iquique a sus cañones; y tanto pudo esto en su ánimo que después de su combate con la *Magallanes*, insistió en que se había batido con aquel buque y aun que lo había echado a pique.

XI.

Acribillado, entretanto, el transporte carbonero, sin averías aparentes, juzgó talvez el comandante del *Huáscar* que era presa de más codicia llevarlo íntegro a Arica, y suspendiendo un instante el fuego, arrió un bote y pidió al capitán Castelton, le enviase una espia para remolcarlo.

Eran las tres de la mañana y se hallaban los dos barcos ocupados en esta silenciosa y lenta operación de mar, ejecutada por uno de ellos con evidente mala gana, cuando apareció en la densa oscuridad de la noche una luz, luego una sombra y en seguida un vivido lampo.

¡Es el *Cochrane*! gritaron los del monitor. Y soltando la sogá de la indefensa y ya rendida presa, ciñeron la caña a estribor, y con esto comenzó el ágil barco a virar mar afuera, proa al oeste.

XII.

Más al pasar frente al inoportuno huésped que lo había saludado con un balazo, el comandante del *Huáscar* reconoció a la *Magallanes*, (que equivoca

con la *Abtao*) e incontinenti se lanza a todo vapor sobre ella. El halcón que huía del águila había encontrado a la golondrina.

XIII.

Comenzó entonces uno de los combates más singulares, más pintorescos y por parte del débil, más heroico, de que existe memoria en los anales del Pacífico.

El comandante Latorre había sentido en su puesto de vigilancia los imprudentes cañonazos del *Huáscar* para intimidar al *Matías Cousiño*, y con el oído enseñado del marino, comprendió en el acto que se trataba de un asalto y que era el *Huáscar* el que con sus gruesas piezas estaba ejecutándolo.

En consecuencia, hizo tocar zafarrancho de combate, ciñó su timón hacia el sitio de los fogonazos, y mientras a distancia casi culpable se mantenía inmóvil el *Abtao* y vacilaba el *Cochrane*, se arrojó impávido a la pelea.

Para cualquier espíritu que no se hubiese sentido entonado por el heroísmo del deber, que en la guerra es el honor, el intento del comandante Latorre habría sido una empresa temeraria, porque era evidente que solo el *Huáscar* podía intentar a esas horas y en aquel sitio tan audaz golpe de mano. Pero en hombres del temple ya probado del comandante de la *Magallanes*, su avance en la incierta oscuridad del piélago era solo una simple maniobra de combate: hay marinos para quienes el fulgor del cañón es resplandeciente faro, y en esa escuela se había formado el capitán Latorre junto con Condell y con Prat.

XIV.

Al divisar, entretanto, el comandante Grau a la distancia a la distancia a la *Magallanes* y sus destellos, no pudo imaginarse que su sombra fuera otra que la de el *Cochrane* y huyó hacia el oeste, por un corto trecho, según vimos. Pero al deslizarse de soslayo sobre la frágil cañonera, la tomó por el *Abtao* y se lanzó sobre ella con el impulso de toda su máquina para partirla.

Comenzó entonces el combate de espolón y de quites, el primero que se librara probablemente en estos mares y tal vez en los del universo, porque las tres arremetidas del monitor de hierro contra la inmóvil *Esmeralda* habían sido solo el degüello de la víctima atada en el altar.

La lucha era cien veces desigual; acero contra madera, blindaje espeso contra quilla quebradiza, mayor celeridad en el andar en la proporción de doce millas contra nueve. Pero el diminuto barco chileno, tomando asidero y

firmeza en su doble hélice, podía girar sobre su propio centro como el caballo criollo que lanzado a la carrera y detenido de ímpetu, describe veloz círculo en el aire sobre sus corbas traseras.

Por una maniobra de esa naturaleza, destreza de jinete, la cañonera sacó el cuerpo libre al monitor a la primera embestida, y enseguida, comenzó la brega, como en la vara.

Se hubiera dicho que aquellos dos barcos sueltos en la oscuridad de la noche y arrojándose espesa granizada de balas desde las cofas y la cubierta, eran dos monstruos de fuegos corriendo paralelos, y si la palabra es permitido, mancornados en su furia.

La táctica del acorazado respecto de su adversario, era una sola ¡partirlo!

La de la cañonera, una sola también quitarle el cuerpo y acribillarlos a dentelladas al zafársele.

“Tenía aquello, escribía uno de los tripulantes de la *Magallanes*, algo de sublime y de grotesco: ver pelear a un león con un quiltro”. (Carta del teniente don Javier Barahona, a bordo de la *Magallanes*, julio 10 de 1879.)

Y así era la verdad, porque el combate nocturno del *Huáscar* se asemejaba a esas riñas de las sombras en que enojados canes suelen precipitarse los unos sobre los otros, mordiéndose y ladrando a medida que corren y se escapan por el huerto: *pelea de perros*.

XV.

Por tres veces, alejándose hacia la alta mar, y corriendo a distancias que variaban entre cien y doscientos metros paralelos, el *Huáscar* embistió, en efecto, a la cañonera, y pasó franco por su popa disparando los gruesos cañones de su torre, sus ametralladoras, sus rifles y sus revólveres: era una pelea cuerpo a cuerpo.

A semejanza de esos castillos de fuego que suelen encenderse en densa noche para los regocijos populares, los dos buques combatientes ardían como ascuas vivas, iluminando sus candentes cofas con siniestro reflejos las aguas profundas y calladas.

Y entretanto, ¿por que el *Cochrane* no llegaba al resplandor y al estrépito de la heroica resistencia? ¿Por que el débil *Abtao* no venía a participar en el combate? ¿Se habían olvidado por ventura en esa noche los que los comandaban, que bajo sus quillas vacía acusadora y no vengada la *Esmeralda*?

Pero el comandante Latorre contaba en su obstinada defensa con ver llegar de un momento a otro al poderoso acorazado que guardaba el puerto; y

costraba bríos en su peligrosísima, ineludible situación. Sus balas, como las de la *Esmeralda*, eran impotentes contra las escamas de hierro de la bestia marítima, al paso que el monitor tenía a su elección para hundirle su quilla o sus bombas: era una pelea sin retirada.

Por fortuna, y gracias a la certera puntería del sereno segundo de la *Magallanes*, el teniente don Cenobio Molina que luchaba ya con los asomos de temprana muerte adquirida en el servicio, logró aquella acertar una bala con su colisa de 115, cuya huella lleva el último todavía en sus espesos flancos.

XVI.

Y ese disparo, según opinión del mismo modesto adalid de aquel raro combate, lo salvó; porque viéndose así herido en parte vulnerable, el comandante peruano perdió su habitual calma y en lugar de describir el arco de círculo que su posición le prescribía en la posición en que se hallaba a la distancia escasa de ochenta metros, tomó la diagonal y se abalanzó como enojado toro contra el garrochador. “Volvió el *Huáscar*, dice el cirujano del buque, describiendo este supremo momento, ciego sobre nosotros con el objeto de partirnos con el espolón”. Pero la visual había sido evidentemente mal tomada, y el monitor pasó rozando la popa de la afortunada cañonera “a tiro de escupo”, según el rudo decir de uno de sus tripulantes. (El guardián Brito, gran afecto a Baco, pero valiente y fiel marino que acompaña actualmente a Latorre en el *Cochrane*.

La carta de que extraemos esa frase pertenece al inteligente y patriota cirujano de la *Magallanes* (hoy del *Cochrane*) don M. F. Aguirre al señor M. J. Barriga, fechada en Iquique el 11 de julio de 1879.)

Al atravesar como una flecha a ocho metros de la popa de la cañonera a cuyo costado de estribor el *Huáscar* llevó todos sus asaltos, intenta éste volver por la cuarta vez en el espacio de tres cuartos de hora; pero como detenido por mano impalpable se quedó un instante indeciso sobre su hélice, y en seguida cerrando su caña con robusto brazo a babor, se puso el buque peruano en precipitada fuga.

XVII.

¿Que había acontecido?

El prudente capitán Grau, vuelto a su reposo, había apercebido entre la bruma de la densa noche lejanos destellos de señales....

Era el *Cochrane* que al fin llevaba.

La *Magallanes* estaba por consiguiente salvada y había vencido a su terrible adversario salvando juntamente al *Matías Cousiño*. Los disparos de cañón del monitor habían sido solo trece contados en tierra, y el último se dejó oír a las cuatro y veinte minutos de la mañana.

El monitor fue en consecuencia perseguido hasta más allá de Pisagua por el *Cochrane* y la *Magallanes*, y al llegar a Arica su jefe pudo contar, legítimamente talvez, eximias peripecias de navegante y aun la leyenda fantástica del hombre de mar. Pero la porción del heroísmo que sus compatriotas falsamente le atribuyeron haciéndole contralmirante por aquel hecho de armas, cupo exclusivamente al débil esquife que lo quitó su presa y le obligó a irse con un fracaso más y una perforación en las costillas.

La empresa del *Huáscar* fue en efecto definida, si bien con alguna ponderación, como una fuga por sus propios parciales, y el siguiente telegrama del general Daza a su jefe de Estado mayor así lo acredita por entero.

Arica, julio 10.

5.30 A.M.

Señor general Jofré:

“*Huáscar* entró a Iquique a las dos de la mañana. No encontró a nadie, mandó botes con oficiales a pedir datos a tierra, y con ellos fue en pos del enemigo; tropezó con el *Abtao* y un transporte y les dio once cañonazos. *Abtao* entró a Iquique *como pidiendo* remolque. *Huáscar* perseguido por la escuadra, pero fuera de peligro, altura Pisagua”.

XVIII.

Por el contrario, la hermosa conducta del oficial chileno, que juzga por sí mismo este hecho de guerra como el más digno de recordarse de su brillantísima carrera, recibió de su jefe, al regresar éste a la bahía bloqueada, una semana más tarde, la merecida confirmación de aquel aserto que en seguida copiamos:

COMANDANCIA GENERAL DE LA ESCUADRA.

Iquique, julio 17 de 1879.

Impuesto detalladamente de los sucesos ocurridos en la noche del 9 al 10 del corriente, y del combate que por más de media hora sostuvo Ud. contra el monitor peruano Huáscar, y del resultado obtenido, cumpla con el grato deber de felicitar a Ud. y por su conducto a los oficiales bajo sus ordenes, por su bizarro comportamiento durante la acción.

Dios guarde a Ud.

Juan Williams Rebolledo.

Al comandante de la cañonera "Magallanes".

XIX.

La *Magallanes* disparó durante los tres cuartos de hora que se batió con el *Huáscar* 2.400 tiros de rifle y 310 disparos de revólver, lo que prueba que el combate tuvo en realidad lugar a toca penoles. Fueron, sin embargo, tan inciertas las punterías del monitor en la oscuridad de la noche que solo una granada de a 300 dañó un tanto el palo trinquete de la diestra cañonera. En cuanto a bajas, solo tuvo cuatro heridos que pronto se recobraron.

XX.

Fue también digna de especial recomendación en aquel lance la conducta entusiasta y patriótica del capitán Castelton del *Matías Cousiño*, porque si bien es cierto que debió su vida a la salvación de su buque a la notoria humanidad del comandante Grau, se dio sin embargo trazas para evitar caer en sus manos, no obstante haber sido abandonado por la mayor parte de la tripulación que huyó en sus botes.

El capitán Augusto Castelton es hijo de un soldado inglés y nieto de otro que perdió la vida en Waterloo. Pero él nació en Hamburgo por el mes de octubre de 1838 y comenzó el aprendizaje del mar a la antigua usanza, es decir, desde el grumete a pie descalzo hasta el capitán de altos y el contramaestre, el piloto y el capitán.

Después de haber navegado en todos los mares y en diferentes condiciones, tomó servicio en 1859 en la *Compañía carbonífera de Lota*, y desde entonces mandaba su fiel *Matías*, siendo el decano de los servidores de esa empresa.

En 1875 condujo él mismo el buque a Inglaterra, donde, con excepción del casco, fue renovado totalmente con el costo de 95.000 pesos. El capitán

Castelton es casado con una señorita de Talcahuano, y de esta manera se ha hecho dos veces chileno, por la mujer y por la pólvora, estos dos grandes reguladores de la alterosa maquinaria que se llama el mundo. (No contento el entusiasta capitán Castelton con enviarnos una interesante copia de su diario, ha venido a Santiago a hacernos una visita (junio 25) para completar nuestros datos. La admiración del bravo marino chileno hamburgués por el comandante Latorre no tiene límites y asegura que solo a él debe la salvación de su buque. Pero no por esto deja de reconocer que antes lo salvara la generosidad del capitán Grau.

Además, este último hecho lo tenía reconocido el capitán Castelton por una carta y regalo de gratitud que envió al comandante Grau y que éste contestó en excelente inglés. Entre los anexos de este capítulo publicamos esta carta del ilustrado marino peruano, así como otra del capitán Castelton y del cirujano Távara del *Huáscar*, todas sobre el combate del 10.)

XXI.

En cuanto a las balas, y averías generales de aquel combate a tientas, verdadera gallina ciega del mar, fueron afortunadamente muy pocas. Los heridos no pasaron de siete repartidos de esta manera: uno en el *Matías Cousiño*, cuatro en la *Magallanes* y dos en el mejor resguardado *Huáscar*, al paso que la cañonera chilena recibió solo un pequeño daño en su arboladura, y el trasporte cuatro balazos, de los cuales uno lo bandeó por la popa dejando mal herido un marinero. Las punterías del monitor peruano fueron esta vez peores, si era dable, que las del 26 de mayo en Antofagasta. Estaba visto. El *Huasca* era un buque de espolón, simple y temeroso proyectil, que una bala bien disparada podía desviar en su trayecto y dejarlo inerme y perdido como aconteció algo más tarde en Antofagasta y frente a Angamos.

ANEXOS AL CAPÍTULO IV.

I

CARTA DEL COMANDANTE GRAU AL CAPITÁN DEL MATÍAS COUSIÑO A PROPÓSITO DEL COMBATE DEL 10 DE JULIO.

(Traducción del inglés.)

Señor capitán A. Castelton.

Monitor Huáscar,
Arica, agosto 14 de 1879.

Mi querido capitán.

Tengo el gusto de acusar a Ud. recibo de su estimable del 1º de agosto en que, tanto en nombre de Ud. como de su tripulación, me da Ud. las gracias por mi conducta para con Ud. en la noche del 10 de julio, fuera de la rada de Iquique.

Conociendo perfectamente que el buque que Ud. comandaba era un transporte chileno, mi deber era destruirlo. Por consiguiente mi conducta para con Ud. y su tripulación en esa ocasión me fue inspirada por un simple sentimiento de humanidad, lo mismo que emplearé siempre con todo buque al cual me quepa atacar en un caso semejante, no mereciendo por ello ninguna expresión de gratitud.

He recibido el cajón de vino que tuvo Ud. la bondad de enviarme con Mr. A. Sewart, primer ingeniero del *Ilo*, y no dejaré de beber a su salud como Ud. me lo pide.

Deseando a Ud. prosperidad, me suscribo su afectísimo S.S.

Miguel Grau.

II

CARTA DEL CAPITÁN DEL “MATÍAS COUSIÑO SOBRE EL COMBATE DEL 10 DE JULIO.

*A bordo del Matías Cousiño.
Iquique, julio 10 de 1879.*

“A las 2 A.M. se nos vino encima de repente el *Huáscar* hallándonos con la máquina parada para no romper las lanchas que llevaba a remolque, a causa de los torpedos.

El *Huáscar* nos dio cuatro veces vuelta muy ligero y nos tiró balas tras balas, diciéndome en alta voz que arriase los botes y salvase como pudiese, y nos dio diez minutos de espera.

Después de habernos hecho un agujero en el costado, en donde están las carboneras, que yo conservaba llenas, se quedó la bala dentro, la que conservo para la señora de Cousiño.

Otra bala pasó por el harthouse, otra por la chimenea, y una granada, además, con la cual quedó gravemente herido un marinero.

El *Huáscar* creyó que el *Matías Cousiño* ya se había ido a pique; pero a ese grado no hemos llegado todavía. Se alejó a las 3 y como el primer buque que encontró fue la *Magallanes*, tuvo con ella un combate de tres cuartos de hora antes que llegaran los otros a auxiliarla.

¡Pobre *Magallanes*! hasta ahora no me explico como pudo escapar de las sorpresas que ha recibido.

Luego llegó el *Cochrane* y el *Huáscar* se retiró seguido por aquél y la *Magallanes*; pero creo que no lo alcanzaran.

El comandante Grau ha tenido mucha consideración con nosotros, porque nada le habría sido más fácil que sacrificarnos y echar el buque a pique sin decirnos antes que lo abandonásemos en los botes.

El once hablé con el comandante Latorre, y me dice que la *Magallanes* tiene cinco heridos. El comandante y oficiales sin novedad.

El *Matías Cousiño* está haciendo bastante agua y pronto tendremos que ir al dique a hacer nuestras reparaciones”.

A. Castelton.

III.

CARTA DEL CIRUJANO DEL HUÁSCAR DON SANTIAGO TÁVARA SOBRE EL COMBATE DEL 10 DE JULIO.

Arica, julio 10 de 1879.

Señor don.....

Estimado amigo:

Zarpamos de esa el día 6 a las 4 A.M. y llegamos a esta a las 96 horas de navegación, sin novedad alguna, habiendo recalado en las islas de Chincha y encontrado en la travesía dos vapores ingleses y uno alemán que iban al Callao.

Aquí, como es de suponerse, fuimos visitados por el general Prado y al siguiente día, cuando menos lo esperábamos, a las dos de la tarde, salimos a toda máquina y rumbo a Pisagua donde llegamos a las 12 de la noche. Se reconoció el puerto y seguimos rumbo a Iquique; el día se pasó en ejercicios de abordaje y preparándose como a combate. Antes de entrar a Iquique el comandante reunió la oficialidad y le reveló su plan que, aunque muy atrevido, todos aceptaron con entusiasmo extraordinario. Era nada menos que sorprender a la escuadra chilena.

Entramos en Iquique y no encontramos ningún buque; se encendieron luces de Bengala y nos comunicamos con tierra, nos dijeron que en la tarde habían salido con rumbo al oeste. Entonces el comandante a toda fuerza salió en su busca y como a las dos horas nos encontramos con un buque sobre él: era el *Matías Cousiño*. Se le intimó rendición, trató de fugar, se le hizo fuego y se rindió; se le iba a tomar cuando vimos otro buque; el comandante entonces les dijo que se salvaran en sus embarcaciones que los iba a echar a pique; vivaron al Perú y abandonaron el buque y creo que lo echamos a pique. Nos fuimos sobre el otro y nos pusimos cuerpo a cuerpo y a combate nutrido de fusilería y metralla; se le iba a dar un espalonazo y salvaron el golpe recibiendo ligeramente por la popa y huyendo, para volver luego que se nos puso el *Cochrane* por la cuadra de babor y a dos mil metros a lo más y la *Magallanes* a la popa; en medio de los tres se abrió paso el *Huáscar* a cañonazos y rumbo al norte dejándolos atrás como a perros.

Resultado: el *Cousiño* casi a pique, el *Abtao* fuera de combate; mucha gente muerta de los chilenos, nosotros solo dos heridos leves.

Santiago Távara.

CAPÍTULO V.

EL BOMBARDEO DE IQUIQUE.

(julio 16 de 1879).

Profunda impresión que causa en el país el combate nocturno del 10 de julio y la desorganización de nuestra escuadra que aquél revelaba. Enérgicas palabras de don Eusebio Lillo. Profundo descontento de la escuadra. Abatimiento y desaliento en el campo de Antofagasta. Llegan el *Chalaco* y la *Unión* a Arica. El *Comercio* de Lima declara concluido el bloqueo de Iquique conforme al Derecho internacional. Procaz y burlesco lenguaje que usa el *Diario Oficial* del Perú para con Chile. Desesperante situación de los ánimos en la escuadra. Los chilenos, de bloqueadores pasan a la condición de bloqueados. Un blindado de centinela en Antofagasta. El *Cochrane* viene a remplazar al *Blanco* el 16 de julio. Irritabilidad que el bloqueo y la aparición real o imaginaria de torpedos en la bahía, produce en el ánimo del contralmirante Williams a su regreso. Manda bombardear la ciudad esa noche y nuestros buques disparan 42 cañonazos. Avería y daños en la Población. Los peruanos atribuyen el bombardeo a Nuestra Señora del Carmen “patrona de los salteadores de Chile”. Atroz lenguaje de la prensa local de Iquique. Reclamación del cuerpo diplomático sobre el bombardeo del 16, y notas que se cambian con el jefe de la escuadra. El *Cochrane* en su viaje al sur, pasa delante de Mejillones y cree divisar luces sospechosas: son el *Huáscar* y la *Unión* que van al sur.

“Los chilenos en su eterno *statu quo*”.

(Correspondencia del *Comercio* de Lima, Arica, julio 2 de 1879.)

“¡Silencio en toda la líneas! Los buques de la escuadra bloqueadora con sus hornillas encendidas día y noche, no se mueven de la bahía”.

(Correspondencia a la *Patria* de Valparaíso, junio 1999 de 1879.)

I.

La noticia del combate nocturno del 10 de julio produjo en Chile un profundo desaliento, o más propiamente, acentuó el que de antiguo y con sobrada razón gravitaba sobre todos los corazones. Era aquello natural. Se alababa por todos y sin reserva el heroísmo salvador del capitán de la *Magallanes*; pero como si la noche velara con sus alas a la valerosa cañonera, solo se tomaba en cuenta la dispersión, descalabro y torpe mal manejo de la escuadra.

¿Por que el *Cochrane*, se preguntaban las gentes por las calles, no estaba en su puesto? ¿Donde yacía a la sazón el buque almirante? ¿Como ignoraban todos en la escuadra que el *Huáscar*, se hallaba listo en el Callao, si tal noticia se sabía con exactitud en Santiago? ¿Y era posible que un solo buque

rompiese el bloqueo, sostenido por una escuadra, y comunicase con tierra sin ser sentido y eligiese a mansalva sus presas?

¿Era eso bloqueo? ¿Era eso guerra?. “No cesaremos de repetir, exclamaba a este propósito un patriota que ha dado pruebas de constancia y de sagacidad, al valorizar los sucesos ocurridos en la escuadra desde Antofagasta, no cesaremos de repetir, como un grito de alarma del patriotismo chileno, que hay *absoluta urgencia* en proceder a la *reorganización de nuestra armada*, dándole más actividad, más rapidez y más audacia en la ofensiva. Es vergonzoso que nuestros enemigos nos indiquen la marcha que debiéramos seguir. Con nuestros marinos podemos atrevemos a todo; pero la bravura y la resolución de nuestras tripulaciones se está empleando indignamente en evitar asechanzas y en defenderse de emboscadas. *Ordénese la guerra activa, tanto en mar como en tierra, y hagámosla sin vacilaciones. Para Chile, esa guerra es el triunfo. Nuestro mayor enemigo, en estos momentos, es la inercia*”.(Don Eusebio Lillo, correspondencia al *Ferrocarril*, Antofagasta, julio 15 de 1879.)

II.

Encontraban eco profundo y justificado en el seno mismo de la flota estos irreprimibles desahogos del patriotismo, en vista de tantos desaciertos. “Muy distintos serían los resultados, exclamaba, en efecto, condenando la operación del bloqueo en sí misma y como cosa técnica, un oficial del *Cochrane*, muy distintos serían los resultados, si nuestros buques libres de bloqueos, que el día menos pensado *nos pueden costar muy caros*, corrieran la costa, hasta el Callao, si era posible, teniendo siempre en jaque a las naves de guerra y transportes peruanos.

La escuadra puede hacer mucho; pero se la tiene *maniatada* y *condenada a la inacción* y defendiéndose de sorpresas cuando puede atacar.

Si el bloqueo se prolonga, no extrañe de un momento a otro llegue noticia desagradable a esa capital.

El bloqueo de este puerto es *completamente inútil*, porque nuestros buques están solo de pantalla aquí, y solo para llenar la boca con decir tenemos bloqueado a Iquique, segundo puerto del Perú.

Los bloqueados tienen cuanto necesitan por Pisagua, distante 37 millas, de las cuales tienen gran parte por ferrocarril y siguen trabajando para unirlo.

Por ese mismo puerto mandan las tropas que se les antoja, con no muchos gastos; y en fin jamás han estado ni estarán tan escasos de agua y víveres, como siempre lo ha asegurado la prensa, que este pueblo pueda ser rendido por hambre.

Pero ¿a que vamos a divagar inútilmente, cuando el remedio esta en la mano? Bombardéese el puerto, que hay motivos justificados para hacerlo, y todo quedará en regla dejando entonces a la marina libertad de acción.

Por fin, la escapada que hemos hecho los bloqueadores ha sido bastante grave, no tanto de los peruanos como de los chilenos, ¿Que habrían dicho en Santiago y en toda la República si el *Huáscar*, en lugar de advertir y disparar sus cañones sobre el *Matías*, llega y de un espolonazo lo sepulta para siempre?

A Dios le debemos el habernos librado de terribles censuras y hasta quizás de ataques de la opinión, que tan aficionada es a comentar las apariencias creyendo que comenta la realidad”. (Carta publicada en *Los Tiempos*.)

III.

En cuanto a la manera como aquella serie de sucesos adversos, que habían comenzado junto con el estéril y fatal bloqueo de Iquique, trabajaba la moral del ejército, bloqueado a su vez de hecho en Antofagasta, la siguiente carta escrita desde ese puerto con fecha 12 de julio por un joven oficial subalterno de artillería da el tono y la medida. Esta carta que se ha mantenido inédita, así como hasta hoy nos es forzoso guardar a su autor la reserva de su nombre, estaba concebida en los términos siguientes:

Antofagasta, julio 12 de 1879.

.....“Le escribo profundamente desconsolado. Cada día que pasa es un nuevo descontento que hace caer las alas a mi espíritu. No sé qué pensar ni que decir de los hombres del gobierno y de los que aquí dirigen al ejército; este ejército que sería el encanto de Ud. porque se compone de hombres fornidos y bien disciplinados, pero que marchan sin una cabeza visible, ni invisible siquiera.

Parece que hubiera, a juzgar por lo que pasa, el propósito deliberado de perdernos. El lunes el *Blanco* persiguió a la *Pilcomayo* que después de romper lanchas en Tocopilla se había puesto a acechar cerca de la costa. Como siempre, el blindado no pudo darle alcance al enemigo, porque éste andaba más.

Al siguiente día, el *Blanco* y la *Chacabuco* llegaron aquí en donde permanecen hasta ahora. Pocas horas después de su arribo aparecieron vapores al Norte y han continuado de tarde en tarde hasta ayer mismo.

Como Ud. comprende, éstos no pueden ser otra cosa que buques peruanos. La estadía de la *Pilcomayo*, que no podía andar sola en Tocopilla, es una prueba palpable de que el enemigo nos sigue y nos acecha.

De maneras que con una escuadra mucho más poderosa que la del enemigo, éste introduce, hombres, víveres y municiones por Pisagua y hasta exporta salitres (el vapor pasado condujo al sur 300 quintales de yodo). Y lo que es más, sus buques se presentan en nuestros puertos a la hora que se les antoja y nos hacen el daño que pueden.

¿Que le parece a Ud.? ¿Es posible que estas cosas no arranquen un grito de los que amamos con el corazón y no con el estomago a la patria y sentimos que la sangre corre caliente por las venas?

En tierra, no soy yo el primero que lo digo, todo va de mal en peor, y quién sabe a donde iremos sin un brazo fuerte o una cabeza bien organizada no bien lejos el elemento inútil y corrompido que aquí domina. Donde quiera que el menos experto meta el ojo, allá encuentra pruebas evidentes de idiotismo, de desidia o de mala voluntad. Comenzando por dos baterías que están abandonadas, y concluyendo por las medicinas para el ejército, que no las hay, todo es un completo desbarajuste que le hace a uno temblar de cólera o reírse de puro despecho.”

IV.

Pero no era esto todo.

En Antofagasta se sabía apenas, o más bien se sospechaba una parte del desdoro, evidente torpeza náutica y culpable desaliento con que eran conducidas las operaciones del bloqueo.

El *Oroya*, en efecto, después de haber partido en compañía con la *Pilcomayo* a la salida de Pisagua el 4 de julio, se había dirigido, impunemente y por la décima vez, de Arica a Mollendo el día 7 de julio y conducido de regreso al batallón Victoria, compuesto de 750 puneños, la mayor parte antiguos soldados, que venían ahora al mando del subprefecto, el coronel don José Latorre.

En seguida, mientras ese veloz transporte de ruedas se dirigía al Callao (a donde llegaría el 14 de julio) en demanda de nuevos recursos, entraba el *Chalaco* a Arica repleto de armas el día 10, y poco más tarde la *Unión*, completamente refaccionada y con un andar asegurado de 14 millas. La velera corbeta, reparada totalmente después de su descalabro de Chipana en abril, volvía ahora (julio 16) a servir de consorte al *Huáscar*, en reemplazo de la perdida y siempre lamentada *Independencia*. El Perú reorganizaba su marina, mientras nosotros perdimos la nuestra.

V.

De suerte que mientras nosotros permanecíamos estólidamente enclavados en los afueras de Iquique, haciendo un bloqueo intermitente, durmiendo la siesta de día y velando por la noche ciertos, o imaginarios torpedos, los peruanos concentraban de hecho su escuadra en Arica, a diez horas de navegación de nuestros cascos. La distancia total de Arica a Iquique es de 109 millas: de éstas, 70 a Pisagua, y las 39 restantes de este puerto al bloqueado.

VI.

Tomando en cuenta tan singular estado de cosas, un diario serio de Lima, *El Comercio* del 15 de julio, se atrevía a sostener y a solicitar del cuerpo diplomático residente en Lima que declarase de hecho concluido el bloqueo. “El propio maestro chileno, decía con énfasis el diario limeño aludiendo a las opiniones sustentadas por don Andrés Bello en materia de bloqueos, ha definido la cuestión para los suyos. Si la escuadra se aleja *por miedo* de Iquique (salvo que el miedo se considere como *fuerza mayor*) abandona sin legítima causa el bloqueo, y éste queda *de hecho levantado*. Si la escuadra, en su mayor y más poderosa acción, sale del puerto durante las noches a desempeñar comisión distinta dejando insuficientes barquichuelos encargados de simular un bloqueo, éste no es un bloqueo efectivo, según el tratado de París, y los neutrales no tienen por que respetarlo.

No comprendemos, pues, las razones que el cuerpo diplomático residente en el Perú pueda tener para consentir que continúe perjudicando el comercio de sus nacionales con una farsa de bloqueo, con un bloqueo intermitente, que durante las noches desaparece y permite la entrada a Iquique, no solo a los neutrales, sino hasta los buques de guerra enemigos.”

VII.

En otro sentido, la prensa oficial del Perú, ufana y grosera más allá de toda medida, se entretenía en adornar su fantástica alegría con sangrientos oprobios lanzados a la honra de nuestros marinos, puestos sin culpa suya, y al contrario, contra sus reverentes protestas, en tan acerbos pruebas. En un editorial titulado “¡Estamos rendidos!” se explicaba, en efecto, el *Diario*

Oficial del Perú del 15 de julio en los términos siguientes sobre los sucesos de la noche del 9 al 10 de julio:

“No puede ser más gloriosa para las armas de la República ni más triste y desgraciada para Chile la campaña actual.

En efecto, he aquí la verdadera interrogación tremenda para aquel infeliz Estado: *¿que ha hecho Chile?*

Bajo el punto de vista militar, nada, nada y nada. Porque por muy humildes y escasos de valor y de patriotismo que supongamos a nuestros ya escarmentados enemigos, no debernos juzgarlos tan ciegos que no comprendan cuán ridícula es para ellos la actual campaña hasta el momento en que escribimos estas líneas.

En efecto, solo han incendiado puertos indefensos y arrojado bombas sobre mujeres y niños; solo han quemado lanchas y muebles. Después de esto huyeron frente al Loa; retrocedieron con sus botes cargados de muertos y heridos en Pisagua, Mejillones y Mollendo; perdieron un buque en Iquique y no se fue a pique el otro gracias a una roca oculta; rehusaron el combate provocado en el Callao por un buque de madera y dos monitores; en fin, acaban de luchar *cuatro* contra *uno solo*, el Huáscar, . que ha dejado a dos de ellos completamente averiados, saliendo él ileso de la refriega”.

VIII.

Desfalcando de este fárrago las insolencias y las abultadas ponderaciones, y nadie podía ocultarse que la prensa oficial del enemigo traducía fielmente en esa época el sentimiento arrogante de sus gentes, al paso que nosotros, condenados a la más deplorable, absurda e infamatoria, inacción en todas partes, divisábamos los sombríos reflejos del desaliento, del desgobierno y de profunda, insondable e incorregible pereza. “Todos los días, exclamaba todavía el 16 de julio uno de los huéspedes del buque almirante surto a intervalos en la rada de Iquique, todos los días se puede decir que trasnochamos en nuestros puestos de combate. Cualquiera luz que se vea dicen que es el *cuco* peruano. Esta es la guerra que nos hace. ¡Hasta que nos dé un buen malón!

En Iquique se *trabaja todos los días en fortificaciones a vista nuestra*. En frente de la aduana trabajan troneras para colocar cañones.

Si la oscuridad de la noche no le hubiera impedido al *Huáscar* ver al *Matías* la otra noche, ahora lamentaríamos la perdida de nuestro transporte. ¡El *Matías* se salva por tercera vez!

Mientras tanto *¿que hacemos? ¿que es de los planes? ¿en que se piensa?* etc. Hay un decaimiento completo.” (Correspondencia de *El Mercurio*. Esta tercera

aparición del Huáscar contra el *Matías* no había sido sino una de las muchas visiones del bloqueo de Iquique, parecidas a las *minas* de esa plaza de que tanto se habló al principio, y a los torpedos de que no dejaba de hablarse una sola noche al presente.)

IX.

Pero el bloqueo continuaba....

¿Y que? ¿En realidad no estábamos de rebote bloqueados nosotros en Antofagasta, donde era indispensable mantener en permanencia uno de los blindados para defender el sustento y la bebida del ejército y al ejército mismo, mientras que, por ahorrar unos cuantos pesos de prima, echaban al agua (julio 12) el único cañón de a 300 que ¡santos cielos! después de *cinco meses* se había enviado a los fuertes de aquel puerto, madriguera del ejército?.

Sucedió por esto que apenas el *Blanco Encalada*, que había salido a toda máquina de Antofagasta en la noche del 14, al tener noticias por el vapor de la carrera del asalto del *Huáscar*, fondeaba en Iquique el 16 de julio a las nueve y media de la mañana, ordenaba al Cochrane fuese a tomar su puesto de centinela a la entrada de la bahía que hacía cerca de medio año teníamos ocupada.... El averiado transporte *Matías Cousiño* acompañaría al blindado.

¿Cuál de los dos países hacía, en vista de todo esto, la guerra, la verdadera guerra marítima, que es la acción múltiple e incesante, y cuál estaba en realidad bloqueados?

Pero no pararían en esto nuestros desconciertos y nuestros agravios.

X.

Exaltada la inflamable imaginación del jefe de la escuadra por las relaciones más o menos fantásticas de las apariciones nocturnas de torpedos, que al parecer nunca salieron un cable más allá de la playa, resolvió hacer un escarmiento en la población, tan pronto como, a su juicio, estuviera justificada esa medida por la presencia real y visible de aquellas misteriosas pero impalpables visitas de la noche. Y por desgracia en la propia del día de su llegada, aconteció que desde la borda del buque almirante divisaron o creyeron divisar, según unos, una parda lancha entre las pardas sombras, según otros una luz roja entre las fosforescentes ondas (porque no hay nada cierto sobre esas apariciones); y sin más que esto, rompieron todos los buques, apenas había entrado la oscuridad invernal de la tarde, un nutrido fuego de fusilería que causó, al decir de los peruanos, indecible pánico, igual a la sorpresa y a la admiración en la ciudad. Hubo a esas horas un cierrapuertas general.

Y en seguida, poniéndose a una señal en línea de batalla todos los buques de la flota, rompieron sobre la desapercibida ciudad un fuego de cañón que duró más de una hora, disparándose en ese intervalo cuarenta y dos proyectiles de todos calibres.

XI.

Como siempre, en tales dolorosos lances, preferimos ceder nuestro puesto a testigos de vista, y en esta ocasión con más señalada voluntad que en otras copiamos lo que sobre el hecho cuenta el inteligente corresponsal que un diario de Valparaíso mantenía en permanencia a bordo de la nave capitana, y el cual se expresa en los términos siguientes:

“En la tarde del día de nuestra llegada a Iquique (julio 16), todos los buques se pusieron en movimiento.

El *Cochrane* y el *Matías* quedaban listos para zarpar al sur.

Como a las 8.30 de la noche el *Blanco* y la *Magallanes* hicieron un nutrido fuego de fusilería sobre una lancha sospechosa salida de tierra.

El *Cochrane* a su vez hizo fuego sobre otra lancha que mostraba a intervalos una luz roja.

Rato después la capitana puso señales de bombardear.

La *Magallanes*, *Blanco* y *Abtao* hicieron varios disparos sobre la población sin saberse hasta ahora el resultado de ellos.

Las luces de la población totalmente apagadas.

A las 10.20 la capitana hacía señales al *Abtao* y *Magallanes* de tomar su colocación, y el *Cochrane* y *Matías* de continuar su destino.

Esa noche se distinguió como siempre la *Magallanes*, que tomó una muy buena colocación para dirigir sus fuegos con acierto y no exponerse a los disparos de los demás buques. Advertiré que la noche era oscura como pocas.”

(Correspondencia de *El Mercurio*, abordo del *Santa Rosa* julio 22.

La relación de tierra, que coincide con ésta, era la siguiente, tomada del diario de Iquique *El Tiempo*:

“Ayer a horas 6.35 P.M. se empezó a sentir a bordo de los buques chilenos un fuerte y nutrido fuego de fusilería.

La alarma cundió instantáneamente en la población.

El cierrapuertas se hizo general a los dos primeros tiros de cañón, a bala, al parecer de grueso calibre y cuyos proyectiles lanzados en dirección S.E. cayeron en la pampa, sin originar daño digno de mencionarse.

La estupefacción y el asombro embargó el ánimo de todos ante ese cobarde atentado en las horas de la noche.

Eran las 7.16 P.M.

Empezó de nuevo y con más viveza el fuego de fusilería.

Interrumpido éste por cortos instantes, los buques chilenos empezaron a disparar cañonazos cargados con bala, bombas y granadas, de distintos calibres y hasta el número de cuarenta y dos.

En ese supremo momento de conflicto todas las autoridades políticas de la localidad, el señor general en jefe del ejército, el estado mayor general y demás jefes de la defensa estaban en sus puestos respectivos, impartiendo las órdenes del caso y distribuyendo las fuerzas en los puntos en que se presumía pudieran intentar nuestros alevosos enemigos un desembarque de sorpresa.”)

XII.

Los daños causados, por acaso, en las vidas y en la población no habían sido de considerable valía. Resultó muerto un soldado boliviano de la custodia de la Aduana, llamado Vázquez, y una mula; mientras que entre los heridos se contaba un teniente del estado Mayor y una niña llamada María Pinto, a la cual un astillazo arrancado por una bomba lastimó en la cadera (En los anexos de este capítulo publicamos todos los partes oficiales sobre el bombardeo de Iquique que hemos extraído de un alcance al periódico *El Tiempo* núm. 518 del 18 de julio de 1879.)

XIII.

Fue singular, y habría sido, sin esos dolores, divertido, que los vecinos del pueblo culparon de aquel súbito desastre a Nuestra Señora del Carmen, patrona de las armas de Chile, como lo es de las suyas, porque aseguraron en su prensa del día siguiente que el bombardeo había sido resultado de una borrachera ocurrida en la escuadra con motivo de la celebración del día de la guerrera virgen, que en efecto correspondía a aquella fecha. Por lo demás, el furor insano de sus denuestos no reconoció valla alguna ni siquiera la de más vulgar decencia, deslenguándose el diario de Iquique, que redactaba un poeta de mediana nota, en el lenguaje nauseabundo de las cloacas. “Los *miserables incendiarios*, decía *El Tiempo* en una hoja que lanzó a las diez de la mañana del día 17 y que tenemos a la vista, los miserables incendiarios *asesinos cobardes* que sacrifican poblaciones indefensas, han consumado anoche uno de esos actos que no encuentran justificación alguna ante el justo criterio de los pueblos civilizados.

Los *bandidos chilenos*, alucinados sin duda por su santa favorita, la patrona de sus armas, Nuestra Señora del Carmen, es decir, *la patrona de los ladrones, asesinos y bandidos*, han tenido una *soberana borrachera*, cuyos efectos se han hecho sentir en distintos puntos de la población.

¡Miserables! Esa *canalla infame* ha creído infundir el terror y el espanto entre nuestras familias, ¡pero vano intento!, esas familias no son las familias chilenas donde no reina la unión y el común esfuerzo cuando la *prostitución y el libertinaje* no han invadido sus hogares, estampando en ellos la estigma repugnante y asquerosa del vicio, del vicio que es *herencia favorita de los ladrones chilenos y de las prostitutas chilenas*.

Preciso es que el mundo civilizado juzgue, imparcialmente, de los procedimientos de ese pueblo *de bandidos* que nos manda *marinos infames* para consumir actos cuya analogía se encuentra solo en la desgraciada historia de ese *pueblo de presidiarios, presidio de todos los antiguos virreinos de la metrópoli español.*”

XIV.

Dio también ocasión autorizada el bombardeo nocturno del puerto de Iquique, a una reclamación más acusadora que sentida del cuerpo consular de aquella ciudad, datada el día siguiente del suceso, y a la cual el contralmirante chileno contestó con verdadera elevación asegurando además que las punterías del bombardeo habían sido *por alto*..... (Entre los anexos de este capítulo se encontrarán estas notables comunicaciones.)

XV.

Entretanto esto pasaba en Iquique, el *Cochrane* que había partido hacia el sur junto con el *Matías*; llevaba en la noche del siguiente día (el 18 de julio) a la altura de Mejillones, y divisando lejana luz poco después de pasada la hora de las diez, se alistó para el combate. “¡Zafarrancho!, exclamaba uno de sus tripulantes. Todo el mundo en su puesto.... Cuarenta minutos después se reconoció ser luz de tierra: es Mejillones”.

Pero no: esa luz es el *Huáscar* que en esa noche desciende desde Arica en persecución de una empresa de mar que costaría a Chile uno de sus más dolorosos sacrificios. La captura del *Rimac*, que iba a ser el vértice de la guerra, no tardaría en tener lugar.

El *Cochrane*, sin embargo, seguido de su consorte, fondeó en la rada de Antofagasta en la mañana del 19 de julio, sin haber visto nada en su camino excepto “la luz de Mejillones”.....

No era por cierto esa luz la de la estrella que alumbró al nacer a Chile y quedó fijada en los pliegues de su glorioso pabellón.

ANEXOS AL CAPÍTULO V.

I.

DOCUMENTOS OFICIALES PERUANOS SOBRE EL BOMBARDEO DE
IQUIQUE EN LA NOCHE DEL 16 DE JULIO DE 1879.

I

PARTE PASADO POR EL SEÑOR CORONEL JEFE DE ESTADO MAYOR
GENERAL.

Benemérito señor general de división, general en jefe del ejército.

Un acontecimiento sin nombre en la historia, un hecho sin ejemplo, contrario a las leyes de la guerra, y aun a las leyes de la humanidad, digno únicamente de los vándalos de la edad media, tuvo lugar en la noche de ayer de las 7.30 hasta las 9 y 20 P.M. Cuando el pacífico vecindario se entregaba al descanso de sus tareas ordinarias, y cuando las fuerzas del ejército que guarnecen la plaza, ocupaban sus puestos de servicio; se advirtió a bordo de las naves bloqueadoras que se encontraban al frente de la bahía un fuego nutrido de fusilería que la oscuridad de la noche hizo imposible conocer su objeto, interrumpido a intervalos por disparos de cañón. Concluido éste, principió con más actividad el fuego de su gruesa artillería, ya con dirección al puerto, haciéndose fuera a la mar media hora después.

El número de disparos de cañón de diversos calibres ascendió al de 42, causando en el ejército y en el vecindario, los estragos que se determinan en la relación que me hago el honor de acompañar a U.S.

El examen de las causas que hayan dado origen a este hecho tan inaudito y salvaje y los sucesos que se desarrollen, únicamente podrían demostrarse; mientras tanto la forma con que se ha revestido, autoriza a creer que continúan en su invariable conducta de destrucción a mansalva y sobre seguro, emprendida ya en nuestros indefensos puertos de Pisagua, Mejillones y Pabellón de Pica y que no siéndole posible penetrar en el continente por la valerosa resistencia que les oponen nuestros compatriotas, sacian por lo menos sus pasiones de este indigno modo.

Las fuerzas del ejército se retiraron a sus cuarteles a las 6 A.M. de la fecha; y dos horas después ha vuelto a entrar en el puerto la escuadra chilena que lo abandonó después de su original hazaña de la noche, faltando el blindado *Blanco Encalada* y el transporte *Matías Cousiño*.

Nada más tengo que agregar a U.S. que ha sido testigo presencial de estos acontecimientos.

Los señores jefes, oficiales y tropa permanecieron dignamente en sus puestos, resueltos como buenos a sacrificar su existencia en aras de la patria.

Dios guarde a U.S. B. S. J. en J.

Santiago Contreras.

II.

RAZÓN DE LOS MUERTOS, HERIDOS Y CONTUSOS QUE HAN RESULTADO EN LA NOCHE DEL 16 DEL PRESENTE, A CONSECUENCIA DEL BOMBARDEO PRACTICADO POR LA ESCUADRA CHILENA SURTA EN ESTA BAÍHA.

Muerto.

Francisco Vázquez, soldado boliviano de la columna Tarapacá de la guardia nacional, por un casco de bomba.

Heridos.

Don Enrique Osma, teniente graduado subteniente, herido gravemente en la cabeza, perteneciente al estado mayor general.

Contusos levemente.

Don José L. Torres, teniente coronel, primer ayudante del estado mayor general.

Particulares de la población.

La señorita María Pinto herida en la cadera.

Tres niños hijos de doña María Vilches, despedazados por una bomba que cayó en la pampa al lado del Sur del pueblo.

Don Pedro Quinteros con las dos piernas hechas pedazos.

Juana Cueva (boliviana) mal herida en un brazo.

Don Mariano Toledo, natural de Quito, con un brazo menos.

Don Manuel Matías Verdejo mal herido en la cabeza.

Don Enrique Van-Buren herido en el pecho.

Doña Petronila Nuñez (anciana) gravemente herida.

A más de las desgracias que arriba se puntualizan de que solo hasta ahora se sabe, la población ha sufrido averías de consideración, como el local de la Aduana principal fronteriza a la bahía donde está establecido el estado mayor general del ejército, cuyas paredes, puertas y ventanas están hechas pedazos igualmente que la iglesia matriz bandeada por una bomba.

Benemérito señor general en jefe.

Santiago Contreras.

Iquique, julio 17 de 1879.

III.

PARTE PASADO POR EL SEÑOR COMANDANTE GENERAL DE LA
5ª DIVISIÓN AL ESTADO MAYOR GENERAL.

COMANDANCIA GENERAL DE LA 5ª DIVISIÓN.

Iquique, 17 de julio de 1879.

Señor coronel jefe de estado mayor general.

S. C.

Con pesar pongo en conocimiento de U.S. la muerte del soldado de la columna Tarapacá, Francisco Vázquez, que hallándose de facción en la trinchera de la Aduana, fue destrozado anoche por uno de los proyectiles de la escuadra enemiga.

Los señores jefes y oficiales de mi división, durante el bombardeo, cumplieron bien con sus deberes.

Haré presente a U. S. que el sargento mayor don Juan Bautista Pinares, los capitanes don Clodomiro Peña y don Felipe Santiago Rivero, sin colocación en esta plaza, y el ciudadano don Víctor Manuel Pinares, hijo del primero, se pusieron a mis órdenes para prestar sus servicios durante la noche.

Dios guarde a U.S.

José Miguel Ríos.

IV.

PARTE DE LA SUB PREFECTURA DE LA PROVINCIA.

Iquique, 17 de julio de 1879.

Benemérito señor general prefecto del departamento.

B. S. G. P.

Más por cumplir con un deber de fórmula, que por noticiar a U.S. del hecho que U. S. conoce mejor que yo; tengo el honor de manifestarle que anoche a h. 7.10 P.M. se sintió a bordo de los buques chilenos un nutrido fuego de fusilería, precedido de un cañonazo, que a mi juicio, fue solo con pólvora, cuya causa nadie acertó a reflexionarse. Un cuarto de hora después, sonó el primer cañonazo disparado sobre la población, y a éste siguieron cuarenta y cuatro más, *distribuidos* en todos sentidos, en razón de haberse desplegado los buques en toda la extensión de la bahía. Los disparos fueron en su mayor parte, de los cañones del mayor calibre que posee la escuadra bloqueadora. El fuego de cañón terminó a las h. 9.45 P. M.

Adjunto a este parte, una razón minuciosa de los muertos y heridos en el bombardeo de ayer.

Por lo demás, me abstengo, señor general, de hacer apreciación alguna sobre tal acontecimiento, tanto porque cualquiera sería débil para expresar la infamia que encierra, cuanto porque U.S. en su alta penetración y habiendo sido testigo ocular de él, lo apreciará como merece.

En cuanto a los daños causados a los edificios, suministraré a U.S. a la mayor brevedad, una razón exacta de su entidad y avalúo.

Dios guarde a U.S. S. G. P.

Francisco Layo.

II.

NOTAS CAMBIADAS ENTRE EL CUERPO CONSULAR DE IQUIQUE Y EL ALMIRANTE DE LA ESCUADRA DE CHILE, CON MOTIVO DEL BOMBARDEO DE ESTE PUERTO EN LA NOCHE DEL 16 DE JULIO.

Iquique, julio 17 de 1879.

Señor:

Tenemos presente las explícitas declaraciones que U.S. se dignó hacer en fecha 6 de abril a los delegados del cuerpo consular, y ante la fe que ellos debían merecernos, no habríamos podido nunca suponer que se produjesen acontecimientos en manifiesta contradicción con las garantías espontáneamente ofrecidas por U.S.

Contra todas nuestras previsiones, anoche por espacio de dos horas, por motivos que no alcanzamos a comprender, y sin el aviso previo que el derecho internacional requiere, los buques al mando de U.S. han dirigido sobre esta ciudad un considerable número de tiros de cañón, cuyos efectos han sido desastrosos; varias personas indefensas, ancianos, mujeres y niños, y algunos neutrales han perdido la vida; han sido destruidas algunas propiedades particulares, pertenecientes a extranjeros, de los cuales, como U.S. no ignora, está compuesta la mayoría de la población.

Encargados de la protección de vidas e intereses de nuestros respectivos nacionales; y para cumplir con los deberes de nuestro cargo en reunión especial, hemos resuelto unánimemente protestar, como en efecto lo hacemos en toda forma, del bombardeo de anoche, bombardeo injustificable y contrario a las práctica más conocidas y sagradas del derecho internacional, haciendo responsable a U.S. de las consecuencias a que él pudiera dar lugar.

Somos de U.S. atentas y obsecuentes servidores.

Firmado: J.W. *Merriam*, cónsul de los Estados Unidos en América y decano del cuerpo consular. *Marcos F. Aguirre*, cónsul del Ecuador. *Indalecio Gómez*, cónsul de la República Argentina. *Herman J. Schmidt*, cónsul de la monarquía AustroHúngara y encargado del consulado del imperio alemán. M. *Jervell*, vice cónsul accidental de S. M. B. Dr. *Hugo Rossi*, agente consular de Italia.

Al señor comandante en jefe de la escuadra chilena en esta rada.

Rada de Iquique, julio 17 de 1879.

Señor cónsul :

He tenido el honor de recibir la nota protesta del cuerpo consular residente en este puerto, la cual enviaré a mi gobierno en primera oportunidad para su conocimiento.

Mientras tanto juzgo, oportuno manifestar a U.S., que no niego el hecho de haber ofrecido al cuerpo consular, que siempre que por los acontecimientos de la guerra, me viere precisado a bombardear esta plaza, lo haría saber al cuerpo consular con la conveniente anticipación, para la seguridad personal e intereses de sus nacionales.

Y tengo la satisfacción, señor cónsul, de haber obrado estrictamente en armonía con mi promesa, a pesar de los actos de hostilidad empleados por las fuerzas militares de tierra contra la corbeta *Esmeralda*, durante un combate naval primero, e intentando después la destrucción de uno de los buques de la escuadra de mi mando por medio de un torpedo en la noche del 8 del actual.

Pero la nueva repetición de este último acto anoche, contra el buque de mi insignia, me autorizaba de hecho para consumir la destrucción del pueblo; pero aun así, y obedeciendo sólo a un sentimiento humanitario, ordené que las punterías se hicieran por alto, como U.S. habrá tenido ocasión de cerciorarse.

Deploro la pérdida de vidas de individuos indefensos que U.S. me asegura ha ocurrido; pero no se ocultará a U.S. que la feliz aplicación del torpedo hubiera hecho perecer a un sinnúmero de individuos también indefensos contra esta traidora arma de guerra.

Hasta este momento, la guerra en que nos hallamos empeñados, ha sido sostenida por nuestra parte con toda lealtad, puede U.S. asegurarlo así a sus nacionales, y agregarles que se continuará del mismo modo mientras el enemigo no emplee armas de esta especie.

Finalmente, me permito recordar a U.S. que este pueblo, hoy cuartel general del ejército, con sus fortificaciones y defensas, lo constituyen una plaza militar, y por consiguiente, sus moradores están sujetos a todas las contingencias de la guerra, por lo cual lamento sinceramente la permanencia aun en ella de ciudadanos neutrales, y muy particularmente la de U.S. y demás miembros del cuerpo consular, que U.S. tan dignamente preside.

Con sentimiento de mi más alta consideración, tengo el honor de ser, señor, atento y obsecuente servidor.

J. Williams Rebolledo.

Señor cónsul de los Estados Unidos de Norte América, decano del cuerpo consular extranjero en Iquique.

Iquique, julio 19 de 1879.

Señor:

Hemos leído con detenida atención el oficio que U.S. se ha dignado dirigir al decano del cuerpo consular de este puerto y después de meditar todas las razones aducidas en justificación del bombardeo de la noche del 16 del actual, y en apoyo del derecho de repetirlo en adelante toda vez que se remueven las hostilidades que asevera U.S. se han ejercido contra la escuadra de su mando, nos permitimos manifestarle que a este respecto opinamos de otra manera.

No creemos que el derecho internacional autorice y legitime la destrucción de la propiedad particular y neutral como una simple medida de represalias, sino tan solo en el caso preciso y extremo de que la necesidad de activar la terminación de la guerra, o de ejecutar una operación muy importante, haga inevitable su destrucción.

Tampoco creemos que la calificación de plaza fuerte corresponda a esta ciudad abierta; pero sea esto lo que fuere, y dejando a quien en ella incurra la responsabilidad de hechos futuros, nos permitimos expresar que, al usar U. S. del poder de que dispone en la medida y forma que estime conveniente, se digne no echar en olvido que las naciones civilizadas que clasifican el bombardeo, cuando, es legítimo, de una medida de rigor extremo, lo estigmatizan como un atentado si se consuma sin previo aviso, sea cual fuere, por otra parte, su grado de legitimidad.

Confiados en la promesa que U.S. nos hizo el 6 de abril, confirmada indirectamente en la nota que tenemos el agrado de contestar, exigimos de U. S. se digne decirnos si podemos asegurar a nuestros respectivos nacionales que en el caso desgraciado de que sus vidas y propiedades corran el riesgo de un bombardeo, éste no se producirá de improviso, sino con un aviso anticipado, según la práctica de las naciones cristianas.

Por lo demás, y muy agradecidos al interés que muestra U.S. por nuestra seguridad personal, nos apresuramos a destruir la extrañeza que causa a U.S. nuestra actual permanencia en este puerto, insinuándole que ella se explica por las garantías que U.S. nos dio; y que los deberes de nuestros cargos nos obligan a permanecer donde se hallan amenazados los intereses de nuestros nacionales.

Somos de U.S. con expresiones de alta consideración, atentos y obsecuentes servidores. *J. W. Merriam*, cónsul de los Estados Unidos de América y decano del cuerpo consular. *Marcos F. Aguirre*, cónsul del Ecuador. *Hernán J. Schmidt*, cónsul de la monarquía Austro Húngara y encargado del consulado del imperio alemán. *Indalecio Gómez*, cónsul de la República Argentina. *M. Jewell*, vice cónsul accidental de S.M.B. *Dr. Hugo Rossi*, agente consular de Italia.

Al señor comandante en jefe de la escuadra chilena en esta rada.

COMANDANCIA GENERAL DE LA ESCUADRA. A BORDO DEL
BLINDADO “BLANCO ENCALADA”.

Rada de Iquique, julio 21 de 1879.

Señor:

He tenido el honor de recibir la nota colectiva que por conducto de U.S. se ha servido dirigirme el cuerpo consular residente en este puerto, manifestándome que después de meditar todas las razones aducidas en justificación de los tiros disparados por algunos de los buques de la escuadra de mi mando en la noche del 16 del actual, no opinan a este respecto de la misma manera que el que suscribe; que tampoco creen que la clasificación de plaza fuerte corresponde a este puerto; y por fin, solicitan que se les asegure, en caso de un futuro bombardeo, que se les notificará con la anticipación debida para poner en salvo las vidas e intereses de sus nacionales.

En contestación, tengo el honor de participar a U.S., y por su conducto, al honorable cuerpo consular, que siempre que por los futuros acontecimientos de la guerra me vea precisado a efectuar actos de hostilidad contra este pueblo, que insisto en calificar de plaza militar por las razones que he tenido el honor de exponer a U.S. en mi anterior comunicación, trataré de prevenirlo oportunamente a U.S. y demás colegas para la seguridad de las personas e intereses neutrales, de acuerdo con mis más íntimos deseos.

Debo agregar a U.S. que aunque tengo la firme resolución de aceptar la guerra en cualquiera forma que se presente, mis procedimientos, conformes con mis sentimientos humanitarios, lo repito una vez más, irán tan lejos como sea compatible con la seguridad del personal y material que el gobierno de mi nación ha confiado a mi cuidado.

Sírvase, señor cónsul, comunicar a sus honorables colegas el contenido de esta comunicación y aceptar los sentimientos de consideración, con que me suscribo de U.S., señor cónsul, atento y obsecuente servidor.

J. Williams Rebolledo.

Al señor cónsul de los Estados Unidos de Norte América, decano del cuerpo consular de Iquique.

CAPÍTULO VI.

EL SEÑOR SANTA MARÍA EN ANTOFAGASTA.

Don Domingo Santa María es nombrado delegado del gobierno con plenos poderes en el cuartel general de Antofagasta. Viaje del delegado en el *Itata*. Sus compañeros y auxiliares. El señor Santa María recibe en el muelle el saludo que el general Arteaga le envía con un ayudante. Nota en que al siguiente día le adjunta sus plenos poderes. El general en jefe hace inmediatamente su renuncia. Manera como el *Diario Oficial* explica el viaje del señor Santa María, menoscabando la evidente autoridad de que este se hallaba investido. Preocupación y bandos en el campamento en la noche del 18 de julio. Llega a las diez y media de esa noche un expreso de Mejillones anunciando la presencia del *Huáscar* y de la Unión. Inmensa alarma que esta nueva produce en ausencia de los blindados. El señor Santa María encomienda la defensa de los fuertes al comandante Velázquez. Despacha al *Itata* con el capitán Lynch y don Isidoro Errázuriz a dar aviso a la escuadra. Viaje del *Itata* y malas impresiones que reciben sus tripulantes a bordo de la escuadra. Llega el *Cochrane* a Antofagasta en la Mañana del 19 de julio. El peligro del gobierno evitado en el Norte reaparece en el Sur. El Rimac está en viaje.

“Eso sí, hemos pedido y continuaremos exigiendo de los que hoy tienen en sus manos la grandeza y la honra de la patria, mayor presteza en el obrar, mayor confianza en las fuerzas de Chile y el arrojo que vence dificultades. Los que vacilan en esta hora suprema, no son los hombres que necesita el país.”

(Eusebio Lillo, corresponsal de *El Ferrocarril*, Antofagasta junio 28 de 1879).

I.

Dejábamos en uno de los capítulos precedentes al señor Santa María, ministro de Relaciones Exteriores, en viaje de regreso de Antofagasta a Santiago en los últimos días de junio de 1879, después de una corta estadía que podía llamarse de exploración.

Ignorarnos por completo los secretos de gabinete de la época, porque nos proponemos escribir la historia de la guerra más no la tenebrosa de su política interna. Pero se dijo que había solicitado de sus colegas plenos poderes para regresar al norte y poner en algún orden las cosas. Es cierto que premunido de una especie de dictadura política militar, como los famosos comisarios que la Convención enviaba a los ejércitos durante las campañas de la Revolución, este distinguido ciudadano, y bajo muchos conceptos notable patriota y hombre de Estado, se dispuso a regresar al norte desde el 11 de julio en que recibió plena autorización para obrar como si fuera el propio gobierno. Era aquello una misión análoga a la que con rara fortuna propia y

notable ingratitud de parte de los hombres de la época, ejerciera el señor Santa María en el Perú durante la guerra de 1865-66.

II.

Se hizo en consecuencia a la mar desde Valparaíso el todopoderoso ministro, a bordo del velero vapor Itata del capitán Stewart, en la mañana del 15 de julio, y acompañado de numeroso séquito de compañeros que se hallaban más o menos en posesión de los secretos de Estado. Se contaba entre éstos el señor Sotomayor, asesor en campaña del ejército y escuadra, el secretario del general en jefe don José Francisco Vergara, el auditor de guerra don José Alfonso, el brillante escritor político don Isidoro Errázuriz, que iba a correr los albuces de la guerra sin puesto determinado, el capitán de navío don Patricio Lynch, que salía a campaña por la primera vez, y algunos jóvenes entusiastas que, con los diputados don Máximo Lira y don Ignacio Palma Rivera, formaban en la categoría y en la vanguardia de los antiguos *cantores* de los ejércitos. Se denominaban estos ahora cucalones, por la mala estrella que cupo a un joven limeño de este nombre (don Antonio Cucalon), cayéndose de la cubierta del *Huáscar* y ahogándose. El oficio de *cucalon* era desde su cuna teniente resbaladizo y hasta peligroso.

III.

Dejaron el puerto los tripulantes del Itata “con tiempo benigno y favorable, escribía a su diario uno de aquellos, con el sol claro y dulce del invierno rodando en el firmamento azul”; y empujados por acariciadoras brisas, arribaron en poco más de cincuenta horas a la rada de su destino el 17 de julio por la tarde. Pero como acontece en el mar, aquella dulce calma era solo síntoma engañoso de hondas tempestades que rugían dentro de los corazones y encima de las ondas.

IV.

Muy de madrugada a la siguiente mañana, envió su salutación el ministro delegado al general en jefe del ejército, que había despachado antes uno de sus ayudantes al muelle a darle la bienvenida, pero sin ir en persona como ello habría parecido propio de la situación y el caso. Pero se dijo también que a su vez el señor Santa María no correspondió en aquella hora a aquel atento saludo, lo que fue grave falta de etiqueta por su parte,

especialmente en época tan vidriosa. Se aseguraba en efecto, en Santiago que la parte principal de la misión extraordinaria del señor Santa María, consistiría en deponer al general en jefe del ejército y al almirante de la escuadra, quienes para mayor infortunio del país, no habían logrado tampoco entenderse el uno con el otro. La guerra no era guerra sino Babel.

Parecía confirmar esta agria situación de los ánimos en el campamento la actitud del diario *Los Tiempos*, que redactaba el hijo primogénito del general en jefe y en el cual no se habían escaseado las acusaciones ni aun las burlas al jefe de la escuadra. Se atribuía además a uno de los ayudantes favoritos del general Arteaga, el escritor cartagenero don Justiniano Zubiria, una reseña burlesca publicada en aquel diario sobre la desgraciada expedición al Callao, con el título de *Odisea*. La tensión de los espíritus no podía ser mayor, y para calmarlo, o lo que es más natural creer, con el objeto de darle una solución, se había ido embarcado en el *Itata* el señor Justo Arteaga Alemparte, redactor y propietario del diario que había dado colorido a los secretos enconosos que dividían el campamento, la escuadra y de rebote el país en bandos.

V.

De todas suertes aconteció que apenas hubo recibido en su alojamiento el general en jefe el pliego en que el ministro delegado le adjuntaba sus plenos poderes, le remitió este último su renuncia del mando del ejército con calidad de irrevocable.

Uno y otro de estos documentos concebidos en los términos siguientes:

MINISTERIO DE LA GUERRA.

Santiago, julio 11 de 1879.

El gobierno ha resuelto que regrese a Antofagasta el ministro de Relaciones Exteriores don Domingo Santa María, acompañado de don Rafael Sotomayor y del auditor de guerra don José Alfonso.

Las determinaciones y resoluciones que adoptase o dictase el señor Santa María, *sea cual fuere su carácter y el alcance que tuvieren*, serán considerados por U.S. como *determinaciones y resoluciones del gobierno mismo*, comunicadas a U. S. por el órgano respectivo.

Lo digo a U.S. para los efectos consiguientes.

Dios guarde a U.S.

B. Urrutia.

Al general en jefe del ejército del norte.

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO DE OPERACIONES DEL NORTE.

Antofagasta, julio 18 de 1879.

Estando U.S. investido de todas las facultades que competen al Gobierno, según nota del 11 del presente, pongo en su conocimiento que desde esta fecha renuncio el cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones del Norte, con el carácter de irrevocable.

Asimismo comunico a U.S. que mañana me pongo en marcha para Santiago por el vapor de la carrera.

Dios guarde a U.S.

Justo Arteaga.

Señor Delegado del Gobierno y Ministro de Relaciones Exteriores, don Domingo Santa María (El señor Santa María acompañó el pliego que contenía su amplia autorización militar, con la siguiente nota de carácter personal.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Antofagasta, julio 18 de 1879.

Señor general don Justo Arteaga.

Mi apreciado general:

Anoche no tuve el gusto de verle por que estaba fatigado con las molestias de la navegación.

Remito a Ud. un oficio del gobierno.

Hoy procedo a nombrar gobernador a don Salvador Reyes. Según creíamos en Santiago esperaba encontrar aquí a Zenteno. El capitán de puerto tiene muchos quehaceres para que pueda también desempeñar otras funciones.

Necesito tener aquí un oficial, y si Ud. no tuviera inconveniente, preferiría por mi parte a Borgoño Larrain.

Le estimaría a Ud. previniere al telégrafo que los partes que yo remita no necesitan ser visados por otra autoridad.

Espera tener la satisfacción de verle hoy su afectísimo amigo

D. Santa María.

A su vez el general en jefe envió a las 11 de aquella mañana al Presidente de la República, el siguiente despacho telegráfico en que reiteraba no solo su resolución de separarse del ejército sino la de embarcarse inmediatamente para el sur.

Antofagasta, julio 18 de 1879.

(A las 11 de la mañana).

A S.E. el Presidente:

Después de mi telegrama a V.E. en la mañana de hoy, recibo el oficio del Ministro de Guerra en que se inviste al señor Santa María de plenos poderes para la conducta de la guerra. En consecuencia, he hecho renuncia del mando de este ejército y la reitero a V.E., esperando, aceptada que sea, tomar mañana el vapor de la carrera.

Justo Arteaga.

En el anexo de este capítulo publicamos el curioso artículo explicativo, paliativo y emoliente que una semana después de estos sucesos publicaba el *Diario Oficial* con el título de *Lo que significa la presencia en el cuartel general de un ministro del despacho*, en el cual se hace representar al señor Santa María el oficio de un simple “recadero”, como los antiguos de las casas grandes de Santiago. ¿Y el telégrafo?)

VI.

A este último despacho dio el señor Santa María inmediatamente su templada respuesta que copiamos a continuación.

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Antofagasta, julio 18 de 1879.

Señor general:

Por la nota de U.S. de fecha de hoy, núm. 228, quedo instruido de que U.S. renuncia, con el carácter de irrevocable, el cargo de General en Jefe del Ejército de Operaciones del Norte, y que mañana se pondrá en marcha para Santiago en el vapor de la carrera.

No pudiendo apreciar debidamente los motivos que han inducido a U.S. a tomar una determinación de esta naturaleza, porque U.S. no los expone, me limito a significar a U.S. que deplorando la resolución irrevocable adoptada por U.S., transmitiré al gobierno la renuncia de U.S. como igualmente la del secretario privado de U.S. don Pedro Nolasco Donoso, y la de los tenientes coroneles señores Gregorio y José Ramón Ossa.

Estando, pues, tan próxima la partida de U.S. sírvase U.S. confiar el mando del ejército al general designado por la ley don Erasmo Escala.

Dios guarde a U.S.

Domingo Santa María.

Al general de división don Justo Arteaga.

VII.

Se hallaba profundamente preocupado el campamento con estas ocurrencias de carácter gravísimo pero doméstico, discutiendo cada cual bajo su tienda o en corrillos su significado, que entre los militares era por lo general adverso al delegado del gobierno, cuando a las 10 y media de la noche llegó jadeante a la puertas del último un expreso despachado desde Mejillones a las 4 de la tarde, y que a revienta cincha había tardado seis horas en galopar por las muertas arenas del desierto.

¡Cosa increíble! El telégrafo que debía cruzar aquella lengua de tierra y cuyo primer poste había sido fijado en tierra el 5 de marzo, no estaba todavía terminado, exactamente como el cañón de a 300, destinado a la defensa del puerto, se hallaba a esas horas en el fondo del mar o de la playa. Y así, más o menos, todo andaba, o más propiamente no andaba: varado o a pique.

VIII.

Entre tanto el emisario del gobernador militar de Mejillones era portador de las más alarmantes noticias. El *Huáscar* acompañado de la *Unión* y de un buque desconocido hacían su aparición en ese momento en aquel desamparado divisadero de nuestro ejército.

La situación, si bien no inesperada, no podía ser más apurada. Como en la frustrada excursión de mayo, el puerto se hallaba otra vez invadido de transportes indefensos, y era notable que el arribo de éstos a aquel puerto coincidiera con aquellas oportunas cruzadas de los peruanos, cuya combinación atribuían muchos a un bien pagado espionaje. No existía remontado y en estado de servicio un solo cañón capaz de contener las impunes arremetidas del *Huáscar*. Se hallaba el ejército apiñado en sus cuarteles, como el 26 de mayo, día bochornoso para nuestras armas. Las máquinas de agua, socorro indispensable de aquél, se mostraban, sirviendo de blanco con sus encumbrados aparatos a los disparos de batería de la *Unión*, y

lo que era más doloroso y más imprevisor que todo, no se encontraba de centinela a la boca del puerto, como había acontecido en junio, uno de nuestros acorazados.

El *Cochrane*, es cierto, venía de viaje de Iquique, pero aun esta circunstancia incierta era ignorada en el cuartel general. La ansiedad, por tanto, era indecible, y en aquella noche fatal, la “noche triste” de Antofagasta, pocos fueron los que disfrutaron del regalado abrigo de sus lechos.

“En los momentos en que escribo, contaba un corresponsal de la prensa, a las once de aquella noche, reina en la población grande alarma.

Acaba de llegar de Mejillones un propio trayendo la noticia de que el *Huáscar*, la *Pilcomayo* y otro buque peruano que se supone sea la *Unión*, habían llevado a aquel puerto y parecían dirigirse al sur.

Poco después los vigías anunciaron dos luces sospechosas, como producidas por faroles de destello, que se habían visto frente al puerto.

La autoridad, en previsión de que a los buques enemigos se les antoje entrar de noche y *bombardear el puerto*, han ordenarlo que se apaguen todas las luces de la población, y que el *Itata* caldee su máquina y se aliste para zarpar.

Los habitantes abandonan en gran número la ciudad y se dirigen a los cerros, muchos de ellos llevando a cuestas sus líos de ropa y los útiles necesarios para pasar una noche al raso.

Las calles parecen un cementerio, y se espera por instantes el ruido atronador de los cañones.

En todos los rostros está pintado el azoramiento y la cólera.

¿Que es de nuestra escuadra? se preguntan todos.” (Correspondencia de *El Mercurio*.)

IX.

No se turbaron por esto los hombres sobre cuyas espaldas caía de improviso aquella angustiada situación. Aunque a esas horas el ejército no tenía propiamente general en jefe, el ministro delegado del gobierno, en virtud de sus omnímodas atribuciones, encargó la defensa inmediata de la plaza al comandante Velázquez, quien, provisto de linternas, se dirigió a esa hora a los fuertes para alistarlos de la mejor manera posible. El delegado dispuso, así mismo, que el capitán de navío, don Patricio Lynch, marcharse inmediatamente en el *Itata*, a llevar aviso a la escuadra y a pedirle de urgencia socorro.

Se hizo al mar este ligero transporte a las doce de lóbrega noche, con sus luces apagadas, pero columbró pronto las del enemigo que acechaba a la

salida del puerto, subiendo hacia su destino. Lo persiguieron éstos un trecho, pero gracias a la conocida serenidad del viejo marino que lo conducía, llegó con oportunidad al amanecer del día 20 a Iquique: y al saber allí que el *Cochrane* había sido despachado al sur, dio inmediatamente vuelta con tan grata y tranquilizadora nueva al campamento. El *Itata* entraba a Antofagasta de regreso en la tarde del 21 de julio, sin haber apercibido en el mar las columnas de humo de sus terribles competidores. Solo había divisado, como el *Cochrane* en el día de la víspera, sus faroles de la media noche. (He aquí como don Isidoro Errázuriz, que animosamente se había embarcado en el *Itata* con el capitán Lynch, cuenta las impresiones que recibiera en esta rápida excursión, especialmente respecto de la moral de la escuadra:

“Las primeras comunicaciones que tuvimos con la escuadra nos manifestaron que reinaba a bordo de nuestras naves cierta excitación a consecuencia de las recientes tentativas de aplicación de torpedos y del cañoneo que, desgraciadamente, se creyó necesario abrir, a consecuencia de ellas, sobre la infortunada ciudad. Las impresiones de un bloqueo inútil y fastidioso son malos consejeros. Los nervios, irritados por la monotonía abrumadora de la tarea, procuran descargar en cualquiera dirección.

Con más gusto que estas pesadillas, de torpedos y bombardeo, oímos los detalles del combate que ha agregado nuevos laureles a la corona ganada por el inteligente, discreto y animoso comandante de la *Magallanes*. Esta elegante nave es, en el día, la favorita de la escuadra. Se admira, con razón, su disciplina, su gallardía y la rapidez de sus movimientos. Al ocupar su puesto en el fondeadero giró a nuestra vista sobre sí misma como un diestro caballo de Chile gobernado por diestro jinete.

Por los primeros oficiales que llegaron a bordo supimos con satisfacción que el *Cochrane* y el *Matías Cousiño* se habían dirigido, un día antes a Antofagasta, de suerte que habían debido llegar a aquel puerto en hora oportuna para protegerlo y quizás para coger de sorpresa al *Huáscar* y su compañera.

A las seis de la tarde nos despedimos de la escuadra. Encontramos Antofagasta salva; pero luego nuevas angustias se apoderaron de nosotros.”)

X.

El *Cochrane*, a su turno, había hecho su deseada aparición con el *Matías Cousiño* en la mañana del 19, y ¡caso extraño! no había avistado el convoy peruano. ¿Que se había hecho?. Los humos de los dos buques chilenos, salvadores de la angustia, habían oprimido al columbrarlos en el horizonte todos los corazones que larga velada perturbaba. Pero, ¡oh ventura! Es el *Cochrane* que llega a tiempo para cerrar el puerto con su pesada mole. “¡Estamos salvados! profería a esas horas un corresponsal de la prensa.

Los techos de las casas están llenos de observadores, que ríen alegres y largan vivas a la patria.”

A esas horas se recobraba también el cañón de a 300 caído al agua “por economía”. La confianza renacía.

Antofagasta y el ejército estaban en efecto salvados a esa hora: 10 de la mañana del sábado 19 de julio.

XI.

Pero el peligro que desaparecía en una duda por el setentrion surgía ahora por un rumbo opuesto y con no menos congoja y gravedad, a virtud de una serie de imprudencias en que no hubo un solo culpable porque lo fueron todos. El *Rimac*, con el más lucido cuerpo del ejército y con valioso cargamento de caballos y pertrechos, un millón de pesos en conjunto, iba a caer en manos de los enemigos de Chile, afortunados hasta entonces solo en virtud de inconcebibles errores en la dirección de la campaña.

A narrar asunto de tamaño interés consagraremos el próximo capítulo de este libro.

ANEXO AL CAPÍTULO VI.

LO QUE SIGNIFICA LA PRESENCIA EN EL CUARTEL GENERAL DE UN MINISTRO DE DESPACHO.

(Editorial del *Diario Oficial* del 28 de julio de 1879.)

Desea el gobierno que la opinión pública forme un juicio claro y exacto sobre el verdadero carácter de las medidas en virtud de las cuales el señor ministro de relaciones exteriores se ha trasladado dos veces al cuartel general del ejército del norte, en representación del ejecutivo y para desempeñar allí comisiones importantes, es verdad, pero cuya naturaleza no tiene nada de irregular o extraordinario.

El ejecutivo debía ponerse al habla con los jefes de nuestro ejército y armada, a fin de concertar, una vez oídas sus respetables opiniones, el plan de conducta que debía dar energía, impulsión y pronto y feliz resultado a la guerra en que se halla empeñado el país.

Dos medios se presentaban para llenar aquella urgente necesidad, y eran: el llamamiento a Santiago de los expresados jefes o el envío al cuartel general de uno de los ministros del despacho, quien en posesión de las miras del gobierno y con pleno conocimiento de sus opiniones, oyese allí con el criterio y atención propias del asunto, las de los principales jefes con mando.

No fue posible pensar siquiera en el empleo del primero de estos dos medios. Los jefes de nuestro ejército y armada estaban, como están hoy, al frente del enemigo y ocupados en tareas demasiado importantes y premiosas para que fuera prudente o siquiera

practicable sin mayor peligro hacerlos abandonar sus puestos para venir a Santiago a discutir sobre la dirección de la guerra.

Se resolvió en consecuencia, la partida a Antofagasta de uno de los ministros del despacho y se designó al señor Santa María, que lo es relaciones exteriores.

El ministro en comisión desempeñó oportunamente su cometido y trajo al gobierno, además de las opiniones que había ido a explorar, la confirmación o modificación de las que el mismo gobierno tenía de antemano.

Previo el estudio y reconsideración de unas y otras, el gobierno adoptó el plan de conducta que debía seguirse en la dirección de las operaciones de la guerra, y creyó necesario que el mismo ministro volviese a Antofagasta con el objeto de comunicar allí a quienes corresponde las determinaciones aquí tomadas. Más como fuese necesario acreditar regularmente al órgano de la voluntad ejecutiva, el ministro de la guerra a quien compete el asunto, dirigió al señor general en jefe y al contralmirante Williams el oficio que se ha publicado.

Ese oficio significa sencillamente que el Presidente de la República, a quien corresponde por la Constitución la dirección superior de las operaciones de la guerra, y el ministerio, directamente responsable ante el país, tiene acordadas ciertas medidas cuya comunicación regular y autorizada encomiendan al ministro de relaciones exteriores, mientras que su ejecución, con la libertad y responsabilidad consiguientes, queda enteramente a cargo de los jefes del ejército y armada en campaña. La acción de éstos no tiene por que sufrir daño o menoscabo de ningún género, por la presencia de aquél en el teatro de la guerra, así como no han sido nunca opuesta ni recíprocamente dañosas la superior dirección de las operaciones militares, atribuidas con toda su responsabilidad al gobierno, y la autoridad del general en jefe que ha de ejecutar los planes de campaña acordados.

Como se ve, no hay en este procedimiento, nada que no sea perfectamente conforme con el ejercicio regular de la atribución que el Presidente de la República inviste, con arreglo a la Constitución, de dirigir las operaciones de la guerra.

Oídas las opiniones de los jefes con mando superior; estudiadas de nuevo y rectificadas en cuanto fue necesario las que tenía formadas el gobierno; resuelto ea virtud de estos antecedentes el plan que ha parecido más conforme con las justas y vehementes aspiraciones del país, era natural que el ejecutivo procediese a llevar a cabo sus determinaciones; y como no era cuerdo o ni expedito el medio de las comunicaciones escritas o el de las breves comunicaciones telegráficas, se resolvió que el ministro que había expuesto las ideas y planes del gobierno y oído las de los jefes, que se había formado plena conciencia de unos y otros, y luego había tomado parte correspondiente en la adopción de una línea de conducta definitiva, fuese en persona a trasmitir las órdenes del caso y a representar en el cuartel general el pensamiento del gobierno.

Siendo esto el verdadero objeto y el carácter único de la misión que desempeña en el cuartel general el señor ministro de relaciones exteriores, el patriotismo que juzga con seriedad y calma, no podrá menos de tranquilizarse, y reconocer que en el desempeña de tales encargos no hay cosa alguna que sea contraria al regular ejercicio de atribuciones constitucionales muy claras, inherentes e indispensables a la dirección de la guerra.

CAPÍTULO VII.

EL "HUÁSCAR" Y LA "UNIÓN" EN CALDERA.

El general en jefe del ejército pide caballería y se le manda en el acto. Precipitación con se embarca el escuadrón Carabineros de Yungay en el transporte *Rimac*. Contra orden telegráfica del ministro Santa María. Viene el fatal aviso: que salgan mañana. Errores capitales que comete el señor Santa María. Viaje inoficioso del *Huáscar* a Tocopilla. Dos horas después de la partida del *Rimac* llega aviso de encontrarse en Caldera el *Huáscar* y la *Unión*. Por que se supo esta noticia solo a las seis de la tarde. A esa hora el *Rimac* estaba perdido. Arbitrios imposibles surgeridos y cargos injustos formulados. Cual había sido el plan primitivo de los peruanos, y casualidad que les hace desistir de él. Resuelven dirigirse a la costa de Atacama en una expedición de merodeo. Captura de la fragata *Adelaida Rojas* y su envío al Callao. Entran a Chañaral, y depredaciones que allí ejecutan. El comandante Grau despacha la *Unión* a Caldera en busca de transportes. Encuentro con el vapor *Santa Rosa* y feliz escapada del general Arteaga. Aprestos de resistencia y peripecias de la noche del 20 de julio en Caldera. El convoy peruano se dirige el 21 a Carrizal Bajo y al Huasco, y quema sus embarcaciones. Regresan el 22 al norte y apresan en Chañaral la barca *Adriana Lucía*. La *Unión* destruye los elementos de embarque en el puerto de Pan de Azúcar. Los merodeadores se dirigen resueltamente al norte y se dan cita para la boca de Antofagasta y en el mismo punto en que a esa hora se detiene el *Rimac*.

Copiapó, julio 20 de 1879.

(4 P.M.)

Señor intendente de Coquimbo:

“La *Unión* en Caldera. De un momento a otro debe llegar *Huáscar*. Detengan transportes si llegan y que se vuelvan a Valparaíso.”

Dios guarde a U.S.

Guillermo Matta.

Serena, julio 20.

Señor intendente de Atacama.

“El transporte *Tolten* y *Copiapó* regresaron al sur.

La *Chacabuco* llegó a Coquimbo.

Ruego a U.S. me ponga al corriente de lo que suceda.

Doy a U.S. las gracias por su importante aviso.”

Dios guarde a U.S.

A. Alfonso.

(Telegramas oficiales.)

I.

Aguijoneado el general en jefe del ejército acantonado en Antofagasta por la impaciencia del país, ya harto ese esperar y profundamente contrariado por la tardanza en todo y especialmente en las operaciones militares, solicitó a mediados de julio el envío de odres de agua fabricados de cuero de buey, como los que Mario usara hacia dos mil años contra los húmedas en las arenas africanas. El desierto se impone con iguales leyes al hombre y sus empresas.

Accedió a ello el gobierno de buen grado, dando así testimonio público de que no entraba en su ánimo deponer al jefe del ejército de su mando sino exigir de él mayor empuje en la campaña, y si bien el envío de un cuerpo de caballería en el grado inicial y todavía incierto que alcanzaba aquella, se presta a severa discusión bajo un punto de vista militar y topográfico, el hecho fue que se dieron hasta con precipitación las órdenes de marcha al hermoso escuadrón de 240 plazas y con tallas escogidas en toda la República que había organizado en Santiago el teniente coronel don Manuel Búlnes.

II.

A las dos de la tarde del viernes 18 de julio, recibió este jefe en su cuartel de la Alameda la orden de embarcarse al día siguiente; y con tal prisa partió la tropa en los trenes de la noche, que la mayor parte de los oficiales y soldados no alcanzaron a despedirse de sus familias y varios de sus valiosos caballos fueron muertos por un desrielamiento. (Efectivamente, la orden de marcha no podía ser más precipitada, aunque su urgencia en parte alguna se veía. Recordamos que al dirigirnos esa tarde al Senado encontramos al comandante Búlnes, quien nos dio sus adioses en la calle, sorprendido si bien gozoso de lo súbito de su partida. Más que viaje, parecía aquello una “carga de caballería”.)

El comandante Búlnes, acompañado por algunos oficiales y sus hermanos don Wenceslao (mayor del cuerpo) y don Gonzalo, se encaminó al día siguiente por el tren de la mañana al puerto, y desde la estación y en la barca de un fletero, se dirigió al *Rimac*, a cuyo bordo estaba ya todo amontonado como de costumbre, hombres, caballos, forrajes, vestuarios, pertrechos, el almacén inmenso y variado de la intendencia general del ejército, en una palabra. El *Rimac* debía partir aquella misma tarde.

III.

Pero a las 2.18 minutos de la tarde llegó por el cable la contra orden de Antofagasta en la cual el señor Santa María decía lacónicamente estas palabras: *Que no salgan y espere aviso.*

Eran estas palabras el oportuno rebote de la sorpresa y ansiedad que había producido la presencia de los buques peruanos en la noche precedente.

Impacientado el comandante Búlnes por la demora, insistió algo más tarde en aquel día por obtener alguna noticia más explícita de Antofagasta, y el señor Altamirano volvió a interrogar al ministro en comisión sobre la oportunidad de la partida. *Ya he dicho a U.S. que espere aviso*, contestó secamente el ministro.

Más algunas horas después llegó el fatal despacho. *¡Que salgan mañana!* Y con esto quedó todo consumado.

IV.

¿Que motivaba la repentina mudanza en los pareceres del ministro?

Una circunstancia muy sencilla y muy justificada. El *Cochrane* había llegado y su presencia en las aguas de Antofagasta bastaba para ahuyentar todo peligro. El ministro tenía su perro de presa atado al muro, y así bien podía suceder que los merodeadores de la noche la sacasen mal si llegaban a acercarse a sus fauces de acero.

Hasta allí todo estaba bien, y la gran responsabilidad que el señor Santa María, convertido en una hora en general en jefe del ejército y en dictador político, echaba sobre sí, podía ser llevada dentro de liviano corazón y sobre ancha espalda. Lo que quedaba por averiguarse únicamente era la prisa singular de aquella medida, cuando no había ni el menor indicio de una próxima expedición sobre el enemigo.

V.

Pero el señor Santa María cometió en un solo acto dos errores funestos, que acusaban su poca versación en las cosas de la guerra y especialmente en las cosas de mar, tan volubles como sus olas. Y esos engaños sucesivos fueron, imaginarse que los emprendedores peruanos habían regresado al norte, porque así lo fingieron desde Mejillones, y enseguida, y esto era harto más grave, enviar el *Cochrane* a Tocopilla a desempeñar una comisión secundaria y sin urgencia del servicio. Se dijo entonces que solo se trataba de la remisión

de unas cuantas mulas y de un agente de confianza despachado por aquella vía al campo enemigo.

Verdad es que el comandante Simpson recibió las instrucciones más perentorias y precisas para ajustar su itinerario al cronómetro y estar de vuelta a tal hora y a tal minuto. Pero ¿ignoraba por ventura el delegado del gobierno que en la marina no es dable gobernar los buques como en tierra los ómnibus que llegan y parten a horas fijas por reloj?.

VI.

Entre tanto, el predestinado *Rimac*, conforme a la última palabra del telégrafo, se hizo a la mar el domingo 20 de julio a las 12 y 20 minutos de la tarde en compañía del *Paquete de Maule*, vapor pequeño y moroso que llevaba algunos reclutas, víveres y caballos.

Y no se había perdido del todo en el horizonte el penacho de humo que anunciaba el derrotero del convoy, cuando un empleado del telégrafo puso sobre el despacho del señor Altamirano, a la sazón comandante general de marina, un despacho cerrado en que se le anunciaba la más estupenda nueva ocurrida durante la guerra después del combate de Iquique. La *Unión* entraba en ese momento (dos de la tarde) al puerto de Caldera en son de guerra, y se presumía que en pos de ella vendría el *Huáscar*.

Por desdicha, como era aquel día festivo, el comandante general de marina se había ido de paseo a Viña del Mar, y ni siquiera estaba abierta la oficina del cable submarino. La guerra se hacía descansadamente y con feriado.

El despacho, en vista de esto, fue abierto solo a las 6 de la tarde; y ya a esa hora no había remedio eficaz contra el peligro.

VII.

Verdad es que el hermano del comandante Búlnes, que retenía todavía en su pecho el calor del último abrazo fraternal a bordo del *Rimac*, propuso en su noble angustia mil medios de salvación al comandante general de marina; pero todos eran inútiles. El único buque de que podía echarse mano para dar alcance al convoy era el *Amazonas*, y éste se hallaba en reparación y con su máquina desarmada. Cierta era también que a esas horas venían navegando desde Copiapó hacia Coquimbo la corbeta *Chacabuco*, el transporte *Copiapó* y el vapor *Tolten*, por otro nombre *No te muevas*; pero en obediencia al acertado aviso del intendente de Atacama sobre la aparición de los peruanos, el de Coquimbo había apurado la partida de los otros, ordenándoles fuesen a

ponerse al abrigo de los fuertes de Valparaíso. Además la *Chacabuco* venía con sus calderos rotos y navegaba a la vela.

Se hicieron cargos violentos en aquel tiempo, en la prensa y en los círculos políticos, al señor Altamirano por no haber accedido a las apremiantes solicitudes del hermano del comandante de carabineros. Pero en todos ellos hubo la injusticia de la pasión que arrebató o del dolor que extravió el criterio tanto como el encono.

A la hora en que se recibía el aviso de hallarse la *Unión* custodiando la boca del puerto de Caldera (seis de la tarde) el *Rimac* estaba irremisiblemente perdido, a menos que interviniese una de esas peripecias del acaso y la fortuna que son los milagros del océano. Deber nuestro es también agregar que en la conferencia un tanto agitada que sostuvieron el hermano del comandante Búlnes y el comandante general de marina, terminó este por escudarse de toda responsabilidad con un imperativo mandato del presidente de la República, recibido en aquella mañana, para hacer salir sin dilación al *Rimac*.

VIII.

El plan de los buques peruanos lanzados al corso en las costas de Chile, había sido, en efecto, sagazmente preparado: y como de costumbre entre ellos, requería más maña que atrevimiento. El bloqueo inconcebible de Iquique daba para todo, hasta para bombardear de capricho a Valparaíso.

Por otra parte, el general Prado no se resignaba a no poner en ejecución su favorito plan de sorpresa y destrucción del ejército de Antofagasta que en mayo había frustrado la maravillosa conjunción de dos sublimes heroísmos, el heroísmo de Prat y el heroísmo de Condell. Y hoy, que gracias al bloqueo, la *Unión* había salido flamante del dique del Callao, después de tres meses de refacción, bien podía tomar el puesto de bombardera que en el plan primitivo venía asignado a la *Independencia*.

Al amanecer del 17 de julio salieron en consecuencia, los dos buques en convoy con destino secreto a Antofagasta, cuya plaza debían sorprender en la alborada del 19.

Tomaron con este fin gran altura, y habiendo pasado frente a Pisagua, a las 12 del día, y de Iquique al caer la tarde del día de su partida, continuaron rumbo al sur durante la noche de aquél y la mañana del 18. Pero quiso la fortuna de Chile que, a su paso y desde la distancia, presentáseles el surco de un barco que creyeron enemigo, y lo persiguieron con tenacidad. Era éste la cañonera de la marina francesa *Hugon*, en viaje de Coquimbo a Arica; y como su arboladura fuese muy semejante a la del *Abtao*, el *Huáscar* se entró en su demanda hacia, la ensenada de Mejillones. Y así fue como, por el aviso de

tierra y a lomo de caballo que antes recordamos quedó frustrado su fatal intento.

Sin esa extraña casualidad, los buques peruanos habrían ganado sin ser vistos la boca del puerto de Antofagasta a media noche, y una vez tomadas sus dos salidas por el sur hacia el norte ¿habrían escapado el *Itata* y el *Loa* como escapó por mero acaso el *Rimac* en mayo? Y enseguida ¿habría quedado incólume la población y el ejército y las salitreras y las máquinas de resacar agua, cuando el *Cochrane* no habría llegado humanamente sino cinco o seis horas más tarde a su destino? La bandera amiga de la Francia cubrió esta vez la de Chile, y hubo esta curiosa circunstancia que el *Hugon*, escapado de los peruanos, fue perseguido ese mismo día como buque sospechoso por el *Cochrane*.

IX.

Desvanecida la empresa de Antofagasta, conferenciaron los comandantes Grau y García y García, que mandaban la expedición, y resolvieron adelantarla al sur hasta Coquimbo, si era posible en una cruzada de simple merodeo.

Prosiguieron en esta virtud su derrotero y con feliz estrella, porque el mismo día 19, capturaron la fragata Adelaida Rojas con dos mil toneladas de carbón, presa que valía 50 mil pesos y que fue despachada en el acto al Callao.

Se aproximaron al día siguiente al puerto minero de Chañaral, y en su vecindad se echaron sobre el bergantín *Saucey Jack* cargado con metales de cobre, y enseguida destruyeron todas las lanchas de aquel rico y antiguo embarcadero del desierto.

X.

Pasaba en esos momentos (las 12 del día 20, hora en que partía el *Rimac* de Valparaíso), el vapor de la carrera *Santa Rosa* frente a la boca de Chañaral, y a fin de que no llevase prematura alarma a Caldera, ordenó el comandante Grau a la *Unión* se adelantara a ese puerto y lo guardara, en caso de existir al ancla algún transporte.

Y fue ese momento de suprema ansiedad en que el telégrafo trasmitió a Coquimbo, a Valparaíso y a Santiago la noticia sorprendente y casi inverosímil de que los buques peruanos se paseaban impávidos por nuestras costas (En los anexos de este capítulo publicamos una relación minuciosa de los procedimientos del *Huáscar* en Chañaral.)

XI.

La *Unión*, en efecto, montó la guardia del puerto desde antes de las dos de la tarde, y cuando el *Santa Rosa* entró a la bahía en cumplimiento de su itinerario, se le puso en banda, como si hubiera sabido que venía a su bordo el ex general en jefe del ejército, embarcado a su bordo desde el día anterior. “La *Unión*, dice uno de los pasajeros del vapor de la carrera, estuvo bastante cerca del vapor. Se veían perfectamente sus 14 cañones de a 40 y dos de mayor calibre a proa que parecen de a 115 libras.

Estaban en zafarrancho de combate. Fundas en las cofas, coyotes en el castillo, y lo de siempre una tremenda bandera peruana flameando en su pico de mesana.

Según datos, su tripulación, de 250 hombres, apenas si tiene una quinta parte nacionales; los demás extranjeros”. (El corresponsal de *El Mercurio* que venía en el *Santa Rosa*. El general, Arteaga se había embarcado en Antofagasta con sus hijos don Justo y don Benjamín, su inteligente secretario don Pedro Nolasco Donoso, y algunos de sus primitivos ayudantes como los tenientes coroneles don don Ramón Ossa, después de haber dirigido al delegado el siguiente oficio que era solo una seca despedida:

Antofagasta, julio 19 de 1879.

“Instruido del oficio de U.S. en que dispone se encargue del mando del ejército el señor general don Erasmo Escala, le he hecho entrega de él.

Después de esto, mi presencia en Antofagasta no tiene ya objeto.

Por otra parte, el constante trabajo a que he estado consagrado me demanda algún reposo. Con tal fin, voy a ausentarme de este punto, teniendo como bastante para el efecto el oficio de U.S., de anoche.

Dios guarde a U.S.

Justo Arteaga.”

Pero en lugar de ejecutar actos de extracción, la corbeta peruana envió a bordo del vapor once de los tripulantes chilenos capturados en la *Matilde Rojas*, y que eran un embarazo a su bordo.

A las seis de la tarde llegó a su turno el *Huáscar*, y entró hasta el medio de la bahía con su consorte, ambos en son de combate pero con aire más indeciso que resuelto. Era evidente, sin embargo que no se proponían devolver a la casi indefensa población de Caldera los cañonazos nocturnos que en hora infausta disparara a Iquique nuestra escuadra, cuatro días hacia.

XII.

Se hallaba defendido Caldera más por el generoso entusiasmo de sus hijos, que por tres cañones de a cien, montados a toda prisa al norte y sur del puerto. Los artilleros eran bisoños, la plataforma de reciente construcción, pero el Atacama estaba allí, guardando la entrada de su valle, y se hubiera dicho que su heroico espíritu había bastado a sujetar el brazo de los merodeadores.

Lo que enseguida sucedió en aquella noche memorable está contado gráficamente en la serie de telegramas que copiarnos a continuación:

(A las 9.10 de la noche.)

Señor ministro de la guerra:

“El enemigo permanece mudo en la bahía.

En los fuertes hemos preparado las fuerzas y los proyectiles que teníamos.

Una compañía del batallón Atacama defiende cada fuerte, y el resto de las otras dos compañías con la brigada cívica se ha escalonado en la playa, dispuesto a defenderse si el enemigo intenta desembarcar, tomar carbón o echar lanchas a pique.

También he hecho venir de Copiapó a los bomberos con su tren de bombas y armados para un caso necesario. El entusiasmo y actitud patriótica, tanto de la tropa como del vecindario, son dignos de todo elogio y aseguran que la causa de Chile tiene buenos defensores.

Son las nueve de la noche y no ocurre otra novedad.

G. Matta.”

(A las 10.40 de la noche.)

Valparaíso, julio 20.

(A las 10.30 P.M.)

Señor ministro de lo Interior:

“El Intendente de Atacama me dice lo siguiente:

(A las 9.15 P.M.)

No ha habido novedad.

Los buques permanecen siempre silenciosos en la bahía.
 En los fuertes y bahías se han tomado todas las medidas que era posible
 en las actuales circunstancias.
 El ánimo de todos, tropa y vecindario, resuelto y entusiasta.

E. Altamirano.”

(A las 12 de la noche.)

“El empleado de la oficina del telégrafo en Carrizal comunica que el
Huáscar y la *Unión* habían abandonado la bahía de Caldera, dirigiéndose al
 parecer con rumbo al sur.”

Valparaíso, julio 21.

“*Huáscar* y *Unión* llegaron a Caldera donde permanecieron hasta cerca
 de las doce de la noche sin hacer daño ninguno.

La *Unión* se atracó al vapor *Santa Rosa* y al principio se temió fuera
 con el objeto de sacar al general Arteaga.

En Caldera la población estaba llena de entusiasmo y las autoridades
 dispuestas a impedir el destrozo de lanchas y que se proveyeran de carbón.

Por telegramas recibidos de Caldera a las 11 A.M., se sabe que los
 buques no han vuelto y que el general está libre.

Los transportes *Copiapó* y *Tolten* y la corbeta *Chacabuco* salieron ayer
 tarde de Coquimbo con destino a este puerto.”

Julio 21.

(A las 12.5 P. M.)

Señor presidente:

“Me avisa el empleado de Carrizal Bajo, que en este momento se ocupa
 la *Unión* en echar a pique las lanchas que hay en ese puerto.

El *Huáscar* sigue muy tranquilo en Huasco.

Dios guarde U. S.

A. E. Herrera.”

(A la 1.35 P.M.)

“A la 1.35 minutos el telegrafista de Carrizal comunica al de la oficina
 de la Moneda que el *Huáscar* amarraba lanchas en el Huasco para incendiarlas

y que de Freirina habían salido dos piquetes de tropas, uno para Carrizal Bajo y otro para Huasco, con el objeto de impedir desembarco.”

XIII.

Continuó el monitor peruano ejecutando su cómoda tarea de destrucción hasta el puerto del Huasco, como deja verse por los despachos anteriores, y fue clemencia o magnanimidad de su parte no adelantarse hasta Coquimbo, cuyos cañones, como en todas partes, estaban desmontados. En Carrizal, lo mismo que en Huasco y en Chañaral, quemaron todas las lanchas que hubieron a mano, haciendo de ellas con el descanso de verdaderos leñadores una pira, como hubieran podido hacer, si de ello les hubiera venido el lento apetito, una “pila de carbón”, a la manera de nuestros campesinos. Tiempo sobraba para todo.

De allí, a la mañana siguiente, torcieron sosegadamente rumbo al norte, y el 22, entrando otra vez a Chañaral, sacan de su fondeadero la barca *Adriana Lucía* de la Compañía de Lota, que incautamente había llegado a aquel paraje con un cargamento de carbón de piedra. Esta tercera presa fue despachada como las anteriores al Callao; y mientras el *Huáscar* se ocupaba en remolcarla tranquilamente, la *Unión* iba a destruir todos los elementos de embarque en la caleta vecina de Pan de Azúcar.

De esta suerte, durante tres días de regalada excursión, los peruanos visitaron cinco puertos de Chile, destruyeron por completo su movilidad e hicieron tres presas que valían más de cien mil pesos.

Pero entre tanto, el bloqueo de Iquique, que era la inmovilidad junto con el oprobio, continuaba inalterable, y en los dieciocho meses que llevaba de duración la guerra, hasta el momento en que comenzamos este segundo volumen de su historia, nunca jamás han sido visitados los puertos comerciales del Nor Perú, excepto Paita en una o dos ocasiones, por las naves de Chile.

XIV.

Al fin, hartos de botín, de impunidad y de fortuna, los jefes de los dos corsarios peruanos resolvieron en la noche del 22 de julio poner proa al norte para ir a tentar algo sobre Antofagasta.

Era esa la noche en que el *Rimac* debió entrar tranquilamente a Antofagasta, pero la suerte, cansada de favorecer a Chile, lo detuvo a 25 millas de su boca.

Y a ese mismo sitio ordenó el comandante Grau se dirigiera la *Unión* aquella noche, prescribiéndole, como de mayor andar, que allí le esperara al amanecer del 23, a 25 millas del puerto.

¿Quién había dicho al peruano que allí, en ese paraje preciso y a aquellas horas, estaría el *Rimac* aguardándolo?

Parecería todo esto obra de cabalística combinación por la precisión y el encadenamiento de los sucesos; pero sea como fuere, el transporte chileno había rehusado entrar por la noche a la bahía libre y segura, y se había quedado a su puerta hasta la hora en que llegaron a capturarlo los enemigos.

Hemos dicho por esto que el *Rimac* era un buque predestinado.

Asistamos en consecuencia al final de la bien urdida tragedia, que ya es tiempo.

ANEXO AL CAPÍTULO VII.

RELACIÓN DE LAS OPERACIONES DEL “HUÁSCAR” EN CHAÑARAL EL 20 DE JULIO DE 1879, DE LA PRENSA DE COPIAPÓ.

(Fragmentos.)

En las primeras horas de la mañana del domingo 20 de julio el monitor *Huáscar* hizo su visita a Chañaral, dejándonos un recuerdo bien triste por cierto. Desde la Punta de los Infieles fue reconocido el *mastodonte* que ya se esperaba, porque tanto el vapor *Santa Rosa* como el de la barra, fondeados en la misma mañana, dieron noticia de su proximidad.

El *Huáscar* se paseó por nuestra bahía libre como el gavián, cierto de su impunidad y dejando ver de vez en cuando las bocas de los cañones de su torre.

A la media hora de fondear, pero sin soltar ancla, se desprendió hacia nosotros un bote. Este traía en su popa una bandera peruana y en su proa una blanca. Tripulado por ocho negros cholos, y dirigidos por un jefe de alta graduación, éste desembarcó en el muelle, cubierto de gente como los picos del cerro del mismo y de la garita.

El pueblo, francamente lo decimos, guardó una actitud propia de chilenos. Ninguna palabra descomedida contra el parlamentario; pero tampoco ninguna señal de timidez.

El capitán de fragata Carvajal, que era el enviado del *Huáscar*, fue conducido al resguardo, donde lo recibió el señor Thayer. Carvajal dijo que el comandante Grau exigía únicamente la entrega de dos lanchas, y que no le guiaba espíritu de hostilidad distinto. Pero que si partía de tierra alguna resistencia, tomaría la revancha.

Diga Ud. al señor Grau, contestó el señor Thayer, que estando nosotros indefensos, puede obrar como lo crea mejor.

Carvajal que había cumplido su misión, volvió al *Huáscar*.

En el muelle se despidió del señor Thayer.

Chañaral estuvo el domingo digno.

Si hubiera intentado el comandante Grau un desembarco, entonces sí que habría sido repelido. Habría costado mucha sangre, pero el buque enemigo se habría también retirado con mucha gente menos.

Los botes que desprendió el *Huáscar*, luego se llevaron doce lanchas, que debía remolcarlas el monitor.

Media hora después de esto, y cuando otro bote reconocía los papeles de los buques fondeados, una chalupa se dirigió al *Huáscar*, conduciendo al vicecónsul inglés Mr. Thomas Peeters y a los señores Santiago G. Sheriff y Jorge Vitriarius.

A bordo estos señores hablaron con Grau, quien les dijo que le repugnaba llevarse las lanchas, pero que tenía orden de hacerlo así. El jefe del *Huáscar* dejó las lanchas cargadas de barra que estaban al costado del vapor del Estrecho, en número de cuatro.

A las doce y media el *Huáscar* se hizo al sur y frente a la Punta de los Infieles prendió fuego a diez lanchas, dejando dos que se vararon.

Este es el primer tributo que paga Chañaral.

Las lanchas quemadas, diez, valen no menos de 4.500 pesos.

CAPÍTULO VIII.

LA CAPTURA.

Malas condiciones en que el transporte *Rimac* se hizo al mar. Su pésima estiba y su ridículo armamento. Sus dos capitanes “según contrato”. Feliz travesía del transporte hasta la boca del puerto. Lo detiene su capitán civil en el mismo sitio geográfico señalado como punto de cita por los buques peruanos. Aparece al amanecer del 23 de julio la *Unión*, en el horizonte y el capitán de paz se dirige a su encuentro suponiendo fuera el *Cochrane* que salía a recibirle. Reconoce su error a cuatro millas de distancia, y entrega el mando del buque al capitán de guerra “por contrato”. Comienza la caza. Actitud del comandante Búlnes. El transporte se dirige a la costa para estrellarse, después de cuatro horas de persecución, y se le atraviesa el *Huáscar* cortándole la retirada. Cae el *Rimac* en poder de los peruanos y es llevado en triunfo a Arica. Ignominia a que el comandante de la *Unión* somete el pabellón de Chile. Discusión de los cargos hechos a diversos funcionarios, al capitán Gana y al comandante Búlnes por la aprehensión del *Rimac*. Una última esperanza. El *Cochrane* regresa de Tocopilla y sale en demanda del transporte; pero el laconismo de un telegrama y la omisión de un nombre burla aquella expectativa. El *Cochrane* marcha hacia el enemigo sin carbón, es decir, indefenso y es remoleado como un pontón a Caldera.... Comienza a agotarse la inagotable paciencia del país. Relaciones sobre la captura del *Rima* hechas por el *Diario Oficial*, por don Gonzalo Búlnes, comandante general de marina señor Altamirano y el capitán Lautrup.

“*Huáscar* y *Unión* aquí, trayendo apresado *Rimac* con regimiento caballería *Yungay* íntegro, con caballos, armamento y equipo. Además tres buques de vela con carbón y cobre que van al Callao.

Visitaron Chañaral, Caldera, Carrizal, Huasco, Pan de Azúcar, destruyendo todas las lanchas”

(Telegrama enviado por el general Prado al vicepresidente La Puerta, desde Arica a las 3.45 de la tarde del 25 de julio y recibido en Lima el mismo día a las 4 de la tarde.)

I.

Dejábamos en el capítulo que precede al transporte *Rimac* navegando en aguas invernales pero bonancibles, acompañado del tardó transporte *Paquete de Maule* con rumbo a Antofagasta desde el medio día del domingo 20 de julio. Al caer la noche los dos buques se separaron frente a Pichidanguí, ciñéndose a la costa el *Paquete de Maule*, por su escaso andar, y ganando 30 millas mar adentro su más rápido consorte, conforme a sus instrucciones.

II.

Iba el *Rimac* en las peores condiciones de servicio, de estiba y de armamento. Por el sistema que en Chile inventó los almofrejs y las petacas, se había metido en sus fondos y en su cubierta cuanto se había tenido a mano, además de la tropa, sus arreos y sus caballos. Llevaba de esta suerte el transporte en su bodega 700 toneladas de carbón y en su cubierta 500 fardos de pasto, materia que forma la peor especie de estiba, como tuvo lugar de observarse en el naufragio del *Tacna* en 1874. Fuera de esto, registraba su conocimiento, sin contar 1.000 pequeños trebejos, 300 uniformes nuevos para el batallón Valparaíso, 300 pares de botas, 100.000 tiros a bala, 300 rifles, 209 sacos de cebada y las famosas 200 cargas de odres, vacías de la chicha de los valles pero repletas de agua dulce, artículo de pésimo acomodo para los buques. “El *Rimac*, contaba un narrador ocasional a *Los Tiempos* y testigo presencial de aquel laberinto, estaba completamente cargado con carbón, pasto y hasta agua dulce.

En el entrepuente se hallaban alojados 200 caballos, todos animales gordos y escogidos. Aun se veía pasar al costado del buque dos lanchas con 40 o más caballos, que no siendo posible colocar en este transporte iban a ser embarcado el *Paquete de Maule*.”

III.

En cuanto a su armamento de guerra no pasaba este de un grotesco aparato. “En el mismo entrepuente, agregaba el escritor citado, y casi sobre los caballos, iban sobre sus cureñas cuatro cañones lisos, de a 32 libras de los que montó cuando vino de Europa la corbeta *Esmeralda*.

Esa artillería, sobre ser *completamente inútil* para un buque de hierro como el *Rimac* que solo podía defenderse con ciertas esperanzas de éxito con piezas rifladas de largo alcance, estaban en *un estado que daba pena*. Aparte de hallarse *todas sucias*, su montaje era de lo más chabacano. Basta decir que las que *las cureñas estaban aseguradas a los pilares de hierro con cables o correas....*”

IV.

Lo único que a la verdad era digno de respeto en aquella barahúnda del negocio y de la imprevisión, era la bizarra tropa que amontonada conducía a su bordo en número de 240 hombres, de comandante a corneta. “Los

carabineros de Yungay, dice un testigo de su partida, toda gente escogida, se hallaban casi en su totalidad charlando sobre la cubierta del buque. Nuestros bravos creían que si la suerte les era adversa, caerían como buenos en el campo de batalla luchando por la honra de la patria, sin sospechar siquiera que el destino les deparara el terrible trance de caer sin poder defenderse en manos peruanas.” (Relación citada de *Los Tiempos*.)

V.

Iba por lo demás el buque a las órdenes de un comandante experimentado, el antiguo y popular capitán Lautrup, alemán al parecer de nacimiento, y nominalmente a las del desgraciado capitán de fragata de la marina de Chile, don Ignacio Luis Gana, quien ¡caso inverosímil! debía tomar su mando solo cuando entrara en combatir, es decir, cuando estuviera yéndose a pique, porque otro género de defensa honrosa aquel barco no tenía.

VI.

Andando el primer día 9 millas con mar llana, y más rápidamente los dos subsiguientes el *Rimac* cumplió su itinerario acostumbrado poniéndose a las puertas de Antofagasta en cincuenta y seis horas. Pero, como antes dijimos, pudiendo entrar sin un solo peligro verdadero, tuvo recelo el capitán Lautrup de encontrarse con enemigos y se aguantó sobre su máquina para esperar la luz del día.

Un traidor no lo habría hecho mejor para entregar tan valiosa presa al enemigo, y sin embargo en el capitán Lautrup no fue aquel sino un falso concepto de la cautela y del patriotismo.

VII.

Era la alborada del “miércoles” (día que los santiaguinos juzgan de fortuna para sus armas), del miércoles 23 de julio, y consecuente a su doble cita, el *Rimac* se aprontaba para entrar al puerto en hora y media más de tiempo, mientras la *Unión* se aprestaba para juntarse con el *Huáscar*, en aquel preciso paralelo.

Por entre la parda vislumbre de la bruma matinal, creyó en efecto, el ojo ejercitado del capitán Lautrup, que velaba en el puente, divisar a las seis y diez minutos de la mañana un tenue humo por su mura de estribor, es decir, por el lado de la costa, y a una distancia como de ocho millas. Juzgando que aquella

nave no podía ser sino el *Cochrane* que venía a su encuentro, según anuncio que al partir le hicieron en Valparaíso, puso el capitán civil su proa al encuentro para acortar distancias.

A cuatro millas y claro ya el día, el capitán Lautrup reconoció su funesto engaño “e inmediatamente, dice él mismo con teutónica ingenuidad, me dirigí a donde el capitán de fragata, señor Ignacio L. Gana, y le manifesté que, según *mi respectivo* contrato, desde el instante en que se *avistaba* un buque enemigo, debía entregarle el mando del buque a él que era el designado para su mando.”

VIII.

Parecería el párrafo anterior copiado de humorística comedia, como la del *Héroe por fuerza*, por ejemplo, pues de él resulta que quien no, tenía ni la más leve responsabilidad de las operaciones, ni en el manejo interno del buque debía tomar sobre sí los riesgos de la derrota apenas asomase ésta en el campo o en el puerto su descompuesto rostro. Pero tal como estaba estipulado en el *respectivo contrato*, el desgraciado capitán Gana, que iba a bordo en calidad de verdadero pasajero, se recibió del mando del transporte cuando marchaba a inevitable e inmediata perdición.

Un solo camino quedaba, entretanto, en aquel apurado lance al *Rimac*, desde que el combate era demencia: huir.

Y eso fue lo que hizo. Pero gracias a su excesiva y voluminosa carga y al andar prodigioso de su adversario, la caza comenzó bajo fatales auspicios desde el primer momento. El *Rimac* huía y huía ya al norte, ya al nordeste, ya hacia tierra, pero la corbeta peruana se le entraba por todos los rumbos y traía ya al transporte al alcance de sus miras de proa con las cuales le hacía por la popa certeros disparos. El *Rimac* le contestaba apenas con sus cañones de burla, amarrados como perros, a los postes.

El transporte no se rendía, sin embargo, ni arriaba su bandera, porque por fortuna, y conforme talvez al *respectivo contrato*, no la llevaba. Al contrario, el comandante Búlnes, profundamente mareado, llamaba a su camarote a los oficiales de mar y les proponía tentar un abordaje a sable, lo que en aquella situación era simple ensueño del pundonor herido que fascina y del mareo que perturba.

Las balas atravesaban ya el cuerpo del buque y había muerto un carabinero, quedando cuatro malamente heridos, y el buque huía, solo porque podía huir. La caza duraba ya cuatro horas.

IX.

Pero cuando, como último refugio, el perseguido transporte había puesto resueltamente proa a tierra para estrellarse entre las rocas, le salió de atraveso el *Huáscar*, que llegaba con retardo a su cita, y disparándole una bomba de 300, que vino a caer cerca de su proa, le intimaba de esa perentoria manera, perentoria rendición.

El *Rimac* estaba perdido, y con aquella última y no esperada maniobra quedaba en poder de sus afortunados captores que en el acto se apoderaron de él conduciéndolo intacto a Arica.

Llegaba a ese puerto el convoy victorioso dos días más tarde, esto es, en la mañana del viernes 25 de julio, con la circunstancia de que, por una cobarde ufanía, atribuida al comandante de la *Unión*, hacia desfilas su trofeo llevando al tope la bandera de Chile ignominiada y supeditada por la del Perú, que flotaba en los mástiles mayores del transporte.

Contra acción tan villana y tan pueril protestaron más tarde los oficiales del *Huáscar* a quienes se atribuyó tal bajeza, y a fe que tuvieron razón en demasía, porque aun tomado en buena lid de guerra, que no en fácil asalto, un pabellón enemigo es siempre digno de reverencia y aun de la solemnidad de los altares.

X.

Tal fue la captura del *Rimac* contada con la llana ingenuidad de la historia. Se ensañó en los días de su consumación el espíritu popular con indecible ira sobre el nombre del jefe militar que tuvo el precario mando de la nave en su última hora, porque es ley del individuo egoísta como de la masa ciega y apasionada, encontrar siempre en toda gran desventura un gran culpable. Pero está hoy, en horas más serenas, suficientemente probado que el capitán Gana, sin ser por esto ni con mucho un héroe, hizo lo que le fue posible en la posición absurda y verdaderamente ridícula para su profesión en que con un contrato de comercio le hacia navegar. Es cierto que hubo detalles que revelaron evidente turbación, como el no inutilizar los caballos ya que no se juzgó acertado arrojarlos al mar. Pero para hacer efectiva la mayor parte de las medidas de salvamento o destrucción que la opinión exaltada reclamaba, habría sido preciso que el buque no hubiese confiado su última esperanza y su última maniobra a la fuga. ¿Como, en efecto, romper la máquinas si el buque iba impulsado por toda la fuerza de esa misma máquina?

Se habló también en aquel tiempo de abordaje y su heroísmo, pero esto con soldados mareados y de caballería que se embarcaban por primera vez, no

pasaba de fantástica quimera. La *Esmeralda* misma no pudo, estando inmóvil, abordar sino con un grupo que fue sacrificado en un segundo.

Se reprochó asimismo no haber abierto las válvulas de inmersión... ¿Pero quién tomaba la responsabilidad del postrer heroísmo? el capitán de comercio o el capitán de guerra? y hecho eso ¿quién respondía de los daños por la hazaña al país y por su precio a sus dueños?

Llegó el idilio hasta decirse en Santiago que el *Rimac* y sus tripulantes pudieron llenarse aquel injusto día de gloria corriendo a estrellarse contra el *Huáscar* para quedar hecho tortilla. Y milagro fue que no sostuviera alguien por la prensa que el comandante Búlnes debió haber hecho ensillar su caballería, y convertidos los carabineros en tritones, haber ganado una mitad a nado, carabina a la espalda y sable en mano, la *Unión*, y la otra mitad el *Huáscar*, como Paez y sus guerrilleros del Alpura cuando asaltaron los buques españoles en el charco de Maracaibo.

XI.

Más justiciero el destino que las pasiones, se había, entre tanto, encargado de repartir la culpa de tal manera que todos la tuvieran a la vez, porque a pesar de los errores cometidos por el señor Santa María, haciendo al cable confidente de sus mal fundadas ilusiones, hubo un momento en que el *Rimac*, aun perseguido por los peruanos, pudo quedar a salvo y aun trocar su apuro y su cuita en espléndida victoria; porque habiendo regresado el *Cochrane* de su excursión a Tocopilla en la mañana del 22, lo despachó a medio día con encargo de convoyarlo, haciéndolo acompañar para mayor seguridad por el *Itata*. ¡El *Rimac* estaba otra vez impensadamente salvado!

XII.

Pero ¡oh ciega fatalidad! interrogado el intendente de Atacama, momentos después de la partida del blindado, por la suerte de los transportes, sin precisar rumbo por la economía de los centavos, entendió el último funcionario que se trataba del *Copiapó* y del *Tolten*, y contestó sin nombrarlos a su vez: *Transportes regresaron a Valparaíso*.

Si el intendente de Atacama hubiera puesto en su lacónico telegrama esta sola palabra *Rimac*, el transporte quedaba rescatado y la jornada de Angamos hubiera llegado talvez tres meses antes para Chile.

Pero se entendieron todos en Antofagasta, en Valparaíso y en Caldera por baratos monosílabos, tasando las palabras por centavos, y como si el país se hubiera vuelto torre de Babel, supusieron los del primer puerto que el

Rimac estaba salvo en Valparaíso, y mandaron el vapor *Loa* a alcanzar al convoy chileno con el telegrama de Copiapó: ordenándole torciera rumbo a Caldera en demanda de los peruanos. . . .

¿Y no es verdad que transportado todo esto al escenario del drama, hubiera parecido un ingenioso tejido de traviesa fantasía?

Quede, por lo tanto, establecido que era indispensable ahora para que el *Rimac* se salvara, que el *Loa* y su comisario (don Máximo Lira) *no dieran* alcance al *Cochrane*, resultando que ahora sobraban medios para enviar funesto aviso, cuando en Valparaíso y en Coquimbo habían faltado por entero a fin de hacer siquiera desde la distancia la señal salvadora del peligro. Una fogata en la punta Lengua de Vaca o en otro paraje adecuado de la costa, y señalado de antemano, habría sido suficiente.

Pero el *Loa* dio pronto alcance al convoy de custodia, y ahuyentado de su rumbo, volvió a perderse, y esta vez sin socorro, el fatal transporte que llevaba en si mismo nombre aciago.

XIII.

Pero no. El drama no está completo. Porque ahora resulta como evidente que si el blindado hubiese entrado en combate, habría podido servir como de boya a los disparos de los enemigos, pues iba en su demanda sin carbón; y así ¡oh vergüenza! ¡oh desgobierno! ¡oh impunidad de la guerra! entró el terrible acorazado el siguiente día 9 *remolcado* a soga por el *Itata* al puerto de Caldera....

Era aquella en miniatura la repetición del regreso del Callao, en el cual el buque mejor provisto de carbón tenía al llegar a Iquique *nueve toneladas*. El *Cochrane* no tenía ahora una sola.

Y todo eso se llamaba guerra. Y así procedían los generales y los ministros, los intendentes y los comandantes de marina, los comandantes de buque y los proveedores de la escuadra: todo el mundo, de capitán a paje y de presidente a celador.

XIV.

La situación comenzaba a hacerse demasiado violenta, y delante de la culpa colectiva de tantas altas y subalternas entidades responsables, el paciente país comenzaba a poner sañudo rostro y a alzar lenta pero pesadamente el brazo y la cerviz. (En los anexos de este capítulo se publican varios partes oficiales y datos importantes sobre la captura del *Rimac*.)

ANEXOS AL CAPÍTULO VIII.

I.

ARTÍCULO EXPLICATIVO SOBRE LA CAPTURA DEL “RIMAC” PUBLICADO POR EL “DIARIO OFICIAL” EL 3 DE AGOSTO, Y CUYA REDACCIÓN SE ATRIBUYÓ EN ESA ÉPOCA AL MINISTRO DE JUSTICIA DON JORGE HUNEEUS.

La publicación de los antecedentes que se relacionan con la salida del transporte *Rimac* del puerto de Valparaíso y con la que debió ser su llegada a Antofagasta, desvanecerá toda errónea apreciación y dejará en el ánimo de toda persona imparcial la impresión de que la captura de dicho transporte ha sido efecto solo de una fatal casualidad.

Esos antecedentes, que se dan a luz sin comentario alguno, son los siguientes:

Se había solicitado de Antofagasta, por el general en jefe, aumento de la fuerza de caballería para practicar exploraciones; y aun indicándose al gobierno la conveniencia, de que aquel aumento se verificara enviando al escuadrón de Carabineros de Yungay.

Se dictaron, en consecuencia, las medidas necesarias para la partida de dicho escuadrón, que debió salir de Valparaíso en el transporte *Rimac* el sábado 19 de julio último, en la tarde.

A las 12 hs. 18 ms. P.M. del mismo día, recibió el comandante general de marina en Valparaíso el siguiente telegrama que el señor ministro de relaciones exteriores le dirigió desde Antofagasta, contestando a una pregunta de aquél: “que no salga; espere US. aviso.”

Con motivo de este telegrama, y estando ya embarcados en el *Rimac* los caballos que en él se transportaron, el comandante general de marina, con el propósito de desembarcarlos si la tardanza en la salida del vapor había de ser larga, dirigió al señor ministro de relaciones exteriores un telegrama en que le hacía presente esa circunstancia.

El honorable señor Santa María contestó, a las 3 hs. 35 ms. P.M. del citado día 19 de julio, en los términos siguientes: “He dicho a US. que espere aviso”, y cerca de dos horas después, a las 5 hs. 15 ms. P.M. del mismo día, dirigió de Antofagasta al señor Altamirano el siguiente telegrama “que salgan mañana”.

Recibido este despacho por el señor Altamirano y poniéndose de acuerdo con el intendente general del ejército, fijó aquel para la salida las doce del día siguiente, y así se efectuó, zarpando del puerto de Valparaíso, con minutos de diferencia, el domingo 20 de julio, a esa hora, los transportes *Rimac* y *Paquete de Maule*.

A las 6 y media P.M. del expresado día domingo, recibió aquí el gobierno la noticia, que el intendente de Atacama había transmitido al de Valparaíso a las 2 y media de la tarde de que, los buques peruanos *Huáscar* y *Unión* surcaban nuestras aguas.

Inmediatamente el señor ministro del interior, reiterando instrucciones ya dadas con anterioridad, dirigió al comandante general de marina el siguiente telegrama “Prevenga a Antofagasta en el primer momento en que haya comunicación, que el *Rimac* salió hoy a las doce llevando el escuadrón de carabineros con encargo de tomar alta mar, a fin de que el *Cochrane* calculando su rumbo y el lugar donde se halle, salga a protegerlo. Creemos esto preferible a que venga directamente a Caldera. Si el *Cochrane* no está en Antofagasta y se encuentra en algún punto próximo, que se le de aviso inmediatamente.

ANTONIO VARAS”.

Junto con este telegrama, que se despachó en la noche del domingo 20 de julio, tan luego como el gobierno tuvo noticias de la salida del *Rimac* y de que se encontraban en nuestra costa buques enemigos, se dirigió otro por el señor Varas al intendente de Coquimbo, previniéndole que hiciera regresar inmediatamente a Valparaíso a los transportes *Copiapó* y *Tolten* y que despachara para el mismo puerto a la corbeta *Chacabuco*, como en efecto se hizo.

Recibido en Antofagasta el telegrama del señor ministro del interior arriba copiado, se dio cumplimiento a la orden en él contenida. El *Cochrane* salió en efecto de Antofagasta, con el encargo de proteger la llegada del *Rimac*, y acompañado por el transporte *Itata*, poco después de medio día del martes 22, pues se calculaba que el *Rimac*, haciendo su viaje sin novedad, debía llegar al puerto de su destino en 56 o 58 horas de viaje, o sea en la noche de dicho día martes.

Pero al salir el *Cochrane* y el *Itata* con el encargo expresado, recibió el señor ministro de relaciones exteriores en Antofagasta, un telegrama de Caldera en que el intendente de Atacama le daba el rumbo de los buques peruanos y le agregaba que los transportes habían regresado a Valparaíso.

Se creyó en Antofagasta que el telegrama del señor Matta se refería a los transportes *Rimac* y *Paquete de Maule*, y a fin de que el blindado *Cochrane* no perdiera su tiempo en una comisión que parecía ya sin objeto, se hizo salir en el acto al Lamar, conduciendo a su bordo al señor diputado don Máximo R. Lira, para que, alcanzándolo, entregase, como en efecto entregó, al comandante Simpson el telegrama recibido.

Así sucedió. El *Cochrane* fue alcanzado y el telegrama del señor Matta entregado a su comandante, quien se ocupó entonces solamente de buscar a las naves peruanas, viniendo con tal objeto hasta Caldera.

II.

RELACIÓN DE DON GONZALO BÚLNES SOBRE LA CAPTURA DEL "RIMAC".

Ya que la suerte que ha corrido el transporte *Rimac* no es un misterio para nadie, conviene recordar las circunstancias en que tuvo lugar su partida. Habiéndome trasladado a Valparaíso a despedir a mi hermano, estuve en situación de conocer las verdaderas circunstancias que precedieron a su marcha. Su relación auténtica, descarnada, que garantizo bajo mi palabra de honor y que coloco bajo el honor del mismo señor Altamirano, contribuirá a esclarecer el hecho terrible que tiene abrumado el espíritu del país.

El viernes 18 de julio salí de Santiago acompañando al escuadrón Carabineros de Yungay. Llegado a Valparaíso, mi hermano recibió orden de embarcarse a las tres de la tarde en el vapor *Rimac*. Minutos antes de esa hora y cuando llegaba al muelle para tomar el bote que debía conducirlo a bordo, nos dijo el comandante Thompson que, según creía, el intendente Altamirano había postergado la salida del transporte.

Fuimos a ver al señor Altamirano quien nos confirmó lo que Thompson nos había dicho solo de un modo vago; añadiendo mas o menos estas textuales palabras: *Santa María*

me anuncia, comandante, que hay mucho peligro para su partida. Por consiguiente, postergue Ud. su viaje hasta nueva orden.

Luego supimos que la causa de esa determinación inesperada era un parte transmitido desde Antofagasta, que fue publicado aquella misma tarde en Valparaíso y que, según creemos, fue circulado en suplementos en Santiago, anunciando que el *Huáscar* estaba en Mejillones, la *Unión* en Cobija y creemos que la *Pilcomayo* en Tocopilla.

La ansiedad se hizo sentir desde ese momento en Valparaíso y con ella el temor de que el objeto del enemigo fuese apresarse los transportes que se preparaban a partir. Sin embargo, al siguiente día, a las diez de la mañana, mi hermano recibió en el hotel una carta en que el señor Altamirano se reducía a anunciarle que el *Rimac* partía a las 12 del día, sin una palabra de explicación sobre la presencia del enemigo, ni sobre la desaparición de los temores que detuvieron su marcha el día anterior.

A consecuencia de esta orden se embarcó ese mismo día, a las doce, con el presentimiento del funesto lance que no ha tardado en realizarse.

Se agrega a esto, que el vapor que debía burlar la persecución de la escuadra peruana, había sido cargado, según se nos asegura, con exceso sobre el peso máximo de su carga, y que aun sin esa circunstancia no habría podido escapar de la *Unión* por ser su andar inferior de dos millas al de este buque.

Una hora mas o menos después de la partida del vapor, se recibió la noticia de la presencia de la escuadra peruana en Caldera, pero el parte no llegó a conocimiento del señor Altamirano sino a las cinco y media de la tarde del mismo día, por haberse ausentado de la intendencia sin dejar una persona encargada de conducir los partes al lugar en que se encontraba.

A las seis, cuando la noticia de la llegada del enemigo a nuestras costas se divulgó en Valparaíso, me trasladé a la intendencia a solicitar del señor Altamirano que tomase alguna medida para evitar el apresamiento del vapor.

Empezó por manifestarme que no había medio de reparar lo hecho; y como me preguntase si se me ocurría alguno, le supliqué que ordenase a la *Chacabuco*, al *Tolten* y al *Copiapó*, que debían regresar de Coquimbo a Valparaíso, que tomaran tres rumbos distintos, lo que a más de servirles de propia seguridad habría quizás bastado para prevenir del peligro al *Rimac* y hacerlo volver a Valparaíso. El señor Altamirano se excusó de tomar ninguna medida alegando razones que solo me manifestaron su deseo de confiar la suerte del convoy a los azares de la más ciega fortuna.

Esta relación descarnada, no descubre sino una faz de la severa investigación que el país está en el deber de levantar contra los autores de la orden inconsiderada que expuso sin objeto la suerte de un cuerpo de ejército.

Nada justificaba esa marcha precipitada; ni las necesidades de la guerra, ni siquiera la opinión de los altos jefes del ejército, pues nos consta que el señor general Arteaga no solicitó, antes bien se opuso al envío precipitado del escuadrón.

En resumen, la desgracia que hoy lamentamos no pertenece a la categoría de esos accidentes de la guerra que no es posible evitar. Por el contrario, se han acumulado en este hecho todas las faltas que la imprevisión puede poner al servicio de la más completa ignorancia de las cosas del mar.

El buque fué despachado, sabiéndose la presencia del enemigo en las cercanías de Antofagasta: los partes que recibidos en tiempo oportuno hubieran podido evitar la catástrofe, no llegaron a su destino sino algunas horas más tarde por un descuido

incalificable, y por fin no se adoptó en el primer momento ninguna de las medidas que estaban al alcance de la comandancia general de marina para reparar el mal.

Tales son los hechos que entrego al juicio del público. Por dolorosos que ellos sean para mi corazón de chileno y de hermano, deseo que su cabal conocimiento prevenga al país contra la repetición de hechos análogos.

Gonzalo Búlnes.

III.

EXPLICACIONES SOBRE LA APREHENSIÓN DEL “RIMAC” DADA POR EL COMANDANTE GENERAL DE MARINA DON EULOGIO ALTAMIRANO.

SEÑOR EDITOR DE LA “PATRIA”.

Valparaíso, julio 30 de 1879.

Muy señor mío:

Leo en este momento la relación que hace en el *Ferrocarril* el señor don Gonzalo Búlnes de ciertos antecedentes relativos a la salida del *Rimac*. He comprendido desde luego que el relato de aquel señor me obliga a dar algunas explicaciones; pero tocaré solamente aquellos puntos sobre los cuales sea muy inconveniente o imposible guardar silencio.

Nada me sería más agradable que explicar punto por punto todo lo que se refiere al viaje de nuestro transporte, pero por nada del mundo escribiría en estos momentos de agitación una sola palabra que alguien pudiera interpretar como el deseo de salvar mi responsabilidad a costa de la ajena.

Voy, pues, a referirme a lo que es puramente personal, a las medidas que he debido tomar como Comandante General de Marina y que no dicté sin causa justificada. Primer punto.

“Una hora más o menos después de la partida del vapor se recibió, según el señor Búlnes, la noticia de la presencia de la escuadra peruana en Caldera, pero el parte no llegó a conocimiento del señor Altamirano sino a las 5 y media de la tarde del mismo día por haberse ausentado de la intendencia sin dejar una persona encargada de conducir los partes al lugar en que se encontraba.”

El jueves 17 se me avisó que ya estaba terminada la reparación del fuerte Callao y que todas sus piezas estaban ya montadas; ordené entonces que el domingo siguiente se hiciera en aquel fuerte un ejercicio de prueba y resolví presenciarlo. Me ausenté, pues, en aquel día en cumplimiento de un deber y en momentos en que no tenía motivos para esperar que mi separación del despacho trajera perjuicios.

La salida del *Rimac* debió tener lugar el viernes 18 a las 3 de la tarde, pero pocos momentos antes recibí orden para suspenderla. No hubo tiempo para comunicar esta orden por escrito; pero el mayor general señor Cabieres fue personalmente a detener los transportes. Momentos después, el señor comandante Búlnes, acompañado del señor don Gonzalo, llegaban a mi despacho y les manifesté el telegrama que suspendía la salida del

Rimac y nos separamos, diciéndole por mi parte al señor Búlnes, que era preciso esperar nuevas órdenes.

El sábado en la noche quedó resuelta la salida del *Rimac* para el día siguiente y se fijó las doce del día como hora de partida, buscando la comodidad de los pasajeros y también por ver si era posible que el vapor llevara una o dos lanchas que se habían pedido del norte.

Muy temprano, el domingo puse en conocimiento del señor Búlnes que el transporte debía salir a las 12 del día y me escusaba de no darle el último adiós, porque en ese mismo momento debía estar en el fuerte Callao.

A las 10 A.M., hora en que me fui a Viña del Mar, nada hacía presumir que pudieran llegar noticias alarmantes. Esas noticias llegaron a las 2.40 P. M. en un telegrama del señor intendente de Atacama, que copiado a la letra, dice así:

Comandante general de armas:

“El vapor llegado a Caldera dice dejó al *Huáscar* y *Unión* en Chañaral. En este momento, dice el gobernador, viene entrando al puerto la *Unión*, no ha puesto bandera y viene en facha de combate. Esta en medio de la bahía. Lo comunico a V.S. deseando estar al habla con V.S. ahora.

Dios guarde a V.S.

Guillermo Matta.”

El parte que precede llegó a las 2.40 y el *Rimac* había salido a las 12.5 o 12.7, ello consta a todos los que observaron su partida y entre esos a los que estábamos en el fuerte Callao en aquel momento.

Con estos antecedentes aseguro que era imposible, materialmente imposible, tomar medida alguna para hacer volver al *Rimac*. Ninguno de los vapores surtos en el puerto estaba listo para salir y dando a las 12.40 la orden de preparar alguno era imposible que hiciera vapor en menos de una hora y a lo más se habría podido despachar a las 4 P.M. un transporte que fuera a alcanzar al *Rimac* que había salido a las 12.

El *Amazonas* y el *Loa* son nuestros buques más ligeros, pero les consta a todos, ninguno de los dos podía salir en aquel día, porque estaban recorriendo sus máquinas. Y aun pudiendo salir habría sido ridículo procurar alcanzar a un transporte ligero que llevaba instrucciones de tomar altura, lo que hacía imposible adivinar el rumbo exacto que hubiera seguido. Pero a mayor abundamiento queda establecido que en aquel día no podíamos disponer de un transporte ligero; pues el mejor que teníamos era el Santa Lucía, que dando a éste el aviso de prepararse a las 2.45, pongo solo cinco minutos para llegar al buque, y suponiendo que toda su gente hubiera estado lista, no habría hecho vapor antes de hora y cuarto, y que si en esas condiciones le hubiera hecho salir en alcance del *Rimac* habría ejecutado un acto de verdadero idiotismo.

Mi ausencia del despacho ningún perjuicio trajo, ya que he demostrado que con mi presencia nada habría podido salvar. Desde que el *Rimac* salió de Valparaíso con orden de ir a Antofagasta tomando altura, ya no pudieron influir en su suerte ni las autoridades de Santiago ni de Antofagasta ni de Valparaíso.

Me he extendido sobre este punto porque necesitaba manifestar que si había dejado el despacho era para cumplir un deber y que esa separación no causó mal alguno. Por lo demás y desde que principió la guerra, ha sido aquella la única vez en que me he separado por tres o cuatro horas del lugar habitual de mis tareas.

2º punto: Refiere el señor Búlnes que a las 6 P.M., cuando ya era público que había buques peruanos en Caldera, se dirigió a la intendencia y pidió al que suscribe que tomara alguna medida para evitar el apresamiento del vapor. Agrega que me indicó que sería muy conveniente ordenar a la *Chacabuco*, *Copiapó* y *Tolten* que salieran de Coquimbo y vinieran a Valparaíso por tres rumbos distintos para procurar encontrar al *Rimac* y por último, afirma el señor Búlnes que yo me excusé de tomar medida alguna, alegando razones que solo le han manifestado mi deseo de confiar la suerte del convoy a los azares de la más ciega fortuna.

Comprendo, por mi propio sufrimiento, lo que sufrirá en estos momentos el señor don Gonzalo Búlnes, pero su dolor no justifica su ligereza o su injusticia.

Ha debido pensar que hacía algo de muy grave presentándome ante mi país como un mandatario indiferente, que se preocupaba bien poco de la suerte de sus compatriotas en aquel momento en peligro. Pero como no he tomado la pluma para ofender a nadie ni aun en mi propia defensa, me limitaré a decir que las explicaciones que di al señor Búlnes fueron claras y terminantes y con ellas le probé que nada, absolutamente nada se podía hacer.

En primer lugar, el señor Búlnes sufre una grave equivocación afirmando que el domingo a las 6 P.M. podía disponer del *Copiapó* que se encontraba a esa hora en Coquimbo.

Tengo en mi poder un telegrama del señor gobernador de Coquimbo y con fecha 20 me dice: “Ayer a las 6 P.M. fondeó el transporte *Copiapó* y hoy ha partido con dirección a Valparaíso a las 10 A.M. Lleva enfermos.

Dios guarde a V.S.

Pacomio Gómez Solar.”

Como se ve, no podía disponer del *Copiapó* en el momento en que tenía el honor de hablar con el señor Búlnes, solo estaban en Coquimbo la *Chacabuco* y el *Tolten*. La primera por un accidente no podía en aquel momento andar sino a la vela y el segundo de poquísimo andar. Todos comprenderán que no podía aceptar, estando en mi juicio, la idea de hacer salir a la *Chacabuco* con el propósito de que yendo a la vela, alcanzase al *Rimac*.

Por lo demás, la orden que me pedía el señor Búlnes y que con tanta injusticia dice que le rehusé, estaba dada. Y como lo deseaba el señor Búlnes, la *Chacabuco* y el *Tolten* salieron para Valparaíso con distintos rumbos y ninguno de los dos encontró al *Rimac*.

Se que en Coquimbo se me hace el mismo gravísimo cargo de no haber ordenado la *Chacabuco* que saliera en busca y en protección del *Rimac*. Nada más natural. Veían un buque de guerra en el puerto y no han podido explicarse el por que el comandante de marina no utilizó sus servicios. Se comprende que el honorable comandante de aquella nave no podía ni debía decir los motivos que en aquel día le aconsejaban andar a la vela, pero esos motivos son ya conocidos de todos y debían serlo del señor Búlnes.

Me basta por hoy. Tratando otro punto correría el riesgo, que quiero evitar, de aparecer resguardando mi responsabilidad con la ajena. Estoy seguro que todo lo relativo al viaje del *Rimac* va a quedar perfectamente esclarecido, y espero que entonces el señor Búlnes comprenderá que no todas las desgracias representan un culpable. En esta vez no hay culpable, lo afirmo con completo conocimiento de causa, así como no hay quien pueda decir que haya previsto más ni mejor.

Agradeciendo, señor editor, la publicidad de estas líneas soy de usted amigo y servidor afectísimo.

Eulogio Altamirano.

IV.

RELACIÓN QUE EL CAPITÁN LAUTRUP HACE DE SU VIAJE DE VALPARAÍSO A ANTOFAGASTA EN EL VAPOR “RIMAC”, CUYO MANDO LE ESTABA CONFIADO POR LA COMPAÑÍA SUD AMERICANA DE VAPORES.

El domingo 20 del corriente, a las 12.20 P.M., zarpó el *Rimac* de Valparaíso con rumbo al punto de su destino, esto es, a Antofagasta.

El andar durante el primer día fue de 9 millas por hora y a 30 millas de tierra; los restantes mucho menos rápidos, por lo que, en vez de entrar el martes por la noche a Antofagasta, creí más conveniente hacerlo el miércoles a primera hora.

El temor de encontrar un buque enemigo a la boca del puerto a esa hora y lo que era bastante peligroso, me obligó a tal medida.

El miércoles 23, a las 6.10 A.M., y estando a 18 millas al sudoeste de Antofagasta, distinguí por la amura de estribor y a ocho millas de distancia un buque que tomé al principio por uno de los blindados que venía a franquearnos la entrada.

A pesar de esto hice darle mayor andar al buque, y muy luego cuando estábamos a cuatro millas reconocí que era un buque enemigo, la *Pilcomayo* al parecer, lo que no me preocupó, porque dicha nave tiene un andar inferior al nuestro.

Inmediatamente me dirigí a donde el capitán de fragata, señor Ignacio L. Gana, y la manifesté que, según mi respectivo contrato, desde el instante en que se avistaba un buque enemigo, debía entregarle el mando del buque a él, que era designado para su mando, pero sin embargo de esto, continuamos dirigiendo ambos el buque y de común acuerdo.

Al principio hicimos rumbo al noroeste, después al oeste y finalmente al sur. El mayor andar del *Rimac*, por lo muy cargado que se encontraba, no pasó jamás de diez y media y once millas.

El buque enemigo, que reconocimos después ser la *Unión*, avanzaba rápidamente sobre nosotros, a pesar de los redoblados esfuerzos que hacíamos para alejarnos y escapar.

Para fatalidad nuestra, y las ocho distinguimos por el noroeste un buque que venía rápidamente a cortarnos el camino, y que reconocido resultó ser el *Huáscar*.

Casi desde el principio de la fuga, la *Unión* nos hizo descargas de artillería.

Los disparos pasaron de cuarenta y tantos, y todos ellos de muy buena dirección.

Veníamos ya tan cerca, que las balas pasaron por delante de la proa y algunas cayeron en el buque, causando algunos daños y sacando de combate cinco soldados del escuadrón “Carabineros de Yungay”, de los que uno murió y cuatro quedaron heridos.

Viendo la situación tan difícil porque atravesaba el buque, el teniente coronel señor don Manuel Búlnes, jefe del cuerpo ya citado, llamó a su camarote al comandante Ignacio L. Gana y al que suscribe, y nos dijo que resolución pensábamos tomar. A la vez nos manifestó que su deber era sucumbir defendiendo el honor y pabellón de su patria y que pedía se colocara el *Rimac* al costado de la *Unión* para abordarla con su gente que ardía en iguales sentimientos, lo mismo que los demás jefes y oficiales subalternos.

Como le dijésemos que aquello era imposible, porque antes de que llegara el *Rimac* al costado lo echaría la corbeta a pique, el teniente coronel Búlnes y sus subordinados tuvieron que resignarse con una situación expectante y de mortificación, para ellos que a todo trance querían combatir. Exigió el comandante Búlnes se abrieran dos válvulas de la máquina para echar el vapor a pique; pero se le dijo que los oficiales del buque se encargarían de ello a última hora cuando no hubiera escape.

El mismo señor Búlnes pidió se arrojara al mar la caballada, tanto para aligerar el buque cuanto para que no la aprovecharan los enemigos; pero se le dijo que respecto a lo primero no podía influir su peso, y respecto a lo último era expuesto, porque podría enredarse alguno de ellos en la hélice y aun podíamos todavía salvar. Esto, agregado al compromiso que el comandante militar había contraído de hacer echar el vapor a pique a última hora, lo hizo desistir por este momento.

Esto fue imposible, porque a las diez del día, el *Huáscar* nos hizo un tiro de a 300 y se nos atravesó por la proa, lo que obligó al comandante Gana, representante a bordo del gobierno y de la marina, a enarbolar la bandera blanca de parlamento, e hicimos rumbo en seguida a dicha nave. En este momento el comandante Búlnes, viendo que él y su tropa no tenían papel que desempeñar y que su rol era ya el de simples pasajeros, hizo que sus soldados tirasen sus armas al mar, negándose a rendirlas.

Momentos después el comandante Grau nos hizo llevar a bordo de su buque a varios de los jefes y oficiales; mandó a sus oficiales que tomasen el mando del *Rimac*, y varios de nuestros compañeros fueron llevados a bordo de la *Unión*, de la que también vinieron botes a bordo.

Creo de mi deber manifestar que los jefes y oficiales, lo mismo que los soldados del escuadrón Carabineros de Yungay, que comanda el teniente coronel señor Manuel Búlnes, observaron una conducta patriótica, digna y elevada en los momentos del conflicto. Asimismo no puedo menos que recomendar la noble y generosa conducta observada por el estimable y digno comandante Grau y su oficialidad.

Esto es cuanto puedo comunicar sobre el desgraciado incidente a que me refiero.

P. Lautrup,
capitán del *Rimac*.

V.

PARTE OFICIAL SOBRE LA CAPTURA DEL “RIMAC”, PASADO DESDE ARICA POR SU COMANDANTE MILITAR EL CAPITÁN DE FRAGATA DON IGNACIO L. GANA.

Arica, julio 25 de 1879.

Señor comandante general de marina:

Paso a dar cuenta a US. del apresamiento del transporte *Rimac* por la corbeta peruana *Unión* y el monitor *Huáscar*, en la mañana del 23 del actual.

Cumpliendo la orden de US., el *Rimac* zarpó de Valparaíso para Antofagasta, sin escala, el 20 a las 12 M. Llevaba a su bordo el escuadrón Carabineros de Yungay, parte de la caballada y varios otros artículos para el ejército y armada.

Navegamos distante de la costa, según instrucciones de esa comandancia general, hasta el amanecer del 23 sin accidente de ninguna especie. La noche había sido oscura y de niebla, sin vista de tierra.

Al tomar la rada de nuestro destino avistamos un humo de vapor a corta distancia, que supusimos fuera el *Cochrane* y que US. me había anticipado cruzaría este buque en esas aguas en espera del *Rimac*.

Un cuarto de hora después, y cuando ya empezaba a aclarar, se distinguieron las cofas blindadas de un buque de tres palos, circunstancia que reúne el *Cochrane*; y que no distinguiéndose bien el casco por la falta de luz y de la distancia, no había razón para desconfianzas, tanto más cuanto que US. decía en carta que no había temor de enemigos, pues así se lo escribían de Antofagasta.

Dicho buque se dirigió al S.O. para reconocernos. Al darnos su costado, pues nosotros quedábamos al norte, vimos que no era ninguno de nuestros blindados y que era una corbeta enemiga, tal vez la *Pilcomayo*, por lo pequeña que se presentaba.

Apuramos la máquina a toda fuerza para tomar a Antofagasta, navegando al este o ganar la tierra en cualquier parte, creyendo cortarla fuera de cañón. Por precaución se cargaron los cañones con grande entusiasmo y la marinería se colocó en sus puestos de combate.

El buque enemigo varió rumbo sobre nosotros y empezó a avanzar con rapidez, y ya con mayor claridad reconocimos a la *Unión*.

En esos momentos se avistó otro humo y en breve nos persuadimos que era el *Huáscar*, que nos salía al través con manifiesta intención de cruzarnos, dejándonos por la popa la *Unión* y por la proa él.

En el acto hicimos rumbo al N.O. con todo el poder de la máquina para alejarnos del *Huáscar* y burlar a la *Unión*, si la noche nos lo permitía, arrastrándole hacia Iquique, punto fijado para nuestra recalada, y avistar a nuestra escuadra.

Pero a las 6.25 A.M. la *Unión* nos tenía bajo sus fuegos y nos hizo un disparo en blanco de intimación, enarbolando a la vez su bandera, contestando el *Rimac* con uno a bala., que no salvó ni la tercera parte de la distancia; pues US. sabe que la artillería lisa de a 32 de estos transportes tiene un alcance máximo de a 900 yardas, inferior al fusil en uso.

Desde ese momento se vio que no había más defensa que el buen andar; y que ofrecer el costado del transporte al enemigo era perder camino, para disparar con unos cañones inútiles a esa distancia.

La *Unión* continuó sus fuegos sobre el *Rimac* con su artillería gruesa, y notando que la caza podía ser larga, los prosiguió con su cazador de proa.

Nuestra máquina funcionaba con el mayor poder posible, expuesta a romperse: tal era la orden dada al ingeniero, pues que forzando también la *Unión* esperábamos tuviese algún accidente en la suya. Pero el enemigo seguía cerrando la distancia y aumentando la rapidez de sus disparos, que sobrepasaban al *Rimac* a gran distancia.

El número total de cañonazos de la *Unión* según cuenta de un sargento que se ocupó en tarjarlos, ascendió a 52.

El *Huáscar* se había perdido de vista, y su último rumbo pareció sobre Antofagasta.

El *Rimac* fue gobernado procurando describir círculos prolongados a la *Unión*, y éstos se variaron hasta quedar con rumbo al sur, consiguiendo con ello que la *Unión* con la mar de proa cabecease y sus tiros fuesen inciertos y su andar menos despejado.

El andar del *Rimac*, según el primer ingeniero, en esa posición permaneció en trece millas.

A las 8.45 A.M., viendo que el enemigo ganaba siempre sobre nuestra marcha, nos reunimos en consejo pedido por el infrascrito. Aparte del que firma, asistieron el señor comandante don Manuel Búlnes, el señor mayor don Wenceslao Búlnes, el capitán del *Rimac* y otros señores oficiales.

Se propusieron las cuestiones siguientes:

1° Que temperamento se seguiría si la *Unión* llegase a cerrar la caza presentándonos sus baterías de costado; y

2° Si el buque tomaría más arranque aligerándolo de los caballos y demás pesos de cubierta, puesto que abrir las escotillas era inutilizar los cañones, circunstancia imperdonable ante las peripecias de un combate.

A la primera se resolvió correr con todo riesgo la máquina y recibir los tiros del enemigo hasta el momento en que se perdiese la esperanza de salvación.

La segunda, después de una deliberación tranquila sobre la posibilidad de llegar al costado de la *Unión* para abordarla, pues abría sido la única agresión eficaz, con el mayor personal que poseíamos sobre ella, se reconoció que era materialmente imposible, vista las poderosas baterías de la *Unión*, compuestas de doce cañones de a 70 y otros accesorios, sus ametralladoras y a la fragilidad de los costados del *Rimac* con su máquina descompuesta, que no fue posible defenderla con sacos de carbón a causa de la numerosa caballada que llevaba en sus pesebreras en los lados de los cilindros, y lo que es más, a causa de la mayor agilidad de la corbeta enemiga sobre el transporte, que no lo habría recibido sino con sus baterías.

En cuanto a aligerar el buque, se desechó la idea atendida la buena estiba en que estaba y la circunstancia de que los caballos habrían ido a chocar contra la hélice, rompiéndola talvez, o imposibilitando la marcha rápida que llevaba el buque.

Se acordó arrojar el armamento al agua y las municiones y cuanto pudiera servir al enemigo sobre cubierta.

El fuego proseguía poco certero, aunque el casco recibía de cuando en cuando algunas granadas, que rompiendo las cámaras lanzaban astillas. A las 9 A. M. se volvió a avistar el *Huáscar* al sur con dirección a cortar nuestro rumbo. Había llegado la *Unión* a tan corta distancia, que un movimiento en el timón le daría grande entrada y había posibilidad de dejar por la banda al *Huáscar*.

A las 11.15 A.M. nos interceptaba éste la carrera y rompía el fuego sobre el costado de babor, mientras que la *Unión* que había acortado la distancia a seiscientos metros próximamente, nos lo hacía sobre estribor con mucho acierto. Cortada la retirada y estrechado por la popa el *Rimac*, el conflicto había llegado a su término, después de cuatro horas de caza y de estar bajo el fuego de granadas.

Ordené al capitán hiciera romper las válvulas del vapor, arrojar la correspondencia, el armamento y las municiones al agua y a la vez hice alistar bandera de parlamento.

Un instante después fue izada, y el fuego cesó en el acto. La bandera de Chile no fue arriada y el buque fue entregado bajo parlamento.

Un bote de la *Unión* llegó a bordo, y entre varios jefes se creyó una deslealtad, impropia de las leyes de la guerra, hundir el buque, mientras se izaba bandera de paz condicional, y se suspendió la orden.

Esta medida, tomada en la desesperación de la impotencia, habría traído la muerte cierta de trescientos cincuenta hombres; puesto que no habiendo en el buque embarcaciones para salvar, con la mar de ese día, cien hombres, estos mismos embarcados no habrían sido recogidos prisioneros de guerra y la catástrofe habría sido brutal; puesto que a 25 millas de la costa, frente al morro de Jara, los oficiales y tropa del ejército, única llamada por la ley a embarcarse con preferencia, no habría llevado a surjidero. Desgracias a bordo ha habido siete: uno muerto y seis heridos, todos soldados del escuadrón, los cuales se curan por una ambulancia.

El número de proyectiles recibidos en su casco por el vapor, llegó a diez, seis más que la *Covadonga* en Iquique.

Tal ha sido este día funesto para las operaciones de nuestra guerra, en que hubo que entregar un transporte importantísimo al enemigo; aunque por el medio más honroso marcado por las leyes militares, y que se conservó impasible mientras se abrigó una leve esperanza de salvarlo.

El honor de las armas de Chile se ha salvado incólume. Cada uno ha cumplido en particular con el desesperante deber de recibir inerme, sin poder rechazarla, la agresión de dos naves poderosas.

Los señores jefes del *Huáscar* y de la *Unión* han manifestado sus respetos al que suscribe por la impasible tenacidad de la resistencia del *Rimac* al momento de ser prisionero, y de tratar a mis compañeros de desgracia con toda consideración y humanidad.

Ello ha sido cumplido con una elevación tal, que honra al presidente del Perú, a sus subalternos y al pueblo de Arica que nos vio desembarcar a las 2 P. M. sin la más leve demostración de júbilo ni de enojo.

La tropa se halla en un cuartel, los marineros repartidos en varias partes. Los oficiales han sido alojados en el cuartel de la guardia de honor.

A petición de los señores oficiales de este cuerpo y los jefes, hemos sido detenidos en casas particulares cuyos moradores se empeñan con sus atenciones por aliviar nuestra mala fortuna.

Antes de terminar expondré a US. que la conciencia de cuantos había a bordo, está tranquila. Se ha hecho lo mejor en tan odioso trance.

Dios guarde a US.

Ignacio Luis Gana.

Al señor comandante general de marina.

VI.

EXPLICACIÓN DEL COMANDANTE GANA SOBRE LA CAPTURA DEL "RIMAC".

Señor don Benjamín Vicuña Mackenna.

Tarma, septiembre 5 de 1879.

Mi distinguido amigo:

¡Que conjunto de circunstancias favorables para la caída del Rimac se conjuraron durante su último viajes!

Parece que la indolencia chilena jamás se presentó con mayor realce que en esa funesta travesía.

Se empieza por dar orden al gerente de la compañía americana de vapores para que se navegue lejos de tierra. Se asegura al que suscribe que el *Cochrane*, llegado el 19 a Antofagasta, saldría a cruzar fuera del puerto para proteger nuestra entrada; y se me escribe también que el mar estaba libre de enemigos.

Se empecina el capitán del *Rimac* en no querer tomar el puerto de noche, a pesar de las instancias de todos; porque ha de saber Ud. que yo a bordo era un simple pasajero y solo podía tomar el mando de la nave cuando ésta se hallase agredida.

El gobierno quería acarrear la menor responsabilidad y la descargaba sobre la compañía de una manera tan absoluta, que nos señalaba a los jefes militares embarcados, el mero papel de pasajeros durante los viajes.

Las órdenes las recibían los capitanes directamente de sus patrones y a nosotros nos eran transcritas esas órdenes.

Llega el vapor al amanecer a hallarse de manos a boca con la *Unión*, como a cuarenta millas de Antofagasta. Cree el capitán y piloto sea la *Pilcomayo* y seguimos corriendo a tierra con toda celeridad. Más el ingeniero es nuevo, porque el primero que antes tenía lo habían contratado dos días antes para el *Amazonas*, como se había transbordado la mejor marinería a la corbeta *O'Higgins*, y el buque en vez de correr doce millas, como lo había conseguido en su primera escapada del *Huáscar* de Antofagasta, ahora no pudo correr más de once millas.

Toda la gente extranjera creía que podía acreditar neutralidad obrando lo menos posible en favor de la defensa del buque, que era la fuga, y tanto el capitán que se metió en su camarote, como los demás pilotos, con excepción del 1º, no se les veía la cara sino se les enviaba a llamar.

De otro lado, el imponente reventar de las granadas dentro del buque los tenía como en día de ánimas, y la tripulación mercante del *Rimac*, que no pudo resistir a tales impresiones, se precipitó sobre la cantina de los licores y la borrachera trajo el desorden y la imposibilidad de ocuparla en nada.

Así fue que comisioné al 2º piloto para echar algunos cabos de manila al agua, para ver modo de enredar la hélice de la *Unión* que seguía la estela del *Rimac*, y después de estar forcejeando en esta faena, vino a decirme que era más probable que se enredase la nuestra que la enemiga por falta de buenos marineros.

Si no, hubiera sido por el respeto y dos centinelas que se colocaron del escuadrón Yungay, no estaría yo escribiendo a Ud.; puesto que la tripulación me habría asesinado impunemente.

No puede Ud. imaginarse lo que es una turba ebria espantada por el miedo.

Pero ésta como se pudo contener en ciertos límites por la tropa, en nada influyó para nuestra caída, como tampoco para salvar el honor de las armas de Chile hasta donde nos era posible.

Cuatro horas hemos resistido el fuego de la *Unión* sin que mediara la menor interrupción: bien que si al principio lo hizo por batería, después viendo que perdía camino, lo ejecutaba con un cañón de proa.

Diez granadas penetraron en el casco y la Providencia solo pudo hacer que no barriera alguna con gran parte de los 350 hombres que había a bordo.

Nuestra bandera no quise exponerla sin gloria y estuvo guardada siempre.

No refiero a Ud. las maniobras ejecutadas por el *Rimac* para alejarse de la *Unión* y del *Huáscar*; baste decir a Ud. que era lo único que se pudo hacer en beneficio de alguna probabilidad de salvar.

Tomar la tierra era imposible; echar a pique el buque tampoco lo fue, porque habiendo yo dado la orden en la última extremidad, los maquinistas, que no querían morir, no la cumplieron ni la habrían cumplido sin un revólver al pecho. El contador mismo del *Rimac* se atolondró tanto, que a pesar de haberle yo mismo dado la orden de arrojar la correspondencia y guardar el tesoro, si lo había, solo botó al agua los paquetes que tenía en su oficina y olvidó una valija que había en el cuarto del tesoro. En cuanto al dinero solo había cuarenta pesos de la compañía.

Yo, entre tanto, con el comandante Búlnes y un capitán Campos, nos pusimos a romper toda la correspondencia oficial que se me había entregado, y como el tiempo era apremiante, la mandé a los fogones de la máquina.

No menciono a Ud. algo de lo referente a los caballos porque estaban en manos de los jefes del escuadrón y también porque todos tuvimos el ánimo resuelto de sucumbir con el buque. La impotencia absoluta en que estábamos había llenado el corazón de amargura y no se veía más que caras desesperadas.

Excuse si suministro a Ud. estos ligeros datos sobre tan cruel como prevista desgracia.

Su A. S. S. y amigo.

Ignacio L. Gana.

VII.

INSTRUCCIONES DADAS POR LA COMPAÑÍA SUD AMERICANA A LOS CAPITANES DE TRANSPORTES, DE ACUERDO CON EL GOBIERNO. COMPAÑÍA SUD AMERICANA DE VAPORES.

Valparaíso, mayo 17 de 1879.

Muy señor mío:

Yendo Ud. en comisión en uno de los buques de esta Compañía, al servicio del gobierno en la actualidad, creo conveniente participarle las instrucciones que he recibido del señor comandante general de marina, referentes a este caso, que a la LETRA dicen:

“Por regla general, los oficiales y marineros de la armada deben ser considerados y tratados *como pasajeros*, sin perjuicio de los ejercicios militares que les he ordenado hacer a bordo; pero ocurriendo alguna *agresión de naves enemigas*, el capitán y toda la tripulación del vapor deben ponerse a las *órdenes del jefe de la armada y cumplirlas estrictamente en estos casos*. El mando del buque corresponderá exclusivamente al susodicho jefe; pero el capitán del vapor *lo recobrará* tan pronto como haya *desaparecido el peligro*.”

Ahora me resta solo agregar, que por nuestra parte hemos dado las órdenes a fin de que lo transcrito encuentre fácil y expedita ejecución.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de Ud. S. S.

Horacio Lyon,
gerente.

CAPÍTULO IX.

LA ASONADA DEL 31 DE JULIO.

Las alarmas por la desaparición del *Rimac* aumentan el descontento popular y lo desbordan. El senador por el Maule don José Manuel Encinas solicita el 21 de julio que se señale una sesión secreta para discutir la dirección de la guerra e interpelar al Ministerio. El ministro del Interior señala el 28 de julio la sesión del 31 para contestar la interpelación. Se aumenta en el intervalo la ansiedad por la suerte del *Rimac*. Desconsoladores boletines del 23 y 24 de julio. “Nada se sabe”. Llega el 26 el vapor de la carrera a Antofagasta y nada comunica. Cuatro días de profunda inquietud pública. Al fin el vapor alemán *Theben* llega directamente de Arica a Valparaíso y comunica y comunicas la fatal noticia en la noche del jueves 30 de julio. Coincide la impresión de este desastre con la sesión de la interpelación el 31. Asonada en la puerta del Senado y en los alrededores de la Moneda. Heridos y exageraciones. Lo que se traslució en la prensa de las sesiones secretas del Senado. Interpelaciones del 9 y 19 de junio en la Cámara de Diputados. Termina la interpelación en el Senado el 1º de agosto, y los ministros Urrutia y Huneeus anuncian con digna franqueza la resolución de retirarse del Gabinete. Levantada actitud del señor Varas. El Gabinete aplaza toda resolución colectiva hasta el regreso del señor Santa María. Vuelve éste el 8 de agosto. Interpelación Alemparte y notable respuesta por escrito del señor Urrutia. Voto de censura propuesto por el diputado Rodríguez el 14 de agosto. Incidente y tumulto parlamentario del 16 de agosto que precipita la caída del Ministerio. Presenta éste en masa su renuncia el 17 de agosto. El Ministerio del 20 de agosto y cambios que ocurren con este motivo. Don Eusebio Lila reemplaza a don Rafael Sotomayor en la secretaría de la escuadra y don Vicente Dávila Larrain en la intendencia general del ejército a don Francisco Echáurren Huidobro. El bloqueo de Iquique se levanta por sí solo en los primeros días de agosto. Termina el “período del bloqueo” y entra la guerra en una nueva faz.

“Quedo con gran sentimiento y con mis ojos llenos de lágrimas al saber la fatal noticia de *la revolución* habida en Santiago en la cual ha salido Ud. herido.”

(Carta de un honrado vecino y minero de Cararoles al autor. Mina Deseada, agosto 4 de 1879).

I.

El descontento popular había comenzado a invadir lentamente las altas regiones de la política, siempre tardías para acentuarse, pero persistentes y enconosas una vez conmovidas: la más antigua virtud y el más incurable daño del carácter nacional es la resignación.

Pero la invasión de nuestras propias costas y el peligro cotidiano de nuestros más vitales centros de industria, peligro que había llegado ¡oh mengua! hasta apagar las luces de nuestros faros en la plaza fuerte de

Valparaíso, encontró al fin un eco en el Senado, y cupo al honorable y patriota representante por el Maule don José Manuel Encinas el honor de iniciar el lunes 21 de julio, cuando palpitaba todavía el ultraje de los buques enemigos en Caldera el día de la víspera una interpelación encaminada a examinar la manera como la guerra era conducida. El honorable senador se limitaba a solicitar una sesión secreta para tan grave debate.

II.

Transcurrió cerca de una semana sin que el Ministerio se presenta a la sala del Senado, profundamente preocupada sin duda por la desconocida suerte del *Rimac*, cuya pérdida inmediata el rumor popular cargaba a la cuenta de su impremeditación. Solo en la sesión que celebró el Senado el lunes 28 de julio, el señor ministro del Interior, don Antonio Varas, manifestó que estaba pronto a dar respuesta a las interpelaciones que se le habían dirigido en la sesión inmediata que correspondía al miércoles 30 de julio y que forzosamente habría de ser secreta.

III.

Entretanto la ansiedad por la suerte del transporte crecía de hora en hora. Se hacían los más extraños comentarios, y llegaba a asegurarse que el buque había partido contra la opinión expresa del intendente general del ejército, quien había escrito una serie de observaciones y aun de súplicas al presidente de la República, que fueron unas y otras desoídas. Hemos dicho que el señor Altamirano se había en efecto, escudado con un mandato supremo.

La inquietud subía, entretanto, como pausada marea junto con la indignación de muchos y la zozobra patriótica de todos.

IV.

El día 23 a las cinco y media de la tarde se había recibido en la Moneda un telegrama del señor Santa María anunciando el feliz arribo del *Paquete de Maule*, buque de pesado andar y que a esto mismo debiera su salvación en aquel aciago día. El pesado transporte había navegado por el surco de los buques peruanos cuando pesados a la costa se dirigían de Carrizal Bajo a la boca de Antofagasta.

Ese telegrama, que era consolador solo para algunos, estaba concebido en los términos siguientes:

Antofagasta, julio 23.

(A las 5.30 P.M.)

“Llegó *Paquete de Maule*.

Ha navegado a cuatro millas de la costa y no ha encontrado ningún buque.

Supone que al *Rimac* le ha sucedido alguna desgracia con motivo del cambio de maquinista.

Los buques peruanos estuvieron cerca de este puerto esta mañana.”

D. Santa María.

V.

Pero llegó el día 24 y las inquietudes renacieron.

A las once de la mañana circulaba de boca en boca el siguiente triste despacho:

Valparaíso, julio 24.

(A las 10.35 A.M.)

Santa María me dice:

“*Rimac* no llega; *Cochrane* no vuelve.

E. Altamirano.”

En la noche de este día se supo, sin embargo, en palacio que el *Cochrane* había llegado por la tarde, remolcado como un pontón por el *Itata* al puerto de Caldera, donde se ocupaba a esas horas en hacer carbón...Se supo también por un buque alemán que se puso al habla con el *Itata* en su viaje al sur, que los buques peruanos se habían dirigido en la tarde del 22 al norte.

El peligro de la captura se hacía, en consecuencia, cada vez más inminente. En Antofagasta sabían el 23 que al amanecer los buques peruanos habían hecho la ronda de la embocadura. ¿Cómo habría podido escapársele el *Rimac*?

VI.

Llegó el sábado 26 de julio, y las noticias que traían a todos profundamente entristecidos, nada adelantaban. El vapor de la carrera que subía del norte, había pasado el día anterior por Antofagasta y nada de cierto comunicaba. El transporte no aparecía, pero tampoco había noticia positiva de su aprehensión o de su pérdida, como no pocos se inclinaban a creerlo en razón de su mala estiba. El recuerdo del naufragio del Tacna asaltaba la memoria de todos.

El boletín de ese día del señor Santa María estaba entre tanto, concebido en los ambiguos términos siguientes:

Antofagasta, 25.

“El capital del vapor no sabe nada. Solo refiere que en Arica lo detuvo la *Pilcomayo*, y que en Iquique vio a nuestros buques.

Los pasajeros, que no han visto buque alguno y que nada saben del *Rimac*.

Se dice también por los pasajeros, que Daza está en Pisagua y que viene a Iquique a hacerse cargo del ejército expedicionario que ha de dirigirse al sur.

La comisión del *Huáscar*, según ellos, es navegar entre Chañaral y Caldera para apresar transportes.

Domingo Santa María.”

VII.

Pasaron todavía horas y días de mortal angustia. Pero el jueves 30 de julio por la noche se anunció en el teatro que por el vapor alemán *Theben* llegado en derecha de Arica a Valparaíso, el *Rimac* había entrado cautivo el 25 de julio y a las nueve y media de la mañana a aquel puerto, donde la población le había recibido en triunfo con repiques y procesiones. Cuando el *Theben* dejaba a Arica, los peruanos estaban echando a tierra a nuestros desgraciados prisioneros jinetes y caballos, honra y fortuna.

VIII.

Coincidió esta fatal noticia con la sesión señalada para oír las interpelaciones del Senado. Pero como el silencio de éstas no ha sido todavía levantado, nos es dado apenas decir que después de haber sido discutida con elevación la guerra y expuesta con honrada franqueza su conducta por el jefe del Gabinete, no se llegó a resolución parlamentaria de carácter determinado formulándose únicamente una serie de patrióticas indicaciones para dar a la guerra su verdadero carácter y su necesitado vigor. Terciaron en el arduo debate gran número de senadores, y especialmente los señores Prats y Blest Gana como miembros del Gabinete que inició la guerra y los señores Varas y Huneeus, en representación del que ahora la regía.

Uno de los senadores por Coquimbo pronunció también un largo discurso que abarcó la mayor parte de las sesiones del 31 de julio y del 1° de agosto, asistiendo a esos debates todos los senadores electos y no menos de ochenta diputados. En la sesión del último día designado se dio por terminada la interpelación (Antes de esta fecha habían tenido lugar dos interpelaciones en la Cámara de Diputados, una informal y breve con motivo de la disolución del batallón Carampangue el 9 de junio, y otra más caracterizada sobre la dirección de la guerra, planes de ésta, manejo de los transportes, conducta militar del contra almirante Williams, y otros puntos interesantes que promovió el 19 de junio el diputado por Santiago don Carlos Walker Martínez. El ministro del Interior dio respuestas al parecer satisfactorias, y como todo consta del acta de esa sesión secreta que acaba de publicarse por acuerdo de esa Cámara (junio 29) reproducimos íntegro este importante documento en los anexos del presente capítulo.)

IX.

Ocurrió también en la noche de ese día una grave asonada que fue, sin embargo, indebidamente exagerada por algunos órganos de la prensa de Santiago, y elevada a la categoría de una abortada revolución social por la de nuestros enemigos.

Al dirigirse a la sesión del Senado en la tarde del 31, algunos de los ministros fueron seguidos por gruesa y tumultuosa poblada (unos mil hombres), que desde temprano había estado estacionada en la Moneda y aunque se detuvo largo rato en el pórtico del Senado profiriendo hirientes denuestos contra el gobierno, se calló y se dispersó por sí sola.

Al caer la noche, algunos grupos comenzaron de nuevo a reunirse al pie de la estatua O'Higgins, desde cuyo pedestal oían con placer pero sin encono las arengas de improvisados oradores. Pero habiendo tenido alguien la poco feliz inspiración de mandar tropa de policía a dispersarlos, se trabó una encarnizada riña a piedra y sable, oyéndose también algunos disparos de revolver. Resultaron de esto unos cuantos heridos, y especialmente el valiente

capitán de Granaderos, don Julio García Videla, quien estando de oficial de guardia en el palacio, recibió feroz pedrada en la cabeza. A las doce de la noche, noche plácida de luna, todo había concluirlo.

X.

Después de aquella doble jornada del Senado y del pueblo, como en Roma, el ministerio había quedado aparentemente ileso; pero el valiente general Urrutia, ministro de la guerra impetuoso en la sala como en el campo de batalla, se había retirado de la sesión visiblemente conmovido después de un apóstrofe vehemente dirigido a su persona; y en la secretaría inmediatamente, y en sentida en su despacho, anunció ese mismo día que desde ese momento dejaba de ser ministro.

Coincidió en esa manera de pensar el honorable señor Huneeus, declarando éste con noble franqueza a sus amigos, que, no obstante su arduo trabajo y por nadie negado patriotismo, era preciso confesar que tanto él como sus colegas habían sido desgraciados. Contra el destino no hay acusación ni defensa que entablar ni a quien notificarla.

No estaba distante de pensar con la misma elevación de alma el jefe del gabinete, quien, como antes dijimos, entrara a presidirlo tres meses hacía, forzado únicamente por generoso patriotismo. Y si bien en el curso de su administración política, se dejó el jefe del gabinete arrastrar a actos de evidente bandería, especialmente en el asunto delicado de la composición del Congreso de que era miembro, su reconocido amor a la causa pública había quedado incólume en la brega.

XI.

Pero ante todo era preciso aguardar, por deber y por lealtad, al señor Santa María que luchaba todavía en Antofagasta contra la adversidad, la pereza y el desgobierno universal que reinaba en todas las ramas del servicio de la guerra. Al fin pudo dar la vuelta el 8 de agosto. Cuatro días más tarde el señor Varas citó a consejo a sus colegas, y ese día (agosto 12) quedó definitivamente resuelta la disolución del gabinete.

XII.

Un incidente parlamentario precipitó, sin embargo, los acontecimientos y la mudanza lentamente acordada por el gobierno.

En la sesión del 4 de agosto el honorable diputado por Lautaro don Domingo Arteaga Alemparte había solicitado se pusiese sobre la mesa de la Cámara la correspondencia tanto telegráfica como por escrito del gobierno y el libro de actas del Consejo de Ministros sobre los asuntos de la guerra, formulando al propio tiempo una serie de preguntas sobre la dirección de las operaciones de la última.

Transcurrió larga serie de días, días de conflicto, de vacilación, de verdadera crisis ministerial, según se ha visto: pero en la sesión del 14 de agosto se leyó una larga e interesante nota del ministro de la guerra, en la cual por vía de interrogatorio, solucionaba aquél las investigaciones encaminadas por el diputado de Lautaro a tomar conocimiento de la marcha de los negocios públicos en lo relativo a la conducción de la guerra.

Suscitó largo debate incidental la lectura de este importante documento más no por su fondo, sino por cuanto se sostuvo, principalmente por el honorable diputado don Carlos Walker Martínez que el ministro de la guerra, conforme a no interrumpida costumbre, debió venir en persona a dar a la Cámara las explicaciones que se le habían pedido por el camino y el derecho constitucional de una interpelación.

XIII.

Más, concluido este incidente, el distinguido diputado por Santiago y redactor en jefe del diario *El Independiente* don Zorobabel Rodríguez, preguntó en que estado se hallaba la crisis ministerial, y habiéndosele observado por el ministro de justicia don Jorge Huneeus, que hasta esa hora solo estaba aceptada la renuncia del ministro de la guerra, el preopinante tomó a empeño el desembozar la situación por medio de un voto de censura explícito, ya que el Senado no había tenido a bien llegar a semejante peligrosa conclusión.

“En vista de ello (así dice el acta de la sesión secreta recientemente publicada) expuso el mismo señor Rodríguez que, ya que la pasada interpelación en el Senado no había producido resultado alguno, por no haberse pronunciado explícitamente aquella Cámara sobre la conducta del ministerio en lo tocante a la dirección de la guerra, dando así derecho a los ministros para conservar sus puestos, creía llegado el caso de que esta Cámara se pronunciara sobre ello, no queriendo que en ningún tiempo se le pudiera llamar cómplice o encubridor de los desaciertos gubernativos.

Porque, si bien no se excusaba a los ministros de falta de patriotismo, el señor diputado los acusaba si de imprevisión, como lo que ocasionó la pérdida del *Rimac*. Creyendo, pues, necesario provocar una resolución que manifestase si

el ministerio se hallaba o no sostenido por la confianza nacional, dejando de lado todo espíritu de partido y sin querer promover largas discusiones, señalando hechos concretos, pues invocaba únicamente la opinión que el país y cada señor diputado debía tener formada en vista de los hechos públicos y notorios relativos a la dirección de la actual guerra, terminó el señor Rodríguez sometiendo a la aprobación el siguiente

PROYECTO DE ACUERDO:

“La Cámara cree que los actos del ministerio en lo tocante a la dirección de la guerra no han correspondido a las exigencias ni a las esperanzas del país”.(Actas de las sesiones secretas de la Cámara de Diputados recientemente publicadas por acuerdo de ésta en julio de 1880. Pueden verse íntegras en *El Ferrocarril* del 3, 4 y 5 de julio.

Nosotros publicamos en los anexos de este capítulo únicamente la nota explicativa del general Urrutia sobre las operaciones de la guerra, porque en ella se comprenden todos los puntos que preocupaban la atención del público y constituían la censura y la defensa del gobierno.)

XIV.

No se arribó a resultado definitivo en aquel día; y habiendo continuado la discusión del tardío voto de censura en la sesión del 16 de agosto, reagvararon los cargos contra el gabinete los diputados Jordán y Walker Martínez, insistiendo especialmente este último en las graves faltas cometidas respecto de las operaciones marítimas como el bloqueo de Iquique, la desautorización sistemática del almirante de la escuadra, proseguida, a su juicio, por el gobierno, los dos viajes del señor Santa María al norte, la captura del *Rimac* y otros temas discutidos y condenados con mayor o menor suma de descontento y de vehemencia por la opinión pública en aquellos agitados días.

Dio el señor Varas, ministro del Interior, respuesta a estos cargos con mesura, pero con visible languidez y cansancio, desconociéndose en su acento achacoso y hasta en su gesto y en su acción ya cansada, al antiguo luchador acostumbrado a dominar, con un movimiento de mano, silenciosas y sometidas asambleas de parciales. Agobiado al fin y a mitad de camino de la sesión, por la fatiga moral de su ánimo, más talvez que por su esfuerzo físico de la arenga, pidió cortésmente la venia de la sala para retirarse.

Más, al levantarse seguido de los otros ministros, el diputado interpelante le rogó se detuviera un breve momento para oírle: y fuera por impaciencia, como creyeron muchos, fueras por no haber oído aquella suplica,

en razón a la distancia en que se sentaba el diputado que la hiciera, de los bancos ministeriales, los ministros salieron a la desfilada, encasquetándose los sombreros y como en desaire de la Cámara y de sus derechos.

Violento rumor surgió en los bancos delante de acto al parecer tan inexplicable, y en seguida inmensa confusión, poniéndose todos los diputados de pie con unánime indignación.

La Cámara se agitaba con justicia por sus fueros. Se formularon diversas indicaciones de reparación que el tumulto envolvía a manera de torbellino, hasta que el presidente hubo de levantar la sesión en la hora de ordenanza, pero con los ánimos preñados de violentas iras (He aquí la manera como la fría redacción del acta oficial de aquel día consigna algunas de las indicaciones del tumultuoso debate:

“En consecuencia de haberse ausentado el señor Varas y sus colegas, sin dar muestras de haber oído la petición anterior, algunos señores diputados interpretaron la retirada del ministerio en aquellas circunstancias como un desaire depresivo de la dignidad y fueros de la Cámara, contra el cual protestaron, produciéndose en la sala movimientos de agitación, en medio de los cuales se pidió por algunos se suspendiera la sesión hasta que los señores ministros se presentaran nuevamente a la sala.

El señor presidente Amunátegui puso en discusión la petición anterior, agregando que, sin acuerdo expreso de la Cámara, no podía, según el reglamento, suspender la sesión, ni creía decoroso hacerlo.

Restablecida la calma, el señor Tagle Arrate formuló indicación para que se oficiara a los señores ministros llamándolos a continuar el debate en la sesión siguiente.

Por su parte, el señor Montt don Ambrosio, expuso que había oído al ministerio con satisfacción y en parte con aplauso, aunque talvez no aprobaba enteramente la dirección de la guerra. No comprendía por esto la retirada del ministerio, y a fin de reconciliar a éste con la Cámara, proponía que el señor presidente invitara cortésmente a los señores ministros para que volvieran a continuar el debate.

»A su vez el señor Walter Martínez don Carlos, formuló la siguiente indicación:

“La Cámara condena la conducta que los señores ministros han observado en esta sesión.”

XV.

Este inesperado episodio imprimió a la crisis ministerial pendiente su último vaivén, antes de la caída; y al día siguiente el ministerio de abril presentó en masa su dimisión.

Por lo demás, la complicación parlamentaria de la víspera, encontró una solución tranquila en la sesión que celebró la Cámara de Diputados el 19 de agosto, retirándose después de algunas explicaciones de cortesía dadas a nombre de los ministros por sus amigos, las diversas indicaciones de agravio formuladas contra aquellos.

Después de algún debate en retirada, el honorable diputado, autor del voto de censura, concluyó por retirarlo, dando así razón a la patriótica conducta de algunos de los miembros del Senado que se habían abstenido de crear una situación insostenible al Gabinete por medio de un voto explícito de reprobación.

El incidente parlamentario promovido el 4 de agosto por el honorable diputado Arteaga Alemparte, encontró de esta manera su término natural en una orden del día pura y simple, que fue votada con el silencio unánime de la Cámara el día 19.

XVI.

Por lo demás, ignoramos, como siempre, respecto de la grave mudanza del personal político encargado de conducir las operaciones de la guerra, todo lo que ocurriera de sigiloso o escondido tras de las mamparas del palacio, y aun nos parece que en este caso. como en todos los análogos, la historia nada pierde, con no conocer los secretos vaivenes del corazón humano y sus flaquezas. Será suficiente, por tanto, decir que el 20 de agosto descendieron por la postrera vez las escaleras de la Moneda los señores Varas, Urrutia y Huneeus, y las subieron para ocupar sus huecos vacíos, los señores Amunátegui, Sotomayor y Gandarillas.

El ministerio del 20 de agosto, que no debía completar el primer año de su afortunada y laboriosa existencia, talvez por otro acaso del destino que no fue captura sino naufragio, quedó compuesto de la siguiente manera:

Interior.....Don Domingo Santa María.
 Guerra.....Rafael Sotomayor.
 Exterior.....Miguel L. Amunátegui.
 Hacienda.....Don Augusto Matte.
 Justicia.....José A. Gandarillas.

XVII.

El señor Sotomayor era declarado ministro de la guerra en campaña y entraba a ocupar su puesto en el despacho, el señor Gandarillas. Don Eusebio Lillo pasaría a desempeñar poco más tarde el cargo que con tan escasa suerte y tan discutible provecho para el país había tenido en la escuadra el honorable señor Sotomayor. Y en seguida, habiendo hecho su renuncia el intendente general del ejército y armada, don Francisco Echáurren Huidobro, motivándola en el desorden y anarquía que imperaba en todos los servicios de

su incumbencia y sin culpa suya, fue nombrado para reemplazarlo el activo regidor de la Municipalidad de Santiago don Vicente Dávila Larrain.

XVIII.

Tales fueron los cambios operados por el doble efecto de la pérdida del *Rimac* y la interpelación en el Senado.

La táctica fatal de la guerra iba a ser variada a fondo, y la última entraría al fin en la senda de las victorias, que el destino en todas partes le brindaba y una ciega obstinación había rehusado.

El bloqueo de Iquique cesó casi por sí solo el 3 de agosto, y el almirante Williams había entrado a Antofagasta al día siguiente con sus buques sin ánimo y sin carbón, para entregar en breve su insignia a manos más afortunadas.

El primer período de la guerra, “el período del bloqueo” había terminado, y éste había permanecido en vigencia ciento y veinte ingloriosos días: desde el 5 de abril al 3 de agosto de 1879.

ANEXOS AL CAPÍTULO IX.

I.

ACTA DE LA SESIÓN SECRETA CELEBRADA POR LA CÁMARA DE DIPUTADOS EL 19 DE JUNIO DE 1879, CON MOTIVO DE UNA INTERPELACIÓN HECHA POR EL DIPUTADO POR SANTIAGO DON CARLOS WALKER MARTÍNEZ, SOBRE LA DIRECCIÓN DE LA GUERRA.

Presidencia del señor Amunátegui don Miguel Luis.

Se abrió a las dos y media de la tarde y asistieron ochenta y tres señores diputados, los ministros del interior, de relaciones exteriores, de guerra y el secretario.

Concedida la palabra al señor Walker Martínez don Carlos, explicó éste los motivos que lo habían inducido a pedir sesión secreta especial para asuntos de la actual guerra, protestando su deseo de prescindir en las actuales circunstancias de todo espíritu de partido y política interior, y expresando que solo era movido por el interés general del país y por la necesidad en que la se hallaba de tener, sobre la actual guerra contra el Perú y Bolivia, noticias más exactas y completas que las contradictorias y deficientes que corrían en el público. Deseaba su señoría saber que había de positivo sobre los planes de guerra ofensiva y defensiva que se atribuían al gobierno, en cuyo gabinete se suponía por algunos no existir perfecto acuerdo. Había quienes representaban como poco satisfactorio el estado sanitario del ejército del norte, se hablaba de rivalidades entre los jefes, del mal servicio de transportes y provisiones para el ejército y escuadra, de no inspirar confianza el comandante de ésta que, sin embargo, a juicio de su señoría, era muy digno y competente.

Sobre estos particulares, como sobre la extracción y retención en el Perú del enviado diplomático de Chile a Colombia y Venezuela, señor Godoy, y sobre la conducción de armas y pertrechos para el Perú por el territorio neutral de Panamá, quería informaciones exactas el señor Walker Martínez, sin que por eso exigiera que el gobierno entrara en explicaciones detalladas sobre sus planes, deseando solo conocer las ideas generales que abrigaba. Terminó haciendo a los señores ministros las siguientes preguntas:

1° El plan de campaña que tiene el gobierno ¿es el de hacer guerra ofensiva o el de mantenerse simplemente a la defensiva?

2° Si lo primero ¿por que no se ha principiado a ejecutar hasta ahora ese plan y cuando se pondrá en ejecución?

3° La conducta del contra almirante Williams Rebolledo ¿ha merecido y merece la confianza del gobierno?

4° En la organización del servicio de los transportes ¿se ha consultado la unidad de acción de la escuadra y la necesaria oportunidad para su provisión y movimientos?

5° Que medidas ha tomado el gobierno o que gestiones ha hecho sobre los dos puntos siguientes: 1° el libre tránsito de armas para el Perú concedido por el gobierno del Estado federal de Panamá; y 2° la extracción violenta de nuestro encargado de negocios, señor Godoy, a bordo de un buque neutral en las aguas del Callao?

El señor Varas don Antonio, ministro de lo interior, contestando a las preguntas anteriores, expuso:

Sobre la 1ª: Que el gobierno, haciéndose intérprete de los sentimientos del pueblo, tenía el propósito de no mantenerse a la defensiva, y de emprender la ejecución de un plan de operaciones.

Sobre la 2ª: Que, teniendo un plan de operaciones, no podía el gobierno precisar, cuando y como se llevaría a efecto, lo que sucedería cuando estuvieran listos los elementos necesarios.

Sobre la 3ª: Que el gobierno mantiene toda su confianza en el contra almirante Williams, y espera que éste sabrá corresponder a sus honrosos antecedentes, alcanzando si no siempre triunfo, siempre gloria.

Sobre la 4ª: Que el gobierno, sin poder indicar un plan fijo y teórico sobre el servicio de los transportes, por depender éste de circunstancias momentáneas, había adoptado sobre ello las medidas que, a su juicio, consultaban mejor las exigencias del buen servicio.

Sobre la 5ª: Que el gobierno había de antemano nombrado agentes en Panamá, los cuales, obrando conforme a sus instrucciones, habían reclamado contra el tránsito por el istmo, de armas para el Perú, y que por lo que se refiere a la extracción y retención del señor Godoy, el gobierno había tomado las medidas que dieran el resultado apetecido.

Terminó el señor ministro Varas declarando que, si no entraba en otros pormenores, era por impedírsele el carácter de su puesto en interés mismo del éxito de la guerra.

Replicó el señor Walker Martínez, don Carlos, expresando quedar satisfecho del tono general de las contestaciones del señor ministro, principalmente en lo relativo al propósito de guerra ofensiva, y a la confianza que merecía el contra almirante Williams, objeto principal de su interpelación. Sobre esto manifestó además sus deseos de que el gobierno, publicando en el *Diario Oficial* la expresión de su confianza en el jefe de la escuadra, tranquilizara al país y a los marinos, temerosos talvez de que el contra almirante, por escrupulosa delicadeza, se retirara del mando de la escuadra de que es jefe inteligente y activo, querido y respetado de sus subalternos.

Sobre el tránsito de armas por Panamá, dijo el señor Walker Martínez que a su juicio, no podía hacerse libremente y pedía, se reclamara; a lo que contestó el señor Santa María, ministro de relaciones exteriores, declarando que el gobierno había en efecto reclamado sobre ello ante el gobierno general de Colombia, después de haberlo hecho ante el presidente del estado federal de Panamá.

Sobre la extracción del señor Godoy, preguntó el señor Walker Martínez si no sería posible al gobierno provocar alguna medida que a lo menos impidiera la internación del señor Godoy y de su secretario a las mortíferas regiones del Amazonas.

Sobre el servicio de transportes insistió el interpelante preguntando si no sería conveniente ponerlos con su comandante a las órdenes exclusivas del intendente general del ejército, con el cual sabía haber tenido cierta contradicción el comandante general de marina sobre el empleo de un transporte.

Sin querer hacer cargos por ello, observó el señor Walker Martínez que, según era público, se habían malogrado algunas expediciones de nuestros buques por falta de carbón, a lo que el señor Santa María, ministro de relaciones exteriores, replicó aseverando que ninguna expedición se había malogrado por aquella causa. El señor Walker Martínez por su parte, recordó que, según era sabido, la corbeta *Magallanes* no pudo perseguir a los buques peruanos *Unión* y *Pilcomayo* por falta de carbón y que a la misma causa se atribuía el que el *Blanco Encalada* no hubiera alcanzado al *Huáscar*.

Sobre plan de campaña y oportunidad de llevarlo a efecto insistió el interpelante manifestando la conveniencia de saber si existen ya, o existirán luego, el ejército y elementos necesarios para llevarlo a cabo en cierto tiempo determinado.

El señor Varas, ministro de lo interior, respecto a expresar en el *Diario Oficial* la confianza que el contra almirante Williams merecía al gobierno, respondió que lo consideraba poco oportuno, pues, sobre no tener objeto, importaría una rectificación inconveniente de simples rumores desautorizados, bastando a su juicio lo ya dicho, que el contra almirante podría saber por diversos conductos particulares.

Interrogado por el señor Walker Martínez sobre si se autorizaba la publicidad en este punto, replicó el señor Varas que, por su parte, no tenía inconveniente, lo que contradujo el señor Fabres, recordando el carácter secreto de la sesión y el juramento prestado.

Sobre el tiempo en que podría ponerse en ejecución el plan proyectado de operaciones, renovó el señor Varas su anterior declaración, repitiendo que no era posible, sin que los enemigos lo aprovecharan, fijar un plazo determinado de pocos o muchos días, pues ello dependía de los elementos disponibles para operar, que podían ser mayores o menores según las circunstancias.

Por lo demás agregó el señor ministro que el gobierno contaba con los elementos necesarios para obrar conforme a los recursos del país.

Respecto a la retención del señor Godoy, dijo el señor Varas que no tenía el gobierno medios de provocar medidas en favor del retenido, lo que correspondía al señor ministro inglés acreditado en Lima el cual, a no dudar, obraría con el celo que acostumbra el gobierno británico en sostén de las humanidades de su pabellón.

Interrogado por el señor Tocornal, don Enrique, sobre si era o no efectivo el mal estado sanitario del ejército del norte y sobre si en él había como mil quinientos enfermos, contestó el señor Varas que, según informaciones comunicadas por diversos jefes y especialmente por uno recién llevado del norte, podía asegurar que el estado sanitario del ejército era en general excelente.

El señor Walker Martínez, don Carlos, comunicó un telegrama de provincia en que aparecía que ciertos individuos eran compelidos al servicio militar, contra las declaraciones anteriores del gobierno, telegrama que tomó el señor Huneeus, ministro de justicia, para disponer lo conveniente.

Pidió por último el mismo señor Walker Martínez el pronto despacho de un reglamento de sueldos militares, y el señor Urrutia, ministro de la guerra, expresó que tomaría en cuenta la petición de su señoría.

Con esto se dio por terminado el incidente relativo a la actual guerra contra el Perú y Bolivia.

Enseguida el señor Tocornal, don Enrique, leyó un artículo de diario en que se hablaba de ciertas negociaciones en Buenos Aires, terminadas por un pacto entre el ministro de Chile en aquella ciudad y el gobierno argentino, pacto que se suponía aprobado por el Consejo de Estado reconociéndose en él la Patagonia como territorio argentino. Su señoría quería saber lo que había de cierto en ese denuncia.

Contestó a lo anterior el señor Santa María, ministro de relaciones exteriores, asegurando que el Consejo de Estado de Chile no se había reunido para tratar de aquel supuesto pacto; pues lo único que se había tratado últimamente en Buenos Aires era de establecer un simple *modus vivendi*. Terminó el señor ministro declarando que no se había celebrado un pacto en que se reconociera la Patagonia como argentina, ni que se celebraría ninguno que no consultara la honra y los intereses de Chile.

Con esto, se dio por terminado el incidente.

Se siguió un ligero debate sobre si se daría publicidad a esta sesión, a lo menos en la parte relativa a la confianza merecida por el contra almirante Williams, como pedían los señores Walker Martínez, don Carlos, y Huneeus, ministro de justicia, o sobre si no se debería dar publicidad alguna, como opinaban los señores Amunátegui, presidente, y otros señores diputados, especialmente el señor Barros Luco, don Ramón que declaró oponerse formalmente a toda publicidad.

Se dio por terminado este incidente, acordándose que el acta se leyera para su aprobación en la próxima sesión, a primera hora, que para ese efecto sería secreta.

Con esto, se levantó la sesión a las 3 hs. 40 ms. P.M.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

Gaspar Toro,
Diputado secretario.

II.

NOTA DEL MINISTRO DE LA GUERRA, GENERAL DON BASILIO URRUTIA,
EXPLICANDO LA CONDUCTA DEL GOBIERNO EN LAS
OPERACIONES MILITARES Y NAVALES, A CONSECUENCIA DE UNA
INTERPELACION DEL DIPUTADO POR LAUTARO, DON DOMINGO
ARTEAGA ALEMPARTE.

Santiago, agosto 6 de 1879.

He recibido la nota de V.E., fecha de ayer, en que se sirve participarme que el señor diputado por Lautaro don Domingo Arteaga Alemparte, solicita que se presente la correspondencia telegráfica y por correo que ha mediado entre el gobierno, por una parte, y el general en jefe y comandante general de la escuadra, por otra; y el libro de actas de las sesiones del consejo de ministros sobre los asuntos de la guerra, y que se de contestación en sesión secreta a las varias preguntas que presentó formuladas.

Según parece el señor diputado por Lautaro desea tener pleno conocimiento de todos los antecedentes de este negocio para apreciar si la guerra ha sido bien o mal conducida, si mal a quien corresponde su responsabilidad. El gobierno, que está interesado en que sus actos sean debidamente apreciados, se complace en aprovechar las ocasiones que se presenten de suministrar todos los datos que a ese resultado conduzcan, y no tiene dificultad en proporcionarlos en toda la extensión y latitud compatibles con el verdadero interés del país y con la reserva que absolutamente requieren las operaciones de guerra, tanto respecto de los hechos realizados que pudieran dar a conocer su pensamiento, cuanto respecto de los elementos con que cuenta para emprenderla y la manera como ha de emplearlos. V. E. comprenderá muy bien que extendiendo sus contestaciones sobre esos diversos puntos, faltaría a los deberes que mi posición me impone respecto de mi país, y podría comprometer el éxito y ejecución de operaciones proyectadas.

Por otra parte, los datos se piden no por la cámara, sino por un señor diputado que quiere ilustrar su juicio acerca de la manera como ha sido conducida la guerra y apreciar esta dirección con pleno conocimiento de causa. Esta consideración me ha decidido a contestar las preguntas hechas por el señor diputado por medio de esta nota, hasta que llegue el momento en que la cámara entre a apreciar la manera como ha sido dirigida la guerra, que será la oportunidad de examinar si esa apreciación es conforme a sus antecedentes, o, en otros términos, es la justa. Hay otro motivo puramente personal, que me ha decidido a emplear este medio. Consagrado desde la primera edad a la carrera de las armas; a prestar servicios a mi país como oficial de un cuerpo, como jefe de él, y, durante los últimos años como jefe del ejército de la frontera, me he visto precisado a llevar la vida de cuartel, la vida de guarnición, muy alejado de la vida parlamentaria, y he estado por consecuencia en circunstancias muy poco favorables para adquirir los hábitos parlamentarios y para familiarizarme con los debates de esa clase. No confío pues, en que pudiera satisfacer tan completamente a las preguntas del señor diputado por Lautaro con tanto acierto tomando otro camino que el de consignar mis contestaciones en esta nota, que, a mi entender, satisface completamente el propósito del señor diputado y tiene la ventaja de dejar formuladas por escrito las contestaciones que acerca de ellas es posible dar al ministerio.

Aunque casi todos los puntos que las preguntas abrazan, han sido contestados en el debate recientemente habido en el senado y no tendré que repetir sino lo que ya se ha dicho, me ocuparé sucesivamente de ellas, en cuanto me lo permitan la reserva y circunspección que mi posición me impone.

PRIMERA PREGUNTA.

En fines de abril el efectivo del ejército del norte ascendía a (5.695) cinco mil seiscientos noventa y cinco hombres de todas armas, estaba organizado como todo el resto del ejército, en conformidad a las disposiciones de la ordenanza militar. Como la guerra nos sorprendió con un número reducido de fuerzas, una gran parte de ése ejército no reunía las condiciones y disciplina de fuerza veterana. Sola a mediados de abril se pensó en convertir la división que se había enviado en un valeroso ejército y se nombró el general en jefe que debía tomar a su cargo su definitiva organización y completa disciplina. Según nota del general en jefe de 4 de mayo, es decir, pocos días después de fines de abril, mucha parte de ese ejército no estaba debidamente disciplinado; ni en estado de emprender expediciones de alguna importancia en territorio enemigo.

Para la fuerza de que constaba el ejército del norte a fines de abril, tenía como provisión de municiones, las cinco sexta partes de las municiones que había disponibles en todo el país, de manera que la reserva disponible era poco más de una sexta parte.

Las municiones que había entonces serían o no suficientes para una campaña según la importancia de ésta, y antes de saber cual era esa campaña y cual su importancia, esa cantidad no podía precisamente determinarse. El general en jefe, que debía tomar a su cargo la dirección de la campaña y la ejecución de las operaciones que requiriese, era quien debía apreciar la cantidad de municiones necesarias y si eran suficientes las que había para emprender la campaña que se acordase, en vista de la fuerza que debía emplearse y de la previsión de los combates a que ella obligaría. Cuando se llegó a determinar la campaña que debía empeñarla y el general fijó la fuerza que debía emplearse, se representó por dicho general la insuficiencia de las municiones que tenía disponibles y pidió el envío de mayor cantidad. De la que existía disponible se le envió, y como ésta no correspondiese al pedido, se trabajó en utilizar una cantidad considerable de vainillas para los cartuchos que faltaban y que se habían considerado dañadas. Como el general en jefe anunciase también que era preciso hacer remesas ulteriores, se tomaron medidas para la fabricación de tiros en el país apresurando la preparación de ciertas máquinas, con el fin de no estar pendientes de remesas del extranjero, y sin perjuicio de acelerar por todos los medios posibles el envío de todos los encargos hechos en febrero, en marzo y en, abril.

SEGUNDA PREGUNTA.

Al principiar la guerra se encomendó a la escuadra la ejecución de operaciones puramente marítimas, para las cuales no necesitaba obrar en combinación con el ejército. Cuando en mayo se trató de operaciones combinadas, se previno al general en jefe que, llegado el momento de obrar y cuando se diesen órdenes, se dictarían las instrucciones convenientes para combinar los movimientos y operaciones de la escuadra y del ejército.

TERCERA PREGUNTA.

Con fecha 25 de abril, se comunicaron al general en jefe y al jefe de la escuadra las operaciones en el territorio enemigo que, a juicio del gobierno, se presentaban como realizables, para que, apreciándolas con el conocimiento inmediato de los elementos que debían emplearse y los datos y antecedentes que ellos tenían respecto del territorio en que debía operarse y acerca de la situación del enemigo, expresasen su juicio acerca de dichas operaciones y manifestasen cuál de ellas consideraban preferibles. El general en jefe se

decidió por una parte de esas operaciones y expuso en su recordada nota de 4 de mayo las consideraciones en que apoyaba su manera de ver.

No obstante de dar el general en jefe preferencia a una de esas operaciones expresó que estaba dispuesto a emprender aquella en favor de la cual el gobierno se decidiera. Determinada la operación que debía emprenderse, suspendieron su realización:

1° El haber hecho presente el general en jefe que las municiones que existían en Antofagasta eran insuficientes y que sin la mayor cantidad que pedía, se comprometía el éxito, y

2° El alejamiento de la escuadra de su apostadero de Iquique. No tengo antecedente alguno de que el general en jefe haya insinuado opinión sobre designio favorable a la guerra defensiva. Desde que llegó a Antofagasta se le manifestó por el gobierno el propósito de operaciones ofensivas en territorio enemigo, y para entrar en ellas se mostró dispuesto y manifestó que las emprendería tan pronto como se le proveyese de los elementos que le faltaban. Hubo armonía entre el pensamiento del gobierno, que quería guerra ofensiva, y el del general en jefe que se manifestó dispuesto a ejecutar la empresa que se acordase.

QUINTA PREGUNTA.

La expedición de nuestra escuadra al norte o al Callao en la segunda quincena de mayo, la comunicó el general en jefe al gobierno por parte telegráfico, fecha 18 de mayo, y bien se concibe por que el gobierno no tuvo que darle aviso de ella. La falta de aviso no pudo, pues, tener influencia en las operaciones del ejército, aunque la ausencia de la escuadra la tuvo, porque no permitió llevar adelante la expedición terrestre que ya se tenía acordada. No hay nota que dé testimonio de los sentimientos que el gobierno manifestó acerca de esa expedición, y en cuanto a las órdenes y prevenciones que con este motivo dictó, no creo que conduzca a ilustrar la cuestión ni el caso es para exponerlas.

SEXTA PREGUNTA.

El viaje del ministro de relaciones exteriores a Antofagasta tuvo por objeto que una persona que conocía el pensamiento del gobierno, en orden a las diversas operaciones que éste creía realizables y que podían emprenderse, conferenciase con el jefe del ejército con el jefe de la escuadra, que no podían separarse demasiado de los puntos en que estaban sin inconvenientes por demás serios. No llevó la última palabra del gobierno, porque éste no creía posible tomar resolución definitiva sobre el plan de campaña, sin oír previamente el juicio del jefe del ejército y el de la escuadra, que debían concurrir a la realización de esos planes. Y como el objeto era ilustrar el juicio del gobierno, oyendo el parecer de los jefes del ejército y de la escuadra, y reuniendo todos los antecedentes y datos que pudieran servir a este fin, no necesitaba llevar facultades para convocar juntas de guerra ni para reunir personas que sirvan en la escuadra o en el ejército y que, por tal motivo, había tenido interés en recoger datos acerca de la situación del enemigo, acerca de las diversas localidades que se indicaban como teatro de operaciones y acerca de nuestro mismo ejército, a fin de ilustrar con ellos el juicio del gobierno. Y para conseguir este propósito se consignaron por escrito esos diversos pareceres y los fundamentos en que se apoyaban.

SÉPTIMA PREGUNTA.

No comprendo a que conduzca, para apreciar la dirección de la guerra, la creencia u opinión que el gobierno tenga sobre si las atribuciones del presidente de la república pueden delegarse discrecionalmente. Cualquiera que sea la opinión del gobierno a este respecto, ella no implica actos susceptibles de ser apreciados por otra autoridad. Solo añadiré sobre este punto que en la administración de los diversos negocios del Estado que al presidente corresponde, puede valerse de los auxiliares que conduzcan al acierto, y que en esta elección de auxiliares en la simple tarea de administrar y procurar medios de ilustración y vigilancia y de salvar dificultades, llevando la opinión del gobierno a lugares en que éste no se encuentra, en orden a la manera como se administra el negocio, no se ofende ningún derecho, no se lastima ninguna garantía ni falta tampoco la responsabilidad del presidente y de sus ministros, puesto que esa intervención del agente auxiliar se ejecuta conformes sus instrucciones.

Si he podido satisfacer los deseos del señor diputado por Lautaro, suministrando con reserva y circunspección los datos que desea tener respecto de actos del gobierno, siento que no sea igualmente posible presentar la correspondencia telegráfica y por correo que ha mediado entre el gobierno por una parte y por otra el general en jefe del ejército, y el comandante en jefe de la escuadra, ni menos el libro de actas del consejo de ministros sobre asuntos de la guerra. Los deberes que mi posición me impone, me impiden manifestar la correspondencia entre el gobierno y los jefes del ejército y de la escuadra. Bien comprende la honorable cámara que esa correspondencia, por su naturaleza reservada, ha debido recaer con frecuencia sobre la apreciación de nuestros elementos de guerra, sobre las dificultades de las diversas empresas, sobre mil circunstancias que el gobierno debía conocer para llenar vacíos, para proveer necesidades y, en fin, para diversos objetos que revelarían nuestra verdadera situación a este respecto. Esa correspondencia se refiere también a las diversas operaciones propuestas o ideadas, y darían a conocer las dificultades e inconvenientes que ofrecían, todo lo cual no se divisa que interés público aconsejaría revelar en los actuales momentos.

En orden al libro de actas, que mis honorables colegas y yo hemos convenido voluntariamente en levantar respecto de los asuntos de la guerra, la consideración que acabo de anunciar le es aplicable en un grado mayor todavía. En el seno de la confianza y con toda la libertad que debe tenerse discutiendo negocios graves, los ministros se han ocupado de la guerra, de sus planes de sus necesidades y de sus dificultades y de diversos asuntos ligados con las mismas operaciones bélicas, que exigen absoluta reserva mientras la guerra dure, si no se quiere comprometer muy gravemente los intereses del país. Además de eso, el libro de actas a que se, alude no pertenece al número de los documentos oficiales que ligan la acción del gobierno. Es simplemente un medio privado y confidencial ideado por los ministros para dejar antecedentes que pudieran servirles de guía en la tarea de la dirección de la guerra, para dejar consignadas sus diversas apreciaciones y para hacer constar los motivos y consideraciones de las medidas que acordaren y que, una vez convertidos en actas del gobierno, pasaran a ser materia ya de decretos, ya de la correspondencia oficial, cosas ambas de las cuales queda constancia en los diversos archivos del ministerio. Ese libro no está comprendido ni figura por consiguiente, entre documentos oficiales de que debe quedar constancia en las oficinas públicas.

A lo dicho se agrega que la Constitución no reconoce como autoridad o cuerpo legal ese consejo de ministros de que se habla. Las actas que hemos querido levantar para nuestra propia satisfacción, no son, pues, las de un cuerpo constitucional o legal, sino la de

ciertos individuos que, sirviendo ciertos cargos, para expedirse con acierto en el manejo de un negocio grave en que estaban llamados a tomar más o menos parte, han convenido en consignar por escrito sus deliberaciones.

Atendido este carácter, ese libro es del dominio de los que han convenido en llevarlo y no del dominio público.

Estas consideraciones me impiden llenar los deseos del señor diputado por Lautaro.

Oportunidad vendrá en que la correspondencia oficial habida entre el gobierno y los jefes del ejército y de la escuadra deje de tener el carácter que ahora tiene y en que pueda ser pública. También puede llegar el caso en que, no obstante el carácter que al presente tiene, deba manifestarse por exigirlo el cumplimiento de disposiciones de la Constitución o el ejercicio de funciones constitucionales que requieran su manifestación. Entonces, si se trata de hacer efectiva nuestra responsabilidad, estaríamos muy distantes de excusar esa manifestación, que anhelaríamos vivamente.

También llevará oportunidad de que ese libro de actas de que se ha hablado deje de ser reservado para quienes lo llevan, lo que a la verdad no sentirán, porque él daría un testimonio flagrante de que han gestionado con todo empeño en el grave negocio que estaba a su cargo. Para su propia justificación podrían también hacerlo valer; pero no lo harán jamás y preferirán aceptar responsabilidades aparentes, que con él podrían desvanecer, mientras la más circunspecta publicación de su contenido pueda dañar al país y contrariar o frustrar operaciones de la guerra.

Dios guarde a V.E.

B. Urrutia.

CAPÍTULO X.

EL "GLENELG".

El ministerio del 20 de agosto se consagra noblemente a la reorganización de la guerra y de sus elementos. Levantamiento del bloqueo de Iquique y notable carta del comandante Latorre sobre esta operación de guerra. La refacción del *Cochrane* en Valparaíso y su primer ensayo. Compra del *Amazonas* y su armamento. Primera remesa de armas y municiones de Europa en el vapor *Glenelg*. Ansiedades del gobierno. Manda al *Loa* a su encuentro en Magallanes y viaje de este transporte. Puntualidad inglesa. Llegan el *Glenelg* y el *Loa* a Lota, y escuadrilla de buques que lo reciben. Entra el *Glenelg* a Valparaíso escoltado por cinco buques de guerra. Los peruanos, noticiados por sus espías y por la correspondencia del *Rimac*, envían la *Unión* a Magallanes, pero llega tarde. Penoso viaje de la corbeta peruana y sus operaciones en Punta Arenas. Llega la segunda remesa de armas en el *Genovés*, y la *O'Higgins* y el *Amazonas* escoltan a este buque desde Magallanes. El país está armado.

Valparaíso, agosto 12.

(A las 9.30 P.M.)

Señor presidente:

“El intendente de Concepción me dice lo siguiente:

El gobernador de Lautaro me dice en este momento, 9 P.M.:

¡Viva Chile! Vapores *Glenelg*, *Loa* y *Amazonas* en Lota. Lo que tengo el gusto de transmitir a US.”

VICTOR LAMAS.

(Telegramas oficiales publicados en Santiago el 13 de agosto de 1879.)

I.

El ministerio nombrado el 20 de agosto se consagró con noble e inteligente afán a su tarea, que era una misión.

La guerra, hasta ese momento, había sido “mal hecha” y era preciso comenarla de nuevo. Se necesitaba de todo lo que se había carecido, excepto de patriotismo. Se necesitaba vigor, prontitud, decisión y hasta de la audacia de que los peruanos, contra toda previsión oficial, habían comenzado a darnos ejemplo.

Requería primordial atención la reorganización de la marina que, gracias a su fatal inacción, había sido desconcertada por un solo buque enemigo.

Por fortuna, el bloqueo de Iquique había terminado como termina la tisis, por inanición, es decir, por falta de combustible; y el 4 de agosto llegaban a Antofagasta el *Blanco*, la *Magallanes*, el *Abtao* y el transporte *Limarí* barriendo en el fondo de sus hornillas las últimas cenizas de sus carboneras y apurando en el ánimo de sus tripulantes las últimas heces del desengaño.

II.

Nunca hasta el presente día ha sido suficientemente esclarecido el levantamiento del bloqueo de Iquique. Todos lo condenaban, incluso el mismo almirante, según una discreta carta que por esa época (julio 27) escribió desde esa rada al autor de este libro el inteligente comandante de la *Magallanes*, carta profética que en la época debida (octubre de 1879) vio la luz pública. Pero nadie tenía el coraje de ordenar su cesación, porque eso era condenar francamente el prolongado error padecido. Parece que se tomó el partido de no enviar carbón a la flotilla bloqueadora, y con este expediente de abogado o dispensero, se logró lo que la franqueza y el patriotismo no alcanzaba.

Todo lo que se supo en el puerto peruano fue que el día 2 de agosto hubo gran excitación en la escuadra chilena y consejo de oficiales en el *Blanco*, porque la nave almirante estuvo rodeada de botes de capitanes. Pero cuando amaneció el día 3 todos los buques habían desaparecido del puerto y del horizonte, quedando como memoria solo la sombra de ciento veinte días (abril 5- agosto 3) de funesta inercia, y en el fondo de la rada la sombra de la *Esmeralda* no vengada todavía.

III.

Al propio tiempo que esto sucedía en el norte, el *Cochrane*, convertido en verdadero pontón de guerra, era llamado a Valparaíso a cuyo puerto llegaba, con un andar de cinco a seis millas, el 6 de agosto. Pocos días más tarde se exhibían por curiosidad en los salones de Santiago algunos de los tubos de sus calderos, tan completamente atrofiados por el deseaste y calcinamiento del bloqueo, que esos aparatos esenciales necesitaban ser cambiados casi en su totalidad.

Llevó a cabo esta operación con laudable celo y vigilancia el ministro Gandarillas, encargado de la cartera de la guerra ad ínterin. Con este fin se trasladó a Valparaíso, y allí prestó enérgica mano a las reparaciones especialmente de este buque y del Amazonas, transporte recientemente comprado a la compañía inglesa en 350.000 pesos.

Era ésta la quilla de mayor andar conocida en el Pacífico, superior al *Oroya*, que había sido vendido al Perú tres meses hacía. Dispuso su armamento el capitán don Manuel Thomson, y este atrevido jefe habilitó el crucero con un fuerte espolón de abordaje destinado expresamente al esquivo monitor peruano.

Debido es agregar en esta parte que en estas transformaciones hacía prodigios la Maestranza del Ferrocarril del Norte con sus hábiles obreros. Y no era menos digno de notar el entusiasmo con que presidía a todos los embarques de artillería y limpia de fondos el patriota ciudadano don Pacífico Alvarez, contratista marítimo de Valparaíso.

Durante varios días se estuvo, en efecto, porfiando en Valparaíso sobre la conveniencia de levantar la mole del *Cochrane* dentro de alguno de los diques de madera de aquel puerto; pero bajo la dirección de aquel inteligente ciudadano, unos pocos buzos chilenos resolvieron el problema, ejecutando en un mes y con mediano salario lo que antes había sido cuestión de un centenar de miles de pesos y de un viaje de seis meses a los arsenales de Inglaterra.

Después de desempeñar comisiones importantes en los mares del sur, el *Cochrane* estaba listo para la empresa que en breve consumara en Angamos, el 15 de septiembre, y en esa fecha tenía ya a su bordo como jefe al caudillo feliz que lo conduciría al acierto y a la victoria (He aquí cómo se daba cuenta del primer ensayo del *Cochrane* en el día mencionado: “Minutos después, dice una correspondencia de Valparaíso, minutos después de las once y media de la mañana de ayer (septiembre 15), largaba sus espías y levaba sus anclas el blindado de la república *Cochrane*.”

Fue remolcado desde su fondeadero hasta alguna distancia por el vaporcito *Rana*.

El *Cochrane* hizo primero rumbo al sur, pero poco después lo cambió al norte hasta enfrentar a Quinteros, para cambiarlo momento después al oeste.

A las tres y media de la tarde tomaba nuevamente posesión de su fondeadero. La excursión había durado cuatro horas justas.

A su bordo fueron el presidente de la república, el comandante general de armas e intendente y el comandante general de marina.

Respecto al resultado del ensayo nada se sabe. Nos alegramos que se mantenga sobre él toda la reserva posible.

Sin embargo, los *boleros*, gentes que se dicen estar al corriente de cuanto ocurre en las altas regiones, aseguran que el andar medio de nuestro blindado fue, según unos, de diez y media a once millas constantes, y según otros, llega hasta doce.”)

IV.

En pos de los buques, venía como precaución natural de la época, el armamento del ejército. Retardado el convoy de armas y municiones por una previsión acumuladora que no era propia de la aflictiva urgencia de aquellos días, el digno ministro de Chile en Francia, funcionario lleno de celo y cauto, había confiado la primera remesa total a un solo buque a vapor, expuesto a fatal captura y a todos los peligros de larga y aventurera navegación. Se llamaba este barco el *Glenelg*, y era un casco de buena arboladura, de máquina auxiliar, perteneciente a una línea de Australia y del porte de 1.500 toneladas. Venía fletado exclusivamente por cuenta del gobierno de Chile hasta Valparaíso, y desde este puerto seguiría rumbo a Sydney o a Melbourne.

V.

Conforme a un itinerario convenido y ratificado por el cable de Europa, el *Glenelg* debería tocar la colonia del Estrecho el 1º de agosto; y para resguardarlo de todo evento, se despachó desde Valparaíso, el 23 de julio, el rápido transporte *Loa*, encomendando la empresa y su mando a un marino que había hecho pacto con la fortuna, al comandante Condell.

VI.

Navegando con mares procelosos, el *Loa* avistó el 30 de julio a las seis de la tarde el cabo Pilar, centinela del Pacífico, a la entrada occidental del Estrecho, y favorecido por la noche y por la luna dobló al día siguiente por el cabo Froward, está avanzada de los dos océanos en el punto, en que coléricos se juntan.

A las tres de la tarde de ese día (julio 31), el *Loa* fondeaba en la colonia de Punta Arenas, sumergida en esa estación entre elevados témpanos de nieve.

Su arribo no podía ser más oportuno, porque con puntualidad inglesa el *Glenelg* hizo su aparición al día siguiente a las cuatro de la tarde. La cita de los dos océanos, a través de millares de leguas, no había discordado sino veinticuatro horas en el cronómetro de los dos buques: y esa divergencia era precisamente la de las opuestas latitudes de que ambos venían.

Se procedió en el acto a tomar medidas de seguridad contra todo asalto, y después de haber embarcado el, *Loa* los únicos cañones útiles que tenía la colonia (dos piezas de a 70), se hizo al mar el 5 de agosto, llevando el transporte chileno la delantera de una milla a su consorte. El capitán Condell

sabía que llevaba otra vez consigo, como en el día de Punta Gruesa, la fortuna de Chile.

VII.

Y así era la verdad, porque los peruanos sabedores por sus espías o talvez por los papeles interceptados en el *Rimac*, que venía en viaje desde Inglaterra un cargamento de armas valorizado en un millón de pesos, despacharon desde Arica la corbeta *Unión* apenas hubo cesado su comandante de pavonear triunfos con el *Rimac*.

La *Unión* dejaba el apostadero del Morro el mismo día en que el *Loa* avistaba las altas costas del Estrecho de Magallanes el 31 de julio. Pero contrariado por los mismos furiosos huracanes que habían fatigado al transporte chileno, la ágil corbeta logró apenas divisar a la distancia el cabo Pilar el 13 de agosto.

El capitán García y García, como en Chipana, había enmendado mal su rumbo, y llegaba con una semana de atraso.

Pasó, en consecuencia, la *Unión* el día 14 de agosto, capeando furiosos mares en las costas de la Tierra del Fuego y el 15 se ponía en asechanza contra el viento y los buques en la bahía de San Nicolás. El 16 se acercaba a la colonia chilena enarbolando bandera francesa, y después de haberse apoderado de un poco de carbón y de víveres suministrados por los neutrales, mediante prolijas negociaciones con la autoridad local durante el día 17, puso su desalentado jefe proa al Pacífico, siendo portador de la nueva infausta, porque el buque esperado por los chilenos había ganado puerto de salvación un mes hacía.

La corbeta peruana, después de penosísimo viaje de regreso, ejecutado casi exclusivamente a la vela, llegaba el 14 de septiembre a Arica, habiendo gastado en su infructuoso crucero cuarenta y cuatro días de crueles mortificaciones (Los recursos que la *Unión* sacó de la colonia consistieron en ciento dos toneladas de mal carbón que encontró a bordo de una chata, y en los siguientes víveres que pagó su comandante al contado a los mercaderes neutrales que se los fiaron en una lancha, 2 sacos verdura, 48 gallinas, 4 cajones coñac, 2 sacos cebollas, 2 botellas amargo, 9 docenas huevos, 500 corchos, 22 libras mantequilla, 8 sacos (o sea 19 quintales) papas, 2,5 quintales trigo, 2 barriles vino, 256 libras carne, dos bueyes vivos.

Censuraron algunos como pusilanimidad la entrega de estos recursos pero se echaba en olvido, al proceder así, la composición casi totalmente forastera del pueblo, en absoluta indefensión y el pánico indecible que reinaba en las familias de los infelices colonos. “Causaba verdadero dolor al alma sensible, dice una correspondencia, contemplar el aspecto que presentaban los campamentos formados en el monte, en medio de la nieve, sin abrigos de ninguna especie y en una estación en que es muy difícil que pase un solo día en

que no caigan gruesos chaparrones de nieve que hacen tiritar de frío aun a las personas que se hallan perfectamente abrigadas y al amor de una caldeada estufa. ¿Que habría sido de las infelices criaturas que hubieran tenido que pasar su vida a la intemperie por falta de hogar?”.

En cuanto a las razones que dominaron el ánimo del valiente y pundonoroso jefe de la plaza don Carlos Wood, él mismo las apuntó en su parte oficial al gobierno, debiendo agregarse silencio la más poderosa de todas para apresurar la salida de la *Unión*, esto es, la próxima llegada a la colonia del *Genovés*, buque cargado con armas como el *Glenelg*.

Por lo demás, he aquí como el mismo jefe de la colonia refiere sus cuitas y las negociaciones que se vio obligado a aceptar.

“Instruido el jefe peruano de esta segunda negativa me mandó proponer por medio del vice cónsul ingles, que si yo consentía el embarque de los pocos artículos que necesitaba, por su parte no cometería hostilidades contra el pueblo ni el puerto; pero que la persistencia en mi negativa, ocasionaría los más graves resultados.

A este tiempo el vice cónsul con todos los comerciantes extranjeros se me presentaron pidiéndome que tornara en cuenta el estado de desarme del pueblo y su inevitable destrucción, aun cuando yo resistiera un desembarque: que mi sistema de resistencia y las exigencias del jefe peruano sería la ruina de tantos chilenos como extranjeros, sin ventaja posible de mi parte; que esto les obligaba a protestar respetuosamente contra una resistencia de todo ineficaz con otras consideraciones que sería largo detallar.

Meditando en ellas y atendiendo a que las proposiciones de arreglo nacían del jefe peruano, quien se había negado a expresar su resolución sobre la Colonia y el pontón, juzgué que podría obtener una ventajosa situación, y en consecuencia, encargué al vice cónsul que se sirviera hacer saber al jefe de la Unión, como mi última e indeclinable resolución, que solo consentiría en el embarque de las provisiones pedidas, si comerciantes extranjeros consentían verdérselas, con la condición de que empeñara su palabra de honor de no ofender al pontón y demás embarcaciones en la bahía, ni a la población.

El vice cónsul me trajo en contestación que el capitán García aceptaba las condiciones y había empeñado al efecto su palabra, y felicitándolo por la satisfactoria terminación de lo que había sido una muy grave dificultad.

Varios comerciantes extranjeros procedieron entonces a embarcar tan rápidamente como fue posible los víveres que habían vendido”.

VIII.

En cambio el *Glenelg* había llegado con un mes de anterioridad a Lota, en cuya vecindad le salía al encuentro para convoyarlo una verdadera flota de buques de guerra. El *Cochrane*, *Amazonas* y la *Covadonga* sin contar el *Loa*: ¡tanta era la inquietud con que era aguardado!

En ese mismo día, el 18 de agosto, y en orden más de batalla que de convoy, entraron todos esos buques a Valparaíso, agregándose en la punta de Caraumilla, el transporte *Copiapó*, que había salido fuera del puerto aquella mañana para servirles de piloto.

IX.

Completó el acopio de armas que hacía el gobierno en esas horas una segunda remesa que trajo de Inglaterra el vapor *Genovés*, y que convoyaron desde el estrecho la *O'Higgins* y el *Amazonas*, conduciendo la expedición el jefe de este último buque, don Manuel Thompson.

Habiendo salido los dos barcos chilenos el 23 de agosto de Valparaíso y el 25 de Lota, llegaron a la colonia combatiendo deshechas tempestades invernales el día 29, y seguros de su hallazgo después de corta espera regresaron con el transporte inglés el 6 de septiembre, llegando el 13 de septiembre a Lota, y el 15 a Valparaíso. Era esta fecha, con diferencia de horas la misma en que la *Unión*, burlada por el destino, se refugiaba en Arica, así como por la diferencia de unos pocos días, había perdido la oportunidad de encontrarse con nuestros armamentos por haber llegado demasiado tarde respecto del primero y por haber vuelto demasiado aprisa respecto del segundo. (En el anexo publicamos el desconsolado parte de García y García sobre el viaje de *la Unión*, tomado aquel de un diario de Arica.)

Tales habían sido las operaciones marítimas, venturosas para Chile en el Sur, durante los meses de agosto y septiembre, recogiendo así el país el primer fruto de la movilidad de sus naves que le había devuelto la cesación del fatal bloqueo de Iquique. El país estaba armado, y la escuadra comenzaba otra vez a vivir.

No era señalada por la misma propia luz el surco de nuestros movimientos en el Norte; pero la osadía que en esa dirección gastaban todavía nuestros enemigos sería precursora de su ruina, como en breve habremos de tener ocasión de recordarlo.

 ANEXOS AL CAPÍTULO X.

I.

PARTE OFICIAL DEL COMANDANTE GARCÍA Y GARCÍA SOBRE EL VIAJE DE LA "UNIÓN" DE ARICA A PUNTA ARENAS EN JULIO SEPTIEMBRE DE 1879.

COMANDANCIA GENERAL DE LA 2ª DIVISIÓN NAVAL.

*A bordo de la corbeta “ Unión ”.
Al ancla, Arica septiembre 14 de 1879.*

Excmo. Señor General Director de la guerra.

B. S. J.

Impuesto de las instrucciones que recibí de V.E. en este puerto el 30 de julio último, ordené al Comandante de la *Unión* el zarpar inmediatamente como lo hicimos a las 3 hs. A.M. del 31.

El viaje que íbamos a emprender a lo largo de la dilatada costa enemiga y en la peor estación del año, hacía indispensable tomar precauciones extraordinarias para la mejor economía del combustible, y así se hizo desde el primer momento.

Aparte de los accidentes naturales a una navegación de invierno, que fue siempre tormentosa en la costa Patagónica, nada extraordinario ocurrió en la travesía hasta el 31 de agosto, día en que bajo un duro temporal N. avistamos los nevados de la boca occidental del Estrecho de Magallanes, entrando en él a las 3.30 P.M. que demoraba el cabo Pilar al Sur, distancia tres millas.

Lo corto del día y cubierto del tiempo nos obligó a pasar la noche a la capa entre Westminsters Hall, el cabo Paker y la costa Sur de la Tierra del Fuego.

Al amanecer del siguiente día 15 seguimos derrota hacia adentro del Estrecho, fondeando en la tarde en bahía Borja.

El 15 lo pasamos en la bahía de San Nicolás, dominando tanto aquí como en el primer puerto, los canales de pasaje en el Estrecho.

Habiendo dejado el último fondeadero temprano el 16, seguimos hacia la colonia chilena de Punta Arenas, donde dimos fondo ese mismo día a las 2 P.M.

Poco antes de tomar el puerto avistamos un vapor que se dirigía al Pacífico; acostado y reconocido resultó ser el vapor alemán *Sackarah* de la línea Kosmos y cuyos papeles se hallaban en regla.

Grande fue la alarma que nuestra presencia produjo en la población de Punta Arenas, cuyos habitantes impresionados con las imposturas de algunos periódicos chilenos, huían despavoridos a los montes próximos, figurándose que íbamos a incendiar y echar a saco la población. Tuve la satisfacción de tranquilizarlos, haciéndoles saber que las armas del Perú jamás se emplean contra poblaciones indefensas.

Existiendo en el puerto un pontón del gobierno chileno que tenía una poca cantidad de carbón, aunque no de buena calidad, hice transbordar ciento dos toneladas, que permitió el tiempo.

Nuestras provisiones frescas fueron renovadas abonando su importe en efectivo.

Por informes fidedignos supe aquí, que doce días antes de nuestra llegada había zarpado con destino a Valparaíso, y convoyado por el transporte *Loa*, el vapor británico *Glenelg* cargado de armas y pertrechos para el gobierno de Chile.

El 18, con barómetro bajo y viento norte, dejamos Punta Arenas recibiendo antes la visita del vice cónsul de S.M.B. señor Reynald, quien a nombre de la población neutral venía a manifestarme el agradecimiento de que estaban poseídos por no haber sufrido nada en sus personas e intereses.

El 20 con tiempo despejado y hermoso salimos nuevamente al Pacífico, marcando las Evangelistas en la tarde.

Obligados a hacer la mayor parte del viaje de regreso a la vela, este ha sido sumamente penoso y dilatado, contrariados siempre por los vientos del Norte o Noreste, y calmas de muchos días consecutivos, que nos contenían sobre la costa enemiga.

Pero vencidos todos esos inconvenientes incluso la absoluta falta de carbón, acabamos de fondear sin la menor novedad, siéndome grato participar a V.E., que una vez más ha probado la dotación toda de esta corbeta la disciplina que tanto la distingue y su entusiasmo y sufrimiento en bien del servicio.

Dios guarde a V.E.

Excmo. Señor.

Aurelio García y García.

II.

CARTA DEL COMANDANTE DE LA “MAGALLANES” DON J. J. LATORRE
 SOBRE EL BLOQUEO DE IQUIQUE y LA MANERA DE CAPTURAR EL
 “HUÁSCAR”, ESCRITA AL AUTOR DESDE IQUIQUE EL 27 DE JULIO DE 1879
 PUBLICADA EN EL “NUEVO FERROCARRIL” DEL 20 DE OCTUBRE.
 (Fragmentos.)

Iquique, julio 27 de 1879.

.....
 “Agradezco vivamente su atento obsequio, y conmigo los oficiales del buque.

Como Ud. muy bien lo dice, los diarios nos han servido para olvidar momentáneamente el monótono bloqueo de Iquique, que por ahora no se le divisa fin, y al cual yo, por mi parte, no le encuentro la menor utilidad y que a la larga pueda compensar el afán puesto en sostenerlo. Mientras nosotros nos mantenemos aquí *con una calma y tranquilidad desesperantes*, nuestros enemigos, que poseen buques rápidos, se han enseñorado realmente de nuestras costas del norte, y allí llevan a cabo impunemente lo que ellos llaman las represalias de las depredaciones ejercidas por nosotros.

Por ahora, según mi leal saber y entender, *no podemos ni debemos hacer otra cosa que suspender el bloqueo y dedicar uno de nuestros blindados acompañado por un transporte a perseguir, hasta que se consiga ultimarles, el “Huáscar” y “Unión”*. Mientras que estos buques estén a flote, creo que *sería un error que pudiera costarnos muy caro el pretender tomar la ofensiva*. Por el contrario, conseguida la destrucción de los dos más formidables de nuestros enemigos en el mar, de hecho quedábamos dueños de las costas peruanas y entonces se podría elegir el lugar que se creyere más favorable para efectuar un desembarque y hacer que nuestro ejército entrase en campaña.

Talvez el conseguir nuestro objeto demandaría tiempo y sería imposible, si pretendiéramos alcanzar el fin propuesto por otros medios que no sean la astucia y *golpes de audacia* que inhabiliten al enemigo el lucir sus cualidades *andariegas*, en lo que con mucho nos aventajan.

“Necesitamos morder para no ser mordidos, y esto lo conseguiremos abandonando a Iquique, y de ninguna manera mientras nos ocurra lo que al presente, que hacemos el tristísimo papel de mordedores mordidos, the biter biten como dicen los ingleses.

En jaque la escuadrilla peruana, de seguro no se atreverían a pasar al sur de Iquique y mucho menos sabiendo que el grueso de nuestras fuerzas estaba en Antofagasta y nosotros nos ahorraríamos el dolor, como Ud. muy bien lo dice, de ver flamear, y hasta cierto punto con fortuna, en nuestras costas, el pabellón del Perú.

Tan arraigada está en mi esta convicción que me parece que los hombres que no opinan en los mismos términos no quieren ver la verdad de las cosas o forman en la fila de aquellos testarudos, que Ud. en otra ocasión ha clasificado como los *hombres representativos*.

.....

J. J. Latorre”.

CAPÍTULO XI.

LA TERCERA CRUZADA.

Regocijo de los peruanos por la captura del *Rimac*. Telegramas y fiestas. Detalles. *Te Deum* del padre Sotil. Actividad de sus operaciones navales. Va el *Rimac* a Mollendo a traer el batallón Arequipa y vuelve para acompañar al *Huáscar* al sur. Empresa sobre Coquimbo. Contrariedades que asaltan al *Huáscar*. Avería en el *Rimac*, que es enviado al Callao. Encuentro con el *Ibis*. Noticias que adquiere el comandante Grau. Se resuelve sorprender a Caldera. Visita esta bahía sin ser apercebido y captura dos pescadores en la noche del 4 de agosto. Se dirige a Coquimbo. Huracán que lo detiene. Peligrosa maniobra del *Huáscar*. Penetra otra vez a la rada de Caldera para apresar al Lamar en la noche del 6 de agosto, y es descubierto. Enérgicos aprestos de defensa. El *Huáscar*, burlado, se dirige al norte. Entra a Taltal y se prepara para quemar sus lanchas. Estratagema de los habitantes para detener al *Huáscar*. Aparece el *Blanco* con el *Itata*, y el monitor huye. Partes oficiales del contra almirante Williams y del comandante Grau. El *Huáscar* regresa a Arica y el *Blanco* a Antofagasta.

“Por telegramas recibidos por el presidente de la república, se sabe que el *Huáscar*, acompañado de otro vapor que se supone sea la *Pilcomayo*, se había visto en Taltal.

El *Blanco* y el transporte *Itata* salieron de Antofagasta en su persecución.”

(*El Ferrocarril*, agosto 23 de 1879.)

I.

Mientras el pueblo de Iquique estuvo insensatamente bloqueado, los peruanos se pasearon en el Pacífico como dentro de su propia heredad. A nada temían. Todo lo osaban. Y siendo la escuadra de Chile tres veces más poderosa como armamento militar, era objeto de su mofa y de sus intentos siempre impunes. De esta suerte, y pasada la primera embriaguez de la captura del *Rimac*, que fue intensa en todo el Perú y coincidió con sus días patrios, despachada además la *Unión* a Magallanes, cinco días después de su arribo con la encomiada presa, el *Huáscar*, a su turno, puso su proa al sur en demanda de su tercer cruzada. (He aquí algunos de los telegramas inéditos que acusan el loco regocijo de los peruanos por el apresamiento del transporte chileno. Son tomados del archivo de Iquique:

“(Coronel Suarez a Cáceres y Bolognesi.)

¡Viva el Perú!

Huáscar y *Unión* apresaron vapor *Rimac* con un regimiento de caballería montado y equipado; está ya en tierra en Arica y dos buques más.

(Cáceres y Bolognesi a Suarez.)

¡Viva el Perú!

El campamento arde en entusiasmo. Tropa en sus cuarteles.

(Buendía a Suarez.)

Las bandas tocan diana por siguiente telegrama recibido:

(Prado a Buendía.)

Huáscar y *Unión* regresaron hoy trayendo apresados vapor *Rimac* con el regimiento caballería Yungay íntegro, con caballos, armamento, equipo y carbón; también ha hecho el *Huáscar* otras presas; ha tomado tres buques más, uno con carbón, otro con metales y otro con madera. Los 150 hombres del regimiento de caballería han desembarcado y están en tierra.

(Cáceres a Buendía).

¡Viva el Perú!

Gran día para el 28 de julio. Hay verdadera locura en el campamento: se toca diana a porfía. Tropa en sus cuarteles.”

La captura del *Rimac* sirvió admirablemente a los peruanos para realzar las fiestas de su aniversario nacional que ocurre el 28 de julio. Hubo en consecuencia *Te Deum* en la iglesia parroquial de Arica, y dijo el sermón de gracias aquel padre Sotil, animoso agustino que se había batido en la *Independencia* y que era considerado por los peruanos como su “padre Madariaga”.

Entre los anexos de este capítulo se encontrarán, algunos interesantes detalles sobre el arribo de la escuadrilla apresadora del *Rimac* a Arica.

II.

En cuanto a los demás buques de la infatigable marina peruana, el *Chalaco* descargaba municiones de boca y guerra en Pisagua, el *Oroya* cargaba pertrechos en el Callao, el *Limeña* había ido a Panamá el 29 de junio a traer el 6° o 7° cargamento de armas, el *Talismán* remolcaba desahogadamente hasta Arica el pesado monitor de río *Manco Capac*, y aun el transporte recientemente quitado a los chilenos salía a las pocas horas de su llegada ufano e ileso para conducir de Mollendo a Arica el batallón Arequipa. El bloqueo de Iquique era ya a esas horas más que un crimen un acto de idiotismo, que el país soportaba junto con su vergüenza en la calma profunda de su secular resignación.

Dio la vuelta de Mollendo el *Rimac* tripulado por peruanos el 30 de julio, y el 1° de agosto salía a toda máquina por el sur acompañando al *Huáscar*.

III.

Iba el monitor peruano en busca de aventuras como las que persiguió por su sola cuenta en mayo contra Antofagasta, cebado ahora por el éxito de su reciente crucero en consorcio de la *Unión*. Pero no acompañó al comandante Grau en esta vez su antigua estrella, porque desde que dejó el puerto comenzó a alborotarse el mar por su proa con fuertes ráfagas del sur, de tal manera, que navegando a treinta millas de la costa, podía avanzar el convoy solo seis o siete millas por hora. Para mayor contrariedad, al amanecer del 3 de agosto, y próximamente frente a Antofagasta pero muy adentro del mar, los fuertes vaivenes del temporal que corría desencadenándose, rompieron una pieza esencial de la máquina del Rimac, y hubo éste de volver en la tarde de aquel mismo día en demanda, de los diques y fraguas del Callao. El transporte ex chileno arribó a este puerto el 7 de agosto.

IV.

Continuó su excursión al sur el atrevido y bien manejado monitor, y en la mañana del siguiente día, lunes 4 de agosto, creyó haber encontrado amplia compensación a sus esfuerzos. Apareció en efecto por el sur una vela en el horizonte y le dio caza. Era el vapor alemán *Ibis*, que aprovechando fuerte viento del sur navegaba a todo trapo de Valparaíso al Callao. Por la familia peruana y albergada en Chile hasta última hora del señor Von der Heyde, hermano político del presidente Prado, supo el comandante Grau, con el abultamiento que era natural, los sucesos provocados en Chile por la pérdida del *Rimac*, y esto acrecentó sus bríos y sus esperanzas.

A las 11 de esa mañana enmendó en consecuencia su rumbo hacia la costa, gobernando hacia el sud este, y de esta manera, al caer la noche, los tripulantes del Huáscar gratificaron sus ojos en los destellos del faro de Caldera que les alumbraba el sendero de una feliz sorpresa. El monitor peruano volvía a su codiciado oficio de ave rapaz de la noche.

V.

“Dos horas después de avistado el faro, esto es, a las diez de la noche, cuenta uno de sus tripulantes, se colocó el *Huáscar* tras de la punta donde se encuentra el faro, de modo que no pudiera distinguírsele, no solo de tierra, sino tampoco de la garita de aquél.

Como aun no había salido la luna y la noche era brumosa, se consiguió el objeto o pareció al menos haberse conseguido.

La sensación que reinaba a bordo en esos momentos, era grande.

Todo estaba preparado como para un combate: las falcas arriadas, los cañones fuera de batería, los artilleros, guarnición y ametralladoras listos; los jefes y oficiales en sus puestos, y todo se había practicado en medio de un solemne silencio.

Se hubiera podido percibir en esos instantes hasta el vuelo de una mosca.

No salía de a bordo el menor destello, la más insignificante luz, y a duras penas se escapaba por la chimenea del buque un humo mucho más tenue y blanco que el mismo vapor, e imposible de distinguirse, ni al costado del mismo buque.

Las luces de las baterías, lo mismo que las luces de la población, las teníamos a nuestra vista, y de vez en cuando se oían las voces de *¡alerta!* dadas por los centinelas de los fuertes.

A las 10.30 P.M., se destacó un bote con seis hombres bien armados y a cargo del teniente segundo Fermín Díaz Canseco, después de habersele designado el lugar donde debía encontrarnos, lo mismo que las señales que debiera usar, si se le había descubierto o perseguían los enemigos.

Mientras que el bote se dirigía a tierra, el *Huáscar* dobló la punta del faro y volteaba al sur, entre el primero y el Morro, cuya distancia es de 7 millas poco mas o menos.” (Julio O. Reyes. Correspondencia de la *Opinión Nacional* a bordo del *Huáscar*.)

VI.

El teniente Canseco no fue sentido, pero tampoco encontró nada digno de un asalto dentro de la silenciosa bahía. Solo al regresar tropezó con una canoa en cuyo fondo dormían dos pescadores felices con la noche y su amplio acopio de succulentos congrios. Pasaron éstos a las sartenes del monitor, mientras los acongojados pescadores eran interrogados con fiero ceño por sus capitanes. Por fortuna los infelices *changos* nada tenían que contar, excepto la risible aventura del *Cochrane*, que persiguiendo días hacía al *Huáscar*, había llegado *remolcado* a Caldera por el *Itata*.

A media noche, desengañado el comandante Grau, continuó, al parecer, de mala gana, su derrotero, que era talvez Coquimbo, talvez Valparaíso.

Por los tripulantes del *Ibis* había sabido el comandante peruano que allí se le esperaba en pavorosa noche con asustados ánimos y ¡oh dolor! con las

luces de su faro, encendido durante medio siglo sin una sola intermitencia, por la, primera vez apagadas....

VII.

Pero el mar, siempre parcial a Chile, atajaría esta vez la proa del insolente invasor. El martes 5 de agosto el temporal del sur había arreciado desde las ocho de la mañana y en el curso del día hizo casi imposible su ascenso.

“El mar creció de un modo notable y los balances del buque aumentaban instante por instante, dice uno que venía a su bordo.

A las doce del día soplaba un viento sur extraordinario, poco común en tales latitudes.

Según los jefes y oficiales del buque y los mismos chilenos que venían a bordo, solo en Chiloé o Cabo de Hornos, se experimentaban sures de igual clase.

.....
El temporal se había desencadenado de un modo amenazante.

El cuadro que se presentaba a nuestra vista era grandioso, sublime, aterrador.

.....
El viento silbaba furiosamente por entre el cordaje del buque, y formaba olas inmensas, montañas de agua que levantaban el buque hasta los cielos para sumergirlo después en un abismo profundo ¡negro! ¡sombrió!

Los balances eran terribles: nadie podía tenerse de pie.

Sobre la toldilla y fuertemente asidos de los pasamanos y candeleros, contemplábamos la sublime escena en medio de las sensaciones más encontradas.

Había instante en que reinaba el más profundo silencio, silencio sepulcral, interrumpido tan solo por el rugir del viento y de las olas y por el ruido producido por los muebles de las cámaras que se trastornaban con los balances chocando unos con otros.

El agua entraba a torrentes por todas partes.

Las cámaras, el sollado, torre de combate y pañoles, se veían casi completamente inundados. Por sobre la cubierta no se podía pasar. Las olas encapillaban por el castillo de proa, pasaban por sobre la torre de combate y se precipitaban hacia la popa, encontrando muchas veces en su tránsito las que entraban por los costados.

Los balances eran en todas direcciones: muchísimas veces los botes amenazados en los costados, tocaron con las olas llenándose de agua y destrozándose en parte.

Se temía una avería en la torre, paralización en la máquina o rotura del timón.

La escena era espantosa.

La máquina del buque parecía impotente.

Llevaba 32 revoluciones, lo suficiente para marchar seis millas por hora y lejos de avanzar, era llevada por la corriente.

A las cinco el temporal había aumentado extraordinariamente, y se veía que era imposible avanzar. El buque trabajaba mucho y nos encontrábamos algo lejos del puerto de nuestro destino, que era Coquimbo y solo habíamos llegado a la altura de Huasco.

Era necesario abandonar nuestro proyecto, a pesar del entusiasmo que había para realizarlo.

El comandante hizo cerrar herméticamente todos los cubichetes para practicar una maniobra a seguir después corriendo el temporal.

Se trataba de virar, acto peligrosísimo con temporal, y sobre todo, con buques de las condiciones del *Huáscar*.

La hora suprema se acercaba, instante por instante.

Cada una de las férreas portas y cubichetes que se entornillaban, era una esperanza menos de un siniestro; pero nada podía arredrar a los que posponían todo, por la salvación de la honra de la patria.

Las cámaras y demás departamentos ofrecían un aspecto lúgubre, sombrío. Estaban con los muebles caídos, cubiertas de agua e iluminadas con lámparas.

A las seis de la tarde, sonó la campanilla telegráfica de la máquina para estar lista: un minuto después anunció media fuerza, e instantáneamente se sintieron extraordinarios balances, y el agua, apesar de estar cerrado todo penetraba por las pequeñas aberturas.

Aquello parecía el juicio final.

Los muebles rotos se precipitaban de un lado a otro, mientras varios oficiales se agarraban fuertemente en las columnas y otros caían y rodaban por el pavimento.

El agua apagó las luces y un crujir infernal se oía en todo el buque.

Aquello no era ya balance sino movimientos vertiginosos, capaces de crisar los nervios y atemorizar al hombre más valiente.

Cinco minutos duró la virada, pero que parecieron un siglo.

Hubo un instante en que el buque estaba completamente tumbado hacia babor, a tal extremo, que los botes de ese costado estaban dentro del agua, y

vino una ola por ese mismo lado, inmensa, extraordinaria, como de veintidós pies de altura, que pareció iba a darle el último golpe, la vuelta de campana, pero por fortuna salvamos.” (*Julio O. Reyes. Correspondencia citada.*)

Los pescadores de Caldera cautivos en medio de esta lacrimosa batahola se contentaban con llamar al *Huáscar* el *chivateador*: tales habían sido sus terribles vuelcos entre los espumarajos del huracán.

El interior del buque era solo un inmenso charco, y las blasfemias acompañaban al viento en sus desgarradores silbidos.

VIII.

Navegando al norte y corriendo el temporal, el monitor tomó ahora alguna estabilidad, y en seguida calmado un tanto el tiempo, al día siguiente, 6 de agosto, intentó de nuevo el comandante Grau ganar camino hacia Coquimbo, pero en vano. El vendaval del sur se lo estorbó al fin por completo y a las 3 de la tarde de ese día se resolvió a intentar un golpe de mano sobre Caldera.

IX.

Al caer la tarde se acercó con este fin el monitor a la boca del puerto, y como en la noche del 4, envió un bote de reconocimiento al interior de la bahía. Cupo esta comisión al inteligente oficial don Jervasio Santillana.

Menos afortunado que el teniente Canseco y traicionado por la luna que a esa hora (las 9 y media de la noche) comenzaba a destacarse en el horizonte el bote explorador del *Huáscar* fue columbrado desde la garita del faro, y en el acto se hicieron en el circuito de la baterías las señales de inteligencia y de alarma.

El plan del comandante peruano era zafar de su fondeadero al transporte *Lamar*, que había arribado a ese puerto, y que en ciertos momentos los marineros peruanos habían confundido con el *Valdivia*, vapor de carga de la línea del Pacífico. Pero el transporte chileno había sido arrastrado a la playa; y si bien podía ser destruido a bala, no sería llevado en triunfo como el *Rimac* a los puertos del Perú.

Por lo demás, los sucesos de aquella noche están contados, como los de la del 20 de julio, en esta serie de lacónicos telegramas de la media noche recibidos en Valparaíso por el intendente Altamirano y trasmitidos inmediatamente a la Moneda.

Valparaíso, agosto 6.

(11 hs. 30 ms. P.M.)

El gobernador de Caldera me dice lo siguiente:

“El *Huáscar* está en la bahía. *Valdivia*, que estaba cerca, salió al sur.”

E. Altamirano.

Valparaíso, agosto 6.

(11 hs. 30 ms. P. M)

Intendente de Atacama me dice :

“A estas horas anuncian de Caldera que *Huáscar* está en la bahía.

Lamar cerca del muelle. Medidas tomadas para defenderlo. Hay serenidad y energía en todos.”

E. Altamirano.

Valparaíso, agosto 6.

(11 hs. 50 ms. P. M)

Intendente de Atacama dice a las 11 hs. 45 ms.

“Gobernador de Caldera comunica que el *Huáscar* no hace demostración hostil ninguna.

Estamos listos para contestar en caso de provocación”

E. Altamirano.

Valparaíso, agosto 7.

(12 hs. 15 ms. A.M.)

Gobernador de Caldera me dice:

“*Lamar* está seguro contra espolonazo. Tiene su quilla tocando la arena. Lo que le podría hacer mal serían balas; pero no lo llevarán ni menos espolonearán, todavía no han hecho demostración ninguna hostil.

E. Altamirano.

Valparaíso, agosto 7.
(2 hs. 55 ms. A.M.)

Gobernador de Caldera, me anuncia lo siguiente:

“*Huáscar* salió de la bahía y parece tomar rumbo sur. Al menos salió en esa dirección.”

E. Altamirano.

X.

La visual de la noche había engañado sin embargo a los telegrafistas. El *Huáscar* no se dirigía al sur, sino al rumbo opuesto. A las 11 y 5 minutos de la noche del 6, ponía en efecto el monitor su proa al norte en demanda de su puerto de recalada, necesitado ya de combustibles y de reposo contra las borrascas.

Más, al pasar el día 7 frente a Taltal, a las dos de la tarde, se le ocurrió a su comandante visitar esta ensenada y destruir sus elementos de embarque, como lo efectuara en la excursión anterior en todas las caletas y puertos del desierto.

Mandó el comandante Grau con este objeto a tierra al valiente oficial limeño, don Enrique Palacios, cuya rubicunda fisonomía y dorada juvenil cabellera hizo suponer a los del puerto que era alemán; y mientras éste notificaba a los pobladores la quietud a trueque de la impunidad, procuraban los últimos atraerle con halagos, llevándole de una parte a otra de la ciudad en busca del subdelegado.

¿Por que tal empeño?

Era que el almirante Williams había sido avisado por el telégrafo de la aparición nocturna del monitor en Caldera, y subía a esas horas en su demanda desde Antofagasta acompañado por el *Itata* a fin de cortarle el paso. (He aquí los telegramas subsiguientes que llegaron de varios puertos del litoral de Atacama que por fortuna habían sido puestos en comunicación con el centro de la república en esos mismos días:

Caldera, agosto 7.
(A las 2 ha. 20 ms. P. M.)

Huáscar entrando a Taltal en este momento una y media P.M. Nada ocurre aun.

G. Matta.

Caldera, agosto 7.

(A las 3 hs. 45 ms. P. M.)

Subdelegado de Taltal me dice:

Son las tres y cuarto y dos botes del *Huáscar* se ocupan en tomar lanchas y botes. El pueblo tranquilo y listo para impedir desembarco.

G. Matta.

Caldera, agosto 7.

(A las 3 hs. 55 ms. P. M.)

El subdelegado de Taltal anuncia:

“*Blanco* a la vista.

Huáscar que arrastraba lanchas y se prepara a huir.

Va arrancando.

Esperamos que el *Blanco* le cierre el paso.”

G. Matta.

Caldera, agosto 7.

(A las 4 hs. P. M.)

Subdelegado de Taltal dice:

“A la vista *Blanco*, *Huáscar* dejó su fondeadero y escapó con rumbo al sur, muy a la costa.

No ha hecho daño ninguno.”

G. Matta.

Caldera, agosto 7.

(A las 4 hs. 15 ms. P.M.)

“*Blanco* y transporte siguió rumbo al sur en persecución del *Huáscar* que tomó igual rumbo.

Huáscar va a toda fuerza de máquina.

Quizá a estas horas se prepara un desenlace feliz para la causa de Chile.

G. Matta.

Caldera, agosto 7.

(A las 4 hs. 50 ms. P. M.)

El subdelegado de Taltal dice:

“Se han sentido tres cañonazos, sin duda el *Blanco* bate al *Huáscar* al sur de aquel puerto.”

G. Matta.

Caldera.

(A las 7 hs. 10 ms. P. M.)

“El intendente de Atacama señor Matta, comunica que dicen de Taltal que el vigía vio que el *Huáscar*, al verse perseguido por el *Blanco*, tomó rumbo mar adentro.

El *Blanco* le iba ganando la distancia y es probable le de caza.

Se agrega que el *Itata* acompaña al *Blanco*, sirviéndole de guía en la persecución del *Huáscar*.”

En los anexos de este capítulo publicamos el compendioso parte del comandante Grau sobre su tercera cruzada en las costas de Chile y un despacho del subdelegado de Taltal sobre los sucesos de ese puerto el 7 de agosto.)

No tardó, en efecto, el tope del monitor en gritar: *¡humos al norte!*.

XI.

Ignoraba el comandante Grau en ese momento que el bloqueo de Iquique hubiese sido levantado, de suerte que pudo imaginarse iba a tenérselas con uno o dos transportes, por lo cual, soltando sus colleras de lanchas, se lanzó a toda máquina en demanda del *Itata* que traía la delantera. Más, al reconocer al *Blanco* que venía en pos, torció ágilmente su rumbo, y comenzó la cuarta e infructuosa caza del monitor que el almirante chileno nos ha contado en un lacónico despacho. ¡Y aquella, sin embargo, no sería todavía la última! El *Huáscar* no caería en bien armada trampa sino en su quinta arremetida.

He aquí, entre tanto, el parte del jefe chileno:

A BORDO DEL “BLANCO ENCALADA”.

Antofagasta, agosto 8 de 1879.

Señor general:

“Tan pronto como recibí la nota de U.S. y los telegramas en que se me avisaban la presencia del *Huáscar* en Caldera, emprendí mi viaje al sur, a la 1 A.M., en convoy con el transporte *Itata*, a quien ordené navegar a vanguardia, y a una distancia conveniente, a fin de que, sin ser sospechoso al enemigo, nos lo pudiera señalar.

En efecto, poco antes de las 4 P.M. el *Itata* nos señaló *vapor al sur*, el que en seguida reconocimos ser el *Huáscar*, que como de antemano me lo había presumido, navegaba frente a la punta sur de Taltal en demanda del puerto del mismo nombre, ostentando al tope mayor y a popa dos grandes banderas peruanas, y navegando a toda fuerza sobre el *Itata*; más, apenas reconoció al blindado, cesó en la persecución del transporte, cambiando inmediatamente su rumbo al oeste y arriando en el acto sus banderas.

Eran las 4 P.M., y desde ese momento principiámos a perseguirlo, navegando por la cuerda del arco que él describía, acortando por este medio la distancia que nos separaba; pero habiéndolo notado, alteró nuevamente su rumbo al sur, y desde entonces, a causa de su mayor andar (siendo el del *Blanco* de 10.5 millas constantes), comenzó a alejársenos hasta aparecer al anoecer como un punto en el horizonte. Todo el día había estado nublado y calinoso y la noche muy oscura, por lo que a las 8, habiéndose ya perdido de vista, e ignorando el rumbo que siguiera, suspendí la caza haciendo rumbo al norte, con la esperanza de volverlo a avistar, pues era de esperar que nuestra presencia en aquellas aguas lo haría alejarse al norte, prevalido de la oscuridad de la noche, y en tal caso nuestra persecución al sur sería ineficaz.

Acabo de fondear en este puerto con el doble objeto de renovar el carbón consumido y obtener nuevas noticias del sur respecto de éste u otro buque enemigo.”

Dios guarde a U. S.

J. Williams Rebolledo.

Al señor general en jefe del ejército del norte.

XII.

Como el jefe de la escuadra chilena evidentemente bajo la influencia de un astro adverso, se dijo que aquella noche el buque almirante había estado a punto de echar a pique al *Itata* (que le mostraba el camino) por una falsa maniobra. Pero si este episodio sacado de las sombras, debe ponerse a la cuenta de su opaca estrella, es más justo y más grato recordar que durante la persecución de Taltal el jefe de la escuadra chilena ofreció a los maquinistas

del *Blanco* (según por esos días se refirió) una prima de mil pesos de su bolsillo si lograban dar alcance, apurando sus fuegos, a la esquivada nave peruana.

El *Blanco* había recibido el aviso telegráfico de la aparición del *Huáscar* en Caldera el 6 de agosto a las 10 de la noche; pero solo pudo emprender su viaje cerca del amanecer del 7. El 8 de madrugada estaba otra vez de regreso y burlado en el puerto de su partida y de su guarda.

El afortunado monitor seguía su rumbo aquella noche al norte, y tranquilamente, casi perezosamente, arribaba a Iquique el 9 de agosto, después de haber visitado en su trayecto a Cobija y Tocopilla.

XIII.

Recibido con ovaciones de triunfador el infatigable comandante Grau continuó aquella misma noche su rumbo a Arica y convoyando al transporte *Oroya*, que venía a desembarcar cañones en Pisagua y en aquel puerto.

El *Oroya* conducía de retorno a Arica nuestros gloriosos mártires de la *Esmeralda* que en ese puerto serían transbordados al *Talismán* para ser conducidos al Callao y de allí a Tarma.

Este transporte peruano acababa de llegar Arica mostrando el camino al monitor *Manco Capac*, y daba la vuelta al Callao para ser empleado en nuevas excursiones de acarreo.

La actividad marítima de los peruanos durante los seis primeros meses de la guerra habría sido para Chile una lección útil sino hubiera sido una imponderable vergüenza.

ANEXOS AL CAPÍTULO XI.

I.

PARTE OFICIAL DEL COMANDANTE DEL "HUÁSCAR" SOBRE SU TERCERA EXPEDICIÓN A LA COSTA DE CHILE.

COMANDANCIA GENERAL DE LA PRIMERA DIVISIÓN NAVAL.

A bordo del "Huáscar".

Arica, 10 de agosto de 1879.

Señor comandante general:

El 1° del presente, a la 1.40 A.M., zarpé de este puerto al mando de la flotilla compuesta del monitor *Huáscar* y del transporte *Rimac*, en virtud de las instrucciones que por el conducto del señor secretario general se sirvió impartirme S.E. el supremo director de la guerra.

En cumplimiento de ellas hice derrotar al sur de manera de pasar libre de la vista de los enemigos estacionados en Iquique. Poco después de nuestra salida empezó a experimentarse mar gruesa del sur, que fue aumentando hasta obligarnos a disminuir el andar a causa de las fuertes cabezadas que originaba en los buques.

A las 4 A.M. del 3 hizo el transporte señal de alarma permaneciendo parado, lo que me obligó a regresar en su demanda para investigar la causa de ella. Supe entonces que por el efecto de las fuertes cabezadas, se le había roto una de las excéntricas de la máquina y mandé a los maquinistas de este buque para que en junta con los del *Rimac* examinasen el estado de la avería y la manera de repararla. A juicio de éstos podía hacerse una reparación provisional por la cual pudiese el buque moverse, aunque despacio y solo hacia adelante; y comprendiendo que en tal estado no era posible continuar con el transporte al sur sin exponerlo, decidí que se emprendiera inmediatamente la reparación y que se dirigiese el buque al Callao y que transportara al *Huáscar* durante este tiempo el carbón que fuera posible. Todo se verificó aunque con las dificultades que presentaba el mar para esta última operación, a las 5.30 P.M., después de concluida la reparación y transbordos, continué con el *Huáscar* al sur dejando al *Rimac* en movimiento con dirección a su nuevo destino.

Esto por una parte y el consumo de carbón, de cuyo combustible no tenía más que la cantidad necesaria para el regreso, observando que el tiempo no presentaba indicación de calmar, me decidieron a dejar de continuar, y a las 6 P.M. del 5 hice rumbo al norte con el objeto de dirigirme a Caldera en busca del *Lamar*.

A las 8 P.M. del 6 llegué a la embocadura del puerto y permanecí aguantando en ella mientras que el teniente segundo Gervasio Santillana y quien mandé a cargo de una embarcación, reconoció la situación del fondeadero. A su regreso me informó este oficial de que en él había un vapor y algunos buques de vela; pero en razón a la oscuridad de la noche en ese momento no tenía seguridad de que aquel fuese el *Lamar*.

Me dirigí entonces al fondeadero hasta llegar muy cerca del expresado vapor y mandé a su bordo al capitán de fragata graduado don Manuel Meliton Carbajal para que hiciese el reconocimiento de estilo. Al pasar frente a una de las baterías hizo ésta un tiro sin bala.

El vapor reconocido resultó ser el *Valdivia* de la Compañía Inglesa, que había fondeado en la mañana y esperaba al del estrecho para transbordar su carga. A la vez este jefe tomó informes de los pasajeros y supo que el *Lamar* había sido enmendado muy a tierra y pegado al muelle en poco fondo. Busqué entonces un pasaje ya por entre los buques, ya aproximándome a la playa a fin de llegar hasta él y atacarle; pero aunque, había salido ya la luna y producía suficiente claridad, no me fue posible avistarlo siquiera, por lo muy próximo que se encontraba de la playa y porque se proyectaba sobre tierra.

A las 11.5 P.M., convencido de no poder obrar contra el *Lamar*, salí del puerto con rumbo hacia el norte.

El 7 a las 2 P.M. entré al puerto de Taltal y notifiqué a la autoridad de mi intento de destruir las lanchas, haciéndole responsable de cualquiera hostilidad que se ejerciera contra la tripulación de este buque; comisionando al efecto al teniente segundo don Enrique

Palacios: más como el regreso de éste demorase, procedí de hecho a transbordarlas al costado de este buque para emprender su destrucción.

Probablemente la demora del oficial parlamentario, originada por la apartada distancia y el lugar en que encontró a la autoridad obedecía a un fin combinado, pues hora y media después se presentaron en la parte norte de la entrada del puerto, casi inesperadamente, dos buques a vapor.

Esta sorpresa me obligó a suspender la operación en que me hallaba ocupado y a salir del puerto a toda fuerza de máquina, a fin de reconocerlos y volver después, si era posible a continuarla.

Pronto reconocí que eran buques enemigos y uno de ellos el *Blanco Encalada*, por lo que rehuyendo el encuentro hice rumbo al sudoeste y continué seguido por ellos hasta que entrada la oscuridad de la noche, y habiéndoles por esta causa perdido de vista, me dirigí al sur y después al este con el ánimo de burlarlos y continuar mi derrota hacia el norte. Sin embargo a las 2 A. M. del siguiente día avisté por la cuadra de babor dos buques que a pesar de la oscuridad de la noche pude conocer en ellos al compañero del blindado; cambiaron luces de destello y habiendo enmendado mi rumbo un poco a tierra desaparecieron completamente.

Así continué mi viaje al norte tocando e inspeccionando los puertos de Cobija y Tocopilla, fondeando en el de Iquique sin otra novedad ayer a las 2 P.M.

Durante esta expedición he navegado siempre que me ha sido posible muy próximo a la costa a fin de reconocerla y hostilizar los buques del enemigo que trafican por ella.

En el puerto de Iquique recibí un telegrama orden del señor general supremo director de la guerra para convoyar al transporte *Oroya*, y en su cumplimiento lo he verificado y he fondeado a la vez que él en este puerto a 1.3 P.M.

Todo lo que tengo el honor de participar a V.S. para su conocimiento y a fin de que por su órgano llegue al del excelentísimo señor general supremo director de la guerra.

Dios guarde a V.S.

Miguel Grau.

Señor contraalmirante comandante general de las baterías y fuerzas existentes en esta plaza.

II.

PARTE OFICIAL DEL SUBDELEGADO MARÍTIMO DE TALTAL SOBRE LAS OPERACIONES DEL "HUÁSCAR" EN ESTE PUERTO EL 7 DE AGOSTO.

COMANDANCIA GENERAL DE MARINA.

Valparaíso, agosto 15 de 1879.

El gobernador marítimo de Atacama, con fecha 13 del corriente me dice lo que copio:

“El subdelegado marítimo de Taltal, en nota núm. 8, de fecha 8 del presente, me dice. lo que sigue:

Ayer, minutos antes de las 2 P.M., se avistó el *Huáscar* dando vuelta la puntilla que está al sur de este puerto, y momentos después estaba en el fondeadero; echó bote al agua y mandó un oficial a tierra como parlamentario; lo recibí en la escala del muelle y lo hice conducir al despacho del señor subdelegado civil, con quien deseaba hablar.

Entretanto, yo me ocupé en hacer varar todos los botes y lanchas que fue posible.

Del *Huáscar* se desprendieron varios botes y se ocuparon en remolcar lanchas de las que estaban fondeadas al costado del buque; otros botes fueron a visitar cuatro buques surtos en el puerto, de los cuales uno tiene bandera inglesa, dos alemanes y el otro de Nicaragua. A los tres primeros encontraron sus papeles en regla; el último tenía los suyos en esta oficina y el comandante del *Huáscar* llamó al capitán y le dijo que si en treinta minutos no presentaba sus papeles, lo echaba a pique.

Ya habían tomado cinco lanchas, entre ellas dos que estaban sumidas en el agua, cuando se avistaron dos vapores por el norte; el *Huáscar* llamó a sus botes, largo las lanchas, izó sus embarcaciones e hizo rumbo al sur a todo a andar.

Momentos después, con el auxilio de un telescopio, pudimos conocer los dos vapores avistados: eran el *Blanco Encalada* y el *Itata*.

Ambos emprendieron la persecución del *Huáscar*, llevándole el *Itata* como a cuatro millas y el *Blanco* como a ocho. Esto sucedió a las 4 P.M. A las seis se perdieron de vista de este puerto, navegando con rumbo al S. O.

Luego que salió el *Huáscar*, se mandaron buscar las cinco lanchas que había tomado y se trajeron cerca de la playa.

Durante la estadía del buque enemigo en este puerto, ha reinado el mayor orden y ni un solo grito descompuesto se ha oído.

Nada más ha ocurrido de particular hasta hoy a las 3 P.M., hora en que concluyo la presente.

Lo que comunico a US. para su conocimiento.”

Y yo lo transcribo a US. con el mismo fin.

Dios guarde a US.

José A. Goñi.

Al señor ministro de marina.

III.

DETALLE SOBRE EL ARRIBO DEL “RIMAC”, APRESADO POR LOS PERUANOS, AL PUERTO DE ARICA.

(Correspondencia de *El Comercio* de Lima).

Arica, julio 25 de 1879.

Son las 7.3 A.M.; el Morro hace señales de avistar cuatro buques que vienen del sur. De pronto se cree generalmente que son de la escuadra enemiga, y todas las guarniciones y artilleros vuelan a ocupar sus puestos; los cuerpos de infantería tocan generala y preparan

su parque, el contraalmirante Montero, jefe de la plaza, seguido de su estado mayor, recorre los cuarteles y baterías, encontrando a todos listos, entusiastas, anhelosos de rechazar al tan esperado desembarco del ejército enemigo, o cualquier ataque de sus fuerzas.

Una hora después, disipada lentamente la espesa bruma y el humo denso que cubre los buques anunciados, la multitud que invadía el muelle y la playas y la brigada del Morro, irrumpen en alegres aclamaciones; todas las miradas fijas al sur reconocen al *Huáscar*, a la *Unión* y un vapor con bandera peruana, que se supone sea una presa. El cuarto buque es el blindado francés *Victorieuse*.

El contento general que produjo la presencia de nuestro glorioso monitor, puede medirse solo por la vivísima inquietud con que era esperado.

Al fondear nuestros buques, la gente práctica reconoce en el nuevo huésped al vapor *Rimac*.

¡No hay dudas! es una presa que han hecho nuestras naves.

El júbilo al partir desde ese momento, es inmenso en la población. Ya se ve una bandera chilena izada debajo del pabellón de nuestra simpática corbeta, lo cual da a entender que ésta ha hecho la presa.

¡Un hurra por el comandante García y García!

El bravo marino baja a tierra a dar cuenta de la manera brillante como ha llevado a cabo su arriesgada empresa; toda la población le sigue alborozada; las bandas de música vienen en seguida, las campanas anuncian el regocijo general, en fin, puede decirse que la alegría llega al delirio.

2 P.M. La columna gendarmes formada en el muelle, en dos alas, esperara a los prisioneros. Un destacamento de Húsares de la Escolta, a las órdenes del alférez Soria, aguarda también para conducir a los jefes y oficiales chilenos.

La gente se arremolina en la playa, ansiosa de ver a los Carabineros de Yungay. ¡Que silencio, cuánta circunspección, más diré, nobleza, en nuestro pueblo! Ni una palabra inconveniente, ni una manifestación hostil, nada que pueda ser humillante para los que acaban de sufrir tan duro revés; al contrario, hay personas que se acercan a los grupos invocando la tradicional hidalguía del Perú, y como para representar el espíritu elevado y digno del país y del ejército, se presenta allí la Cruz Roja que viene a llenar su misión de caridad en demanda de cuatro heridos chilenos, a quienes de paso haré notar, se ha tratado con toda esmerada solicitud como si fueran peruanos.

Este incidente no ha menester de comentarios. A nuestros propios enemigos corresponde darle calificación.

El desfile se hace en el mayor silencio: solo se escucha el marchar acompasado de custodios y prisioneros: éstos parecen indiferentes a la suerte que les ha tocado, miran distraídamente a la multitud y siguen con la vista casi inclinada a tierra. Vienen bien vestidos y mejor calzados: los sables y carabinas habían sido arrojados al mar, durante la caza de la *Unión*.

Los jefes y oficiales vienen acompañados por nuestros Húsares. El almirante Montero, el comandante Cabada y otros jefes están al lado de los señores Búlnes. Los demás oficiales siguen de dos en dos: saludan cortésmente a las personas que ven en el muelle, sin encogimiento ni afectación. Todos tienen un aspecto distinguido; tienen el aspecto de la más tranquila resignación, y puede afirmarse que estiman nuestra actitud respetando la desgracia que les agobia. Están alojados en el cuartel de la Escolta.

5 P.M. En este momento vienen de Tacna por tren extraordinario el señor prefecto doctor Zapata, el señor general Jofré, ministro de guerra de Bolivia, el general Pérez,

muchos jefes del ejército boliviano y personas notables. La banda de música del batallón “Daza” y “Granaderos de la Guardia”, marcha a la cabeza de la comitiva ejecutando alternativamente los himnos boliviano y peruano. S.E. y nuestros marinos reciben las más entusiastas manifestaciones.

Continúa la alegría moderada, culta de esta población, alegría que no ofende la malaventura de los prisioneros. Esto es ejemplar; y ¿como no ha de ser si Arica es un pueblo peruano?

La oficialidad de la Unión acaba de presentar al general Prado la bandera del *Rimac*. En esta ceremonia se han pronunciado por una y otra parte palabras de congratulación y aliento.

Resultado de esta expedición:

Nuestra escuadrilla navegando libremente hasta cerca de Coquimbo, Choros.

Un valiosísimo transporte apresado.

Cuatro cañones de a 32 de la antigua *Esmeralda*.

Un regimiento de caballería PRISIONERO con sus jefes, oficiales, caballada, equipo, menaje y caja militar.

Armamento Comblain Winchester.

Forraje en abundancia.

Carbón.

Gran cantidad de fornituras, correajes completos, etc.

Útiles para ambulancias.

Muchos otros elementos de guerra.

El contador del *Cochrane* que llevaba el ajustamiento del blindado.

Correspondencia.

Y principalmente, el efecto desorganizador de este golpe funesto que va a desconcertar las ya bastante desmoralizadas filas del enemigo.

Además cerca de ochenta lanchas destruidas, una fragata, un bergantín y una goleta apresadas, cargados de carbón, metales y madera. Estos buques están en marcha para el Callao.

Los puertos del norte de Chile aterrorizados.

Los oficiales prisioneros, compulsando el estado de la opinión pública, creen que sobrevenga una tremenda convulsión política en Chile.

En otra correspondencia del 29 de julio se aludía al irrisorio bloqueo de Iquique en estos curiosos y merecidos términos:

“Los buques chilenos continúan en Iquique. Como espiritualmente dicen las gentes de allá, siempre la misma *procesión* vespertina y matutina siempre los paseos de la cruz alta, el blindado y los ciriales buques de madera. Los torpedos son por ahora, la pesadilla funesta del doctor Rebolledo.”

CAPÍTULO XII.

EL GRAN CAÑONEO DE ANTOFAGASTA.

(AGOSTO 28 DE 1879).

Excursión del “Blanco”, la “Magallanes” y el “Itata” a mediados de agosto hasta Pacocha. Sorpresa frustrada a Iquique. Captura de una lancha torpedo frente a Mejillones del Perú. Emprende el “Huáscar” su cuarta cruzada al sur en combinación con el traidor Cross, capitán del “Ilo”. Le da éste aviso de la situación de Antofagasta, frente a Punta Jara el 24 de agosto. El monitor entra a media noche a Antofagasta para atacar al “Abtao” pero es sentido y desaparece. Sigue su rumbo a Taltal. El “Blanco” había ido a emboscarse al lado sur de la punta de Taltal; pero horas antes de la llegada del “Huáscar” lo envían a esconderse “de órdenes supremas” en Calderilla. El “Huáscar” destruye impunemente todos los elementos de embarque en Taltal y dispara al blanco sobre una chata. Se vuelve tranquilamente al norte, disminuyendo sus fuegos. Entra por curiosidad el 28 de agosto a Antofagasta para “rastrear el cable”. El comandante del «Abtao» hace fuego sobre él y venga a Chile de una larga era de rubor. Críticas y leyendas sobre el comandante Sánchez. Entra al fuego la “Magallanes” y los fuertes de tierra. Los tres tenientes del “Abtao”. Los artilleros en tierra. El “Huáscar” acierta dos balazos al “Abtao” y mata 9 marineros hiriendo a doce. Muerte del ingeniero Mary. El teniente Toro. Ciento veintidós cañonazos en dos horas. Desaparición del teniente Heros del “Huáscar”. La puntería del comandante Velazquez. El cañón de a 300. El “Huasca” suspende el combate y se queda impávidamente en la bahía. Avisado el “Blanco” en Calderilla llega tarde y anunciando su presencia con destellos. Apercebido el “Huáscar” se retira “al norte” y pasa por Mejillones, Cobija y Tocopilla. El “Blanco” recibe órdenes de perseguirlo “al sur” y llega hasta Blanco Encalada. Cargos y descargos del comandante del “Blanco”. Partes oficiales de estas operaciones navales.

“En este momento, y en medio del silencio de la noche, se oían las voces de mando del comandante del “Huáscar”, cuando ordenaba “adelante” “atrás” y “a media fuerza” a la máquina, y por fin, se oyó decir con agrio tono: “¡Apaga esa luz a popa!”.

(Correspondencia de El Mercurio. Antofagasta, agosto 30 de 1879).

I.

El *Huáscar*, vanguardia y baluarte del Perú en su guerra marítima con Chile, no estaba destinado al ocio de los bloqueos. Era, como nuestros blindados, un buque de espolón, es decir una nave de acometida, y para tales fines la usaban únicamente los peruanos.

Sin embargo, fue suficiente que los chilenos levantaran el bloqueo de Iquique y que aparecieran en las aguas de su Litoral en convoy el *Blanco*, la

Magallanes y el *Itata* en la medianía de agosto, para que el aventurero monitor guardase cuidadosamente sus fondos al pie del morro protector.

Esta excursión marítima al Litoral del Perú comenzada el 13 de agosto y terminada el 21, no tuvo más importancia material que la captura de una lancha torpedo ejecutada por el *Itata* entre Pisagua e Iquique, pero su efecto moral fue tan considerable que durante varias semanas quedaron encerrados en el Callao y en Arica, al abrigo de sus fuertes, todos los buques del Perú, acostumbrados a mirar hasta entonces el mar como suyo. “La presencia de la escuadrilla, escribía don Eusebio Lillo desde Iquique a propósito del viaje al norte hasta Pacocha del convoy chileno, había sembrado la alarma en la costa peruana. Temen por un momento a otro el ataque de tropas de Chile en algún punto de esa costa, y se han enviado a Mollendo, algunas fuerzas bolivianas, para la defensa de aquel puerto”. (Carta al *Ferrocarril*, Antofagasta, agosto 15 de 1879.

En cuanto a la expedición de los buques chilenos, he aquí su itinerario:

Agosto 13. Salen de Antofagasta los tres buques chilenos con el objeto de sorprender a Iquique en la madrugada del 13.

Agosto 15. A las cuatro de la mañana y protegidos por la niebla entran los tres barcos a la rada de Iquique, en ala de combate, la *Magallanes* por el norte, el *Blanco* al centro y el *Itata* por el sur. Pero no encuentran ningún transporte ni buque de guerra peruano. El *Oroya* había estado allí a dejar cañones para fortificar la plaza pero había regresado a Arica en la noche precedente. Existían catorce buques cargando salitre y el vapor de la carrera *Santa Rosa* desembarcaba cinco mil bultos.

A las nueve y media de la mañana de ese mismo día (15) la escuadrilla siguió rumbo al norte escudriñando la costa y frente a Mejillones apresó la lancha torpedo que antes hemos mencionado. Se encontraron en poder de los tripulantes contratos en virtud de los cuales el gobierno del Perú pagaría 50.000 pesos en oro por cada blindado que los torpedistas volasen. El jefe de éstos era un ingeniero norteamericano llamado Scott que había estado hacía poco en Santiago a ofrecer sus servicios al gobierno y había practicado ensayos con dinamita en el Club de la Unión. Fue conducido a Santiago y hoy está encerrado con sus compañeros en la Penitenciaría.

En la noche de ese mismo día (15 de agosto), la escuadrilla paso a la vista de Arica divisando sus luces, y fue a amanecer a Sama. Aquí quedó un día reparando la *Magallanes* pequeños daños de su máquina y divirtiéndose a los de a bordo el gran aparato de fuerzas que desplegaban los de tierra. Vinieron tropas de todas las caletas, y las mandaba al parecer un jefe de alta graduación vestido de ancha y lujosa capa colorada.

El 17 llegaron los buques chilenos a Pacocha y a las nueve de ese día dieron vuelta al sur tocando en Iquique el diez y nueve y el 20 en Tocopilla. Al pasar frente a Punta Gruesa divisaron una lancha a vapor que sacaba con una cabria los cañones de la *Independencia*, pero nuestros lujosos barcos pasaron sin hacer caso y el 21 de agosto a las nueve de la mañana reposaban de sus fatigas en la rada de Antofagasta. Su paseo de curiosidad había durado una semana, y aun así había sido de verdadera utilidad para el país.)

II.

Entre tanto, el monitor peruano que había llegado de regreso de Caldera, según vimos, el 9 de agosto, no se atrevió a salir de su escondite sino el 22, esto es, cuando tuvo plena seguridad de que el *Blanco* había regresado al sur. El rápido *Oroya* le haría compañía en esta ocasión. La *Unión* recorría todavía como ave perdida, los mares magallánicos.

III.

Se trataba ahora evidentemente de un plan sigiloso y confabulado con un traidor a sueldo infame del Perú, siendo extranjero y por su profesión inmune. Era éste el capitán Cross del *Ilo*, el mismo que había denunciado al presidente Prado el desamparo de la *Esmeralda* en Iquique.

Comprado por oro o por promesas desde ese día el indigno inglés había convenido en traer a su bordo un espía hasta Antofagasta, si bien para el caso, él y su malicia de sobra bastaban. Y tan ajustadamente llevaba sus tratos combinados con los que le tenían a su servicio, que cuando el vapor inglés se dirigía a Antofagasta al norte el 24 de agosto, se encontró con el monitor en Punta Jara a las tres de la tarde de ese día; y mediante la *visita de guerra* adquirió el último todas las noticias que necesitaba. Para estos fines el *Huáscar* había salido pausadamente de Iquique el 23 de agosto a las dos de la tarde. (Convencido el honorable agente de la compañía de vapores del Pacífico de los indignos manejos del capitán Cross, lo expulsó poco más tarde ignominiosamente de su servicio. Cross se fue a residir en Lima donde ha publicado los más sangrientos dicterios contra Chile y sus antiguos patrones. Actualmente (julio de 1880) se halla al servicio del Perú y ha venido en estos días a Arica comandando el vapor *Limeña*, despachado por la Cruz Roja de Lima.)

IV.

Se regocijó el comandante Grau con las noticias que sus agentes le comunicaron frente a Punta Jara.

Desde luego, ni el *Blanco* ni el *Cochrane* montaban la guardia de Antofagasta, y esto era esencial. Por el contrario se hallaban dentro de la poza de aquella rada la frágil *Magallanes* y el desarbolado *Abtao*, uno y otro apetito antiguo del *Huáscar*, el último además con su máquina desarmada.

Seguro de un buen golpe, el cauto comandante peruano se acercó lentamente a la bahía dejando al *Oroya* de guardia en las afueras.

Y envuelto en los vapores de la noche y las densas siluetas que proyectaban en el mar catorce buques neutrales esparcidos en la rada, logró penetrar hasta ponerse sin ser apercebidos doscientos metros de la poza.

El intento hasta ese punto estaba logrado, y se necesitaba solo un poco de resolución para llevarlo al éxito.

Más el comandante peruano vaciló, en tales horas toda duda es derrota. El mismo ha confesado más tarde que no se atrevió a usar del espolón por temor a los arrecifes, ni sus cañones por respeto a los barcos neutrales que protegían su emboscada.

En tal situación se acercó un bote de ronda de la *Magallanes* y descubriendo al emboscado monitor dio la señal de alarma con un cohete de luces.

La sorpresa había sido burlada, y esto en momentos tan oportunos que se escuchaban claramente las voces de mando del comandante Grau en la silenciosa bahía.

Puestos a la defensiva los buques y los fuertes de tierra, el monitor dio por fracasada su empresa de asalto, y al amanecer hizo rumbo al sur con su consorte.

¿A donde iba?

V.

Más antes de investigarlo, ¿en donde a esas horas se hallaba el *Blanco*, custodio del ejército en Antofagasta? ¿Por qué había abandonado su puesto?

Dejados los marinos a su instinto, se persuadieron que cuando el monitor volviera al sur habría de dirigirse a Taltal donde la presencia del *Blanco* el 7 de agosto le había dejado a medio cumplir su tarea. El hombre, como el zorro, prefiere el cortijo conocido a la incierta aventura.

Guiado por esta pista, el comandante del *Blanco*, don Juan E. López, tuvo la feliz inspiración de ir a emboscarse tras de la punta saliente que cierra por el sur la rada abierta de Taltal, y allí permaneció en acecho, durante los días 24 y 25 de agosto.

Pero ¡tenaz fatalidad! en los momentos mismos en que el *Huáscar* navegaba con rumbo cierto a aquel paraje el comandante del blindado chileno recibía orden de ir a ocultarse en Calderilla; y esa orden venía o de Antofagasta, donde se hallaba el ministro de la Guerra en campaña, o de la Moneda, puesta al habla pero no a la razón, por el telégrafo.

Y así aconteció que por ir a esperar al monitor en Caldera, hizo éste durante el día 26 lo que mejor le plugo en Taltal, quemando lanchas y aun

tirando al blanco sobre un pontón que allí había y que tenía el nombre de *Daniel Barazarte*.

VI.

Pasó el *Huáscar* era noche en los afueras de Taltal, acompañado siempre por el *Oroya*, y a la siguiente mañana, en vez de seguir a Caldera, como lo habían meditado desde su almohada los directores civiles de la guerra, torció rumbo al norte para asolar lo que aun quedaba en pie del litoral atacameño. En consecuencia quemó ese día el comandante todo lo que pudo haber a mano en las caletas del Paposo y Blanco Encalada.

Para darse todavía mayor regalo, el comandante Grau ordenó disminuir en la noche de ese día (27 de agosto) el andar del convoy, a fin de encontrarse, como en el memorable 23 de julio, al amanecer a barlovento de Antofagasta, y emprender lo que según las circunstancias conviniera.

A las 11 del día 28 de agosto el vigía de Antofagasta señalaba en consecuencia dos humos sospechosos al sudoeste. Eran los del convoy peruano.

VII.

Entraba en el carácter del comandante Grau una parte no pequeña de esa irresolución en la hora suprema de los acontecimientos que ha impedido, a justo título, a la historia imparcial otorgarle el renombre de héroe. Era un jefe extremadamente cauto pero no era un caudillo intrépido. Y aun en aquel día, parece que reinó, en su alma cierta vacilación sobre si se acercaría al puerto o pasaría de largo. Se decidió al fin por hacer algo, si más no fuera “rastrear el cable”, cual lo ejecutara a mansalva hacía tres meses con éxito engañoso.

Se preparaba para esta tarea más de máquina que de audacia, y se había acercado el monitor a cuatro mil metros de la línea que ocupaban nuestros buques, cuando se sintió una detonación, y luego en la vecindad del *Huáscar* la sorda percusión de una bala. Era el inválido *Abtao* que arrojando impávidamente sus muletas y sus vendas, rompía el fuego sobre el monitor y le provocaba a combate.

VIII.

Se ha tenido por algunos a mal que el comandante don Aurelio Sánchez que mandaba ese día aquel pobre buque inmóvil y convertido en pontón, disparara sin órdenes superiores inmediatas sobre el arrogante enemigo, y aun se dijo que lo precipitara a aquella resolución el recuerdo y hasta el reproche de su tardanza en ocurrir al heroico llamado de la *Magallanes* en la noche del 9 de julio. (Se cuenta que comiendo una tarde el comandante Sánchez en Antofagasta a la mesa del ministro de la guerra, que era hombre de calma pero chistoso, le preguntó el último aquél, si se atrevería a batirse de buque a buque con el *Huáscar*. Contestó en el mismo tono el marino chileno que tal haría si se le autorizaba para ello, Continuando la charla, agregó el ministro que esa autorización se la otorgaba amplia, y esa fue la que el capitán del *Abtao* puso por obra en aquella tarde.)

Pero sea como sea, aquel valiente oficial salvó ese día el honor de Chile, porque era ya una mengua establecida y casi acatada que en donde se presentare el *Huáscar* todo en derredor suyo había de enmudecer. Y tan era esto así, que el mismo comandante Grau declara en su parte oficial de la jornada que quedó *sorprendido* por el ataque. A ese punto habíamos llegado: ¡que los peruanos se maravillaban de vernos pelear!....

IX.

Tenía por fortuna el *Abtao*, además de su jefe que se mostró ese día digno de su raza de chilote, tres valientes mozos, cada cual al mando de uno de los cañones Armstrong de a 150 que montaba en su cubierta.

Mandaba el cañón núm. 1 el teniente don Leoncio Señoret, oficial valentísimo, a la par con su hermano Manuel, uno y otro hijos de marino y de francés en vientre de chilenas. El cañón núm. 2 estaba a las órdenes del joven teniente, don Policarpo Toro, recientemente llegado de Europa y que ese día hacía alegremente su estreno; y el 3° a las de un esforzado mancebo, el teniente don Carlos Krug, que allí resultó herido. Los pechos de aquellos muchachos suplirían a la maquinaria rota e inerte de la vieja nave.

En cuanto a la *Magallanes*, es suficiente decir que tenía sus fuegos encendidos y que se hallaba su bordo su comandante, convertido ya por sus hechos y el aura popular en verdadero adalid.

X.

Los tres fuertes de tierra, aunque aceleradamente terminados, después de seis meses, se hallaban también en buenas manos. El comandante

Velázquez se había hecho cargo del más recio y mejor armado, el llamado Bellavista o del norte, que tenía dos cañones, esto es, el famoso de a 300, dos veces rescatado del fondo del mar, y uno de 150.

El bravo capitán Delfín Carvallo mandaba el fuerte del centro, y el del sur, el capitán don Benjamín Montoya, señalado desde ese día por su alegre serenidad en el combate. Además el general Escala, que recorría a caballo la línea de posiciones, había hecho colocar en la playa una batería de cañones Krupp de campaña.

La nave peruana iba a ser recibida de una manera digna de su fama que comenzaba ya a ser europea y hasta universal.

El combate del 28 de agosto fue, en verdad, un concierto de cañones disparados en honor del monitor y sus fáciles pero abultadas proezas. (He aquí los diferentes puestos asignados a los oficiales del cuerpo de artillería en el orden del combate:

“Al servicio de la batería Bellavista se encontraban los siguientes oficiales: teniente coronel graduado don José Manuel Novoa; capitán don Exequiel Fuentes; teniente don José J. Flores, y alféreces don José Manuel Ortúzar, don Lorenzo Sir, don Manuel A. Maturana y don Santiago Faz.

En el fuerte del centro o primero del sur: capitán don Delfín Carvallo; tenientes don Pablo Urizar y don Jorge Köller Bannen, y alférez don José A. Errázuriz.

En el fuerte del sur: capitán don Benjamín Montoya y alférez don Juan B. Cárdenas.

En la batería de campaña Krupp: capitán don Santiago Frías; teniente don Eulogio Villarreal y don Abelardo Gallinato, y alféreces don Gumersindo Fontecilla, don Filomeno Besoain, don G. Leonhardy, don C. Villota y don Guillermo Rodolfo Prat.

El comandante de artillería señor Velázquez recorría las distintas baterías, sirviéndole de ayudante el capitán don Roberto Wood.

Atendieron al servicio de las municiones los oficiales del parque, el capitán don Rafael Garfias, y tenientes don Aurelio Argomedo y don Ramón Miquel.”)

XI.

Al primer cañonazo del *Abtao* siguió un disparo de la *Magallanes*, que maniobraba con su acostumbrada habilidad para usar su colisa de a 115 desde el fondo de la poza de Antofagasta, y en pos de la cañonera el fuerte del sur, capitán Montoya, alternándose los buques con las baterías de tierra.

Larga media hora tardó el monitor en volver de su “sorpresa”, y en apuntar los cañones de su torre al *Abtao*, que de objetivo de su campaña pasaba ahora a ser blanco de sus punterías.

Continuó así el cañoneo durante dos horas, disparando el monitor veintiseis tiros con los cañones de su torre, cuarenta y dos el *Abtao*, diez y seis la *Magallanes* y treinta y ocho los fuertes: Fue aquella en realidad una salva real de 122 cañonazos de a 150 y de a 300.

El estruendo era tan espantoso como fue pequeña la ejecución.

XII.

En los primeros momentos el *Huáscar* disparó con poco acierto en razón de los inconvenientes propios de su construcción náutica, de la distancia (4.000 metros) y de la agitación del mar, no sosegado del todo después de las recientes borrascas. Pero el *Abtao* no era propiamente un combatiente sino un blanco de fierro, y al sexto disparo del monitor, se estrelló una de sus bombas de segmentos contra el palo mayor del buque chileno, perforando a éste y matando instantáneamente cuatro marineros y al ingeniero en jefe del buque, don Juan Mary. Era éste un respetable anciano, natural de Egipto, que había venido al país en 1844 como tripulante de la fragata *Chile*, estableciéndose en Valparaíso, donde dejara viuda y catorce hijos.

No teniendo colocación en la máquina subió a la cubierta, fumando tranquilamente su pipa y pidió se le señalara un puesto en el combate. Consultaba el valeroso viejo su patriótico deseo con el teniente Krug, junto a su cañón, cuando la metralla le perforó el pecho como había perforado el mastelero. Una astilla de éste hirió también ligeramente en la cara al capitán Sánchez que animoso entusiasmaba su gente desde el puente de combate.

Fijada la puntería del blindado por este fatal disparo, acertó inmediatamente otro al cañón que con noble bizarría gobernaba el teniente Toro, y al estallar sobre la cubierta esta segunda, bomba hacía espantosa carnicería entre los sirvientes de la batería. Por un raro golpe de fortuna el teniente Toro, que en ese momento con una rodilla en tierra y afirmado en su espada fijaba la puntería del cañón, fue arrojado de espalda envuelto entre los destrozados fragmentos de sus compañeros, convertidos en una pulpa palpitante de carne y fierro.

Pero el joven se irguió inmediatamente gritando a los suyos: “¡Venganza!” “¡Venganza muchachos!”. Casi al mismo tiempo era puesto fuera de combate el teniente Krug cayendo de una escalera que había perdido sus amarras.

XIII.

Pero el monitor no escaparía esta vez ileso, porque el único proyectil de a 300 disparado desde el fuerte norte y dirigido en persona por el comandante Velázquez, atravesó de banda a banda su chimenea a la altura de 4 pies sobre su cubierta y al reventar sobre ésta redujo a átomos al bizarro teniente peruano don Carlos de los Heros que mandaba la batería de cubierta, oficial

que fue sinceramente llorado por el comandante Grau. Del infeliz mozo no quedó sino un fragmento de su gorra, por lo cual dice de él el parte del último que “desapareció completamente”. En la guerra moderna, como nos lo observaba hace quince años en Washington el almirante Farranut, los hombres no mueren por el contacto del fierro: son simplemente “borrados”, como la raya de tiza trazada en la pizarra....Y así a su vez sería “borrado” el comandante Grau, frente a Angamos.....

Notando la inutilidad militar de aquel prolongado cañoneo, e intimidado talvez por su temprana avería, el *Huáscar* suspendió el combate a las tres de la tarde, y aunque dos horas más tarde intentó renovarlo fue solo por la vanagloria del “último disparo”, pues se colocó fuera de todo alcance útil de los fuertes. Había ocurrido también en éstos la deplorable circunstancia de haberse tumbado el cañón de a 300, después de su primero y magnífico disparo, según se refiere el comandante Velázquez en el parte oficial de la jornada. (Por la extensión de los documentos oficiales relativos al combate del 8 de agosto los reservamos para el Apéndice del presente volumen. En núm. 1º de éste se encontrará el parte del comandante Grau, el del comandante Sánchez y el del comandante Velázquez.)

XIV.

Fruto de este extraño combate, verdadera improvisación de la guerra, fueron para Chile nueve muertos y doce heridos en el *Abtao* y para el *Huáscar* un oficial de esperanzas perdido, y con daño que pudo ser de la mayor cantidad, haciéndolo leve su conocida buena estrella. Unas pocas líneas más abajo, y la certera puntería del comandante Velázquez habría dado cuenta del temido barco.

Con todo, el monitor peruano, como si se sintiera arrogante de su empresa, se aguantó sobre su máquina en las afueras del puerto hasta tarde de la noche, y solo en la madrugada siguiente volvió por su camino acostumbrado a la madriguera de Arica, recorriendo su usual itinerario de la costa: Mejillones, Cobija, Tocopilla e Iquique. El 30 de agosto, a las cinco de la tarde, fondeaba en el puerto de su partida después de ocho días de ausencia.

XV.

Tiempo es ahora de preguntar, ¿como mientras todo esto pasaba, el *Blanco* y el *Itata*, estos dos vigías del desierto, no habían concurrido a encerrar al ariete peruano al ruido de sus propios cañones?.

Pregunta es ésta cuya solución dejaremos talvez para hora posterior en esta historia, porque según unos el comandante López, avisado en Calderilla en la tarde del 27 de la presencia del *Huáscar* en Taltal, navegó con letal desmayo y lentitud conocida en su demanda, y según unos forzó la máquina de su buque cuanto le fue dable a medida que en las caletas de la costa y especialmente en Blanco Encalada fue tomando lenguas por el telégrafo de las peripecias del combate.

De lo que no cabe duda, sin embargo es de que el *Blanco* entró al puerto con lujo de timidez y prevenciones, haciendo señales de destellos que sirvieron evidentemente de aviso al monitor para alejarse, y sometiendo en seguida su acción de guerra, que debió ser rápida como la batalla, a consultas dilatorias con el ministro de la Guerra, terminaron estas como de costumbre en el más inverosímil absurdo.

A las cuatro de la mañana el *Blanco* recibía, en efecto, ordenes de perseguir al monitor “al sur”, después de seis días de campaña y de consumo de combustible....

No era, por tanto extraño, que el blindado chileno al llegar a Blanco Encalada en la tarde del 29 de agosto recibiera un telegrama anunciándole que el *Huáscar* había pasado en la mañana de ese mismo día por Mejillones: tal era el trastrueque de los frenos.

Y tales eran al propio tiempo las extrañas visuales que hasta esa hora prevalecían en la dirección de las operaciones de la guerras y en la guerra misma. (En el Apéndice del presente volumen y junto con los documentos oficiales ya citados, se encontrarán dos notables correspondencias de *El Mercurio* en que se explica, en una, de una manera deshonorale y al propio tiempo se atenúa en otra la conducta del comandante del *Blanco* en esta cuarta o quinta persecución infructuosa del *Huáscar*.)

CAPÍTULO XIII.

ARICA Y TONGOY.

El gobierno se resuelve a toda costa a apoderarse del *Huáscar*. Mudanzas que tienen lugar en la escuadra. Es llamado a Santiago el contraalmirante Williams y le reemplaza en el mando de la escuadra el capitán de navío don Galvarino Riveros. Antecedentes de este jefe. Se dirige a Antofagasta a fines de septiembre, y se combina allí un plan de ataque contra los buques albergados en el fondeadero de Arica. Sale de Mejillones la escuadra chilena el 1° de octubre. El *Loa* se dirigió a Tocopilla y adquiere la noticia de que el *Huáscar* y la *Unión* han dejado a Arica con rumbo al sur. Motivos que habían detenido al *Huáscar* en la inacción. Temores de un inmediato desembarco de los chilenos, y alarmas el 18 de septiembre en Arica. La *Unión* convoya desde el Callao hasta Iquique la división Bustamante. El *Huáscar* recibe orden de convoy, y plan que acuerdan los directores de la guerra basado en un desembarco imaginario de los chilenos en Patillos. El comandante Grau ascendido a contralmirante y cargado de honores, recibe de mal agrado aquella imprudente comisión. Carta característica en que se le ofrece la presidencia de la república. El *Huáscar* y la *Unión* se dirigen a las costas de Chile en persecución del plan acordado. Apresamiento en Sarco y los corderos de Fray Jorge. El traidor Cross avisa al contralmirante Grau en la boca de Tongoy la partida de la escuadra chilena para el norte. El convoy peruano toma inmediatamente ese rumbo. Telegramas que anuncian sus movimientos. Sucesos que habían tenido lugar a la vista de Arica, y como se habían fraguado la expedición contra este puerto. Fantástico cañoneo de la *Pilcomayo* con la *O'Higgins* el 15 de octubre. La escuadra chilena se dirige en dos divisiones a Mejillones. Los peruanos se acercan a esa misma hora a Antofagasta. Se aproxima la hora del conflicto. La excursión del *Blanco* y del *Itata* a principios de septiembre. Baladronadas de la *Pilcomayo* a “diez mil metros”. Viaje infructuoso del *Amazonas* a Panamá. Intento abortado del capitán Thomson para hacer volar la *Unión* en el Callao y regreso a Antofagasta.

“Estamos fondeados aquí con sorpresa no solo de los extraños sino también de nosotros mismos.”

(Carta de un oficial del *Huáscar*, Arica septiembre 20 de 1880)

I.

Las frecuentes atrevidas, y sobre todo esto, impunes excursiones del *Huáscar* en las costas de Chile comenzaban a producir en el ánimo del país un sentimiento de rubor parecido al de la estupefacción y en el cerebro de sus mandatarios una emoción semejante al vértigo.

Era imposible someterse por más largo tiempo a aquella perenne vergüenza y soportar que un buque mal marinero y tres veces menos guerrero

que cualquiera de nuestros blindados, viniese, a manera de capricho o de mofa, a retornos en nuestros propios puertos del Limarí al norte.

Además era operación peligrosísima en la guerra moderna emprender una operación de convoy y desembarco de tropas mientras tuviese la mar un buque de tan buen andar y de forma tan imperceptible como el *Huáscar*.

II.

Se contrajo en consecuencia el ministerio que presidía el señor Santa María a la exclusiva tarea de capturar aquella impávida nave, costase lo que costase, y aunque para ello fuera preciso darle en rescate uno de nuestros acorazados. La honra de un país vale algo más que el más sólido de sus baluartes.

Se tomaron para este fin medidas de alto coturno pero que fueron calurosamente aplaudidas por el país. Se entregó el mando del *Cochrane* ya completamente reparado, a joven capitán que había seguido con su pequeña cañonera la estela de las antiguas victorias de Chile; se puso en una colocación pasiva en el servicio marítimo de Valparaíso al capitán del *Blanco*, sobre el que pesaba la sombra de su última floja y desgraciada persecución del monitor enemigo, y por último se sacó de su tranquila oficina de capitán de puerto de Valparaíso a un marino que había perdido por completo su salud más no su crédito de hombre esforzado y de experto caudillo.

III.

A fines de agosto fue nombrado, en efecto, comandante general de la escuadra el capitán de navío, don Galvarino Riveros, cesando en sus funciones el poco afortunado contralmirante Williams. Llamado este jefe a Santiago, con el pretexto o el motivo real de dar cuenta de los motivos que lo habían inducido a levantar el bloqueo de Iquique sin orden suprema, encontró en la capital la acogida que en los pueblos egoístas hallan siempre los caídos.

Un grupo de tres o cuatro diputados fue toda su escolta de recepción en el andén de los carros del tren de Valparaíso a su llegada a esa ciudad el domingo 14 de agosto. El ex comandante general de la escuadra venía, por su parte, vestido de paisano, con sombrero de Panamá y sus barbas arrasadas como si llevara el duelo o el disfraz de su propia eclipsada gloria.

IV.

El nuevo jefe de la escuadra no era solo una esperanza para el país, era una garantía, y habría sido suficiente el mérito difícil de su elección en un país en que la franqueza se asemeja en lo escondida a planta submarina, para aplaudir y encomiar la nueva dirección de la guerra y a sus conductores.

V.

El capitán graduado de navío don Galvarino Riveros, era en verdad, del linaje de héroes y de una cuna de lobeznos del mar. Es hijo de Valdivia. Fue su padre aquel capitán José Antonio Riveros que, al frente de su compañía de granaderos del batallón núm. 4 de Chile, escaló las alturas de Pudeto el 14 de enero de 1826, bajo las órdenes y a la vista del coronel don José SanUn grupo de tres o cuatro diputados fue toda su escolta de recepción en el andén de los carros del tren de Valparaíso a su llegada a esa ciudad el domingo 14 de agosto. El ex comandante general de la escuadra venía, por su parte, vestido de paisano, con sombrero de Panamá y sus barbas arrasadas como si llevara el duelo o el disfraz de su propia eclipsada gloria.

IV.

El nuevo jefe de la escuadra no era solo una esperanza para el país, era una garantía, y habría sido suficiente el mérito difícil de su elección en un país en que la franqueza se asemeja en lo escondida a planta submarina, para aplaudir y encomiar la nueva dirección de la guerra y a sus conductores.

V.

El capitán graduado de navío do Galvarino Riveros, era en verdad, del linaje de héroes y de una cuna de lobeznos del mar. Es hijo de Valdivia. Fue su padre aquel capitán José Antonio Riveros que, al frente de su compañía de granaderos del batallón núm. 4 de Chile, escaló las alturas de Pudeto el 14 de enero de 1826, bajo las órdenes y a la vista del coronel don José Santiago Aldunate, que allí mandó todas las compañías de preferencia. Su abuelo materno, soldado del rey, el teniente coronel don Lorenzo Cárdenas, fue uno de los bravos con que Quintanilla sujetó hasta ese día nuestro brazo en Mocopulli, derrota nuestra de la primera invasión.

Después de la jornada de Pudeto, que fue la conquista de Chiloé, Aldunate fue ascendido a brigadier y el capitán Riveros a sargento mayor.

El general Aldunate quedó encargado del mando de la provincia, y el mayor Riveros fue dejado a su lado, por expresa demanda suya. El intendente le nombró gobernador de Quinchao.

Allí el vencedor de Pudeto se casó con una hija del vencedor de Mocopulli, y de ese enlace nació dos años más tarde Galvarino Riveros: su digna madre se llamaba doña María Cárdenas.

VI.

Le cobijó con sombra de amigo, el general Aldunate, muerto el padre, hizo suyo al primogénito del antiguo camarada, y en 1843 le envió a la academia militar, que entonces regía el caballeroso coronel Pereira.

En los libros de la Academia, la entrada del cadete Riveros está marcada con la fecha de 20 de noviembre de aquel año.

Llegada, después de cuatro años de estudios, la hora de elegir carrera, el cadete no vaciló. Era de estirpe de chilote. ¿Por que volver su espalda al mar?

VII.

El 20 de marzo de 1813 el guardia marina Riveros ponía por la primera vez el pie en la vieja *Chile*, y allí, entre hombres de honor y de ciencia, hizo su camino de aprendiz con Simpson, con Bynon y Benjamín Muñoz Gamero.

El general Aldunate, cuya autoridad militar no permitía en las aulas de la academia ni zánganos ni viles, sembró en el joven soldado la semilla que hoy fructifica.

El comandante Riveros es ante todo un hombre de honor. Su escuela única ha sido el deber.

Con sus jefes de mar ya citados aprendió lo demás....

Riveros era teniente en 1851, capitán de corbeta en 1859, capitán de fragata el 6 de enero de 1866. Su ascenso a capitán de navío graduado, es solo del 10 de marzo de 1876. Tiene treinta y cinco años de servicios.

VIII.

No se hace menester recordar aquí al pormenor los servicios del jefe actual de nuestra escuadra. En 1848 navegó en las costas de California y en las islas de la Oceanía en la fragata de la marina francesa *Poursuivante*, cuyo

almirante, M. de Legoumet, por su buen porte y noble talante, consintió en llevarle a su bordo para enseñarle. Esta campaña duró nueve meses.

Como explorador, Riveros ha hecho tan señalados servicios al país, como Muñoz, como Williams, como Simpson y como Latorre. Riveros fue el primer explorador científico del Tolten, río salvaje hace veinte años, hoy frontera asegurada de civilización.

El capitán Riveros fue también a Europa con el contralmirante Bynon en 1837 para conducir a los puertos de Chile el vapor de guerra *María Isabel*. Riveros era segundo comandante de ese buque cuando en 1859 se perdió en la bahía de Misericordia, naufragio imprevisto y que puso de relieve su indomable energía y su frialdad de ánimo en el peligro.

Hay hombres que se revelan en la adversidad. Hoy mismo el comandante Riveros ¿no iba a reparar los accidentes de una campaña ya larga y sin ventura?

¿Y no lo conseguiría en la primera jornada y en una sola hora?

Como comandante de buque, los principales servicios del comandante Riveros han sido prestados en las mismas aguas del litoral del norte. Desde 1863 ha sido el guardián incesante de Atacama, en la *Esmeralda*, en la *Independencia*, en el *Abtao*. En aquel año estuvo seis meses de estación en Mejillones “para vigilar y hacer respetar la línea de las fronteras”, dice proféticamente un documento público.

IX.

Otra revelación del destino.

El comandante Riveros se hallaba en Mejillones al mando del *Abtao* cuando el 13 de agosto de 1868 ocurrió el espantoso terremoto que hizo de todo el Perú un montón de escombros. El capitán Riveros voló a su socorro, y recorrió la costa distribuyendo los dones que con tal ocasión ofrecimos con manos amigas a ingratos vecinos.

Trabajado más tarde por intensa enfermedad que ha quitado al hombre de mar todo lo que forma la entereza del cuerpo, su alma ha quedado entera y resuelta. Hacía siete años (desde el 20 de julio de 1872) que desempeñaba con satisfacción general el puesto delicado de gobernador marítimo de Valparaíso, y en todas ocasiones le vimos solícito en el deber, interesado en la suerte de la patria, celoso de su gloria, hombre de deber en todo.

El capitán de fragata, don Arturo Prat, era su ayudante en ese desempeño. Los hombres se buscan por misteriosas afinidades que el heroísmo y la guerra se encargan de poner en transparencia.

X.

No bien había recibido el comandante Riveros su nombramiento se dirigió a Antofagasta en el *Cochrane* en los últimos días de septiembre, y aunque llevaba desde Santiago la palabra y el pensamiento del gobierno, concertó en aquel campamento más al pormenor con el ministro de la Guerra en campana el plan de apoderarse del *Huáscar*, fuese por un golpe de mano bajo las baterías de Arica, fuese en franco combate donde se le encontrase. La cuestión no era de medir fuerzas sino de hacer presa al invasor a costa no solo de todo heroísmo sino de toda temeridad.

Se sabía que el *Huáscar* se hallaba albergado al pié del morro de Arica en expectación de sucesos que la imaginación tropical y el sobresalto de la inexperiencia abultaba en el corazón de los peruanos. Se hallaban éstos y especialmente el tímido general Prado recelosos de un inmediato desembarco en la costa vecina de Tarapacá, y reservaba su famoso ariete para la puñalada de gracia asestada a los convoyes que condujeran nuestras tropas.

Se resolvió en consecuencia en Antofagasta, ir directamente a atacarlo en su guarida echándolo a pique a cañonazos o extrayéndolo de su fondeadero con el esfuerzo de todos nuestros marinos.

Se tomó tan importante acuerdo en un consejo de guerra celebrado el 28 de septiembre en Antofagasta, que presidió el ministro Sotomayor, al que asistieron los generales Escala y Baquedano, el contralmirante Riveros, el coronel Sotomayor y los jefes de mar, Thomson, Latorre, Condell, Orella, el mayor de órdenes Castillo, el secretario de la escuadra, don Eusebio Lillo, y el secretario del general en jefe, don José Francisco Vergara, que redactó el acta del caso.

Opinó la mayoría, contra el parecer del coronel Sotomayor y del capitán Thomson, que el ejército podía y debía expedicionar contra el litoral de Tarapacá aun cuando el *Huáscar* corriese sus aguas.

Pero como los preparativos de la expedición terrestre no estaría debidamente terminados sino en un mes de la fecha, se resolvió al fin por el acuerdo de todos intentar sobre el monitor y sobre Arica el golpe de mano cuya rápida narración vamos a trazar.

XI.

Se reunió para este intento la escuadra en Mejillones, y el 1º de octubre a media noche salió el nuevo almirante en demanda de su osada e incierta empresa con una flotilla de seis buques. Eran éstos el *Blanco*, buque almirante, el *Cochrane*, mandado ahora por el capitán Latorre, la *O'Higgins*

por el comandante Montt, la *Covadonga*, capitán Orella, el transporte *Loa*, capitán Molina, y el *Matías Cousiño*, capitán Castellón.

Fue despachado el *Loa* anticipadamente, costeando hasta Tocopilla para tomar allí su guarnición de combate y con encargo de reunirse al resto de la escuadra a la altura del grado 18 de latitud, que es el paralelo de Arica y a 60 millas de la costa. Se trataba de una sorpresa, y era preciso ocultar de los suspicaces peruanos no solo los movimientos de los buques sino sus sombras.

Navegó en este concepto la escuadra mar afuera todo el día 2 de octubre, y cuando se aguantaba en la madrugada del 3 en el punto de cita, se reunió el *Loa* trayendo, sino infausta, mortificante noticia. Como en mayo, cuando nuestras naves fueron al Callao en demanda de las del enemigo, los peruanos, con el previsor instinto de la suspicacia puesta permanentemente en ejercicio, habían hecho salir de Arica sus dos buques de fuerza, el *Huáscar* y la *Unión*. El *Loa* había recibido esta nueva por el vapor de la carrera que subía del norte, y en consecuencia el plan de sorpresa sobre Arica quedaba de hecho frustrado.

El comandante de la escuadra de Chile, tenaz en sus propósitos, resolvió sin embargo ir en persona a verificar la realidad de estas noticias en la rada enemiga y se resolvió a penetrar a viva fuerza en Arica.

Pero mientras hacia ese rumbo se encaminan los chilenos, será oportuno darse cuenta de como el *Huáscar* y la *Unión* habían desaparecido de su fondeadero en los momentos en que eran solicitados por el botalón de nuestros lanchas torpedos y el ariete de acero de nuestros blindados. ¿Tenían acaso ojos, que no portalones, los buques peruanos?.

XII.

Dejábamos en el capítulo precedente reposando al *Huáscar* de su corta excursión al litoral de Chile y reparando sus averías del combate de Antofagasta que tuvo lugar el 28 de agosto, en los últimos días de ese mes, o más bien, desde el 1º de septiembre. Le retenía, además de su indispensable refacción y descanso, el recelo de un próximo desembarco, temor que había tomado las proporciones de una fantástica visión en Arica mismo el día 18 de septiembre, aniversario de una protesta cívica pero no de una gloria militar para Chile. En ese día estuvo la guarnición de Arica sobre las armas y los buques en son de combate esperando ver surgir desde el fondo de las olas la cresta de fuego del convoy de los invasores. Había contribuido no poco a crear estas pavorosas ilusiones en la mente exaltada de los peruanos, una infructuosa pero acertada exploración ejecutada por el *Blanco* y el *Itata* en la primera quincena de septiembre hasta el puerto de Arica, operación oportuna

de guerra de la cual, a fin de guardar la unidad de la hilación histórica, habremos de hablar más adelante en el presente capítulo.

Por otra parte, la Unión, inseparable consorte del blindado, se había dirigido al Callao para convoyar un cuerpo de ejército que debía venir a reforzar el ya numeroso de Iquique al mando del general don Pedro Bustamante. Se hizo en efecto a la mar esta división el 26 de septiembre en el *Rimac*, y se componía de tres cuerpos con 1.500 plazas más o menos. Era uno de éstos el famoso *Ayacucho* número 3 que mandaba el coronel don Manuel Antonio Prado (por otro nombre *Pradito*), sobrino del presidente de la república, fuerte de 700 plazas, del número 3 provisional de Lima, comandante Zavala, y de la columna de *voluntarios* de Pasco que mandaba el coronel Mori Ortiz, el mismo que ha sido puesto fuera de la ley por el dictador Piérola a título de cobarde.

Llegó este convoy a Arica el 29 de septiembre, y sin enfriar sus máquinas, siguieron los buques que lo componían su rumbo a Iquique a las 4 de la mañana del día 30 de septiembre.

El monitor, que se hallaba completamente listo desde el día 20 para emprender operaciones activas, recibió orden de hacerles compañía hasta Iquique. Se presentaba en esos momentos el monitor en perfecto orden de combate y “logrando su larga estación en Arica, escribía en aquel día uno de sus tripulantes a un diario de Lima, se le ha aseado cuanto es posible en campaña, y se encuentra con sus carboneras repletas y listo para zarpar, lo que no se dejará aguardar por mucho tiempo, desde que el vapor entrado hoy de Chile nos anuncia que a excepción de la *O’Higgins* y *Amazonas*, cuyo paradero se ignora, los demás buques enemigos se encuentran en movimiento”.

XIII.

El comandante Grau, promovido ahora a instancias del Congreso del Perú y con razón sobrada al puesto de contralmirante, recibió además del director supremo de la guerra instrucciones de una empresa secreta que hasta hoy no se las columbrado con suficiente claridad.

Parece que por esos días se tenía en el campo peruano como cosa completamente segura la noticia del desembarco de una fuerte división chilena en Patillos, al sur de Iquique; y bajo este falso concepto se fraguó el plan de hostilizar el Litoral chileno, si era posible hasta llegar a la vista de Valparaíso, a fin de traer por esta maniobra hacia el sur nuestros blindados. Una vez apartados estos del convoy que protegían, el *Huáscar* regresaría rápidamente al norte y daría cuenta con su ariete de los indefensos transportes, y destruidos

estos, el general Prado se encargaba del ejército que hubiese logrado desembarcar en los inclementes médanos. El plan no podía ser más alegre.

Se desquiciaba, sin embargo, esta combinación por su base, desde que el ejército chileno guardaba y guardaría todavía un largo mes sus cantones de Antofagasta; y aun se dice que el cauto contralmirante peruano no recibió de buen agrado aquella comisión que no tenía rumbo cierto, pero como hombre de pundonor y sumiso al deber hubo de aceptarla. El contralmirante Grau era ante todo hombre de deber, como Riveros; y aunque durante su última residencia en Arica había recibido peculiarísimos honores, especialmente diputaciones, banderas y medallas de oro de Bolivia, su habitual medida no se desmintió con ocasión de tantas pompas, y antes al contrario solicitó permiso de su gobierno para no usar las insignias de su nuevo grado sino después de terminada la campaña. Y se hacía esta conducta tanto más digna de alabanza, cuanto que la prensa de los países aliados y aun la de la República Argentina endiosaban día a día al noble marino haciéndole émulo de Nelson, al paso que sus compatriotas, prodigándole todo género de entusiastas adulaciones, comenzaban a tentar su ambición con los supremos honores de la República. (En los anexos de este capítulo encontrará el lector una curiosa carta inédita escrita sobre este particular al contralmirante Grau desde Ilo el 2 de septiembre, carta que fue encontrada en su camarote un tanto maltratada por el combate.

Entre las ofrendas tributadas al marino peruano figuraba una rica bandera obsequio de las señoras de Cochabamba que le fue presentada por una comisión compuesta de los coroneles Camacho y Aguirre; un álbum de Buenos Aires con un millar o dos de firmas de felicitación y una medalla de oro ofrecida por el ayuntamiento de Sucre la cual tenía la siguiente inscripción: *La capital de Bolivia, Sucre, agosto 6 de 1879, al valiente marino Miguel Grau.* Además, las señoras peruanas residentes en París, presididas por la bella esposa del señor José Francisco Canevaro, 2º vice presidente del Perú, doña Luisa Soyer, habían dispuesto la fabricación de una rica espada de honor para el infortunado marino que marchaba así al sacrificio coronado de engañosas flores.)

XIV.

Y de esta manera era como acontecía en la monotonía del mar, en el cual los cambios de escenario son súbitos como en la tragedia, que mientras los buques chilenos salían con rumbo a Arica desde el puerto de Mejillones a la una de la noche del 1º de octubre en demanda de los buques peruanos, caldeaban estos sus máquinas en Iquique al clarear de esa misma noche para emprender su último y desdichado crucero en las costas de Chile.

Por consiguiente los dos convoyes se cruzaron más o menos a la altura de Chipana el 2 de octubre y a la distancia de 60 millas, exactamente como

con igual lejanía se habían extraviado la una de la otra, la escuadra chilena y la peruana a la altura de Mollendo en el mes de mayo.

XV.

Encaminados los buques peruanos hacia el sur con los mismos propósitos sorprendidos que conducían los chilenos al norte, guardaron aquellos durante cuatro días la alta mar, y solo el 4 de octubre a las nueve de la mañana se echaron sobre la costa del Huasco, haciendo presa en la caleta de Sarco de la goleta *Coquimbo* que allí cargaba metales bajo bandera inglesa.

Despachada la presa al Callao y retenidos a bordo su capitán y piloto, el *Huáscar* y la *Unión* hicieron en la noche de ese mismo día, sin ser sentidos, la ronda del puerto de Coquimbo, y el 5 avanzaron hasta Tongoy y una caleta vecina, donde una partida enviada a tierra asustó, a los gritos de “¡viva el Perú!”, a unos cabreros, llevándose a bordo los alegres marineros la parte mejor de su rebaño.

Se hallaban los tripulantes del monitor entretenidos en estos ejercicios pastoriles, eligiendo los sabrosos lechones primaverales de la hacienda de Fray Jorge, cuando pasaron por la boca del puerto sucesivamente el vapor *Cotopaxi*, que venía del norte a Valparaíso, y el fatídico *Ilo*, destinado a encontrarse con el *Huáscar* en todas sus excursiones a virtud de un plan evidentemente preconcebido y concertado.

Y adquirida por uno y otro la noticia cierta de que la escuadra chilena campeaba en el Litoral de Tarapacá, el contralmirante Grau dio inmediatamente orden de hacer rumbo al norte.

Tenía esto lugar frente a Tongoy, el 6 de octubre a la una y media de la tarde.

A las cinco el convoy peruano avistaba el puerto de Coquimbo, y haciéndose esa noche mar afuera, el monitor transbordaba a la mañana siguiente (7 de octubre) cien sacos de carbón de la *Unión* y en seguida hacia rumbo firme hacia el norte.

Hasta ese punto, iba malograda la expedición peruana porque no se había realizado ninguna de las miras lisonjeras que la aconsejaron. Pero a esas mismas horas no había sido más afortunado el destino de la escuadrilla chilena. (He aquí los parcos telegramas que anunciaron en la capital esta quinta y postrera aparición del *Huáscar* en nuestras costas.

(*Ferrocarril* del 5 de octubre).

Ayer se comunicó de Peña Blanca, puerto situado al norte del Huasco, que se había avistado al *Huáscar* en convoy con otro buque.

Hasta las dos de la mañana, la noticia no ha sido confirmada.

(*Ferrocarril* del 6 de octubre).

En telegrama oficial recibido ayer a la 2 y media A.M. de Peña Blanca, se confirma la noticia de haber pasado por este punto el *Huáscar*, acompañado de otro buque.

El *Huáscar*, acompañado de la *Unión*, avanzó ayer hasta Tongoy.

Desde ahí hizo rumbo al norte, habiendo pasado por los puertos de Coquimbo y de Guayacan, donde hablaron con el vapor de la carrera. Antenoche, antes de ir a Tongoy, los buques peruanos estuvieron también en Coquimbo.

Ayer domingo no ha ocurrido en Antofagasta ninguna novedad.

(*Ferrocarril* del 7 de octubre).

Coquimbo, octubre 6.

(Recibido a las 6.45 de la mañana).

Señor B. Vicuña Mackenna.

Huáscar y *Unión* estaban ayer en Tongoy, poco más al norte hicieron parar el vapor. Una lancha con tres oficiales y seis marineros vinieron a bordo para tomar noticias; hablaron con el capitán y contador del buque.

Quedaron *Huáscar* y *Unión* a veinte millas del puerto de Coquimbo.

Wenceslao E. Vergara.

Esta visita del *Huáscar* fue tan inesperada como las otras, porque el 3 de octubre llegó a Valparaíso el vapor de la carrera con la noticia de que el monitor quedaba tranquilamente en Iquique.

XVI.

Contrariado, en efecto, el día 3 de octubre el ataque nocturno de Arica por la noticia llevada al comandante Riveros por el *Loa* desde Tocopilla, y más tarde por un accidente ocurrido a la lancha a vapor del *Blanco*, que debía usarse como porta torpedos, los buques chilenos solo pudieron dirigirse en la tarde del 4 hacia Arica, tomando el *Loa* la delantera para remolcar hasta seis millas de la costa las lanchas torpedos de los dos blindados. El *Loa* debía ejecutar esta operación a las dos y media de la mañana del 5; pero por un error de cálculo en que la bruma de la noche fue parte, el transporte soltó su remolque a mucho mayor distancia, de modo que al acercarse éstas al puerto, las sorprendió la claridad del día. El plan era atacar la escuadra peruana con torpedos y en seguida entrar a fuego y espolón con todos los buques al asalto.

En consecuencia de esto, a esas mismas horas llegaba el resto de la escuadra, y adquirida por el comandante Riveros la certidumbre de la ausencia de los buques que con especialidad buscaba, se resolvió en consejo de guerra dirigirse inmediatamente al sur en socorro de nuestras costas y posiciones militares.

Solo dos bravos oficiales de mar estuvieron por el asalto inmediato de la plaza, el capitán Montt, porque no había peleado, y el capitán Orella, talvez porque había peleado en demasía.

Para lograr mejor este fin la escuadra se dividió en dos grupos, marchando a vanguardia los buques de mejor andar, esto es, el *Cochrane*, la *O'Higgins* y el *Loa*, y a retaguardia el *Blanco* con la *Covadonga* y el *Matías Cousiño*. Al separarse de la vista de Arica la primera división, salió con aires de atrevimiento la cañonera Pilcomayo y provocó un cañoneo que tuvo más ruido que heroísmo, batiéndose “en semi círculo” con la *O'Higgins*. (El parte oficial del comandante peruano Ferreiros, da una idea de esta escaramuza en que se echaron al agua unas 25 o 30 bombas, para darse los peruanos el barato placer de escribir un boletín con visos de victoria. En los anexos de este capítulo se encontrará ese documento.

El parte del comandante Riveros sobre las operaciones de Arica fue publicado en *el Boletín de la Guerra*, núm. 18, y allí puede consultarse.)

En esta disposición llegaron los buques ligeros de la escuadra a Mejillones en la noche del 6 de octubre y el comandante Riveros a las 9 de la mañana del 7 con el resto.

Se ocuparon la mayor parte de aquel día nuestros buques en hacer combustible, y esto a la mismas horas en que el *Huáscar* llenaba en alta mar sus carboneras.

Los dos convoyes vienen ahora al encuentro el uno del otro, y para la fortuna de Chile, siempre pródiga en favores, iba a tener lugar la colisión que nuestros marinos habían buscado en vano durante largo medio año (abril-octubre de 1879)

XVII.

Como se verificó aquella para gloria de nuestras armas, será lo que habremos de contar en el próximo capítulo.

Pero antes de finalizar el presente debemos dejar brevemente consignadas dos operaciones marítimas que caven dentro del cuadro de esta relación y de su época. Nos referimos a la excursión de reconocimiento que hizo hasta Arica el *Blanco* en convoy con el *Itata*, en los primeros días de septiembre y el que verificó hasta Panamá el *Amazonas* a la conclusión de ese mes.

Los dos buques exploradores de Chile salieron de Antofagasta el 5 de septiembre, y recorriendo minuciosamente la costa encontraron el día 9 entre Arica y Pisagua una barca inglesa que venía cómodamente a cargar salitre a este último puerto. El 10 avistaron a la *Pilcomayo* que remontaba hacia el sur, obligándola a retroceder hasta su fondeadero. Hubo con este motivo el día 12 un fantástico cañoneo, como el que ya dejamos recordado del 5 de octubre, siendo éste, en consecuencia, más que un combate una baladronada. La *Pilcomayo* disparó diez bombas a diez mil metros contra el *Itata*, y éste por no ser menos le hizo seis disparos que cayeron como los otros al agua (Véase entre los anexos este segundo parte oficial del comandante Ferreiros.)

El día 13 de septiembre entraba el blindado y su consorte a Iquique; donde a la sazón se encontraban 11 buques cargando salitre, y el 15 estaban de regreso en Antofagasta.

Como se comprenderá, esta rápida excursión había sido la que había llevado la alarma y el fantasma de los desembarcos al campamento peruano, y ayudó en consecuencia a precipitar las operaciones que trajeron por resultado la pérdida del monitor y en seguida la pérdida del Perú: tan cierto es que en la guerra toda movilidad es éxito y todo estancamiento es ruina y derrota.

XVIII.

Respecto del viaje del *Amazonas* a Panamá, carecemos de informaciones oficiales. Pero se sabe que dejó el puerto de Antofagasta el 23 de septiembre, emplazado su intrépido comandante el capitán Thomson, para regresar en quince días y con orden de echarse sobre los buques peruanos que acarreaban armas al Callao, cualquiera que fuera el lugar en que los encontrase.

Por una singular casualidad el rápido transporte chileno llegó a Panamá el 8 de octubre, es decir el día en que el *Huáscar*, era apresado frente a Angamos, y aunque no encontró lo que buscaba, tuvo lugar en tierra un simulacro de combate entre varios marineros chilenos y algunos peruanos con motivo de una lámina del monitor peruano que uno de aquellos llamado Ponce despedazó patrióticamente en una taberna.

El comandante Thomson regresó ese mismo día al sur, y aunque había recibido orden de tocar a su regreso en las islas de Lobos para destruir sus elementos de embarque no dio cumplimiento a esta parte de su itinerario; a virtud de la voluntariedad y atropello natural de su animoso pero indómito carácter.

Por el contrario, el 14 de octubre se dirigió al Callao con el objeto de hacer volar la *Unión* con un torpedo de dinamita malamente preparado. Más,

por fortuna tal vez del caso violento, en el acto de ir al asalto con cien marineros voluntarios, se embriagó un buen número de éstos, y mientras bajaban a los botes en la oscuridad de la noche hicieron tal ruido, que se creyó prudente abandonar la empresa. En la riña que trabaron algunos entre si se escapó además un tiro de rifle que debió ser la señal de alarma para los peruanos.

Escusado es decir que al día siguiente corrió el azote a bordo del transporte hasta fatigar los brazos de los ejecutores, porque en tales eventos el comandante Thomson era inexorable. Y al fin, sin haber logrado excepto una riña en Panamá, el 8 de octubre, y otra riña en el Callao el 14, llegaba el capitán chileno el 18 de ese mes a Antofagasta un poco excedido del plazo de su comisión, pero destinado a hacerse cargo importantes operaciones que darían al fin a la guerra todo su desarrollo en el mar y en tierra firme.

ANEXOS AL CAPÍTULO XIII.

I.

CARTA AL CONTRA ALMIRANTE GRAU OFRECIÉNDOLE LA CANDIDATURA A LA PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA EN PREMIO DE SUS HAZAÑAS CONTRA CHILE.

Ilo, septiembre 2 de 1879.

Señor contralmirante don Miguel Grau.

Mi muy respetado y estimado amigo:

Aunque lo supongo a Ud. atareadísimo con la lectura de la inagotable cantidad de cartas de felicitación que le estarán llegando de todas partes, por el ascenso a contralmirante de la armada peruana, con que las cámaras acaban de recompensar los inmensos servicios que ha prestarlo Ud. a la patria, en la actual guerra con Chile, no quiero sin embargo privarme del placer de hacerme presente a Ud. en estos momentos.

Si para ello tuviera que pecar de importuno y distraerlo un momento de sus más serias ocupaciones, la sincera amistad que le profeso y la profunda estimación que tengo para con Ud., me servirán de disculpa.

El dictamen de la comisión de premios, y el discurso del señor don Carlos Elías, que no son sino la fiel interpretación de los sentimientos que abriga cada uno de los peruanos, son manifestaciones que honran a Ud. en alto grado; sin embargo, si bien estoy contento de ver que todo el país hace justicia a sus méritos, le declaro francamente que no estoy satisfecho con lo que se ha hecho en las cámaras.

Todos vemos en Ud. al salvador de la patria; en la conciencia de cada uno está, que si el Perú no ha sucumbido en esta guerra que se inició en condiciones tan desfavorable para nosotros, lo debemos exclusivamente a Ud., señor Grau, que se ha propuesto que nadie le dispute al *Huáscar* el señorío de los mares y que lo ha conseguido, gracias a su pericia, a su audacia, a su serenidad y a su generosidad que es ya proverbial en el mundo entero. Ha logrado Ud. hacerse temer y respetar por el enemigo y lo que es más aun que en medio de su pavor, los chilenos demuestren sin embozo su gratitud y solo tengan palabras para elogiar al noble comandante peruano que con mano firme los castiga durante el combate, pero que también les tiende esa misma mano para socorrerlos en su desgracia.

Con razón dicen todos que es Ud. el orgullo de la patria; todo peruano debe llevarlo a Ud. en su corazón y manifestarle su gratitud. Se perfectamente que su conocida modestia se subleva contra estos merecidos elogios; pero no importa; preciso es también que a la amistad le conceda Ud. un rato de expansión. Ud. tiene la suerte del Perú entre manos; suficientes pruebas ha dado Ud. de que por difícil y pesada que sea la tarea, no por eso esté más allá de sus fuerzas. Paso ahora a manifestarle por que no estoy satisfecho. Por más que busco algún otro peruano que se haya hecho acreedor a la gratitud nacional en igual grado que Ud., no lo encuentro; y esto no impide que hayamos tenido y tengamos varios contralmirantes. De aquí deduzco sencillamente, que no se le ha recompensado a Ud. debidamente, puesto que habiéndose Ud. colocado por los servicios que ha prestado, muy por encima de todos los demás, natural y muy justo era que por su grado se le colocase también en un nivel superior a todos. En buenos términos, si yo hubiese sido diputado habría pedido para Ud. como recompensa de sus servicios *excepcionales*, el puesto de vice almirante. Sin embargo, abrigo la confianza de que pronto se le hará plena justicia, y que la nación entera lo llamará al primer puesto de la república.

No sé si Ud. recordará que ahora cinco años, cuando la revolución de Piérola, brindé en casa por el contralmirante Grau: parece que si bien tengo el defecto de adelantarme, no por eso dejo de salir con la mía. En ocasión no muy remota tal vez, volveré a hacerme presente a Ud. para recordarle lo que llevo dicho anteriormente.

Sabemos que el *Huáscar* se ha batido cuatro horas en Antofagasta, con los fuertes y buques chilenos y que por segunda vez logró Ud. apagar los fuegos enemigos. Ocioso sería felicitarlo por cosas que Ud. hace cuando se le antoja. Estamos impacientes por tener detalles. El parte que se nos ha transmitido es muy lacónico: apostaría que ha sido redactado por Ud.

Por acá temen todos un desembarco de los chilenos; lo que es yo, no me puedo figurar siquiera que tal proyecto se les ocurra seriamente a los chilenos, mientras que sepan que el *Huáscar* anda por el sur. ¡Que bonito festín el que le prepararían para Ud. si viniesen unos diez o doce transportes en convoy con los famosos blindados que, gracias a Ud., han caído en el ridículo más completo!. Ya me figuro al *Huáscar* introduciéndose a media noche entre ellos, y el laberinto que metería en esa expedición, disparando sus cañones a diestra y siniestra, mientras que los blindados se quedarían con sus bocas abiertas sin poderle hacer nada, por temor de echar ellos mismos a pique a sus compañeros.

No se si sea error de concepto o efecto de la confianza ilimitada que tengo en Ud., pero me parece que cualquiera expedición que hagan los chilenos, está Ud. llamado a desbaratarla.

Me voy extendiendo demasiado y estoy abusando de su paciencia.

Matilde me encarga lo salude muy afectuosamente y lo felicite en nombre de ella, por sus repetidos triunfos. Tiene Ud. en ella una entusiasta admiradora de sus proezas.

Reciba Ud., señor contralmirante, un fuerte abrazo de su sincero amigo que hace votos por que la Providencia lo acompañe hasta el fin de esta cruel campaña y lo devuelva con salud al seno de su estimable familia, para quien cada día de victoria y de gloria debe ser un siglo de ansiedad y de martirio.

Tan cierto es que ante las angustias del corazón todo lo demás no existe.
Suyo de corazón.

Eduardo Lertora.

Septiembre 3.

En este momento nos llegan pormenores del combate del *Huáscar* en Antofagasta: batería de a 300 inutilizada; *Abtao* averiado, sus dos comandantes heridos; muchos chilenos muertos; ministerio Varas caído; protesta de los buques extranjeros sobre el modo de pelear los chilenos. ¡Cuanta gloria le está Ud. proporcionando a la patria! ¡Extraña guerra ésta, en que *un solo* hombre tiene en jaque a toda una nación entera! Todo lo que deseo es que Dios lo conserve con salud hasta el fin, para que pueda Ud. recoger los frutos de la obra de abnegación que ha emprendido Ud. y está llevando a cabo con tan felices y gloriosos resultados. Todos los héroes chilenos juntos no alcanzan al tobillo del contralmirante Grau. En Chile sería Ud. ya un semi dios: no permita Dios que el Perú se muestre ingrato para con su salvador.

Veinte abrazos por cada una de las buenas noticias que hemos recibido.
Su afmo. amigo.

Eduardo Lertora.

II.

PARTE OFICIAL DEL COMANDANTE FERREIROS DE LA "PILCOMAYO",
SOBRE EL CAÑONEO DE ESTE BUQUE CON LA "O'HIGGINS" EL 5 DE OCTUBRE
DE 1879, A LA VISTA DE ARICA.

Al ancla, Arica, octubre 5 de 1879.

A las 9.30 A. M. abandone el fondeadero y me puse en franquía con esta cañonera, dando así cumplimiento a las instrucciones verbales que se sirvió impartirme S.E. el supremo director de la guerra.

Media hora después se reconocía distintamente la escuadrilla enemiga compuesta de dos blindados, dos corbetas y dos transportes, además de dos embarcaciones menores a vapor.

A las 9.50 A. M. la *Covadonga* con rumbo al sur, se separaba del convoy a practicar un reconocimiento sobre un buque que a la vela, se dirigía al puerto, maniobra que fue secundada poco después por la corbeta enemiga, mientras los demás buques ponían proa al N.E. próximamente. Una vez reconocido, la corbeta y la cañonera pusieron proa sobre este

buque avanzando velozmente la primera, mientras nosotros disminuíamos el andar para acortar la distancia.

En esos momentos, 10.35 A.M. se tocó generala, y hallándonos a seis millas próximamente de este puerto y a 3.600 yardas de distancia, se rompieron los fuegos sobre la corbeta, los que fueron contestados inmediatamente.

Maniobrando en semi círculos, el siguió el combate a una distancia que ha meditado entre 3.700 y 2.500 yardas, disparándose sobre el enemigo cuatro bombas de segmento de siete pulgadas; tres granadas comunes del mismo diámetro; ocho proyectiles segmentados de a cuarenta, y seis del mismo calibre, en su generalidad con muy buena puntería.

El enemigo, a su vez, disparó diez y seis proyectiles explosivos, muy bien dirigidos, con especialidad el segundo que se ahogó a dos metros de la aleta de babor, inundando la toldilla y sección de popa.

A las 11.30 A.M., sin aumentar esta cañonera el radio en que giraba, seguía batiéndose; pero habiéndose replegado la corbeta enemiga sobre la *Covadonga*, que durante el cañoneo se mantuvo fuera de tiro, hice rumbo sobre aquella, haciéndole mis último disparos con los cazadores, sin obtener contestación del enemigo, operación que suspendí cuando estuvo fuera de tiro; y a las 12 P.M., puse proa a este fondeadero, después que los buques, chilenos se retiraron con rumbo al norte. A la 1 P.M., di rumbo sin novedad.

Lo que tengo el honor de poner en conocimiento de U.S., a fin de que se digne elevarlo al conocimiento del señor general director de la guerra.

Dios guarde a U.S.-S.C.J.

Carlos Ferreiros.

Señor contralmirante comandante general de las fuerzas y baterías de esta plaza.

III.

PARTE OFICIAL DEL COMANDANTE DE LA "PILCOMAYO" SOBRE EL CAÑONEO DE ESTE BUQUE CON EL "ITATA", FRENTE A ARICA, EL 12 DE SEPTIEMBRE DE 1879.

Al ancla, Arica, septiembre 12 de 1879.

Señor comandante general:

Dando cumplimiento a las instrucciones verbales del supremo director de la guerra para descubrir la presencia del enemigo en estas aguas, zarpé de este fondeadero a las 6.30 A.M. del día de hoy, gobernando al O. 1/4 S.O. del compás.

A las 10 A.M. se avistaron a 10 millas próximamente sobre nuestra amura de babor, dos humos, los que resultaron ser el blindado *Blanco Encalada* y transporte *Itata*.

Goberné sobre ellos hasta reconocerlos distintamente, virando sobre este punto a las 10.50.

Continué con esta proa graduando convenientemente el andar con el fin de atraerlos hacia estas aguas, hasta las 11.40 en que observando que el transporte se hallaba más próximo a nosotros y algo separado del convoy, viré sobre él y maniobrando en círculos, le disparé diez tiros a bomba que fueron contestados por seis del transporte mencionado.

Después de este cambio de balas, el *Itata* desvió su proa acercándose al blindado que a su vez se aproximaba a toda fuerza de máquina.

En vista de esto, puse proa sobre este punto sin que el enemigo me persiguiese; a la 1.40 me puse al habla con el *Huáscar* que navegaba en demanda de nosotros y de cuyo comandante recibí orden de seguir al puerto, en el que di fondo a las 2 P.M.

Lo que tengo el honor de informar a US. a fin de que se sirva ponerlo en conocimiento del supremo director de la guerra.

Dios guarde a US.-S.C.J.

Carlos Ferreiros.

Señor contralmirante comandante general de las fuerzas de esta plaza.

CAPÍTULO XIV.

ANGAMOS.

Por que el contralmirante Grau navegaba al norte pegado a la costa, sabiendo que los acorazados chilenos se hallaban a barlovento de su derrotero. Si error sobre la nueva táctica marítima de los chilenos, esta vez lo pierde. Plan concertado por el almirante Riveros en Mejillones. Alteración que en él hace el ministro de la guerra en campaña por el telégrafo. El comandante Riveros sale de Mejillones a las diez de la noche con la división pesada de la escuadra y el comandante Latorre va a emboscarse frente a la Punta Angamos a las doce. El contralmirante Grau reconoce a las dos de la mañana a Antofagasta y se dirige tranquilamente al norte con la *Unión*. El primer encuentro de los humos en la oscuridad. Los peruanos rehusando la ocasión de un esforzado y ventajoso combate, huyen. Comienza la quinta persecución del *Huáscar* y continúa hasta las siete de la mañana del 8 de octubre. Profunda ansiedad a bordo de la capitana de Chile. Aparecen los humos de Latorre por el N.O. e inmenso entusiasmo que esta circunstancia despierta en nuestros marinos. Confianza del contralmirante Grau, que a esa hora se sabía echado a dormir. Heroico avance de Latorre con sus buques en ala, y actitud personal de ese jefe. La *Unión* huye cobardemente al norte y se abre paso con su mayor andar, perseguido por la *O'Higgins* y *Loa*. El *Huáscar* se dirige hacia la punta Angamos, al parecer para estrellarse; pero a 3.200 metros da su costado al *Cochrane* y rompe los fuegos. El *Cochrane*, navegando paralelo al monitor, rebasa, junto con éste la punta Angamos y estrecha la distancia a 2.00 metros frente a punta Tames. Terribles punterías de los cabos de cañón del *Cochrane* y sus espantosos estragos en el monitor. La torre de combate es varias veces perforada y el contralmirante Grau reventado en el espacio al cuarto disparo. Muerte del capitán Aguirre y de los tenientes Ferré y Rodríguez. Extraordinario heroísmo del teniente Palacios. El cirujano Távara. Una bomba deja sin gobierno al *Huáscar* y éste arría se bandera o cae esta a la cubierta por efecto de los proyectiles. El *Cochrane* suspende un momentos los fuegos y los continúa. Llega en este momento el *Blanco* y se lanza al espolón contra el *Huáscar*. Error técnico de esta maniobra. Imponderable destreza náutica del capitán Latorre y opiniones de los ingleses sobre su conducta. Inminente peligro de una colisión entre los dos blindados chilenos, y averías que causa en el *Cochrane* este valiente pero equivocado movimiento. Los dos blindados describiendo un semicírculo, se lanzan dos veces con el ariete sobre el *Huáscar*, y errando el golpe, lo acríbillan a balazos. El monitor hace un último esfuerzo por huir y se rinde, parando su máquina. El primer bote del *Cochrane*. El comandante Peña toma posesión del *Huáscar* y horrible aspecto que éste presenta. Muertos, heridos y prisioneros. La muerte del contralmirante Grau y su carrera. Su hoja de servicios. Universal sentimiento que su trágico fin inspira en Chile y noble nota del gobierno sobre la inhumación de sus restos. El contralmirante Grau es declarado héroe de segunda clase por el director Piérola y su ridículo decreto. Manera como el pueblo chileno fue recibiendo instantáneamente las noticias del combate y su intenso regocijo. *Te Deum* y fiestas públicas. Discurso del autor a la puerta de la Moneda, caracterizando la situación. La

campana marítima ha concluido y la campana de tierra va a comenzar. Documentos inéditos y partes oficiales.

“La muerte del contralmirante peruano don Miguel Grau ha sido muy sentida en esta escuadra, cuyos jefes y oficiales hacían amplia justicia al patriotismo y al valor de aquel notable marino”.

(Parte oficial del combate de Angamos pasado al comandante general de marina por el jefe de la escuadra de Chile. Antofagasta, octubre 10 de 1879).

I.

Se ha albergado por muchos la creencia de que el contralmirante Grau, jefe del convoy peruano, cuando navegaba hacia el norte y pegado a la costa, ignoraba que el *Cochrane*, repuesto ya de sus achaques del bloqueo, hacía compañía a la escuadra de operaciones en el norte. Pero tal suposición no es verdadera. Por los pasajeros del *Cotopaxi* y especialmente por el mercenario capitán del *Ilo*, que tenía anticipados sus servicios al Perú desde la declaración de la guerra había tenido el jefe peruano sobrada ocasión de conocer hecho tan grave y que contaba dos o tres semanas de antigüedad. Pero el contralmirante peruano confiaba en dos cosas, en el ágil andar de su buque y en el torpe y ya bien conocido manejo de nuestra escuadra acostumbrada solo a los bloqueos y a las navegaciones en convoy cerrado: y por esto solo se atrevía. De otra suerte habría tomado desde Tonyoy la alta mar y abría llegado por quinta vez ileso a Arica.

II.

Y era tal su ciega confianza a ese respecto, que habiendo avistado en la media noche del 7 de octubre en su viaje de regreso, las luces de Antofagasta, se tentó, como en otras ocasiones, de observar la bahía, por si encontraba algo en que emplear la mano o el ariete. A este fin, la *Unión* fuese a esperarlo a punta Tetas un poco al norte de la bahía, tardando en esta separación infructuosa dos o tres horas.

Pero esta vez ¡al fin! el contralmirante peruano se había equivocado porque el jefe chileno, en prosecución del hábil plan resuelto en consejo de jefes a la vista de Arica, había ordenado aquella misma noche que la escuadra avanzase al sur en dos divisiones abiertas en las alas para dominar el horizonte y los derroteros acostumbrados de los peruanos.

Sufrió este plan leve alteración de forma, si bien con manifiesto disgusto del comandante chileno porque, desdeñada su autoridad y su categoría, el ministro de la guerra telegrafió directamente al capitán del

Cochrane, que en lugar de tomar la vanguardia del avance, se colocase al contrario en acecho a retaguardia de las posiciones que iba a cubrir en su marcha nuestra escuadra. (En esta particular hay duda y discrepancia entre los partes oficiales del contralmirante Riveros y del capitán Latorre. El primero afirma que el último recibió *directamente* la orden que modificaba la marcha de la escuadra y que a esa orden se subordinó el movimiento, abandonando la primera combinación. Pero el comandante Latorre sostiene en su parte de la jornada de Angamos, recientemente dado a luz, que ese despacho lo recibió *después* de la partida al sur del jefe de la escuadra.

Nos parece que el que está en error es el comandante Latorre porque el secretario de la escuadra don Eusebio Lillo nos ha asegurado que el último jefe recibió el telegrama del ministro en las primeras horas de la noche del 7 en la rada de Mejillones, que él mismo (Latorre) lo llevó en consulta al jefe de la escuadra; que éste se sorprendió y disgustó de aquella orden directa comunicada sin su anuencia, pero que en el acto consintió en obedecerla. Agrega el señor Lillo que el ministro de la guerra en campaña ordenaba al capitán Latorre cruzara a *sesenta* millas fuera de la costa., es decir precisamente por donde no pasaría el *Huáscar*, y que el comandante Latorre se resolvió a no poner en ejecución tan absurdo mandato, encontrando explícita aprobación del almirante y en el mismo secretario de la escuadra.

Si en estas informaciones no hubiera algún error, quedaría probado que el criterio de los ministros en campaña era el absurdo como había sucedido en lo de Taltal y Calderilla. Pero es justo reconocer que el comandante Latorre declara en su parte oficial que la distancia marítima que le fijó el ministro fue solo la acertada de veinte millas “distantes de la tierra más cercana”.

Es este de todos modos un punto dudoso que espera del tiempo su definitiva resolución; y por cualquier camino el plan originario era el de Arica; y uno u otro habría dado el mismo resultado, porque toda la cuestión era dividir la escuadra en dos grupos y traer éstos en ala y no en convoy cerrado. En el caso de haber seguido fielmente el plan del comandante Riveros, la división Latorre habría caído una o dos horas antes sobre el monitor y el resultado de la batalla habría sido de todas maneras el mismo, aunque talvez algo más rápido.)

III.

De todas suertes, dando cumplimiento a la última resolución impuesta o acordada, el jefe de la escuadra se alejó de Mejillones a las diez de la noche con el *Blanco*, la *Covadonga* y el *Matías Cousiño*, mientras que dos horas después el *Cochrane*, con la *O'Higgins* y el *Loa*, iban a emboscarse en plena mar, llegando éstos al punto señalado frente al blanquecino muro de Angamos, que es buen punto de marca náutica, a las 3.53 minutos de la mañana.

A esa misma hora, con minutos de diferencia, el tope del *Huáscar*, reunido ya su consorte que le aguardaba aguantándose sobre su máquina, daba la voz de humos al norte.

Se divisaba, en efecto, a la distancia de cinco o seis millas en el trasparente y primaveral cobertor de la noche fría y estrellada, tres pardos penachos que se adelantaban lentamente al sur.

Era el comandante Riveros que hacía su aparición en el horizonte.

IV.

Vuelco violento debió experimentar en el primer instante el corazón, de ordinario sosegado en el pecho del contralmirante Grau, delante de aquellos huéspedes, sino inesperados, temidos; y mandando ceñir la caña con brusco movimiento torció rumbo hacia el oeste y en seguida al sur oeste, en demanda del franco paso del océano. Sorprendida de aquella maniobra, la *Unión* que seguía las aguas del monitor, se puso a su retaguardia como para cubrir su fuga con su más poderoso andar.

Gracias a esta maniobra, el *Huáscar*, describiendo un arco de círculo hacia el occidente, logró pasar al norte, de nuestros barcos que venían del norte, y se creyó salvado.

V.

Los buques chilenos, a su vez, se habían dado inmediatamente cuenta de la situación y se pusieron en el acto a perseguir a los prófugos. Bien pudieron éstos hacer frente con brazos de valientes a la pesada vanguardia chilena, y si tal hubieran intentado habrían merecido, vencedores o vencidos, la palma del renombre. Pero su misión era “huir”; y rehusando el combate de blindado a blindado y con el poderoso auxilio de una fuerte corbeta, los peruanos fueron a perderse sin gloria en bien armado lazo.

La persecución lenta y fatigosa que emprendía el *Blanco*, con sus calderos calcinados en el bloqueo, no era en realidad una caza, era una trampa, y a ella marchaban, proa de frente, los dos incautos merodeadores del Pacífico. “El enemigo, dice el contralmirante Riveros en su parte de la jornada, huía delante del blindado chileno, y veces inclinando su rumbo hacia el oeste, a veces acercándose a tierra; pero siempre en dirección al norte. El superior andar de sus naves acrecentaba por momentos la distancia que nos separaba. Mi deber era, sin embargo, continuar sin descanso la persecución, como el mejor medio de llevar al enemigo hacia un combate inevitable, esperando que al fin se presentase el crucero de Mejillones”.

Pero cruel duda asaltaba el pecho de los tripulantes de la capitana de Chile en aquellos momentos de patrióticas angustia. Faltaban todavía dos horas para que la claridad del día descendiese de las colinas a las olas, y si

aprovechando la oscuridad, los ágiles enemigos burlaban la vigilancia de “crucero de Mejillones”, ¿a que quedarían reducidos los esfuerzos hechos por la quinta vez para su captura? Y si el capitán Latorre se había ido más allá de la línea propicia del acecho ¿como viniendo del oeste, sería dueño de cortar la proa de lo fugitivos que ganaban francamente el norte, arriados por las humaredas cada momento más lejanas de los perseguidores?.

La ansiedad a bordo del *Blanco* era terrible.

VI.

En la cámara del blindado peruano reinaba al contrario la paz de la confianza y hasta la burla fina y alegre del último ingenioso chasco jugado al adversario.

A las seis aclaró el día y alumbró el triunfo náutico aparente y la venturosa estela de los peruanos. El contralmirante Grau, fatigado con la larga velada, se echó en su lecho con el primer albor que alumbraba el derrotero de su afortunada de embarcación. El *Huáscar* andaba a esas horas diez y tres cuartos de milla, la Unión catorce, el *Blanco* apenas ocho, la Covadonga menos. El almirante peruano podía echarse a dormir a buen recaudo.

VII.

Pero de improviso, y cuando el sol asomaba tras los médanos, el vigía del *Blanco* dio el esperado grito: *¡Un humo al nor oeste!*. Y en seguida y sucesivamente repitió con la claridad del bronce en bronceado pecho estos dos ecos de alarma que eran dos ecos de victoria. *¡Dos humos, tres humos al nor oeste!*

No había lugar a duda: era Latorre que llegaba, en la hora, en el sitio y en la manera que la esperanza y la gloria de Chile lo requerían.

¡Un hurra! atronador resonó en el puente y en las cofas del buque almirante: era el saludo de la batalla tanta veces buscada por aquellos hombres animosos y vengadores.

Y ¡cosa extraña! es de creer por el horario de los partes oficiales, que los chilenos avistaron el crucero de Mejillones con anterioridad a los confiados vigías del monitor ya puesto en cobro. Aquellos a las siete de la mañana, los últimos un cuarto de hora más tarde.

VIII.

Honda como el océano y súbita como sus cambios, fue la emoción que ganó a un tiempo los ánimos de los tripulantes del monitor fugitivo, y mayor el sobresalto y la inquietud que reino desde el primer momento en la cámara de su rápida pero infiel consorte. Sabía el comandante de ésta que le era fácil escapar. Pero el jefe del convoy sabía que era preciso morir, y su tranquila y casi impasible serenidad infundía aliento a los descorazonados en torno suyo.

Montaba la guardia matinal del monitor el teniente don Meliton Rodríguez, que allí murió; y era tal la confianza en la escapado de todos lo espíritus, que cuando el topo gritó *¡Humos al nor oeste!* no pudo aquel oficial evitar un movimiento de indignación, y suponiendo que el vigía equivocaba su visual en los buques chilenos que avanzaban lentamente a retaguardia, le gritó con ira “No ves bruto que son humos del sur” (Dato comunicado por el mismo vigía prisionero en el cuartel de artillería en Santiago).

El vigía entre tanto no podía equivocarse.....

El teniente Rodríguez hizo en el acto despertar al contralmirante Grau, y echando éste sobre sus espaldas su tradicional capote de cintura que le tocaba los tobillos, comenzó a pasear pensativo la cubierta atusando de cuando en cuando sus grises bigotes, encanecidos en el servicio ingrato de más ingrata patria.

Su ojo experto de marino, auxiliado por poderoso lente, le había revelado a la primera mirada escudriñadora del horizonte, la desesperante intensidad del drama, y contemplando la majestuosa masa del *Cochrane* que avanzaba levantando con su quilla penachos de espuma, se limitó a decir con cierto aire melancólico y expresión sombría de la voz y el semblante: *¡Es Latorre!*.

Era, en efecto, el vencedor de Iquique que a su hora llegaba. Traía esté su división en ala como el cóndor que da caza al buitre entre las breñas ocupando con su acorazado el centro y trayendo la *O'Higgins* y al *Loa*, que le servían de garras, aquellas al norte, y el último barco, más veloz, por el lado de babor, formando así el circuito que la segunda división venía lentamente estrechando por el sur. El destino devolvía ahora al *Huáscar* “el corral de buitres”, en que seis meses hacia encerrara a la *Esmeralda*, junto al Colorado.

El contralmirante Grau se acercó a la máquina y dando el grito de *¡Full speed!* se fue resueltamente a colocarse en su puesto en la torre de combate, excelente blanco para las punterías enemigas.

IX.

En tales condiciones el combate no podía ser dudoso, pero vino a descubrir el profundo desaliento y desconcierto del enemigo una maniobra cobarde de la *Unión*. Destruyendo ésta el orden del convoy que había traído, se precipitó en abierta fuga hacia el norte, gobernado como flecha y apretando a un mismo tiempo las válvulas de los cilindros y la de los corazones, que para huir se hace ello preciso, echando juntamente a los fogones la honra y el rubor, llama luciente que guía en la batalla.

El capitán García ha declarado en una carta pública al oficial de señales del *Huáscar*, el teniente Garezon, que no recibió orden de ningún género. ¿Y como entonces se atrevió a huir sin orden? ¿Como abandonó al monitor? ¿Como desertó del jefe, del amigo y la bandera?.

En ese mismo tiempo, el *Huáscar* desesperado de cortar la proa del acorazado chileno que ahora corría doce millas francas, torció su rumbo hacia la punta de Angamos, lugar que en indio significa “fantasma blanco” y tal lo parece a la distancia. Tal debió también parecerlo a los peruanos....

X.

Se creyó por un momento que el monitor, vencido sin haber peleado, corría a estrellarse contra los farellones de la costa. Pero el contralmirante Grau no era hombre de ese temple, y una vez elegida su posición de combate cerca de la costa, dio su costado a su formidable perseguidor, y a la distancia de tres mil doscientos metros disparó su primer cañonazo de reto.

Eran en ese momento las 9.25 de la mañana, y el combate cuerpo a cuerpo comenzaba de hecho.

El comandante del *Cochrane*, sereno como en un día de parada, de pie sobre el puente, cruzado de brazos y con los ojos de águila fijos en la presa, por todas partes antes perseguida sin ser hallada, se lanzaba silencioso con su poderoso andar sobre la proa del *Huáscar*. Oportunamente había hecho señales a la *O'Higgins* y al *Loa* de perseguir a la fugitiva *Unión*. Venía solo. Y así sobraba para su éxito y para su gloria.

El *Cochrane* aguantó estoicamente los dos primeros disparos del monitor, cuyos proyectiles pasaron silbando sobre su borda, y solo cuando estuvo casi a tiro de rifle de su competidor dio el impávido comandante la señal de ¡fuego! que todos los brazos reclamaban. En ese instante no se sentía en las férreas baterías del blindado sino el denso respirar de sus artilleros, enclavados sus ojos en los cabos de cañón y la pupila de éstos inmóviles como el acero de las alzas de sus formidables cureñas.

El acorazado venía en ese momento caldeado como un proyectil de fuego. Era tal el intenso calor de la máquina, llevada a su mayor presión, que los cirujanos administraban éter a los fogoneros que sacaban a cubierta desmayados. Así es como se alcanza a los que huyen, y así es como se pelea cuando se les da alcance.

Rebasaba en ese instante el *Huáscar* la punta Angamos, y cruzaba casi en línea recta hacia el norte la ancha y esplendorosa bahía de Mejillones iluminada a esas horas por radiante sol, digna así de servir de lecho a aquel combate, y como el *Cochrane* navegaba a toda fuerza por su costado de babor, el monitor cayó, por un movimiento natural de los nerviosos timoneles, un tanto al lado opuesto, y así se acortó la distancia hasta 450 metros. Los dos buques se encontraban en ese momento decisivo junto a Punta Tames, que cierra la ensenada de Mejillones por el norte.

XI.

Los movimientos puramente náuticos del acorazado chileno revelaban hasta ese momento la más consumada destreza por parte de su joven comandante. Evitando ponerse de frente para cortar el paso al fugitivo, movimiento siempre peligroso contra la fiera y contra el ariete, se pegó al contrario a su costado de babor, y un tanto a retaguardia de su débil popa, para enfilar ésta y destruir así, desde el principio del combate sus aparatos de gobierno, única esperanza de salvación que quedaba al perseguido.

De esta suerte el hábil cuanto valeroso marino chileno conseguía también dificultar los disparos de la torre de combate que el alcázar del monitor cubría a popa. Y es de notarse que este movimiento del *Cochrane*, justa y calorosamente aplaudido por los hombres de la ciencia náutica en el extranjero, fue conservado con rara maestría durante todas las peripecias del encuentro, no obstante los excéntricos movimientos del monitor que se azotaba entre las olas como un loco. Un perito inglés ha llamado “admirable” esta táctica de combate de nuestro buque vencedor. (En el periódico titulado *Engineering* de Londres del 23 de enero de 1880 en un artículo titulado *The capture of the Huáscar*.)

XII.

El primer disparo del *Cochrane* no tuvo efecto. Pero rectificadas las punterías, el monitor se convirtió en blanco de las imponderables punterías de los rudos cabos que había adiestrado el inteligente comandante Simpson. El segundo disparo perforaba la torre de combate con el terrífico efecto que todos

han podido admirar en las muestras de su blindaje exhibidas en Santiago; el tercero o cuarto aventaba la torre del comandante del buque y con ella al bizarro jefe que allí tenía su puesto y cuyo torso fue arrojado como leve astilla en el espacio, al paso que su ayudante el teniente don Diego Ferré, mozo entusiasta y animoso, que en Arica protestara con calor contra la infamia de poner a la jineta la bandera del Perú sobre la de Chile, era llevado moribundo a la sala de cirugía por efecto de la espantosa concusión de los proyectiles.

Se dijo en aquel tiempo que el ayudante del contralmirante Grau había muerto de susto, porque no se le encontró lesión visible, pero evidentemente pereció por efecto de la vibración, como los tripulantes del *Merimac* en el combate de Hampton Roads en 1863. El desdichado oficial fue arrastrado a pulso por el carpintero segundo del buque, bordolés de nacimiento, y que, como más adelante veremos, tuvo para el caso una palabra espiritual de buen francés.

Después del desdichado comandante en jefe del *Huáscar* había tomado su puesto entre los escombros de su cuerpo y del blindaje, dando muestras de enérgica serenidad en el deber, su segundo, el capitán don Elías Aguirre, cuyo nombre y cuyo noble sacrificio consagra hoy una de las baterías del Callao. Pero arrebatado casi instantáneamente por el estallido de una bomba como su predecesor, puesto fuera de combate por los destellos de otra dentro de la torre de combate el mayor de órdenes don Meliton Carvajal; muerto el bravo teniente Rodríguez que apuntaba los cañones asomándose por la tronera de la torre; atascada ésta por las bombas, y por último acribillado de heridas el heroico teniente Palacios que tomaba la distancia de combate y atendía a todas las emergencias, cupo el mando del desmantelado barco al teniente don Pedro Garezon, mozo al parecer bravo pero, al parecer, jactancioso. Dentro de la torre quedaba moribundo un artillero francés llamado Julio Pablos, que era el favorito de la tripulación en los días de combate.

XIII.

Arrasadas así las vidas en el espacio de pocos minutos, los artilleros del *Cochrane* daban cuenta juntamente de las partes más esenciales del desmantelado barco y de su manejo. Rotos por una bomba los guardianes de su timón, el monitor quedaba sin gobierno con su torre embarbascada, sin jefes y hasta sin bandera, porque a las diez y diez minutos, esto es, media hora después de roto el fuego, era arriada aquella por mano pusilánime o caía a la cubierta por el efecto de los proyectiles, según lo han asegurado los peruanos y nosotros lo creemos porque siguieron peleando.

Continuaban, en efecto, batiéndose noblemente los últimos sobrevivientes entre los oficiales, sosteniendo los fuegos de la torre los dos tenientes de Caldera Díaz Canseco y Santillana que por un verdadero milagro escapaban ilesos.

El humano comandante Latorre, juzgando terminado el combate al divisar al enemigo sin insignia, ordenaba tocar *¡alto el fuego!* y se disponía a abordar su presa desde la distancia de doscientos metros en que se hallaba, cuando volvió a flotar en el único mastelero del monitor la bandera de pelea.

Rompió de nuevo sus fuegos con espantoso estrago la batería del *Cochrane* sobre el casco a flote del taimado barco peruano que de hecho estaba vencido, cuando llegaba en ese instante en su auxilio el *Blanco*. Y entraba éste en la batalla con tal brío al espolón, que estuvo apunto de producirse una fatal colisión entre los dos blindados chilenos. Era el ansia de la victoria, vértigo de los más nobles ánimos, lo que tal peligro provocaba.

“El *Blanco*, dice el comandante Latorre, en su severo parte de la acción, guardado hasta última hora por nimiedades en los archivos, en su rápido ataque sobre el monitor se interpuso entre él y nuestro buque, de tal modo que hubimos de girar sobre babor y el *Blanco* sobre estribor, motivando así que, la distancia entre el *Huáscar* y el *Cochrane* se aumentara, de 200 metros a que estaba, a 1.200”. Se ha dicho también que en esta falsa maniobra el *Blanco* metió una bala en la popa del *Cochrane*, causándole considerable daño, porque aunque por fortuna no reventó, hirió con los astillados a varios marineros. Más, aunque el hecho se da como efectivo en razón de que el buque así herido no presentó en ninguna ocasión su popa al monitor, por otros ha sido negado si bien no contradicho.

Es ese de todos modos un simple accidente de combate, como en tierra firme la carga de los granaderos contra los navales en el alto de Tacna. (El autor inglés del artículo citado, critica con alguna dureza este movimiento del *Blanco*, tachándolo de innecesario y peligroso como en efecto lo fue, y cita como ejemplo análogo el caso ocurrido en Cartagena con la *Numancia* cuando el asedio de esa plaza en 1871. Según el articulista una vez fallado el espolonazo, como falló en esa circunstancia, el buque agresor se ve obligado a virar casi en redondo para renovar tanto el ataque como la persecución, y sostiene que el *Huáscar*, si hubiera tenido gobierno, habría podido escaparse al norte. La verdad del caso es que el *Cochrane*, además del peligro del choque, perdió 800 metros de distancia, y esto está perfectamente demostrado en el diagrama que publica el diario inglés, trazando el círculo que los dos blindados chilenos describieron al virar en sentido opuesto para proseguir su obra: esto gracias a su doble hélice.

Se entiende, sin embargo que por nuestra parte nosotros no criticamos que el *Blanco* entrase en combate, porque en esto llenaba un glorioso deber, sino la manera demasiado impetuosa en que lo hizo.)

XIV.

Descrita por los dos acorazados chilenos la fuerte curva que el riesgo de su próxima colisión, les imprimiera, quedo el *Huáscar*, a vanguardia de uno y otro, pero encerrados dentro de un verdadero círculo de hierro, y aunque intentaba gobernar desesperadamente y como fiera atolondrada por terrible golpe en el espeso bosque, ya en un rumbo ya en otro lo más que lograba era evitar los golpes de ariete que en dos lances sucesivos le llevaron cada uno de los nuestros. Y en tales casos, si escapaba al espolón, era para recibir de lleno, a diez o veinte metros de distancia, los disparos por depresión de ambos, blindados que iban convirtiendo en hacinamiento de ruinas y de cadáveres el antes fornido merodeador.

Al fin el *Huáscar*, como bravo novillo desangrado que se escapa del toril, hizo un agonizante ademán para dirigirse al norte, y viéndose sin salida se rindió, parando su máquina para sumergirse. Hablando de su última hora uno de sus tripulantes, prisionero en el cuartel de artillería de Santiago (el carpintero francés Ides Kerssant, de Burdeos) decía con mucha propiedad, y tal vez por reminiscencias propias, como hijo de lugar de viñas, que el monitor parecía “un hombre ebrio, a quien dos gendarmes llevaran a planazos al depósito de policía”. Los dos gendarmes se llamaban esta vez *Blanco Encalada* y *Cochrane* y eran dos almirantes de Chile que hacían la policía de sus mares...

XV.

En el acto pasó a su bordo un bote del *Cochrane*, y fue digna de notarse la inalterable serenidad con que el comandante victorioso dispuso su embarque. Iban, en efecto, en el bote el capellán, el cirujano, un ingeniero, un contramaestre, soldados de guarnición para custodia, marinos para la maniobra, en una palabra, cuanto se necesitaba para el caso y todo a las órdenes del intrépido oficial don Juan Simpson. Minutos después llegaba al costado del rendido monitor otro bote del *Blanco* comandado por el desdichado segundo comandante de ese buque, don Guillermo Peña, que era solo una especie de proyectil de carne ruda, elegido bien, bajo este solo concepto, para el caso. “Pintar la escena de desolación, cuenta un corresponsal que se hallaba no lejos del combate en aquel día, y el espectáculo de carnicería que ofrecía la cubierta y entrepuentes del *Huáscar*, es cosa para suponerla. La cubierta era invadida por los heridos a quienes se traía arriba con el objeto de sacarlos de la atmósfera pesada y cargada de humo que abajo se respiraba, y por algunos marineros, que temerosos de que la nave se

hundiese o volase por los aires, una vez que el fuego alcanzase a la Santa Bárbara se disputaban la primacía de abandonar el buque. Lo que una vez fue cámaras, salones y camarotes era ahora un hacinamiento de madera trozada, ropa despedazada, miembros humanos, sangre y cascos de granadas en la más horrible confusión: los pasillos de la torre estaban sembrados con los restos de marineros muertos en ella o manejando las cigüeñas con que se la hace girar; y por cualquiera parte del buque a donde se volviera la vista no se presentaban sino ejemplos de los efectos increíbles producidos por las explosiones de las granadas Pallisser de los blindados.

Había el *Huáscar* recibido dos tiros en el castillo, dos dentro de la torre y tres, que no le perforaron, dos en la chimenea, dos en la torre del comandante, varios en cubierta, uno en un cañón, cinco sobre la línea de agua a estribor, tres a babor y dos por la popa, amen de varios que no penetraron en el blindaje del costado y de una infinidad de pequeños disparos de rifles y ametralladoras que dejaron el buque acribillado con sus señales. Los nuestros, en cambio, solo tuvieron tres golpes recibidos por el *Cochrane* y muchos tiros de rifles en ambos buques.

De los restos del comandante Grau solo ha podido recogerse, aparte de las piernas, un trozo de mandíbula que se reconoció por los dientes tapados con oro”. (El número de disparos que recibió el *Huáscar* fue de 20, de los cuales 13 atravesaron en diversas direcciones su blindaje, 4 perforan solo las obras de madera y 3 abollaron de rebote, pero sin perforarlo, el blindaje.

En cuanto a los restos del desgraciado contralmirante peruano solo se encontró una tibia de su pierna que recogida en una caja fue sepultada al día siguiente 9 de octubre con los honores debidos en Mejillones.

He aquí a propósito del desenlace del combate del *Huáscar* un interesante extracto debido al inteligente capitán del *Loa* don F. X. Molina que lo extiende también a la persecución de la *Unión*.

10 hs. A. M. *Huáscar* vira a tierra. 10 hs. 40 ms. *Huáscar* hace de nuevo rumbo al norte y dispara sus cañones. 10 hs. 45.ms. *Huáscar* toma otra vez rumbo al sur, pasa delante del *Blanco* que le dispara su batería de estribor, muy pegado a la costa. 10 hs. 50 ms. vuelve al norte. Sigue el fuego. 10 hs. 57 ms. A. M. dispara *Covadonga* por el sur, tiro corto. A esta hora el *Loa* emprende la persecución de la *Unión* habiéndole disparado la *O'Higgins* un tiro de 150, pero sin éxito, a las 9 hs. 53 ms. A.M.

12 hs. 15 ms. P. M. pasa el *Loa* a la *O'Higgins*.

Sigue la caza.

2 hs. 30 ms. Se dispara el cañón de proa.

2 hs. 40 ms. P. M. Se dispara sobre la *Unión* el cañón de 150. Andamos 14 millas a toda fuerza.

2 hs. 45 ms. el *Loa* por babor de la *Unión*. Se dispara el cañón de proa: 3 hs. 29 ms. P.M. Se dispara cañón de proa y viendo que la persecución es infructuosa, se manda media fuerza.

La *Unión*, a pesar de estar a tiro de cañón, no contestó uno solo de nuestros disparos. Aumenta el andar de su máquina de una manera extraordinaria.)

XVI.

Tenía lugar la escena de rendición final del monitor a las 10.55 de la mañana, esto es, noventa minutos después de disparado el primer cañonazo a las 9 y 25, y ya a esa hora se conocía en Santiago y talvez en toda la república, si no el desenlace, las principales peripecias del terrible e impacientemente deseado encuentro.

A las 10 y 10 minutos de la mañana el ministro de la guerra en campaña, enviaba en efecto, al presidente de la República el siguiente telegrama que cundió con la vibración del rayo por la vasta ciudad harta ya de esperas y de rubores:

Señor ministro de la guerra:

“Se avisa de Mejillones que *Blanco, O'Higgins* y otro buque chileno llevan a tiro de cañón al monitor, frente a Morro Moreno.

Es probable que en una hora más aparezca por el norte el *Cochrane*.

Pocos minutos después, se avisa que el monitor pasa perseguido por nuestros buques.”

R. Sotomayor.

XVII.

Un cuarto de hora más tarde circulaba en los patios de la Moneda esta otra versión enviada desde Mejillones, divisadero lejano del combate:

“Los buques enemigos se han divisado: uno marcha paralelo a la costa, y en este momento se aparta.

El otro ya más afuera, como cinco millas más atrás. Ambos son perseguidos. El último se bate vivamente con los de atrás. El primero y los que los persiguen apenas se divisan: se pierden de vista.

A la vista otro buque.

Todos en este momento hacen fuego.

Domingo Toro Herrera.

Y en seguida, durante el transcurso de dos horas largas de palpitante emoción, llegaban los siguientes dramáticos detalles que producían en el pueblo profundo y bullicioso regocijo:

Antofagasta, octubre 8.

(A las 12 M.)

“Perseguidos los buques peruanos *Huáscar* y *Unión* hacia el norte, *Cochrane*, *O'Higgins* y *Loa* han podido ocurrir oportunamente al combate.

Todos los buques de nuestra escuadra parece que se han batido, según los partes de Mejillones con el enemigo hasta las 11.4 ms. en que el monitor, según se cree, avanza mucho hacia el norte.

A las 11.6 ms. ha cesado el fuego y se van perdiendo de vista hacia el norte.

A las 11.20 ms. se me dice que el *Blanco* es el que persigue más de cerca, según parece.

A las 11.35 ms. se divisan cinco buques rumbo al norte, siempre muy distantes.

Durante el combate hasta este momento, un transporte, que supongo sea el *Matías Cousiño*, se ha retirado a veces a la distancia, ahora va aproximándose mucho a nuestros buques.

A las 11.40 ms. avisan del Morro de Mejillones que se han juntado siete buques y que otro avanza del norte y toda máquina”.

R. Sotomayor.

(A las 12.5 P.M.)

“Es de presumir algo importante de la reunión de buques mencionada en el telegrama anterior, puesto que nuestros buques son seis.

A las 11.40 ms. se reúnen todos nuestros buques al norte de Punta Angamos, diez a doce millas.

Se divisan siete buques que vienen con rumbo al sur.

A las 11.35 ms. un buque viene del norte y apenas se divisan los demás: están parados”.

R. Sotomayor.

(A las 12.20 P.M.)

“A las 11.50 ms. llega a Mejillones un propio del vigía y afirma que el *Huáscar* ha sido tomado; pero es necesario esperar la confirmación de esta noticia.

Afirma que *Blanco* y *Cochrane* juntos batieron al *Huáscar*.

El *Blanco* echó botes al agua que parece se ha dirigido al *Huáscar*.

Quedan los buques reunidos.

A las 11.55 ms. el vigía de Mejillones anuncia que la *O'Higgins* y *Loa* persiguen muy de cerca a la *Unión*.

Se ha enviado al Morro de Mejillones al comandante Santa Cruz para que comunique lo que alcance a percibir desde ese punto.

Durante el tiempo transcurrido desde las 9.30 el combate ha sido muy reñido. Preparo al *Copiapó* para enviarlo con cirujanos y toda clase de elementos en auxilio de la escuadra.

A las 11.56 ms. los buques izan bandera nacional al tope, lo que parece confirmar la rendición del monitor.

A las 12.2 ms. llega otro propio de Mejillones, confirma la rendición del monitor”.

R. Sotomayor.

XVIII.

Tal fue el combate famoso que quitó al Perú su orgullo y su coraza, referido por los que le vieron de cerca y por los que le divisaron a la distancia, suprimiendo aquellos detalles técnicos que constan de los partes oficiales que en su lugar publicamos.

Los oficiales superiores del fiero monitor desplegaron indisputable bizarría, y de ella dieron generoso e instantáneo testimonio sus propios vencedores. Y esta justicia sea dicha y recordada en contraposición a los que pregonan en mengua el valor ajeno, cuando al contrario levanta como sobre broqueles de acero los hechos y las victorias consumadas contra fuertes. Fue sobre todas digna de alabanza la conducta del capitán Aguirre, más sinceramente llorado por sus compañeros de armas que el valeroso pero a veces adusto contralmirante Grau, y así mismo se encomió con particular elogio por los nuestros el heroísmo del teniente Palacios, en el cual la estirpe chilena no constituía privilegio de bravura, porque en todo suelo saben cobrar aliento almas de suyo levantadas. (En el anexo de este capítulo damos cabida a una interesante carta inédita sobre el combate del *Huáscar* y la conducta del teniente Palacios

que nos escribió en marzo de 1880 nuestro amigo don Rodolfo Serrano, cirujano segundo del *Cochrane* y que hasta el presente se había mantenido inédita.

Publicamos asimismo en esta sección la lista nominal de los oficiales que se hallaron en el combate de Angamos, en el apéndice bajo el núm. 2 los diversos partes oficiales de la jornada, especialmente los del contralmirante Riveros y del capitán Latorre.

En cuanto a los daños causados en el *Cochrane* no pasaron de siete heridos y de la destrucción de algunas mamparas, cubichetes y la cocina del buque que ese día no dio para el festín de la victoria.

Los muertos del *Huáscar* pasaron de cuarenta, si bien solo se encontraron treinta y un cadáveres a bordo. El número de sus tripulantes era de doscientos ese día y el de los prisioneros ciento sesenta incluso los heridos.

El *Cochrane* disparó sesenta y siete proyectiles de cañón, quinientas sesenta cápsulas de ametralladoras y mil tiros de rifle. El *Blanco* gastó menos pólvora porque llegó a la postre y se fue a espolón, y hasta la diminuta *Covadonga* tuvo el honor de un bien acertado tiro sobre su antiguo perseguidor. El último disparo fue hecho por el *Blanco* a la diez cincuenta y cinco minutos.

En cuanto a la persecución de la *Unión* fue esta infructuosa por su excesiva rapidez y la notoria cobardía de su jefe, todo lo cual consta de los partes respectivos publicados en el apéndice. Entre los prisioneros señalamos nosotros personalmente en el cuartel de artillería el 15 de octubre, ocho franceses, dos holandeses, dos alemanes, cuatro griegos, uno de ellos de admirable tipo, un danés, un negro reluciente de la isla Barbada, y otro sumamente charlador de las Bermudas. Los negros peruanos pasaban de veinte y entre ellos el tambor de órdenes, un niño de doce años del barrio de Malambo en Lima. Entre los cholos de la costa, que eran los más, nos llamaba la atención un marinero Angel Querquen, de Chiclayo, que pertenecía a la falua de Grau. Era muy inteligente, como indio de la Costa Abajo. Una bala del *Cochrane* mató también de un solo golpe doce docenas de gallinas, pero dejó ileso una borrega, festín ese día de los vencedores.)

XIX.

Pero la pérdida de mayor dolor y trascendencia que en aquel torneo de guerra tuvo el Perú y lamentó sinceramente y con justicia Chile, fue la del noble capitán que había sido el más asiduo y el más esforzado adversario de nuestras armas pero que no había consentido jamás en marcharse con un acto de cobardía, menos aun con una sombra de inhumanidad, porque los que le hacen reproche de su conducta en Iquique olvidan las terribles circunstancias de guerra y de presión en que en tal caso se hallara.

XX.

La existencia del contralmirante del Perú don Miguel Grau y Escudero fue varia y novelesca como el elemento en que viviera. Su padre fue un capitán de la famosa 3ª división colombiana, que sublevándose en Lima en

1827, abrió el palenque de la revuelta eterna que en aquella inquieta playa todavía ruge.

Ese capitán colombiano, pero de evidente origen catalán, no regresó sin embargo a su patria. Al retirarse la 3ª división a Guayaquil, secretos lazos le detuvieron en Piura, y allí a los pocos años (junio de 1831) nació en noble cuna de amor vedado el valiente hombre que fue, al terminar noble carrera, orgullo de su patria y renombre de la América.

Su padre se llamaba don Juan Manuel Grau, y desempeñaba en la época de su nacimiento el puesto de vista de la aduana de Paita.

Era Grau enemigo de Bolívar por aborrecimiento heredado de su padre, rico comerciante de Cartagena, y por un sangriento desaire que como a tal hijo le hiciera el Libertador, siendo capitán de su guardia en Ayacucho. El capitán Grau pertenecía al famoso batallón de *Vencedores* y mandaba la compañía de granaderos, pero no se halló en la batalla de Portete contra los peruanos, habiendo venido a establecerse en Piura en 1828.

XXI.

Como hijo escondido pero amado, llevó allí el capitán Grau a su cachorro, que era en su niñez tardo y hasta burdo, y luego le echó al mar, en misma época en que el bravo capitán Noel y Lisardo Montero (ambos piuranos) tomaban también servicio. Lo que en el Perú se llama la *Costa Abajo*, es lo que en nuestra costa de Chile se llama el archipiélago de Chiloé, un semillero de hijos del mar.

Pero Grau no entró, como Montero, en nave privilegiada. Al contrario, a la edad de diez años (1844) se embarcó en Paita en un buque mercante como simple grumete, y así el capitán, en el espacio de siete años, se labró ardua carrera.

Fue durante ese duro ejercicio cuando Grau se hizo dueño de los verdaderos secretos del mar y de la navegación, aprendió idiomas, las costumbres y los gustos que habían de servirle más tarde poderosamente y que contribuirían a formar su fuerza y su prestigio de jefe. El capitán Grau no era, como Aurelio García y García, un marino de libros ni de flor en el ojal. Fue, como Salcedo, un marino marinerero.

Vuelto a su patria en 1851, sirvió el joven aventurero en escala humilde en la entonces humilde escuadra del Perú, en el *Rimac*, en el *Ucayali*, y especialmente en el pailebot de vela *Vigilante*. ¡Vigilante! era esa condición la calidad de espíritu que prevalecía en el carácter del comandante del monitor. Y por eso fue preciso que viniese con García y García para que se perdiese.

Al poco tiempo el guardia marina Grau fue transbordado a la fragata *Apurimac*, y estando a su servicio, le vino la primera tentación del genio maléfico que gradualmente ha ido desangrando al Perú hasta dejarlo exánime.

Subelevado, en efecto, el *Apurimac* por el teniente Montero en favor de Vivanco en 1858, Grau, a título de paisano, siguió al rebelde, y militó con él hasta la rendición gramatical de Arequipa que, con el diccionario de la lengua bajo el brazo, hizo en aquel año el generalísimo de frac y corbata blanca llamado don Manuel Ignacio de Vivanco.

Grau había nacido para servir bajo más honrosa bandera que la de un pedante, y en la desgracia tomó otra vez su puesto como simple piloto o capitán de aventura en la marina mercante. Visitó entonces la China.

XXII.

Sus honrosas cualidades de hombre y de marino le llamaron otra vez a la marina de guerra de su país, y por el año de 1860 era comandante del *Lersundi*, aquel vapor de mal agüero y peores calderos que voló en 1866 en uno de los canales de Chiloé.

De aquel buque fue sacado el comandante Grau para conducir desde Nantes las dos corbetas que en la caída de Pezet fueron sus alas: la *Unión* y la *América*.

Sabía el débil magistrado del Perú, juguete de los especuladores solapados que no faltaban en Lima, entonces como ahora, que si las dos corbetas le eran fieles, el coronel Prado, sublevado en Arequipa, sucumbiría en el desierto, y para asegurar la lealtad de Grau envió a su padre casi moribundo a aguardarle y fortalecerle en Valparaíso.

El comandante Grau amaba intensamente a su padre y lo probó más tarde. Pero entre su patria humillada y vencida, y las canas del respeto íntimo, no vaciló. La *Unión* izó la insignia de la guerra a España, y Prado fue dictador y noble aliado de Chile en la reparación y en la venganza.

Su padre, entre tanto, falleció en Valparaíso, y el noble marino, pobre pero afectuoso y abnegado más allá de la tumba y de los años, vino a Valparaíso en el verano de 1877, a llevar al suelo de la patria los restos queridos. Esa sola peregrinación revela tanto como su heroico fin, el alma del hombre superior que ha perdido el Perú. (El contralmirante Grau se hallaba en Santiago el 22 de marzo de 1877 después de haber pasado una corta temporada en los baños de Cauquenes. En ese día escribió a un amigo suyo en Chile (don Mauricio Cristi) para que se sirviese acompañarle a visitar establecimientos notables de la capital.)

El comandante Grau cayó en 1866 con los que protestaron contra el generalato de un extranjero impuesto a su bandera, hecho sobre el cual

escribió al autor de este libro nobles y sinceras rectificaciones en diciembre del año último. “¿Como quería usted, señor, nos decía, que los que teníamos izada en nuestros buques la insignia del glorioso almirante Blanco Encalada, hubiéramos ido a arriarla para fijar en el mástil de la patria el pabellón de un aventurero?”

XXIII.

Borrado por la segunda vez del escalafón el comandante Grau en su país, entró llanamente de capitán de los vapores de la carrera. Sirvió en ellos más de un año, y desde esa época datan algunas de las intimidades de colega a colega que tan funesta nos han sido durante la presente guerra. Algunos de los capitanes ingleses del Pacífico si no han sido positivamente espías como Cross del *Ilo* y del *Limeña*, han sido simplemente buenos camaradas.

XXIV.

Cuando el comandante Grau volvió al servicio en 1868, se alistó en el partido civilista que proclamó más tarde la candidatura de Pardo, y fiel a éste y a la ley, lo sostuvo con el *Huáscar* contra Balta y los Gutiérrez. En 1875 fue nombrado diputado por Piura, y en este puesto, con digna moderación continuó sirviendo a su partido.

Por lo mismo, no encontró de pronto favor en la administración militar del general Prado, y se hallaba en calidad de *agregado al ministerio de marina* en Lima cuando estalló la guerra.

El primer acto del último fue naturalmente devolverle su buque, y junto con éste el mando en jefe de la división de blindados que consumó en Iquique en mayo del presente año, el primero y terrible encuentro de la guerra, en que Grau, vencedor, fue lo que ha sido vencido y muerto: un jefe digno de batirse con héroes de su talla.

XXV.

Entretanto ignorábamos cuando en medio de la punzante emoción de la batalla, cuyos ecos lejanos parecía acarrear la chispa eléctrica hasta nuestros corazones, escribíamos algunos de los rasgos precedentes sobre el caballete de una imprenta, la manera como había sucumbido en su puesto el último capitán del *Huáscar* “peruano”; pero si nos creíamos aun en ese momento de egoísta

entusiasmo, con derecho a esperar que sepultado en tierra chilena no habría sido esto de afrenta ni para su memoria ni para sus huesos.

“¡Le sea ella leve! exclamábamos ese día. Y cuando el huracán de fuego y de hierro haya pasado, y vuelvan a existir hogares de paz y de amistad en los territorios que hoy la sangre empapa, nosotros ofreceremos en canje sus nobles despojos por el de nuestro mártir de Iquique

Y ese canje será aceptado sin vacilar porque los huesos no pesan en la contabilidad de las naciones como los vivos.... Basta solo que el oxígeno subterráneo los blanquee y les prepare el perfume para el ánfora.

“Y entonces, si el cielo lo permite, ceñiremos a su féretro, antes de entregarlo a su bandera, corona de duro metal vaciado de los cañones en cuyo montaje el valiente cayó con los valientes.”

XXVI.

No fueron, por fortuna, diversos los sentimientos del pueblo chileno manifestados y aplaudidos por sus representantes en el gobierno, porque en el día mismo del combate y cuando se tuvo la primera noticia de la muerte del jefe peruano, el gabinete se apresuró a enviar al comandante en jefe de nuestra escuadra el siguiente honroso despacho oficial:

Santiago, octubre 8 de 1879.

“Según la relación de Ud., el almirante Grau ha muerto valientemente en el combate.

Cuide Ud. que su cadáver sea dignamente sepultado de manera que jamás se dude de su autenticidad.

Será devuelto al Perú cuando lo reclame.

El pueblo, obedeciendo a sus tradiciones, se hace un deber en prestar homenaje al valor y a la honradez.

Preste Ud. cuidadosa atenciones a los heridos y prisioneros enemigos.
Domingo Santa María. M. L. Amunátegui. Augusto Matte. J. A. Gandarillas.”

Y fue digno de señalada nota que mientras así se honraba en extranjera y enemiga tierra la memoria de un bravo y pundonoroso enemigo muerto por su patria, hubo de arrojar sombras sobre esa misma memoria, a título de velar por la limpieza del honor nacional, el insensato que ha abolido en su patria justamente las leyes y la razón. Por decreto del jefe supremo de la república y protector de indígenas don Nicolás de Piérola, de 28 de mayo de 1880, el contralmirante Grau era declarado en efecto *héroe de segunda clase* junto con el capitán Aguirre y el teniente Palacios, discerniéndose la “cruz de acero de

tercera clase” al capitán don Meliton Carvajal, el mismo que hoy se cura de sus heridas en París, pregonándose en los boletines de la prensa adicta al Perú en esa ciudad los progresos de su mejoría, apellidándole, *l'héroïque survivant de Huáscar*. (Correspondencia de París del 3 de junio de 1880 publicada en *El Independiente* del 24 de julio.

Entre los anexos damos también cabida al curiosísimo, disparatado y quijotesco decreto del dictador Piérola sobre el combate de Angamos.)

XXVII.

En cuanto a las manifestaciones de contento y gratitud pública, se cantó como de ordinario un Te Deum en la Catedral el día 10 y se declaró día festivo este día y el siguiente, y en toda la ciudad se hicieron sentir los alegres repiques, las ovaciones y los discursos ardiente del patriotismo delante de aquella primera y feliz solución de la guerra.

“En esos mismos momentos, dice un diario de la capital, describiendo el exuberante y generoso entusiasmo de todos sus pobladores en aquel día memorable, se enarbolaba el pabellón nacional en el palacio de la Moneda, edificios públicos y particulares, y la ciudad se veía embanderada como por encanto.

El comercio, tanto nacional como extranjero, cerraba sus puertas que adornaba con los colores nacionales, y se asociaba al entusiasmo general.

Los tribunales, oficinas públicas, ponen también término a sus tareas.

A las dos de la tarde, en la Plaza de Armas, en los portales, en las calles, se ven numerosos grupos que marchan en todas direcciones, retratándose en todos los semblantes el entusiasmo patrio. Minuto a minuto aumentaba el gentío, y al lado del lujoso carruaje, pasan las procesiones de ciudadanos, ostentando el tricolor y vivando a Chile. De muchos balcones se arrojan flores sobre los transeúntes.

Muchos carros urbanos, así como carruajes del servicio público y diversos vehículos, estaban embanderados o engalanados con flores.

A las dos y media, los alumnos de todos los establecimientos de educación están de asueto y vienen a aumentar la concurrencia de las calles y plazas.

Mientras tanto, diversas bandas de música recorren la población tocando himnos nacionales; y la animación y el entusiasmo siguen creciendo, así como el gentío que invade los paseos, portales, Moneda, etc.

A las cuatro de la tarde, hora en que se recibe el cuarto telegrama, confirmando la victoria, las calles se han convertido en verdaderas oleadas humanas. La banda de granaderos sale de su cuartel tocando el himno de

Yungay, acompañada de una avalancha de gente de a pie y de a caballo, y en medio de vivas a Chile y a nuestros marinos.

Poco después, varios miembros de la 2ª, 5ª compañías de bomberos bombas “Esmeralda” y “Arturo Prat”, toman un carro del ferrocarril urbano y con una banda de música improvisada, tocando los mismos voluntarios varios instrumentos, otros las cajas de guerra, recorren en la imperial, llevando las bandas de la 2ª y 5ª, la línea de la Alameda.

Desde el cuartel hasta la estación, los entusiastas bomberos son objeto de simpáticas manifestaciones.

De la estación el carro sigue por la línea de Yungay, tomando por la calle de la Catedral, completamente embanderada; de los balcones y ventanas caía una lluvia de flores sobre el carro, bomberos y músicos. La improvisada banda tocó en todo el trayendo los himnos nacional y de Yungay, llegando a la Plaza de Armas cerca de las seis de la tarde. Ahí el pueblo acompañó a los voluntarios hasta el cuartel vivando a Chile y al cuerpo de bomberos.

Más o menos a la misma hora, la banda de granaderos regresaba también a su cuartel seguida de un inmenso gentío, y los cañones del Santa Lucía dejan oír sus disparos en medio de los repiques y acompañados por los sonidos de la campana del cuartel general de bomberos.

En la noche, la mayor parte de los edificios habían iluminado sus frentes. Las procesiones encabezadas por banderas nacionales y faroles de colores, recorren los calles en distintas direcciones.

En el Teatro Municipal la concurrencia era inmensa; el extenso coliseo estaba, como se dice, de bote en bote. La función dio principio con el himno nacional, que fue repetido entre los más entusiastas aplausos y exclamaciones.

En fin, el día de ayer ha sido una verdadera odisea de entusiasmo, y en medio de este entusiasmo, que rayaba en delirio, hemos visto, no solo con satisfacción, sino con orgullo, que se ha vivado a Chile sin que una sola voz se haya dejado oír que pudiera herir en lo más mínimo la susceptibilidad de ninguno de los dos países con quienes estamos en guerra”.

XXVIII.

El camino de la invasión estaba en efecto expedito para el país y la campaña, y fue esto lo que cuidó de recordar un hombre público que no había tenido otra participación en la guerra que la de sus fervientes votos por su éxito y su asiduo trabajo para llevar luz a las diversas cuestiones que de ella surgían. Obligado, en efecto, a dirigir la palabra por numerosísimo y exaltado pueblo en la puerta del palacio de la Moneda, y subido sobre un carretón cargado de equipaje militar que allí había en la hora de los primeros

telegramas, le pareció caracterizar con exactitud la hora del presente y la aspiración del porvenir en las siguientes palabras, síntesis de su modesto patriotismo.

¡Pueblo de Chile! ¡Al fin ha llegado tu hora en ese mar que siempre fue tuyo!

¡Pueblo de Chile! ¡La bandera del monitor está a tus pies!

¡Gloria a los vencedores!

(Los vivas a Latorre, Riveros y a la marina nacional atronaban el aire).

Compatriotas:

El cielo de nuestras viejas glorias, que hoy nos acaricia con su manto azulado de luz, ha querido que este meeting de patriotismo espontáneo tenga lugar al pie de la estatua del hombre ilustre que con su genio poderoso derribó la primera maquinación de ingratos vecinos contra nuestra honra y nuestra fortuna.

¡Que su brazo levantado al horizonte nos enseñe otra vez el camino de la victoria decisiva! ¡Que nuestro valeroso ejército no tarde en pisar las cubiertas de nuestras naves gloriosas! ¡Que la santa impaciencia del país se calme en el ancho mar! ¡Que las banderas de Chile floten ufanas delante de las rocas que ocultan la quilla bendita de la *Esmeralda*, y que ese mismo trapo glorioso así redimido, flote al día siguiente a la puerta del cementerio que guarda, al otro lado de la colina, la sombra del héroe que nadie ha olvidado, que nadie podrá olvidar en este suelo y en la más remota posteridad.

Ciudadanos:

Hay hechos verdaderamente providenciales.

Cuando hace un momento un amigo llevaba a mi retiro el primer anuncio de la fausta nueva que agita aquí nuestros corazones, leía tranquilamente bajo los árboles, una carta del comandante del *Cochrane*, escrita hace ocho días en las mismas aguas que se sacuden todavía al estampido de sus cañones, y esa carta era una promesa evidente de victoria.

Dios guiaba la inspiración del bravo marino, porque es Dios quien dicta al corazón del hombre y del cristiano los presagios de la gloria y del sacrificio.

Compatriotas:

Aceptemos esta primera ofrenda de la victoria como una enseñanza suprema y oportuna, y marchemos en pos de ella con celeridad y vigor a

coronar la obra americana que con el auxilio de Dios, estamos empezados en llevar a cabo.”

XXIX.

El nuevo derrotero y la nueva faz de la guerra estaban señalados y hacia ellos conduciremos rápidamente al lector en lo que queda por adelantar de esta historia que terminará junto con el primer año de esta larga guerra.

La campaña marítima que era solo un prefacio, estaba terminada.

La campaña terrestre, que era la verdadera guerra, solo ahora y después de ocho meses de aprestos y escaramuzas, iba a comenzar.

ANEXO AL CAPÍTULO XIV.

I.

CARTA DEL SEGUNDO CIRUJANO DEL “COCHRANE” DON R. SERRANO
SOBRE EL COMBATE DE ANGAMOS.

Santiago, marzo 19 de 1880.

Señor Benjamin Vicuña Mackenna.
Presente.

Distinguido señor:

Paso a cumplir el encargo que me hizo sobre los detalles de la muerte del teniente Palacios del *Huáscar* peruano; como así también lo sucedido entre el doctor Távara y el que suscribe.

Como actor del memorable hecho del 8 de octubre, puedo garantizar a Ud. que todos los datos que ésta contiene han sido vistos por mí u oídos en el momento mismo del combate sin comentarios ni tiempo para que se metamorfoseasen. Como es público y efectivo, Grau murió al principio del combate a la tercera bala del *Cochrane* que pegó en el *Huáscar*; bala que penetró en la torre del comandante no dejando de Grau más que un pedazo de pierna, sus dientes, que los usaba postizos, que se encontraron en las ventanillas de la torre, y un pañuelo lacré de seda que usaba el día del combate.

El cuerpo de Grau se infiere ha sido arrojado a la cubierta y de ahí con el balance al mar.

Un antiguo guardián del *Cochrane*, apellidado Brito, fue el primero que dio con aquellos restos, que por declaraciones de Gareson y Távora se supo que eran de Grau.

Mucho se alteró el comandante del *Huáscar* cuando el 8 de octubre a las cuatro de la mañana se le avisó que tres humos estaban a la vista; más cuando reconoció al *Blanco*, *Covadonga* y *Matías* se tranquilizó tanto que se recogió a su cámara después de dar toda fuerza al buque.

Cuando de nuevo el tope anuncia tres humos al norte y Gran reconoce al *Cochrane* se conmovió profundamente, se paseó largo rato taciturno por la cubierta y dijo a Távora, su amigo íntimo: “es Latorre”.

Desde ese momento un silencio sepulcral reinó en el *Huáscar*.

Al llegar frente a Mejillones, Grau sin haber dirigido una palabra de aliento a su gente, se mete a su torre desde donde da la orden de zafarrancho.

Ese toque, generalmente alegre, fue para Grau los funerales de su muerte.

Le sucedieron en el mando Aguirre, Ferré y Rodríguez que no tuvieron tiempo de dar ni una orden, pues no duraron treinta minutos vivos.

Cupo al teniente segundo Enrique Palacios la gloria de gobernar el buque en todas sus partes hasta el momento de quedar fuera de combate, momento también en que el buque se rindió.

Puedo asegurar a Ud. que los oficiales peruanos del *Huáscar* se portaron cobardes y muy cobardes, que el único que se portó bravo fue Palacios, que fue el alma del buque después de muertos sus tres primeros jefes, es decir, casi durante todo el combate.

Encargado de tomar las distancias, su puesto era la torre de baterías, desde ahí gobernaba el buque, dando ejemplo a los demás por su serenidad.

Una bala de a 300 penetra y revienta en la dicha torre: Palacios es herido con una herida profunda de 11 centímetros de longitud. Es llevado a la sala de cirugía a donde mal y ligero le lavan y amarran la cara. Con esta herida hubo una fuerte hemorragia que casi quedó privado del conocimiento. Sin embargo, vuelve a la torre, a su puesto, sigue dando órdenes y tomando distancias.

Otra bala penetra en la torre, revienta a sus pies, en cuya planta, de uno es herido con un casco de granada de libra y media de peso; al mismo tiempo es herido en el hombro izquierdo y derecho y carpo derecho: el fogonazo quema su barba y manos. Desesperado, sube por las troneras a la cubierta de la torre, desde ahí descarga su revólver al *Cochrane* que estaba como a 200 metros: algunos oficiales de éste que lo vieron creyeron que peroraba a la tripulación.

En esta posición fue herido por tres balas de rifle, en el muslo izquierdo y derecho y brazo izquierdo. Fatigado y sin fuerzas por la gran pérdida de sangre, viendo el buque sin gobierno y sin orden, según él me decía, puso el cañón de su revólver en su sien derecha y dio dos veces movimiento al gatillo, más la nuez había caído y el gatillo pegó en los alvéolos vacíos.

Según me decía en su lecho, ya moribundo, este acto le dio miedo. Llamó a un marinero de la torre y mandó decir al primer ingeniero que abriera las válvulas. Este fue su último hecho, pues ya había caído y perdido por el momento el conocimiento.

Traído a la sala del cirujano del *Cochrane*, al extraerle yo el revólver del bolsillo me dijo: “Entiendo que Ud. ha de ser tan caballero que me dé mi revólver para darme un balazo en caso de que mis heridas sean mortales”.

No creí encontrar en un peruano una organización tan fuerte ni tanta fuerza de voluntad; mientras mi ayudante le hacía puntos de sutura en la herida de la cara, yo le

extraía el enorme casco de granada del pié, mediante fuertes tracciones, pues estaba completamente incrustado. Esto lo hacía sin ningún anestésico, porque no era posible en esos momentos, sin embargo Palacios soportaba todo esto con la mayor serenidad.

Atendido con el mayor esmero en la segunda cámara del buque que graciosamente le cedió el capitán Gaona, se mostró siempre con un carácter reservado y triste y a nadie daba tertulia.

Al llegar a Antofagasta, ver al *Huáscar* que pasaba por el costado del *Cochrane*, (esto lo vio desde su cama) sentir el bullicio y la canción chilena, no pudo resistir la emoción, lloró.

En ese momento le curaba y conocí que ese hombre sufrió como un verdadero patriota.

¡Cuán distinto era el carácter, valor y comportamiento de los demás oficiales del *Huáscar*!

Después de los primeros destrozos del *Huáscar*, ninguno ocupó su puesto y cada cual miraba para su propia conservación.

Todos los aspirantes y guardias marinas fueron *guardados* en el salón de los fuegos bajo la línea de agua, de ese modo fue el por que ninguno de ellos salió herido.

Al encontrarse el teniente Simpson del *Cochrane* con Garezon en la cubierta del *Huáscar*, dijo éste a aquél: “Retírese Ud. que el buque va a volar, se ha mandado incendiar la santa barbara”. “Volaremos todos y se retirarán mis botes” contestó Simpson.

Farsa peruana: ni había habido tal orden, y si tal orden se da no se ejecuta.

El doctor Távara, capitán de fragata, fue llevado a nuestra sala herido en la rodilla izquierda con bala de rifle. Está herida estaba muy lejos de afectar la vida, sin embargo, al tender a Távara sobre la mesa para curarlo me dijo: “Muero tranquilo tengo dos hijitos, pero tienen recursos para vivir; véalos Ud.”. Al mismo tiempo sacaba de su levita un cierre conteniendo tres retratos en los que vi una niña joven y bonita y dos pequeños párvulos muy simpáticos: eran su esposa e hijos.

Muy sencillo me fue hacerle la primera curación y colocarle perfectamente en el camarote del contador Emilio Lorca, quien se sacrificó bastante por la comodidad del doctor.

El doctor Távara era de un carácter alegre y chistoso, y sino era franco y comunicativo a lo menos aparentaba serlo.

Desde el segundo día se manifestó tranquilo y jovial y luego se dejaron ver sus peruanadas explicando el abordaje de Prat y Serrano por efecto del choque del *Huáscar* sobre la *Esmeralda*.

Explicaba por una ley física el más grande de los hechos que recuerda la historia universal, abusando de nuestra benevolencia y de su posición de prisionero y enfermo.

Esto lo decía después de conocer nuestra mansedumbre para con el vencido, más no el primer día en el momento que lo preparaba para curarlo, pues oyéndome nombrar, me preguntó si era hermano del teniente que había abordado el *Huáscar* en Iquique. Oyendo mi afirmativa me dijo: “Yo atendí a su hermano, le extraje una bala la que guardó Grau porque lo admiraba mucho”.

Por este solo hecho, aunque sabía el maltrato que había recibido Ignacio mi hermano en el *Huáscar*, lo atendí con el mayor cuidado y delicadeza hasta el extremo de proporcionarle mi propia ropa.

El teniente Cáceres que acompañó a Palacios el primer día en el *Cochrane*, se mostró también alegre desde el primer momento, como satisfecho de lo que sabían hecho.

Cuando hablaba con Palacios se dejaba ver el descontento de éste para con Carvajal, Garezon y demás oficiales: y cuando hablaba con Canseco o Távora eran mudos para todos los oficiales del *Huáscar* y solo ensalzaban a Palacios.

No he tratado de hacer la apología del teniente Enrique Palacios, pero si estas líneas tienen por objeto dejar constancia ante Ud. que las ha de transmitir a la posteridad el valor de las acciones de un joven que los peruanos no han sabido apreciar confundiendo las acciones de aquel con la pusilanimidad de los demás oficiales del *Huáscar*.

Le he dicho algo también sobre el trato que recibieron los oficiales peruanos en el *Cochrane* para que Ud. haga notar el contraste entre aquel hecho y la ingratitude de esos oficiales, como asimismo el contraste de ese trato con la perfidia del gobierno peruano para con nuestros prisioneros.

Le saluda su amigo y servidor.

Rodolfo Serrano.

II.

RELACIÓN NOMINAL DE LOS OFICIALES DE LA ARMADA NACIONAL QUE SE ENCONTRARON EN EL COMBATE DE ANGAMOS EL 8 DE OCTUBRE DE 1879.

BLINDADO “BLANCO ENCALADA”.

Comandante, capitán de navío graduado, señor Galvarino Riveros.

Comandante 2º, capitán de corbeta, señor Guillermo Peña.

Teniente 1º, oficial de detall, señor Basilio Rojas.

Teniente 1º, señor Luis Alberto Goñi Simpson.

Tenientes 2º, señores Florencio Valenzuela, Emilio Jardell, Carlos Krug, Leoncio Valenzuela.

Teniente de artillería de marina, señor Ismael Beytia.

Plana mayor. Capitán de corbeta, mayor de órdenes, señor Luis A. Castillo.

Teniente 1º, primer ayudante, señor Manuel Señoret.

Teniente 2º, segundo ayudante, señor Alvaro Bianchi.

Guardia marina, tercer ayudante, señor Angel Gacitúa.

Aspirante, señor Esteban Errázuriz.

Clases y nombres de los oficiales mayores. Cirujano 1º, señor Alejo Scherbakoff.

Cirujano 2º, señor Francisco Oyarzun.

Contador 1º, señor Daniel Prieto.

Ayudante de contador, señor Víctor Yentzen.

Capellán, presbítero, señor Enrique Christie.

Guardias marinas. Señores Francisco Moreno, Alejandro Silva, Froilan González I., Juan E. Fierro, Eduardo Serrano N., Gaspar García.

Aspirantes. Señores Arturo Cuevas, Víctor Fernández, Juan V. Villa, Manuel A. Castro, Roberto Goñi Simpson.

Ingenieros. 1º, señor Manuel Altamirano, 2º, señor Cipriano Encina, 3º señores Juan C. Alvial, Felipe Morales, José B. Ampuero, Leandro C. Vial, (falta un ingeniero 2º).

Aprendices mecánicos. Señores Daniel Madrid, Caupolicán Merino, Juan D. Marquez, David Duran, Cleto Ríos.

Esta lista se ha copiado de un estado fechado en Mejillones el 30 de septiembre del presente año.

“ALMIRANTE COCHRANE”.

Comandante, capitán de fragata, señor Juan José Latorre.

Comandante 2º, capitán graduado de corbeta, señor Miguel Gaona.

Tenientes primeros, señores Juan M. Simpson, Javier Barahona, Federico Chaigneau, Ramón Serrano, Juan J. Rogers.

Teniente 2º, señor Policarpo Toro.

Teniente de artillería de marina, señor Pío Guerrero.

Cirujano 1º, señor Manuel F. Aguirre.

Cirujano 2º, señor Rodolfo Serrano.

Contador 1º, señor Emilio Lorca.

Ayudante del contador, señor Francisco 2º Leighton.

Ingeniero 1º, señor Juan Mac-Ferson.

Ingenieros 2º, señores Antonio Romero, Eduardo Smith.

Ingenieros 3º, señores Onofre León, Carlos Warner, Salustio Formas, Lorenzo Díaz.

Aprendices mecánicos. Señores Julián Castro, Lucas Rodríguez, Antonio Martínez, Salustio Moreno.

Guardias marinas. Señores Luis A. Contreras, Ricardo Borcosque, Ricardo Beaugency, Vicente Merino Jarpa, José Luis Valenzuela, Miguel Tejeda, Onofre Pérez, Ricardo Amengual, Pedro Rencoret.

Aspirantes. Señores Daniel Gacitúa, Abelardo Pizarro, Benjamín Martínez, Fernando Edwards, Ricardo Ahumada.

CORBETA “O’HIGGINS”.

Comandante, capitán de fragata, señor Jorge Montt.

Teniente 1º, señor Pablo S. Ferrari.

Tenientes 2º, señores Alberto Silva P., José María Santa Cruz y Lindor Pérez G.

Guardias marinas. señores Abelino Rodríguez, Carlos Herrera y Víctor Donoso.

Aspirantes. señores Manuel Errázuriz, Manuel Izasa José S. Ossa y Manuel Aldunate.

Subteniente del regimiento artillería de marina, señor Ricardo Ekers.

Contador 1º, señor Luciano Gómez Pérez.

Cirujano 1º, Víctor Alzérreca.

Id. 2º, Luis T. Cabeza.

Ingenieros 2º, señores Pedro García y Benjamin Inachela.

Ingenieros 3º, señores Pantaleon Silva, Pascual Gallardo y Daniel Olivares.
Esta lista se ha copiado de un estado fechado en Mejillones el 29 de septiembre próximo pasado.

“COVADONGA”.

Comandante, capitán de corbeta, señor Manuel J. Orella.
Teniente 1º, señor Demetrio Eusquiza.
Tenientes 2º, señores Eduardo Valenzuela, Miguel Sanz.
Cirujano 1º, señor Manuel Espinosa.
Contador 1º, señor Enrique Reynolds.
Ingeniero 1º, señor Emilio Cuevas.
Ingeniero 2º, señor Protasio Castillo.
Ingenieros 3º, señores Francisco Montero, Miguel Angel Feite. Aprendices mecánicos. Roberto Osorio, Ramón Rebolledo.
Guardia marina. señor Miguel R. Carrasco.
Aspirantes. señores Eulogio Goicolea, Meliton Gajardo y Guillermo Benitez.
Oficial de guarnición, subteniente señor Ramón Olave.
Esta lista se ha copiada de un estado fechado en Mejillones el 30 de septiembre próximo pasado.

III.

HOJA DE SERVICIOS DEL CONTRALMIRANTE GRAU.

REPÚBLICA PERUANA.

ARMADA NACIONAL.

El capitán de navío de la escuadra, don Miguel Grau, su país Piura, su estado casado, su edad 45 años, sus servicios y circunstancias las que se expresan.

EMPLEOS Y FECHAS EN QUE LOS OBTUVO	Años	Meses	Días
Marzo 14 de 1854, Guardia marina.....	1	11	20
Marzo 4 de 1856, Alférez de fragata.	1	9	7
Febrero 11 de 1863, Teniente segundo.	...	2	23
Diciembre 4 de 1863, Teniente primero graduado.	...	1	3
Enero 8 de 1864, Teniente primero efectivo.	1	2	23
Marzo 31 de 1865, Capitán de corbeta.	...	3	21
Julio 22 de 1865, Capitán de fragata.	3	...	3
Julio 26 de 1868, Capitán de navío graduado.	4	8	28
Abril 23 de 1873, Capitán de navío efectivo.	5	3	28

Total de servicios hasta el 20 de agosto de 1879.	25	3	6
---	----	---	---

BUQUES Y DESTINOS EN QUE HA SERVIDO.

En el vapor de guerra “Rimac”	...	6	18
En el pailebot de id. “Vigilante”	...	10	24
En el vapor de id. “Ucayalí”	...	4	12
En la fragata “Apurimac” y separado del servicio: época abonable por la ley de reparación de 11 de abril de 1861	5	3	3
Navegando con licencia en buques mercantes: tiempo abonable por resolución suprema de 22 de octubre de 1869.	2	4	29
Llamado al servicio y de segundo comandante del vapor “General Lersundi”.	...	4	2
En Europa al mando de la corbeta “Unión”.	2	6	11
Enjuiciado por la cuestión Tucker	...	6	23
Absuelto y navegando en buques mercantes por segunda vez y con licencia: época que le es de abono por la citada resolución de 22 de octubre del 69	...	11	20
Comandante del monitor “Huáscar”	8	6	4
En las cámaras legislativas como diputado por Paita	...	6	6
Agregado al departamento de marina			21
Vocal de la junta revisora de las ordenanzas navales	...	2	12
Comandante general de marina	1	1	24
En las cámaras legislativas como diputado por Paita	...	6	28
Agregado al ministerio de guerra y marina	...	1	17
Comandante del “Huáscar” y de la primera división naval	...	4	23
 Servicios naturales. Total	 25	 5	 6

CAMPAÑAS Y ACCIONES DE GUERRA EN QUE SE HA HALLADO.

Abono por la campaña y el combate de Abtao el 7 de febrero de 1866 contra la escuadra española	1	6
Total	26	11	6

Amaro G. Tizón, capitán de navío de la armada nacional, mayor de órdenes del departamento de marina,

Certifico: que la presente hoja de servicios es copia fiel de la que existe archivada en esta oficina.

Callao, agosto 20 de 1879.

Amaro G. Tizón.

(Esta hoja de servicios fue encontrada en el camarote del contralmirante Grau por el desgraciado capitán Peña, quien nos la envió con una atenta carta.)

IV.

DECRETO DECLARANDO AL CONTRALMIRANTE GRAU HÉROE DE
SEGUNDA CLASE.

EL COMBATE DE ANGAMOS.

NICOLAS DE PIÉROLA.

JEFE SUPREMO DE LA REPÚBLICA Y PROTECTOR DE LA RAZA
INDÍGENA.

Considerando:

- I. Que la heroica resistencia del monitor de guerra *Huáscar* en Punta Angamos el 8 de octubre último, es digna de conmemoración como gloriosa para la república;
- II. Que no habiendo vencido ni sucumbido dicha nave, aunque si sus principales tripulantes, es necesario calificar el comportamiento de los que no quedaron en ella fuera de combate;
- III. Que por falta de esta calificación no es posible apreciar en su verdadero valor el comportamiento de los que no sucumbieron en la lucha;
- IV. Que es notoria aunque en diverso grado merecedora. conducta del comandante Miguel Grau y de los oficiales Elías Aguirre, Manuel Meliton Carvajal y Enrique Palacios, sucesor en el mando de la nave y que quedaron fuera de combate; los cuales, si han sido de otra manera recompensados, han merecido indudablemente pertenecer a la Legión de Mérito.

Decreto:

Art. 1º Procédase a instruir el proceso relativo al combate y captura del *Huáscar* en Punta Angamos; y tan pronto como esté terminado, registrese ese hecho en el Gran Libro de la República.

Art. 2º Los retratos de Miguel Grau, Elías Aguirre y Enrique Palacios serán conservados en la sala de sesiones de la Legión, condecorados el primero con la cruz de acero de segunda clase y los dos últimos, con la de primera.

Art. 3º Acuérdate la cruz de acero de tercera clase al entonces capitán de fragata graduado Meliton Carvajal, que no pudo suceder en el mando al segundo Elías Aguirre, en razón de quedar inutilizado desde el principio del combate.

Art. 4º Resérvese para el término del proceso sobre la pérdida del *Huáscar* lo relativo a los demás tripulantes.

El secretario de Estado en el despacho de marina queda encargado de la ejecución de este decreto y de hacerlo publicar.

Dado en casa de gobierno, en Lima, a los 28 días del mes mayo de 1880.

Firmado,

N. DE PIÉROLA.

El secretario de marina.

Firmado.

Manuel Villar.

CAPÍTULO XV.

LOS PERUANOS EN LIMA.

Profundo desaliento que causa en el Perú la captura del “Huáscar”, y como refirió ésta el comandante García y García. Curiosos telegramas inéditos a Moquegua y Arequipa. Impresión en Lima. Caída del Ministerio. Proclamas de Prado y de Daza al país y al ejército. Cartas de pésame de Daza y origen de los *semi dioses* del “Huáscar” y de las *águilas y leones* de Bolivia. Comunicaciones privadas del general Prado y del coronel Inclan que revelan la gravedad de la situación y la importancia del Combate de Angamos. La situación de Lima y actitud antipatriótica de todos los partidos. Los plebiscitarios de 1878 en el gabinete, y de los civilistas en el Congreso. Piérola y sus maquinaciones. El ministro Quimper y su labor en la más completa penuria. Préstamo que le hace el Banco Nacional, y como se descubre el fraude de dos y medio millones de soles ejecutado por este último. Prisión de sus principales directores y su consiguiente impunidad. El ministro Quimper declara que los recursos están completamente agotados y que el ejército del sur carecerá de socorros y el de Lima de diarios. Se presenta un proyecto de acuerdo a la Cámara de Diputados declarándolo traidor a la patria, y es aprobado. El doctor Pazos reemplaza al doctor Quimper y sus famosos quince proyectos de recursos, ninguno de los cuales se pone en ejecución. Miserable estado del ejército de Lima y sus pomposas revistas. Cuál habría sido la suerte de la guerra si el ejército de Chile acantonado en Antofagasta hubiese marchado sobre Lima.

“En Lima y Callao sigue el pueblo muy excitado contra Prado.

Se han formado tres grandes partidos, que trabajan la opinión: el de La Puerta, actual vice presidente en ejercicio; el de Piérola y el que todavía sostiene a Prado. Los enemigos de éste, dicen que el presidente traiciona al Perú y quiere entregar el país a Chile.”

(Noticias de Lima publicadas por la prensa de Chile en octubre de 1879.)

I.

Insondable fue el desaliento que causó en todas las clases del Perú la pérdida del *Huáscar*. La constante fortuna y la segunda impunidad del monitor peruano, exagerándole sus cualidades guerreras, había hecho creer a todos invencible. El barco había pasado a la categoría de mito, y su adalid a la de un verdadero semidiós. Llevado su nombre en alas de la fama, especialmente a las regiones americanas en que Chile no era amado, el contralmirante Grau había sido ascendido a la condición de los inmortales antes de sucumbir, y cuando un trozo de fierro disipó su vida como un átomo de humo, se consagraron votos públicos a sus manes en las catedrales de casi

toda la América que fue antes española. Más práctica y más generosa su patria que la de los vencedores, no se contentó con pomposas cartas de duelo, con decretos y enlutados catafalcos de cartón, sino que otorgó a la viuda del héroe una valiosa casa que había sido la del antiguo *Consulado* español, y más tarde la morada del general O'Higgins, a pocos pasos de la plaza principal de Lima, calle de Espaderos. (Fueron particularmente curiosas a este respecto las características e inevitables cartas y proclamas de condolencias que, aprovechando la ocasión, expidió el presidente y capitán general de Bolivia quien compartía su amor a la cerveza con el de la fraseología de las loas; espumas en uno y otro caso. Entre los anexos de este capítulo se encontrarán algunos de estos documentos. Fue de ellos de donde arrancó el nombre dado por Daza de *semidioses* a los tripulantes del *Huáscar*, y el de *águilas y de leones* a sus propios soldados.)

II.

Llevó la fatal noticia a Arica la, sino cobarde, acobardada tripulación de la *Unión*, perseguida por transportes, y si bien en lengua balbuciente, el capitán García y García intentaba describir el heroísmo preliminar del abandonado *Huáscar*, y tal cual él lo divisara a cómoda distancia, se le atajaba de seguro la ponderación en las fauces porque el heroísmo ajeno no socorrido es un dogal para quien lo viera y lo cuenta. Comunicó ese mismo día (9 de octubre) la noticia a Lima por un breve despacho en que todavía daba paso a ficticia esperanza el general Prado. (He aquí este telegrama y otros, recogidos estos últimos por el *Lautaro* en su primera expedición a Moquegua en enero de 1880.

“Arica 9.

(10 hs. 45 ms. A.M.)

Prado a presidente.

Hoy *Rimac* llegará a Callao.

Ayer a las 10 A.M. ha tenido lugar un combate entre el *Huáscar*; *Cochrane* y *Blanco Encalada* en Mejillones de Bolivia.

Probable *Huáscar* haya sido completamente derrotado.

Mando *Unión* a Callao.”

“Arica 9.

(A las 4 hs. 20 ms. P.M.)

Ayer regresaron la *Unión* y el *Huáscar*, fueron atacados por dos divisiones de la escuadra chilena 8.30 A.M. perseguida por tres buques se retiró viendo hasta las diez en combate *Huáscar*, *Cochrane*, *Blanco Encalada*.”

(Telegramas de Ilo a Moquegua.)

“Ilo, octubre 11.
(9.50 P.M.)

El capitán de puerto al subprefecto.
Huáscar quedó batiéndose con escuadra Chilena. Se presume una desgracia.”

“Ilo, octubre 13.
(9.30 P.M.)

El comandante Somocurcio al prefecto de Arequipa. Señor Coronel Prefecto.
TEXTUAL.

“Arequipa, 11 P.M.

Al Capitán de un buque que llegó hoy a este puerto con carbón, y que ha sido examinada por un oficial Chileno, le digeron que el Contralmirante Grau perezion, que el “Huáscar” se fue apique, que tienen treinta prisioneros, que cuando les desiad que serrindieran arreando el pabellón, los herus del inmortal “Huáscar” lo hisaban mas eitodo lo que ha podido comprendido Capítan pues abla poco castellano, y el oficial Chileno no ablaba ingles.

Los buques enemigos, que son la “Ohingines” y transportes “Loa” se mantiene muy a fuera.

Dígnese hacer avisar a mi Señora que estoy bien y que no tenga quidado pues, temo *le soplen una bola*.

Somocursio.”

Ilo, 9 hs. 30 ms. P.M.

(Después de este girigay de un oficial chileno que no sabía ingles, de un capitán de buque que no sabía español y de un comandante peruano que no sabía ni ingles ni español, se envió el siguiente telegrama más explícito pero en que aparecen las *bestias* convertidas en centinelas...)

“Señor Subprefecto:

El buque fue examinado por un oficial Chileno, encontraron sus papeles conformes, y comunicó que el “Huáscar” había ido a pique, muriendo el General Grau, y que habían tomado treinta prisioneros que por varias veces entimaron arriara su pavellon, y que lo isaban mas esto es lo único, el capitán habla poco castellano, y el oficial no habla ingles. Los buques enemigos se han ido afuera la noche muy oscura y no se les distingue mucha vigilancia, no tenemos aquí más q tres bestias y *estos están de vígias* y una con Cisneros, q

-fue al Auspicio, (Hospicio) p^a q. recorierse la línea no ha regresado, Sería bueno mandar esta noche mismo diez soldados de caballería.

Chocano.”

La noticia definitiva de la captura del *Huáscar* se tuvo en Arica solo en la mañana del 12 de octubre por el vapor del sur. En el telegrama en que la nueva se comunicó a Arequipa por el coronel don Aquiles Méndez se decía que el *Huáscar* había peleado siete horas, y en seguida estallaban estas exclamaciones a manera de salmo. “¡Honor al bravo *Huáscar* en la mansión de los héroes, donde sus valientes tripulantes habrán recibido de Dios el premio de sus virtudes militares! Gloria al *honor de la Patria* enaltecido por un puñado de valientes que *serán imperecederos* con la gratitud nacional”.

Aquiles Méndez.

En cuanto a la impresión causada en Lima, he aquí el sumario telegráfico de las noticias que trajo el *Bolivia*, vapor que llegó del Callao a Valparaíso el 22 de octubre:

El día 9 principió a circularse en Lima la noticia del combate Angamos.

Al principio se limitaron a decir que se había trabado un combate entre los buques peruanos y los chilenos, y se dio solo como probable la pérdida del *Huáscar*.

El día 10 se confirmó la captura del monitor.

Hubo grandes trastornos, cierra puertas, y las tropas amotinadas pedían la cabeza de Prado.

El prefecto del Callao negó la noticia; y publicó que el *Huáscar* se había salvado haciendo volar el *Cochrane*.

El Comercio del día 11 dice: “hoy han hecho dimisión de las carteras todos los ministros de estado.”

Los pasajeros del *Bolivia* ratifican esta noticia del cambio ministerial.

La prensa de Lima, en general, recomienda la calma.

La *Tribuna* ataca a Prado y al gabinete.

El presidente La Puerta se hallaba en conflicto.

El cambio en Lima estaba a 150.

Se creía a nuestra escuadra por el norte, había con tal motivo alguna alarma.

El general Prado estuvo en Arica a bordo del vapor *Bolivia* para indagar por sí mismo lo que ocurría en el norte.

Daza muy abatido.”)

Pero en carta intima al coronel Suarez, que más tarde fue sorprendida, desahogaba la congoja de su ánimo y presagiando oscuro porvenir para sus armas diseñaba a su confidente con sombríos colores el presente. He aquí su propio y amarga confesión:

“Arica, octubre 9 de 1879.

Señor coronel don Belisario Suarez.

Mi apreciado amigo:

Ha fondeado la *Unión* en la mañana de hoy y comunica que a las 10 A. M. de ayer dejaba al *Huáscar* batiéndose en medio de los dos blindados enemigos, frente a la costa de Mejillones de Bolivia. Todo hace presumir que hayamos sufrido un contraste de *incalculables proporciones*, atendido el superior poder de las naves enemigas y la situación en que el *Huáscar* se hallaba, y solo alimentamos vagas esperanzas que seguramente vendrá a disipar el vapor que debe llevar próximamente del sur.

Si hemos perdido el buque, como consecuencia de la guerra, en donde *uno de los combatientes tiene que sucumbir*, nuestra inferioridad marítima se acentúa más, y entra ahora lo más crudo de la campaña, pues debe suponerse, que alentados los chilenos por este triunfo, *se lancen decididamente a agredirnos en nuestro territorio*. Hay, pues, que vivir prevenidos a todas horas y, *retemplando* nuestro valor en el contraste que nos ha sobrevenido, procurar tomar la revancha cuando el enemigo se presente a combatirnos. Nada debe descuidarse; es preciso no descansar ni un momento, tomar las medidas que las circunstancias exigen, y aprestarnos sin que nada nos falte para la hora del combate que probablemente ya se acerca.

Confío en su sagacidad para que al divulgarse allí la noticia, no produzca malos efectos en los ánimos, a los cuales debe *retemplárseles* y aumentar, si es posible, el valor.

Con particular afecto me repito de usted su afectísimo amigo y S. S.

Prado.”

(Por supuesto, y conforme a inevitable costumbre en el Perú, el general Buendía y el prefecto López Lavalle, echaron en Iquique su proclama al mismo tiempo que lanzaban la suya Prado y Daza en Arica y en Tacna. Y todavía más, Buendía echaba dos proclamas a su modo. Una al ejército peruano solo y otra al ejército peruano aliado con Bolivia.

Las proclamas de Buendía tienen fechas 13 de octubre y las de López Lavalle del 14.)

III.

No era menos explícito para valorizar la situación el honrado coronel tacneño don José Joaquín Inclan, el mismo pundonoroso jefe que más tarde ofreciera a su patria el tributo de su vida en el morro de Arica. “La catástrofe

del *Huáscar* escribía el 26 de octubre al coronel Suarez desde Tacna, donde aquel jefe había ido a dar sepultura a su recientemente fallecido padre, ha herido profundamente el sentimiento nacional, y como sucede, particularmente el vulgo encuentra consuelo en cargar sobre alguno la responsabilidad de un suceso desgraciado. En esta ocasión lo hacen pesar sobre nuestro amigo el general Prado, inventando la maledicencia las calumnias más infames y antipatrióticas al respecto.

El general está enfermo física y moralmente por la catástrofe y sus consecuencias. Necesito alentarlos, pues las operaciones no deben tardar”.

Y más adelante, divisando llevar con certidumbre la invasión chilena, el leal Inclan agregaba en esa misma carta, interceptada más tarde en Peña Grande, estas palabras de fatídico eco entre soldados:

.....“A pesar de que los chilenos no han obrado con la actividad que se esperaba después de la catástrofe del *Huáscar*, creo que muy pronto principiarán las operaciones activas. A unos y otros nos conviene, tanto por que se van agotando los recursos cuanto porque la estación de verano es funesta para el ejército”.

Los jefes peruanos tenían a la verdad razón sobrada para temer. La puerta de su patria había sido derribada; el camino estaba franco, roto quedaba el prolongado encanto; y quitada del pecho del agresor la coraza y la niebla, la espada vengadora de Chile no tardaría en atravesar junto al corazón la débil malla.

IV.

Las abultadas hazañas del *Huáscar* no habían sido entretanto parte para conmover la antigua molición de Lima, sino antes bien para adormecerla con pomposos ensueños. La ciudad, más que el país, se hallaba gobernada por un anciano, el vicepresidente don Luis La Puerta, hombre probo pero sin bríos. El congreso funcionaba desde el 24 de abril pero no como estímulo y vigilancia sino como obstáculo. El ministerio impopular ante el país, y aborrecido como impersonalidad en la Cámara de Diputados, a su vez desprestigiada, entre los anhelos de la dictadura plebiscitaria, que tan en boga había estado el año precedente, y la importancia de su propia nulidad dejada a descubierto por el odio. “Un gabinete, decía poco más tarde, reuniendo esa deplorable situación un sagaz clérigo peruano, no falto ni de patriotismo ni de talento, un gabinete cuya mayoría era la personificación de un régimen político sin porvenir gobernaba en Lima a nombre del antiguo jefe cuyas dolencias físicas atestiguaban su avanzada senectud. Prado y La Puerta eran las dos columnas que sostenían el edificio de la constitucionalidad. No

estaban solos: desde el 24 de abril se hallaba reunido el congreso en sesiones extraordinarias, y a la sombra de la guerra exterior cada cual se empeñaba en hacer política de partido.

Teníamos al frente un enemigo que acechaba nuestras discordias, que hacía esfuerzos para disolver la alianza por la traición, y fomentábamos la anarquía.

El congreso no tenía la confianza del país, las necesidades de la guerra habían hecho posible su permanencia, pero él nada hacía por satisfacer esas necesidades. La Cámara de Diputados no excusaba ocasión o pretexto para acentuar o irritar su oposición al gabinete, y el gabinete no ocultaba el profundo desdén que lo merecía la Cámara. Eran esos los antiguos odios de partido: el partido *constitucional* no quería dejar pasar esta oportunidad propicia para el logro de sus planes en las primeras elecciones, y el partido de los *plebiscitarios*, cuya presencia en el poder era una de las anomalías de la situación, no perdía de vista las posibilidades de un rompimiento que sobre la base del congreso impopular hiciera expedita la disolución de las cámaras.

Así pasaban las semanas y los meses; así se jugaba cruelmente con los sagrados intereses de la patria; así se la entregaba maniatada e inerte al rigor del destino. No había sido posible conseguir en todo mundo ni un centavo, ni una lancha. Los comisionados del gobierno paseaban las autorizaciones por todas partes, y nadie quería prestarle al Perú. Los mismos comisionados no se entendían entre sí, y vivíamos de quincena a quincena en la alternativa de ilusiones y desengaños, de alegres ilusiones y de tristes desengaños.

El ejército del sur carecía de vestuario, de abrigo, de armamento, de municiones, y muchas veces faltaron los víveres y el agua. Esta desorganización administrativa era tanto más deplorable cuantos más dispendiosos eran los gastos de la guerra, y como consecuencia inevitable del desorden en la administración, sobrevino la relajación en la disciplina y la moral". (*Obin*. Artículo publicado en la *Sociedad* de Lima del 14 de febrero de 1880.)

V.

Se agregaba a esto que el caudillo Piérola, siempre turbulento pero siempre solapado, soplaba desde su retrete de abogado cesante y de su cuartel en acción la llama de la intestina revuelta. Se había disfrazado con la casaca de comandante de un cuerpo de la guardia nacional, que solía hacer la parada de las procesiones y del sahumero en las calles de Lima; pero en el fondo de su mente inquieta, su existencia, su ensueño y su venganza eran únicamente proseguir y llevar a cabo la conspiración de que desde hacía diez años traía su espíritu y su cuerpo completamente saturados.

Tan cierto era esto, que desde los primeros días de la guerra, un diario extranjero (*Le Crédit National* de París del 19 de abril de 1879), estudiando la cuestión financiera del Perú, se expresaba en los términos siguientes:

El Perú no solamente tiene una guerra estéril con Chile, sino que esta amenazado también de una guerra civil. El antiguo ministro de Hacienda, Piérola, se halla hoy más que nunca en vísperas de llegar al poder, él que siempre ha protestado contra la ruina de su país, en otro tiempo tan rico, proverbialmente la tierra del oro”.

VI.

Por su parte, un personaje arequipeño, pero antiguo y versado politiquero de Lima, que había sido en 1878 *plebiscitario* como Suarez, compendiaaba aquella embrollada y mezquina situación que tan vivo contraste hacia con la magnanimidad parlamentaria de Chile, en el párrafo siguiente que extractamos de carta íntima y capturada que tiene la fecha de Lima, agosto 23 de 1879, y la firma de don Manuel F. Benavides:

“Aquí todo sigue *lo mismo*. A cada rato se levantan borrascas entre las Cámaras y el Ministerio de Hacienda, pero que se calman por sí solas, cediendo las más veces las Cámaras. Con solo estar Quimper en contra de la emisión de billetes y tieso con los *civilistas*, se ha formado grande popularidad. *Con todo, no le respondo de que pueda sostenerse*”.

VII.

La hacienda pública era, en efecto, en el Perú, como de antiguo y desde el tiempo de los virreyes mismos, el gran escollo de la situación, porque nada había previsto contra la prodigalidad, ni nada había seguro contra el hábito secular de la dilapidación pública e individual. Al desteñido e incapaz pero honrado ministro Izcue, simple empleado superior de aduana encargado de refrendar decretos, había sucedido un joven enérgico, creador y resuelto, don José María Quimper, arequipeño como la gran mayoría de los hombres de Estado del Perú; pero como hubiese sido franco y varonil adversario de la política del presidente Pardo, encontraba entre los civilistas, herederos y usufructuarios de aquella en el Congreso, la más reacia y antipatriótica oposición de mayoría.

Agravó este estado de cosas una circunstancia no prevista y dolorosa que puso el nombre del Perú en la picota de las naciones y arrojó los últimos restos de su crédito fiduciario en los abismos del pánico público.

Sucedió esto de la siguiente manera.

VIII.

Había celebrado el ministro Quimper en sus apuros cotidianos un empréstito con el entonces bien reputado Banco Nacional del Perú, cuyo presidente era el conocido millonario Derteano, y aunque el monto de la negociación no era excesivo (apenas 1.360.000 soles) se hizo con crecidos descuentos, entregando el prestador solo 400.000 soles al contado. En el total del préstamo y del anticipo, estaba incluida y computada la suma de 220.000 soles que esa casa de crédito había prestado al gobierno, junto con otros bancos, al estallar la guerra. (He aquí la propuesta del *Banco Nacional* y su aceptación por el ministro Quimper.

1° El banco prestará al supremo gobierno la cantidad de 1.360.000 soles que se entregará dando al contado 620.000 soles, importando en esta primera entrega y cancelándose por consiguiente el préstamo de 220.000 soles que hizo el banco al gobierno en unión de los demás bancos en abril del presente año.

2° El resto se entregará en *diez mesadas* iguales, de la que la primera será pagada el 30 de septiembre próximo, y las otras en el mismo día de los meses subsiguientes.

3° Este préstamo *no ganará interés* ni estará afecto al descuento u otra ganancia cualquiera para el banco.

4° En compensación, el gobierno prorrogará hasta el 27 de septiembre de 1880 el plazo concedido al banco por la ley de la materia para recoger su emisión.

5° El gobierno devolverá la cantidad prestada en el plazo de un año, contado desde la fecha de esta propuesta.

6° Verificado el pago, el banco tendrá la obligación de entregar a la junta de vigilancia la emisión a que esta propuesta se refiere.

I. Lucas Oyague.”

“Lima, agosto 11 de 1879.

Hallándose el Banco Nacional del Perú en las mismas condiciones que el Garantizador, acéptase en todas sus partes la presente propuesta en consecuencia, espídanse las órdenes correspondientes.

Comuníquese, regístrese.

Rubrica de S. E.

Quimper”.)

IX.

Pero mientras se llevaba a cabo tan apurada operación, se descubrió por algunos de los accionistas y directores del banco prestamista, que éste se

hallaba en vergonzosa quiebra, habiéndose verificado durante los cuatro últimos años, con la complicidad de su presidente y de sus principales empleados, emisiones fraudulentas de billetes hasta por la enorme suma de 2.186.000 soles.

Llevado este deplorable asunto al congreso en sesión secreta el 23 de agosto, transcurrió por las más guardadas rendijas de la codicia aquella misma noche al público, y fue tal el espanto y la indignación de la ciudad, que el presidente La Puerta, notorio en su país por su acrisolada y enérgica honradez, mandó en altas horas reducir a prisión a los culpables. (Véase este documento en los anexos del presente capítulo.)

Quedó sometido a tan precaria condición el erario del Perú con este golpe mortal, que debió parecer a su ministro, ingente caudal, un recobro conseguido, por expreso emisario del gobierno en Costa Rica, devolución que en días de opulencia habría sido una migaja (159.250 soles, de los cuales solo 27.454 soles fueron pagados en junio al contado) que ahora alcanzaría apenas para el rancho de una semana, tasado parsimoniosamente al ejército de Tarapacá.

X.

Se vio de esta suerte el combatido ministro, a la postre de indecibles apuros, reducido a declarar públicamente que el erario público se hallaba más o menos en la misma condición que las arcas del Banco Nacional del Perú, y sobre este acto de ineludible franqueza cayó en la sesión que la Cámara de Diputados celebró el 28 de agosto el terrible voto de censura que copiamos a continuación y que fue aprobado por una calurosa mayoría de 23 votos sobre 81 diputados presentes.

“Señor:

El ministro de Hacienda doctor don José María Quimper ha hecho publicar oficialmente en todos los diarios de la capital, una nota dirigida a las cámaras, asegurando que desde mañana viernes carecerá de socorro diario el ejército de reserva y desde el día 27 no podrá mandar contingente alguno al ejército del sur.

Dada como cierta tal aserción, el ministro señor Quimper no ha podido hacer público ese dato, porque ello implica dar un aviso al enemigo. Es lo mismo que si el puerto del Callao o cualquiera de los otros de nuestro litoral, estuviesen indefensos y de esto se diese noticia a los chilenos.

El ministro ha incurrido, pues, en el delito previsto en el inciso 3° del artículo 110 del Código penal que dice: “los peruanos que revelen al enemigo noticias o le proporcionen documentos que conduzcan a dañar directamente al Perú, cometen también delito de traición a la patria.”

Esto manifiesta sencillamente que el señor Quimper ha incurrido en un delito enorme, que debe ser castigado severa e inmediatamente.

Tales consideraciones me obligan a presentar el siguiente proyecto:

“La Cámara de Diputados acusa ante el Senado al ministro de Hacienda doctor don José María Quimper, por haber incurrido en el delito de traición a la patria.”

Dado en Lima, agosto 28 de 1879.

Manuel Yarlequé.”

XI.

Ocasionó, como era inevitable, la sanción de este voto la caída del ministro de Hacienda que había sostenido el primer empuje de la guerra, siendo ése, a la verdad, el único despacho que funcionaba activamente en el Perú, resumiendo en sí a todos los demás, que como molino sin agua, estaban de para a causa de la guerra. Solo el ministro Irigóyen, continuaba enredando la madeja del odio contra Chile en todos los países vecinos, sin que el último, perezoso, confiado y económico de sueldos se preocupase un ardite de aquella funesta propaganda tan impune como el *Huáscar*.

XII.

Sucedió al avezado ministro Quimper, un joven diarista de indisputable talento pero arrogante y presuntuoso, que hizo estreno peregrino, presentando al congreso en su sesión del 19 de septiembre un verdadero pandemónium de recursos, a la manera de Lanman y Kemp, sobre sus panaceas y píldoras, azucaradas, y tanto “que los niños lloran por ellas”.

Aludimos al doctor don Juan Francisco Pazos y sus famosos quince proyectos de gabelas presentados todos en una sola vez, a manera de naipe de rocambo con cartas flojas y sus respectivos “matadores”. Por el primero de esos proyectos se duplicaba el impuesto de los predios rústicos y urbanos; por el segundo se gravaba la renta privada, en un país sin más rentas que las públicas repartidas a domicilio, con un diez por ciento; en el tercero se quitaba a los empleados de próximo nombramiento el 50 por ciento del primer mes del primer sueldo....; por el cuarto se despojaba de sus rentas a los municipios que

en el Perú se llaman *consejos* entrando el gobierno a administrarlas; por el quinto se gravaba la propiedad con uno por ciento, sin contar con que la renta estaba ya doblemente impuesta; por el sexto se decretaba un 15 por ciento a las *futuras* herencias intestadas; por el séptimo se suprimían todos los empleos fiscales en Europa; por el octavo se ponía en venta todos los bienes inmuebles de la nación, y por otro se vendían las salitreras por títulos de salitre, lo cual era pedir con una mano y devolver con otra.

Se mandaba, por último, pagar en plata sonante los derechos de aduana, y por otro artículo se gravaba en 25 centavos plata el quintal de azúcar exportado, faltando únicamente que, a título de legislador y de interpretador de la voluntad de los muertos, el joven ministro aconsejase la adjudicación a la caja de la guerra de los 200 mil pesos fuertes legados por el millonario arzobispo Goyeneche a las casas de misericordia de Lima y de Arequipa...

El más singular, sin embargo, de aquellos arbitrios, ninguno de los cuales tenía base ni salida inmediata, era el noveno que prohibía los bancos de emisión y en seguida el décimo tercero que los resucitaba, creando un banco de emisión con el título de *Banco peruano*, el cual comenzaría sus lucrativas operaciones prestando dos millones de soles al Erario.

XIII.

Tal era la situación financiera del Perú cuando fue apresado el *Huáscar*, y es preciso reconocer que los arbitrios del joven ministro, semejantes a los proyectiles del *Cochrane*, habían hecho indecible estrago en el fondo eternamente vacío de su arca.

No quitaba esto que en Lima se hicieran ostentosas paradas militares de reclutas desnudos y de voluntarios traídos en colleras de la sierra por el camino de fierro de la Oroya, siendo la más concurrida y aparatosa de todas, una celebrada en julio en la carretera del Callao, entre la Portada y la Legua, en la cual, aunque se habló de doce mil combatientes, apenas entraron en línea unos quince diminutos batallones con la mitad de ese número. “No es jactancia mía, exclamaba, sin embargo, a este propósito en su mensaje inaugural del 28 de julio el vicepresidente La Puerta, ajena de mi carácter decir que si fuese necesario, la República en pocos días tendría en esta capital un ejército de treinta mil soldados, sin traer a cuenta otros treinta (mil?) entre peruanos y *extranjeros* ansiosos de concurrir a la defensa del país. El entusiasmo de todo peruano por repeler la invasión del gobierno de Chile es tal, que me he visto precisado a expedir un decreto imponiendo penas severas a las autoridades del departamento que sigan mandando batallones a esta

capital sin expresa orden mía, comunicada por los ministerios de guerra y gobierno”.

No estará de más agregar que la mayor parte del ejército de Lima llamado de *Reserva*, y que la incuria de Chile dejó crecer y convertirse de andrajos en ejército, apareciese en la revista de julio con sus trajes y ojotas de la sierra, presentándose de levita la mayor parte de los oficiales. Y habiendo observado esto un militar al presidente La Puerta, le dio el último esta respuesta que fue tan celebrada por los diarios del Perú como la de las Termópilas: “*No revistamos uniformes sino hombres*”....

Habiendo estado en cueros los soldados peruanos, conforme a este principio, la expresión y la revista habrían sido más eficaces.

(Pasando en revista los demás elementos militares del Perú en ese documento, el presidente La Puerta se expresaba en estos términos que envolvían sardónica y casi despreciativa burla contra Chile:

“En el Callao se están construyendo nueve baterías con cañones de a mil, que hacen de ese puerto una plaza inexpugnable para el enemigo.

Nuestra marina de guerra ha obtenido *triumfos importantes*, si bien la ciega fatalidad privó a la República de una de sus principales naves, que naufragó chocando con una roca, no por vencimiento sino por el ardor de su bravo y pundonoroso comandante. Los daños causados al enemigo han reducido a su escuadra casi a la impotencia: se mantiene ella en cerrado convoy, dejando a nuestros marinos conducir tranquilos, *con la calma del justo*, sus naves cargadas de armamento, municiones, carbón, víveres y toda clase de artículos de guerra para el ejército del sur a *la a la vista material del enemigo*. En la actual guerra se ha distinguido el monitor *Huáscar*, que después de echar a pique a la corbeta *Esmeralda*, ha esparcido el *terror en la escuadra* del gobierno y costas de Chile en posteriores excursiones”.

En cuanto a los cuerpos que tomaron parte en la revista recordada, he aquí parte de su abultada nomenclatura:

Artillería, 24 cañones, 350 hombres al mando del general Solar.

Infantería, Ayacucho núm. 1, 900 hombres; Lima núm. 3, 350 hombres; Chota, 457 hombres al mando del general Bustamante. 1ª división.

Prado, 330; Victoria, 140; Legión de Trujillo, 260 hombres al mando del coronel Valle Riestra. 2ª división.

Callao- 800; núm. 10.- 350; Pasco- 200 hombres al mando del coronel Leiva. 3ª división.

Lima núm. 1.- 328; Lima núm.2.- 450; Lima núm. 4.- 150 hombres al mando del coronel Aguirre. 4ª división.

Tarma-518; Jauja, 560; Salaverri, 200 hombres al mando del general Beingolea. 5ª división.

Guardia civil núm. 1.-500; núm. 2.-500 hombres al del general La Cotera. 6ª división.

Núm. 11-450; núm. 14.-380 hombres al mando del coronel Eléspuru. 7ª división.

Legión de Torata- 450; Regimiento Lima- 250; Gendarmes- 320 hombres al mando del coronel Zamudio. 8ª división.

Cazadores de Salaverri, primer jefe Francisco de Padua Secada, segundo F. S. Salaverri.

Junin núm. 11, primer jefe Pedro J. Saavedra, segundo Francisco J. Loza.

Estos dos cuerpos fueron precedidos de su banda de guerra, armamento Chassepot reformado.

Batallón núm. 14, primer jefe Tadeo Antay, segundo Pío Moreno; marchó precedido de sus bandas respectivas, armamento Remington.

La caballería fue compuesta por Lanceros de Torata, su primer jefe Armando Zamudio, segundo Simón Bedoya; Regimiento Lima, primer jefe Julio Thenaut, segundo Federico Lembek, y Gendarmes núm. 3, primer jefe Enrique García, segundo Manuel I. Villavicencio.)

XIV.

Tal era la triste condición del gobierno de Lima, de sus defensas, de sus recursos y de su ejército cuando en la mañana del 8 de octubre y frente a punta Tames, arrió su pabellón el atalaya de sus costas y de sus mares, dejando perdido en el desierto de Tarapacá un ejército aguerrido y numeroso, que por el solo hecho de aquella captura y del naufragio de la fragata *Independencia* quedaba reducido a la más absoluta nulidad militar, y expuesto a desastrosa capitulación, mucho más radical e inevitable que la de Paucarpata. De suerte que si el gobierno de Chile hubiera tenido un tanto más de corazón, y no se hubiera hecho sentir y predominar en su consejo la constitutiva nimiedad de espíritu del jefe del Estado, nuestro ejército de Antofagasta habría marchado directamente a Lima, y ésta habría caído en nuestras manos con la misma o mayor facilidad que en 1838. y eso, mediante la guerra de hecho, habría durado lo que duran hoy todas las guerras, el breve ciclo de un año, siendo larga.

XV.

Tiempo es, por tanto, que conduzcamos al lector a los sitios en que debería desenlazarse la primera de las diversas campañas que ha necesitado emprender Chile para vencer parcialmente a sus enemigos, cuando una sola acometida hecha de frente al corazón del Perú habría sido decisiva sino para la paz, para el desenlace militar de la guerra.

ANEXOS AL CAPÍTULO XV.

I.

PROCLAMAS DE PRADO y DE DAZA AL PUEBLO Y AL EJÉRCITO DE LA ALIANZA CON MOTIVO DE LA CAPTURA DEL “HUÁSCAR”.

I.

EL DIRECTOR DE LA GUERRA
A LA NACIÓN Y AL EJÉRCITO ALIADO.

Conciudadanos:

El “Huáscar” ha sucumbido heroicamente después de una carrera de proezas.

Ha llenado con sus hechos la América y el *Orbe*, y ha terminado sus brillantes horas con una hazaña que consignará la historia entre las más grandes hazañas.

Cada latido del corazón de los héroes que lo tripulaban era un juramento de vencer o morir, lo han cumplido.

Ante dos blindados excesivamente superiores y *tres buques* más, el “Huáscar”, solo, tenía que perecer, y ha perecido, llenando de gloria su patria. El triunfo, en verdad, es nuestro: honra y gloria hemos ganado nosotros: un casco destruido ha tomado el enemigo.

Como los del “Huáscar” son nuestros marinos y soldados: no piensan en la pérdida de una nave, sino en la patria que defienden y en vengar la sangre de sus hermanos.

Si bien es un revés la pérdida de una nave, no debemos extrañarlo, porque los reveses son naturales en la guerra y lejos de abatir fortifican el valor y estimulan el patriotismo.

El heroico contralmirante y sus denodados compañeros han demostrado en este encuentro, que el Perú, mas que un frágil barco, confía en el valor incontrastable de sus hijos.

Iremos a levantarles un monumento allí mismo donde han regado con su sangre el cimiento de su imperecedera gloria.

Bolivia, nuestra aliada, contempla satisfecha el sublime arrojado de nuestros marinos, y sus matronas habían enviado a nuestro ilustre almirante el lábaro de su destino, que le imponía vencer o morir.

Con este sacrificio la alianza se estrecha aun más, y dos naciones pelean unidas no solo por sus derechos sino por vengar a sus defensores.

¡Marinos! Vosotros no necesitabais del ejemplo de vuestro valiente contralmirante; pero si a él le cupo ofrecérselo, ninguno de vosotros podrá *opacar* el lustre con que ha hecho brillar vuestra carrera.

¡Soldados! El mar no es por ahora nuestro; pero desde Ayacucho habéis aprendido cuál es por tierra el “paso de vencedores”.

¡Grau y compañeros! Anegada en llanto la patria os bendice.

¡Felices vosotros que os habéis hecho dignos de la admiración y gratitud nacional!

¡Bolivianos y peruanos, soldarlos y marinos! ¿Quién de vosotros no querrá ser como Grau?

Tacna, octubre 14 de 1879.

Mariano Ignacio Prado.

II.

EL CAPITÁN GENERAL DEL EJÉRCITO AL PUEBLO BOLIVIANO.

Compatriotas

El justo tributo de sentimiento, que debemos a la memoria del heroico Grau, de sus compañeros ilustres y de la gloriosa nave en que sucumbieran, debe abrir paso al deber que nos impone tan brillante sacrificio. Nunca el martirio es estéril y menos para las grandes causas de la humanidad.

La suerte de dos naciones, cuyo espléndido futuro está indisputablemente marcado en las condiciones de su existencia, no puede nunca depender del *cruento sacrificio* de una sola nave, no. Son muy altos sus intereses, muy grandes sus destinos, para vincularse a tan *pequeño accidente*.

Era un *hecho inevitable el que ha acontecido*. El retardo de la catástrofe ha arrojado regueros de luz y gloria sobre el camino del temido monitor. La nación egoísta y sorda que nos hace la guerra, estaba de largo tiempo preparada, al retornos a duelo. Los elementos bélicos con que entonces contábamos, eran nulos ante sus aprestos. El “Huáscar” entraba en ese número.

Habría caído antes si en ese *nido de piratas* hubiera la intrepidez y abnegación que solo inspira la justicia. Hoy ha caído después de aplicar a sus *verdugos la candente marca del baldón*.

Bolivianos:

Hoy empieza la guerra. Los esfuerzos que tenemos que emplear no están consumados. Lo serán en breve. La pérdida del “Huáscar” obtendrá tremenda reparación, tan grande como lo pide la causa de dos naciones hermanas; tan noble y heroica como la inmoliación abnegada de Grau y sus tenientes; tan terrible como debe ser el castigo que reciba ese pueblo, *que conculca la ley de Dios y de las naciones*.

En la hora de la prueba necesitamos hacer ostentación del patriotismo sublime que es la dote más relevante de nuestro pueblo. ¡No desmayar! Mostrarnos lo mismo que aquellos que por darnos patria lucharon 15 años; haciendo de cada estepa y de cada colina un campo de batalla: de *cada peñasco una fortaleza*, de cada hombre un soldado, de cada soldado un héroe. Mostrarnos los mismos que han obtenido, hasta de boca de nuestros enemigos, el título de guerreros sobrios, resignados y aguerridos.

Con el ejercicio de esas tres virtudes, conciudadanos, el triunfo definitivo siempre será nuestro. Lo sabéis y os lo prometo.

Mientras llega ese día de la reparación, bolivianos todos, de pié para saludar la memoria de Grau; de pie para mirar el combate de uno contra diez; de pie para ver surgir del abismo que se *engulle* a tantas almas espartanas sobre el casco acribillado de un buque, la luz de la gratitud de dos pueblos, precursora de la corona de gloria que les discierne la admiración del mundo, y de la inmortalidad que tan temeraria y noblemente conquistaron.

¡Gloria al “Huáscar”!
 ¡Gloria a Grau y sus compañeros!
 ¡Honra al Perú! ¡Viva la alianza!

Tacna, octubre 14 de 1879.

H. Daza.

III.

EL CAPITÁN GENERAL PRESIDENTE DE BOLIVIA, A SU EJÉRCITO.

Soldados:

¡El “Huáscar” sucumbió! La imborrable estela del denodado monitor, guiará las naves y las huestes aliadas a la gloria, que para los pueblos nunca viene sino después del martirio.

El héroe del Pacífico, la grande alma de Grau y sus inmortales compañeros nos dejan un elocuente ejemplo que imitar. Cayeron como sucumben los *semi dioses*; no sujetos por la mano del genio, ni ante los esfuerzos nobles del valor, ni ante ningún acto que infunda respeto. Cayeron aplastados bajo el peso de la fuerza bruta, diez veces superior y cobarde para herirlos.

Compañeros de armas:

Los que así pelean y sucumben merecen bien de su patria. Merecen nuestras bendiciones y el tributo de nuestra sangre para vengarlos. Merecen honra y fama del mundo, que se inclinará con respeto ante su tumba y aprenderá en ella a acatar la noble bandera que les sirvió de sudario: la cansa justa y santa tan bizarramente defendido en espléndido holocausto.

Ciudadanos armados:

Tenemos en los hechos impercederos de la marina peruana un noble estímulo a vuestro reconocido valor y nunca desmentido patriotismo.

¿Quién se atrevería a retroceder ante ejemplo semejante?
 ¡Adelante! La sombra de Grau y de sus dignos compañeros nos enseña el puesto que debemos ocupar y la manera como debemos combatir.

Amigos:

¡Gloria al “Huáscar”! Frágil nave, que apenas *se dejaba ver antes en la inmensidad del Océano* por el eco de sus cañones, que *escribían* en el espacio sus hazañas, hoy es una *constelación radiante en el magnífico cielo de los incas*.

¡Adelante! *A la luz de su gloria* ¡Adelante! Hasta vengar su *victimación*. ¡Adelante! Hasta castigar la soberbia de ese pueblo insensato que quiere imponernos como ley el *inmoderado apetito de su codicia*, para arrebatar nos honra y suelo, riquezas y vidas, toda la herencia de nuestros mayores.

Contad con el triunfo, os lo asegura vuestro compañero

H. -Daza.

Cuartel general en Tacna, a 14 de octubre de 1879.

IV.

CARTA DE PÉSAME DEL GENERAL DAZA A LA VIUDA DEL
CONTRALMIRANTE GRAU.

Señora D^a Dolores Cavero v. de Grau.

Tacna, 14 de octubre de 1879.

Digna señora:

La trágica *muerte* de vuestro *inmortal* ESPOSO debe tener vuestro corazón y el de vuestros hijos traspasado del dolor. Justo es rendir tributo a la naturaleza y el alma noble de la mujer no es tan bella más que por el predominio del sentimiento. Pero la viuda de un héroe, la que fue esposa del noble Grau, debe restañar sus lágrimas, debe dejar de ser esposa para ser *ciudadana*.

La memoria del ilustre marino es una herencia envidiable para sus tiernos hijos. ¿Hay cosa que pueda consolarlos más que la muerte grandiosa de su padre?. Cumplió su terrible y solemne deber.

¡Pobres niños! cuando echen de menos las caricias del que les dio el ser y extiendan la vista buscándolo en el horizonte lejano, la radiante luz que arrojará eternamente su muerte, vendrá a ofuscarlos y a cegarlos con su claridad.

Vivid, señora, para ellos. Que sean dignos de su raza. Que aprendan a amar y defender su patria. Dos naciones gratas y conmovidas los protegerán y mirarán con cariñoso cuidado su tierno lecho.

Bolivia, señora, es *un nido de águilas y de leones*, y sus hijos saben estimar y respetar el valor consagrado a tan noble empeño, como el que llevó a vuestro esposo al sacrificio. Ella cobijará lo mismo que su madre patria a vuestros hijos; ella los mirará como suyos; *yo os lo anuncio a su nombre*.

Dignaos aceptar en el del pueblo cuyas huestes aguerridas comando, el más sentido pésame y las palabras de aliento que demanda vuestro santo infortunio y contad con la estimación y respeto personal de vuestro atento servidor.

Firmado.

H. Daza.

II.

DOCUMENTOS RELATIVOS AL FRAUDE DE DOS Y MEDIO MILLONES DE SOLES COMETIDO POR EL “BANCO NACIONAL DEL PERÚ”.

El siguiente extracto de *El Nacional* de Lima pone de manifiesto el total de la circulación fiduciaria del Perú en 1879 (22.561.633 pesos 30 cts.) y la manera como el fraude fue descubierto por el cotejo de las emisiones con las facturas de billetes recibidos de Estados Unidos.

“De los cuadros adjuntos a la memoria presentada al congreso por la junta de vigilancia, tomamos el que reproducimos al pié de estas líneas, por referirse de una manera inmediata a los abusos cometidos en el referido banco, que tan seriamente preocupan hoy la atención pública:

Cuadro que manifiesta la actual circulación de billetes de la responsabilidad del gobierno y del Banco Nacional del Perú en particular:

Banco del Perú.....	Sls. 5.060.644
Banco de Lima.....	Sls. 2.150.135
Banco de La Providencia.....	Sls. 1.970.886
Banco Nacional del Perú.....	Sls. 4.661.092
Compañía de Obras públicas i fomento, incluyendo los soles 1.666.300 de que dispuso el gobierno.....	Sls. 6.643.866,31
Total en circulación.....	Sls 20.495.633,30

Además de lo anterior debe agregarse lo siguiente:

BANCO NACIONAL

Circulación hoy en poder del público, del aumento de soles 2.320.000 sobre la emisión limitada, que el banco declara de su responsabilidad.....	Sls. 1.360.000
Billetes que aparecen incinerados según libro reservado, con solo dos firmas de los que intervinieran en la emisión los cuales se consideran existentes por no haberse debidamente comprobado su destrucción.....	Sls. 706.000

Sls. 22.561.633.30

En la confrontación de la suma anterior, con los libros que se le presentaron al efecto, halló la comisión una fuerte diferencia, que demostraba haber recibido el banco mayor suma de billetes del tipo de 50 soles que los que estaban comprendidos en las facturas que tenía a la vista: pidió la comisión que se le explicara la razón de esa diferencia, y no habiendo obtenido ninguna que la justificara, resolvió suspender dicho examen y

proceder inmediatamente a la incineración de toda la existencia de billetes nuevos que tenía el banco depositados sin emitir y los billetes que habían sido canjeados.

Luego que la comisión hubo cumplido esta parte importante de su cometido, insistió con la gerencia; exigiéndole respuesta categórica que explicara ese aumento de billetes, y pidiendo al efecto que se le presentaran los libros del banco.

El director de turno se apercibió de la discusión que se sostenía con el gerente para el examen de cierta cuenta, pues se alegaba que no podía satisfacer esta exigencia sin autorización del directorio, y ofreció ponerse de acuerdo para llegar a este fin con el directorio. Así lo hizo, i con el triple concurso de dos directores más, la comisión llegó a descubrir, que desde el 6 de noviembre de 1875, esto es, dos meses después de limitada la emisión fijada por el supremo gobierno, comenzó a hacer ese banco una nueva emisión, sobre la ya autorizada.

Esta nueva emisión, según un libro especial llevado por la gerencia, ascendió a la suma de 2.150.000 soles, según actas también especiales, autorizadas por los gerentes y varios directores.

Después de hecho y comprobado este descubrimiento, se presentaron a la comisión nuevos cuadros, reconociendo haberse recibido de los Estados Unidos en diferentes fechas, comenzando desde el mes de noviembre de 1875

la suma de.....Sls.	2.320.000
que unidos a la anterior de.....Sls.	12.940.000
y a Sls. 500.000 recibidos para la sucursal de Iquique y Sls. 100.000 para la de Tacna en todo.....Sls.	600.000
	Sls. 15.860.000

demostraba que este banco había recibido en billetes, la suma de 15.860.000 soles.

En presencia de este hecho, cuya naturaleza no quiere la junta calificar, la comisión exigió a los comisionados del directorio, que diera a la junta no solo garantías por los S. 1.360.000 de aumento de la emisión, como queda demostrado, sino también S. 706.000 que aseguran haber incinerado, operación que por carecer de los requisitos legales que acompañan las otras incineraciones, rechazó la comisión, declarando no aceptarla”.

En consecuencia de esta comprobación la *Junta de vigilancia* de la emisión fiscal (porque todo el papel de los bancos había sido declarado propio del Estado y garantizado éste su valor) pasó al ministerio de hacienda el siguiente oficio de media noche que motivó la prisión de los principales directores del Banco Nacional.

JUNTA ADMINISTRADORA Y DE VIGILANCIA DE LA EMISIÓN FISCAL

Lima, agosto 25 de 1879.

Señor ministro de estado en el despacho de gobierno, policía y obras públicas:

Según consta en el libro especial que llevaron para la emisión extraordinaria, aparece ésta autorizada por los siguientes directores a saber:

BANCO NACIONAL DEL PERÚ

1875.	
Noviembre 6 a 10, don Micedo Espantoso autorizó.....	Sls. 530.000
1876.	
Febrero 1° a 12, don Vicente González Pinillos autorizó “	310.000
Mayo 12, don Dionisio Derteano autorizó “	45.000
Don Guillermo Scheel, desde abril de 1876	
hasta febrero de 1877, autorizó.....	Sls. 1.780.000
Total.....	Sls. 2.665.000

Las anteriores emisiones fueron autorizadas por los gerentes del banco, don Juan C. Basombrío y don Rufino P. Echeñique.

Los interventores fiscales cuyas firmas constan en el libro de *la emisión autorizada* del Banco Nacional del Perú, han sido: don Federico Luna y don Manuel Leca.

Lo que tengo la honra de comunicar a U.S. en contestación a su urgentísimo oficio del 21 del corriente, fechado a las dos de la mañana que supongo sea del día de hoy, porque en este momento acabo de recibirlo.

Dios guarde a U. S.

Juan de D. Quintana.”

Lima, agosto de 1879.

“Líbrese en el acto la correspondiente orden al prefecto del departamento para que la policía proceda a capturar a las personas comprendidas en el presente oficio como complicadas en la emisión clandestina del Banco Nacional del Perú, y hecho remítase original con la correspondiente nota al señor ministro de justicia para que mande instaurar el juicio respectivo.

Velarde.”

El gerente del banco en la época de las emisiones fraudulentas, don Guillermo Scheel, fue apresado en Salaverry y remitido a Lima, y no faltó quien acusara (a nuestro juicio sin motivo) al ministro Quimper de complicidad en aquellos tristes manejos. “El público conoce ya (decía por esos días un diario civilista de Lima, *La Tribuna*), el público conoce ya por las revelaciones hechas en la Cámara de Diputados, la *participación del ministro de hacienda en la emisión fraudulenta* de ese banco; hoy publicamos íntegro el texto del contrato ajustado entre ambos, texto del cual se desprende no solo la *participación* sino la *culpabilidad* de ese ministro, que parece haber olvidado que la dictadura es el elemento dañoso y criminal en nuestra organización administrativa”.

El señor Quimper en un notable despacho que dirigió al Congreso el 26 de agosto y que fue devuelto descortésmente por éste, aludía a estas acusaciones en los términos siguientes:

“Un honorable representante ha dicho que sentía que yo no estuviera presente para pedirme estrecha cuenta por haber puesto al país al borde de un abismo; y otro, llevando sus temerarias apreciaciones hasta un punto que raya en calumnioso, interpeló a mis colegas sobre si continuaría formando parte de un gobierno protector del crimen.”

Por supuesto todo quedó al tiempo y al olvido, como reparación y castigo de aquellas escandalosas negociaciones. Al menos así resultaba del siguiente requerimiento de uno de los tesoreros de Lima, dirigido a los tribunales de Lima seis meses después:

Lima, enero 14 de 1880.

“Señor presidente de la ilustrísima corte superior de este distrito:

El 25 de agosto último se inició, por orden del gobierno, ante uno de los jueces del crimen de esta capital, un juicio con motivo de la emisión excesiva de billetes al portador, del Banco Nacional del Perú; y se dispuso que dicho juez diese cuenta cada ocho días del estado de ese juicio, que por la importancia inherente a él, ha debido merecer esmerada y especial atención de dicho funcionario.

Como hasta hoy *no se ha dado cumplimiento* a la expresada prevención, me dirijo a U.S. para que excite el celo del juez encargado de la mencionada causa, a fin de obtener su pronta e inmediata terminación; y para que cumpla con dar cuenta de su estado en el término que se le tiene prevenido.

Dios guarde a V.S. muchos años.

F. Panizo.”

CAPÍTULO XVI.

EL EJÉRCITO DE LA ALIANZA EN LA VÍSPERA DE LA INVASIÓN.

Total de las fuerzas del ejército de Tarapacá en el mes de octubre. Las divisiones peruanas y su ubicación. La quinta división. El coronel Ríos y el comandante Ugarte. Las divisiones bolivianas. La división Villamil cubre a Pisagua y la división Villegas a Patillos y Pabellón de Pica. Astucia de los peruanos al hacer esta distribución. La caballería boliviana en el valle de Tarapacá y sus continuas deserciones. Extraordinaria actividad del jefe de estado mayor del ejército aliado, y mezquinos juicios de sus compatriotas. Creación de comandancias militares en todos los confines del departamento de Tarapacá, sus instrucciones y sus resultados prácticos. El inspector del teatro del campo de la guerra y sus percances. El inspector fiscal de las salitreras y sus arbitrios. Inspección de las caletas e instrucciones que se dan a sus diversos comisionados y comandantes militares. Importancia capital que los peruanos atribuyen a la caleta de Patillos, insistiendo en que por allí desembarcaran los chilenos. Fortificación de Iquique y extraordinarias precauciones que se toman en esa plaza, durante y después del bloqueo. La provisión de agua del ejército. Los víveres y su constante insuficiencia. Derroches y acusaciones. Incendio de los almacenes del Hospicio e inventarios de los del Molle. La contrata de ganado de Gómez y Puch. El pago del ejército y su extraordinaria penuria. Cobranzas frecuentes de los cuerpos bolivianos y disgustos entre los oficiales del ejército. El pagador de éste hace su renuncia, declarándose impotente para desempeñar su destino. Miserias en el campamento. Ofrecimientos sigilosos de la presidencia de la república al coronel Suarez. Disgustos de éste con el prefecto López Lavalle. Por que los generalísimos Prado y Daza no fueron a ponerse a la cabeza del ejército de Tarapacá. Aparición del último en Pisagua y en Iquique y su curiosa excursión por los campamentos. Recados telegráficos, gallinas y cerveza. Daza regresa a Tacna. Acércase la hora de la invasión.

“¿Que cosa era el ejército en esos primeros días en la plaza de Iquique? Había batallones sin su armamento completo, unos; sin vestuario y calzado otros, sin municiones suficientes todos.”

(M. Molina. *Hojas del proceso*, Arica, 1880, pág. 14).

I.

Los peruanos no habían confiado únicamente al *Huáscar*, la defensa de su litoral, amenazado por las armas de Chile. Según extensamente lo demostramos en el primer volumen de esta historia, con más precipitación que estrategia acumularon aquellos un numeroso ejército, la flor de sus soldados en los médanos de Tarapacá sin parar mientes en que, una vez perdido para ellos el dominio del mar, ese ejército quedaba de hecho aislado e impotente, como náufrago en isla desierta del océano.

Se componía ese ejército, antes del combate naval de Iquique, que levantó el bloqueo de esa plaza durante una semana, de unos cinco mil hombres, más o menos, mal armados. Pero desde junio a septiembre se aumentó con cuatro divisiones que elevaron el total de sus fuerzas a once mil soldados de pelea.

II.

En el momento de la rendición del *Huáscar* se hallaban esas fuerzas bastante hábilmente distribuidas, dada la ingrata y extensa zona en que se dilataban, abarcando con su línea de observación por el lado del mar una extensión de treinta leguas marítimas desde Pabellón de Pica a Pisagua, cubriendo con sus divisiones esparcidas en grupos las diversas caletas de aquella costa en todas partes estéril.

Las tres primeras divisiones peruanas cubrían a Iquique, Velarde desde la ciudad, Bolognesi en el Hospicio y en el alto del Molle el coronel Cáceres, dándose entre si la mano en aquellos parajes más o menos equidistantes y un poco al sur del puerto bloqueado.

La división Dávila, que antes había sido llamada de *vanguardia*, estaba acantonada en la Noria para aprovechar el más barato surtimiento de agua, y la caballería había sido enviada a forrajear en los reducidos y casi agotados alfalfares de Tarapacá. Se hallaba acantonada también en esos sitios la caballería boliviana, si bien sus jinetes, viendo el portillo abierto para la desertión, que es su hábito, cuando no el de la fuga en la planicie, se aprovechaban de continuo de la tarea de segar el pienso cotidiano para irse. (*Cuartel general - Iquique, agosto 12 de 1879.*)

El señor secretario general del Excmo. señor capitán general del ejército de Bolivia en oficio del 7 me dice lo siguiente:

“Tengo el honor de dirigirme a U.S. con el objeto de que se facilite el servicio del ejército dando una orden a las autoridades del departamento de Tarapacá a efecto de que ellas no se opongan a que los recursos de los cantones donde se encuentran las caballadas del ejército presten el contingente a su trabajo remunerado con equidad. En el corte de la alfalfa se empleaban soldados de la caballada, pero esto hacía fácil la desertión de éstos. En los apartados parajes de la frontera de Tarapacá, no es posible tener seguros a los soldados pues estando próximos esos puntos al departamento de Oruro se hace la desertión continua y esto es lo que ha venido a obligar a los oficiales de las caballadas, a que se pague más bien un tanto a los vecinos de aquellos lugares para que se empleen en el corte de la alfalfa que consumen las bestias. Como una prueba de la resistencia que hace el señor sub prefecto de Tarapacá remito a U.S. la nota original de éste dirigida al jefe de la caballada.

La cuenta que viene adjunta a la nota dirigida por el oficial de la caballada del regimiento Bolívar 1º de Húsares me tomo la franqueza de dirigirla a U.S. para si ve

conveniente el abono de ella, ordene su paro, así como las demás que origine el corte de la alfalfa como que hace parte de los gastos de forraje.

Que transcribo a U.S. para su conocimiento y fines consiguientes.

Dios guarde a U.S.

Juan Buendía”.

Señor coronel jefe de estado mayor general.

III.

A estas fuerzas originarias de la defensa se agregó a principios de julio (decreto del día 8) una quinta división formada con la base del batallón cívico de Iquique y las diversas columnas improvisadas en Tarapacá, de que tenemos dado cuenta, y si no la más veterana, era ésta la división más entusiasta del ejército peruano. Constaba de 800 plazas y era mandada por el valiente coronel don José Miguel Ríos, cuzqueño, natural de Lampa, excelente hombre y mejor soldado que había sido largos años cónsul del Perú en el Para y en Valparaíso y recientemente prefecto de Chachapoyas.

El alma de esa tropa era, sin embargo, el joven tarapaqueño don Alfonso Ugarte, salitrero millonario, que por entusiasmo patrio había tomado las armas, como el coronel Ríos, para morir como él por su patria. El jefe de la quinta división había venido de las orillas del Marañón para comandar los cantones de Ite y Sama, siendo él aquel “personaje de la capa colorada” que tanto entretuvo los anteojos de nuestros marinos en la visita que a esos lugares hicieron en el mes de agosto. Ugarte era comandante del batallón Iquique a cuyos soldados había dado de obsequio dos buenos vestuarios. (He aquí el decreto de organización de esta quinta división peruana:

“GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO.

“Cuartel general, Iquique, julio 8 de 1879.

El señor secretario general de S.E. el supremo director de la guerra con fecha 3 del actual me dice lo que sigue:

“S.E. el supremo director de la guerra, con esta fecha ha expedido el decreto que sigue:

Atendiendo a las necesidades del servicio en el ejército de operaciones del sur, he venido en decretar y decreto: de los batallones de guardia nacional del departamento de Tarapacá Iquique núm. 1, Columna de Honor, Columna Naval, Columna Loa y Columna Tarapacá, que han formado parte de la primera división del mando del coronel Manuel Velarde, se forma una nueva división que será la quinta del ejército de operaciones. Se nombra comandante general de esta división al coronel don José Miguel Ríos. El general en jefe del ejército de operaciones organizará el estado mayor de esta división.”

Que transcribo a U.S. para su conocimiento y fines consiguientes.
Dios guarde a U.S.

Juan Buendía.

Señor coronel jefe de estado mayor general.)

Existía en Tarapacá todavía una sexta división del Perú, y ésta fue la que a fines de setiembre trajo de Lima el general Bustamante, y convoyó desde Arica a Iquique el contralmirante Grau en su último y fatal viaje al sur. Se componía esta división del batallón Ayacucho núm. 2, que mandaba el coronel don Manuel Antonio Prado, sobrino del director de la guerra, y dos cuerpos provisionales de Lima y Pasco, en todo unos 1.500 hombres. Mandaba el 3° de Lima el coronel don Pedro José Zabala, que murió más tarde en el Morro, y los Voluntarios de Pasco el coronel Mori Ortiz, de quien habremos de dar buena cuenta más adelante.

Estas fuerzas habían duplicado la guarnición de Iquique y sus alrededores, en la proximidad inminente de la invasión chilena.

IV.

En cuanto a las dos divisiones bolivianas que en los primeros meses de la campaña pasaron a incorporarse desde Arica al ejército aliado, la del general Villegas, de que antes dimos noticia, se había dirigido a Pisagua o sus cantones inmediatos a guarnecer los distritos meridionales de Tarapacá hasta Pabellón de Pica, estableciendo aquel jefe su cuartel general en San Lorenzo, oficina de salitres, y dándose la mano por los rieles con la Noria hasta Pozo Almonte, término de la línea férrea en esa dirección.

Ocupó su lugar en sus antiguos cuarteles desde Pisagua a Agua Santa, estación de término en el ferrocarril de esa sección, la división Villamil cuya composición ya hicimos conocer.

V.

Tal era, tomado en su conjunto, el ejército que defendía en octubre a Tarapacá.

En cuanto a su general en jefe, a quien hoy se reprocha su pérdida, tenemos ya dicho lo suficiente, agregando ahora que se le atribuyeron por sus acusadores fáciles amores con una chilena avecindada por tolerancia en Iquique, lo que acabó de postrar en su ánimo las fuerzas que el enervamiento de los años le había reservado.

Del estado mayor, cabeza, pies y vida de los ejércitos modernos, que subsisten solo en razón de la eficacia de la provisión y de la más incansable

laboriosidad de ese centro directivo, dijimos que en los primeros días de la guerra estuvo confiado al general Bustamante, el inseparable compañero de las buenas y malas horas del presidente del Perú. Pero postrado por fiebre maligna, que un escritor peruano atribuye al calor de las contrariedades, vimos en la oportunidad del caso que delegó su puesto en su segundo, el anciano coronel Benavides, hombre honrado y laborioso, buen oficinista, pero además de viejo, mediocre en todo lo demás.

Fatigado éste, a su turno, del desgüeño y sin ser parte a corregirlo, pidió su pasaporte para Lima en los primeros días de junio, y entonces hizo el director de la guerra la acertada designación del valiente y activo jefe de Infantería que hasta el día del combate de Iquique había comandado la división del Molle, el coronel don Belisario Suarez, de cuya persona tenemos echa noticia. En cuanto a sus aptitudes profesionales, júzganlas hoy con poca indulgencia sus propios compatriotas porque lo acusan de imprevisor, de autoritario y hasta de atolondrado. “Una de las figuras que más resalta en este gran drama, dice el escritor peruano don Modesto Molina, en su bosquejo de la campaña de Tarapacá, es el coronel don Belisario Suarez. Esta figura no resiste un examen fisiológico que de ella quisiéramos hacer. El coronel Suarez es un militar afortunado y hasta simpático, pero no es, ni con mucho, una inteligencia guerrera. Le reconocemos una virtud indisputable: el valor, pero no lo posee como otros, para hacerlo auxiliar del talento y de la pericia militares, sino para subordinar a él todas sus cualidades morales y todos sus acciones reales. Al empirismo en el arte de la guerra sujetó sus actos, en los que resaltaba una vanidad que quiere dominarlo todo y abarcarlo todo. Mala consejera es esa pasión cuando se apodera de almas no templadas en el crisol de la inteligencia. Pero es indudable que Suarez es un hombre de acción. (Hojas del proceso, pág. 11.)

“Como tal ha desplegado grande actividad; pero una actividad que no crea ni condena, ni inicia, ni mira más allá del estrecho círculo en que funciona, sin poderse desligar de los lazos que la tienen oprimida”.

No era excesiva ciertamente la última justicia que en este pasaje, escrito después de los sucesos de las calamidades, se hacía a la incansable diligencia del jefe del estado mayor del ejército de Tarapacá, porque, a juzgar por los papeles de su oficina, que formaban la carga de un par de fornidas mulas del Tamarugal, debió pasar aquel todas sus noches en vela y todos sus días sobre las armas o el lomo de la locomotora y el caballo.

VI.

Además de los jefes divisionarios, que con evidente acritud y hasta inconsiderada falta de criterio han sido llamados por uno de sus propios jueces “entes inconscientes”, se había creado en todas las caletas y distritos del interior desde Camarones a Huatacondo comandantes militares, de la clase de capitán a coronel, pudiendo aplicarse a algunos de éstos la severa sentencia que acabamos de estampar con ajena mano contra los comandantes superiores de las divisiones.

Los diversos documentos inéditos del apéndice agregados como complemento a este capítulo darán probablemente razón suficiente de lo que decimos.

Se crearon también, desde el principio de las operaciones, dos destinos de nombre tan altisonante cuanto fue nula su acción. Se llamaba el uno de esos empleados, ya conocidos en esta historia, *inspector del campo del teatro de la guerra* y cupo su desempeño entre la Noria e Iquique a un coronel llamado Masías, de quien se dijo mucho más mal que alabanzas por sus hechos y expoliaciones. En cuanto al segundo se titulaba más económicamente *inspector fiscal de las salitreras* y tenía por principal encargo vigilar y utilizar los recursos que éstas pudieran ofrecer para la guerra. (Entre los varios e interesantes anexos de este capítulo, todos inéditos y dignos de ser estudiados como documentos peruanos, se encontrarán algunos relativos a estas comisiones y muchos a los detalles de la defensa local de las caletas del litoral. Todos han sido fielmente copiados del archivo del estado mayor peruano).

VII.

Era naturalmente la preocupación más viva y más constante de la dirección superior de la campaña la vigilancia de las caletas que se extendían al norte y sur de Iquique y al norte y sur de Arica, porque los peruanos no contaban con un ataque directo y de frente contra estas dos posiciones armadas.

Desde que sus adversarios habían cometido el error imperdonable de permitir fortificarse a Arica durante el bloqueo y a Iquique después del bloqueo, era evidente que buscarían otra puerta, y se había metido en la carne y en la mente de todos los jefes del ejército de la alianza, no sin buenas razones de apreciación estratégica, que los puntos solicitados de desembarque no podían ser sino o Patillos, al sur de Iquique, o Pisagua equidistante por el norte. Y los peruanos, con su astucia acostumbrada, habían entregado la

defensa y guarda de esas entradas de su propio suelo a sus aliados a fin de comprometerlos en la lucha desde la primera hora y la primera jornada.

Ya hemos dicho que el general Villamil custodiaba a Pisagua y el general Villegas a Patillos y sus distritos.

Y no obstante su notoria suspicacia de cholo chuquisaqueño, el presidente de Bolivia no parecía darse cuenta de aquel hábil ardid, porque aun en la víspera de la agresión de los chilenos se amoldaba fácilmente a él y escribía al coronel Suarez por el telégrafo de Tacna (octubre 24) estas palabras: “Estoy con la opinión de Ud., querido compañero, de que salga el batallón Olañeta a Patillos”. Y luego añadía la cortesía del inevitable recado telegráfico que en él era el cogollo de la guitarra: “Suplico a Ud. me haga el favor de saludar a todos los compañeros”.

VIII.

En cuanto al sistema de defensa militar de Iquique, además de unos pocos cañones mal montados que allí colocaron de prisa después de alzado el bloqueo, los documentos que a continuación copiamos de los libros del Estado Mayor peruano nos darán suficiente informe sobre sus minuciosas y casi tímidas precauciones cotidianas.

“JEFE DE RONDA DEL NORTE AL SUR.

Señor coronel general de estado mayor general.

Parte.

Tengo el honor de poner en conocimiento de Ud. que no ha ocurrido ninguna novedad durante las horas que he recorrido los puntos de la línea.

En la orden general de fecha 25 del presente he sido nombrado jefe de ronda de la primera parte. En el santo que se me entregó, que acompaño a Ud. en la parte original, determina los puntos que debía de rondar, de donde resulta que he hecho la ronda de toda la línea, no encontrándome durante esta facción con el jefe de día; pero si en Cabancha con el sargento mayor don Tomás Ballon y en el muelle de la cañería con el teniente coronel graduado don José Manuel Zevallos Ortíz.

PRIMERA SECCIÓN

PEÑON COLUMNA LOA

Capitán, Aniceto Rivero; teniente, Mariano Carrasco; id., Domingo Yria; subteniente José B. Sandoval; id. Juan Rodríguez y una compañía con 57 hombres.

Primera avanzada de la columna Loa. Capitán, Ceferino Uria y 30 hombres.

Segunda avanzada de la columna Loa. Teniente, D. Hermójenes Escobar y 30 hombres.

RINCÓN DEL COLORADO, AL PIE DE LA FINCA BALTA

Columna de Honor. Teniente, Santiago Blackader y 20 hombres.

SEGUNDA SECCIÓN

OFICINA BALTA

Columna de Honor. Capitán don Carlos Ardiles; teniente, don Daniel Reyes y 17 hombres.

MUELLE DE HIERRO EN LA ESTACIÓN

Batallón Cazadores del Cuzco 5° de línea. Teniente, don Carlos Vargas y 20 hombres.

COSTADO IZQUIERDO DEL MUELLE DE BALTA

Columna de Honor. Teniente, don Vicente Almonte y 17 hombres.

ANTIGUO MUELLE DE LA ESTACIÓN

Batallón Iquique. Subteniente, José U. Livencia y 15 hombres.

BODEGA DE ECK

Batallón Iquique. Subteniente, don Elías Loayza y 15 hombres.

PUNTILLA

Batallón Iquique. Subteniente, don Rojelio Beas y 20 hombres.

GILDEMEISTER

Columna Tarapacá. Capitán, don Federico C. Rivero y subteniente, don Manuel Aduvire; id. don Francisco Ortiz y 20 hombres.

TERCERA SECCIÓN

MUELLE PRINCIPAL

Columna Tarapacá. Subteniente, don Manuel Emilio Lotillo y 20 hombres.

BODEGA BAIVIN

Columna Naval. Subteniente, don Ruperto Órdenes y 10 hombres.

MUELLE UGARTE ZEVALLOS

Columna Naval. Teniente, don Tomas G. Otoy y 12 hombres.
Guardia de Prevención de la Columna Naval. Subteniente, don Emilio Ríos y 40 hombres.

MUELLE DE LA CAÑERÍA

Columna Naval. Teniente, don Pedro Portillo y 18 hombres.

CUARTA SECCIÓN

AMALGAMACIÓN

Batallón Cazadores de Tarapacá. Teniente, don Andrés A. Perca; subteniente don Griseldo Luza y 40 hombres.

PATILLOS

Batallón Cazadores de la Guardia, núm.7. Capitán graduado, don Aurelio Sánchez y 17 hombres.

CAVANCHA

Medio batallón Cazadores de la Guardia núm. 7, al mando del 2º jefe coronel graduado don Mariano E. Bustamante y una guardia compuesta del capitán don Manuel Aguirre, subteniente don Juan M. Gamarra y 42 hombres.

Iquique, julio 27 de 1878.

Manuel Ponce de León.

(Archivo del estado mayor del ejército de Tarapacá. En cuanto a las fortificaciones de Iquique, comenzaron sus estudios preliminares solo a mediados de agosto por una visita ocular del terreno, que el 17 de ese mes pasó el coronel Suarez acompañado del coronel Castañon jefe de la artillería, cuya inspección dio por resultado la expropiación de una oficina salitrera perteneciente a un don Manuel María Pérez, en cuyo sitio se puso un cañón.

Un mes después cuatro cañones estaban colocados y *todo concluido* según resulta de estas noticias que publicaba *El Nacional* de Lima a fines de septiembre:

“Iquique, septiembre 16 de 1879.

Al fin podemos respirar. Ya no esperamos cruzados de brazos y resignados la bala que ha de matarnos, lanzada de la escuadra chilena. Ahora le devolveremos bala por bala, aunque presiento que la escuadra que bombardea puertos indefensos y descarga sus cañones sobre un tren de indefensos pasajeros, no tenga la energía suficiente para presentarse en nuestra bahía, sabiendo que tenemos unos cuantos *cañoncitos*.

Las baterías de tierra están admirablemente bien montadas. Con no pequeños inconvenientes se ha tenido que luchar, pero el deber hace prodigios. El general Buendía, coroneles B. Suarez y Castañon no han dado paz al trabajo, tino y actividad que requerían los lugares de defensa.

Las fortificaciones, además de los cañones traídos del norte, cuentan también con algunos sacados de la malograda *Independencia*. Lástima grande es que no puedan sacarse todos los demás restantes, pero es casi imposible; los ingenieros y buzos a quienes se encomendó este trabajo han desistido de su empeño, porque en ese lugar el mar está continuamente agitado, lo que hace casi imposible la aproximación de embarcaciones menores.

Para el día de Nuestra Señora de las Mercedes, patrona de las armas de la república, se ha reservado el bautismo de las baterías. Ese día habrá formación general del ejército, y ejercicio al *blanco* de tiro de cañón”.

A esto solo tenemos que agregar que en el primer ensayo los cañones se cayeron de sus cureñas o se derribaron las plataformas y muros que los sostenían. Los cañones de Iquique, aprovechados hoy por nuestro inteligente ingeniero don Emilio Gana, (así como el famoso de a 150 que la *Independencia* tenía a proa) eran dos de a 300 y dos de a 150. Fueron traídos a Iquique por *el Chalaco* convoyado por el *Huáscar* el 1º de septiembre, según carta de esa fecha del general Prado al coronel Suarez.)

IX.

No podía llevarse a mayor suma de diligencia y de apremio la vigilancia de los sitios expuestos a una agresión formal o a un asalto nocturno del enemigo durante los días del bloqueo. Pero una vez cesado éste, tales medidas de acecho, en lugar de minorarse con la ausencia de los buques chilenos, se aumentaron. Consta ello del documento militar siguiente que pone en transparencia la timidez excesiva del general en jefe del ejército de Tarapacá. Ese documento, emanado de la secretaría del general Buendía, dice como sigue:

“Iquique, agosto 23 de 1879.

CORONEL COMANDANTE GENERAL DE LA 5ª DIVISIÓN.

Su señoría:

El benemérito señor general en jefe del ejército ha dispuesto que desde la fecha, por la división de servicio se establezcan dos avanzadas de 20 hombres cada una en el sitio de Cavanha, haciendo su ronda de observación desde este punto hasta el varadero de lanchas a donde principia la ensenada y de ésta hasta el muelle principal.

Lo mismo que otras dos avanzadas con igual número que se situarán en la Rinconada del Colorado, recorriendo de este sitio hasta la oficina Balta y muelle principal. Todo esto aparte del servicio ordinario que estaba establecido. Se espera del reconocido celo, patriotismo y actividad de U.S. que recomiende a las fuerzas de su mando la mayor vigilancia posible; pues su señoría, el señor general en jefe del ejército, llama muy seriamente la atención del E.M.J. a este respecto, habiendo notado que se ha distraído algo la gran vigilancia que se requiere, hoy más que nunca, y que él con sentimiento lo ha notado así en sus continuas rondas nocturnas.

Dios guarde a U.S.

José Manuel Diez Canseco.
ayudante general.

X.

No dependía sin embargo, la buena defensa del litoral de Tarapacá, ni de los hombres, que no escaseaban, ni de las municiones que nunca fueron ni medianamente suficientes, ni de las precauciones militares del vivac y de la ronda, sino de algo mucho menos valioso en todas partes: del agua y del sustento.

Iquique, aun después de suspendido el bloqueo, estuvo sometido a una ración de 18.000 galones diarios de agua que era conducida del interior por una cañería usada antes por un empresario de salitre, (un señor Barrenechea), para conducir sus cocimientos, y al auxilio intermitente de las máquinas de resaca del puerto.

Del 1° al 9 de junio el ejército y la población sedentaria y sedienta de Iquique, recibieron para su provisión 160.940 galones de agua, lo que hace una proporción de 17.882 por día. Tres mil de éstos correspondían a la estación militar del Molle.

XI.

En cuanto a los víveres, los hubo en regular abundancia mediante una contrata de provisión de ganados celebrada por subidos precios entre el estado mayor y los comerciantes argentinos. Gómez y Puch, ganaderos de Salta. Condujeron éstos algunos millares de bueyes, o más propiamente de toros, desde la República Argentina por San Pedro de Atacama y posteriormente por los derroteros de la altiplanicie, llevando a mantener hasta cuatrocientos de aquéllos a la vez en los reducidos pero succulentos alfalfares de los *canchones*, lechos de verduras esparcidos en diversos parajes de la pampa del Tamarugal en que la humedad reviene la dura corteza del caliche.

Puede asegurarse, sin embargo, que mediante una imprevisión que es tan inherente y congenial a nuestros vecinos como su conocida prodigalidad, el ejército de Tarapacá no tuvo jamás asegurada su subsistencia para un espacio de más de treinta días. Y por lo que toca al suministro y a la administración siempre delicada de este género de recursos, preferimos ceder la palabra a un testigo de vista, que es un peruano.

En cuanto a la provisión del ejército, dice el narrador Molina, la torpeza por parte del estado mayor no tuvo entonces ni tiene ahora sino la más solemne censura. En los primeros días del bloqueo fue muy fácil repletar los depósitos de víveres, a fin de atender a una escasez costosa que podría poner en peligro la existencia del ejército y aun la de la población misma. Entonces

la fiebre de la especulación no habría invadido a los logreros y el general en jefe, con su autoridad discrecional, pudo haber ahorrado al fisco la exacción que en forma de utilidad emplearon los judaicos negociantes de Iquique; sin embargo, en nada de esto se pensó y más de una vez que nosotros condenamos semejante conducta, se nos dio la respuesta de que la manía de las economías hallaba su orden en el bufete del director de la guerra.

Pero, en fin, se hizo un acopio de víveres en el campamento del Molle, sin que pudiese llegar hasta él la vigilancia militar de un valiente y honrado: el coronel Cáceres; y ¿quién sabe el fin de esa aglomeración de recursos que representaban en dinero los últimos sacrificios de la nación? Quizá les cupo mejor destino que a los que devoró el incendio en el Hospicio y que sirvieron para cubrir las iniquidades del abuso y las iniquidades de la cobardía”. (Libro citado, pág. 16.)

XII.

El punto más vulnerable de la situación militar del Perú desde que comenzó la guerra era, sin embargo, aquel que había sido en el fondo su motivo: la ruina de su erario.

Conforme al pacto de la alianza de guerra ajustado por las dos naciones coligadas contra Chile, el Perú había tomado el arduo compromiso de pagar con su peculio las tropas bolivianas, convertidas por este arbitrio de legiones en langostas, y podrá valorizarse este gravamen recordando que únicamente una de las divisiones aliadas de Tarapacá (la del general Villegas) consumía solo en los diarios de la tropa, a razón de 60 centavos por cabeza de soldado, 80.000 soles mensuales, los cuales, es cierto, en raras ocasiones fueron pagados. He aquí un documento que lo comprueba:

“Iquique, septiembre 1° de 1879.

Dispone su señoría el general en jefe del ejército que remita Ud. a la división del señor general Villegas treinta mil soles, por cuenta de los cuarenta mil que le corresponden por la primera quincena del mes presente, descontándole los seis mil soles que con fecha de ayer fueron remitidos por conducto del capitán don Enrique Valdés; y a la división del señor general Villamil cuarenta y tres mil soles, cuarenta y seis centavos, valor íntegro de la primera quincena de este mes, todo conforme a los adjuntos documentos.

Dios guarde a Ud.

Belisario Suarez.

Al pagador delegado de la comisaría general”.

(He aquí otro documento sobre el mismo particular y sobre las flores y espinas de la alianza:

“Comandancia general de la división boliviana de vanguardia.

EJÉRCITO ALIADO.

San Lorenzo, junio 18 de 1879.

Señor:

Por su oficio contestación de 16 de los corrientes quedo impuesto de que se ha servido Ud. dar las órdenes respectivas para que por caja fiscal de este departamento se entregue a la segunda brigada de la división de mi mando la suma de diez mil soles destinada para el *socorro diario* de dicha fuerza en la segunda quincena del presente mes.

Por acuerdo celebrado entre los excelentísimos generales en jefe del ejército aliado y órdenes recibidas al respecto, se ha reducido el diario del soldado a sesenta centavos papel en la división de mi mando.

Acabo de regresar del punto de Chucumata a donde dista de aquí ocho leguas por el mejor camino y siete por el peor, presentando bastante subida arenosa desde la playa del mar. La imposibilidad de que pudiera practicarse una sorpresa por ese lado me obliga a observar la orden de remitir cien hombres a esas inmediaciones, puesto que sería más conveniente desprender cuatro o seis hombres montados del Alto del Molle, que según se me asegura está más próximo a la caleta de Chucumata, a fin de que éstos den avisos oportunos tanto a aquellas divisiones como a ésta y a la que se encuentra en la Noria.

Dios guarde a U.S., señor general.

C. de Villegas.

Al general en jefe del ejército del sur”.)

XIII.

No tenían, con todo, lugar estas mermas y estos retardos, sin las comedidas pero acentuadas insinuaciones del insaciable capitán general de Bolivia domiciliado en Tacna, para ser pagado *in integrum* por su esquilmado y siempre urgido aliado. “El capitán general del ejército boliviano, decía en una comunicación oficial del 20 de junio, que se ha mantenido inédita, su jefe de estado mayor el general Othon Jofré, *vería con satisfacción* que el Excelentísimo señor general en jefe del ejército unido, dictase las órdenes convenientes para que mensualmente se pague en Iquique la suma acordada a la orden del comandante general don Carlos de Villegas”. (Al pié de esta nota y de la remitida del general Villegas del 29 de junio en que apremiaba por el pago desde su campamento de San Lorenzo, el jefe de estado mayor Suarez se contentó con poner la siguiente providencia: junio 30 de 1879.

Contéstese en los términos acordados.

Suarez.)

Y aquí no será fuera de lugar decir que sobre el reparto de este mismo subsidio tan vivamente solicitado, se hicieron después de la derrota cargos graves y públicos a los jefes derrotados, en los diarios de La Paz. “¡ Voe - victis!”....

XIV.

En el capítulo precedente de este libro hemos dado ya cuenta del estado de completo agotamiento de las arcas del Perú, cuyos directores se veían arrastrados hasta pactar con el fraude. Referimos entonces que durante el mes de agosto se había declarado la falencia del erario hasta para mantener el ejército, y a la verdad no hemos encontrado en el paciente rebusque de los papeles enemigos huella alguna de haberse enviado a la comisaría de Iquique sino dos partidas de dinero, y esto en el depreciado papel moneda que abundaba todavía en las pulperías de Lima. Una de esas remesas fue de 64 mil soles el 14 de junio y otra que un mes más tarde llevó en persona el “pagador” del ejército don Samuel Márquez que nunca pudo pagarlo. Ascendía ese *contingente* (que así se llaman en el Perú las remesas de caudales), a 300 mil pesos, pero como se se anota de prisa, se vio el funcionario público que tenía aquel desastre bajo su responsabilidad, obligado a renunciar su puesto por los motivos que apunta en el curioso documento que a continuación copiamos:

“Iquique, septiembre 15 de 1879.

Núm. 169.

Señor coronel:

Tengo el honor de dirigirme a U.S., manifestándole, la imposibilidad en que me hallo para desempeñar el honroso cargo que se dignó confiarme S.E. el supremo director de la guerra.

U.S. no ignorará que la deficiencia de fondos no ha permitido al supremo director de la guerra la remisión del valor total de los presupuestos, lo que ha hecho que se atienda de preferencia al socorro del soldado, gastos urgentes de la guerra y sostenimientos de las fuerzas bolivianas. Ha sido, pues, indispensable adeudar haberes de jefes y oficiales.

Algunos de estos creen que la falta de cancelaciones reconoce como causa, punibles preferencias hechas por el que suscribe a determinados cuerpos del ejército. A U.S. le consta la inexactitud de esta aseveración. Como quiera que sea, ella me ha proporcionado la malquerencia de todo

peticionario a quien no he podido satisfacer, duro me es decirlo, S.E. ha dado lugar a que se hagan comentarios injuriosos sobre mi honorabilidad.

U.S. comprende que quien no tiene más bien que su honradez no puede continuar en el puesto que ocupa y debe pedir, como pido, que se nombre una comisión de jefes y oficiales que examine las cuentas de caja e informe lo que sea de justicia.

Mientras accede S.E. a mi súplica, para que me reemplace y no se crea que hago renuncia de mi comisión por falta de patriotismo, ruego U.S. que recabe de su señoría el general en jefe del ejército permiso para servir en cualquiera dependencia o cuerpo del ejército, en mi condición de empleado de la nación o como teniente de batallón número 14 de guardia nacional al cual pertenezco, desempeñando mis funciones de pagador el oficial 2º don Mariano Corrales Cossio o el que U.S. crea.

Dios guarde a U.S.

Samuel Márquez.

Benemérito señor coronel jefe del estado mayor general del ejército”.

XV.

Ardua sino invencible tarea cabia, a la verdad, al infatigable jefe de estado mayor del Perú al tratar de contener en aquel caos dentro de las vallas del deber y de la moralidad los elementos que su estrella había puesto en sus manos para hacer de ellos un ejército. Resaltan, en efecto, con frecuencia en las comunicaciones de su despacho los actos de insubordinación, las deserciones, la falta de mutuo respeto que había comenzado entre los jefes, agredándose con injurias los generales La Cotería y Bustamante entre sí, y en seguida el impaciente coronel Dávila con todo el mundo. Tenemos sobre nuestra mesa copias de telegramas en que se acusa por los jefes a los telegrafistas de insolente desobediencia, y cuentas en que se cobra *dieseis soles* mensuales de arriendo por una mesa y doce sillas para el estado mayor.

Continuas eran, por otra parte, las riñas del prefecto civil de Iquique con el coronel Suarez y con el general en jefe por cuestiones nimias o por celos de jurisdicción, no aviniéndose ni los unos ni los otros. Ni faltaban tampoco en los cantones de los aliados gentes que manifestaran abiertas simpatías por el invasor chileno.

Aparecen al menos señalados por este delito el vice cónsul de Italia en Pabellón de Pica don Santiago Vignolo y un don Juan Harris, ingles, vecino de

Patillos. ¿Pero que decimos? En su propia tienda iban a tentar al defensor del suelo de la patria la codicia de bastarda ambición, al paso que en Lima, un conspirador más fortunado preparaba la arena de próximos y sangrientos encuentros para asaltar el poder a nombre de la salvación pública.

¿Y como tal ejército así tenido, así mandado, así socorrido y así minado por la cábala y la discordia, no había de mostrar su intrínseca inferioridad sobre el que en onda compacta y nutrida iba a desbordarse sobre sus ciudades y sus villas?. (Entre los papeles del coronel Suarez encontramos, en efecto, el siguiente pasaje de un presbítero de Arequipa, al parecer pariente del jefe peruano, y en carta escrita de esa ciudad el 23 de agosto de 1879:

“Deseo se concluya la guerra para que venga a descansar en el seno de su familia y que la nación premie sus desvelos colocándolo en la primera magistratura.....

¡Ojalá que se realice este *venturoso pensamiento* para que el gobierno actual lo *propusiera como candidato!*.....”

¡No era sordo el clérigo de Arequipa!

No lo era tampoco un famoso general de Lima que escribía al jefe de estado mayor empeñándose porque hiciese sargento mayor a su hijo, pero suplicándole no dijese nada a éste porque “no fuese a ofenderse su mucha delicadeza”. De la misma manera, y para matar dos pájaros de una pedrada, recomienda a su yerno.

Existe asimismo una comunicación del jefe de estado mayor coronel Benavides en que se queja de la insolencia del teniente coronel don Eugenio Castilla, y otra del coronel Dávila denunciando al de la Noria porque se negaba a remitir sus telegramas.

Los expedientes de licencia por enfermedades de oficiales, son muchos y algunos por deserción y otros delitos. En mayo se sumario al subteniente de gendarmes de Puno, don Adrián Pechu, por una falta grave del servicio.

Es también curioso, a este respecto, el siguiente párrafo inédito dirigido por el coronel boliviano, don Ramón González, al coronel Suarez desde Patillos el 5 de setiembre de 1879:

“También me dice Ud. que se guarde la mejor armonía con todos. Mis deseos y principios han sido siempre estos: a pesar de algunos inconvenientes con que he tropezado, he procurado guardar la mejor armonía con todos, y nunca he dado lugar a que haya queja la más pequeña contra mí.

Ayer regresé de Pabellón donde fui a hacer inspeccionar el camino del Loa, donde se han encontrado algunos rastros de bestias y voy averiguando si eran las que yo mandé anteriormente.....

También le prometo que haré lo posible en ayudar el trabajo del camino del Ferrocarril, porque comprendo que ya nos vamos a poner en actividad de campaña, hay voluntad y patriotismo hasta la exageración por mi parte.....

Aunque se ordene a Ud. de relevarme, no lo haga ni en un año, pues que ya estoy al corriente y estudiando prácticamente la defensa y ofensa del enemigo y la tropa está contenta estando reunida y está en las quinientas plazas con los tres desertores que se ha servido Ud. mandármelos y le agradezco infinito, que hoy los escarmentaré para que no vuelvan a repetirse deserciones.”)

XVI.

Se venía a este mismo propósito y a la mente de muchos, a manera de presentimiento, la consideración del abandono personal, flojo, desleal y en el fondo cobarde en que los dos jefes de la alianza habían mantenido desde el primer día de la guerra el ejército a que tenían librada la suerte de su causa. Verdad es que uno y otro habían venido a Pisagua y a Iquique, pero solo como de paseo y a escondidas, el general Prado, después del combate de Iquique en mayo, y el general Daza en julio, cuando ocurrió la captura del *Rimac*.

Arribó este grotesco personaje a Pisagua en la Pilcomayo, vestido con traje mixto de viaje, entre doctor y capitán general, intensamente mareado, departiendo sobre la inmensidad del océano y los peligros de la guerra marítima, que él conceptuaba “el doble” mayores que los de tierra firme. Y los siguientes telegramas recogidos del rollo de las oficinas de Tarapacá dan razón de su itinerario, de su comitiva y de sus opíparos alojamientos en que la cerveza hacía competencia a las gallinas.

“*Pisagua, julio 27.*”

GENERAL DAZA AL GENERAL PRADO.

Llegamos sin novedad; ejército aliado estado sanitario magnífico; en este momento entro a Iquique donde tendré el gusto de *abrazar al resto del ejército y general Buendía.*”

“*Julio 27.*”

GENERAL DAZA AL GENERAL JOFRÉ.

Llegamos sin novedad; ejército aliado espléndido, un *saludo a todo el nuestro, a nombre de todos los señores generales, jefes y oficiales*” (el cogollo).

“*Julio 28.*”

SUAREZ A LOS JEFES DE 1ª y 2ª DIVISIÓN.

Los jefes y oficiales de las divisiones 2ª y 3ª felicitan a Ud. por el gran día de la patria”.

“*Julio 29.*”

(A las 2.35 P. M.)

SUAREZ A CÁCERES.

Mañana *almorzará* en esa general Daza: comitiva poco más o menos 20 personas.”

XVII.

Esto en cuanto a la llegada del capitán general

He aquí ahora los telegramas de los aprestos que llevaron más de un apremio a los galopines del Celeste Imperio ocupados en los cocinas del agotado e inhospitalario desierto.

“Iquique a la Noria, julio 26.

ROWLAND (ADMINISTRADOR EN JFFE DEL FERROCARRIL A IQUIQUE) AL CORONEL MASIAS INSPECTOR DEL CAMPO DEL TEATRO DE LA GUERRA.

Una canasta de gallinas le entregará Porter.”

“Iquique, julio 26.

BUENDÍA AL CORONEL CÁCERES.

¿Que necesita para el recibimiento? *Servicio no hay acá.*”

“SUAREZ A BOLOGNESI Y CÁCERES,

(A las 5.50 P.M.)

Mañana salimos de aquí a las 8 A.M. Avisaré la hora que llegamos. Va su excelencia general Daza.”

“Iquique, julio 27.

DE SUAREZ A CÁCEREZ.

A la una P.M. saldremos de aquí; a las 2 hs. 15 ms. estaremos en esa. Que todo esté listo para pasarnos, porque no hay tiempo para pedir nada a Iquique. (Juntos con estos telegramas corren en los libros de Iquique estos dos bastantes originales y que no acertamos a explicarnos. Parecen referirse a época posterior cuando el *Huáscar* atacó al *Abtao* en Antofagasta el 28 de agosto.

“ADMINISTRACIÓN A JEFES.

Huáscar averiado pasó por ojo al transporte *Abtao*.

Lavalle.”

LOPEZ LAVALLE A MASIAS.

Estamos llorando; pasó Tocopilla, torpedo volando primera cámara del *Huáscar*, en circunstancias graves pasó por ojo transporte *Abtao*; *Huáscar* hizo rumbo norte; bota carbón y artillería para salvarse Iquique.”

Debemos advertir aquí que los peruanos habían logrado establecer su comunicación telegráfica terrestre entre Iquique y Arica (una distancia de 30 leguas) el 22 de junio, mientras que los generales e ingenieros de Chile por ese tiempo estaban lejos se unir las dos extremidades del alambre de Mejillones (12 leguas) lo cual se logró solo un mes después, esto es, el 20 de julio de 1879.

Los peruanos habían trabajado también en este tiempo el telégrafo de Mollendo a Pacocha y de Moquegua a Locumba, de manera que estaba en directa comunicación terrestre con Arequipa, según consta del párrafo siguiente publicado en la prensa de Lima a mediados de agosto:

“Tengo el gusto de anunciarles que las obras del telégrafo de Mollendo a Pacocha, están terminadas y funcionando ya con regularidad, la línea de este punto a Tacna también está concluida, de modo que estamos al habla con Mollendo.

Actualmente se ocupan de investigar la causa por que se descompuso la de Moquegua a Locumba. Corregida esta descompostura, quedará expedita la comunicación telegráfica de Iquique a Mollendo.”

Por este mismo tiempo el *Oroya* hacía su tercero o cuarto viaje a Panamá en busca de armas.

El transporte peruano salió el 12 de septiembre del Callao y llegó a Panamá el 21. Regresó a fines del mes trayendo 350 toneladas de elementos de guerra.)

El generalísimo de Bolivia se había escapado de su puesto de combatiente por la misma puerta que el generalísimo del Perú, y los soldados, que en todas partes son ladinos, no pudieron menos de pensar, al ver deslizarse sus sombras por los campamentos, que los días del final desastre estaban contados solo por las horas de tardanza que el moroso enemigo ponía en acometemos.

Esa hora se aproximaba, sin embargo, con paso ya seguro, y es a esos campos de acción a donde llevaremos en breve a nuestros lectores en los finales capítulos de este libro que toca al último tercio de su prolongada tarea.

ANEXOS AL CAPÍTULO XVI.

I.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA CREACIÓN DE COMANDANCIA MILITARES EN EL DEPARTAMENTO DE TARAPACÁ.

(NÓMINA DE LOS COMANDANTES MILITARES ESTABLECIDOS EN TARAPACÁ EN EL MES DE JUNIO DE 1879.)

Pica, teniente coronel don Tomás C. de la Barra.
 Pabellón de Pica, teniente coronel don Juan B. de la Barra.
 Patillos, coronel don Juan C. Verástegui.
 Mejillones, coronel graduado don Luis Reyna.
 Pozo Almonte, coronel graduado don Ricardo Chocano.
 Camarones sargento mayor don Demetrio Araujo.
 La Tirana, sargento mayor don José A. Arguedas.
 Huantajaya, sargento mayor don Felipe Candiote.
 Peña Chica, sargento mayor don Pedro Matiz.
 Agua Santa, teniente coronel graduado don Francisco Vera.
 Huatacondo, sargento mayor graduado don Abel Corrales.
 Quillagua, sargento mayor graduado don Benjamin Izquierdo.
 Chisa, sargento mayor graduado don Francisco Callejas.
 Tana, capitán don José Antonio Benavides.
 Tiliviche, capitán graduado don Miguel Revelo.
 Punta Colorada, capitán graduado don José Alvarado.
 San Lorenzo, teniente don Pedro Cáceres.

II.

CIRCULAR A LOS COMANDANTES MILITARES.

La naturaleza excepcional del estado de guerra, ha dado origen a los comandantes militares que son verdaderos puestos avanzados que los ejércitos envían con anticipación a preparar su marcha y conseguir las probabilidades de su triunfo. Los comandantes militares tienen, pues, genuinamente la vanguardia de las tropas, son los jefes de acción, de cuya vigilancia, actividad, valor e inteligencia está pendientes el éxito de la guerra y la seguridad de los cuerpos que expedicionan, y mientras que una sola de las cualidades expresadas puede hacer responsable a un jefe u oficial de la dotación de una fuerza, el comandante

militar necesita reunirla y en grado no común para llenar cumplidamente su importante misión, porque va a ser la llave de las operaciones, va a servir de guía a los mismos jefes superiores que siguen sus consejos, toman sus avisos como punto de partida, obligados en la parte que se relaciona con cada jurisdicción. El nombramiento de comandante militar lleva en sí el reconocimiento de las mejores dotes, y si algunas veces no se ha dado al cargo la importancia que en sí mismo tiene, es porque su misma responsabilidad ha hecho difícil su buen desempeño y en este puesto, como en todos los realmente importantes, se adquieren o pierden reputaciones.

El comandante militar reemplaza a la autoridad política como más eficaz y experto en la adopción de las medidas que el estudio de guerra exige, y es el primero en el ejército que ve al enemigo y que sorprende sus operaciones para destruirlas en beneficio de la patria. En una guerra como la presente, el cargo confiado a usted es un título de idoneidad, una ejecutoria de patriotismo y le abre camino para hacerse acreedor a la gratitud nacional, por que se le da participación en las combinaciones más trascendentales de la marcha y acción de las tropa.

He querido hacer a usted este rápido bosquejo de su misión y de su responsabilidad para que recordando mejor el cargo que desempeña, sea en él lo que debe ser, un cooperador vigilante, perspicaz y valiente, un digno centinela del ejército aliado. Recomiendo a usted igualmente, que el uso del telégrafo queda reservado para los casos extraordinarios y urgentes con el laconismo propio de esa formal y usando para lo corriente de la comunicación ordinaria de oficio.

Dios guarde a Ud.

Belisario Suarez.

III.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA INSPECCIÓN DEL TEATRO DE LA GUERRA Y DE LAS SALITRERAS.

Puntos principales de las instrucciones dadas al coronel graduado don Manuel Masías, nombrado por el excelentísimo señor general supremo director de la guerra, inspector de campo en el litoral.

1° Formará una relación de los víveres de todas las oficinas;

2° Pondrá en la quebrada de Camarones trescientas cincuenta mulas para movilizar el ejército;

3° Reunirá mil millas para formar las brigadas del ejército y las colocará en los puntos donde haya forraje y más próximos a la costa;

4° Tendrá en la oficina de Agua Santa cuarenta carretas e igual número en Peña Chica de las que cuatro en ambos lugares tendrán la dotación de doce mulas con sus respectivos carreteros;

5° Inspeccionará las comandancias militares establecidas en las pampas a fin de que haya vigilancia y dé cuenta de los avisos que de ellas reciba;

6° Ordenará se traslade a los depósitos de Agua Santa y Peña Chica la cebada que se entregue en Pisagua y Mejillones, dando el correspondiente recibo del número de quintales que se encuentren.

Iquique, 1° de junio de 1879.

BENEMERITO SEÑOR GENEPALE EN JEFE DEL EJÉRCITO.

Agosto 15.

Reiterados son los partes telegráficos que este E.M.J. ha remitido al señor coronel inspector de campo en el teatro de la guerra para que tenga expedita la movilidad necesaria para el ejército en los lugares por los cuales no cursa la línea férrea; pero tengo el sentimiento de participar a U.S. que sus contestaciones no me dejan satisfecho, no viendo en ellas sino evasivas; evasivas con las cuales no puedo responder en un caso dado en que la inmediata movilidad de las tropas nos sea indispensable para ejecutar un movimiento conveniente en la guerra.

Acabo de hacerle otro parte telegráfico para que me diga la movilidad con que podemos contar, y le tengo repetido que me remita un cuadro demostrativo en que manifieste los elementos que tiene expeditos para movilizar el ejército.

Asimismo tengo prevenido a la empresa del ferrocarril y a todas las autoridades del tránsito hasta Peña Grande, que allí se acumularán los víveres que vayan de ésta y vengan de Pisagua; siendo para lo sucesivo el punto central de depósito de víveres el mencionado sitio de Peña Grande, hasta donde se hará el tráfico por la línea del ferrocarril.

Dios guarde a U.S.

Belisario Suarez.

DIPUTADO A CONGRESO POR LA PROVINCIA DE TARAPACÁ.

Iquique, junio 11 de 1879.

Señor general:

He tenido el sentimiento de saber por multiplicados informes, que el comisionado del Cantón de Negreiros, comandante don Diego Bernal y el intendente de campo, coronel don Manuel Masías, escudándose con los cargos de que se hallan investidos, cometen diariamente los abusos más graves y los atropellos más reprensibles en las personas de los vecinos de aquel cantón.

Las personas que tienen su residencia en ese lugar, abrigan, señor general, el más acendrado patriotismo y están prontas para servir al país con sus bienes y personas, sin que los mencionados funcionarios que hacen alarde de la fuerza, los sometan a exacciones de todo género y aun se proponen al triste extremo de vejarlos sin miramiento alguno.

Los jefes Masías y Bernal, olvidando que el delicado puesto que la nación les ha confiado requiere el tacto y sagacidad convenientes, han olvidado hasta el respeto que como ciudadanos merecen los vecinos del Cantón de Negreiros, habiendo descendido hasta

el punto de ejercer extorsiones, por demás sospechosas y de las que se niegan a dar a los perjudicados recibos o contestación alguna.

Como diputado de Tarapacá debo velar por las garantías constitucionales de mis representados; y como buen ciudadano tengo en mucha estima el buen nombre del ejército nacional, comprometido hasta cierto punto por el reprensible comportamiento de los indicados coroneles Masías y comandante Bernal; y para llenar ambos deberes me dirijo a U.S. a fin de que se sirva, adoptar las medidas que estime del caso para reprimir los gravísimos abusos que dejo referidos.

Dios guarde a U.S.

Juan Bernal Castro.

Señor general de división y en jefe del ejército del sur.

Cuartel general, Iquique, junio 12 de 1879.

Pase original al estado mayor general para que nombre el juez fiscal en comisión y secretario que deben iniciar la sumaria averiguación exigida por las acusaciones que se hacen en el presente oficio al coronel graduado don Manuel Masías y al teniente coronel don Diego Bernal debiendo dar cuenta, cuanto antes, con el resultado del juicio: y avítese en contestación.

Buendía.

INSPECCIÓN FISCAL DE LAS SALITRERAS.

Oficina Santa Catalina, mayo 7 de 1879.

Señor comandante general.

En virtud de la autorización a que se refiere su estimable oficio fecha 3 del presente, me es grato decir a U.S. que después de un estudio prolijo y concienzudo que he practicado para llenar mi cometido, se viene en conocimiento:

1° Que no es posible por completo paralizar las oficinas del norte y principalmente las del Cantón de Negreiros, porque quedarían sin movilidad las fuerzas propias y contingentes que constantemente transitan por él, proporcionándoles los recursos que han menester para pasar al cantón de Pozo Almonte.

2° Que existen en el puerto de Pisagua ciento sesenta mil quintales, aproximativamente de carbón de piedra ingles; y en Mejillones veinte mil quintales, producido en Chile y que se hace indispensable trasladarlo a las alturas de aquel puerto y esta caleta, como lo verificaré tan luego como la empresa del ferrocarril proporcione las máquinas necesarias y las acémilas que trataré de reunir con tal objeto.

3° Que tomando el material de los ramales, tanto del sur como del norte y el que existe en Iquique y Pisagua, puede unirse perfectamente la línea entre estos dos puntos en el

término de treinta días, empleando seiscientos hombres con las correspondientes cuadrillas y principiando a la vez los trabajos en ambos términos, es decir, entre Peña Grande y Negreiros.

4° Que para atender al servicio y defensa entre Mejillones y Pisagua, es necesario distribuir la fuerza del modo siguiente:

Pisagua, seiscientos hombres; Mejillones doscientos, y cien en el cantón de Santa Catalina, del que se puede atender a todas estas fuerzas con el agua necesaria y los correspondientes víveres, teniendo al efecto una brigada de cincuenta mulas.

5° Que he nombrado al señor comisionado de las salitreras del norte, depositario de los víveres y forrajes que se trasladen de Pisagua y Mejillones y las que remitan de las quebradas inmediatas a estas pampas, llevando una razón circunstanciada de las entradas y salidas de los artículos.

6° Que no existiendo en las provincias del norte ningún agente del proveedor de ganado, se recabe del señor prefecto la orden para que se establezca uno en el cantón de Negreiros a fin de distribuir el rancho a todas las fuerzas que guarnecen el litoral del norte.

7° Que para el mejor servicio he tenido a bien establecer una brigada compuesta de veinte mulas que facilitará la movilidad de correos y contingentes que correrá a cargo de la autoridad local.

Dígnese U.S. someter el contenido de este oficio al conocimiento del señor general de división y general en jefe del ejército a fin de que acuerde lo que sea más oportuno.

Dios guarde a U.S.

Manuel Masías.

IV.

DOCUMENTOS RELATIVOS AL CANTÓN MILITAR DE AGUA SANTA.

COMANDANCIA GENERAL DE LA SECUNDA DIVISIÓN.

Campamento de Molle a 14 de mayo de 1879.

Bajo su responsabilidad de ordenanza y teniendo en cuenta que del buen desempeño de su comisión depende en gran parte la facilidad y acierto de las operaciones militares en esta provincia, cumplirá Ud. las siguientes instrucciones:

1ª Se situará Ud. en la estación llamada Pozo Almonte y desempeñará las funciones de comandante militar, teniendo especial vigilancia sobre los movimientos del enemigo en los lugares próximos y los comunicará a esta comandancia para que sean trasmitidos al cuartel general.

2ª La instrucción anterior se cumplirá comunicando con las autoridades y fuerzas que existan o en adelante se establezcan entre Canchones, La Noria, Agua Santa y Peña Chica.

3ª Deberá conocer todos los recursos y elementos a las autoridades políticas de la comprensión de Pozo Almonte y Peña Chica para poder solicitar de las últimas los recursos necesarios al cumplimiento de todas las órdenes que se le impartan por el general en jefe

del ejército, estado mayor general y demás jefes superiores que están acantonados y con mando de fuerzas en el departamento, dando cuenta siempre a esta comandancia.

4ª Sin perjuicio de las anteriores prescripciones tendrá Ud. como principal objeto de su actividad y más importante misión:

1ª Dar facilidades a todos los oficiales que transiten por esa ruta en comisión del servicio y cooperará al más pronto tránsito de las fuerzas y comisiones que le pidan ayuda para mayor prontitud y orden de su marcha.

2ª Transmitirá por telégrafo toda noticia alarmante y en general las que exijan el empleo de inmediato remedio indicando siempre la hora en que hace el despacho para que se haga efectiva la responsabilidad de quien de lugar a retardo.

3ª Estudiará con esmero las necesidades de esa localidad para corresponder al buen servicio, así como los elementos aprovechables en él y las pondrá oportunamente en conocimiento de esta comandancia a fin de que solicite del cuartel general los elementos necesarios para el buen desempeño del importante cargo que ha confiado a Ud. haciendo justicia a su contratación y antecedentes.

Dios guarde a Ud.

Belisario Suarez.

Señor teniente coronel don Ricardo Chocano.

V.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA EXPLORACIÓN Y DEFENSA DE LA CALETA DE CHUCUMATA.

Iquique, junio 18 de 1879.

Señor coronel general:

Cumpliendo con las instrucciones de U.S. partí de esta ciudad el 13 del presente dirigiéndome a la caleta de Molle distante tres leguas de aquí. En este trayecto examiné prolijamente la plaza y puedo asegurar a U.S. que es imposible todo desembarque por allí hasta llegar a la mencionada caleta. De ella continué mi marcha a Chucumata, distante ocho leguas de Molle. Al llegar a dicha caleta procedí a estudiar el terreno y vi que por la parte norte de ella se puede efectuar cómodamente un desembarque por dos sitios protegidos por las rocas y que han servido a las salitreras en tiempos pasados para este objeto, según los datos que he cuidado recoger. Hoy se encuentra abandonada la caleta de Chucumata y carece en lo absoluto de víveres, de agua potable y de todo género de recursos.

La guarnición de este puerto compuesta, como sabe U.S., de un oficial y dos soldados, solo puede vigilar la parte norte en la cual está situada; pero a alguna distancia, y por la parte sur no hay vigilancia ninguna.

De Chucumata parte un camino a San Lorenzo cuya extensión medirá de 7 a 8 leguas, siendo el terreno muy quebrado, sin recursos y no existiendo tampoco otros caminos. Continué mi viaje al ramal de la Soledad, distante 7 leguas de San Lorenzo y en

seguida regresé hoy a esta ciudad. Me resta solo añadir que en los dos últimos puntos no hay recursos de ninguna clase, pues solo en San Lorenzo hay agua salada de pozo, extraída con bombas y que se condensa después para hacerla potable.

Tal ha sido, señor coronel, el resultado de la honrosa comisión que U.S. se dignó encomendarme y a cuyo buen desempeño he consagrado todos mis cuidados y mis pequeños conocimientos.

Dios guarde a U.S.

Pablo Bocanegra.
Jefe en misión.

Al señor coronel jefe de estado mayor general.

VI.

DOCUMENTOS RELATIVOS AL SERVICIO MILITAR DE PATILLOS Y PABELLÓN DE PICA.

Instrucciones que debe observar el comandante militar de Patillos en el ejercicio de sus funciones

1ª En su tránsito de este puerto hasta el lugar de su destino averiguará en los lugares habitados por donde pase, de los recursos de víveres, forraje y agua con que en ellos se cuenta; estudiará las condiciones del terreno en el trayecto y en el lugar de su destino.

2ª Para los procedimientos de su comisión y medidas que tenga que tomar se pondrá de acuerdo con las autoridades políticas si las hubiere a fin de adquirir mejores datos de la situación y movimientos que pueda emplear el enemigo, caso de intentar un desembarque por esa caleta.

3ª Se le proporcionará en su oportunidad dos o más individuos montados los que empleará como vigías permanentes en observación de las naves enemigas así como para dar inmediato aviso a este estado mayor general, siendo éste el punto que debe atender de preferencia en aquel lugar, estudiando con detención los puntos de defensa que presenta el terreno para el caso de desembarque del enemigo.

4ª De la pericia militar, actividad y buen juicio del nombrado se espera el exacto cumplimiento de estas instrucciones así como los demás datos y actos imprevistos que se vea precisado a ejecutar para el buen resultado de sus operaciones militares en el territorio de su jurisdicción.

Iquique, mayo 28 de 1879.

Belisario Suarez.

Iquique, agosto 31 de 1879.

Benemérito señor general:

El día de mañana debe salir con destino a las Huaneras el batallón Illimani conforme a las órdenes que se le tienen comunicadas. Debo advertir a U.S. que esta marcha está combinada de suerte que a la vez que ingresa en Pabellón de Pica y Patillos salga la tropa que las custodia actualmente por exigirlo así la escasez de recursos de esos lugares y por lo mismo cualquiera inexactitud en el itinerario traería por consecuencia la muerte por hambre y sed de las bestias. Se hace pues indispensable que mañana 1º ocupe Illimani a Chucumata, el 2 Patillos y el 3 quede constituida en Pabellón la fuerza de ese cuerpo que debe guarnecer dicho punto.

En todos estos lugares encontrarán los víveres y agua suficiente para las personas y en Chucumata es necesario dejar solo los lugares de silla, continuando los de carga hasta Patillos porque en el primero de esos lugares no hay el agua suficiente para las bestias.

Dios guarde a U.S.

Belisario Suarez.

Benemérito señor general coronel general de la 1ª división boliviana.

VII.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA PROVISIÓN DE VÍVERES DEL EJÉRCITO DE TARAPACÁ.

ESTADO MAYOR GENERAL.

CUARTA SECCIÓN.

Estado que manifiesta el consumo de carne y agua por las fuerzas existentes en esta plaza en el día de la fecha.

	Carne por libras.	Agua por galones.
Señor general en jefe del ejército y ayudantes	14	
Señor coronel jefe de estado mayor general y id.	11	11
Estado mayor general	50	30
Batallón artillería de campaña	136	136
Maestranza general	11	11
Comandancia general y estado mayor de la primera división	7	50
Batallón cazadores del Cuzco núm. 5	398	398
Id. cazadores de la guardia núm. 7	366	366
Id. Iquique de la guardia nacional núm. 1	315	315
Id. cazadores de Tarapacá núm. 1	114	120
Columna de honor	221	221
Columna Naval	207	150

Id. Loa	309	309
Id. Tarapacá	258	258
Sexta compañía del regimiento húsares de Junin núm. 1	51	51
Escuadrón franco tiradores de Antofagasta	120	120
Columna gendarmes de Tarapacá	72	
Escuadrón gendarmes de Tarapacá	62	
Segunda ambulancia	43	
Total	2785	2576

Iquique, julio 4 de 1879.

Pablo Bocanegra,
Segundo ayudante.

V.o B.o-GOYZUETA.

Inventario general de víveres y otros artículos de propiedad del fisco que existen en los puntos que a continuación se indicarán. Este documento ha sido mandado formar por el señor coronel jefe de estado mayor general del ejército del sur, comisionado para ello el jefe que suscribe.

En el almacén de la aduana para remitirse al Hospicio existe lo que sigue:

Sacos con galletas.....	4 arrobas cada uno	210
Id. frijoles.....	8 “	20

A CARGO DEL COMISIONADO DE PISAGUA.

Sacos conteniendo cebada.....	8 arrobas cada uno	450.
-------------------------------	--------------------	------

En el almacén del Hospicio:

Sacos arroz de buena calidad.....	8 arrobas cada uno	1383
Id. id. picado.....	8 “ “ “	442
Cajones con doce latas con manteca.....	2 “ “ “	58
Barriles con manteca.....	2 “ “ “	294
Cajones con fideos.....		47
Id. con chocolate.....		5
Sacos con harina de maiz.....	1 “	345
Id. id. id. de Chile.....	1 quintal “ “	30
Id. con frijoles blancos.....	8 arrobas “ “	130
Id. con “ amarillos.....	8 “ “ “	74
Id. con “ galleta.....	4 “ “ “	110
Bultos charqui	4 “ “ “	324
Sacos con azúcar mascabada.....	8 “ “ “	75
Id. con “ pequeños.....	4 “ “ “	97

Id. con maiz.....	8	“	“	“	73
Id. con frijoles blancos.....	8	“	“	“	128
Fa rds con pasto chileno.....	8	“	“	“	250
Id. con « del pais.....	8	“	“	“	283

Sacos con cebada en granos de 8 arrobas cada uno, existentes aquí en el día de la fecha.....	767
Id. con cebada en grano remitidos hoy a Agua Santa.....	300
Id. “ “ cargados para que marchen mañana también a Agua Santa.....	280
Cajas regular porte conteniendo té.....	2
Sacos con café de 8 arrobas cada uno.....	17

El coronel Granier manifestó haber remitido a disposición del coronel Masías a Agua Santa ciento veinte sacos de arroz, habiendo mandado la guía el primero de éstos al estado mayor general como comprobante de esta remisión. Además dos carros con sacos de cebada que el mismo coronel Granier mandó a disposición del de la misma clase Masías, por orden del señor general Villegas, ignorándose el número de sacos que hubiera en esos carros por falta de guía que no vino de Pisagua:

En la oficina de Tarapacá existe a cargo del comandante graduado, don Francisco Vera:

Sacos con cebada de 8 arrobas cada uno.....	269
Id. con arroz de 8 arrobas cada uno.....	101

En la oficina de Agua Santa a cargo del comisario Bernal existe lo siguiente:

Cajones con herrajes y clavos.....	15
Id. con municiones para rifle peruano.....	3

En Pozo Almonte existe lo siguiente:

Quintales de pasto seco	44
Sacos con cebada en grano de 8 arrobas cada uno.....	36

NOTA. En la oficina de Peña Chica no existen ni víveres ni otros artículos.

El jefe comisionado.

Saturnino Benavides.

Iquique, julio 8 de 1879.

Iquique, julio 13 de 1879.

PROVEDUÍA DEL EJÉRCITO EN CAMPAÑA.

Señor coronel general:

Acabamos de recibir un oficio en el que nos ordena hagamos dar raciones de carne a mil hombres de tropa en la estación San Juan y a 183 en Mejillones.

Las órdenes necesarias para cumplir ese mandato han sido ya impartidas.

Creemos de nuestro deber comunicar a U.S. que habiéndonos sido hasta ahora imposible el tener en Canchones una reserva de ganados porque no se nos da forrajes, es muy posible que la presencia de las fuerzas últimamente llegadas agote la existencia de reses que teníamos y que solo alcanzaban para el consumo de las fuerzas anteriormente acantonadas en estas provincias.

Para evitar esa emergencia hemos hecho propios con orden de traer mayor número de ganado cada semana y, entretanto, hemos ordenado la suspensión de la venta de carne al público, por nuestros agentes.

Esperamos que esas medidas sean bastantes a evitar que la carne escasee a la tropa. Pero si por desgracia, el hecho se produjese, dígnese U.S. tener en cuenta que de nuestra parte no hay falta voluntaria, dada la imposibilidad de tener reservas en Canchones.

Dios guarde a U.S.

D. Puch, Gómez y C.^a

Al señor coronel jefe del estado mayor general.

CAPÍTULO XVII.

LA DIVISIÓN INVISIBLE.

CAMPERO EN COTAGAITA.

Los peruanos resuelven desde el principio de la guerra mantenerse a la defensiva, pero alentados por su éxito aparente en el mar y la poltronería de los chilenos, se animan a emprender por tierra sobre el Loa. Quimera de esta resolución. La pampa del Tamarugal, sus caminos, sus aguadas, sus aldeas, y su absoluta carencia de recursos. Los “remeseros”. El Loa. Importancia estratégica de Calama y de Quillagua en las márgenes de este río. Fuerte posición peruana en Huatacondo. Los peruanos mandan ocupar estos puntos antes de la declaración de guerra y mientras el gobierno de Chile ordenaba la desocupación insensata de Calama. Primeros reconocimientos de los peruanos y falsa noticia de que 4.000 chilenos han entrado en la Pampa por Quillagua. Reocupación de Calama y guarnición chilena del Toco y de Quillagua. Descripción de estos sitios. Los peruanos meditan desde mediados de junio un ataque sobre el Loa. Minucioso plan de guerra agresivo formado en Iquique por los peruanos. Itinerario que traza a la futura expedición el comandante militar de Pica, por los faldeos de la cordillera de la costa. Los bolivianos hacen reconocer al mismo tiempo la línea por los generales Mejía y Du Buisson. Primeras vagas noticias que se tiene en el campo de los aliados de la *quinta división* boliviana y por que se la llamó la “División invisible”. Como el general Campero reunió sus fuerzas en los departamentos del sur de Bolivia y estableció su cuartel general en Cotagaita. Composición especial de sus tropas, y como fueron armadas. Extraordinaria penuria de recursos, y mezquindad de los administradores de Huanchaca. La aparición de un destacamento chileno en Canchas Blancas obliga a Campero a mover su vanguardia en agosto a Lipez. Acertada resolución que toman los aliados al tener noticia de este movimiento. Envían varios expresos a Campero llamándolo hacia Huatacondo con un movimiento simulado de flanco. Interesantes comunicaciones inéditas de Daza y de Suarez a este respecto. La quinta división lucha con los imposibles del desierto y se retira a Potosí y de allí a Oruro por la margen oriental del lago de Aullagas. La marcha de un año y el batallón Chorolque en el alto de Tacna. Últimas esperanzas de los aliados sobre la quinta división y curiosa nota del sub prefecto de López en que anuncia el desembarco de 12.000 chilenos en Tocopilla.

“El plan de ataque de la alianza Perú boliviana se asegura en carta de Pisagua ser el siguiente: el plan que tiene el gobierno es esperar a la fuerza boliviana en una aldea que se llama Pica, y marchar de consuno con ella sobre el litoral boliviano, siendo el primer punto de ataque Calama y en seguida presentar otra batalla en Caracoles.”

(Carta de Antofagasta, abril 14 de 1879.)

I.

Es un hecho que hoy no admite posible duda, el de que los peruanos se resolvieron en el primer término de la guerra, y no obstante el calor de sus protestas y el tono levantado de sus amenazas contra Chile, a estarse a la defensiva. Era ésta una resolución ineludible que les imponía, si no la genial petulancia de sus hijos, su comparativa debilidad en el mar, camino y vehículo de toda agresión entre dos países cuyas fronteras limítrofes eran desiertos vastísimos y horribles.

Pero la larga e inconcebible inmovilidad de los chilenos, el mal éxito del prolongado bloqueo de Iquique, las afortunadas expediciones del *Huáscar* y particularmente la captura del *Rimac*, a fines de julio, fueron motivos que comenzaron a alentar a los beligerantes aliados para emprender una expedición formal por tierra desde Iquique y la Noria para desalojar a los chilenos de la línea del Loa, y si ello era posible, de Antofagasta y su comarca.

Tal empresa era en sí misma un delirio, porque la naturaleza había arrojado en esa zona tales obstáculos al paso del hombre armado, que ni Mario habría conducido a través de sus paramos una sola de sus cohortes ni Jenofonte habría salvado un tercio de sus huestes entre las arenas malditas.

II.

Entre las riberas cenagosas del Loa, por el sur, y las del escuálido Lluta, que baña por el norte el reducido valle de Arica, extendiéndose en efecto un inmenso desierto que ha sido llamado con propiedad la “Arabia americana”, pero la Arabia pétrea, no la Arabia feliz. La cordillera de la costa, que en Chile corre casi siempre a la vista del mar, empinándose a veces sobre sus arrecifes que le sirven de cimiento, se aparta en esos parajes hasta la distancia de cuarenta leguas, y forma de esta manera, entre el Pacífico y los Andes, una alta y frígida meseta de inclemente y sano clima, hallándose el suelo cubierto de ricas incrustaciones marítimas y por las arenas que los furiosos vientos del oeste soplan desde la creación, empujándolas desde las playas en móviles montículos hacia las soledades sin valla de la planicie y de los siglos. Como en la áspera y helada altiplanicie que forma el desierto de Atacama, han quedado allí por todas partes indicios ciertos de que, en remotísimas edades, aquel desierto ha sido lecho del mar, y de aquí sus sales y especialmente el nitrato de soda, combustible siniestro de la envidia y de la guerra.

III.

Por el lado de la costa, la industria y el brazo del hombre han llevado a aquellos lugares cierta vida artificial y pasajera, que cesará probablemente en el curso de los años, como ha encontrado ya su fin por muerte natural y sin rehabilitación en algunas de sus caletas. Iquique, a la margen del mar, y la Noria en la zona mediterránea, pueden considerarse como el centro de este sistema, que en edades futuras solo el comercio de acarreo podrá vivificar: los ferrocarriles hacen en la anemia de los pueblos el mismo oficio que la transfusión de la sangre en la fisiología humana.

IV.

Por la parte de la cordillera no hay más vida posible que la que brindan al hombre los hilos de agua intermitente que descienden de algunas quebradas de reducido ámbito pero feracísimas. A la desembocadura de éstas y desde tiempo que se remonta a la edad de piedra, los indígenas han formado algunas pobres aldeas que la industria moderna de la pampa ha enriquecido sin embellecer ni dilatarlas. La principal de éstas es la de Tarapacá, a la salida de la quebrada de su nombre, que lo da a todo el desierto, y se halla situada más o menos frente a Iquique y a la Noria. Siguen al norte algunas quebradas y lugarejos como las de Aroma, Camiña, Chisa y otras que en su conjunción van a formar, no lejos del mar, la famosa quebrada de Camarones, profunda y abrupta grieta del desierto que es por sí sola una frontera y un abismo; mientras que hacia el sur corre una serie de lugarejos miserables entre los cuales los de más valía son Pica, famosa por su colina de viñedos que recuerdan los caldos del valle del Duero en Oporto, y más al sur Huatacondo, paraje de arrieros y de pastores que aprovechan los pastos primaverales para criar algunas ruines manadas de carneros. Huatacondo se encuentra más o menos equidistante del Loa y de la quebrada de Camarones, a cuarenta leguas aproximadamente de una y otra línea, y metido dentro de una agria fisura de la cordillera de la costa. La distancia de Tarapacá a Pica es, por los itinerarios usados hoy en el Perú, de 21 leguas, y de Pica a Huatacondo 20. La legua peruana es de cien cuabras de a cien varas.

V.

Contorneando estas sinuosidades hay sin mal camino, poco socorrido de agua, por el cual puede llegarse en dos días de forzada marcha de la Noria a

Huatacondo, al paso que por la vecindad de la costa del mar corre otro áspero y casi inaccesible sendero enteramente desprovisto de aquel auxilio, excepto en una pequeña vega llamada el Soronal, vecinas la caleta de Chucumata, situada ésta once leguas peruanas al sur de Iquique.

VI.

Por el centro de la desolada región, al contrario, los senderos abundan tanto como la planicie misma porque toda ella es un camino. Pero la muerte reina allí adusta y horrible, negando por completo el más indispensable de sus elementos a la existencia de los seres y de la vegetación. No se encuentra en esa zona de más de cuarenta leguas una sola gota de agua, y si bien de cuando en cuando un grupo de raquíuticos *tamarugos*, o espinos del desierto, remeda ante los ojos fascinados y las fauces escandecentes del viajero los paisajes del oasis, es solo para su engaño y su agonía. El tamarugo no es hijo verdaderamente del desierto sino de la *camanchaca*, espesa niebla matutina que envuelve los senos de la Pampa con húmedo ósculo y no se aparta de su lecho sino cuando el sol ha venido a sorprenderla en su cópula letal con el silencio y con la noche. La meseta que se extiende desde la Noria al Loa es propiamente el distrito que se ha llamado la *Pampa del Tamarugal*; y se ha dado a un bosquecillo de estos arbustos espinosos y de enfermizo aspecto, situado a medio camino, el apropiado nombre de Monte de la *Soledad*.

VII.

Para recorrer un hombre solo, montado en fornida mula aquellos áridos espacios sin horizontes y sin paraderos, necesita llevar consigo su provisión de agua para sí propio y para su bestia, sea que viaje solo y de ligera, sea arreando los enflaquecidos hatos de ganado, que desde el fondo de la provincia de Salta y de las pampas argentinas, traen a las faenas salitreras de Tarapacá los arrieros a contrata llamados en aquellos lugares *remeceros*. Y de aquí viene, del forzoso consumo de agua por las bestias que la acarrean a sus lomos, junto con su propio forraje, que toda marcha para una fuerza que exceda de un centenar o dos de hombres, es materialmente un imposible.

Un ejército atravesando aquellas pampas a pie emplearía de la Noria al Loa una semana, y a la postre de ella sería en realidad un ejército de mulas hambrientas y de cansados arreadores porque de eso y no de las armas habrían de ocuparse forzosamente los soldados.

Al quinto día las mulas se habrían bebido su propia agua y la de los expedicionarios: la muerte vendría después.

VIII.

La vida y la enfermiza vegetación de aquellos parajes salitrosos solo vuelve a aparecer en consecuencia a orillas del lento y salmueroso Loa que cierra como una grieta invisible a la distancia, aquel territorio por el sur y se pierde en las arenas antes de tocar la orla del mar. Y es así como el Loa apenas diseña con su curso la línea divisoria de otro gran desierto que va a terminar en el valle de Copiapó, y que los españoles denominaron con melancólica experiencia el “despoblado de Atacama”, gemelo geográfico de la Pampa del Tamarugal, el “despoblado de Tarapacá”.

IX.

A orillas del Loa y en su margen septentrional, existen dos aldeas que son por lo mismo dos puntos estratégicos de suma importancia; a saber, Calama, que da frente más o menos a Huatacondo, y es una aldea de montaña (como Chiuchiu y Santa Bárbara) y Quillagua situado un poco más al oeste de la planicie. En ésta, aldea de una docena de casas de ranchos en ruina que ocupa, militarmente hablando, un sitio fronterizo al Monte de la Soledad, que demora al norte a 16 leguas de distancia.

Pero la verdadera importancia de esos parajes no esta cifrada en que sea una y otra, Calama y Quillagua, paso o puerta a una línea estratégica de comunicación, sino en su posición geográfica de vigías del desierto. Son simples divisaderos de observación.

Agregaremos que a corta distancia de Quillagua (5 leguas) hacia el poniente, existen las ricas salitreras llamadas del Toco, cuyas esparcidas oficinas y faenas ofrecen comodidad para un mediano campamento.

X.

Lo comprendieron así los peruanos desde que pusieron pie en Iquique, dos semanas antes de la declaración de guerra; y una de las primeras y acertadas medidas militares del jefe de estado mayor de la división Velarde al llegar de Lima a Iquique fue ordenar la ocupación de Quillagua y de su línea de observación, según el tenor del siguiente documento, que por previsión señalamos.

Habrá de tenerse advertido, para juzgar de la oportunidad de esta medida, que ese reconocimiento tenía lugar en los mismo días en que Calama

era mandada desocupar por un decreto o carta privada del presidente de Chile, después de haber sido tomada a viva fuerza. El documento peruano dice así:

XI.

Iquique, mayo 19 de 1879.

ESTADO MAYOR DE LA DIVISIÓN DEL SUR.

Instrucciones a que deben sujetarse los comandantes militares de la Tirana, Pica, Huatacondo y Quillagua:

1° En su tránsito desde la salida de este puerto, cada uno de los nombrados tomarán razón de la distancia, de manera que el de Quillagua, conozca lo que hay de este puerto hasta su puesto, y así respectivamente.

2° Se convencerán de los recursos de víveres, movilidad, forraje y agua potable con que se pueda contar, y así mismo de la calidad del terreno en el trayecto y en el lugar de su residencia, dando inmediatamente parte por escrito a este estado mayor.

3° Para sus procedimientos y medidas que tengan que emplear para adquirir datos de la situación y movimientos que pueda emplear *el enemigo* (Es digno de llamar la atención que los peruanos llamasen sencillamente a los chilenos en sus documentos militares “el enemigo”, en las mismas horas en que platicaba dulcemente en la Moneda su enviado Lavalle y el presidente de la república, ofreciéndole éste el ejército de Chile contra Bolivia), cuando lo hagan se pondrán en contacto con la autoridad política del lugar con la que deberán conservar la más perfecta armonía.

4° Los comandantes militares de Huatacondo y Quillagua estarán siempre reunidos en este último punto, haciendo sus excursiones ambos a Huatacondo y a vanguardia de Quillagua, sin dejar de hacer todas las averiguaciones que fuesen posibles, interpelando a los transeúntes, si los hubiera; y si mereciesen la pena de ser puestas en conocimiento del estado mayor, lo harán inmediatamente por conducto del comandante militar de Pica y por medio de uno de los individuos de tropa que tienen a sus órdenes; esto es sin perjuicio del parte semanal y que desde luego quedan obligados todos.

5° De su buen juicio y pericia militar se espera que sus observaciones se extiendan hasta dar una razón circunstanciada de las operaciones militares que pudieran practicarse en la extensión del territorio que van a vigilar y de las posiciones que pudiera tomar el enemigo en caso de guerra y ofender.

Agustín Moreno,
general de estado mayor.

XII.

Era, a la verdad, tan viva la presunción que en uno y otro campo se abrigaba sobre la posibilidad de un acontecimiento por tierra, en razón de la completa ignorancia geográfica de sus jefes, que mientras en Antofagasta y Caracoles se anunciaba todos los días la aparición de Campero con su famosa y nunca vista “5ª división”, el coronel Suarez escribió desde el Molle el 9 de abril de 1879, esto es, una semana después de declarada la guerra, que por la Noria le llegaba la alarmante noticia de haber penetrado en la pampa por Quillagua “cuatro mil chilenos”. Urgía, en consecuencia, para que tomasen lenguas sobre las distancias “porque convenía obrar con mucha rapidez”.

Eran esos precisamente los momentos en que se ejecutaba la desatinada e inverosímil desocupación de Calama.

Hubo afortunadamente en los planes del gobierno de Chile una rápida reacción, y en el curso del mes de mayo, Calama y Quillagua fueron fuertemente ocupadas por destacamentos de infantería con algunos jinetes de Cazadores.

Fue nombrado Gobernador de Calama el teniente coronel don Eleuterio Ramírez, y del distrito de Quillagua el comandante de artillería de marina, don José Ramón Vidaurre, quien ocupó con 300 hombres de su cuerpo las oficinas salitreras del Toco, allí vecinas, cubriendo además con dos compañías de tropa las guarniciones de Cobija y Tocopilla, que eran los puertos de entrada.

El alférez Amor, con 25 Cazadores, sostenía de ordinario la avanzada de Quillagua, forrajeando en el valle y recorriendo sus alturas.

En cuanto a la línea de comunicación de estas fuerzas aisladas con el mar, he aquí como han quedado descritas por uno de los más animosos e inteligentes oficiales de aquel cuerpo: “El Toco dista de Tocopilla 20 leguas, y es un camino a árido y seco que no presenta al viajero ningún atractivo ni distracción. Son cinco leguas de una quebrada interminable, en donde parece en parte que los cerros se juntan; es aquello la quebrada de la desesperación. Después de mucho andar sale uno a la pampa hasta que llega a la juntura de dos cerros que se llaman la Boca del tigre, ¡ay! del que es sorprendido por la noche en ese lugar: el frío lo mata. Hay una altura de 5.300 pies sobre el nivel del mar, y es tal la electricidad, que al pasarse la mano por la cara saltan las chispas. A mi regreso pasé por la boca del famoso tigre a las tres de la mañana, y aseguro que más de una vez creí morirme entumecido.

“Después de esa angostura, que parece topar con el cielo, vienen las barrancas que no ofrecen nada de nuevo hasta que por fin se entra a una nueva pampa donde están los famosos establecimientos del Toco. Se encuentran allí

tres oficinas, la Buena Esperanza que está en trabajo, la Rica Ventura que quedó arruinada después del terremoto del 9 de mayo de 1879 y la Porvenir que es donde está el campamento nuestro, a legua y cuarto del Loa". (Carta al autor del teniente Bianchi. Quillagua, julio 11 de 1879.

Según un interesante artículo descriptivo de la comarca del Toco y de Quillagua publicado en *El Tamaya* (periódico de Ovalle) del 28 de agosto de 1879, por el cirujano del regimiento de artillería de marina don Florencio Pinto Agüero, la distancia de Tocopilla al Toco es de 25 leguas y existen 5 leguas más desde este paraje a Quillagua.

En cuanto a los caminos que conducen desde Quillagua a la Noria y a Iquique por la cordillera, por la costa y por el centro de la pampa del Tamarugal, he aquí lo que dice el joven e inteligente observador:

1° Camino de la izquierda. De Quillagua se llega a Soledad que dista 16 leguas, después a Lagunilla a 10 leguas, a 8 leguas más adelante esta la Alianza, avanzando 16 leguas está la Noria y de este punto a Iquique hay 12 leguas por ferrocarril.

El camino es carretero de Lagunillas a Noria.

2° Camino de la derecha. De Quillagua a Soledad 16 leguas, de este último lugar a Tamentica hay 18 leguas, a 24 leguas más adelante está Caucuanes y a 8 leguas se encuentra La Noria.

Este camino es solo para animales.

En Tamentica existe una pequeña hacienda propiedad de un señor Lecaros que tiene pastos en abundancia.

3° Camino del medio. De Quillagua a Soledad 16 leguas, de este último punto a Pan de Azúcar 16 leguas, de aquí a Pozo 8 leguas, más adelante a 8 leguas está la Aguada de los Mineros y de este punto a La Noria hay 3 leguas.

Este camino es carretero".

Fácilmente se puede observar que el primer camino da 62 leguas y los dos restantes 68 leguas cada uno. Por manera que desde el campamento de Toco a Iquique hay más o menos de 72 a 78 leguas.

De Toco a Tocopilla hay 21 leguas y otros calculan 25 leguas.

De Quillagua a Tocopilla hay 90 leguas.

Según un censo levantado por los oficiales del regimiento de Artillería de marina el 8 de septiembre de 1879, había en Quillagua solo 14 casas o ranchos y de éstos solo 7 estaban habitados. La población se componía de 13 bolivianos y 5 mujeres de esta nacionalidad y 8 peruanos varones y hembras: total 26 habitantes. Los nombres son casi todos de indios, a juzgar por sus apellidos: Carunchos, Carameros y Veintipopos. De estos Veintipopos hay cerca de veinte...)

XIII.

No cabe, entretanto, la menor duda, en vista de los documentos inéditos del archivo del estado mayor del ejército del Perú, que sus jefes meditaron con ahínco llevar sus armas por tierra hasta el Loa desde abril; y se trazó sobre este propósito un plan de operaciones en junio, por mano anónima pero no desprovista de datos, de observación y ciencia militar, llegándose hasta

dibujarse en el mapa de las futuras operaciones la marcha gradual de las fuerzas en dirección al Loa, por Pica y Huatacondo.

Coincidía todo esto, como será fácil observarlo, con las ventajas y el aliento que alcanzaban los peruanos en el mar (Entre los anexos figura este plan de itinerario que tiene la fecha de Pica, julio 10 de 1879 y está firmado por su comandante militar don Tomás C. la Barca y también el plan de operaciones a que hemos aludido, documento importante escrito en Iquique, a petición del coronel Suarez, y que lleva la fecha de 17 de junio. Por mera curiosidad agregaremos que en ese mismo día el conocido industrial francés M. Latrille, fundador de Tocopilla y desterrado a Huatacondo por sospechas, escribía un plan análogo para el uso de los peruanos, si bien con mucho menor juicio y discernimiento militar que el empleado por el autor anónimo.

Pasaron de veinte los oficiales que el antiguo coronel Suarez despachó en diferentes comisiones hacia el Loa desde el mes de mayo a octubre, siendo los más notables de éstos los coroneles don Ramón Rivera, don Julián C. Carrillo y don Agustín Martínez. Este último fue enviado a fines de julio, según consta de las instrucciones que se le dieron y que publicamos entre los anexos. En fecha tan posterior como el 29 de septiembre fue nombrado comandante militar del distrito del Monte de la Soledad el sargento mayor don Benjamín Izquierdo. Pueden verse también sus instrucciones en los anexos.)

XIV.

Más, reconocida a la postre de muchos estudios y de no pocas tentativas infructuosas la imposibilidad de mantenerse en posesión permanente de Quillagua por la lejanía de su base de operaciones y su comparativa proximidad a la del enemigo, se limitaron los aliados a ocupar fuertemente a Huatacondo, para desde allí estar a la mira de las operaciones del Loa y vigilar las arrias de ganado argentino, cuyos remeseros, desde la ocupación de Calama y San Pedro de Atacama por los chilenos, se veían obligados a dar una vuelta considerable por la falda oriental de la cordillera de la costa, pasando por Canchas Blancas y la quebrada de Tamentica y otros desfiladeros.

Con este fin el coronel Suarez envió diversas partidas de tropas (nunca más de cien hombres) sea del escuadrón lugareño Tarapacá, llamado el “escuadrón Castilla”, en honor del mariscal tarapaqueño de ese nombre, o de un cuerpo de infantería denominado “Francos tiradores vanguardia de Tarapacá”. En los primeros días de junio, el general en jefe ordenó asimismo un franco reconocimiento operado desde Huatacondo sobre la línea del Loa, según aparece de los interesantes documentos que en el presente capítulo damos por la primera vez a luz.

XV.

Por su parte, interesados los bolivianos más directamente que sus aliados en llevar sus armas a la orilla del Loa en recobro de sus posesiones detenidas en rehenes, despacharon desde Tacna a mediados de aquel mismo mes, una comisión exploradora que fue encomendarla al coronel don Mariano Mugia, autor del gran mapa de Bolivia, llamado de Colton. Acompañó al perito geógrafo, que no sacaría fama ni de su mapa ni de sus trabajos científicos en los deslindes del Brasil, un curioso personaje de la Comuna de París, que se llamaba el general Raúl Du Buisson. Pero uno y otro dieron la vuelta a su cuartel general de Tacna, declarando lo que era un hecho natural e indestructible: que el paso de un ejército a través de la pampa del Tamarugal pertenecía al orden de cosas que en la existencia humana constituye los milagros. Los comisionados bolivianos pasaron por Canchones en dirección a Pica el 22 de junio. Se ignora la época de su regreso.

XVI.

Pero al propio tiempo que esta cabalgata, a cuenta de dos generales despachados por el fantástico generalísimo Daza, se ejecutaba talvez sin noticia de éste, y de seguro contra su voluntad interna, un movimiento militar de mucha consideración en los distritos meridionales de Bolivia que dan vista al litoral del Loa ocupado desde el mes de marzo por las armas chilenas.

Se había puesto a la cabeza de aquellas operaciones, que se extendían desde Potosí a Tarija en los límites de la raya argentina, el acreditado general don Narciso Campero, hijo de la última provincia, hombre anciano pero de corazón levantado, y desafecto intensamente a Daza, como todos los bolivianos de alguna valía.

Auxiliado por el patriotismo de algunas poblaciones y mediocrementemente por los caudales confiscados a los propietarios chilenos del mineral de Huanchaca, que yace en esos distritos, treinta leguas al poniente de Potosí, logró aquel prestigioso jefe reunir en el curso de abril a junio tres cuerpos de infantería de excelentes tropas, siendo colecticias, armadas con rifles Remingtons importados por un activo especulador, (el contratista argentino don Adolfo Carranza), desde Buenos Aires. Carranza era pagado con la parte de confiscación que cupo a los chilenos en Huanchaca, como los armamentos del ejército boliviano de Tacna fueron comprados con las confiscaciones de Corocoro.

XVII.

Se componía el ejército de observaciones del general Campero que recibió el título de 5ª división del ejército boliviano, de tres batallones de infantería, pero sin un solo pebrero y sin más caballería que unos cuantos ágiles jinetes de Chichas que formaban la escolta personal del general, su caudillo y su paisano.

Era el mejor plantado de esos cuerpos el batallón Chorolque, que fue más tarde diezmado en Tacna, y constaba de 500 cholos de Tarija eximios andadores. Los mandaba el coronel Ayaroa, natural de La Paz.

Seguía a éste el batallón Bustillo, de Potosí levantado en esta ciudad por el coronel don Francisco Benavente, hermano del famoso diplomático de este nombre, ministro residente en Lima durante quince años; y fue inspiración suya dar el nombre de "Bustillo" a aquel cuerpo, en memoria del hombre de la altiplanicie que más intensamente había odiado a Chile, don Rafael Bustillo.

El tercer batallón de la 5ª división había sido reclutado en Porco, el rico mineral que el alentado Pedro Valdivia trocó por la conquista de Chile, y era mandado por el coronel don Lino Morales, tarijeño, y como tal compatriota lugareño del general Campero. El nombre de éste era el *Ayacucho*, el cuarto de la nomenclatura de los aliados porque los peruanos tenían por sí solos tres *Ayacucho*. (Debemos todos estos datos sobre la impalpable e invisible quinta división boliviana, al doctor Cortes, cirujano del batallón Chorolque y prisionero hoy en San Bernardo. El Chorolque fue el único cuerpo del ejército de Campero que logró incorporarse al ejército de Tacna el 19 de abril de 1880, porque el Bustillo y el Ayacucho se dispersaron después del motín corralista de Viacha ocurrido el 12 de marzo precedente. El señor Cortes es hijo del distinguido historiador y poeta de Bolivia don Manuel Cortes.).

Era jefe de estado mayor de la 5ª división el general don Claudio Acosta, el mismo que hemos conocido entre los más débiles pero mejor reputados prefectos de Tarapacá en la época de incubación a la sordina de la presente guerra.

XVIII.

Situó el general Campero, en cuya rica naturaleza los años no eran peso sino estímulo, su cuartel general en la triste aldea de Santiago de Cotagaita provincia de Chichas, cerca del famoso desfiladero que sirvió de Termópilas a las invasiones argentinas en la guerra del Alto Perú 30 leguas al sur de Potosí.

Desde allí, y en una posición intermedia entre esta importante si bien desmantelada ciudad y la de Tarija, abundante en pastos, en indios y en ganado, amenazaba Campero muy remotamente el litoral de Antofagasta: por

falta de recursos y especialmente de armas que aun no llevaban, veía pasar los meses como una sombra entre las sombras. De aquí el nombre de “invisible” que se diera en aquel tiempo a su división, perdida siempre entre los picos y las nubes de la altiplanicie.

Al fin y solo en la medianía de agosto, logró el general Campero destacar su vanguardia algunas leguas hacia el poniente disponiendo que el batallón Bustillo pasase a Huanchaca, treinta leguas al sur oeste de Potosí, y avanzase en seguida hasta San Cristóbal de Lipez, lugar de antigua y fabulosa opulencia, perdido hoy en solitaria y estéril quebrada que alimenta mísero curato de indios, criadores de cerriles llamas.

Es en este lugar, cuyas ricas venas dieron en agua, estando en abundante beneficio, donde existe la famosa mina de secular ponderación llamada “La Hedionda”, porque sus gases antimoniales matan a los que en ella penetran cebados por la nombradía de sus tesoros fabulosos. San Cristóbal de Lipez demora igual distancia de Huanchaca y de Canchas Blancas por el lado del poniente y es punto intermedio entre uno y otro paraje.

XIX.

Serias dificultades experimentó el comandante Benavente en su marcha de Cotagaita a Lipez, especialmente en su tránsito por Huanchaca. Le negaron los administradores de este valioso ingenio los recursos que eran debidos a la tropa que venía a su defensa y hubo agrias notas entre aquel jefe y el gerente de la empresa, don Mariano Però, en la que tomo cartas de por sí el brioso general Campero. “La fuerza residente aquí, escribía con irritación el jefe del batallón de vanguardia el 2 de septiembre al administrador de Huanchaca, presta servicios positivos al *país*, así como al ejército aliado y en mayor escala a Huanchaca, por lo que merecía ser atendida con entusiasmo: y lejos de esto, se le ha negado la provisión pedida para su subsistencia, negativa de cuyas consecuencias se hace Ud. único responsable; pues, cierto estoy que los empresarios de esa casa no apoyarán jamás una medida que puede talvez acarrear al país, así como al establecimiento, males irreparables”. (A las quejas del administrador de Huanchaca, el general Campero contestó con la siguiente nota:

Cotagaita, agosto 23 de 1879.

Señor administrador:

Con fecha 14 del actual dirigí a Ud. el siguiente oficio:

Señor administrador:

La fuerza que hoy ha marchado de este cuartel general va con los correspondientes diarios hasta el fin del mes; por consiguiente, no debe ocasionar gastos ni gravamen alguno a esa casa. No obstante, se servirá Ud. ordenar que se proporcione a dicha fuerza dos bueyes para que mediante su justo precio les sirvan en su trayecto hasta Lipez.

Dios guarde a Ud.

Narciso Campero.

Al señor administrador de la compañía Huanchaca de Bolivia.”

Toda la cuestión del mezquino suministro importaba más o menos 1.200 pesos.

XX.

Aquel movimiento de avance de una de las columnas de la 5ª división no había sido entretanto sin motivo, porque en los primeros días de agosto los chilenos se habían dejado ver por Canchas Blancas, a tres jornadas de Huanchaca, y este movimiento que había llevado la alarma al corazón de Bolivia y a los campamentos de la alianza en Iquique y en Tacna, era solo el resultado de una correría hecha por quince Cazadores a caballo según más adelante veremos.

XXI.

Durante este largo intervalo de tiempo los aliados habían tenido noticias más o menos vagas de la 5ª división desde principios de julio, y exagerando en alas del deseo sus medios de movilidad, que no pasaban más allá de la recia musculatura de sus indios soldados, idearon un plan de campaña cuya base sería Huatacondo para caer sobre el Loa por medio de una marcha de circunvalación simulada a los chilenos. Con este fin escribía Daza al general Campero en los primeros días de aquel mes, con uno de los expresos que el contratista de ganados, Gómez, despachaba periódicamente a los hatos de Salta, y poco más tarde, el 31 de julio, le dirigió al coronel Suarez la siguiente importante comunicación que hasta hoy se ha mantenido inédita:

Iquique, julio 31 de 1879.

SEÑOR GENEPAL NARCISO CAMPERO.

“Cumpliendo ante todo el deber de felicitar a U.S. por el acierto con que ha dirigido el primero de los ejércitos aliados *que toma gloriosamente la*

ofensiva, debo manifestarle que el excelentísimo señor capitán general don Hilarion Daza me ha dirigido en la fecha el siguiente telegrama:

El general Prado me dice lo siguiente: Conviene que haga Ud. inmediatamente un propio para que la división Campero venga a marcha rápida sobre Huatacondo, maniobrando de modo que el enemigo crea que va sobre Calama.

Ya escribí a Campero con el propio de Gómez ordenándole siga su marcha, y puede Ud. hacer otro expreso previniéndole en el sentido del parte del general Prado, disponiendo provisiones para su tránsito.

Al comunicarlo a U.S. por medio del expreso que lleva ésta, solo debo asegurarle que encontrará listas las provisiones necesarias, que en Quillagua hay algunas fuerzas enemigas, parte de ellas montadas, que recorren los alrededores hasta Tamentica de donde avanzaron el 21 hasta Huatacondo, por lo cual es prudente que U.S. desprenda partidas montadas cuando menos de cincuenta hombres para que no sean batidas y que, como se indica en el parte, burlen la vigilancia y desvíen todas las medidas de precaución de los contrarios forzando aparentemente su marcha sobre Calama”.

Dios guarde a U.S.

Belisario Suarez.

XXII.

Condujo este histórico pliego a Huatacondo el coronel don Julio Sánchez Carrillo, hombre de alguna nota en la milicia, nombrado comandante militar de aquel distrito, en previsión de graves acontecimientos, y próximamente (agosto 16) se le enviaron cien cargas de víveres custodiadas por 40 soldados del escuadrón Guías de línea, junto con otros recursos de espera. En cuanto a la nota en que se llamaba al litoral al general Campero la llevó por el desierto el 6 de agosto el mayor don Eugenio Patiño, soldado animoso.

No ha quedado constancia de que aquella orden apremiante fuera recibida; pero si lo fue no hubo medio humano de darle cumplimiento, porque el sub prefecto de Lipez, don Onofre Aramayo despachaba el día 12 de aquel mismo mes un *chasque* a Huatacondo, anunciando que Campero no se movía de Cotaigata ni llegaba siquiera su vanguardia que se le tenía anunciada, y que, en efecto, se apareció poco más tarde como caída de las nubes en aquellas solitarias hondonadas al mando del coronel Benavente. El gobernador de Lipez agregaba a su nota las más fantásticas noticias de “un desembarco de

doce mil chilenos en Tocopilla” noticia del viento y del pavor que en su paso por las frías mesetas iban sembrando. (Entre los anexos de este capítulo hacemos figurar esta curiosa nota así como otra mucho más interesante del coronel Carrillo en que se trata también de otra fingida expedición chilena a Huatacondo de que habremos de ocuparnos en lugar más oportuno.).

Estaba de esta suerte escrito en el libro de los imposibles del desierto que la 5ª división no descendería a beber las aguas del Loa, río que una simple escaramuza había echo chileno. Y al contrario, habiendo avanzado el general Campero en septiembre hasta Lipez, contramarchó en octubre hacia Huanchaca y Potosí, llegando en noviembre a orillas del lago de Aullagas en demanda de Oruro. Fue en esa marcha por la margen oriental del lago, que recuerda las excursiones de los antiguos castellanos a través de centenares de leguas, cuando llegó a su noticia por algunos dispersos de la batalla de San Francisco, este gran desastre de la Alianza, que fue su culpa, y en seguida la caída de Daza en Tacna ocurrida el 27 de diciembre, que fue su castigo. Con ese motivo y de hecho quedó proclamado el comandante de la 5ª división, general en jefe del ejército boliviano, como el oficial más antiguo en campaña. Y el último, como dueño de éste, y como de ordinario, fue en seguida electo presidente de la república.

En cuanto a las andariegas tropas de la 5ª división que en un año anduvieron talvez no menos de mil leguas, solo un batallón, el valiente Chorolque, llegó a los campos de la Alianza, dispersándose los otros, según contamos, en el motín de los cuarteles.

XXIII.

Los peruanos no abandonaron sin embargo sino mucho más tarde la esperanza de ser socorridos por un movimiento de flanco, que partiendo del corazón de Bolivia viniese a confluir con sus propias fuerzas en la provincia de Tarapacá. Con este fin el coronel Suarez había mandado aprontar raciones para tres mil hombres en Huatacondo en la primera semana de septiembre, y el día 8 de ese mes el subdelegado de aquella pobre aldea, el mayor don Claudio Estrada, honrado campesino, hoy prisionero en Chile, escribía a aquel jefe estas palabras que eran todavía una última esperanza: “Tengo conocimiento que el general Campero, ha salido de Santiago de Cotaigata con su ejército; el señor Carrasco se halla en San Cristóbal con seiscientos ochenta hombres; los chilenos se reconcentran a la parte de sin dejar por esto de andar por estas inmediaciones acechándonos”. (Archivo del estado mayor del ejército de Tarapacá. El mayor Estrada equivocaba al guerrillero Carrasco, que merodeaba por su cuenta en esa época en la vecindad de San Pedro de Atacama, con el coronel Benavente.

El párrafo de la nota del comandante de Huatacondo de fecha 8 de septiembre en que se hablaba de provisiones para un ejército, decía así:

“Por una de las notas que U.S. me dirige me ordena que recopile víveres como para 3.000 personas, calculando que puedan durar para ocho días; a esto le diré a U.S. que los víveres que existen en este lugar no alcanzan para *un almuerzo*, porque sus productos son demasiado mezquinos, de modo que no hay como darle *el lleno* a la orden expedida por ese estado mayor general no por omisión o descuido. Crea U.S. que no se puede, sino porque ni en las inmediaciones hay agricultura, por el contrario está este pueblo *rodeado por desiertos áridos* (sic). Adjunto a U.S. las notas que han venido equivocadas que son de ese estado mayor general”.

Dios guarde a U.S.

Estrada.)

XXIV.

Tal fue la suerte y el itinerario de la división boliviana que preocupó todos los ánimos del litoral del Pacífico desde el principio de la guerra anunciándose su aparición todos los días en el valle, en la sierra, en el páramo y en la ciudad. Y sin embargo de su ineficacia, de sus filas salió la figura más culminante de las campañas de la alianza y el generalísimo que debía mandar sus huestes en la segunda batalla campal de la guerra.

Hechos son estos que pertenecen a la hilación de la historia pero en página por separado.

ANEXOS AL CAPÍTULO XVII.

I.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS PRIMERAS EXPLORACIONES DE LOS PERUANOS HACIA EL LOA EN JUNIO Y JULIO DE 1879.

I.

GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO.

Iquique, junio 3 de 1879.

Disponga U.S. que del escuadrón Castilla se desprendan dos comisiones con el número que U.S. juzgue conveniente y a cargo de los oficiales respectivos, para que partiendo la una de Canchones vaya por la Soledad hasta cerca de Quillagua, estudiando y reconociendo el trayecto, designando los parajes en que deba acampar el ejército y los lugares en que pueda hacerse aguada; y que la otra, que también partirá de Canchones, haga

su camino por Pica y las alturas hasta Santa Bárbara, practicando iguales estudios y reconocimientos que la que marche a Quillagua.

Para estas comisiones, deben nombrarse oficiales expertos, conocedores de los caminos y que puedan dar razón clara y noticias exactas de sus accidentes y aguadas.

Dios guarde a U.S.

Juan Buendía.

Señor coronel jefe de estado mayor general.

II.

COMANDANCIA DEL ESCUADRÓN CASTILLA.

Canchones, 16 de mayo de 1879.

B.S.C.J.

Tengo el honor de adjuntar a este oficio para el superior conocimiento de U.S. las dos notas de los capitanes de la primera y segunda compañía del escuadrón de mi mando, que en cumplimiento de las instrucciones de U.S. destaqué sobre Huatacondo.

Por estas también se impondrá U.S. de lo falso que es la noticia de existir chilenos armados en la frontera de estos departamentos, con cuyo motivo me ordenó U.S. del Pozo de Almonte ordenase permanecer la fuerza en Huatacondo hasta segunda orden; lo efectué así por medio de un expreso, el que a su regreso inmediatamente di parte a U.S.

Como el predicho pueblo de Huatacondo no prestase medios de subsistencia, tanto para la tropa, cuanto para los caballos, de acuerdo entre los capitanes acordaron quedar Zavala, con su mitad, en cumplimiento de su ya citada orden y que el capitán Bernal regresase a incorporarse al escuadrón, lo que ha tenido lugar hoy a las 11 A.M.

Por escasez de fondos no he podido auxiliar al capitán Zavala, pero lo haré mañana con un expreso, porque un amigo me ha ofrecido proporcionarme unos reales. Espero que U.S. se servirá decirme por el tiempo más que debe permanecer esta fuerza en Huatacondo.

Dios guarde a U.S.

Santiago Zavala.

Al señor coronel comandante general de la segunda división y jefe superior de las fuerzas situadas al norte del cabo de Molle.

III.

EL CAPITÁN DE LA 2ª COMPAÑÍA DEL ESCUADRÓN CASTILLA.

Canchones, mayo 16 de 1879.

Señor coronel:

El que suscribe, en unión de la fuerza que comanda, ha llegado a este cantón habiendo cumplido con las instrucciones que U.S. le ha encomendado en el tránsito desde este punto al de Huatacondo por la vía del despoblado y regreso por el pueblo de Pica. En consecuencia quedan cumplidas de la manera siguiente:

1º Marché de este lugar por el despoblado el día de mi partida, 7 del actual, a horas 9 A.M. y llegué a Tamentica el día 8 a las dos y media A.M., haciendo una marcha de veinte leguas por camino regular pero sin recursos de vida de ninguna clase; al día siguiente continué mi marcha hasta Huatacondo cuya distancia es de cuatro leguas; allí permanecí hasta el día 13 en que hice mi regreso por el valle de Pica, que creo una distancia de 22 leguas, también sin recurso de vida.

También no he creído inútil tomar datos de la distancia de Huatacondo a Copaquire, cual es de doce leguas de mal camino: de Copaquire a Llopsinta, diez leguas camino regular, tiene agua; de Llopsinta a Chara, diez leguas camino regular, tiene agua; de Chara a Santa Bárbara 12 leguas, buen camino, tiene agua (es posta); de Santa Bárbara a Chiuchiu 14 leguas, todo abundante; de Chiuchiu a Calama ocho leguas, también todo abundante y camino bueno.

Súbditos chilenos que se dice existen en las alturas de Pica hasta Huatacondo, no se encuentran por la investigación hecha en busca de ellos.

Datos adquiridos de Quillagua: hace cuatro días llegó a las alturas de Huatacondo un individuo llamado Ranjel quien salió de escape de Quillagua dejando una avanzada de 75 hombres de caballería de fuerzas chilenas, cuya avanzada hacen desde el Toco hasta Quillagua.

Tampoco hallo de más ponerle en conocimiento que en Huatacondo no se halla provisión de ninguna clase en lo que respecta a subsistencia, tanto de gente cuanto de pasto seco por ahora.

Dios guarde a U.S.

Domingo Bernal.

Al señor comandante del mismo.

IV.

Huatacondo, junio 10 de 1879.

B.S.C.

Anoche a las 9 P.M. he tocado en este punto, tanto por seguir con las prescripciones señaladas por U.S. en sus instrucciones, cuanto por dar alcance al escuadrón Castilla que

había dejado su campamento en Canchones, con dirección acá en la tarde del jueves 5, es decir, un día antes de mi salida de esa ciudad.

Para llegar hasta aquí, señor coronel, no he dejado de chocar con graves dificultades, debido a la completa carencia de movilidad y la escasez de recursos para la vida, que hace, como U.S. no dejará de comprender, imposible toda medida. Los habitantes de estas pequeñas comarcas, espantadizos por naturaleza, han llevado a tomar tal aversión a todo lo que se relaciona con el actual servicio, que basta que se diga que llega una comisión para que se oculten o se nieguen a prestar los auxilios que se le demanda; bien que para ello no carecen de razón, debido al odioso sistema de preferencia que las autoridades ejercen sobre la clase acomodada, recayendo el peso de todo servicio sobre la clase menesteroso que es la que más sufre. Procuro, por consiguiente, desarraigar este mal que refluye directamente en mal del servicio público.

El Escuadrón Castilla, que no cuenta más que con 40 hombres de fuerza disponible, se halla aquí desde el viernes 6 del actual, la fatal circunstancia de no haber tenido con que atender al socorro diario de esta fuerza ha obligado al segundo jefe don Fermín Bernal, quien desde luego se ha puesto bajo mis órdenes, ayer en la tarde del domingo 8, 20 hombres a Canchones, porque a ello lo obligaba lo insuficiente del pasto y el no contar, como dejo dicho, con que socorrer a su tropa.

Esta fuerza que con tan decidido empeño se presta a todo lo que se roza con la defensa de la patria, está insolta de sus haberes, malísimamente cabalgada, con malas armas de fuego, con escasísimas y malas municiones, hasta tal punto que hay que reparar sus cartuchos al segundo instante de concluir una jornada. Mucho, muchísimo convendría armarla bien y rodearla de todo lo necesario a fin de que el servicio no se retardara y de que ella llenara con buen éxito la comisión a que se le dedique.

He dictado las más severas órdenes para que se restituya de una manera equitativa todos los recursos que los habitantes proporcionen a los comisionados militares y a los ciudadanos que se empleen en el servicio de la causa nacional, interpretando de este modo las equitativas miras del supremo director de la guerra y las benévolas intenciones que a U.S. lo animan. Asimismo he dispuesto que una comisión de ciudadanos concedores de estos lugares se constituyan en las alturas y arreen el ganado suficiente poniéndolo a disposición del gobernador del distrito para que él provea del que se le pida a su tiempo.

Es ya un hecho probado que una descubierta del ejército enemigo vivaquea en Quillagua, y se me asegura que otra ha llegado ya al sitio denominado la Soledad, a donde marchó después de despachar este propio esperando avisar a U.S. del resultado de mi marcha oportunamente. No pienso sin embargo, comunicarme con U.S. con frecuencia porque a ello me obliga lo difícil que es conseguir movilidad.

El señor Coronel don Santiago Zavala que ha marchado a ésa, habrá dado a U.S. datos e informes ciertos y minuciosos con respecto a su fuerza y el entusiasmo de los pueblos, y de la penetración de U.S. puede sacar buen partido.

Dios guarde a U.S.

Manuel R. Rivera.

Benemérito señor coronel jefe de estado mayor general.

V.

INSTRUCCIONES A LAS CUALES DEBERÁ SUJETARSE EL SEÑOR
CORONEL DON AGUSTÍN MARTÍNEZ EN EL CUMPLIMIENTO DE LA
IMPORTANTE COMISIÓN QUE DEBE DESEMPEÑAR EN EL PUEBLO DE
HUATACONDO Y DEMÁS LUGARES QUE SE MENCIONAN.

1º Empezará su marcha al mando de cincuenta hombres del escuadrón “Franco Tiradores vanguardia de Antofagasta”, de este puerto a la estación de Molle, de allí tomará el tren hasta el pueblo de la Noria al que llegará en la tarde de hoy. El día de mañana llegará a Canchones al día siguiente a Pica y finalmente al día inmediato hasta Huatacondo.

2º Constituido en el pueblo que pone fin al viaje anterior procederá inmediatamente a practicar reconocimientos en todas direcciones a fin de conocer perfectamente los lugares que ofrecen peligro por prestarse para una sorpresa, las posiciones ventajosas que puede ocupar en caso de combate y los distintos caminos que deben vigilarse.

3º Destacará una pequeña fuerza de observaciones, de dos o cuatro hombres montados y prácticos del lugar, escogidos entre los que sirven como guardias nacionales, y la enviará a Tamentica con instrucciones de situarse en los puntos más culminantes y de segura retirada, a fin de que puedan prevenir con oportunidad al grueso de la tropa de la aproximación del enemigo o de cualquiera fuerza extraña.

4º Como jefe más caracterizado de esa plaza, tomará el mando de todas las fuerzas que se encuentren organizadas bajo los órdenes del sargento mayor don Claudio Estrada, de quien recibirá todos los datos, avisos y observaciones que le haya sugerido su permanencia en el lugar y la experiencia adquirida con motivo del amago del 16.

5º Para la alimentación de la fuerza recibirá del sargento mayor Candiote, en el campamento de Molle, cuatro quintales de arroz y dos de charqui, debiendo distribuir estos víveres dando diariamente del primero seis onzas y del segundo media libra como ración por plaza, quedando acordado de acordar el mejor modo de racionar a su tropa con carne fresca para que sea resuelto por este estado mayor general, informando de si es posible tomar la del ganado de las inmediaciones y manifestando sus precios, siendo además celoso en los pedidos oportunos de arroz, a fin de que no lleguen a encarecer esos artículos.

6º Reconocerá como misión principal de su permanencia en esos lugares la defensa del pueblo y sus inmediaciones a fin de impedir que dificulte el enemigo el tránsito de ganados y recursos o pueda incomunicarnos con las fuerzas que deben obrar sobre Calama a órdenes del general Campero, por lo que a toda costa y rechazando cuantas veces sea necesario la fuerza con la fuerza, conservará expedita la comunicación de suerte que tengamos noticias de los movimientos del enemigo en Calama, Toco, Quillagua y Pozo de la Soledad.

7º Siempre que deba empeñar un combate o lo exija la gravedad de los acontecimientos, despachará un propio montado a la fuerza que existe en Canchones para que de ella se conduzca el aviso hasta la Noria; de donde se transmitirá por telégrafo a este cuartel general, sin perjuicio de pasar el correspondiente oficio detallado de lo que acontezca o se prepare siempre que lo permitan las circunstancias.

De su patriotismo, celo y conocimientos militares se espera que con su presencia en ese lugar que el enemigo amenaza y merced a las medidas que adopte, será victoriosamente cruzado el plan de invasión que pretende ponerse en práctica.

Iquique, julio 22 de 1879.

Belisario Suarez.

II.

PLAN DE CAMPAÑA SUGERIDO EN IQUIQUE AL CORONEL SUAREZ, JUNIO DE 1879.

En el estado actual de la guerra y considerada la situación respectiva de los beligerantes, hay tres medios de hacerla a Chile.

En el primero, mantener el ejército aliado solo en estado defensivo, de instrucción y de preparación activa.

Es el segundo (supuesta la venida, cuando menos, de un buque de poder para el Perú) librar un combate marítimo previo, que destruya la escuadra enemiga.

El tercero, es recobrar a Calama y ocupar el litoral boliviano con el ejército aliado tomando la vía de la cordillera de Huatacondo.

Se comprenden las razones que apoyan el primer medio. Chile, país esencialmente agrícola y comercial, con el estado de guerra se halla privado de sus mercados más lucrativos para sus productos y de sus productos del comercio de tránsito. Semejante situación no es sostenible para Chile y sería inminente una catástrofe interior.

Mientras que el Perú y Bolivia pueden *mantenerse indefinidamente* en estado de guerra aumentando sus elementos bélicos, para Chile cada día que pasa sin la exportación de sus producciones y sin el movimiento y actividad de sus puertos es una amenaza y una aproximación al desorden interior y por lo mismo a su derrota en la guerra.

Por este medio, para vencer a Chile, el Perú y Bolivia no tendrían otra cosa que hacer que *conservarse en estado de defensa*.

Hay sin embargo razones en contra que hacen inaceptable este medio. Es una de ellas la de que la opinión pública del Perú y Bolivia no lo aceptaría y por lo mismo escasearía sus recursos, limitaría sus contingentes, restringiría sus sacrificios.

Naciones *impacientes* como son el Perú y Bolivia, necesitan ver constantemente en los actos de la guerra energía y actividad. No se conforman con la defensa armada y con la preparación para el porvenir.

Además, este medio de vencer, no correspondería ni a la dignidad de las naciones aliadas ni a la gravedad de las ofensas inferidas por Chile. La guerra, hasta para sus resultados, debe ser conforme a la naturaleza de los hechos que la han preparado.

Por otra parte, toda dilación en las operaciones de la guerra hace fáciles futuras complicaciones a la astuta y páfida diplomacia chilena. Ya en el día mismo Mitre y Sarmiento en la República Argentina, indudablemente instigados por las intrigas de Chile, predicán la *recuperación del departamento de Tarija*. No sería raro que se dejaran oír semejantes o iguales pretensiones de parte del Ecuador y del Brasil sobre el Amazonas.

Es pues inaceptable este medio.

El segundo consiste en un combate marítimo previo que haría accesible a la escuadra peruana (vencedora que fuese) toda la costa chilena, y por lo mismo el ejército aliado podría ocupar cualquiera de las provincias de Chile *para mantenerse a costa del enemigo* e imponer las condiciones de la paz.

Se dice combate marítimo previo, porque en ningún caso debe exponerse el ejército aliado a las eventualidades de un encuentro en las escuadras. Llevar el ejército aliado en transportes que no estuvieran defendidos por la escuadra, sería correr el riesgo de ser echados a pique los transportes y perecer el ejército embarcado i sin defensa alguna. En ningún caso debe correrse este riesgo; no habría justificación posible por un solo transporte que se perdiera y con él o en él 1.500 a 2.000 hombres del ejército aliado. Vencida la escuadra chilena en el combate previo, la conducción del ejército aliado a cualquiera parte de Chile sería distinta y segura.

Este medio (en el caso de contarse con dos buques o *uno siquiera* sería el más expedito y el de más pronto e infalible resultado.

El tercer medio, llevar el ejército al litoral boliviano, es el más practicable en la situación actual. Los fundamentos no se ocultan.

No viniendo los buques que *se esperan*, es inútil pensar en el uso del segundo medio, en cuyo caso es ineludible la ocupación de Calama *como punto estratégico* y como *lugar de depósito* de recursos para el ejército y su natural cuartel general.

Para la ocupación de Calama bastan dos divisiones que cuenten ambas con 5.000 hombres y una brigada de artillería. Estas divisiones serían la del general Campero y cualquiera otra que de este departamento se le uniese. Los resultados de esta ocupación serían en primer lugar la concentración de las fuerzas de Chile que ocupan el litoral entre Antofagasta y Salinitas, y por consiguiente el *abandono de Caracoles* que, con los pueblos de Chiuchiu y Atacama, servirían al ejército aliado.

Atacama es el punto por donde tanto el ejército aliado como el de Chile que ocupa el litoral, se proveen de ganado. Chile para proteger ese punto de internación de ganado conserva allí una fuerza de caballería de 25 a 300 hombres y 200 en el Toco.

El ejército aliado ya ha perdido hasta la fecha *como dos mil reses de ganado* que las fuerzas chilenas les han interceptado. Si el estado de cosas actual continúa, la interceptación será absoluta y el ejército aliado no podrá contar con el ganado que recibe por aquella vía.

Por Atacama se puede recibir de la República Argentina no solo ganado sino toda clase de víveres y, según un contrato hecho por la empresa "Huanchaca" con un señor Carranza, a menos costo que por la vía del litoral boliviano, por donde, antes de la guerra, se proveía aquella sociedad. Es pues de incalculable importancia la ocupación de Calama hasta bajo el aspecto de provisiones.

Como cuartel general tiene condiciones inmejorables. De Calama hay caminos directos que conducen a Caracoles, a Salinitas, a Antofagasta, a Mejillones, a Cobija, a Tocopilla y al Toco, etc.

En Calama pueden mantenerse en *el ciénago* hasta 25.000 cabezas de ganado sin costo alguno. Los alfalfares de Calama, Chiuchiu y Atacama pueden abastecer el consumo de 2 a 3 mil bestias. En las estancias inmediatas hay ganado lanar en cantidad suficiente para la residencia temporal del ejército.

Ocupado Calama, el ejército chileno del litoral, no podría moverse, y por lo mismo ese ejército dejaría de ser una amenaza a la costa de ese departamento.

Para la marcha de ese departamento a Calama, de una o dos divisiones, hay tres caminos.

Uno que parte de Matilla, pasa por las inmediaciones de Huatacondo y conduce a Santa Bárbara que dista de Calama 12 leguas.

Otro que parte de los Canchones y conduce por el desierto a Quillagua y Calama.

Y el tercero que parte del Soronal y conduce por la Alianza a doce leguas más abajo de Quillagua.

La diferencia de la distancia entre los tres caminos no es mucha. El de Matilla es un poco más largo, pero en cambio con el recurso de agua en abundancia en todos y de pasto en los más. Este camino además ofrece la facilidad de unir la división o divisiones de este departamento con la del ejército de Campero que ocupa o debe ocupar la parte superior del pueblo de Calama y por donde es atacable con ventaja.

Si solo fuese ejército boliviano el que se uniese con el general Campero habría tomado la ventaja del clima que es lo que conviene a los habitantes de la altiplanicie de los Andes.

El camino que parte de los Canchones ofrece el inconveniente de tener que atravesar un desierto cuando menos de 20 a 22 leguas para llegar a Quillagua sin agua ni recurso alguno.

El tercero que parte del Soronal ofrece la misma dificultad en una jornada de 18 a 20 leguas. Ambos tienen una inconveniencia que debe tenerse en cuenta; conducen a la parte descubierta y baja de Calama y por donde el ataque sería, sino imposible, desventajoso. Hay poblaciones, y en general todas en donde se hace resistencia, que tienen su parte vulnerable. París en Europa no ha sido tomado sino por la parte *por donde atacaron los prusianos*.

Entre nosotros toda vez que se ha tratado de ocupar por el combate a Arequipa, ha sido preciso hacerlo por San Antonio.

En La Paz, por la Caja de agua, cuando se ha desviado estos puntos de ataque ha venido la derrota.

Así es Calama; no es accesible el ataque sino por la vía de Santa Bárbara, Atacama, Chiuchiu y Caracoles. Pensar en las márgenes del Loa de Calama hacia el curso superior de este río sería emprender una empresa con las probabilidades de ser vencido.

El resumen de cuanto antecede es, que no debe tomarse otra vía para la guerra actual que la de Matilla y Huatacondo.

Además de cuanto antecede, quien esto indica, se reserva el derecho de ofrecer al ejército aliado otros conocimientos locales para la ocupación de Calama.

Iquique, junio 17 de 1879.

III.

ITINERARIO DE MARCHA PARA UNA EXPEDICIÓN AL LOA EN JULIO DE 1879.

COMANDANCIA MILITAR DE PICA.

Julio, 10 de 1879.

Benemérito señor coronel:

Cumpliendo con la última parte de las instrucciones del estado mayor de la quinta división, di cuenta con fecha 23 de marzo último sobre el itinerario que el ejército podía hacer contra el enemigo caso de verificar la marcha por tierra desde Iquique, ruta de la Noria, Canchones, Ramadas, Lagunillas y Quillagua, siendo indispensable aglomerar con anticipación forraje y combustible necesario intermedio estos últimos lugares por ser doble la distancia para la infantería.

En obediencia a la circular de U.S. de 16 del mes próximo pasado debo manifestarle que en mi concepto Atacama, Calama, Miscante y el Toco son puntos en los que puede desplegarse nuestro ejército reforzando preventivamente la división del señor general Campero, quien sostendrá el primero de estos lugares atendiendo la inmediación a la Argentina, y tras la cordillera, la provincia de Salta de donde se proveerán toda clase de víveres así como mulas y caballos.

Después de la toma de Calama en el plan de ataque sobre Caracoles, las fuerzas que hayan de cruzar por la Carretera de Tocopilla deben hacer marchas forzadas y apoderarse a toda costa del Pique "La Victoria" porque contiene agua abundante, que es la vida del ejército en semejantes desiertos, escasos de todo elemento; lo mismo corresponde a las que deben marchar por Limón Verde que en todo caso es de vital importancia.

El Toco sería centro de las fuerzas que custodiarían nuestro flanco desde Quillagua.

Antes de posesionar al ejército aliado en tal terreno, es necesario reforzar desde Huanillos todas las caletas de nuestro valioso litoral, a fin de competir e impedir nos franquee el enemigo, pues sería probable que, valido de nuestra carencia de armada, evadiera parte considerable de sus fuerzas para maniobrar en ataque a las nuestras interceptándolas en detal; con una parte de nuestra reserva se haría buena defensa.

Antes de concluir debo a U.S. las más distinguidas consideraciones de respeto como su leal subalterno.

Dios guarde a U. S. - B. S.

Tomás C. de la Barca.

Benemérito señor coronel jefe de estado mayor general del ejército del sur.

IV.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LOS PREPARATIVOS PARA RECIBIR LA QUINTA
DIVISIÓN EN TARAPACÁ EN AGOSTO DE 1879.

I.

JEFATURA SUPERIOR DE LAS FUERZAS DE AVANZADA.

Huatacondo, agosto 16 de 1879.

Señor:

Ayer llegaron los señores mayores Izquierdo y Barbosa, conduciendo el primero como cien cargas de víveres y forrajes, y el segundo con el nombramiento de receptor de los correos militares que deben poner en comunicación a ese estado mayor general con el señor general Campero.

Hoy se ha enviado ya un expreso al encuentro de dicho señor general con una nota que ha traído el señor Barbosa, a pesar que aun se ignora el lugar en que se encuentra al presente la quinta división del ejército de Bolivia.

Hasta hoy ninguna noticia se tiene del comandante Eugenio Patiño, a quien mandé de extraordinario el 6 en la madrugada, con las notas que yo traje. Muy sensible sería que este valiente jefe haya caído en las garras de los enemigos.

Debo advertir a U.S. que este pueblo ha quedado reducido a escombros con motivo del terremoto del 9 de mayo y que apenas si hay cuatro o seis malas casuchas. Las demás son carpas miserables, hechas con las maderas destrozadas por las murallas que cayeron, y algunos trapos. De suerte que no habrá donde alojar ni a los jefes de los cuerpos que venían con el señor Campero. Los pequeños lugares que pueden destinarse para cuarteles están repletos de piedras caídas de los cerros de esta estrechísima quebrada.

Me permitiré indicar a U.S. que se podría mandar una cantidad de las carpas tomadas en el *Rimac* y alguna lona para techar las pocas habitaciones que han quedado de pié, aunque en muy mal estado, y algunas otras reedificadas que están sin techo por falta de maderas y cañas.

La descubierta que debí haber mandado a la Soledad no ha podido ir porque las bestias con que se cuenta en el lugar no son a propósito para una expedición tan lejana y una llanura tan dilatada y descubierta dominada por el bosque en el que se abrigan partidas de chilenos perfectamente montados. Sería mandar víctimas a un sacrificio seguro y sin provecho. Por otra parte, 40 hombres de que dispongo de Franco Tiradores, por tener 4 enfermos y otros en comisión, no son bastantes para destacar piquetes dejando desguarnecida a esta quebrada, tanto más cuanto que, si consigo algunas regulares bestias de entre las que he mandado bajar de las alturas, mandaré un piquete de Franco Tiradores, a desempeñar la comisión que el señor Bernal no ha querido desempeñar. Las expediciones al bosque y a las alturas deben ser efectivamente formadas de 25 hombres por lo menos y bien montados, si se quiere obtener un buen resultado.

Otra indicación señor coronel, y pido a U.S. mil perdones si me extiendo demasiado en mis notas: lo creo preciso para el buen desempeño de la comisión que se me ha confiado, y no me parece demás que abunden los informes para el mejor conocimiento de ese estado mayor general de todos los inconvenientes y necesidades que puedan salvarse para el mejor servicio en este importantísimo punto en la actualidad.

La columna "Huáscar" esta compuesta de hombres de todas edades, algunos demasiado ancianos, todos con familia, poco desahogados y que tienen que trabajar para vivir: esta es la época de siembras y no pueden dejar de hacerlas, la mayor parte de la

columna se compone de bolivianos emigrados que no tienen ni pan ni hogar y con necesidades más apremiantes, razón por la que están emigrando en busca del sustento necesario. No se puede, pues, obligar a todos estos hombres a prestar servicios que les perjudican sin retribución ninguna y sin embargo sirven y sirven con servicios múltiples, con sus escuálidas bestias y en comisiones, guardias avanzadas y de prevención, ejercicios doctrinales, propiazgos, limpieza de armas y de escombros; y todo sin un centavo de retribución. Esto es duro, señor, y yo no me atrevo a exigir que vayan de propios a largas distancias de balde sino en caso de extrema necesidad y dándoles algunos víveres y algunos reales para sus gastos. Justo sería pagarles o un sueldo, o mandar el aumento de fuerzas retribuidas de que hablo en uno de mis anteriores oficios.

El señor Barbosa exige también ración de corderos, etc., que me parece justo darle.

La carne está escaseando y en las inmediaciones no habría que contar sino con muy pequeña cantidad de cabezas que no alcanzará para racionar a la 5ª división ni dos días. El ganado esté sumamente flaco.

El charqui y arroz, como lo he manifestado ya, se me concluye; el lugar es completamente escaso de todo y carísimo. Falta en absoluto azúcar, café, té y tabaco; el pan cuando se hace, vale dos reales cada uno, y pesa cuatro onzas escasas. Vela, papel, tinta, lacre y demás artículos carísimos y no los hay. El sencillo y cobre completamente escaso. En fin, señor coronel, este es un país infeliz en donde no vive la gente sino con maíz.

Ninguna novedad hasta este momento. Las anunciadas partidas chilenas no han asomado aun; prueba evidente de que era una alarma maliciosa que proclamaban los argentinos y Ocampo.

Olvidé hacer notar a U. S. en mi oficio por el que doy cuenta a ese estado mayor general del incidente de los espías, que los argentinos tenían un talego con 200 soles en dinero que lo arrojaron al suelo con arrogancia al tiempo de examinar sus monturas, revólveres, y magníficas monturas con chapa y adornos de plata. Cosa bien extraña en prisioneros tomados por los chilenos. Ocampo es el que escribe al mayor Estrada avisándole que vienen las partidas de cien chilenos sobre este punto; y es hermano del que ha marchado preso a Iquique, lo que prueba que hubo acuerdo para dar esta alarmante noticia.

Dios guarde a U.S. Sr. C. G. de E. M. G.

Julio S. Carrillo.

A su señoría el benemérito señor coronel jefe de estado mayor jefe del ejército del sur.

II.

SUBPREFECTURA DE LIPEZ.

San Cristóbal, agosto 7 de 1879.

Señor:

He recibido orden del subprefecto y comandante general de Potosí para establecer un correo a Huatacondo a fin de que la autoridad peruana de aquel punto mande las comunicaciones donde corresponda: lo que tengo a bien participar a U.S. para que dirija todas las comunicaciones que quiera por esa vía a la quinta división que se halla en Cotagaita y a todas las autoridades del sur.

Los chilenos están en Canchas Blancas en número de 35 a las órdenes de un Román (Ramón) Varas; tienen orden de pasar hasta Huanchaca; han tomado una remesa de 35 cabezas ganado vacuno y es probable que hasta la fecha hayan tomado otras más. La quinta división no viene a pesar de los frecuentes avisos que se le han dado al comandante general de ella de las operaciones del enemigo desde que se le vio en Ascotan hasta ahora que esta en Canchas Blancas; talvez llegue la vanguardia de un momento a otro para evitar que quemem postas a su regreso y que lleven 17 carretas que hay en la Palma.

Del 6 al y del pasado desembarcaron de diez a doce mil chilenos en Tocopilla, con 500 mulas, 300 carretas, mucho forraje, víveres y pertrechos. Entre Atacama, Calama y Chiuchiu tomaron 500 bestias entre mulas y caballos y las mandaron a Tocopilla, lo mismo que los toneles para poner agua que había en Caracoles. Todo esto sucedió hasta el 14 del pasado, día en que vino un individuo de Chiuchiu el mismo que asegura ser todo efectivo. Desde entonces nada sabemos porque algunos propios que he hecho a Chiuchiu no han podido entrar por la mucha vigilancia de los enemigos.

Dios guarde a U.S.

Onofre Aramayo.

Al señor comandante general de la división del ejército de Bolivia.

V.

COMISIÓN DADA AL COMANDANTE DEL MONTE DE LA SOLEDAD
EN SEPTIEMBRE DE 1879.

INSTRUCCIONES QUE DEBE CUMPLIR EL SARGENTO IZQUIERDO,
COMANDANTE MILITAR DE QUILLAGUA, EN EL DESEMPEÑO DE LA
COMISIÓN QUE SE LE CONFÍA.

1^a. Se constituirá en el cantón de la Noria y se hará cargo de los veinte nacionales montados que allí existen de los cuales enviará dos con los burros y leñadores que allí se han preparado con ese objeto para el acarreo de leña del monte de la Soledad a la oficina de Cuyanos.

2^a. Recibirá del señor coronel comandante general de la división vanguardia, un quintal y diez y ocho libras arroz, un quintal galletas, sesenta y tres libras manteca y raciones de carne para quince días para los leñadores

Iquique, septiembre 29 de 1879.

Belisario Suarez

CAPÍTULO XVIII.

LAS ESCARAMUZAS DEL DESIERTO.

(CANCHAS BLANCAS.- MONTE DE LA SOLEDAD.- RIO GRANDE)

La actividad de los peruanos en el desierto en contraste con la apatía glacial de los chilenos. El comandante Soto es nombrado gobernador militar de Calama. Buena elección de este jefe y sus apropiados antecedentes. Resuelve expedicionar en el corazón del invierno al interior de Bolivia para interceptar la provisión de ganados de la provincia de Salta a Tarapacá. Se sitúa en la posta de Acostan y manda 15 cazadores al mando del teniente Varas a Canchas Blancas, y ocho cazadores a Cana. Felices resultados de estas operaciones. El comandante Soto desde la posta de Ascotan organiza pomposamente el desierto, destituye a Daza, legisla sobre tributos y envía intimaciones a Campero, de potencia a potencia. Pérdidas que experimentan las pequeñas columnas chilenas, y como el sargento Gómez de cazadores describe el desierto y sus horrores con el estilo de Bernal Díaz del Castillo. Apreciaciones sobre el resultado de estas entradas al desierto. Un grupo de chilenos se dirige desde Tocopilla a la Noria con buen éxito. “Los salteadores de Huanchaca”. Ardides del gobernador de Calama para inquietar los campamentos de Tarapacá. Los hermanos Ocampo y el comandante militar de Huatacondo. Alarmas consecutivas del coronel Suarez y sus medidas y notas de apremio. Se decide a ir en persona a recorrer las líneas del Loa, e intenta sorprender el destacamento chileno de Quillagua al amanecer del 10 de octubre. Siéntelo el alférez Amor y lo persigue hasta el monte de la Soledad. Telegrama de Suarez dando cuenta de su expedición al director de la guerra y pidiéndole refuerzos para ocupar aquella posición. Se organiza la “División Exploradora” al mando del coronel Mori-Ortiz. Antecedentes de este jefe y su extraordinaria golosina de medicamentos. Es desobedecido en el Monte de la Soledad por los jefes de la “División Exploradora”, a causa de su ineptitud. Aparece una montonera en la vecindad de San Pedro de Atacama, la denuncia el chileno Vilches y la dispersa con extraordinario denuedo el subdelegado don Ignacio Toro matando al caudillo Ayo y doce bolivianos. El alférez Ríos. El teniente Varas opera por el noroeste y toma dos remesas de ganado en el camino del Huasco. Heroico y desigual combate de San Pedro. Segunda excursión del comandante Soto en octubre de 1879. Resultados prácticos de estas escaramuzas del desierto e indicaciones de las operaciones en grande de la guerra.

“De Quillagua a Toco, punto hoy ocupado por una fuerza enemiga, hay ocho leguas; de manera que para llegar allí habría que atravesar una jornada de 24 leguas al través del frío que entume en la noche, y en el día bajo los ardientes rayos de un sol abrasador”.

(Parte del coronel Rivera sobre su expedición a Huatacondo, Iquique, junio 20 de 1879).

I.

Mientras los peruanos, convertidos en ardillas, se movían por todos los senderos del desierto, sin resignarse a la inacción que les imponía la impotencia y la geografía, los chilenos trocados en marmotas, engordaban o hacían ejercicio por batallones en el campamentos de Antofagasta. En la medianía de julio se había rezado devotamente en la iglesia parroquial de esa ciudad la novena de Nuestra Señora del Carmen, patrona de las armas de Chile. ¿Y que más necesitarían éstas para vencer?

Se dejaba el resto al *Huáscar* y a sus insolentes correrías.

II.

Por fortuna, o por acaso, se había nombrado, en los primeros días de aquel mismo mes de las novenas, gobernador militar de Calama a un hombre que no entendía la guerra de esa manera, al sargento mayor don José María Soto. Hijo éste de Hualqui, aldea pintoresca del Biobio, antiguo capitán del 4º de línea, y por lo mismo soldado de la escuela del coronel Lagos, a quien fue adicto en ese cuerpo; avezado a los ardides como antiguo comandante de policía de Copiapó, y provisto de los recursos de una retórica militar de gran efecto, se le ocurrió emprender una excursión por el desierto, sea a virtud de órdenes recibidas del cuartel general, o sea como resultado de su propia inquieta actividad, lo que parece más probable.

Acompañado de 25 cazadores y otros tantos voluntarios que había agregado el animoso paisano de Copiapó don Ramón Varas, amigo personal del comandante de Calama, emprendió éste su atrevida marcha de reconocimiento hacia el interior de Bolivia, proponiéndose atravesar su frígida cordillera en el corazón del invierno. Era el 15 de julio.

III.

La cordillera transversal de Bolivia que une en esa zona la rama de la costa con los Andes centrales, con rumbo del naciente al ocaso, no tiene los áspero y abruptos caracteres de los últimos. Es una serie de lomas más o menos agrias, con corto declive, que rara vez pasa de cuatro por ciento, y de tan blanda geología que ha sido fácil a la compañía minera de Huanchaca labrar en toda su extensión un camino carretero, hoy en uso y de cerca de cien leguas de extensión. Esta cómoda carretera va serpenteando por las orillas del Loa hasta Chiuchiu y Santa Bárbara, dos aldeas de arrieros esparcidas a

manera de postas en un trayecto de veinte leguas chilenas. Desde el último paraje, la vía comienza a ascender un poco más atrevidamente algunas cerrilladas que culminan en frías mesetas y hondonadas. En el fondo de una de éstas yace, al reparo de un hilo de agua, la miserable posta de Ascotan, y más arriba, en la cumbre de las lomas que asemejan cerros achatados, se encuentra el paraje de Tapaquilcha a 14 mil pies de altura sobre el mar. Allí comienza el descenso hacia Viscachilla y Canchas Blancas, situada esta última en el fondo de una llanura que es la orla oriental de la altiplanicie de Bolivia, sesenta leguas al oriente de Calama. Se divisan desde ese paraje en remota lontananza las azuladas crestas de los Andes centrales en cuyos picos y gargantas fueron Potosí y Porco, Portugaleta y Lipez. Allí está hoy también Huanchaca que es rico desmonte de esas riquísimas sierras.

En Canchas Blancas (llamada también la Palma), hay un lugarejo de indios y de arrieros y allí figuran los caminos de montaña que conducen a Oruro hacia el nordeste y a Potosí hacia el sudeste. Es por lo tanto una posición estratégica importante.

IV.

La posición de Canchas Blancas era por consiguiente de suma valía para los chilenos, porque se dominaba, por una parte, desde ese paraje los más ricos ingenios metalíferos de Bolivia, fuente de recursos para su gobierno; y por la otra, era fácil interceptar los arreos de ganado de Salta, que, como antes dijimos, habían tomado esa dirección, desde que nuestros destacamentos cerraron por el lado de la costa los portillos traficados de San Pedro de Atacama y de Calama.

El itinerario de los ganados era ahora por la altiplanicie hasta la cordillera de la costa, atravesando ésta por Cana, Tamentica, Huatacondo y Pica, y cruzando por la solitaria laguna y boquete de Huasco, desfiladero obligado, donde en medio de los páramos, hay un rancho de piedra para refugio de los viajeros y de los arreadores.

V.

Detenido en su varonil empresa el gobernador Soto en la desamparada posta de Ascotan, al lado occidental de la cordillera, por impensada enfermedad no se desanimó por esto, y al contrario, dividiendo su pequeña expedición en dos grupos, envió a su teniente Varas con 15 cazadores hasta Canchas Blancas y 8 cazadores con algunos paisanos y un guía hacia las quebradas de Tamentica y Huatacondo, por la vía de Cana y de Huasco, para

cruzar en esa dirección las remesas de ganado, que salvando la meseta de Canchas Blancas, comenzaban a recibir los peruanos en Iquique. El gobernador se reservó solo dos cazadores para su custodia.

Duró esa atrevida excursión un largo mes y dio por resultado la captura de un importante arreo de ganados compuesto de 53 toros salteños en Canchas Blancas sin contar 189 mulas tomadas en Chiuchiu en su tránsito de Tarapacá a Salta para ser puestas en cobro. La partida de Varas asoló además todas las postas, batió varios grupos de indios alzados, destrozó una docena de carretas, quemó mil quintales de leña acopiados en diversos parajes como recursos de guerra dispuestos para la división Campero y trajo algunos centenares de llamas y carneros. De igual manera regresaba a Ascotan la partida despachada a Cana arreando 70 mulas y 42 asnos de carguío.

Todas las pérdidas de las dos cuadrillas exploradoras habían consistido en un muerto, por cinco del enemigo, y ocho hombres temporalmente inhabilitados por la puna en el intenso hielo de aquellas lóbregas noches sin descanso y de aquellos días de continua marcha sin sol entre las nieves.

“Querida familia escribía a la suya, a guisa de patriarca antiguo, el sargento de cazadores a caballo José del Rosario Gómez que allí andaba: tengo el grandísimo gusto de darle a saber mis grandes comisiones que he hecho con la mayor parte de la compañía que fue la primera a Santa Barbara. Un mes dos días de camino y a Ascotar, que fue la más triste comisión, que en la marcha de noche no avida valor para tomar las riendas de ese gran furioso frío de esa gran nieve que los acechaba por las barbas, que teníamos curiosidad de sacarnos los gruesos doblones de nieve de las barbas....Y por esos desiertos despoblados en que la imaginación del hombre se sumerge por entero a contemplar los destrozos que es el mirar y observar las grandes montañas de piedra en cuyas faldas se ve *olear* la puna, el mal más completo que sería por esos lugares donde habita el demonio, donde ni pasan pájaros ni ninguna clase de animales ni reptiles”. (Estos párrafos, que recuerdan por su simplicidad las páginas de Bernal Díaz y de los antiguos conquistadores de la América, son sacados de las cartas del sargento Gómez a su hija “la señorita Juana Rosa Gómez”, lavandera de Santiago, y datada en Calama el 13 de agosto y en Antofagasta el 2 de noviembre, día del desembarco en Pisagua. El pintoresco Gómez, que era ya anciano, murió de muerte natural en este último paraje, después de haber sobrevivido a las penalidades del desierto y talvez a consecuencia de ellas.)

VI.

Desde su choza de Ascotan el ingenioso gobernador de Calama, comenzó a gobernar en el desierto a su manera, acordándose probablemente de Sancho y

de su ínsula. Legisló, decretó, organizó, destituyó a Daza y sus prefectos, abolió las contribuciones de los incas y de los corregidores, y por último intimó rendición al mismo general de Cotagaita, enviándole pomposa nota, de potencia a potencia, con uno de sus prisioneros, tratándole con familiar insinuación de “buen general”, todo lo cual valía ciertamente ciento por uno más que la grave y silenciosa atonía del gobierno y del cuartel general. “Por otra parte, escribía el comandante Soto, dando cuenta de sus empresas al general en jefe a su regreso, desde Chiuchiu, agosto 17, por otra parte, la *admiración*, el *temor* y el *espanto* que nuestras avanzadas y exploraciones han causado en el ánimo de nuestros enemigos de este y el otro lado de los Andes, ha sido tanto más grande cuanto que, consideraban como imposibles nuestras exploraciones hasta los lugares en que han llegado, y es así que el tono levantado y aun altanero que se principiaba a notar con motivo de la toma del *Rimac*, ha declinado a un nivel algo más bajo que lo que esperaba.

“Bajo este punto de vista quedan pues, señor general, bien *arreglados* por estos lugares nuestros francos y encubiertos enemigos”. (Entre los anexos de este capítulo figuran los diversos bandos, decretos, leyes, etc. que promulgó durante su excursión el comandante Soto.

Entretanto y juzgando con alguna severidad pero con exactitud los resultados de la expedición del comandante, he aquí como se expresaba una carta escrita en Antofagasta a fines de septiembre de 1879 y que hemos visto inédita:

“Las correrías de Soto fueron infructuosas y a costa de los pobres indios bolivianos a los que les quitaban sus llamas y hasta los palos de sus ranchos para venderlos, costando más la expedición que sus resultados. Quitaron 180 mulas a la casa de Hick Klach y C^a. Las mandaba a la República Argentina y ahora reclaman 80 pesos por cada una que se les van a pagar. Sin embargo es tan *útil moverse en la guerra* que todo aquello debía darse por compensado”.

Otra correspondencia publicada en *El Ferrocarril* en es misma época, dando cuenta de una entrada hecha por un grueso grupo de chilenos por Tocopilla, decía lo que sigue, que es exacto:

“Una prueba de lo que podría hacerse con excursiones militares como las que dejamos indicadas, es el resultado obtenido por algunos exploradores que han podido, hace muy pocos días, llegar hasta corta distancia del campamento peruano en la Noria.

Entraron por Tocopilla, pasando el Toco y Quillagua, y se acercaron, sin embarazo alguno, como hasta cuatro leguas de la Noria. En su corrida visitaron algunos establecimientos de salitres, hoy absolutamente paralizados y adquirieron la certeza de que los enemigos tienen, en aquel lugar, un campamento fortificado, aprovechando para ello el dédalo de zanjas y de murallas de caliche que constituye la explotación de calicheras. Los expedicionarios han traído de su marcha por aquellas localidades, algunas mulas pertenecientes al enemigo, y la profunda convicción de que es muy difícil, casi imposible, que un ejército numeroso las atravesase para llenar a combatir con fuerzas que lo esperen”.

Por último, he aquí otro dato peruano sobre las operaciones parciales de los chilenos hacia el interior, refiriendo los aprestos de una cruzada sobre Huanchaca que no tuvo lugar, ignoramos por que motivo. Es una carta escrita groseramente por un espía peruano en

Antofagasta con fecha 10 de septiembre, con la firma de Hugo Fenecquel y publicada en *El Comercio de Lima* del 19 de ese mes:

“En prueba de ello, se ha organizado últimamente una expedición destinada a obrar sobre el desierto, cuya misión, autorizada por el general en jefe, es apoderarse de todo lo que encuentre, sea peruano, boliviano, argentino, chino o japonés “sin Dios ni ley, sin respetar edad, sexo, ni condición” como ellos mismos lo proclaman con cínico alarde. ¡Y cuidado que la calidad y fama de los 50 que componen esa expedición no infunden duda alguna acerca de la *religiosidad* con que cumplirán su programa de violación, devastación y pillaje; pues para muestra me basta citar a los principales miembros, que son: Marcos Letham, Manuel Rodríguez, Luis Villegas, Tirapegui (alias el mono), Félix Garmendía (el manco), Darío Vega, Juan Luis Rojas, y otros del mismo jaez cuyos nombres han cedido el campo a los apodos, como el *Tres dedos*, *el Futre*, el hijo de la *Cotuda*, etc., etc., todos hombres de fama y celebridad adquiridas a costa de la tranquilidad y del sosiego de la sociedad chilena, que está ya familiarizada con los espectáculos más sangrientos y con los crímenes más atroces, merced a su diaria repetición entre los chilenos”.)

VII.

Y sin embargo es tal en la guerra la eficacia de todo movimiento como contraposición y correctivo de la parálisis, equivalente a la muerte, que bastó la aparición de aquellos diminutos grupos, verdaderas sombras del desierto, y la suelta palabrería vertida en la tinta de sus curiosas intimaciones a Campero, para poner en mayor azoramiento y perturbación a los dos campos de los aliados, esto es, el que éstos tenían en Santiago de Cotagaita, hacia la extremidad meridional de Bolivia y en sus cantones de Tacna y Tarapacá, hacia la extremidad sur del Perú. Fueron en efecto esos microscópicos movimientos estratégicos los que precipitaron el envío de la vanguardia de la 5ª división a San Cristóbal de Lipez, según vimos, y los que provocaron todas las operaciones emprendidas por el coronel Suarez y sus segundos Rivera, Carrillo, Martínez y otros jefes hacia Huatacondo, según en el lugar respectivo queda consignado.

VIII.

Por otra parte, el activo e inteligente gobernador de Calama ocurría no solo a la diligencia de la fuerza sino a las artimañas de la guerra para desorientar y perturbar al enemigo. La experiencia acreditada de jefe de policía en lugar de tantas astucias como la provincia de Atacama, le servía admirablemente para el caso.

Veamos como.

IX.

Residía en Calama un argentino llamado Hilario Ocampos, que tenía un hermano arriero de ganados; y un buen día se presentó este último, cuando el comandante Soto se hallaba todavía en Ascotan, enfermo y custodiado por solo dos cazadores, al comandante militar del distrito de Huatacondo, con la siguiente misiva que era evidentemente un espediente fingido:

Calama, agosto 5 de 1879.

Señor Claudio Estrada.

Muy señor mío:

Por la presente avisaré a Ud. que se marchan para ese pueblo 100 chilenos a entrar, por la parte de arriba. Oy an sacado de acá un baquiano para que los *yndilgue* ase pueblo.

En Santa Bárbara se halla la fuerza que va a marchar para allá ban mui vien armados;

Más ban porlaparte de Quillagua otros 100 hombres; le pongo en conosimiento de Uds estos paraque no los encuentren de sorpresa,

El portador dela presente es mi ermano quien vasolo con este objeto aqui en se lo recomiendo, y mepongoa las órdenes de Ud enloque se ofrescaporestos puntos

nosoi mas quesu afmo Attº i SS

Hilario Ocampos”

X.

Ahora bien. Fue sobrada trama este papel urdido para que el coronel Suarez perdiera por algunos días la cabeza, juzgando flanqueadas sus posiciones avanzadas de la pampa por aquellos supuestos movimientos, y en consecuencia impartió al jefe de la guarnición de Huatacondo las órdenes apremiantes que constan de la siguiente comunicación:

ESTADO MAYOR GENERAL.

Iquique, agosto 14 de 1879.

“En la fecha he recibido oficio del comandante Sánchez Carrillo, con el que acompaña los documentos que acreditan la invasión de partidas chilenas hasta la Palma y Canchas Blancas y el próximo ataque convenido sobre Huatacondo por fuerzas desprendidas de Calama y Quillagua. Suponiéndolo pues ya a U.S. en posesión de los puntos importantes de Huatacondo, con la fuerza de su mando reunida, con las que componen la guarnición de ese lugar creo que no permitirá que los enemigos permanezcan tranquilos en esos lugares, sino que por el contrario los rechazará poniéndolos en derrota, haciéndolos fugar o tomarlos prisioneros, si es posible.

Con igual propósito he ordenado que 40 hombres montados del regimiento Guías marchen inmediatamente a ponerse bajo las órdenes de U. S.

No cabe duda de que U.S. con mejores datos recogidos en esa localidad sobre los planes del enemigo, los cruzará irremisiblemente, evitando del modo más eficaz que no sea tomada remesa alguna de ganado, como ya ha sucedido, siendo esto de la mayor gravedad para el ejército aliado. U.S. que se encuentra situado a la vanguardia del ejército y en el punto más avanzado y estratégico, no dudo de que penetrándose de la importancia de su misión sabrá colocarse a la altura que lo llama el rango de su alta clase militar.

Próximamente llegarán todos los auxilios necesarios para que la tropa no carezca de los auxilios precisos, cuidando U.S. de colocarla en buenas posiciones para que se encuentre garantido el ganado a fin de que no falte este alimento indispensable para la vida del soldado.

Dios guarde a U.S.

Belisario Suarez.

XI.

A éstas, dictadas en el cuartel general, se sucedieron las siguientes disposiciones locales que acusan viva alarma de parte de los peruanos, ya traicionada en los documentos que dejamos copiados en los anexos del capítulo anterior:

COMANDANCIA DE LAS FUERZAS DE HUATACONDO Y DE FRANCO TIRADORES DE BOLIVIA.

Agosto, 11 de 1879.

Señor:

“Serán parte de las instrucciones del señor mayor Fermín Bernal las siguientes:

Deberá reducir a prisión y remitir a este punto, bajo seguridad, al teniente gobernador de Queguita Celestino Chavez y a Domingo Bautista por haber auxiliado y cedido a las instigaciones de los enemigos chilenos.

Hará retirar hacia el norte el ganado expuesto a ser tomado por dichos enemigos. Remitirá a este puerto de 100 a 200 cabezas de ganado lanar destinado a la alimentación de las fuerzas de guarnición, por los justos precios que serán abonados a sus dueños.

Organizará órdenes de vigías de los guanaqueros y pastores y de los vecinos de las alturas y dará parte a esta comandancia de la división boliviana a las órdenes del general Campero, de los enemigos y de toda ocurrencia que perjudique a la seguridad del país.

Hará comprender al vecindario de Tequena que la seguridad dada a los bolivianos por lo enemigos chilenos es una red para sorprender su buena fe y sencillez para mejor robarles sus propiedades; la causa de la alianza es solidaria entre bolivianos y peruanos contra el bandidaje chileno al que no se debe dar cuartel.

Se recomienda como fin principal del destacamento el evitar toda sorpresa del enemigo que trata de robar las remesas de ganado vacuno que vienen de la Argentina al Perú.

Deberá permanecer el destacamento en las inmediaciones del tránsito del referido ganado hasta nueva orden superior o de esta comandancia.

Es copia.

Julio L. Carrillo.”

XII.

He aquí todavía como el comandante de Huatacondo mucho menos fuerte en ortografía que el gobernador de Calama en grandí elocuencia guerrera, narraba la apurada situación de los ánimos y de los conflictos con motivo de los ardides y de los movimientos del último:

COMANDANCIA MILITAR DEL DISTRITO DE

Huatacondo, agosto 12 de 1879.

Señor coronel:

“En esta fecha ha llegado un expreso que hace el sub prefecto de San Cristóbal de territorio boliviano, con una nota dirigida al señor comandante del escuadrón *Flanco tiradores*, en la que dan parte que las fuerzas chilenas han avanzado hasta la Palma en donde han tornado dos remesas de ganado vacuno, todos los carneros y llamas que se encontraban allí y por último han saqueado las habitaciones de los habitantes de ese lugar, dejándolos a la mendicidad; y aun se sabe que en Tapaquilcha hay fuerzas invasoras.

El día 10 a las cinco de la tarde tuve aviso por un individuo que se hallaba de avanzada en el estrecho, al oeste a una legua de distancia de este pueblo, que se aproximaban fuerzas chilenas, inmediatamente hice tocar llamada para que se reunieran los de mi columna a los que vi reunidos en menos de un cuarto de hora, llenos del mayor entusiasmo y del más ardiente patriotismo, anhelando cambiar sus balas con las enemigas; pero este caso no llegó, porque cuando avanzamos a la vanguardia de los Flanco tiradores, nos encontramos con fuerzas peruanas que eran del escuadrón Castilla, cuyo objeto de su venida ignoro hasta hoy, por no haber traído ninguna nota de U.S., así es que bien podía haberlas tomado como enemigas y mucho más cuando ellos no dieron aviso de su llegada, como lo hace todo militar, para evitar una alarma semejante a la presente que tuvimos que marchar atropellando todo inconveniente.

Dios guarde a U. S.

Claudio Estrada”

Al señor coronel jefe de estado mayor general.

(Por lo demás estas alarmas de la marcha de los chilenos por el desierto habían comenzado, como antes dijimos, desde los primeros días de abril. He aquí otro falso aviso de principios de junio:

COMANDANCIA MILITAR DE PICA.

Pica, junio 3 de 1879.

B. S. J.

Son las 4 hs. P.M. en que acabo de recibir un expreso del comandante militar de Huatacondo, el cual, autorizado con el papel que tengo el honor de remitir a manos de U.S. me dice: que las avanzadas del enemigo se encuentran en el sitio denominado Tambillo de Pica y Huatacondo, que a la fecha deben haber entrado en número de diez de caballería; en este momento don Nicolás Zegarra, persona formal y vecino de Huatacondo, me dice que

un individuo llamado Calisalla ha sido capturado por una de dichas avanzadas en el sitio denominado la Ramada; que en Quillahua había trescientos hombres de caballería y en Toco quinientos de infantería en marcha sobre nuestro territorio.

Lo que me es honroso poner en conocimiento de U.S. en cumplimiento de mi deber.

Dios guarde a U.S.

Tomas C. de la Barca.

Benemérito señor general en jefe del estado mayor general del ejército.)

XIII.

Inquieto y desazonado por todas aquellas alarmas que llevaban diaria perturbación a los diversos campamentos de Tarapacá, resolvió el coronel Suarez en los fines de septiembre, a ir en persona al sur con el objeto de practicar un reconocimiento sobre el Loa en la línea de Huatacondo a Quillagua y con el plan de sorprender, si era posible, la corta guarnición de jinetes que, en este último paraje, mandaba, destacado desde el Toco, el valiente oficial don Belisario Amor, cadete en 1871.

Se puso en marcha con aquel fin desde Canchones el activo y valeroso jefe de estado mayor del ejército peruano hacia el norte de la Soledad acompañado de cuarenta soldados escogidos y bien montados dejando de reserva y emboscadas en aquel paraje unos cien infantes. Y después de haberse separado cautelosamente de aquel paraje solitario en donde existe un miserable pozo salobre, cayó al amanecer del 10 de octubre sobre el campo chileno de Quillagua. Pero los cazadores chilenos, como ciertos mitos de fábula, no duermen nunca sino con un ojo, y sentidos los asaltantes por un centinelas disparó éste su carabina que fue la señal de la carga.

Torció bridas en el acto el coronel Suarez con su gente, y el destacamento chileno lo persiguió sable en mano en el espacio de 16 leguas peruanas hasta el monte de la Soledad, que fue un reparo para los fugitivos, gracias al matorral y a su reserva que se parapetó en un cerro. Atrincherados en su cresta, retaban a los valientes cazadores con el grito acostumbrado de *chilenos ladrones*.

Entretanto el coronel Suarez que llegaba a Canchones fatigadísimo y desecho el 12 de octubre para recibir la fatal nueva de la rendición del *Huáscar*, daba cuenta por el telégrafo al general Prado ese propio día del éxito de su expedición en los términos siguientes que acusan un verdadero desaliento:

SUAREZ A S.E. EL GENERAL PRADO.

Arica.

“Acabo de desmontar en esta oficina, y la negra noticia me ha desilusionado de lo que me prometía con mi expedición. Reconocí Quillagua por la margen del río en una extensión de 2 leguas hasta tropezar con el centinela del campamento enemigo, que no se le ha traído por la torpeza de un soldado que al darle el alto, disparó y dio la alarma a todas las fuerzas que traté de sorprender. Queda explorándose también el Monte de la Soledad.

Tuve que librar varios combates; al retirarme, me dieron alcance a medio camino entre Quillagua y Monte de la Soledad. Preferí aceptarlo haciendo encadenar los caballos en una loma y desplegando mi tropa a pie; iniciado el combate, principiaron a retirarse los enemigos hasta fuera del alcance de nuestras armas. Entonces hice que montaran nuevamente y saliesen a la pampa; les toqué generala y avanzamos corto espacio para no cansar nuestros caballos: les llegó un refuerzo montado, y ni aun así quisieron aceptar combate, sin duda temerosos de que pudiéramos tener refuerzo en la Soledad. Al llegar a este punto encontramos el monte plagado de partidas tituladas exploradoras del desierto, nos atacaron al penetrar al monte, las cercamos después de cambiar muchos tiros de los que resultaron 2 muertos 1 herido chilenos, sin ninguna desgracia por nuestra parte: tomados 10 sables y 9 mulas. Mi fuerza ha sido 32 húsares.

La expedición chilena al Monte de la Soledad es un hecho, por lo que es de absoluta necesidad mandar sin pérdida de un instante la columna Pasco, Franco tiradores y escuadrón Castilla para que no se pierda esta importante posesión; necesito su orden. Por esta mando a Huatacondo 50 o 100 nacionales de Pica; si se pierde la Soledad tenemos perdidas las salitreras más ricas donde están Lagunas, Alianza y otros, saqueado Huatacondo para ser tomado cuando lo quieran y las huaneras cuya distancia no excede por ambos cuerpos de 14 a 15 leguas. Deben venir 2 ingenieros por lo pronto, Tamayo que está en Arequipa para el trabajo de pozos, que es operación fácil. Estoy muy cansado. De oficio y por cartas daré mejores datos.”

XIV.

En virtud de las alarmas manifestadas en el telegrama que precede, se envió una verdadera división compuesta del 3° de Lima, la columna Ayacucho y los voluntarios de Pasco con el título de *Exploradora*, al Monte de la Soledad, refugio y avanzada de los atrevidos jinetes chilenos del Loa, y

se confió el mando de esta fuerza al coronel don Manuel Mori y Ortiz, comandante de los voluntarios de Pasco. Tenía este jefe, fuertemente recomendado al coronel Suarez por el coronel Inclan, cierta notoriedad a causa de haber sido herido por un proyectil perdido del *Huáscar* en el combate marítimo y terrestre que el monitor sostuvo frente a Pacocha con el *Shah*, en mayo de 1877, y aunque después de la jornada de San Francisco, a que concurrió, fue infamado por un decreto del dictador Piérola, a título de cobarde, habría sido talvez más acertado castigarlo a título de glotón, porque de ciertos documentos que hemos visto originales, resulta que en médico y en medicinas, gastó aquel jefe en nueve días de curación de su herida 2.579 soles y dos centavos. (Esta cuenta fue cobrada en la aduana de Pisagua y pagada por esa administración en virtud de orden del gobierno del general Prado. Se descompone de la siguiente manera que es ilustrativa del régimen de aquel desgraciado país. Cuenta del Dr. Izarnótegui por *servicios profesionales* 2.000 soles! Por medicinas de la botica Berhtaoglieti, 98 soles 60 centavos. Entre estos remedios figura la belladona, los polvos de Sedlitz, cáusticos, parches porosos, unguento blanco, jeringas, morfina, linaza, tela emplástica, pastillas de naffé, quininium Labarraque, padre Kermes, bismuto, goma arábica, cascarilla, agua de azahar, agua sedativa, borraja, flor de violeta, éter, anacahuita y todas las aguas, faltando solo la de Lourdes; consumido todo del 28 de mayo al 7 de junio, y 9 pesos 27 centavos más gastados del 7 al 9 de junio, esto es, 5 pesos de drogas por día. ¿Con todo esto no merecía ser dado de baja?)

XV.

Mala ventura corrió la *División Exploradora* en el Pozo de la Soledad, porque el 22 de octubre dio parte el coronel Mori que el comandante de la columna Ayacucho, Roselló, y el comandante del 3º, don Pedro José Zabala, le negaban la obediencia por “incompetente”. En su marcha al sur el desgraciado coronel avisaba sin embargo al Estado Mayor desde San Pablo, que adiestraba su tropa al tiro al blanco y para atestiguarlo enviaba a Iquique 640 *cápsulas vacías*, solicitando en cambio un tambor de coca y algunos tejos de llipta, que es el condimento alcalino que sazona aquella agria hoja en el Perú como en el Indostan.

Con tal jefe, la desmoralización cundió rápidamente en el campo del Desierto, y según los documentos que publicamos en los anexos, el grueso de la división dio la vuelta a Iquique a fines de octubre. Era ya tiempo porque se acercaba el desenlace de Pisagua y San Francisco. (El documento a que aludimos tiene fecha de 20 de octubre. Según otra comunicación firmada por un tal Tejeda en Huatacondo el 25 de octubre, se despachó ese día una partida de 25 rifleros de exploración hacia el Loa al cargo del teniente coronel don Eleodoro Mier. “Esta partida, decía Tejeda, aunque no consiga alguno de los encargos, manifestará a los *salteadores de Chile* que no

pueden impunemente cometer los más atroces delitos ante los indígenas indefensos”. Esa partida debía llegar hasta el río *Miño*.)

XVI.

Mientras estas escaramuzas tenían lugar en la margen derecha del Loa, ocurrir hacia el sur el primer encuentro de alguna importancia en los preliminares de la guerra después de Calama.

Algunos de los derrotados de este hecho de armas se habían esparcido por los caminos vecinos de Río Grande, Machuca y otros lugarejos que rodean la posición céntrica de San Pedro de Atacama, ocupada también por nuestras armas, y enseguida se habían agavillado hasta el número de cuarenta para merodear en los caminos bajo el mando de dos caudillejos llamados Ayo y Gómez. En una de sus excursiones en torno a San Pedro hicieron éstos prisionero el 6 de septiembre al arriador chileno Francisco Vilches, y aunque intentaron fusilarlo, logró éste escaparse por los ruegos de una mujer: que ésta hasta en miserable choza del desierto tiene poder sobre el hombre embravecido.

XVII.

Dio en el acto aviso el prófugo al alentado sub delegado de San Pedro don Ignacio Toro, digno de su nombre. Y acompañado éste por el valiente alférez de cazadores don José Miguel de los Ríos, salió con su destacamento de veinte y cinco hombres en demanda de los montoneros.

Tenía esto lugar en la tarde del 9 de septiembre.

XVIII.

Al amanecer del día 10 llegaba la pequeña columna al pie de una áspera cuesta en la quebrada de Río Grande, y en su cima se habían ocultado los bolivianos entre enormes rocas.

Marchaba a la descubierta el alférez Ríos cuando rompieron aquellos un nutrido fuego sobre su gente, descargando al mismo tiempo en la pendiente subida tal lluvia de galgas, que el sub delegado en su parte oficial la denominó “aluvión de peñascos”. Asustaron éstos con su horrísono ruido los caballos de los cazadores, muchos de éstos fueron arrojados a tierra y otros maltratados por las galgas. Pero dando el grito *¡Viva Chile!* que es el *¡Santiago y a ellos!* de otros tiempos, se lanzaron a la cima los jinetes desmontados donde mataron a trece de los acometedores incluso al capitanejo Ayo. El sub delegado Toro

tuvo cinco heridos en el ataque, uno de ellos de gravedad, sin contar un rasmillón de bala que sacó en las sienes el intrépido alférez Ríos.

Ese mismo día, y escarmentada la primera montonera, el sub delegado de Atacama volvió a su pueblo con sus trofeos, dejando quieta esa parte de nuestras fronteras con el enemigo. Entre aquellos figuraban 200 corderos 160 cabras y los inevitables burros, éstos en número de veinte.

XIX.

El 15 de agosto tuvo también lugar por el rumbo de Tamentica un esforzado combate en que *tres* cazadores a caballo llamados José Antonio Nuñez, Cantalicio Hernandez y Tomás Olguin, al mando del valentísimo cabo Pedro Hernandez Trisano, atacaron como leones el pueblecito de San Pedro en el desierto, derrotando a *cuarenta* bolivianos, uno contra diez, que la defendían con buenas armas. Los terribles cazadores mataron cinco enemigos y tomaron entre otros artículos, la valiosa presa de sesenta cargas de charqui argentino destinado a la Noria. (Parte del capitán Zorraindo, Chiuchiu, agosto 29 de 1879.)

XX.

Verificó asimismo, por esos lados del desierto el incansable comandante Soto, después de haber sido relevado del gobierno de Calama, una atrevida excursión de ochenta leguas hacia el nordeste por donde los argentinos introducían ahora, haciendo inmenso rodeo, sus ganados. Es éste el camino llamado del *Huasco*.

Salió con este objeto el ex gobernador de Calama el 23 de octubre, y supo en el cerro del Miño que su lugarteniente, el infatigable atacameño Varas, había tomado por esos parajes un arreo de 77 toros, y más adelante otro, cerca de la aldea de San Pedro, el cual fue reconquistado por una partida de peruanos cinco veces mas numerosa que la que llevaba, mal armada de carabina y sable, el explorador chileno. Tuvo este doble encuentro lugar el 27 de octubre, resultando en él herido el valiente voluntario José Cepeda, a quien el comandante Soto, más generoso que el fisco, premió incontinenti con un toro....

Reunidos los dos capitanes chilenos el 29 de octubre se abrieron paso por entre una emboscada peruana de cincuenta rifleros que había salido a cortarles probablemente de Pica a Huatacondo, y regresaron tranquilamente con su botín a Chiuchiu y a Calama en los primeros días de noviembre y cuando ya nuestro ejército invadía por mar la provincia de Tarapacá, reducida al hambre

en gran manera por los activos e ignorados servicios de aquellos voluntarios del desierto, que durante cuatro meses, en el rigor de un crudo invierno, le cortaron sus recursos acostumbrados, sin soltar la carabina de la mano ni apearse una sola hora del lomo del caballo.

XXI.

Tal era el vasto resultado obtenido con tan cortos medios, gracias a una pequeña dosis de acción gastada en medio de la universal inmovilidad. Se paralizó así toda empresa seria de parte del enemigo, trocándose sus veleidades de acometida en guerra estrictamente defensiva. Y para esto sobraron, tres mitades de cazadores, repartidas una en Atacama, otra en Canchas Blancas y otra, que era la más gruesa, en Quillagua. Los habitantes de esos parajes se desmoralizaron por completo, y por miedo, se hicieron tributarios de los chilenos, huyendo a las más remotas soledades del castigo de los invasores y de la férula de sus tradicionales dominadores. (“Los habitantes huyen aterrados, escribía uno de los comandantes militares, de los muchos que tenía la quebrada de Huatacondo, unos a la vecina república de Bolivia, algunos de estos llevándose su ganado, y por consiguiente la pequeña agricultura de este valle está completamente abandonada”.)

De todas suertes esas expediciones, casi todas espontáneas y todas aisladas, eran manifestaciones vivas de la inquietud que trabajaba la opinión de las ciudades y de la impaciencia febril que reinaba en los campamentos por entrar en la acción pronta, rápida y en gran escala. La guerra llevaba de duración siete meses, y en ese largo transcurso de dispendio de millones y de tiempo, más precioso que el oro para una nación acostumbrada a vivir del trabajo y de las artes de la paz, las etapas del inmenso desierto habían sido señaladas únicamente por cuatro escaramuzas que llevarán en la historia los nombres de Calama y Río Grande, de Monte de la Soledad y San Pedro del Huasco.

El escenario en consecuencia iba a cambiar rápidamente. (El coronel Barbosa, que sucedió en el mando militar de Calama al gobernador Soto, hizo una tercera entrada hasta Canchas Blancas, y no encontró huella alguna del enemigo en esa dirección, regresando a Calama el 31 de octubre.)

ANEXOS AL CAPÍTULO XVIII.

I.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA EXPEDICIÓN DEL GOBERNADOR
MILITAR DE CALAMA DON JOSÉ MARÍA 2º SOTO A CANCHAS
BLANCAS EN JULIO 1º AGOSTO DE 1879.

I.

BANDOS DE BUEN GOBIERNO.

JOSÉ 2º SOTO, COMANDANTE DE ARMAS DE CALAMA.

A todos los habitantes tributarios de ultra cordillera, hace saber:

1º Que la guerra que viene a hacer a estos lugares es pura exclusivamente al despótico gobierno de Bolivia y en manera alguna a los naturales tributarios o neutrales, por quienes mi gobierno trabaja para librarlos de esa injusta contribución a que los tenía sometidos el tiránico gobierno de Daza;

2º Que respetará y amparará en lo que sea posible las personas e intereses de todos aquellos individuos que permanezcan neutrales en la presente guerra, pero que se la hará cruda y terrible a aquellos que así no lo hicieren, considerándolos en tal caso como verdaderos enemigos;

3º Y para que llegue a conocimiento de todos ordeno que se fijen en carteles las presentes disposiciones.

Vivac de Canchas Blancas.

J. M. 2º Soto.

J. M. 2º SOTO, SARGENTO MAYOR DEL EJÉRCITO, JEFE POLÍTICO Y
MILITAR DE LA PLAZA DE CALAMA.

A todos los habitantes donde el poder de sus fuerzas llegare, hace saber lo que prescriben los artículos siguientes:

Art. 1º Que las excursiones y reconocimientos que actualmente hace son pura y exclusivamente con el fin de hacer la guerra al gobierno del Perú y Bolivia y en manera alguna a los pacíficos moradores neutrales.

Art. 2º Que sus tropas tienen especial encargo de amparar y proteger las personas e intereses de los neutrales y naturales tributarios de Bolivia particularmente.

Art. 3º Que declara y sostendrá con la fuerza si necesario fuere la abolición del odioso tributo que el despótico gobierno del general Daza hace pesar sobre los naturales de Bolivia.

Art. 4° Que en mérito del artículo anterior, todos los habitantes de mi dominio quedan completamente desligados de la obediencia a las autoridades bolivianas, sometidos solo a las órdenes y disposiciones de esta comandancia de armas de Calama, y por consiguiente no prestarán servicio alguno en calidad de súbditos a las que fueron autoridades bolivianas, so pena de ser considerados enemigos de nuestra justa y santa causa.

Art. 5° En vista de las disposiciones anteriores quedan igualmente destituidos y sin ninguna autoridad los caciques nombrados por el gobierno de Bolivia y se previene a los naturales tributarios que si a ellos les conviniera nombrar a alguna autoridad con este título, lo acuerden en junta haciéndolo saber a esta comandancia para autorizarle y garantizarle los poderes al que ellos eligieran por su jefe para su mejor gobierno.

Art. 6° Se comisiona para que hayan saber estas disposiciones en los distritos que le expresan a continuación, a las personas siguientes:

Para el distrito de Conchi al vecino don Eulogio Yañez.

Para el de San Pedro, a don Gregorio Carranza.

Para el de Aiquina, a don José Villegas.

Para el de Carpona, a don Pedro Chaves.

Art. 7° Incurrirá en una multa de 50 pesos a favor del hospital de Calama el comisionado que no hiciera fielmente la notificación ordenada.

Dése un ejemplar de estas disposiciones a cada uno de los referidos comisionados para su exacto cumplimiento.

Dado en Ascotan, a 1° de agosto de 1879.

J. M. 2° Soto.

II.

INTIMIDACIÓN AL ADMINISTRADOR DE HUANCHACA.

Señor administrador de Huanchaca.

Vivac de Canchas Blancas, agosto de 1879.

Muy señor mío:

Resuelto como estoy a hacer la guerra al enemigo por todos los medios que ella me concede, hago saber a usted por medio de la presente, que si en cuarenta y ocho horas después de recibir ésta, usted no procede a entregar los recursos y demás elementos de guerra que el enemigo tiene acopiados en su establecimiento, usted y los suyos serán considerados por la fuerza de mi mando como enemigos de nuestra causa, y en tal caso usted será el único responsable de la destrucción completa que precisamente se tendrá que verificar de dicho establecimiento, por exigirlo así las operaciones militares que debo en breve emprender.

Con tal motivo, etc.

J. M. 2° Soto.

III.

CARTA DEL SUB DELEGADO DE SAN PEDRO DE ATACAMA.

Atacama, agosto 4 de 1879.

Señor José M. 2º Soto.

Mi estimado señor comandante:

Me apresuro a comunicar a usted que tengo noticias de Tupiza hasta el 2 del actual, y que por allí se tenía ya conocimiento de su marcha sobre Ascotan y demás, con cuyo motivo se han desprendido desde aquel punto cien infantes bien armados sobre la vía de Huatacondo, que probablemente llevarán la intención de tentar una sorpresa sobre sus avanzadas.

Campero cuenta entre Tupiza y Potosí con 2.500 infantes y caballería, ha hecho dos salidas: la una con dirección a Potosí y la segunda sobre la vía de Huanchaca, regresando a sus cuarteles cuatro días después.

El coronel Nicanor Flores que residía en la Argentina marchó para Bolivia el 25 del mes próximo pasado, llamado por Daza; pero me aseguran, sin embargo, que este coronel se ha marchado rectamente al Perú por no servir bajo las órdenes de Campero, cosa que no dudo sea cierto porque la enemistad entre estos señores llegó al extremo de cambiarse algunas estocadas.

Se han internado para Bolivia mil Remingtons, fuera de los tres mil de que ya di a usted aviso y setenta caballos bien gordos.

Se continúa el acopio de víveres en Huanchaca. Todo este material de guerra lo proporciona el señor Adolfo Carranza, *a quien se le abona su valor con las utilidades o acciones de los propietarios chilenos de Huatacondo.*

No se oculta que el movimiento de Campero debe dirigirse sobre Calama; pero parece indudable que se quiere ocultar el día de su salida talvez con el objeto de ganar tiempo y tomarnos desprevenidos.

Por las cartas que interceptó en Catua el alférez Ríos, se ve claramente que la ruta que seguirán en adelante los arreos de ganados argentinos para el Perú es la de Esmoraca y que por lo tanto, si han de expendirse en Iquique, tienen que pasar por Canchas Blancas o cuando más al norte por Avilche; así es que entiendo, que teniendo usted los elementos necesarios de movilidad, puede fácilmente estorbar ese comercio con honra y provecho.

Aquí todo tranquilo.

Ayer regresó la tropa que desprendí sobre Catua. Ese movimiento no me ha dado otro resultado que asustar un poco a nuestros encubiertos enemigos los señores argentinos, que no se arriesgarán, a buen seguro, a continuar su comercio de ganados por ese punto.

Soy de usted como siempre su atento amigo y S. S.

Toro.

Nota. Olvidaba algo de no poca importancia para nosotros, y es que ha aparecido el tifus en las filas del ejército boliviano causándoles en muy pocos días once bajas.

También me dicen que las fuerzas de Campero tienen muy escasa dotación de municiones y que la tropa es muy recluta.

Toro.

IV.

PARTE GENERAL DEL COMANDANTE SOTO.

Chiuchiu, agosto de 1879.

Señor general:

Supongo que ya sabrá U. S. que la primera excursión que se ha hecho a Canchas Blancas nos dio por resultado la toma de 50 toros que los proveedores del enemigo remesaban a Iquique, como asimismo de las sesenta y tantas mulas que se tomaron cerca de Huatacondo, habiéndose nos escapado no menos de dos o tres remesas más, por la timidez e impericia de uno de los jefes de partidas.

Sin embargo, la sorpresa y la alarma está declarada en todos los remesores de ganado y aun en el campo enemigo. Los toros se realizan actualmente en Calama.

Habiendo tenido conocimiento por otra correspondencia interceptada, que pronto debían pasar nuevas remesas y una partida de caballos, dispuse la salida de una segunda expedición al citado lugar, como asimismo la de otra pequeña partida de cuatro cazadores y seis paisanos que debían irse a colocar a cuarenta y tantas leguas más al norte de Canchas Blancas y sobre el camino que conduce a Pica, por creer que las remesas extraviarían su ruta en Canchas Blancas.

Me encontraba en Ascotan dispuesto va a salir para hacerme cargo personalmente de la partida principal, cuando recibí comunicaciones de Atacama en que me anunciaban que 100 infantes de Tupiza se habían puesto en marcha sobre Canchas Blancas y que Campero principiaba a movilizar su división compuesta de 2.500 infantes y 500 de caballería, por tener ya conocimiento de mis excursiones y ataques a aquellos lugares.

Con tal motivo mandé orden para que la partida que ya debía estar cerca de Canchas Blancas acelerara su marcha y arrollara y destruyera la posta y toda clase de elementos que pudiera utilizar al enemigo; mientras tanto me regresé una noche a ésta, y mandando buscar a los cazadores que tenía en Calama me hallo actualmente en observación y protegiendo la retirada de dicha partida.

Con mucha insistencia se principia a correr, y aun tengo aviso de Atacama, que Campero debe venir pronto a visitarme a Calama, y aun agregan que Daza le secundará por el norte.

Como es natural suponer que esto sea efectivo, vista la gran importancia militar de esta plaza, yo creo señor general que es muy conveniente guarnecer como merece este muy estratégico punto, para el enemigo sobre todo; y así espero que si U.S. tiene, como es natural, el propósito de asegurarlo, disponga pronto un refuerzo, en el concepto de que las tropas demoran para llegar a ésta 5 o 6 días de Antofagasta y 3 o 4 de Caracoles.

También debo hacer presente a U.S. que creo muy necesario tener en esta plaza el repuesto de municiones que ya se ha pedido oficialmente y unos 10 o 12 artilleros para el servicio de las dos piezas de artillería que hay.

Una ametralladora produciría un efecto moral y material *lindísimo*.

En vista del fin que toman las cosas, tan pronto me sea posible me voy a reconcentrar a Calama para disponer un buen recibimiento al enemigo.

También se me comunica por el sub delegado de Atacama que últimamente se han internado por la República Argentina 1.000 Remington fuera de los 3.000 anteriores y a más 70 caballos gordos; agregándome que es un señor Carranza el importador, a quien le pagan con las utilidades de las acciones que los chilenos poseen en el gran establecimiento de Huancha, donde se continúa haciendo acopio de víveres y forraje.

Por mi parte principio desde hoy a hacer recogida en Calama de todo el pasto que hay en el villorrio y que pudiera utilizar el enemigo.

En mis investigaciones en este pueblo encontré en la casa de don Gregorio Carrasana, principal aquí, dos fusiles, una espada y una vieja caja de guerra, circunstancia por la cual le tengo en prisión.

A propósito de esto debo agregar a U.S. que por acá es muy difícil adquirir datos y noticias del enemigo, porque, como es natural, toda esta gente son enemigos encubiertos nuestros, particularmente del que suscribe, que ya principia a hacerlos entrar en vereda en vista de las circunstancias.

Dios guarde a U. S.

J. M. 2º Soto.

Al señor general en jefe.

V.

COMBATE DE SAN PEDRO DEL HUASCO.

Chiuchiu, agosto 29 de 1879.

El cabo Pedro Hernán Trisano y los soldados José Andrés Nuñez, Cantalicio Hernandez y Tomas Olguin, regresaron ayer del interior a donde habían sido mandados en comisión por el señor comandante de armas.

Trisano me da cuenta de que el 15 del corriente asaltó con su tropa el pueblecito de San Pedro, defendido por 40 paisanos bolivianos bien armados, tomándolo después de un combate encarnizado.

El enemigo dejó en el campo 5 muertos y algunos heridos.

Dentro del pueblo se tomaron algunas armas, dos cajas de guerra y sesenta cargas de charqui con destino a la Noria, todo lo que hubo que quemar por falta de medios de conducción.

Según informes que he tomado, los individuos de que me ocupo se condujeron con mucha bizarría durante el combate, distinguiéndose el cabo Trisano, quien marchando el

primero al asalto, recibió a quema ropa una descarga de los enemigos que felizmente no le hizo daño. El soldado Hernandez, después de haber puesto fuera de combate a dos enemigos, se batió al arma blanca con un tercero, derribándolo muerto a sus pies.

Todo lo que pongo en su conocimiento para los fines consiguientes.

Dios guarde a usted.

Rafael Zorraindo.

Al señor comandante del regimiento.

II.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA OCUPACIÓN DEL MONTE DE LA SOLEDAD POR LOS PERUANOS.

ESTADO MAYOR GENERAL.

Pozo del Monte de la Soledad, octubre 20 de 1879.

Debiendo regresarme al cuartel general después de haber dejado situada la División de Exploraciones con el agua suficiente y recursos que se requieran enviando a medida que las necesidades lo demanden, se encargará U. S. como jefe más caracterizado del mando superior de todas las fuerzas acantonadas y cumplirá las instrucciones siguientes:

1ª Como noción principal de la División de Exploración será infatigable en hacer observar la mayor vigilancia para no ser sorprendido y no permitir que el enemigo por ninguna manera avance sobre el territorio nacional cuya sagrada custodia le queda encomendada;

2ª Además de los tres pozos que se han puesto expeditos y que dan la suficiente cantidad de agua para atender a las necesidades de la División, se hallan tres en trabajo, el uno que es el que los chilenos principiaron a trabajar y en el cual ya se encuentra agua y dos más que están en obra. Sin perjuicio de paralizar estos trabajos deberán abrirse cuatro o seis pozos más con el objeto de que si hay necesidad de que se acantone mayor número de ejército no falte este elemento tan indispensable para la vida;

3ª Para el caso de un ataque del enemigo, si éste se realiza con fuerza capaz de ser batida siempre que su número no fuera muy superior lo verificará U. S. con el conocimiento de la localidad y cualidades que lo distinguen.

En caso de que las fuerzas enemigas fueran muy superiores, emprenderá su retirada sobre Lagunas, en donde encontrara los elementos necesarios para la vida, como desde la cuesta Escalina encontrará U. S. posiciones ventajosísimas; su misión será en este caso batirlo en retirada consultando el orden y la disciplina que en estos casos se requiere:

4ª Reconocerá como Intendente del campamento al sargento mayor de nacionales, don Domingo Barreda, y como proveedor al pagador del batallón Arequipa, don P. Antonio Rodríguez: todo el régimen de policía del campamento correrá a su cargo, así como la

inspección de trabajos mandados ejecutar en la vía de Canchones, con cuyo motivo podrá ausentarse poniéndolo en su conocimiento y dejando en su lugar al proveedor don P. Antonio Rodríguez;

5ª La provisión por ahora se hará en la forma siguiente:

Una libra de carne y cinco onzas de arroz por plaza, pudiendo los primeros jefes de los cuerpos, mejorar esa alimentación comprando al efecto víveres y demás útiles, de acuerdo con los mismos interesados a fin de que el gasto sea en este caso autorizado.

Siempre que tenga que pedirse víveres se hará con la anticipación de ocho días, empleando para este servicio y para cualquiera otro urgente a los comandantes militares de Lagunas, Alianza y Noria que tienen a sus órdenes elementos para este objeto.

Para cualesquiera emergencia quedan siete cargas de odres a cargo del proveedor, y provisoriamente mandaré mayor cantidad a fin de que puedan utilizarse;

6ª El servicio de campaña se hará con todo el rigor que recomienda la ordenanza militar vigente y toda falta se castigará con rigor, siendo de su responsabilidad cuanto ocurra por no haber dado cumplimiento a esta parte de sus instrucciones;

7ª El Escuadrón Castilla a cargo del sargento mayor de nacionales don Fermín Bernal, tiene por principal deber los reconocimientos avanzadas tanto de día como de noche para evitar que en ningún caso puedan ser sorprendidos las fuerzas que guarnecen este campamento, atención que queda expresamente encomendada al celo de U.S.

8ª Los casos imprevistos que no se hayan podido puntualizar así como los que señala la ordenanza, quedan igualmente a cargo de U. S. para que proceda siempre de acuerdo con lo que se prescribe para estos casos, dejando a su valor, pericia y reconocido celo el acierto para dirigir cualesquier movimiento que pudiese ocurrir, y

9ª El ingeniero de estado señor don T. Elmore queda encargado para llevar a cabo todos los trabajos de la apertura de pozos y obras de defensa para lo que U.S. se pondrá de acuerdo con él.

Dios guarde a U. S.

B. Suarez.

Al coronel don M. Mori Ortiz.

A LOS JEFES.

Debiendo regresar al cuartel general queda como jefe superior de este campamento el señor coronel primer jefe de la columna Pasco cuyas órdenes deberán ser cumplidas por Ud. y sus subordinados.

Dios guarde a Ud.

B. Suarez.

CAPÍTULO XIX.

LOS ÚLTIMOS APRESTOS.

La tardanza de las operaciones y sus malos resultados en el ánimo del ejército. El general Escala es nombrado general en jefe. Carácter y carrera de este ilustre soldado. El coronel Sotomayor vuelve al estado mayor y peripecias de su nombramiento. Medidas militares para mantener la disciplina y la moral del ejército. El regimiento Santiago es enviado a Quillagua y los Zapadores y el Chacabuco a Mejillones. Marchas a pié y campamentos al aire libre. Excelente estado sanitario del ejército. La provisión y sus punibles escándalos. Llega el convoy de embarque. El regimiento Esmeralda y Cazadores del Desierto. El Atacama y el Coquimbo. Origen autonómico y popular de estos cuerpos. Los capitanes y los subalternos del Atacama. Rafael Torreblanca y sus adioses. El cuerpo de oficiales del Coquimbo. El comandante Gorostiaga y el mayor Gutiérrez. El elemento de la guardia nacional en el norte. Los cuerpos expedicionarios son esparcidos a granel en el campamento y en los buques. Tenaz e inverosímil resistencia a organizar divisiones. Cuerpos destinados a la expedición y los que se quedan. Pontoneros. Buques del convoy. Embarque del material. ¿Por que no se llevaron las ambulancias?. ¿A donde va el ejército?.

“Hoy concluye la novena que en honor de la patrona del ejército chileno se sigue desde hace días en la Iglesia parroquial”.

(Carta de Antofagasta, de 16 de julio de 1879).

“Se aseguraba con júbilo que ya el gobierno había decidido obrar con la mayor energía, y que, vista la mala dirección de campaña marítima y las faltas cometidas en la terrestre, estaba resuelto a reparar los males lamentados hasta ahora, aunque para ello fuera necesario echar por tierra antiguos ídolos”.

(Carta de Antofagasta, de 20 de julio de 1879).

I.

Nunca en la historia de las rápidas guerras de América, que se asemejan a su naturaleza vivaz y fogosa, estuvieron más prolongadas horas dos beligerantes, el uno frente al otro, arma al brazo, montando la guardia del mar o del desierto y divisando sus humos y sus polvaredas, que los chilenos desde Antofagasta y Santiago y los peruanos desde Tarapacá y Lima.

La expectación recíproca duró ocho meses, como en guerras anteriores había durado igual número de días o de semanas, hasta que la afortunada captura del *Huáscar* vino a allanar para Chile el camino del acometimiento.

II.

Se había notado, a la verdad, cierto cambio precursor y de buen augurio en el campo chileno desde aquel día, y aun con alguna anterioridad cuando el anciano general Arteaga tuvo a bien resignar su puesto. Le sucedió, conforme a ordenanza, el jefe más antiguo, que a la sazón ejercía el puesto casi nominal en el ejército de jefe de estado mayor; y después de una consulta de conciencia y de patriotismo que tardó ocho días en ir y venir a Santiago hasta el prestigioso sillón del presidente de la Corte Suprema de Santiago, el bravo cuanto modesto general Escala aceptó resueltamente el mando en jefe del ejército el 30 de julio de 1879.

III.

Nunca estuvo al frente de las banderas de Chile un soldado de mayor prestigio en la República, y de mejor y más merecida nombradía de honrado, de pundonoroso y de valiente que el general de brigada (hoy de división) don Erasmo Escala. Sufrido, heroico, mutilado, paciente en las adversidades, fogoso y entusiasta por la gloria de Chile hasta el hervor de la sangre y hasta las lágrimas de la ternura, con un valor de soldado que se convertía en llamas en su rostro tostado por todas las campañas de la República, durante los últimos cuarenta años, el general Escala era, más que un comandante en jefe, un caudillo, un ídolo del soldado. Se inclinaban los últimos con amor y reverencia delante de aquella atlética figura, que ocultaba dentro del pecho del león el corazón bueno y humilde del ángel y del creyente.

Pero al mismo tiempo, reglamentario, minucioso, aferrado a las tradiciones de su arma; como el tenaz orín que invade el bruñido metal de los cañones, sentía invencible resistencia a toda innovación en el servicio; al paso que por cuidar los detalles del campamento, desde la queja de recluta al centavo de la comisaría, comprometía su autoridad de continuo en lances nimios y embarazaba así su acción, que debía ser siempre amplia y vasta, con complicaciones y favores destinados a malograr sus más nobles y patrióticos esfuerzos. En esto era tan obstinado como en todo lo demás, y hasta para caer fue siempre resuelto y magnánimo.

Su mayor fuerza moral, y al propio tiempo su más dura amarra bajo las armas, era su fe cristiana llevada en él hasta la devoción del apóstol, y aun, si ello hubiese sido preciso, al sacrificio del mártir.

Creía más en las novenas que en la estrategia, y vivía en la tienda y en la batalla tan persuadido del amparo divino de la Virgen del Carmen, patrona de las armas de Chile, que si no llevaba, como Pedro de Valdivia a la Virgen

del Socorro, atada al arzon de su silla de combate, no consentía en que se apartara de su lado la sombra del lábaro que ostentaba la imagen de la immaculada y divina protectora.

Por esto el general Escala habría entrado de seguro a Lima al frente del ejército chileno con la cabeza descubierta y cubierta de ceniza, como entró Godofredo de Bouillon, jefe de los cruzados, a Jerusalén; pero no habría derribado sus puertas por la astucia, la vigilancia y los prodigios de la actividad combinadora y audaz con que San Martín y Bolívar lo hicieron, y en pos de ellos el ínclito Búlnes.

El nuevo general en jefe del ejército no era un soldado, era un templario. (Entre los anexos de este capítulo se encontrará la nota de aceptación del general Escala y un apunte por fechas de sus señalados servicios a la república. Agregaremos aquí únicamente un dato que es poco conocido. El general Escala es de Valparaíso.).

IV.

Al mismo tiempo y desde el 2 de julio había pasado a ocupar el puesto que el general Escala dejaba vacío en el estado mayor, el coronel Sotomayor, comodín de guerra del gobierno en el ejército, que era nombrado para todos los destinos efectivos y nominales, aceptándolos todos con patriótica resignación. (El nombramiento del coronel Sotomayor para jefe del estado mayor fue hecho directamente por el señor Santa María, ministro de Relaciones Exteriores, lo que dio lugar a ciertas murmuraciones en el ejército, estando a los siguientes párrafos y documentos que publicó el diario *Los Tiempos* del 18 de agosto de 1879 con la firma de *Veritas*.

“Antofagasta, julio 23.

Por orden verbal del señor ministro de Relaciones Exteriores Desempeñará las funciones de jefe del estado mayor el señor coronel don Emilio Sotomayor.

Lopetegui.
D. O. del jefe.

Como esta extraña manera de hacer el nombramiento indicado produjera un gran descontento entre los jefes y oficiales, se dio al otro día la siguiente orden:

Antofagasta, julio 24.

“En uso de las facultades que el supremo gobierno ha concedido al señor ministro de Relaciones exteriores, comunicadas a este cuartel general en nota del 11 del corriente núm. 3230, dicho señor, con fecha de ayer ha decretado lo que sigue:

Nómbrese jefe de estado mayor al señor coronel don Emilio Sotomayor. Dése en la orden del día *para aclaración de la este se dio al ejército el día de ayer a este respecto.*

Escala.

Lopetegui.

D.O. del jefe.)

V.

Con la activa, si bien desasosegada cooperación de este inteligente jefe, la de su hermano el ministro de la Guerra, que era, por el contrario, todo conciliación y reposo, y mediante el empuje general del ejército cansado ya de aguardar, se aceleraron rápidamente en Antofagasta los últimos preparativos de la invasión del Perú, especialmente desde que los aliados perdieron frente a Punta Tames la llave de su puerta real el memorable 8 de octubre.

Se sacaron en efecto los cuerpos más minados por el tedio y el descontento de la demora a campo raso, y algunos como el regimiento Santiago, que por su composición era el más turbulento y peligroso, fueron enviados a la proximidad del enemigo.

“El ejército está hecho el diantre (escribíamos soldadescamente un oficial del 2º de línea el 17 de julio) desesperado por salir a campaña”. En consecuencia, en los primeros días de septiembre el regimiento Santiago pasó a Tocopilla con el coronel Lagos, y desde allí marchó el 17 de ese mes al Toco y Quillagua, excelente medida que ocultaba como una venda los verdaderos planes de invasión al enemigo. Los zapadores y el Chacabuco, cuerpos que habían vivido en fraternal coyunda bajo el zinc de los galpones de Antofagasta, pasaron a formar su campamento en Mejillones, atravesando a pié aquella lengua de desierto, en cuya marcha dieron ejemplos al soldado los jefes Cruz y Toro Herrera. Al mismo tiempo el 4º de línea era mandado a ejercitarse en las marchas del desierto, estacionándose durante una semana en el Salar del Carmen mientras el 3º descendía de su cuartel invernal del Alto del Carmen para prepararse a su embarque.

VI.

El resto de los cuerpos, constituidos en campaña, se había instalado bajo la lona en las afueras del pueblo, y su estado sanitario era tan excelente como el de su moralidad, su sustento y su disciplina. “Agradable y pintoresco, decía uno de los diarios de Antofagasta, es el espectáculo que presentan esos campamentos al que los visita. Las carpas colocadas simétricamente por compañías tienen a su entrada las armas en pabellones; por dentro se ve a los

veteranos tostados por el sol y el viento, unos leyendo, otros arreglando su ropa, los más en franca y cordial charla, siendo el plato obligado la guerra. Al costado sur y a veinte metros más o menos de las carpas de la tropa, están las de la oficialidad.

Está eso de tal manera arreglado que en diez minutos se puede levantar el campamento y quedar el cuerpo en punto de combate. En cuatro cuadras a la redonda del campamento no se ve una sola piedrecita que pese dos onzas, cuando eso era un pedregal inmenso.

En fin, el 4° de línea es digno del nombre que se ha conquistado por su moralidad y disciplina.

Pasemos ahora a la artillería.

Magníficas y cómodas carpas, el mismo orden y disciplina; todo esto es digno de verse, y cuanto digamos será pálido ante la inspección ocular del visitante. Un rato más que agradable pasaran las personas que hagan un paseo a esos campamentos, sobre, todo contando con la cortesía y finas maneras de la oficialidad". (*El Catorce de Febrero*, del 11 de septiembre. En cuanto al estado sanitario del ejército, había en julio apenas unos 30 varicosos. Resultaba de los datos enviados a la Protectora de Santiago por los jefes de cuerpo, que en el Buin y en el 2° habían muerto solo 3 individuos sobre 1.200 de que constaba cada regimiento, durante el mes de junio. El 3°, el Santiago y Zapadores solo tuvieron un muerto respectivamente en ese intervalo de tiempo. En la provisión del ejército se introdujeron también mejoras de importancia aboliéndose prácticas miserables que nada dejaban que envidiar al sistema del Perú. He aquí como el honrado y franco corresponsal de *El Ferrocarril* de Santiago, don Eusebio Lillo, caracterizaba y castigaba esos procedimientos en correspondencia pública del 19 de julio.

La provisión del ejército por contratas *celebradas sin gran publicidad y con indiscreto apresuramiento*, ha estimulado la codicia de los que medran hasta con las desgracias de la patria. Esos *negociantes indignos*, han comenzado a moverse como en los días nefastos de la guerra con la España. Conviene que el activo y honorable intendente general ponga coto a tales manejos. La provisión del ejército, hecha por el estado y bajo la vigilancia inteligente y proba del señor Echáurren, produciría mejoras en el alimento del soldado, más regularidad en el servicio y *economías inmensas*. Se calcula que la utilidad neta de algunos de los proveedores, no ha pasado de *cuarenta a cincuenta mil pesos mensuales*, sin que por esto haya sido más cuidado el rancho del ejército".)

VII.

El número de soldados de pelea que existían en los diferentes campamentos de Antofagasta en los primeros días de la primavera (pues la guerra comenzaba ya a contarse por estaciones naturales), no pasaba de ocho mil hombres. Pero el 25 de septiembre llegó a Antofagasta un numeroso convoy compuesto de nueve vapores y junto con éstos el lucido regimiento

Esmeralda, formado por el activo coronel Amengual en Santiago y San Felipe con la base de algunos entusiastas jóvenes de Santiago y de unos cuantos robustos montañeses de Chillan.

El batallón Cazadores del Desierto, más notable hasta ese momento por su pintoresco traje que por su disciplina, desembarcó junto con el Esmeralda, y dos semanas más tarde (el 15 de octubre) hicieron su aparición los dos batallones gemelos del ejército que debían ser su lujo y su vanguardia, el Atacama y el Coquimbo.

VIII.

Se habían formado estos dos cuerpos escogidos más por el calor latente del patriotismo en suelo cálido de suyo, que por la acción más o menos entrabadora de las autoridades lugareñas.

Eran sus briosos reclutas mineros, en su mayor número, y provenían de zonas análogas y fronterizas al desierto que iba a ser teatro de la guerra, y en el pecho de muchos de ellos, que habían visitado las faenas malditas del Perú u oído contar a deudos y amigos sus vilipendios, ardía la centella de la inextinguible venganza de raza que en nuestro país es herencia del ibero y del indio: el corvo atacameño es el hijo de esa venganza.

Por otra parte, a no pocos de aquellos bronceados obreros de atlética musculatura arrastrábales a la guerra un heroico recuerdo. Eran los soldados del malogrado Pedro L. Gallo, que desde Chañaral a Illapel sentían otra vez el clarín de la marcha y corrían a alistarse en las filas de los combatientes por la patria. El Coquimbo se organizaba justamente bajo el mismo pié de celeridad, de memorias, de confraternidad y de entusiasmo popular.

IX.

Llamado a las armas el batallón Atacama por el intendente de esa provincia, don Guillermo Matta, en virtud de un telegrama del ministro de la Guerra, el 22 de mayo, esto es, un día después del combate de Iquique, el 27 estaba ya casi completo: tal era la presurosa decisión con que habían bajado al valle los rudos operarios de Chañarcillo, de Tres Puntas, de Lomas Bayas, de Cerro Blanco, de Puquios, de Ojancos, de todos los distritos mineros de aquella áspera comarca. (La idea primitiva de la organización popular del batallón Atacama nació de un grupo de la honorable Municipalidad de Copiapó que no era afecta al intendente de la provincia. El plan originario consistía en formar un batallón de 400 plazas con el nombre de *Copiapó*, pagado con fondos del municipio, como el *Valparaíso* y el *Búlnes*, debiendo además el pueblo cooperar al logro de este propósito patriótico. He aquí

las últimas disposiciones del acuerdo presentado a la Municipalidad de Copiapó el 7 de mayo:

Art. 6° Una comisión de tres municipales nombrados por la Municipalidad, levantará una suscripción entre los vecinos para coleccionar los fondos que falten para la organización y mantenimiento del batallón, y para proveerlo de todo lo que sea necesario. La comisión podrá designar las subcomisiones que juzgue convenientes, y oportunamente dará cuenta de todo a la Municipalidad. La misma comisión correrá con el enganche de la tropa y con la organización y mantenimiento del batallón.

Art. 7° Las esposas e hijas de los miembros del batallón *Copiapó* que fallezcan en el combate, tendrán derecho a una pensión que la Municipalidad les acordará. Igual pensión se concederá también a los oficiales y soldados que queden inválidos a consecuencia de la campaña.”

Copiapó, mayo 7 de 1879.

Guillermo Juan Carter.- Telésforo Espiga.- Anselmo Carabantes.- Nicolas Igualt.- Joaquín Calderón.)

Y en el último día citado cuando se anunció la aproximación del *Huáscar*, después del hundimiento de la *Esmeralda*, que era otra afrenta recibida del peruano y otra venganza que tomar en cuenta, los atacameños, en número de más de 300, casi desnudos y calzados de ojotas, fueron llevados por un tren expreso a Caldera para defender la plaza contra el arrogante monitor. Allí permanecieron cinco meses (de junio a octubre) y a sus robustos brazos se debió la construcción de los tres fuertes, *Prat*, *Esmeralda* y *Atacama*, que hoy defienden aquel importante puerto en sus dos extremidades y en el centro. (Los fuertes de Caldera fueron dirigidos por el comandante de ingenieros don Tomas Walton, el capitán retirado del mismo cuerpo don Francisco Javier Zelaya y el teniente del mismo don Enrique Munizaga. El fuerte del norte, *Arturo Prat*, montaba un cañón de 150, y ayudaron a construirlo el ingeniero del ferrocarril de Copiapó a Caldera, don Francisco Sayago y el capitán don Agustín Fraga. El del sur o *Esmeralda*, fue particularmente dirigido por el teniente Munizaga y los capitanes Vallejo y Soto Aguilar, y montaba dos cañones de a 68. El fuerte del centro, o *Atacama*, en honor del batallón que lo custodiaba, tenía un cañón de a 200. (Datos recogidos en Copiapó para el autor).)

X.

Mandaba este escogido cuerpo el valiente comandante (hoy coronel) don Juan Martínez, hijo, como el coronel Lagos del Santiago y como el comandante San Martín del 4°, de la guerrera Chillan, y tenía una oficialidad tan brillante como el material crudo de la tropa, casi en su totalidad copiapinos.

Era su segundo jefe el sargento mayor don Anacleto Lagos, hermano del coronel de este nombre; su ayudante instructor el bravo y entusiasta piloto magallánico don Cruz Daniel Ramírez, y sus principales capitanes los

siguientes, dignos de ser encomendados a la memoria de las generaciones por sus levantados hechos que no tardarían en tener lugar.

De la primera compañía era capitán don Ramón Soto Aguilar, oficial esforzado, como el comandante Soto, de la gendarmería de Copiapó, y domiciliado en esa provincia durante largos años.

Mandaba la segunda don José Agustín Fraga, antiguo comerciante copiapino.

Era capitán de la tercera don Ramón Rosa Vallejo, copiapino también, minero, comerciante e instructor de tropas en Lima, y por último de la cuarta compañía el capitán don Félix Vilches, copiapino, a su vez, hijo de padres argentinos y antiguo oficial del batallón cívico de Copiapó, como Vallejo y como Fraga.

La autonomía atacameña estaba en consecuencia perfectamente representada en aquel cuerpo, y quizá se debe a la aplicación de tal enérgico principio, descuidado por el pavor o la apatía en todas partes, la serie de hechos heroicos consumados por el Atacama en la campaña.

XI.

En medio de aquellos nombres, algunos de los cuales han pasado ya a perdurable fama en alas de gloriosa muerte, se señalaba también en cada compañía el de algún adolescente, que a su turno recogieran en los campos de batalla los ejemplos del más señalado amor a la patria y a su bandera.

En la primera compañía figuraba como subteniente el alentado adolescente don Juan G. Matta, hijo del intendente de la provincia; en la tercera el teniente Moisés Arce, telegrafista de Chañarillo, que pereció con sin igual heroísmo en el alto de Tacna; en la cuarta, el joven Andrés Wilson, recientemente repatriado del Callao, y unido en esos precisos días de la final partida a una joven a quien amaba, y por último en la segunda compañía del capitán Fraga el subteniente Rafael Torreblanca, ascendido a teniente y a capitán en posteriores y sucesivos campos de batalla, era una esperanza verdadera para la república. Químico distinguido, matemático, poeta, viajero, y sobre todo esto, un puro, sobrio, levantado carácter, reunía en su ser, un tanto melancólico y desconfiado, todo el material de los héroes verdaderos. Y por eso al partir dejó estampada como un destello, su alma y su genio en estos versos que son su adiós y su retrato:

“Voy a buscar en medio de la guerra
Entre el humo sangriento del combate
Una bala piadosa que me mate

O algún rayo de luz para mi sien”

(Entre los anexos copiamos íntegra esta lindísima e inspirada composición poética, verdadero testamento de un héroe que ama la mujer y sucumbe por la gloria.)

Dos hijos del comandante Martínez, Melitón y Walterio, “los dos hermanos de Tacna”, militaban también en el batallón de su padre como subalternos.

XII.

No era menos brillante el cuerpo de oficiales del batallón Coquimbo. Nombrado para organizar esta bizarra tropa el acreditado comandante don Alejandro Gorostiaga el 30 de junio, se hallaba éste en su puesto el 9 del próximo mes; y secundado por una junta de patriotas coquimbanos cuya alma fue don Mariano Astaburuaga, en 30 días tuvo sobre las armas 1.900 robustos mineros. Tamaya había dado 100, Panulcillo 150, la Higuera 200, el batallón cívico de la Serena solo 30: tan cierto es que los elementos constitutivos en Chile del ejército y de la guardia nacional son enteramente diversos.

XIII.

Era el comandante Gorostiaga natural de la Serena y tenía nombre de táctico y de organizador. Alumno de la Academia militar y antiguo capitán del 4º bajo el rígido Lagos, recibió el bautismo de fuego y de plomo en los Loros, y se distinguió en seguida como instructor de los cuerpos cívicos de Santiago. Jefe tranquilo, metódico y disciplinario, le dio el gobierno acertadamente por segundo un viejo soldado que era todo fuego, entusiasmo y heroísmo, el mayor don José Antonio Gutiérrez, instructor del batallón de Curicó.

La carrera militar del mayor Gutiérrez (hoy digno teniente coronel del 3º de línea) había comenzado en las calles de Santiago el memorable 20 de abril de 1851, siendo una de sus más generosas víctimas. Fiel desde entonces a la bandera liberal sufrió largos años de persecución y aun de martirio en la pobreza; y cuando aquellos subieron al poder, lo dejaron en oscuro puesto olvidado de su lealtad y de su mérito. Llamado ahora a la guerra, partió al norte con el entusiasmo de un niño y la fe de un héroe, y como tal se ha conducido a la cabeza del 3º y del Coquimbo.

XIV.

Eran los capitanes de este cuerpo hijos todos de la Serena, con excepción del que mandaba la 4ª compañía, don Eulogio Novoa, antiguo y valiente oficial de línea.

Entre los de Coquimbo sobresalía por mucho en dotes militares el valiente capitán don Federico Cavada, herido honrosamente en Tacna. Los otros dos eran don Mariano Peñafiel, capitán de la 1ª y don Francisco Olivares de la 3ª. Este último cerró un lucrativo establecimiento farmacéutico para ir a la guerra.

XV.

En el Coquimbo como en el Atacama, se lucía una pléyade de jóvenes voluntarios del patriotismo y del honor. Abel Riso Patrón, hijo de Concepción e inmolado en San Francisco; Francisco Aristía Pinto, hijo de la Serena, en cuyo Banco tenía un puesto de confianza; Luis Larrain Alcalde que marchó de Santiago en calidad de teniente ayudante; Enrique Astaburuaga, mozo valiente y entusiasta que dejaba, como Aristía, una posición asegurada en la Serena, como Jorge Boonen Rivera la dejara en el sur. Los oficiales Marcelino Iribarren, (de Elqui) M. M. Masnata (de Rapel), C. Orrego y R. E. Beitia (de la Serena), encarnaban el espíritu inicial de Coquimbo inmortalizado en la historia desde Maipo.

El capitán ayudante del Coquimbo era otro coquimbo, don Benjamín Lastarria, soldado animoso de 1851 como Gutiérrez, pero que siendo éste muy desventurado, lo había sido él más todavía.

XVI.

Atendido con cierto desabrimiento este cuerpo por el gobierno y el intendente de la provincia, la junta patriótica de la Serena gastó diez mil pesos en su equipo; y mientras llegaba el vestuario ofrecido por el gobierno, se dio a los abnegados y sufridos mineros, provisionalmente, un traje de mezclilla azul como el que usan los humildes asilados del Hospicio. Y por esto, cuando hicieron su aparición en Antofagasta, les pusieron sus compañeros por apodo "los San Vicente de Paul". Más cuando dos o tres días después de su llegada les vieron maniobrar en la pampa y particularmente tirar al blanco, en lo que aventajaron a todos los cuerpos del ejército, ocuparon entre éstos en primera fila el puesto de los veteranos.

No pocos de esos intrépidos muchachos que no pidieron sino un fusil cayeron más tarde en el campo de batalla con los galones de oficiales como los subtenientes Varas, de la Higuera, y Varela, de la Serena, en el Alto de Tacna, donde con su heroísmo reconocido de todos decidieron la victoria.

XVII.

El Coquimbo y el Atacama se denominaron durante la campaña, “Los cuñados” talvez porque ambos estaban desposados en el deber y en la gloria, como con dos de las hermosas princesas que en lo antiguo fueron, en la geografía como en la novela, una sola y rica provincia del “Reino de Chile”. (Los batallones verdaderamente voluntarios y autonómicos de Coquimbo y Atacama pertenecían en su composición a la clase suelta de las faenas y de los campos; el elemento social que se ha denominado después *el pililo*. Por consiguiente, quedaba intacto en una y otra provincia el elemento de la *guardia nacional* que constituía la verdadera reserva del país y de uno de esos dos patrióticos núcleos de la autonomía chilena. He aquí un telegrama de la Serena que comprueba esto último:

Serena, agosto 24 de 1879.

(A las 6 h. 20 m. P.M.)

“Señor Benjamín Vicuña Mackenna.

La oficialidad de la *brigada cívica de artillería* de esta ciudad tiene el honor de dirigirse al honorable senador por la provincia, solicitando se sirva ofrecer al nuevo gabinete las simpatías de esta brigada, cuya organización se ha llevado a cabo con marcado entusiasmo y patriotismo.

Le hacemos presente que, si tuviéramos el armamento y útiles necesarios, podría servir de alguna utilidad en las actuales circunstancias. Por esto, el cuerpo de oficiales suplica al honorable senador, se digne interponer sus buenos oficios a fin de conseguir el armamento necesario.

Con la más distinguida consideración de respeto y estimación, nos suscribimos de su señoría, atentos y SS. SS, *Pedro Clares.- Benigno Acuña.- Luis F. Lafait.- Ramón Pairoa.- J.E. Viedma.- Andrés I. Wallace.- David F. Aguirre.- E. Sapeain.- S. Gana M.- A. Gauna Iñiguez.- M. Herreros M.- B. Ossandon.- R. D. Espinosa.*)

XVIII.

Llegados a Antofagasta los dos batallones “cuñados” de Atacama y de Coquimbo a la retaguardia del ejército a que iban a servir de animosa e invencible descubierta, y bendecidos los colores del primero de esos cuerpos, ceremonia religiosa que se había esquivado por puerilidades sectarias en Copiapó, procediese a distribuirlos a granel en los cuarteles como se había

hecho con los demás cuerpos del ejército expedicionario, negándose en lo absoluto el segundo general en jefe, como lo había hecho con evasivas el primero, a aceptar la sencilla, primordial e indispensable agrupación de divisiones, según la práctica de todos los ejércitos del mundo, incluso el de los aliados que tenían a la vista.

Tomando en cuenta esa inconcebible obstinación, que era el desbarajuste moral y material del ejército, un senador había recordado hacía pocos meses en su puesto que los araucanos mismos, en los tiempos de Caupolicán, y los Zulúes en los modernos de Cetiwayo, habían puesto en obra ese sistema y con buen efecto.

XIX.

Los cuerpos así desparramados en la playa como en breve lo serían en la bodega y en la cubierta de los transportes, eran los siguientes:

Regimientos de línea, 1º, 2º, 3º y 4º.

Artillería de marina y brigada de Zapadores, seis en todo.

Batallones movilizados, Atacama, Coquimbo, Navales, Valparaíso, Chacabuco y Búlnes.

Artillería, tres baterías de campaña y tres de montaña, total 36 cañones.

Caballería, regimiento Cazadores a caballo.

Diez mil ciento noventa y cinco hombres en todo. (Según un cuadro publicado en la prensa de Santiago, las fuerzas expedicionarias eran de 9.640 hombres. Pero estando a los datos originales del estado mayor, el número exacto es el que apuntamos.

Puede decirse con mayor propiedad que el número efectivo del ejército expedicionario era de diez mil en números redondos.

En Antofagasta quedó de guarnición el regimiento Esmeralda, en Tocopilla el Lautaro, en Calama los Cazadores del Desierto: y como el Atacama era uno de los cuerpos de más reciente formación se habló de dejarlo de guarnición en Antofagasta. Pero todos sus oficiales protestaron ofreciendo su dimisión en masa, por lo cual, después de una revista profesional que pasó el coronel Sotomayor, quedando éste plenamente satisfecho, se acordó su incorporación en el ejército de operaciones.)

XX.

Desde mediados de octubre se había organizado también a las órdenes del inteligente comandante de ingenieros don Arístides Martínez, un pequeño cuerpo de pontoneros, escogidos éstos entre los hombres de oficio en el ejército, y bajo el mismo pie se estableció una maestranza volante a bordo de la fragata de vela *Elvira Alvarez*, anclada en Pisagua.

Fue puesto al frente de este utilísimo establecimiento el entendido y animoso ingeniero mecánico don Federico Stuken, quien, habiendo ofrecido en vano sus servicios en mayo, fue llamado tarde pero con apresuramiento a Antofagasta en septiembre.

XXI.

Los buques que habían llegado a Antofagasta, el 15 de septiembre para transportar el ejército, eran los siguientes, encabezados por el *Cochrane*, el que regresaba ahora de su primera y diestra reparación, para ir a consumir en Angamos su celebrada hazaña: la *O'Higgins*, con sus calderos reparados, el *Amazonas*, el *Loa*, el *Limarí*, el *Santa Lucía*, el *Matías Cousiño*, el *Paquete de Maule* y el *Huanay*.

Se agregaron luego a éstos la *Magallanes*, la *Covadonga*, el *Abtao*, el *Copiapó*, el *Lamar*, el *Tolten*, el *Itata* y el vaporcito *Toro*, comprado para el servicio menudo de la escuadra: dieciocho vapores en todo, que eran otros tantos transportes. El *Blanco* se había dirigido con el almirante Riveros a limpiar sus fondos a Valparaíso.

Más tarde llegó el *Angamos*, vapor recientemente comprado.

XXII.

Se desencuadró por algunos días la escuadra, mientras los blindados llevaban su ataque nocturno a Arica en los primeros días de octubre, pero al fin de este mes se hallaba todo más o menos listo para la expedición en las radas de Antofagasta, de Mejillones y de Tocopilla, de donde debía salir el ejército. En este último puerto se embarcaría el regimiento de Artillería de marina.

El embarque del material comenzó de hecho desde mediados de octubre, echándose en los fondos de la escuadra una enorme cantidad de víveres, forraje, agua resacada, municiones, caballos, armamento, lanchas blindadas de desembarco, carretones de acarreo, barriles con ruedas para el agua y hasta una locomotora pedida a Copiapó para las descubiertas en el desierto. “En este campamento, decía un corresponsal del ejército, desde Antofagasta el 26 de octubre, se nota gran actividad en todos los ramos del servicio, indispensables para la movilización del ejército. Creemos poder asegurar que en muy poco tiempo más, se encontrarán nuestros soldados al frente del enemigo. Conociendo bien el espíritu que los anima y la organización de este ejército, tenemos fe completa en el triunfo de las armas chilenas.

No les faltará en el campo de batalla, ni la rígida disciplina que sabe aguardar el momento oportuno, ni el calor impetuoso que vence los obstáculos.”

XXIII.

En cuanto a las municiones que se creyó suficiente llevar a la campaña, su número no pasaba de cuatro millones de cápsulas, dando así sobrada razón a los que desde el principio de la guerra habían sostenido que 500 tiros por plaza era cuanto la prudencia y la premura aconsejaban para emprender la campaña. Constando el ejército de 10.000 hombres, le correspondía ahora más o menos 400 tiros por soldado.

El total de las municiones de rifle estaba descompuesto como sigue:

De fusil Comblain 2.300.000 tiros, es decir, más o menos la misma cantidad que existía en Antofagasta desde abril... y 1.540.000 tiros de fusil Grass: total, 3.840.000.

Iban además 50.000 tiros de carabina Winchester para la caballería y algunos millares de granadas para la artillería. De éstas, 804 eran de a 80 y 1.600 de a 75. (Constan estos datos minuciosamente del *Diario de campaña* del comandante Dublé Almeida, en que están apuntados los diversos buques en que las municiones fueron embarcadas. El mayor número iba en el Limarí, cuyo cargamento consiste en 2.498 bultos de pertrechos.)

XXIV.

Más si la mano del estado mayor no había andado parca en el embarque de los elementos de destrucción humana, cometiese el error nunca bastante deplorado y digno de la más severa censura por parte de la historia, de dejar en tierra el elemento primordial de la guerra moderna y al cual el patriotismo de los chilenos y en particular de su mejor mitad, había consagrado tan ingeniosa y previsoramente preferencia.

Parecería esto increíble y aun inverosímil; pero las cuatro ambulancias organizadas en Santiago y la magnífica sección despachada desde Valparaíso con un costo que en esa fecha sobrepasaba de 50.000 pesos, fueron abandonadas inhumana y antojadizamente en la playa, junto con los cirujanos, las medicinas, las vendas y hasta las montañas de hilas que habían sido el tierno y laborioso tributo de los hogares de toda la República, y las cuales, muchas veces, durante el largo receso de las operaciones, fueron empleadas en rellenar colchones para el uso regalado de sibaríticos oficiales....

No tuvo ni alcanzará jamás excusa suficiente este acto de verdadera culpa, porque el haberse dicho que no fueron despachadas “porque no cabían en los buques”, es precisamente lo que constituye la falta que acusamos, puesto que el socorro de los valientes que iban a caer en tierra enemiga debió ser la más solícita preocupación de los jefes responsables de la expedición.

Fue éste el primero y doloroso síntoma de lo que más tarde y hasta la final batalla debería acontecer con desdoro evidente de los que tenían la responsabilidad de los hechos en el ejército y en el cuerpo sanitario. (Nuestro amigo el general Emilio Sotomayor a quien más fuertemente increpó la opinión pública este fatal procedimiento, ha puesto bondadosamente en nuestras manos el siguiente telegrama que en el día del embarque recibió de Mejillones, y en el cual el comandante Toro le avisa no haber embarcado la ambulancia que allí había, por *falta de espacio*:

“Oficina de Mejillones, octubre 28 de 1879.

(A las 10 A.M.)

Señor jefe de estado mayor:

La ambulancia no puede embarcarse: no hay espacio. Mulas y caballos quedan esperando el buque que ha de tomarlos. Chacabuco a bordo desde anoche.

D. Toro Herrera.”

Indudablemente que este telegrama mitiga la responsabilidad del jefe de estado mayor respecto de ambulancia. Pero ¿ y las otras cuatro? Se ha hablado también de ciertas dificultades personales entre el jefe de la ambulancia de Mejillones, el cirujano don Máximo Latorre, y el comandante Toro Herrera, todo lo cual es una triste revelación más de la poca cordialidad que en estos dos servicios fraternales e independientes en todas partes, ha reinado desde la primera hora entre el ejército y el cuerpo sanitario. Por esto mismo censuramos lo ocurrido con la más amplia franqueza, aunque sea lastimado afecciones que nos son particularmente gratas. La historia no tiene deudos ni amigos: “menos encubridores”.)

XXV.

No consintieron tampoco “los hombres serios” de la expedición, llevar a bordo una pequeña imprenta de campaña para el servicio del ejército, ya que no para el solaz del soldado. Y sin embargo, eso era lo que con particular cuidado había hecho embarcar el adusto San Martín en la escuadra libertadora hacía medio siglo.

Ni siquiera se advirtió echar en una caja una piedra litográfica para las órdenes generales, utensilio sencillísimo que ahorra el trabajo de veinte amanuenses y ayuda a guardar el secreto y la rapidez de las resoluciones.

Reinó, a la verdad, después de larga demora, el atropellamiento de una verdadera festinación en el embarque del ejército expedicionario, pasándose así como en los enfermos de malaria, en pocas horas, del período de la atonía completa al de la fiebre candente.

XXVI.

Más, ¿a donde, volvemos a preguntarlo, a que comarcas próximas o lejanas? ¿a cuáles campos de batalla, se dirigía el ejército que con tan largas fatigas y tan ingentes gastos había sido acantonado de febrero a octubre en los paramos del desierto?

Ese era hasta ese momento el secreto exclusivo de los directores de la guerra, secreto que es hoy deber vulgar y tarea necesaria de la historia desentrañar y discutir.

ANEXOS AL CAPÍTULO XIX.

I.

NOTAS CAMBIADAS APROÓSITO DEL NOMBRAMIENTO DEL GENERAL DON ERASMO ESCALA PARA GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO.

Antofagasta, julio 29 de 1879.

Señor general:

Acabo de recibir un telegrama, enviado por S. E. el presidente de la república, por el que me comunica que V. S. ha sido nombrado hoy general en jefe del ejército de operaciones del norte. Al dirigir a V.S., mis felicitaciones, tengo la seguridad de que V.S., inspirado por su patriotismo, corresponder, a las esperanzas que justamente cifran en V.S. la nación y el gobierno.

Dios guarde a V.S.

Domingo Santa María.

Al general en jefe del ejército de operaciones del norte, don Erasmo Escala.

Antofagasta, julio 30 de 1879.

Señor ministro:

Me he impuesto de la estimable nota de V.S., fecha 29 del presente, número 23, en que me participa que, por un telegrama enviado por S.E. el presidente de la república, se le anuncia mi nombramiento de general en jefe del ejército de operaciones del norte.

V.S. al dirigirme bondadosamente su felicitación, me manifiesta la convicción de que mi patriotismo hará que no se defrauden las esperanzas que cifran en mi la nación y el gobierno.

A la verdad, señor ministro, que no se como corresponder a la confianza que en mí se deposita, y si para esto solo se necesita un acendrado patriotismo, una decidida voluntad y el deseo de sacrificar su vida por la honra de la patria, hace bien la nación y el gobierno en depositar en mi tan honrosa confianza.

No terminaré, señor ministro, sin dar a V.S. las más expresivas gracias por su atenta felicitación.

Dios guarde a V.S.

Erasmo Escala.

Al señor ministro de relaciones exteriores.

II.

HOJA DE SERVICIO DEL GENERAL ESCALA.

(Extracto.)

Febrero 4, 1837. Cadete de la escuela militar.

Id. 1º, 1838. Cadete del regimiento de artillería.

Abril 25, 1838. Alférez del mismo cuerpo.

Marzo 28, 1839. Teniente del id.

Noviembre 18, 1846. Ayudante mayor del id.

Mayo 23, 1848. Capitán del id.

Abril 26, 1851. Sargento mayor del id.

Enero 12, 1852. Teniente coronel del id.

Diciembre 29, 1852. Comandante del batallón Buin 1º de línea.

Junio 27, 1859. Graduado de coronel en id.

Agosto 5, 1861 Coronel efectivo de id.

Id. 13, 1861. Comandante general de artillería.

Id. 19, 1861. General de brigada.

Febrero 27, 1872. Director de la Escuela Militar.

Noviembre 4, 1876. Vocal suplente de la comisión calificadora de servicios.
 Mayo 2, 1877. Vocal propietario de la misma comisión.

III.

LOS ADIOSES DEL SUBTENIENTE RAFAEL TORREBLANCA (MUERTO DE
 CAPITÁN EN TACNA) AL PARTIR DE COPIAPÓ EN OCTUBRE DE 1879.

ADIOS.

Lucero misterioso del amor
 Que brillas entre nubes escondido,
 Al fulgor de tus rayos he sentido
 Tembloroso mi pecho palpitar.
 ¡Voy a partir! El dedo del destino
 Me señala quizás en lontananza
 Un remoto sendero de esperanza
 Que conduce a las gradas de tu altar.

Voy a buscar en medio de la guerra,
 Entre el humo sangriento del combate,
 Una bala piadosa que me mate
 O algún rayo de luz para mi sien;
 Un rayo que alumbrando mi existencia
 Me permita llegar hasta tu lado
 De triunfales laureles coronado,
 Para ponerlos todos a tus pies.

Cuando suene el clarín de la batalla,
 Bastará, Clementina, tu memoria
 Para lanzarme en pos de la victoria
 Con altivo y osado corazón;
 Y si el plomo enemigo me derriba,
 Tu nombre solo, fulgida lucero,
 Brotará de los labios del guerrero
 Como el postrero y eternal adiós.

Mil veces por dichoso me daría
 Si al tomar el fusil de la matanza,
 Una sola palabra de esperanza
 Pudiera de tus labios arrancar;
 Y si caigo y derramas una lágrima
 Por la memoria pálida del muerto,

Las arenas candentes del desierto
Conmoverse mis restos sentirán.

Cuando bese la brisa tus mejillas
Y jugando en tu rubia cabellera,
A tu oído murmure placentera
Vagas frases de goces y de amor,
Entonces, ¡ay! recuerda que te adora
Más que a su vida un mísero soldado,
Que deja al separarse de tu lado
En estas líneas su postrer adiós.

CAPÍTULO XX.

ENTRE ARICA Y LIMA.

(EL CAMPO DE LOS ALIADOS DESDE JULIO A OCTUBRE).

Líneas de operaciones y puntos de desembarco que se ofrecen al ejército chileno al invadir el Perú. Situación de Lima en octubre de 1879 y su completo estado de indefensión. Disolución del Congreso y su manifiesto. Aprestos de defensa. Emisión de treinta y dos millones de soles. La línea de Mollendo a Arequipa, y fortificaciones de aquel puerto. Las defensas de Arica y su guarnición en octubre. Nuevos fuertes a barbata y personal de sus defensores. Guarda de las caletas y quebradas vecinas, y vestigios de los chilenos en la quebrada de Vitor. Llegan a Arica dos mil hombres del Cuzco al mando del coronel Luna. Epístola cordial de Montero a Suarez, recomendando a Saenz Peña. La moral del ejército aliado de Arica y Tacna. Brutalidades y riñas de Daza. Deserciones y sus castigos. Increíbles mentiras del ministro de la guerra Jofré, al asegurar oficialmente que Bolivia había levantado y tenía sobre las armas 97 regimientos, batallones y escuadrones. Original decreto del gobierno boliviano mandando pagar los sueldos de la lista civil con multas y otros arbitrios semejantes. Fiestas patrias en Tacna y en Arica. Publicación de las negociaciones propuestas por Chile por medio de los emisarios Canseco y René Moreno.

“¡Haremos la guerra sin cuartel, no de palabra sino de obra; cortaremos la cabeza de los que no queden tendidos sobre la arena del combate; tal debe ser el complemento de la lucha, un río de sangre, un abismo que Chile no pueda traspasar en lo futuro, nunca jamás!”.

(*La Patria* de Lima, noviembre de 1879).

I.

¿Hacia cual comarca del extenso litoral guardado por el enemigo en desde el Loa al Tumbes, se dirigía el brillante y fornido ejército de diez mil hombres, que en la tarde del 28 de octubre había hecho rumbo desde Antofagasta en dieciocho embarcaciones a vapor, puesta la proa al Norte?

Nadie, excepto unos pocos jefes del estado mayor embarcado en el *Amazonas*, buque almirante, parecía estar al cabo del bien mantenido secreto.

En la capital misma la ignorancia era completa excepto en la Moneda y en el círculo reducido de sus íntimos.

II.

Pero entretanto, ¿a donde, con que perspectivas, con cuál estudio y acierto era dirigido el ejército que Chile, esforzando su ánimo y su erario, había acumulado en las arenas de Antofagasta, con el costo de ocho largos meses y con el menoscabo de ocho o diez millones de pesos?.

¿Iba por ventura a Lima a decidir en un solo lance, asestada la espada al corazón del adversario, la suerte de la guerra, como lo hicieran San Martín en 1820 y Búlnes en 1838?.

¿O iría a Mollendo, como Blanco en 1837, para el cortar por su centro la línea de operaciones del enemigo, corriendo el riesgo de quedar aislado al pie del Misti, en cuya falda blanquea todavía la fatídica aldea de Paucarpata?.

¿O iría como Alvarado a Moquegua para internarse en sus pestilentes valles, en busca de penurias precursoras de la derrotas?.

¿O se limitaría a la ocupación de las vecinas salitreras de Tarapacá que parecían ser el más inmediato y el más vivaz objetivo de la campaña?.

Se ignoraba todo esto, y de tal manera que, a causa de la extraordinaria demora que experimentó el convoy en su marcha al norte, se pensó por muchos en Santiago que el verdadero plan de la expedición era encaminado a la ocupación inmediata de Lima.

III.

De todas suertes el invasor era dueño absoluto del océano y de sus senderos; dueño por tanto de escoger a su albedrío el punto de agresión y el teatro de su campaña. Incalculable ventaja fue esta que nos brindara la fortuna y la bravura de nuestra joven marina.

IV.

Para darse cuenta cabal de como supo el gobierno aprovechar la última, será acertado pasar en revista con completa imparcialidad la situación respectiva de los centros enemigos a que la expedición podía ser destinada.

V.

La capital del Perú y su inmediata y formidable plaza de guerra era sin duda el punto más lejano del horizonte en que los conductores de la guerra podían detener su mirada; pero su ocupación en aquellos momentos, si bien no

se prestaba ni a los consejos de la estratégica ni a las necesidades militares de la situación que se había creado, no era ni con mucho la más ardua de las empresas por acometer, pues se hallaba aquella vasta ciudad indefensa de tropas, mal gobernada por un anciano, trabajada por los partidos y los descontentos, luchando con los vicios de la prodigalidad cuyos frutos son siempre, como en las enfermedades de la sangre, la postración, y como consecuencia de ésta, la ira. Lima tenía cuarteles pero no tenía ejército. El Callao se mostraba erizado de cañones, pero carecía de artilleros y de jefes. Todo el ejército de línea había sido asustadizamente acumulado en Tarapacá, y de él se habían formado las cuatro divisiones que antes hemos conocido y que mandaban Velarde, Cáceres, Bolognesi y Dávila. A éstas, y a la división de Ríos, se había agregado la 6ª división que llevó el general Bustamante en septiembre, cuya base fue el limeño Ayacucho y la cual recibió el nombre de *Exploradora*. Deducida la expedición Bustamante, no quedaba en Lima un solo soldado de línea, y a esto se agregó que en los primeros días de noviembre se despachó a Arica el mejor de los batallones movilizados del valle del Rimac, el batallón Canevaro o 2º de Lima, que hizo su entrada a aquel puerto el día 12 del mes citado.

Con todo esto, y si bien el empeño era más que tentador para los espíritus audaces, que suelen ser los verdaderos prudentes era la guerra, la serenidad imperturbable de la justicia nos obliga a decir que por ese tiempo no se hallaba todavía el ejército invasor suficientemente adiestrado para tan lejano intento, ni se sentía la opinión completamente madura para justificar tal acometimiento.

La gran oportunidad de la expedición a Lima había sido los dos primeros meses de la guerra que se gastaron torpe e ingloriosamente en un bloqueo de muelles y de covaderas, y en seguida volvió a serlo en los dos meses que sucedieron al desastre de la alianza en San Francisco. Pero se malogró esta coyuntura como la primera, y hoy la empresa de destruir al enemigo en sus propios centros ha venido a ser cuestión, no de gloria sino de sacrificio, no de estrategia sino de expiación. (Tan cierto era el estado de indefensión de Lima, que sus propios habitantes se imaginaron que nuestra primera expedición les estaba destinada, y desde el 31 de octubre comenzaron a preocuparse de su defensa, creándose para el caso un consejo en permanencia, declarándose en asamblea todo el país, etc., etc., todo lo cual consta de los respectivos anexos del presente capítulo. El congreso peruano que había funcionado estérilmente desde el 24 de abril, se disolvió el 24 de octubre y dando un manifiesto incoloro y parlero que en el fondo no hacía otra cosa que aconsejar la resignación al país. He aquí como terminaba este indigesto documento que fue firmado por todos los diputados presente en Lima el 24 de octubre:

“En el propósito de no mirar sino la defensa y la salvación de la república, el congreso ha pasado desapercibidas irregularidades que en otras circunstancias no habría

dejado de tomar en cuenta; ha prescindido de pequeñas cuestiones con poca medida suscitadas, procurando en medio de todo ello dar al ejecutivo todas las facilidades que había menester para contestar al país de su honra y de su integridad.

Dejando escritas en leyes las pruebas de que así ha procedido, el congreso clausura sus sesiones con la íntima convicción éxito de la lucha en que el Perú se halla comprometido, y confiando en la escrupulosa observancia de esas leyes, en el heroísmo de los pueblos, en el valeroso esfuerzo de nuestros aliados y en la protección de la Divina Providencia, su última palabra es de orden, de unión y de fe en los grandiosos destinos de la república.

Antes de separarse, el Congreso autorizó también como al principio de la guerra, la emisión de algunas toneladas de papel moneda (32 millones de soles) conforme a la siguiente ley dada el 24 de octubre:

Art. 1° Autorízase al ejecutivo para que ordene que la junta de vigilancia y la emisión fiscal emita la cantidad de 32.000.000 de soles en billetes de responsabilidad fiscal que se aplicarán a los objetos siguientes:

1° Hasta 20.000.000 para los gastos de la guerra.

2° Hasta 8.000.000 para la adquisición de elementos navales.

3° El saldo de 4.000.000 a las operaciones que demanda la mejora del cambio.

Art. 2° Los billetes fiscales serán de curso forzoso.

Art. 3° La emisión destinada a los gastos de la guerra se hará en la cantidad de dos millones mensuales desde el 1° de noviembre hasta un mes después de terminada aquella.)

VI.

En cuanto a ocupar militarmente el alteroso puerto de Mollendo y su línea férrea hasta Arequipa, era esa, operación que carecía de objeto práctico desde que el enemigo había concentrado todas sus fuerzas vivas al sur de esa línea y no quedaba por tanto nada que interceptar. Además, el puerto de Mollendo había sido fortificado en agosto y septiembre por el ingeniero don Augusto Tamayo, levantándose entre sus ásperos y casi inaccesibles farellones, tres fuertes que recibieron apropiadamente los nombres de tres jóvenes marinos caídos gloriosamente en la campaña.

El fuerte *Rafael Valarde* se hallaba situado al norte del puerto y estaba armado con dos cañones de a 100. El fuerte *Guillermo García y García* ocupaba el centro con un cañón Rodman de 150 y por último el fuerte *Heros*, situando al sur, estaba defendido por dos cañones Parrotts, de a 100.

No valía por consiguiente la pena de ir a intentar un peligroso desembarco en esa dirección: ello habría sido ir en busca del aislamiento, como el desembarco en Pacocha, ejecutado cuatro meses más tarde, fue para ir a buscar el caos.

VII.

No habría acontecido empero esto último si la expedición de Tarapacá hubiese sido llevada a aquel puerto, o más propiamente a sus caletas inmediatas de Ite, Sama y Camarones en la época en que se la condujo a Pisagua, porque entonces se habría echo forzosamente de las dos campañas del desierto una sola, ahorrándose seis meses de travesías, dos mil vidas, diez millones de pesos, y se habría duplicado la glorias militar en una gran batalla campal que de seguro habría sido una gran victoria.

Tenemos en vista para aseverar esto último, que, Arica y sus comarcas adyacentes no se hallaban en condición de resistir al empuje de nuestro ejército, como no se hallaron, a pesar de continuos refuerzos, siete meses más tarde.

Es cierto que el morro histórico de aquel puerto apuntaba hacia el mar una batería de diez cañones de gran calibre y que aun, a lo largo de la playa, nuestra culpable pereza había dado lugar a que, con el nombre de *baterías del norte*, se erigiesen tres fuertes a barbata, de no pequeña importancia en la marina. Pero el ejército que defendía esa plaza a las órdenes del contra almirante Montero no pasaba, en noviembre, de cuatro mil reclutas, incluso en ellos unos 500 artilleros, sacados en su mayor parte de los buques.

Agregaremos aquí que las *baterías del sur*, (el Morro y la isla del Alacrán), estaban servidas por 250 marineros de los náufragos de la *Independencia* y por el monitor *Manco Capac*, todo a las órdenes del capitán de fragata don José Sánchez Logomarsino. Las *baterías del norte*, llamadas Santa Rosa, Dos de Mayo y San José, habían sido confiadas al coronel de artillería don Arnaldo Panizo, oficial entendido, oriundo de la antigua nobleza de Lima, el cual tenía bajo su mando unos 300 artilleros aprendices. (Véase en el anexo la nómina del personal del cuerpo de oficiales que servían las baterías de Arica.)

VIII.

Verdad era también que Daza tenía bajo su mando en Tacna unos cuatro mil bolivianos, excelentes tropas en su mayor número, columna de resistencia de la alianza. Pero los cuerpos peruanos, sobre ser débiles y reclutas, habían sido imprudentemente diseminados a lo largo de la costa desde Ilo a Camarones y a Vitor. Al desembarcar los destacamentos peruanos en esta última, para comer la carne de los cantones en el ocio, encontraron allí, como en todas partes, los restos del esforzado y sobrio trabajo del chileno.

En cuanto a la composición de estas última tropas, era exclusivamente provincial y se componía de las milicias de Tacna y de Arica, de Arequipa y Cuzco, con algunas pequeñas columnas de gendarmes en esta forma:

Granaderos y Artesanos de Tacna, dos batallones que podrían tener entre ambos unas 800 plazas.

Batallón Arica núm. 1 y batallón Prado, éste último de guarnición en Ilo.

Batallón Arequipa núm. 13 y Cuzco núm. 9, batallón Puquina, también arequipeño, y las columnas de gendarmes y celadores de Arica y Tacna que juntos no alcanzaban a formar un batallón. (Cuando en el mes de junio el mayor don Pedro Ugarteche, que regresaba de Chile donde había formado hogar, fue a recorrer la caleta de Vítor, encontró allí varios objetos pertenecientes a una faena de mineros chilenos que la guerra había hecho desaparecer.

“Ha regresado el mayor Ugarteche (decía una correspondencia de Arica del 27 de junio), trayendo datos muy dignos de ser tomados en consideración. Vítor es una caleta de fácil acceso, y servía de puerto a un mineral trabajado por los chilenos; se conoce que huyeron de la localidad con entusiasta presteza, dejando allí en completo abandono carretas, herramientas, baúles, libros de planillas de gasto, etc. Algunos rollos de alambre también se encontraban abandonados en el camino.”

La caleta Vítor quedó guarnecida por 25 gendarmes de Arica, y la de Camarones (ambas al sur de Arica) por 50. En Camarones, donde abundan los pastos y los camarones, existió también de ordinario forrajeando una compañía de Húsares de Junin.

En agosto cupo el turno a la compañía del capitán don Modesto Pirrazo y en septiembre a la del capitán Juan Ramón Vargas.

No existen en Camarones menos de 30 a 40 cuadras de alfalfares, y de ellos se proveían las oficinas de la pampa por mar, como de los Canchones por tierra. La compañía salitrera Perú solicitaba del coronel Suarez, en agosto, se le permitiese comprar en Camarones 100 quintales de pasto por estar agotadas sus reservas.(Archivo del estado mayor peruano.)

En cuanto a las comandancias militares de las quebradas meridionales de Arica, Camarones, Vítor, Chiza, Tana, Tiliviche etc. puede vérselas en el anexo de este capítulo.)

IX.

A fines de septiembre convoyó el *Huáscar* asimismo desde Ilo una fuerte división cuzqueña que había bajado por Arequipa a las órdenes del viejo coronel don Francisco Luna, natural del Cuzco y que constaba de cerca de dos mil hombres en este orden:

Granaderos del Cuzco, comandante Gamarra, 500 plazas.

Batallón Canas, comandante Velasco, 530 plazas.

Gendarmes del Cuzco, de 514 plazas, comandante don Valentín , Quintanilla, y 209 voluntarios: total 1.753 reclutas, que eran, sin embargo, la mejor carne de cañón del ejército del Perú.

(El *Huáscar* fue en compañía del *Chalaco* a buscar la división Luna a Pacocha el 23 de septiembre, según el siguiente telegrama encontrado en Ilo: “De Pacocha a Arica.- Grau a Prado.- He fondeado a las 2.15 P. M. y espero la división. Según informes del señor prefecto, ésta no llegará hasta las 5 o 6 de la tarde.

Miguel Grau”.

He aquí también sobre este particular una carta de Montero a Suarez, única que hemos encontrado de su mano en el archivo del estado mayor peruano:

“Arica, septiembre 26 de 1879.

Señor don Belisario Suarez.
Iquique.

Muy estimado amigo:

He leído con suma complacencia su apreciable de fecha 26 del que expira por cuyo contenido quedo una vez más persuadido del sincero afecto que nos liga y de la honrosa preferencia que ha dado Ud. a mi recomendación en favor del señor Saenz Peña.

Por acá no tenemos otra cosa que comunicarle que la llegada de la división Cuzco comandada por Luna; esto me trae, no hay duda, nuevo trabajo pero en cambio entra en más agitación el espíritu, ya que por la naturaleza de la guerra actual tienen que estar nuestras tropas en una enervante monotonía.

Que goce Ud. de la mayor salud y felicidad en unión de los suyos son los deseos de su verdadero amigo y S.S.

L. Montero.

X.

La moral de estas tropas no era tampoco excesivamente levantada ni ¿como podía serlo?. Vivían los soldados en la escasez, los jefes en la penuria, Prado y Daza en el rocambor; y mientras el general Buendía se ocupaba en bautizar baterías con champaña en Tarapacá, el generalísimo boliviano pasaba de las orgías nocturnas del cuartel a los fastuosos banquetes de la patria, festejándose con gran pompa los aniversarios gemelos de los dos países aliados el 28 de julio y el 6 de agosto.

El general Daza hizo representar comedias por sus propios oficiales en el escenario de Tacna, al paso que él mismo las representaba todos los días a

domicilio, sea riñendo con sus sus prestigiosos jefes, como aconteció con el general Pérez a fines de septiembre; sea decretando que los sueldos de todos los empleados civiles de Bolivia se pagasen con multas; sea, en fin, proscribiendo a sus enemigos personales como con extremo rigor lo llevó a cabo respecto al coronel Lafaye, a quien desterró bajo escolta al Beni; o poniendo en la cárcel a los que le reclamaban sus sueldos como al ciudadano sueco don Julio Bergman, que había sido contratado en Buenos Aires como ingeniero militar. (Este mismo carácter tenía en el campo boliviano el viejo comunista conde Raoul Da Buisson, pero se concluyó por negar a éste la entrada a los cuarteles. Da Buisson había llegado a Bolivia desde el Paraguay haciendo este viaje a pié con su desgraciada esposa; ¡tal era su pobreza!

Las desertiones eran tan frecuentes en el campo boliviano como los espías verdaderos o supuestos; y fue preciso emplear el rigor de destituir a capitanes de cuerpo por haber dado licencia para salir del campamento a los soldados. Otro tanto sucedía en el campo peruano, y de esto hemos hallado un curioso telegrama que dice así:

“Comandante CHAVEZ.- LA PUNTA.- TAMBO.

Ilo, septiembre 10 de 1879.

Tu HIJO HA DESERTADO: además *se me van* cuatro individuos. Galdas los persigue; manda dirección de todos los caminos gente para que los aprenda; pago todos los gastos y gratificaciones.

Somocurcio”.

Respecto de la miseria de Bolivia y del pago de los sueldos en la forma apuntado, puede verse el curioso documento que se registra en el anexo, y que lleva la fecha del 29 de julio. Sin embargo, en una circular dirigida en octubre por el general Jofré, ministro de la Guerra, a los prefectos de Bolivia, y a propósito del entusiasmo de este país por la guerra, se hablaba de *noventa y siete* regimientos, escuadrones y batallones organizados para la campaña. De éstos, *cinquenta* batallones y más de veinte escuadrones correspondían a la guardia nacional y 17 batallones, 5 regimientos y 5 escuadrones al ejército de línea. He aquí como el fantástico ministro se expresaba textualmente a este respecto:

“El ejército de línea fue inmediatamente elevado a 17 batallones, 5 regimientos y 5 escuadrones, que se dividieron en 6 divisiones, de las que las 5 primeras podían maniobrar independientemente, y la de “Vanguardia” o “Legión bolivianas” con sus 9 escuadrones estaría dispuesta a atender y llenar los objetos más importantes de la campaña”.

Respecto de desertiones publicamos en seguida una sentencia sacada de los frecuentes sumarios de Daza:

“ESTADO MAYOR GENERAL EN TACNA, A 27 DE JUNIO DE 1879.

Vistos: con lo expuesto por el auditor general, y a fin de cortar de raíz en el ejército el espíritu de inobediencia y arbitrariedad, se separa del servicio de las armas al capitán

Manuel María Castellón del Batallón Aroma 2° de Cochabamba, que infringiendo las órdenes generales, dio licencia a dos individuos de tropa., para que vengan de Calama a esta ciudad.

Trascríbase esta resolución a los comandantes generales de Cochabamba y de la cuarta división.

Tómese razón.

H. Daza”.)

XI.

Sirvió también por este tiempo de distracción y de alegre comento en el campo de los aliados la publicación hecha a todos los vientos y con grandes alharacas de lealtad y regocijo, de las comunicaciones diplomáticas que uno de los ministros de Chile había enviado en dos ocasiones al presidente de Bolivia y que dos veces también una doble infidencia traicionó.

La lectura de esos documentos entre los anexos orientará al lector sobre su alcance, que por lo menos fue prematuro, como los sucesos se han encargado de probarlo.

XII.

La posición militar de Arica aun en época tan avanzada como la que tocamos (octubre de 1879), era pues, a virtud de lo que queda narrado en este capítulo, comparativamente débil, pero no al punto de hacer inclinar la balanza de la resolución definitiva de una manera absoluta en su favor.

Cortar al ejército de Tarapacá en aquella línea era talvez un movimiento estratégico de más rápida y de más radical ejecución; pero de igual manera podía verificarse esa operación de guerra desembarcando más al sur, y esto fue lo que, a la postre de muchas vacilaciones, se puso por obra, coronando éxito espléndido el tardío pero seguro intento.

Es esto lo que vamos a comenzar a ver desde el próximo capítulo.

ANEXO AL CAPÍTULO XX.

I.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LA DEFENSA DE LIMA, EN OCTUBRE Y
NOVIEMBRE DE 1879.

EL CONCEJO PROVINCIAL ETC.

Considerando:

Que la alarmante situación en que se encuentra la república a consecuencia de la guerra actual, requiere la adopción de medidas perentorias y enérgicas que salven la ciudad de Lima de los peligros que la amenazan;

Que la representación de la ciudad encomendada al Consejo no puede en la actualidad concretarse únicamente a la satisfacción de sus necesidades locales;

Que cualesquiera que sean las medidas que tome el supremo Gobierno, para la defensa de la ciudad, es deber ineludible del Consejo adoptar por su parte las que garanticen la vida y propiedad de sus habitantes;

Que la dirección del concurso individual en defensa de la patria toca inmediatamente a los municipios por sus relaciones íntimas con los ciudadanos;

Resuelve:

1° Se declarar en sesión permanente y continua para ocuparse con toda preferencia de la defensa de la ciudad.

2° Reiterar al supremo gobierno la petición de la alcaldía referente a la organización militar de las columnas de la guardia urbana municipal que serán formadas de nacionales.

3° Solicitar el concurso del honorable Consejo departamental para dirigirse al jefe del Estado y manifestarle las exigencias de la situación.

4° Organizar comisiones para los diez distritos de la capital, con el fin de hacer inmediatamente un llamamiento al pueblo para comenzar, sin pérdida de tiempo, los trabajos que exige la defensa de la ciudad.

5° Dictar las órdenes convenientes para que los consejos de distrito envíen a esa ciudad el contingente de individuos armados con que repeler toda agresión.

Lima, octubre 31 de 1879.

P.M. Rodríguez.- José A. De los Ríos.- G.A. Seoane.

LUIS LA PUERTA

PRIMER VICE-PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA, ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO.

Por cuanto:

Es indispensable dictar las medidas necesarias para prevenir una invasión posible a la capital y poner a ésta en perfecto estado de defensa;

Decreto:

Art. 1° Se declara en asamblea a los departamentos de Lima, Callao e Ica.

Art. 2° El ejército hará servicio estricto de campaña al frente del enemigo, según las ordenanzas.

Art. 3° Todo peruano, desde la edad de 18 años hasta la edad de 60, se presentará a reconocer jefes, en los locales que señalen los prefectos respectivos .

Art. 4° Se declara en pleno vigor todas las disposiciones referentes al estado de asamblea en los departamentos mencionados en el art. 1°.

Comuníquese, publíquese por bando y espídanse las órdenes respectivas.

Dado en la casa de gobierno.- Lima, a 2 de noviembre de 1879.-

Luis La-PUERTA.- *Manuel G. de La-Cotera*, presidente del consejo y ministro de guerra.- *Rafael Velarde*, ministro de relaciones exteriores.- *Buenaventura Elguera*, ministro de gobierno.- *Adolfo Quiroga*, ministro de justicia.- *J. M. Quimper*, ministro de hacienda.

BANDO SOBRE EL ALISTAMIENTO MILITAR.

MANUEL ANTONIO VILLACAMPA

CORONEL DE CABALLERÍA DE LA GUARDIA NACIONAL Y PREFECTO DEL DEPARTAMENTO.

Atendiendo: a que según el art. 3° del supremo decreto que declara en asamblea a los departamentos de Lima, Ica y Callao, toca a los prefectos respectivos designar los locales en que deben presentarse los ciudadanos a reconocer jefes.

Ordeno:

Art. 1° Los ciudadanos residentes en esta capital y sus suburbios y que, conforme al supremo decreto citado, estén en aptitud de prestar el servicio de las armas, se presentarán en el perentorio término de tercero día, en los locales de los conventos de “Santo Domingo”, “San Francisco” y la “Buenamuerte” reconociendo como jefes, respectivamente, a los señores coroneles graduados don José G. Cherearse, don José Federico Salas y don Manuel Leyseca.

Art. 2° Los que no cumplan esta disposición, serán enrolados, por medio de la fuerza pública, en los cuerpos del ejército o castigados con arreglo a las leyes.

Art. 3° El subprefecto de este cercado queda encargado de la estricta observancia de este decreto.

Dado en la casa prefectural de Lima, a los 4 días del mes de noviembre de 1879.

MANUEL A. VILLACAMPA.

José A. del Río.
Secretario.

LAS FORTALEZAS DE ARICA.

CUADRO DEL PERSONAL DE LA COMANDANCIA GENERAL DE LAS BATERÍAS Y FUERZAS DE ESTA PLAZA.

Comandante general, contra almirante, don Lizardo Montero. Secretario, teniente 1° de la armada, don José Manzanares.

Ayudantes de comandancia general:

Teniente coronel graduado, don Daniel Fernandini.

Id. id. id., don Luis F. Seguin.

Ayudante personal, teniente 1° de la armada, don Manuel C. Delgado.

Ayudante de campo nombrado por la república de Bolivia, teniente coronel graduado, don José Manuel Pando.

Amanuenses: don José Domingo Coloma, don Fabio Guerra y don Manuel S. Camacho.

Fortalezas.

Las fortalezas de Arica están divididas en baterías del sur y baterías del norte.

Las baterías del sur las forman las del Morro y las de la isla del Alacrán, que se estaba fortificando.

El jefe de estos fuertes es el capitán de fragata don José Sánchez Lagomarsino, y los oficiales que comandan las respectivas baterías son los siguientes:

Teniente 1°, Rómulo Espinar; capitán artillero. Daniel Nieto; id. id., Adolfo King; id. id. Cleto Martínez; teniente 1° Miguel Espinosa; id. id., N. Pizarro; id. 2°, Gómez Caravedo.

Las baterías estén montadas con cañones Vavasseur de a 300; Parrott de a 250 y Vorus de a 70; y tienen una dotación de 250 marineros.

Las baterías del norte se forman de los fuertes: Santa Rosa, Dos de mayo y San José.

Los jefes de estos fuertes son: coronel, Arnaldo Panizo; teniente coronel, Juan P. Ayllon; sargento mayor, Pedro Ugarteche; capitán ayudante mayor, Manuel Saavedra Masías; capitán agregado, Ricardo Ugarte.

Oficiales que comandan las baterías.

Santa Rosa.- Sargento mayor, José R. Otero; capitán, Adolfo Martijena; teniente, Francisco Seguin; subteniente, David León; id., Benjamin Pacheco.

Dos de mayo.- Sargento mayor, Augusto C. Soto: teniente, Eduardo del Castillo; id. Luis Genzollen; subteniente, Juan F. Ortiz.

San José.- Sargento mayor, Nicanor García Goitisoló; teniente, José S. Mori; id., Andrés Medina; subteniente, Gustavo Muenta; id., Teobaldo Rivero.

Las baterías están montadas con cañones Vavasseur de a 300 y Parrott de a 250.

La dotación de los fuertes consta de 300 artilleros.

III.

COMANDANCIAS MILITARES DE LAS QUEBRADAS SITUADAS AL SUR DE ARICA.

INTRUCCIONES A QUE DEBEN SUJETARSE LOS COMANDANTES MILITARES QUE A CONTINUACIÓN SE EXPRESAN:

Sargento mayor don Demetrio Arauco, “Quebrada de Camarones”.

Idem graduado don Francisco Callejas, “Chiza”.

Capitán don José Antonio Benavides, “Tana”.

Idem graduado don Miguel Revelo, “Tiliviche”.

1° Marchará a situarse al punto de su destino llevando una nota del señor general prefecto del departamento para la autoridad política local para que le preste todos los auxilios que le demande con el objeto de llenar su comisión.

2° El señor coronel graduado don Manuel Masías es el intendente del campo en el teatro de la guerra: este jefe se presentará allí, al paso del ejército aliado. Se pondrá en este caso a las órdenes de él, le dará cuenta de los pedidos que haya hecho y si éstos han sido satisfechos para que pueda dictar las medidas que demande las necesidades de la reparación de alguna falta.

3° Dado caso de que aquel jefe no se presentase, procederá por sí, haciendo proporcionar al ejército aliado todo cuanto se le demande en materia de auxilios para su subsistencia y marcha, procediendo en cuanto sea posible de acuerdo con la autoridad local.

4° El contratista de la carne don D. Puch Gómez y compañía o en su defecto algún representante suyo, tiene la orden de proveer allí de una libra de carne por plaza, incluso los señores jefes y oficiales, empleados y dependencias pertenecientes a ese gobierno, cuidando de legalizar los respectivos recibos. Dado caso de que este representante no se presente allí con la debida anticipación, pedirá a la autoridad política el número de reses que sean necesarias, y si aun no existe allí ningún funcionario de este carácter, mandará un telegrama al punto más inmediato de la línea, con el carácter de urgente, para que lo trasmitan a este estado mayor general ordenando al conductor que allí exprese la respuesta.

5° El señor coronel Masías tiene depósito de mulas para la movilidad de ese ejército y dará sus órdenes en ese sentido, pero si por acaso no estuviere presente procederá por sí,

solicitando de la autoridad con la debida anticipación toda la movilidad que sea necesaria, procediendo a exigir de los dueños de ellos la remisión del número que tengan.

6° De toda omisión o faltó será responsable, cuando tenga que obrar por sí, no limitándose únicamente a lo que estas instrucciones le prescriben, sin que por su parte subsanara la parte no prevista, teniendo presente que por su amor al país y buen crédito en el desempeño de esta comisión, está obligado a tomar por sí todas aquellas medidas no previstas en las presentes instrucciones.

Iquique, junio 16 de 1879.

Belisario Suarez.

IV.

LA FALENCIA DE BOLIVIA DECLARADA POR SU PROPIO GOBIERNO.

EL CONSEJO DE MINISTROS ENCARGADO DEL PODER EJECUTIVO DE BOLIVIA.

Considerando:

Que la actual guerra con Chile hace necesaria la aplicación de los ingresos de la república a los gastos que ella demanda;

Que habiéndose votado un arancel para los empleados judiciales de primer grado, hay que ocurrir a medios extraordinarios para cubrir en parte los haberes de las cortes y fiscalías de distrito;

Que el medio consiste en aplicar a este objeto el producto de las multas judiciales, la pérdida de depósitos en recursos de nulidad, el ingreso del cinco por ciento en las herencias voluntarias, y el eventual por herencias vacantes;

Que puede el gobierno percibir con carácter de empréstito el fondo de multas judiciales escusándose por otra parte de este empréstito, con los que ha permitido disponer a algunos ayuntamientos, de los fondos de instrucción pública, decreta:

Art. 1° Las cortes de distrito de la república percibirán a buena cuenta de sus haberes mientras dure la actual guerra: 1° las multas judiciales y la pérdida de depósitos por improcedencia de recursos de nulidad; 2° el valor de las herencias vacantes y el cinco por ciento de las herencias voluntarias.

Art. 2° El fondo determinado en los casos 1° y 2° del artículo anterior, se percibirá con carácter de empréstito nacional.

Art. 3° Las cortes nombrarán un vocal colector, encargado de la recaudación en todo el distrito judicial de los ingresos especificados en el artículo 13, bajo la inspección de la corporación. En los distritos unipersonales, bajo la inspección del respectivo fiscal.

Art. 4° El vocal colector y el juez superior en los distritos donde no hubiere tribunales multipersonales de 2ª instancia, llevará la respectiva cuenta de los ingresos y egresos de que trata el presente decreto.

Art. 5° Al fin de cada mes, el vocal colector comunicará a las municipalidades acreedoras y a los tesoros departamentales deudores, su planilla de ingresos para que cada uno sienta la respectiva partida de débito o crédito.

Art. 6° Los presupuestos de los funcionarios judiciales de 2ª instancia, después de especificado y sumado el cargo, llevarán en seguida el capítulo de abonos, provenientes de los ingresos del artículo 1°, y cuyo monto mensual, distribuirá proporcionalmente el vocal colector entre los demás de la corte, el fiscal y subalternos, con excepción de los secretarios de cámara, que perciben derecho de arancel.

Art. 7° El tesoro público acreditará en favor de los empleados de segunda instancia, el valor del presupuesto, y en favor de cada municipalidad acreedora, la cantidad del avance que proviniese de fondos municipales, abonando al presupuesto la buena cuenta recaudada por el vocal colector.

Art. 8° Las partidas de ingresos se firmarán en el libro de cuentas por el que las haya endosado o por su mandatario. El certificado que de ellas diere el vocal colector con el visto bueno del presidente y el sello de la oficina, servirá de suficiente recibido de descargo a los interesados.

Art. 9° El certificado determinado en el artículo anterior, servirá para los efectos de los artículos 93, 94, 95, 96, 817, 818 y 819 del procedimiento civil. Se otorgará en papel timbrado, marcándolo con un sello especial.

El ministro de justicia, instrucción pública y culto queda encargado de la publicación y ejecución de este decreto, que es dado en La Paz a 29 del mes de julio de 1879.

PEDRO J. DE GUERRA.

Eulogio D. Medina.

Julio Méndez.

V.

DOCUMENTOS RELATIVOS A LAS NEGOCIACIONES DE PAZ Y
ALIANZA DE CHILE CON BOLIVIA EN MARZO Y EN MAYO DE 1879.

I.

MANIFIESTO DEL CORONEL CANSECO SOBRE SU MISIÓN, DESPUÉS DE
CALAMA.

“El *Comercio*, periódico de esta ciudad (14 del mes que corre,) en la sesión “transcripciones”, registra dos acápites alusivos a mi persona, en los términos siguientes:

El general Daza, muy distinguido por la propuesta hecha por parte de Chile y por conducto del general Canseco, ha ordenado seguirle consejo de guerra y la publicación de las cartas que se le dirigieron con este objeto. Tales propuestas se reducían a que: Bolivia cediera el litoral en cuestión, a Chile, éste, en cambio. aseguraba a Bolivia la posesión de Arica y Tacna.

Caso de no aceptar Daza *estas ventajas* se le darían doscientos mil pesos para que fuera a Europa, dejando la presidencia a Canseco, quien sería apoyado por el gobierno chileno. A pesar de la prisión de Canseco, se operó un movimiento en su favor.

Tal es la transcripción de comentarios tomada de un periódico de la Serena.

Agradezco por ella al señor Editor de *El Comercio* quien me proporciona la ocasión de vindicar mi honor villanamente mancillado en un periódico chileno que hasta hoy no había llegado a mis manos. Es deber de la prensa hacer luz en las tinieblas; y puesto que se quiere proyectar sombras sobre la honorabilidad de mi conducta, ella me ayudará a disiparlas.

Bastaría un sencillo razonamiento para persuadir al más empecinado de mis enemigos de que la misión que se me atribuye no puede menos que ser calumniosa y falsa. Si ella hubiese sido positiva ¿como es que el general Daza no castigó al jefe que trajo tan indignas proposiciones? ¿Donde está el Consejo de guerra que se instaló contra mí? ¿Donde el juicio que se me ha seguido para penarme de tan miserable y baja artería? Ocurro al buen sentido de los hombres sensatos y a la respetable palabra del capitán general del ejército boliviano para que hagan tangible tan descomunal contrasentido.

La Cancillería de Santiago acostumar tomar consejo del interés particular de sus hombres de Estado. Nadie ignora que aun la actual guerra del Pacífico no reconoce otra causa eficiente que la perspectiva de un lucro menor en los negocios *ministeriales* de la Compañía de Salitres.

Pero no es eso lo más extraño. Chile, pequeño en las fuentes en que se inspira, lo es también en los medios que pone en juego. Ahí está toda la ventaja de la política chilena sobre la de las otras naciones. Deslizar una palabra ambigua en un tratado, izar una bandera falsa, sacar partido infidente de una conferencia privada, acechar y sorprender los incidentes más pequeños, son recursos poderosos para Chile. Política de Talleyrand: “una sonrisa oportuna puede decidir un gran negocio de Estado”.

Y bien, la astucia del gabinete de la *Moneda*, me encontró en su camino.

Más para disipar hasta la menor duda que aun pudiera quedar, voy a referir todo cuanto se relaciona con este asunto.

Tomado yo prisionero en Miscantí, después de la acción de Calama, se me condujo a Antofagasta por Tocopilla. En el trayecto, el coronel don Emilio Sotomayor, jefe de la división del inicuo atentado que nos trae a la guerra, me ofreció, bajo palabra de honor, ponerme en libertad igualmente que al comandante Castillo, que iba conmigo, tan luego como llegásemos a Tocopilla. Más por desgracia no fue así y faltó a su palabra (Conservo un documento al respecto). Llevado a Antofagasta a los tres días en el *Tolten*, se me transbordó a la *Esmeralda* ya en la bahía, habiendo permanecido allí hasta el día siguiente, de donde me sacaron a las doce de la noche para llevarme a tierra. Allí fue donde por primera vez Sotomayor me habló del famoso proyecto de ceder a Chile el litoral boliviano, en cambio de Tacna y Arica. Decía aquel señor que Bolivia en vez de tomar armas contra Chile, debía aliarse con esta nación para hacer guerra al Perú, que no podía defender sus poblaciones del sur, como Bolivia no puede defender ni gobernar su lejano litoral.

No solo razones de hidalguía, de tradiciones históricas, de la fe que merecen los pactos internacionales, me hacían rechazar tan singular proyecto, sino el sentido común me decía, que no se rebajaría Bolivia hasta el extremo de imitar en deslealtad a su enemigo.

Sotomayor insistía: en todas las entrevistas que tenía conmigo, no me hablaba de otra cosa que de la felonía de tomar a Arica y Tacna, y yo de que cumpliera con su palabra de ponerme en libertad, recordándole todos los vínculos morales y hasta materiales que unen a Bolivia con el Perú.

Fue talvez por esa moderación estudiada con que le contestaba, que Sotomayor me creyó convenientemente preparado para hacerme servir, ya que no de órgano de propuestas,

más o menos oficiales, al menos de medio para insinuar esa voz anónima que proyecta la anexión de Arica y Tacna.

Más, al fin, el señor Sotomayor me dio libertad, ya sea por lo que llevo dicho, o ya porque quiso cumplir con su palabra de honor comprometido solemnemente. Pero mi situación era aun algo más apremiante y difícil, había perdido cuanto llevaba conmigo a Calama y no tenía como hacer uso de la libertad que se me había dado. Ocurrió a mi distinguido amigo don Napoleon Perú, y él fue quien me prestó los fondos necesarios para conducirme hasta esta ciudad, y no *otras personas*, como se ha dicho.

Si he llamado la atención del público, ha sido por no autorizar con mi silencio acusaciones inauditas y por que tengo la convicción de no haber puesto una mancha de infamia en toda mi carrera pública, ni en el nombre que me legaron mis padres.

El Perú con quien hoy fraternizamos todos los bolivianos, y Bolivia, mi patria querida, apreciarán estas declaraciones en la manera que más se conforme con la verdad y con las exigencias de un severo razonamiento. Si unos y otros aun no quedasen satisfechos, dispuesto estoy a responder a todas las interpelaciones que se me hagan, porque la verdad y la inocencia no buscan las sinuosidades umbrosas para ocultarse, sino la publicidad y la luz para ostentar su pureza.

Tacna, 18 de junio de 1879.

Belisario D. Canseco.

II.

PROPOSICIONES DEL SEÑOR SANTA MARÍA, MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES, ENVIADAS CON EL ESCRITOR BOLIVIANO DON RENÉ MORENO EN MAYO DE 1879.

REPÚBLICA DE CHILE.- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

Santiago, mayo 29 de 1879.

Interesado el gobierno de Chile en poner termino a la guerra que sostiene contra Bolivia, mira con placer la buena disposición de usted para coadyuvar a la consecución de ese deseo.

En consecuencia, el gobierno de Chile vería con satisfacción que usted se acercase al excelentísimo presidente de Bolivia y le signifique nuestros sentimientos a ese respecto.

Mi gobierno esperó que el de Bolivia escuchará con benevolencia cuanto usted le exponga en ese sentido y en conformidad a lo que usted ha representado en nuestras conferencias verbales. La palabra de usted contará en su abono sus antecedentes personales y la presente nota.

Dando a usted desde luego mis agradecimientos por el notable espíritu que le anima, me ofrezco de usted atento servidor.

Domingo Santa María.

Al señor don René Moreno. (Cuando estos documentos fueron publicados en Tacna en septiembre de 1879, se suprimió expresamente este nombre.)

REPÚBLICA DE CHILE.- MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES.

Bases.

1° Se reanudan las amistosas relaciones que siempre han existido entre Chile y Bolivia y que solo se han interrumpido desde febrero del presente año. En consecuencia, cesa la guerra entre las dos repúblicas y los ejércitos de ámbos se considerarán en adelante como aliados en la guerra contra el Perú.

2° En testimonio de que desaparecen desde luego todos los motivos de desavenencia entre Chile y Bolivia, se declaró por esta última que reconoce como de la exclusiva propiedad de Chile todo el territorio entre los paralelos 23 y 24 que ha sido el que mutuamente se han disputado.

3° Como la república de Bolivia ha menester de una parte del territorio peruano para regularizar el suyo y proporcionarse una comunicación fácil con el Pacífico, de que carece al presente, sin quedar sometida a las trabas que le ha puesto siempre el gobierno peruano, Chile no embarazará la adquisición de esa parte del territorio ni se opondrá a su ocupación definitiva por parte de Bolivia, sino que por el contrario le prestará al presente la más eficaz ayuda.

4° La ayuda de Chile a Bolivia consistirá, mientras dure la guerra actual con el Perú, en proporcionarle armas, dinero y demás elementos necesario para la mejor organización y servicio de su ejército.

5° Vencido el Perú y llegado el momento de estipular la paz, no podrá ella efectuarse por parte de Chile mientras el Perú no la celebre igualmente con Bolivia, en cuyo caso Chile respetará todas las concesiones territoriales que el Perú haga a Bolivia o que ésta imponga a aquél.

Tampoco podrá Bolivia celebrar la paz sin la anuencia e intervención de Chile.

6° Celebrada la paz, Chile dejará a Bolivia todo el armamento que estime necesario para el servicio de su ejército y para mantener en seguridad el territorio que se le haya cedido por el Perú o que haya obtenido de éste por la ocupación, sin que le haga cargo alguno por las cantidades de dinero que haya podido facilitarle durante la guerra, las que jamás excederán de 600.000 pesos.

7° Queda desde ahora establecido que la indemnización de guerra que el Perú haya de pagar a Chile habrá de garantizarse precisamente, atendida la situación financiera del Perú y su informalidad en los compromisos, con la explotación de los salitres del departamento de Tarapacá y los guanos y demás sustancias que en el mismo pueden encontrarse.

Una convención especial arreglará este asunto.

Iguales convenciones se celebrarán sobre los demás puntos que sea necesario precisar, esclarecer y completar.

(Es copia)

J. E. de Guerra
Jefe de sección

III.

NOTA DEL MINISTRO REYES ORTIZ AL ENVIADO DE BOLIVIA EN BUENOS AIRES, REVELANDO Y CARACTERIZANDO A SU MANERA LAS PROPUESTAS DE CHILE.

EJÉRCITO BOLIVIANO.- SECRETARIA GENERAL.

Tacna, julio 10 de 1879.

Señor:

Acompaño originales dos documentos cuya alta importancia hará valer Ud. ante el Excmo. gobierno de la República Argentina, llamando su atención sobre la política falsa y desleal que en todos tiempos ha guiado al gabinete de Santiago, cuando se ha tratado del ensanche de su territorio.

Ellos hacen ver que las diferentes tentativas de los hombres público y ciudadanos particulares de Chile, para inclinar a Bolivia a un acto de conquista del territorio peruano, toman hoy día la forma oficial, precisamente en los momentos en que una guerra injusta provocada por Chile ha puesto sobre las armas a las dos naciones hermanas, aliadas para garantizarse la integridad de sus territorios y el libre ejercicio de su soberanía.

El señor capitán general del ejército de Bolivia ha rechazado las proposiciones con la indignación que se merecen y con la honorabilidad que cumple al jefe de una nación que no manchará sus antecedentes; y quiere que ponga Ud. en conocimiento del Excmo. gobierno de esa república para que pueda penetrar el espíritu de deslealtad con que Chile obra, con tal de afianzar la escandalosa usurpación de nuestro litoral que ha perpetrado a título de reivindicación.

La sagacidad de Ud. hará comprender al Excmo. gobierno de la República Argentina, que Chile pretende a todo trance el dominio del Pacífico, y que si al presente hace concesiones en la cuestión que sustenta con esa república, es solamente por salir de su situación apremiante para volver a suscitarla con más ventaja cuando la suerte de las armas pudiera darle la victoria.

Ninguna situación es más oportuna que la presente para poner a raya a esa nación ambiciosa, encerrándola en sus justos límites y afianzando así, por la acción de las tres naciones, la paz y la tranquilidad de la América Meridional; y no de debe esperarse que el sensato y previsior gabinete de Buenos Aires olvide los sagrados intereses de su nación y los de las demás naciones que con ella están ligadas por muchos vínculos. Una política halagadora del presente, impuesta por la situación, podría talvez sacrificar el porvenir de las tres naciones.

La República Argentina puede dar fin a la guerra con una sola palabra, evitando que a torrentes se derrame la sangre de los americanos y ahorrando los demás desastres consiguientes. La América entera tiene derecho para esperar esa palabra. El incidente de que saco mención debe arrancársela.

El señor capitán general me encarga decirle que debe Ud. excusar el nombre de la persona a quien estaba encomendada la gestión, que no se ha borrado por no desvirtuar el documento, y que haciendo Ud. tomar copia legalizada en el ministerio de relaciones exteriores, se devuelvan los dos documentos originales con este mismo correo de gabinete.

Con sentimientos de alta consideración me suscribo de Ud.

A. y S. S

Serapio Reyes Ortiz.

Al señor doctor don Antonio Quijarro. enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de Bolivia en la Confederación Argentina.- Buenos Aires.

CAPÍTULO XXI.

LA ESPERA.

(PATILLO Y PISAGUA)

Persuasión originaria de los peruanos de que el ejército de Chile invadiría a Tarapacá.- Su vacilación entre Patillos y Pisagua.- Viaje de exploración del ministro Sotomayor y del coronel Velázquez en el *Blanco*. Patillos es el plan de los cucalones y Pisagua el de los militares.- El envío del Santiago a Quillagua extravía el criterio de los peruanos, y una excursión acertada del *Loa* los confirma en que el punto de desembarco es Patillos.- Aprestos apurados y órdenes apremiantes del general Prado al comandante militar de aquella caleta.- Expedición imaginaria de 250 jinetes chilenos a Huanillos.- Prado sospecha que el desembarco puede ser en Arica y manda preparar la movilidad del ejército de Tarapacá para dirigirlo a Camarones.- Medidas que se toman desde el mes de junio para fortificar Pisagua.- El coronel Méndez, el capitán Becerra y el ingeniero sueco Bergman.- El coronel Recabárren es nombrado jefe militar de Pisagua a fines de agosto, y apuros de este jefe a última hora.- Hasta donde llegaba la imprevisión y la penuria de los peruanos en Tarapacá.- Se contentan con celebrar fiestas y bautizos de cañones.- Convites del y al general Buendía.- Riñas del canónigo Pérez con el coronel Granier en el Alto de Pisagua.- Los peruanos por su desorganización, están vencidos de antemano.- La última y tranquila orden del día antes del asalto.

“Molle, octubre 17.- Cáceres a Buendía, Iquique,

Buque enemigo tomó un bote de pescadores cerca de la caleta, viene entrando otra vez a caleta. ¿Bajo con artillería y hago fuego?. Se divisa otro vapor del sur”.

“Molle, octubre 17.- Cáceres a Buendía, Iquique.

Enemigo ha mandado un bote con dirección a tierra, caleta, ¿les hago fuego?”.

“Iquique, octubre 17.- Buendía a Cáceres, Molle.

Si intentan desembarcar, hágales fuego”.

“Molle, octubre 17.- Cáceres a Buendía, Iquique.

Bote enemigo atracó al buque fondeado en la caleta, pocos momentos después se retiró a su buque, transporte de éstos hace rumbo al sur”.

(Telegramas peruanos del mes de octubre.)

I.

Desde que los peruanos coronaron con su ejército las alturas de Iquique, y los chilenos se pusieron al tardo acecho de Antofagasta tuvieron aquellos por cosa cierta que los últimos irían a agredirlos a sus médanos, y con ese propósito firme se prepararon a la defensiva con fosos y minas, cañones y ardides. Era la lucha sorda de la arena contra la arena, del desierto contra el desierto, en la cual el océano o la pampa, este mar petrificado, serían solitarios y únicos testigos.

Vacilaban únicamente los jefes del cuartel general de Iquique en designar en el mapa de sus costas, cual sería el punto de entrada para el invasor, cambiando con frecuencia de rumbo entre Pisagua y Patillos, dos puntos equidistantes por el norte y por el sur (16 leguas peruanas y 37 millas marítimas) de su cuartel general y centro de operaciones.

II.

Al principio, y durante el bloqueo se mantuvieron en Arica y en Iquique temerosos de la aparición de los chilenos por Pisagua, que era para los bloqueados de la última ciudad la puerta falsa del desierto; pero después del bloqueo se inclinaron a pensar que el desembarco de los invasores se verificaría hacia el sur, en algunas de las caletas que se extienden desde la desembocadura del Loa, junto a Huanillos, a la playa abierta de Chucumata, al sur del Molle. Pero fuera que los movimientos estratégicos de nuestros buques los engañasen en su visual, fuera revelaciones de bien pagados espías, fuera que en Patillos existe un ferrocarril que conduce al interior por el espacio de más de cien kilómetros hasta las ricas salitreras de la Alianza, que son camino de la Noria a Quillagua, recelaron desde los primeros días de septiembre que el ataque les llegaría por aquel rumbo. (Véase en el anexo una serie de comunicaciones inéditas (además de los telegramas del epígrafe) en que se da cuenta de varios movimientos de nuestros buques, tendentes a extraviar el criterio militar de los peruanos. Fuera de lo que allí se cuenta, conviene también recordar que el vapor *Loa* hizo una excursión a las caletas del sur de Tarapacá del 18 al 20 de octubre, arrojando algunas bombas a Pabellón de Pica, Patillos y Chucumata, de cuya caleta regresó al sur.

El ferrocarril de Patillos fue construido en 1872-74 por el contratista alemán Keller y el ingeniero dinamarqués Birkedale, auxiliado por 300 operarios chilenos. Costó 800.000 pesos, y hoy está totalmente abandonado y en parte inconcluso.

El contratista y el ingeniero perdieron en la obra todas su fortuna.

III.

Y ciertamente tenían razón para pensarlo así porque en el viaje que hizo el *Blanco* en agosto para reconocer el litoral de Tarapacá hasta Ilo, y de cuya excursión tenemos dada cuenta, se formó concepto el ministro de la guerra, que iba en el acorazado acompañado de varios oficiales del estado mayor, que el mejor sitio para el desembarco era Patillos, opinión de que no participó el inteligente comandante Velázquez y otros oficiales de la comitiva que se decidieron por Pisagua.

Se fundaban éstos en que en Patillos el ejército no encontraría agua en diez leguas a la redonda, al paso que a pocas cuerdas de Pisagua la obtendrían en suficiente abundancia para el suministro del ejército en la quebrada vecina de Pisagua viejo. Por su parte, fascinaba a los partidarios de Patillos su amplia y suave playa, más a propósito para un desembarco; y como insistieran los últimos en su idea, comenzó a llamarse en el campamento el plan de Patillos “el plan de los cucalones”.

IV.

Por todos caminos era evidente que los jefes peruanos conocían las miras del director laico de la campaña, y en consecuencia, se ponían en guardia.

Vino a confirmarlos en la sospecha el acertado envío del regimiento Santiago a Quillagua en la primera quincena de septiembre, y en seguida la llegada de un grueso destacamento de granaderos a caballo que a mediados de octubre trajeron a Tocopilla la *O'Higgins* y el *Limarí* para relevar los Cazadores destinados a la expedición.

Fue todo esto causa del desacertado movimiento de avance que a fines de ese mismo mes ejecutó el coronel Suarez, despachando al Monte de la Soledad la división exploradora (unos mil y quinientos hombres), después de haber reconocido el mismo aquellos remotísimos y miserables parajes: tan cierto es que en la guerra todo movimiento produce resultados favorables, y que no hay, después de la cobardía, sino una causa eficaz de ruinas y de derrota: la estancación.

V.

La llegada del Santiago a Tocopilla produjo naturalmente grande alarma en el campamento de Iquique y con particularidad en los palacios (que así se les llamaba) en que cómodamente vivían en Arica y Tacna los supremos directores de la guerra. Tan impresionado se mostraba a este respecto el general Prado, que el 12 de octubre, cuatro días después de la captura del *Huáscar*, telegrafió para que sujetase a toda costa una división de jinetes chilenos que, en su imaginación enferma avanzaba desde el Loa a Huanillos, cinco leguas más al norte; y para este efecto enviaba desde Arica 140 caballos de los tomados en el *Rimac* al Monte de la Soledad, destinados, caer sobre el flanco a los agresores. “Que la división Vanguardia (Dávila en la Noria) y Villegas (San Lorenzo) estén listas para movilizarse a la Soledad”, volvía a escribir el atribulado general, el 15 de octubre.

Dos semanas más tarde, y víctima siempre de sus alarmas, volvía el supremo director a telegrafiar al coronel boliviano González, “Pachacha” para que bajase de las alturas a Patillos con el batallón de su mando (el Olañeta), y le ordenaba que “en último caso, cuando ya no fuera posible impedir que el enemigo se apoderara de Patillos, inutilizase el ferrocarril, destruyendo los rieles y terraplenes”. En carta. Posterior (octubre 26) al coronel Suarez, le recomendaba, pusiese antes en salvo las locomotoras haciéndolas subir a vapor a la altura de los médanos. (Archivo del estado mayor peruano. En un telegrama del 21 de octubre que publicó *El Pueblo Chileno* de Antofagasta, Prado tenía todavía su idea fija en Patillos, pero se imaginaba que los chilenos podían desembarcar cerca de Arica, para lo cual mandaba alistar las brigadas (tropas de mulas) a fin de conducir las divisiones bolivianas, sea a la Noria, sea a Arica mismo... He aquí este telegrama:

De Prado a coronel Suarez.

Recibido a las 6.55 P.M. del 31 de octubre de 1879.

“Supongo que ya están en las alturas las locomotivas de Patillos y en obra la prolongación del ferrocarril. Lo que sobre todo urge es que estén listas las brigadas que conducirán, en caso necesario, las fuerzas de Villamil y Granier ya sea a la Noria o Arica según se necesiten. En caso de venir a Arica esas brigadas de mulas, no pasarán de Camarones. Supongo que haya Ud. mandado víveres y pasto a Tana: el resto del camino está preparado”).

VI.

No descuidaba por esto el coronel Suarez el importantísimo punto central y estratégico de Pisagua, intermedio entre Iquique y Arica, y en los últimos días de agosto (el 29) enviaba a uno de los jefes más emprendedores y entusiastas del ejército peruano, el coronel don Isaac Recabárren, arequipeño

como la mayor parte de los hombres de acción del Perú, a tomar el gobierno militar de aquella plaza. Antes, el general Prado había tenido allí dos favoritos incapaces, esto es, el coronel de caballería don Aquiles Méndez, el mismo que mandó en jefe la derrota de la última, montada a mula, en Tacna, y al capitán de fragata don José Becerra: un odre y un embudo, que rara vez veían la luz del sol, especialmente el último que era el recipiente....

Bajo semejante administración estuvo el fuerte de Pisagua desde el primer mes del bloqueo, y aunque el general Daza envió a fortificar aquellos farellones a un diligente ingeniero sueco llamado Bergman, que había hecho venir de Buenos Aires por Magallanes, a causa de ocuparse éste más del teodolito que del pisco, le tomaron en ojeriza los mandones y le denunciaron como espía chileno, lo cual costó al infeliz extranjero su libertad y casi la vida

El viejo capitán Becerra, cuando sobrio, era, sin embargo, un valiente, y así lo probó muriendo al pie de sus cañones.

Vino en reemplazo del desventurado ingeniero escandinavo, un antiguo oficial de artillería llamado don José Ruestas, de quien un corresponsal civil de Pisagua decía que era “el *emberso* de don Aquiles, nada amigo del Baco”. Pero tuvo esta tan escasa fortuna, que al primer disparo de uno de los fuertes, hecho por vía de ensayo el 14 de septiembre, se vino a bajo la plataforma. (El señor Brohor Julio Bergman, hoy residente en Chile ha publicado en *El Mercurio* una interesante relación de sus trabajos y cautiverio en compañía de dos desgraciados jóvenes chilenos, de su fuga hasta Tarapacá e Iquique por las quebradas del interior de Bolivia.

En el anexo puede verse las instrucciones y cartas que el general Prado escribía al coronel Aquiles Méndez y al capitán Becerra para recorrer y vigilar las caletas vecinas a Pisagua.)

VII.

En esta situación encontró el diligente Recabárren el punto estratégico que los chilenos habían elegido valientemente como puerto de entrada al desierto. Pero un infortunio privado vino a atajar su brazo al comienzo de la reparación.

Un telegrama de Arequipa, su ciudad natal le anunció que su joven esposa se hallaba moribunda, al dar a luz su primer hijo, y cuando llegaba a Mollendo en su demanda, supo que había sido ya enterrada.

Regresó, en consecuencia, “ a aquella abandonada plaza” el 27 de octubre, esto es, una semana escasa antes del desembarco, y era tal la miseria y la imprevisión que allí reinaba, que hubo de hacer vestuario para los artilleros de los fuertes con algunos sacos de harina que allí encontró vacíos...

Y así como los sacos sin costura eran los artilleros, y como los fuertes los cañones.

Parejas con esto corría el armamento, y ese mismo día el comandante Recabárren solicitaba con premura el envío de doscientos rifles peruanos para armar la guardia cívica de la plaza “porque sin esto el día del combate, escribía confidencialmente a su amigo el coronel Suarez en una tira de papel de luto, me defenderé a pedradas”.

En cuanto a víveres, repartir *diez libras* de arroz para cada cincuenta hombres, y a este propósito, exclamaba exaltado hasta la desesperación: “¿Como quiere U.S. que sostenga esta gente en un cerro sin tener recursos?”, “Tengo a todo el mundo en el cartabón, volvía a escribir, sin embargo, el día 29 en la antevíspera de la llegada de los chilenos, y hago tal servicio de vigilancia, que yo mismo dudé poder alcanzar. Pero si no me dan recursos, declinaré ni responsabilidad y dejaré el puesto; pues no quiero anularme, siendo víctima de un descalabro por falta de elementos, y cuanto más que el país exige guerra de héroes y no admite términos medios”.

VIII.

Y tal cual lo presagiaba el arrogante y franco oficial peruano, aconteció, porque en las guerras, salvo los prodigios de la fortuna o de la adversidad, todo está previsto como en la rotación de una máquina.

Verdad es que la altura de los empinados farellones que cierra la agreste bahía, estaba defendida, más que por los cañones de la falda, por los sufridos batallones bolivianos de la división Villamil; pero aun allí reinaba la discordia habiéndose aparecido ésta hasta en las ambulancias que allí regentaba el famoso canónico Pérez, natural de Arequipa.- “Desesperado estoy, escribía este buen sacerdote al coronel Suarez el 27 de octubre, con la terrible guerra que me hace el señor coronel Granier, que creo se ha propuesto echar abajo este hospital con chismes diarios al señor general Prado”.

Y estando todo así ¿como las puertas de tal país no caerían, sacadas de sus goznes, por el primer empuje de los hombros de un ejército moral, disciplinado y unido?.

Se agregaba a esto que sobre el desbarajuste en todos los servicios, los peruanos de Tarapacá inventaban el ocio de las fiestas, y con motivo de la bendición de los cañones de Pisagua, estaba citado para el domingo 2 de noviembre el general en jefe del ejército desde Iquique, como éste daba cita a Iquique a otros entusiastas para el festín de las inauguraciones.

(*Iquique, octubre, 9.*

“Buendía a doctor Sandoval, Molle.

“Mañana fiesta. Lo espero con el capellán de la ambulancia para la oración”.

En cambio el dictador Piérola ha reconocido el mérito y la sobriedad del coronel Recabárren, su paisano, nombrándolo caballero de la *Legión del mérito militar*, conforme al siguiente pomposo decreto que recuerda los de los virreyes.

NICOLAS DE PIÉROLA,

JEFE SUPREMO DE LA REPÚBLICA Y PROTECTOR DE LA RAZA INDÍGENA.

Considerando:

Que es notorio el distinguido comportamiento del coronel Isaac Recabárren en la defensa de Pisagua en 1° de noviembre del año último, haciéndose por él acreedor a pertenecer a la Legión del mérito militar,

Decreto:

1° Acuérdate la cruz de acero de tercera clase al coronel Isaac Recabárren, al cual se extenderá el diploma correspondiente.

2° Inscríbese su nombramiento en el Gran Libro de la República.

El secretario de estado en el despacho de guerra, queda encargado del cumplimiento del presente decreto y de hacerlo publicar.

Dado en la casa de gobierno de Lima. a los 28 días del mes de mayo de 1880.

NICOLAS DE PIÉROLA,

Miguel Iglesias.
El secretario de guerra.

IX.

Por lo demás, se hallaban tan lejos los enfiestados caudillos del ejército de Tarapacá de la inminente proximidad del enemigo, que en las mismas horas en que desde la escuadra invasora se divisaban las pardas cimas de Pisagua, el estado mayor peruano enviaba por el telégrafo el 1° de noviembre la orden del día reducida a decir que no había novedad, y a pedir un corneta para las baterías, solicitando ciertas órdenes sobre un número de cajones vacíos rezagados en la aduana de Iquique..

Tan desapercibidos estaban en la hora.

ANEXOS AL CAPÍTULO XXI.

I.

PARTES INÉDITOS DE LOS PERUANOS SOBRE LOS MOVIMIENTOS DE LOS
BUQUES CHILENOS ANTES DE LA OCUPACIÓN DE TARAPACÁ.

I.

JEFATURA DE ARMAS.

Pisagua, julio 2 de 1879.

Señor coronel:

El comandante militar de Mejillones me dice en oficio de hoy lo que sigue:

A las 12 P.M. del día de ayer se aproximaron dos buques enemigos, un blindado y un transporte, observaron al puerto e inmediatamente siguieron el rumbo muy cerca de la costa. Al llegar a la caleta de Paco soltaron una embarcación que sin duda fue para reconocer dicho puerto, después volvieron al puerto y soltaron tres embarcaciones las que reconocieron las caletas del norte; terminada esta operación hicieron tres cañonazos, dos dirigidos a las lanchas varadas y uno a la máquina de agua que no sufrió daño alguno.

Las fuerzas de mi mando las tenía listas para rechazarlos si hubieran intentado algún desembarque; a las 7 de la tarde zarparon con rumbo sur sin ninguna otra novedad.

No me ha sido posible comunicar a Ud. más antes por no tener como hacerlo.

Dios guarde a U. S.

Luis Reyna.

Por el oficial y patrón del buque que han venido, sé que se han llevado una lancha, circunstancia que omite, como ve Ud., el comandante militar de Mejillones.

Lo que pongo en conocimiento de U.S. para que llegue a noticia del señor general en jefe.

Aquiles Méndez.

Al sector coronel de estado mayor general.

II.

COMANDANCIA MILITAR DE PATILLOS.

Pabellón de Pica, 3 de julio de 1879.

Tan luego como pasaron los buques chilenos a poca distancia de la rada de Patillos, emprendí mi marcha a este punto con el exclusivo objeto de informarme de las ocurrencias ocasionadas por los buques chilenos. Resulta ser en su mayor parte, no como le he manifestado a U.S. esta mañana sino únicamente pretendieron desembarcar, no pudiendo llevarlo a efecto debido porque comprendieron la resolución que había por parte de las autoridades y vecinos peruanos del lugar.

Por el parte del señor comandante militar, señor Barra, se enterará U.S. con más evidencia de lo ocurrido.

Esta misma noche tengo de regresarme a mi puesto de donde continuaré participándole a U.S. las ocurrencias que se presenten.

Dios guarde a U.S.

Juan del C. Berástegui.

Benemérito señor general jefe del estado mayor general del ejército.

III.

COMANDANCIA GENERAL DE PATILLOS.

Pabellón de Pica, julio 3 de 1879.

Pocos momentos después del parte que le pasé a U.S. esta mañana me puse en marcha con el comandante Garabito con dirección a este punto. Avisamos llegada a la mitad de este camino donde existe un punto que domina completamente toda la rada y población de Pabellón de Pica. Alcanzamos, a ver que emprendieron su marcha con dirección al norte los buques de guerra chilenos. Con este motivo fue preciso regresar a Patillos, seguros que por esta caleta desembarcarían. Felizmente no ha sucedido así. Para esto Teníamos la determinación de hacerles toda la resistencia necesaria, y pasaron los referidos buques a poca distancia de nosotros, que nos encontrábamos preparados con el fin ya indicado.

Dios guarde a U.S.

Juan del C. Berástegui.

Benemérito señor coronel jefe del estado mayor del ejército.

II.

CARTA INÉDITA DEL GENERAL PRADO SOBRE RECONOCIMIENTO Y PRECAUCIONES EN PISAGUA.

I.

Arica, agosto 12 de 1879.

Señor capitán de navío José Becerra.

Pisagua.

Mi estimado amigo:

Voy a encomendarle una comisión importante y que es necesario que la ejecute Ud. inmediatamente:

Ya sea en el bote a vapor que hay allí o en otro a la vela, salga Ud. con el mayor sigilo, sin comunicarlo ni aun a los bogadores que lo conduzcan, a hacer una prolija exploración de la costa hasta Caleta Buena. Procure Ud. pegarse a tierra cuanto pueda, tanto de ida como de regreso, a fin de ir examinando si en el trayecto se presenta alguno o algunos puntos de fácil acceso o posible desembarque, tratando de tomar nota de ellos y de todas las condiciones que tengan.

Hay que suponer que el enemigo pretenda desembarcar en Caleta Buena o sus inmediaciones: me dicen que el camino que actualmente existe es llano hasta Pisagua, con excepción de un solo punto estrecho; y que puede hacerse, fácilmente a pie en ocho o diez horas, de Caleta Buena a Pisagua o al contrario.

Quiero que examine Ud. con mucha detención si en efecto ese camino es así practicable y se presta a la fácil traslación de considerables fuerzas de un punto a otro; y si a más del estrecho mencionado hay en el trayecto otros parajes aparentes para impedir el tránsito de esas tropas ya sea que se dirijan de Caleta Buena a Pisagua o que vengan de Pisagua a Caleta Buena.

Llegado a Caleta Buena, estudie Ud. con la mayor prolijidad todas las condiciones de ese desembarcadero; vea Ud. si es bastante abierto para que puedan atracar a la vez varias embarcaciones, doce o quince; si el mar es manso; si la posición de los cerros es tal que permita defender o impedir el desembarque con probabilidades de buen éxito; y en fin, cuantos datos contribuyan a darme una idea completa de esa posición.

Le repito que debe Ud. ponerse en el caso de que se trata del desembarco del enemigo, y tener presente por consiguiente que este protegerá con la artillería de sus naves no solo el desembarque de sus tropas sino también el tránsito de ellas a Pisagua; y que ambas cosas tenemos que impedir a todo trance.

Confío en las aptitudes de Ud. para que en el desempeño de esta importante comisión despliegue Ud. la mayor actividad y esmero, guardando la reserva que le he recomendado.

Quedo de Ud. afectísimo amigo S. S.

Prado.

II.

JEFATURA DE ARMAS.

Pisagua, agosto 29 1879.

Señor coronel:

Me es honroso poner en conocimiento de U.S. que de orden de su excelencia el supremo director de la guerra salí en compañía del señor Pedro Melgar, administrador de la aduana de Arica, a reconocer los caminos que conducen a Caleta Buena, tanto por la playa como por los altos, y de la caleta a la quebrada de Tana, del reconocimiento que hemos practicado resulta que en caso que el enemigo intentara un desembarque por la expresada caleta, el camino que podría seguir sería viniendo a tomar la cuesta del Chasco, una vez arriba seguir la pampa hasta Tana, todo este camino es llano: en Tana encontrarían recursos y a más tienen a inmediaciones las quebradas de Tiliviche, Quiña, y de allí pasar a la oficina San Antonio donde tomarían el tren y cortarían la comunicación con las fuerzas del Hospicio, Mejillones y este puerto.

Por el alto no es posible hacer una marcha con fuerza, por lo largo y quebrado del camino. El de la playa tiene el inconveniente que colocadas nuestras fuerzas sobre los altos de Pisagua viejo, sería con facilidad batida: por lo que creo que no vengán por allí.

De los altos al mal paso de la playa no alcanzan los tiros de rifle Remington: colocados allí, hicimos algunos disparos y notamos no alcanzaban por lo que sería infructuoso colocar tropa allí; a mi juicio donde debe colocarse una fuerza es en Tana, donde ésta podría destacar cuatro hombres montados, colocarlos sobre la cuesta del Chasco los que servirían para dar parte en cuanto viesén que el enemigo trataba de desembarcar, a este pequeño departamento lo proveerían de agua y víveres de la fuerza de Tana, donde se encuentra movilidad y toda clase de recursos.

Dios guarde a U.S.

Aquiles Méndez.

Iquique, septiembre 3 de 1879.

Remítase copia de este oficio al teniente coronel don Isaac Recabárren, jefe de armas de la plaza de Pisagua.

Señor coronel jefe de estado mayor general.

III.

NOMBRAMIENTO DEL COMANDANTE RECABÁRREN PARA
GOBERNADOR MILITAR DE PISAGUA.*Iquique, agosto 19 de 1879.*

En la fecha ha dispuesto su señoría el benemérito señor general en jefe del ejército que sin dejar de ser considerado en su carácter de jefe de estado mayor de su división, el teniente coronel don Isaac Recabárren, se encargue como comandante en jefe de las baterías y obras de defensa del puerto de Pisagua; y que ordene U.S. se ponga a su disposición los oficiales, teniente don Adolfo Espinosa y subteniente don Cipriano Rodas y seis individuos de tropa, que por ser de la arma de artillería y que pertenecía al regimiento 2 de mayo del mando de la división de U.S., indique el mencionado jefe, de acuerdo con el primer jefe, de dicho regimiento, debiendo dar cuenta tanto de los señores oficiales como de los individuos de tropa que sean puestos a su disposición, advirtiéndole a U.S. que no deberán ser dados de baja de las colocaciones que tienen, no siendo ésta sino una comisión y por lo tanto deberán pasar sus revistas de comisario y percibir sus haberes en sus respectivos cuerpos.

Dios guarde a U.S.

Belisario Suarez.

Coronel comandante general de la 2ª división.

CAPÍTULO XXII.

EL ASALTO DE PISAGUA

(2 DE NOVIEMBRE DE 1879)

La marcha del convoy de Antofagasta a Pisagua.- Errores y precipitación del comandante Thomson.- Fatales consecuencias de no salir todo el convoy de un solo punto.- La *O'Higgins* en Mejillones y el *Angamos* en Tocopilla.- Se extravía en la primera noche el *Copiapó* que da remolque con el *Toro* a la fragata *Elvira Alvarez*.- Se despacha a la *Covadonga* en busca de los buques perdidos y no vuelve.- La escuadra queda dividida en dos convoyes que no pueden encontrarse.- Idas y venidas del *Amazonas* que hacen creer a los ingleses en un admirable y misterioso plan estratégico.- El diario de campaña del comandante Dublé Almeida.- Al fin, al cuarto día, se juntan los dos convoyes.- Consejo de guerra a bordo del *Amazonas* y plan de desembarco que resulta.- Proclama del general Escala.- El capitán Santa Ana, del Lautaro.- Amanece la escuadra catorce millas al norte de Pisagua, a pesar de las advertencias en contrario del comandante del *Angamos*.- La escuadra se dirige al fondeadero.- Admirables defensas naturales de Piragua.- Seis líneas sucesivas de posiciones estratégicas.- Acertada distribución de las fuerzas del enemigo.- Los peruanos se emboscan en la playa y los bolivianos coronan la altura y el faldeo.- Sorpresa del general Buendía y fuga de Granier.- A las seis y media de la mañana el *Cochrane* hace señal de atacar los fuertes.- Felices punterías de la *O'Higgins* y de la *Covadonga*.- El capitán Latorre hace señales de estar limpio el desembarco.- Por qué no se hizo un movimiento de flanco sobre Junin y sobre Pisagua viejo.- Temeridad, atropellamiento y gravísimos peligros del desembarco de frente.- Reconocimiento previo del coronel Atraerá.- La primera división de botes se dirige a Playa Blanca y el teniente Barriando, del Loa, enarbola el pabellón de Chile.- Entusiasmo en la escuadra.- Heroica pero imprudente resolución del general Escala.- Quién fue el primero que saltó a tierra en Piragua.- Carnicería a bordo de los botes, muerte del subteniente Iglesias y del aspirante Izaza.- El mayor Villarroel, de Zapadores, es herido antes de bajar a tierra, y pierde un pie.- Heroísmo del subteniente de Zapadores, Mendoza.- Serenidad del comandante Santa Cruz, que organiza el ataque a la estación del ferrocarril y la toma a la bayoneta.- Tardanza del segundo refuerzo.- El heroico Torreblanca en las alturas.- Imprudente entrada del *Tolten* y como uno de sus marineros venga a su hermano *a la araucana*.- El grumete Sepúlveda, del Loa.- Descripción del combate por un *roto*.- “A cortarlos” “A cortarlos”.- La escuadra bombardea la población y las posiciones del enemigo disparando más de 600 bombas.- Son las once de la mañana: desembarca el segundo refuerzo y el *Amazonas* se dirige con el *Itata* a ejecutar el movimiento de flanco sobre Junin, y esta división preliminar llega a Pisagua dieciseis horas después del ataque.- Marcha de esta división por las alturas.- Nuestras pérdidas y las del enemigo.- Noche de horror, sin ambulancias, sin cirujanos y sin agua.- Noble conducta de los cirujanos Kidd del 2º, Talle Arrate del *Cochrane*, Diaz del Atacaba y Perez del Chabacano.- Como fueron empaquetados los heridos en el Loa.- Muerte del guardia marina Contreras y su brillante carrera.- El comandante boliviano Perez.-

Comienza el sistema de fiarlo todo al heroísmo del soldado.- Incalculable importancia estratégica de la captura de Piragua.

“Lo desierto de estas costas en casi toda su extensión y lo dilatadísimo de ellas, es causa para que no se puedan cubrir sin un número de tropas imposible de juntar y mantener en estos países; en este supuesto es innegable que no se les puede estorbar el desembarco en alguna de ellas, si lo intentan con competentes armas y fuerzas”.

(Jil i Tobaada. Memorias de los virreyes del Perú. Vol. VI, pág. 521.)

“El convoy, compuesto de diecinueve buques, se hizo al mar y efectuó su travesía con algunos entorpecimientos. Desorden en la marcha, idas y venidas que hicieron perder un tiempo precioso; y por último un error notable en la recalada al llegar a Pisagua, fueron los hechos principales que caracterizaron la marcha del convoy expedicionario. Se comprendía que faltaba en su dirección una buena cabeza de marino, y todos sentían la ausencia de Riveros en esta circunstancias”.

(Carta del ejército publicadas en El Ferrocarril de noviembre de 1879.)

I.

En uno de los capítulos precedentes de esta historia de guerra, dijimos que el embarque del ejército chileno en Antofagasta había comenzado el 26 de octubre; y favorecida la escuadra y la playa en esa operación por un tiempo bonancible, se terminó la faena en la tarde del 28, trabajando la esforzada marinería de la escuadra de guerra y de transportes día y noche.

Mandaba en jefe la expedición del mar el comandante don Manuel Thomson recientemente llegado de Panamá en el *Amazonas*, buque almirante.

Era jefe especial de los transportes el capitán de navío don Patricio Lynch, marino mucho más experto, y éste montaba el *Itata*, el buque de mayor porte de la escuadra.

II.

Se componía el convoy de 15 transportes de mediano porte y de cuatro buques de guerra, con escasa capacidad estos últimos para conducir tropas, de modo que éstas se aglomeraron en confusos tropeles sobre la cubierta y entrepuentes de las sofocantes embarcaciones hasta el número de diez mil, que uno más no cabría. El *Amazonas* llevaba a su bordo, además del estado mayor y del cuartel general, 1.455 individuos de tropa y el *Itata* 1.225 y 60 caballos.

Se había hecho el embarque con clama y acierto durante los dos primeros días; pero en la mañana del 28 llegó del sur el transporte *Angamos* y se esparcieron siniestros rumores que aceleraron la salida de la expedición, dañándola en sus últimos y más delicados aprestos.

Se debió a este suceso el lamentable abandono de las ambulancias que quedaron en la playas y de una buena parte de la caballería que no alcanzó a embarcarse, todo en obediencia de órdenes terminantes expedidas por el ministro de la guerra en campaña. (He aquí como encabeza su notable diario de la campaña el comandante Dublé Almeida, documento interesante que este distinguido jefe ha tenido a bien poner a nuestra disposición.

“*Octubre 28.* Hoy se ha embarcado la mayor parte del ejército expedicionario al Perú, embarque hecho con gran precipitación.

Entre las varias versiones que corren de las causas que han motivado las medidas precipitadas del embarque de hoy, la más verosímil es la siguiente:

Los ministros extranjeros residentes en Santiago se han presentado al gobierno solicitando la suspensión de la expedición de nuestro ejército al Perú, asegurando, a nombre de esta nación, el pago de los gastos de la guerra. Esta circunstancia ha hecho apresurar la marcha según se decía”.

Naturalmente todo esto no pasaba de un falso rumor traído por el *Angamos*.- Este buque conducía a Tocopilla al regimiento Lautaro al mando del coronel Muñoz, y había sido comprado recientemente por el gobierno de Chile, según consta del siguiente párrafo de la memoria de la guerra de 1880:

“Se enviaron a Antofagasta nuevos refuerzos para dejar una reserva respetable en las posiciones ocupadas en ese territorio, y se aumentaron nuestros elementos de transporte marítimo por la llegada del vapor *Belle*, hoy *Angamos*, ocurrida el día mismo del combate de ese nombre, y por la adquisición de la fragata de vela *Elvira Alvarez* destinada principalmente a la conducción de forrajes y animales. Asimismo se compró el vapor *Toro* con el objeto de remolcar lanchas y proveer de agua a nuestro ejército”.)

III.

Dirigía la parte marítima de la expedición el comandante del *Amazonas*; y aunque técnicamente la escuadra estaba organizada de una manera conveniente en convoy cerrado y en cinco líneas paralelas de tres buques por fila, guardando la distancia de cuatrocientos metros cada casco del uno al otro, resultó que en la ejecución hubo atolondramiento e inexperiencia y hasta graves culpas de detalle que comprometieron seriamente el éxito de la expedición. Es la historia cosa tan augusta para el hombre honrado, que le es fuerza decir la verdad aun a costa de los muertos queridos y gloriosos.

El orden de marcha asignado en el papel al convoy era el siguiente, formando un cuadro de quince transportes custodiados en sus cuatro ángulos por cuatro buques de guerra en esta forma:

COCHRANE	<i>Itata</i>	<i>Amazonas</i>	<i>Loa</i>	MAGALLANES
	<i>Abtao</i>	<i>Lamar</i>	<i>Limarí</i>	

Matías Cousiño *Santa Lucía* *Tolten*

O'HIGGINS *Angamos* *Copiapó* *Huanay* COVADONGA

Paquete de Maule *Elvira Alvarez* *Toro*

Los dos buques de guerra ingleses *Thetis* y *Turquoise*, estacionados en Antofagasta, marchaban a retaguardia y a respetuosa distancia como jueces del torneo a que iban a entregarse en breves horas tres repúblicas del Pacífico.

El total del convoy presentaba un conjunto de 21 buques, espectáculo imponente aun entre naciones poderosas.

IV.

Más en lugar de señalarse un punto general de reunión, para lo cual estaba marcadamente señalado Mejillones, se destacó al contrario a este puerto a la *O'Higgins* y al *Matías Cousiño* primero, para tornar a su bordo al Chacabuco, y en seguida a la *Magallanes* y al *Lamar*; y como si este desparpajo no fuera bastante, se despachó al *Angamos* a Tocopilla a tornar a su bordo la Artillería de Marina.

De suerte que el orden del convoy quedó roto desde el punto de partida, a lo que se agregaba que habiéndose soltado el remolque que el transporte *Copiapó* daba a la fragata *Elvira Alvarez*, ayudado por el vapor aviso el *Toro*, se fueron estos tres a Mejillones por orden del comandante general del transporte, sin el acuerdo del jefe de la expedición. El sistema tan recomendado de los jesuitas, para la celeridad y acierto de sus marchas, dando la caravana en la víspera del viaje una vuelta en torno al claustro de partida, fue descuidado por completo en esta vez y con los más desagradables resultados. (Véase en el anexo el orden de distribución acordado por el ejército en los buques, lo cual no se cumplió con la rigurosa exactitud que era debido.

En la noche de la partida falleció también el capitán del 3° de línea don Silverio Merino, antiguo oficial del Chacabuco y muy conocido desde 1851 a 1859 por haber figurado en marchas revueltas. Era hombre anciano y sanguíneo, y habiéndose echado a dormir al parecer en sana salud después de copiosa cena, se le encontró muerto en su camarote.)

V.

Cuando al amanecer del 29 de octubre se notó la desaparición del *Copiapó*, en que iba íntegro el regimiento Buin, la del *Toro* y de la *Elvira*

Alvarez, almacén y maestranza de la escuadra, así como de los buques destacados a Mejillones, se introdujo considerable perturbación en el manejo del convoy. Se despachó inmediatamente la *Covadonga* en busca de los extraviados a Antofagasta, y no encontrando noticias aquel buque en el último puerto, ni en Mejillones ni en Cobija, pasó dos días vagando por las costas hasta que logró reunirse al *Angamos* en Tocopilla y salir en su conserva el día 30.

El *Amazonas*, a su turno, volteaba en todos los rumbos, ya en demanda de su primer emisario, ya en busca de los buques extraviados, ya sin poderles dar vista durante dos días, ya en solicitud del convoy que sin su guía marchaba a la ventura, perdiéndose así horas irreparables. La distancia marítima de Antofagasta a Pisagua es solo de 270 millas, como derrotero de un día natural para buques de buen andar; de modo que la escuadra pudo amanecer en su destino el 30 al amanecer, en lugar de perder en la mar cinco largos días.

A la verdad, el 30 de octubre la escuadra avanzaba, o más bien marchaba a la bolina en dos grupos inconexos a cincuenta millas de la costa; hasta que al amanecer del 31 lograron aquellos como por acaso avistarse y reunirse en plena mar. El grupo que seguía el derrotero trazado de antemano, era el que conducía el *Cochrane*, y se componía de los transportes menores, al paso que la *O'Higgins* y la *Magallanes* escoltaban al que venía de Mejillones; mientras el *Loa* y especialmente el *Amazonas* giraban en demanda de uno y otro, sin atinar a descubrir su paradero en aquella verdadera gallina ciega del océano. Y fue cosa de nota y hasta risible que en las dos corbetas inglesas que montaban la guardia del Pacífico en esa ocasión y que ya hemos nombrado, observando sus jefes y oficiales con sus anteojos lo que pasaba, creyeron sus flemáticos oficiales que todo aquel desbarajuste eran hábiles maniobras de marcha para desorientar al enemigo, y como tales las aplaudieron, mientras llegó para ellos la verdad y el desengaño.

(“*Octubre, 30.*

Hoy ha sido día de gran ansiedad para todos los tripulantes del *Amazonas*. Este buque ha llegado en la mañana de hoy a la altura de Pisagua y no hemos encontrado a la escuadra de buques de guerra y transportes que debían reunirse con nosotros a 50 millas al oeste de Pisagua. El *Amazonas* ha vuelto al sur en busca de los buques. A las 6 P.M. se divisan algunos humos al sur. La máquina del *Amazonas* se descompone y el buque se detiene para hacer las reparaciones del caso. Se han encendido luces de Bengala y quemado cohetes de señales. A las 12 de la noche concluyó la compostura de la máquina, y nos hemos puesto al momento con rumbo al norte, pues se cree que los buques han pasado cerca de nosotros con luces apagadas.

Octubre 31.

A las 3 A.M. se han visto algunos buques, al amanecer se han visto todos. Al fin estamos reunidos. Los buques se han acercado y han pasado a bordo del *Amazonas* todos los comandantes de los cuerpos y de los buques. Se hacen los preparativos para desembarcar mañana al amanecer en Pisagua y Junin.

Reina gran alegría en todas las guarniciones. Se oyen todas las bandas de música de los distintos regimientos que tocan el himno nacional. Se ven veinte buques, entra ellos los dos ingleses *Turquoise* y *Thetis* que han seguido y observan nuestros movimientos.

(Diario de campaña del comandante Dublé Almeida”).

VI.

Grande fue por consiguiente el regocijo a bordo de la escuadra cuando en la madrugada del 31 se avistaron los humos de la división de Mejillones que había vuelto al sur; y el bienestar volvió por completo a todos los espíritus cuando en la tarde de ese día el ágil transporte Loa piloteó hasta la línea de marcha de la escuadra al *Angamos* y a la *Covadonga* que venían rezagados y perdidos desde Tocopilla.

La escuadra solo tenía aguada para cinco días.

A las seis de la tarde del viernes 21 de octubre se hallaban, en consecuencia reunidos los 19 buques de la expedición frente a Pisagua, y a la altura de 50 millas de la costa para no ser avistados.

Se navegó esa noche con suma lentitud, y el sábado 1º de noviembre hubo de aguantarse el convoy sobre sus máquinas la mayor parte del día para combinar el plan de desembarco.

VII.

Se celebró con este fin a las dos de la tarde de ese día un consejo de guerra, a bordo del *Amazonas*, al que asistieron todos los jefes de cuerpo y los comandantes de los buques; y después de un discusión más acalorada que luminosa, que se prolongó durante dos horas, se combino el siguiente plan de ataque. (Parece que en la junta de guerra se hizo presente que ninguno de los jefes ni oficiales de la escuadra conocía prácticamente la ensenada de Pisagua, y por consiguiente no podían señalar los lugares más apropiados para el desembarco. Había a bordo un sólo práctico de los lugares, el capitán del Lautaro don Luis Castro Santa Ana, que había residido largos años en Tarapacá, y el parecer de éste fue el que prevaleció en las indicaciones de detalle.

Santa Ana era hijo de Valparaíso donde naciera en 1856, y llevado a Pisagua en 1871 por su hermano político don Diego Gacitúa, administrador de ese ferrocarril, permaneció allí ocho años hasta la repatriación. Fue en seguida uno de los más activos organizadores del regimiento Lautaro, y como capitán de este cuerpo hacia la campaña.)

Deslizándose la escuadra entre las sombras de la noche debía tomar sus posiciones frente a Pisagua a las cuatro de la mañana, y mientras se hacían allí los aprestos y aparatos de un desembarco simulado o verdadero, según las circunstancias, el *Amazonas* que tenía a su bordo a los Navales y al Valparaíso, iría junto con el *Itata*, que conducía al 3° de línea y una compañía de Cazadores a caballo, a desembarcar esta división a la caleta de Junin, seis millas al sur de Pisagua, con el objeto de tomar esta plaza por las alturas y por la espalda. Al mismo tiempo los cuatro buques de guerra que escoltaban el convoy bombardearían los castillos y reductos del puerto, y bajo la protección de sus cañones desembarcarían unos dos mil infantes escogidos, poniendo así a los defensores de la plaza entre dos fuegos. Cupo el honor de ser designados para este ataque posterior pero de frente al bisoño Atacama que venía a bordo del *Limarí*, al aguerrido regimiento Buin y a la brigada de Zapadores que mandaba el comandante Santa Cruz y que este entendido jefe había adiestrado para este género de asaltos. (Entre los anexos de este capítulo publicamos el plan de *agrupación momentánea* del ejército en divisiones, nada más que para los efectos del desembarco. Después debían volver al granel...)

VIII.

En consecuencia de estos acuerdos, se circuló esa misma tarde la siguiente orden del día que contenía las más esenciales disposiciones del ataque:

En alta mar, a bordo del Amazonas.

Noviembre 1° de 1879.

Instrucciones a que deben atenerse los jefes de los buques de la armada y transportes que están bajo mi mando para desembarcar el ejército del norte en el territorio peruano.

“La flota, compuesta de los buques de guerra y transportes, se presentará frente al puerto de Pisagua y caleta de Junin a las 4 A.M. del día 2 del actual, en el orden de marchó siguiente:

El *Cochrane*, la *O'Higgins*, la *Magallanes* y la *Covadonga*, a la cabeza. Seguirán los transportes *Copiapó* y *Limarí*, después el *Loa*, el *Abtao*, el *Tolten* y el *Santa Lucía*. Continuarán el *Matías Cousiño*, el *Huanay* y el *Lamar*. El *Angamos* quedará a retaguardia y se conservará fuera del puerto en observación, sirviendo de vigía. El *Itata* y el *Amazonas* marcharán uno en pos de otro llevando el ala derecha del convoy y se quedarán sobre sus máquinas

en un punto desde donde puedan dirigirse igualmente a los fondeaderos de Pisagua o de Junin, esperando órdenes para marchar al punto que convenga.

Dos millas antes del fondeadero, los cuatro buques de guerra nombrados primero, con el *Cochrane* a la cabeza, se dirigirán al puerto y atacarán las defensas enemigas hasta apagar sus fuegos y dejar libres los desembarcaderos para las tropas. Antes de emprender esta operación se habrán desprendido de sus botes y dejándolos al costado de los dos primeros transportes que los siguen. Todo el convoy se detendrá en este punto, conservando su formación y orden de marcha.

Mientras los buques de guerra reconocen la bahía y destruyen las fuerzas enemigas y sus defensas, los transportes alistarán sus embarcaciones, colocarán todas las escalas que tengan y tenderán planchas de los portalones para que la salida de la tropa se haga con facilidad y rapidez.

Todos los buques mandarán sus botes a cargo de un teniente, el que se pondrá a las órdenes del capitán de navío graduado don Enrique Simpson, quien dirigirá en jefe la operación del desembarco del ejército y ordenará todo lo que tenga relación con este servicio.

En el momento que se hagan señales a la corbeta *Magallanes*, se desprenderá del resto de la armada para dirigirse hacia donde se encuentren el Amazonas y el Tolten para proteger el desembarco de sus tropas.

Todo buque que haya desembarcado su tropa se replegará sobre el flanco respectivo y tomará la posición conveniente para que avance el que sigue en el orden de marcha designado, de modo que no haya estorbo ni confusión ninguna.

A estas instrucciones se atenderá estrictamente Ud. y todo lo que le concierne lo hará cumplir con escrupuloso rigor.

Dios guarde a Ud.

Erasmus Escala”.

IX.

Al propio tiempo corría de mano en mano entre los entusiastas expedicionarios esta elocuente y varonil proclama del general en jefe, eco de su alma:

“En pocos momentos más habréis pisado ya el suelo enemigo y con la primera victoria habréis principiado a aplicarle el castigo merecido por la alevosía de su agresión.

Tenéis en vuestras manos la suerte de la patria que os ha dado esas armas para su seguridad y para vuestra gloria. A la entereza del alma corresponde siempre la entereza del brazo, y vosotros, soldados, que sois de la raza de los libertadores de esa tierra ingrata y de los que pasearon triunfantes por sus campos y ciudades en 1838 el tricolor de la República, vais a continuar ahora esas nobles tradiciones del heroísmo chileno.

Soldados: la patria lo espera todo de vuestro esfuerzo. Dios os protege, la inmortalidad os aguarda.

¡Adelante!

Vuestro general

E. Escala.

X.

El plan era feliz, pero como la marcha del convoy después del acuerdo encontró todavía graves tropiezos en su ejecución porque, sea efecto de las corrientes, sea que la capitana hubiese perdido el cálculo del derrotero en sus idas y venidas, amaneció el ejército el día designado, 14 millas al norte de Pisagua, malográndose así la sorpresa que en tales casos es la mitad de la fortuna.

Escusado es agregar que en aquella noche, postrera del viaje y de la larga y fatigosa expectativa del desierto, nadie durmió, escuchándose de borda a borda en los buques del convoy los cantares y el alegre decir de los soldados en la víspera de los combates.

Solo en la cámara del *Amazonas* reinaba alguna alteración en los ánimos y en las disposiciones, porque para ciertos pechos la responsabilidad que obedece pesa más que el plomo que mata, y de esa estructura de ánimo era el ministro de la Guerra, señor Sotomayor, y especialmente el digno general en jefe.

Hay hombres así, resueltos hasta la temeridad en el campo de batalla, que van alegres a la muerte, pero que palidecen delante de un pliego o de una rúbrica del gobierno. De esta cría especial de valientes, fue el general chileno don Juan Vidaurre, llamado “el leal”, quien, habiéndole muerto el caballo en el sitio de la Serena, mientras su asistente lo desembarazaba de la silla, exclamaba únicamente. “¿Que dirá de esto el gobierno?”

XI.

Cuando la luz del domingo 2 de noviembre vino a sorprender el convoy a distancia de dos largas horas de la boca del puerto a que iba destinado,

surgieron serias vacilaciones en los consejos superiores de la capitana, y aun se habló de llevar el ejército a Ilo, porque se había malogrado desdichadamente el fruto de mayor oportunidad, que era la sorpresa.

En esta disposición avanzaron, sin embargo, los buques hasta dos mil metros de la playa. Eran las seis de la mañana de un claro y radioso día tropical, y si bien su luz alegre y el apetito festivo de la batalla en los soldados llevaba a los grupos de cubierta, designados para la pelea, rasgos de generosa alegría, no por esto los jefes dejaban de comprender la magnitud de la empresa que iban a acometer, mucho más desde que el intento sobre Junin, tan estudiosamente preparado, había sido eludido por la suerte, o más propiamente, por la discordia de los comandantes a bordo de la escuadra. Sin embargo, el inteligente comandante del *Amazonas*, el teniente don Luis A. Lynch, que había hecho el viaje más directo desde Tocopilla, sostenía con perentorias razones náuticas que el convoy se había pasado al norte, todo lo cual iba a cargo del impetuoso comandante Thomson que nunca supo soportar reparos.

XII.

Las posiciones que el ejército chileno iba a atacar a pecho descubierto eran verdaderamente formidables, y bajo un punto de vista exclusivamente militar, inaccesibles.

Corre la costa del litoral peruano, en especial al sur de Arica, como un muro de pardusco basalto descompuesto, de tal manera uniforme que al viajero que lo divisa desde la borda le aseméjase a un alto, amarillento, impenetrable tapial como los que suelen encontrarse en nuestros caminos públicos, llamados callejones. El litoral de Tarapacá, salvo las curvas, y la grata sombra de la vid y de los chirimoyos, es la “calle larga” de Quillota, vista por un lado.

De trecho en trecho, antiguos aluviones o los embates de furioso mar han abierto una u otra grieta en la monótona barrera, y esas son las numerosas caletas del desierto. En otras ocasiones, ásperos y rocallosos promontorios se precipitan hacia las olas en puntas sombrías o en peligrosos arrecifes, y esos son los puertos.

El de Pisagua es el más fragoso de todos porque su bravía ensenada se abre en el espacio de seis millas entre altísimos farellones que se encuentran casi perpendiculares sobre la reventazon hasta la altura de 1.300 pies, dejando apenas espacio en la asoleada playa para una hilera de tortuosas casas hacia el sur. Hacia el norte yace el arranque de un ferrocarril de atrevidas curvas y zigzags, a cuyo pie existen los depósitos de carbón y salitre que alimentan al

comercio del lugar. La punta sur se llama Pichalo o Huaina Pisagua y abriga a la población contra los vientos de aquel rumbo. Junto a la punta del norte entra al Pacífico la profunda quebrada de Pisagua viejo que trae en el verano un hilo de agua después de haber regado los oasis de Tiliviche y de Tana algo al interior. Se llama ese boquerón Pisagua viejo.

Promediado entre ambas extremidades existe un pequeño morro sin nombre, y a la espalda septentrional de éste, una estrecha abra arenosa llamada por su color Playa Blanca.

XIII.

Fue este último sitio el que los expertos del convoy, desdeñando las reglas más obvias de la estrategia, eligieron para el desembarco, llevando a nuestras bravas tropas de frente, como en Calama, y no por el rodeo militar que ofrecían en primera línea la quebrada de Pisagua viejo, hacia el norte, y la caleta de Junin, seis millas más al sur.

Desembarcando la división de ataque de frente, tenía ésta por consiguiente que arrostrar en primera línea el fuego de la tropa emboscada en la playa tras las rocas y parapetada entre los rimeros de salitre ensacado y de carbón de piedra amontonado a trechos en la playa, al paso que las calles de la población convertidas en escombros desde el bombardeo de abril, eran otras tantas trincheras y reductos para la resistencia impune y a mansalva. Vencido este obstáculo a fuerza de bravura, se encontrarían los chilenos con la cuádruple línea del ferrocarril en curvas que, arrancando de la extremidad norte de la población se empina, formando violento zigzag, por la ladera hasta ganar la cumbre de la planicie, llamada como en todos los puertos del Perú “el *Hospicio*”, probablemente por ser el hospedaje de arrieros y vehículos.

Así dispuesta la senda, cada cumbre era un parapeto estratégico de defensa, porque los aliados ocultos en sus zanjas laterales fusilarían a mansalva a los asaltantes. Además el edificio de la estación y los depósitos que allí tiene la compañía salitrera de Pisagua servirían a la defensa como verdaderos fuertes que sería preciso tomar a la bayoneta.

Y no era esto todo, porque desde la primera hora coronarían la altura las fuerzas dejadas de rezago, y a media falda existían en las extremidades sur y norte de la rada los fuertes de que antes hemos hablado, armados cada uno con un cañón de a 100. En el centro se hallaba inconcluso un tercer fuerte.

XIV.

Pero la más inaccesible defensa de aquella entrada del desierto consistía en su propia estructura geológica, porque sus inaccesibles costados forman un muro casi perpendicular de más de mil pies de altura, formado éste por un terreno suelto y pesado que dificulta aun más su ascenso. Según uno de los ingenieros que trabajó en las obras del ferrocarril de Pisagua, a quien hemos consultarlo, la inclinación vertical de las laderas fluctúa en ángulos de 30 a 38 grados, lo que equivale a un 80 por ciento de gradiente, y esta disposición salta a la vista natural en la inspección de los lugares y particularmente en las vistas tomadas después del combate y de la hazaña. En las láminas fotográficas de Garreaud, Pisagua no es una montaña, es un muro.

Los aliados habían aprovechado con tiempo y con destreza aquellas ventajas naturales que les aseguraban fácil victoria contra toda temeridad.

En la víspera había llegado el general Buendía para la obligada fiesta del bautizo de los cañones, y estaban junto a éstos y listos los cestos de viandas y de vinos sin que faltaran sonoras arpas, pianos y plañideras guitarras para los cánticos de la anticipada francachela. En esto el general Buendía se mostraba digno de su alegre nombre.

XV.

Dormía en consecuencia a buen recaudo el general en jefe del ejército de Tarapacá talvez bajo el mismo techo con su aliado el general Villamil, jefe de la división boliviana allí acantonada, cuando con sobresalto fueron a despertarles con el grito continuo de esta guerra: ¡*Humos la vista!* Se levantaron ambos jefes presurosos, y restregándose los ojos pudieron divisar seis vapores al nordeste, de lo cual dieron en el acto aviso por el telégrafo a Arica anunciando el próximo y temido desembarco de los chilenos. El coronel Granier, jefe de reputación conocido en las guerras civiles de su país y que la ha perdido en esta guerra nacional, con vista más juvenil o mejor antejo, señaló momentos después veintidós cascos o sea uno más de los verdaderos, contando los dos de los ingleses, que así, sin quererlo, se trocaban en aliados.

En el acto se alistó todo para la defensa, por que los chilenos, gracias a los errores del jefe del convoy, darían tiempo sobrado para ello.

XVI.

Los guardias nacionales peruanos, que eran en su mayor parte los fleteros del puerto, se emboscaron entre las ruinas y las rumas de la playa; los artilleros ocuparon sus puestos en las baterías y los dos batallones bolivianos que guarnecían la plaza se posesionaron en compañías desde la cima a la falda, parapetándose en los diversos reductos del ferrocarril, de suerte que cuando los chilenos llegaron a tiro de cañón, la ladera hervía en lampos de fierro que el sol naciente arrancaba a las bayonetas y a las espadas.

La ladera de Pisagua se había convertido en una muralla viva, y luego sería solo un raudal de fuego, y después silencioso cementerio.... tal es la guerra.

Los batallones de la división Villamil eran el Victoria, que mandaba Granier, y el Independencia el coronel Vargas, de La Paz, y ambos habían sido reclutados entre los animosos y turbulentos cholos de aquella ciudad, en número de 800.

La guarnición de Pisagua con los artilleros y guardias nacionales del Perú podía subir a 1.400 plazas, sobraba gente para defender un puerto que era una gatera....

Los pocos habitantes civiles de los puertos italianos y chinos en su mayor número, huían en todas direcciones; y desde los buques chilenos, que se aproximaban en silencio, se distinguían los afligidos grupos trepando el áspero faldeo y llevando consigo sus pobres lares al Hospicio.

XVII.

En estas disposiciones habían pasado las dos primeras horas de la claridad del día, y solo a las seis y media de la mañana el *Cochrane*, nave capitana de la escuadrilla de guerra, al mando del sereno y prestigioso comandante Latorre, hacía a los buques de aquella la señal de tomar sus puestos de combate. El *Amazonas*, nave almiranta del convoy se mantenía en el centro de la bahía, teniendo a su bordo al general en jefe y al estado mayor, de ministro a amanuense. La brigada de Zapadores de 400 plazas venía a su bordo.

XVIII.

Media hora tardaron los barcos chilenos en ocupar sus posiciones de combate, el *Cochrane* y la *O'Higgins* frente al fuerte sur, la *Magallanes* y la

certera *Covadonga*, junto a la batería sur en las dos extremidades de la bahía y a seis millas de distancia.

Pero las punterías de los cabos de cañón, todos chilenos, hicieron luego buena la tardanza, porque al primero o segundo disparo los artilleros de la *O'Higgins* desmontaron el cañón del fuerte norte metiéndole una granada casi dentro de la boca.

El *Cochrane*, a su turno, avanzando desde la distancia de 1.400 metros en que rompió el fuego “hasta ponerse a tiro de revólver”, según la expresión del general Buendía, arrasó con sus terribles bombas de a 300 la vecina ladera. Quedó ésta sembrada de cadáveres peruanos, entre los que se encontraron el antiguo capitán del puerto de Pisagua, aquel Becerra, amigo de Baco, que murió en su puesto, junto con dos oficiales de graduación, el comandante Rivadeneira y el joven sargento mayor don Abel Latorre Bueno, que tenía la cabeza destrozada por un casco. El cañón del fuerte, no bautizado todavía, hizo solo tres disparos cuyos proyectiles cayeron desairadamente al agua.

Entretanto, en la parte norte de la rada la tarea de la *Magallanes* y de la *Covadonga* había sido mucho más leve, porque a los primeros tiros huyeron los cobardes que los guarnecían refugiándose en la quebrada de Pisagua viejo. El bombardeo preliminar hábil durado hora y media, y a las nueve el *Cochrane* izaba al tope la señal: *Está limpia la línea de desembarco*.

El verdadero combate iba a comenzar.

El general Buendía que había salido de Iquique el día de la antevíspera, día de San Quintín, y que llegara solo la noche precedente y en día de los muertos, no había tenido tiempo de inspeccionar la plaza, y en consecuencia entregó el mando superior de ella y su defensa, al activo comandante de artillería Recabárren. El se quedó animosamente en el bajo con los cívicos que mandaban el mayor Rodríguez, mientras el general Villamil iba a situarse en la cumbre con una compañía del *Victoria*. Todo el resto de las fuerzas, se distribuyó y se parapetó convenientemente en zigzag, como en una decoración de teatro.

Al propio tiempo se había llamado aceleradamente por telégrafo al batallón *Vengadores de Bolivia* que estaba acantonado en Germanía y al Aroma de Mejillones, un poco al sur de Junín. Con este auxilio, si hubiera como pudo, en tres o cuatro horas, los defensores de la plaza habrían sido dos mil habría costado ríos de sangre dominarla.

XIX.

¿Que tenía lugar entretanto, a bordo de los buques chilenos pintorescamente esparcidos en el fondo de la bahía? Se vacilaba. Y en

consecuencia iban y venían órdenes concisas y contradictorias que debían embarazar seriamente las operaciones del desembarco. Se quería por los unos ir a Junin para ejecutar sobre las alturas un movimiento de circunvalación tan claramente indicado que al parecer era lo único que debía emprenderse, fingiendo un ataque directo para engañar al enemigo. Otros hablaban de la quebrada de Pisagua viejo, y aun se había designado al ágil Coquimbo, batallón de mineros, para ejecutar aquella acertada maniobra que habría envuelto por el flanco y la retaguardia a los defensores del puerto, obligándolos a capitular, tal vez sin haberse batido. Otros, en fin, y en medio de la natural confusión de todo plan que se altera en el momento de consumarlo, hablaban de llevar el ejército a Ilo, que era el segundo punto de desembarco, dando por frustrado el primero.

Solo al general Baquedano se le oía repetir con frecuencia en sus elocuentes monosílabos: *¡Lo convenido! ¡Lo convenido!* Y eso era lo justo.

Pero al fin de todo, y como de costumbre y como es casi genial al chileno, se eligió el procedimiento más heroico y carnicero, el ataque exclusivo de frente, sin intentar siquiera en el momento crítico y oportuno del asalto una diversión aparente por los flancos.

Un reconocimiento hecho animosamente a primera hora en la lancha a vapor del *Cochrane* por el coronel don Luis Arteaga, “comandante general de la infantería”, por el teniente coronel del estado mayor don Diego Dublé Almeida, y el ayudante don Justiniano Zubiría, natural de Colombia, dio por resultado designar el sitio de Playa Blanca como el único y propósito para un desembarco a viva fuerza.

La lancha a vapor era manejada por el valeroso teniente don Policarpo Toro, el mismo del *Abtao* en Antofagasta, y este intrépido oficial, a los disparos del enemigo contestaba con su pequeño cañón de proa, únicas defensa de la débil embarcación.

Dada cuenta del resultado del reconocimiento y bordo del *Amazonas*, se hizo avanzar del grupo del convoy a los transportes *Limarí* y *Copiapó*, en que venían embarcados respectivamente el Atacama y el Buin, destinados desde la víspera, junto con los Zapadores del *Amazonas*, y éstos en primera línea, al terrible asalto. Se ordenó, solo en ese instante supremo, al coronel Sotomayor dirigir la operación del desembarco, acompañando con el comandante Simpson, su deudo. Este jefe después de su separación del mando del *Cochrane*, se había ofrecido noblemente para hacer la campaña en cualquier puesto.

Más, por un motivo que no se ha explicado todavía satisfactoriamente, el oficial de mar no estaba a esa hora en el suyo, y por otra parte, los subalternos encargados de acopiar las embarcaciones menores de la escuadra

no habían cumplido todos con su deber. Pudiendo disponerse de cincuenta de éstas, solo estaban listos en la hora del desembarco diecisiete botes y lanchas al costado del *Amazonas*, capaces de conducir escasamente unos 400 hombres, apiñando a éstos de a 15 y de a 20 y 25 en cada embarcación.

La imparcialidad absoluta a que obedecemos nos obliga, sin embargo, a decir que el desembarco de los botes había sido minuciosamente estudiado y dispuesto por el estado mayor, dividiéndose aquella operación para el caso, en siete secciones que correspondían a otras tantas columnas del ejército. En la 1ª sección se embarcarían 1.240 hombres de diferentes cuerpos, en la 2ª 1.920 y en las otras mucho menor número.

Ocurrió con este motivo una larga y penosa pausa de silencio, interrumpida solo por el pesado remar de los marinos y el silbato del vaporcito *Toro* que recorría la bahía en todas direcciones comunicando órdenes. Dio esto lugar a que, envalentonados los de tierra, volvieran a ocupar sus posiciones en las baterías, lo que obligó a nuestros buques a romper de nuevo sus fuegos sobre los faldeos del cerro y a ahuyentarlos. (En el diario de campaña del comandante Dublé Almeida este servicio esta perfectamente detallado, embarcación por embarcación.)

XX.

Eran en punto las nueve y media de la mañana cuando la primera división de botes se desprendía del costado de la nave almiranta llevando la 1ª y 2ª compañía del Atacama (capitanes Soto Aguilar Fraga), y la mitad de la 1ª brigada de Zapadores al mando en jefe del sereno comandante Santa Cruz y de su animoso segundo el mayor don Manuel Villarreal, natural de Concepción y antiguo y brillante oficial del 4º de línea cuando lo mandaba Lagos. Ordenaba la marcha de la atrevida escuadrilla el teniente don Constalino Bannen, voluntario de la escuadra, como fuera después del ejército en Tacna, quien dividió aquella acertadamente en dos grupos, mientras que el coronel Sotomayor tomaba la delantera para animar con el ejemplo a la tropa y a la marinería.

XXI.

En este orden de avance sobre los atrincheramientos enemigos a flor de agua, el primer bote que tocó a la playa pertenecía al *Loa* y lo mandaba el teniente de marina don J. A. Barrientos, alentado mozo de 30 años, hijo de Osorno, y antes que él o junto con él saltó a la playa el marinero de la *O'Higgins* Cayetano Villarroel.

Una lluvia de balas acogía en ese momento los asaltantes, cayendo muchos soldados y marineros en el fondo de los botes, bajo los fuegos convergentes de todas las laderas; y así perdía la vida antes de pelear el subteniente del Buin don Desiderio Iglesias, un robusto mocetón, hijo de un honrado industrial de Santiago; el aspirante de marina don Miguel Izaza, hermoso y entusiasta niño natural de Guayaquil; y era herido gravemente el mayor Villarroel en un pie, que más tarde le cortaron junto con su brillante carrera.

Más sin vacilar un segundo, los quince primeros atacameños que desembarcaron con Barrientos, corrieron hacia el morro rocalloso que hemos señalado junto a Playa Blanca, e izaron en la cima de aquel la bandera del bote que millares de balas enemigas saludaban sin abatir. El joven aspirante de marina don Eduardo Donoso, otro niño como Izaza, acompañaba heroicamente a Barrientos en su hazaña, y allí era herido.

XXII.

Electrizada la tropa y la marina por aquel acto de feliz audacia, se lanzaron a todo remo a la playa, y cayendo unos al agua, estrellándose otros en las rocas, volcándose no pocas embarcaciones en las rompientes, pero sin que nadie soltara su rifle de la mano o de los dientes, sosteniéndolo así por el correa, llegaron en tropel a la playa en pocos minutos no menos de 450 bravos que atacaron de frente a tres veces mayor número de enemigos.

Entre los que así desembarcaban se distinguió el subteniente Matta de la primera compañía del Atacama, que salió a tierra medio ahogado; y el bravo oficial de Zapadores, Amadeo Mendoza, un heroico adolescente, oriundo de la Florida, que murió más tarde llorado por sus soldados en Tarapacá. Mendoza, flotando en el agua, gritaba a sus Zapadores que avanzaran a la playa, y una vez en ésta sacándose las botas, ordenó la carga. Dos horas más tarde y cuando el ataque había terminado, oyó el coronel Sotomayor, que recorría la playa, una confusa vocería en las hileras de Zapadores que descendían de la altura: eran los soldados que victoreaban a Mendoza, dándole así la más legítima ejecutoria del heroísmo comprobado, sin adulo y sin mentira.

El subteniente Mendoza era primo hermano por afinidad del comandante Salvo y se había criado en las Fronteras a su lado. (He aquí como contaba, en la ruda parla del pueblo, esas escenas un soldado del Valparaíso llamado Castro, que desde el campamento escribía, el día 5, a “su querida y nunca olvidada esposa” Francisca Valdés, la relación de la batalla:

“Acto continuo echaron anclas y botes con gente del Batayón Atacama, Regimiento Buin y Batallón Sapadores... perros infames apenas saltaban dos Soldados. atierra, (cuando bajando la bandera de Parlamento). les asen una descarga serrada de las trincheras y los que estaban de tras de las piedras un nutrido fuego de riflería dando la muerte amuchos compañeros en tre ellos al oficial que mandaba la gente dela lancha, le dio una bala en el Corazon. Lla estoy, dijo y espiró en el acto, Viendo esto los Chilenos, que harían! Como furiosos leones saltando atierra se disputaban la de lantera, sin esperar que la lancha llegase se botaban almar con el agua a los pechos botando la mantención y dejando solo los 150 tiros y el Rifle, y emprendieron la ofenciba contra los Bolivianos que los asechaban atiros, Cambió la essena; el Batallón Atacama fue ganando terreno suviendo el cerro como Gatos y dando la muerte al que veían, y callendo tanvien de ellos: el inbencible Lord Cocrane que asta entonces no avia querido ofender la población viendo la traición de los Cholos les principió atirar bombas de incendio se de claro el fuego lla no hubo más cuartel, el pueblo se conbirtió en una Sodomia por que llovía el fuego del Cocrane sobre ella; algunos soldados querían rendirse a los Soldados Chilenos pero no los dejaban vibos; perdone Tatita, y se les arrodillaban pero nosotros tas bala, agarra infame”.

Estos cuentos y adornos de la traición de los cholos y la bandera de parlamento son la eterna, poesía del roto *payador*. Lo mismo se dijo y lo mismo creemos de una *bandera negra* que los bolivianos pasearon por las calles del pueblo antes de comenzar la acción..... La bandera negra sería tal vez alguna pobre vieja que huía envuelta en su manto

XXIII.

Entretanto, y aunque envuelto, en todas direcciones, en ráfagas de plomo el puñado de asaltantes, recibía estoicamente a quema ropa los fuegos de la tropa parapetada en los edificios de la estación y de la compañía salitrera allí vecinos y contiguos. Pero felizmente había desembarcado de los primeros el comandante Santa Cruz, jefe de la brigada de Zapadores, y tan valiente como entendido, dispersó su tropa, conforme a la táctica del caso, ordenó el ataque de aquellas posiciones al toque de corneta; al paso que los atacameños, incontenibles en sus bríos y en su empuje de montañeses acostumbrados a escalar los cerros, se lanzaron a la ladera gozosos de pisar otra vez tierra, y tierra enemiga. A su ímpetu irresistible de mineros-soldados, estos escaladores del cielo, iban replegándose los grupos bolivianos hacia las alturas, disputando bravamente cada pulgada de terreno al adversario. Era aquella una batida de gatos monteses en que los combates cuerpo a cuerpo no fueron raros.

Se señalaba entre los que iban más adelante, y era visible desde a bordo por su arrogante porte, un oficial del Atacama que señalaba con su espada, a los soldados que le seguían, el punto a que debían disparar, como si se tratara de una simple revista en el campo de maniobras

Era aquel mancebo el inmortal chileno Rafael Torreblanca, subteniente de la segunda compañía del Atacama y el primer oficial chileno que jadeante y glorioso llegara a la cúspide a mediodía, en el zenit del sol y de la gloria.

XXIV.

A esas horas (las diez de la ardorosa mañana), la lucha era terrible y desigual. Los refuerzos no llegaban ni podían llegar por el desorden del desembarco, y porque los remeros eran fusilados dentro de los botes a la ida y al regreso. El teniente de artillería, don José Antonio Errázuriz, bisnieto del ilustre patricio don Manuel Salas, se pasea impaciente por la bahía con una ametralladora, dispara 2.400 tiros, le hieren la mitad de su tripulación, pero el efecto de sus proyectiles es apenas visible en la áspera cuesta.

En tan apurada situación el comandante Latorre, siempre imperturbable y advertido, ordenó a los buques de guerra romper el fuego sobre las masas enemigas, sobre la población y las rumas de salitre, poniendo en su mástil la señal de “incendiar al enemigo”.

Esta medida oportunísima evitó a Chile un día de luto, cambiándolo en inmarcesible triunfo, porque sin la escuadra, ningún heroísmo, ni aun el de los titanes habría valido contra el plomo, que no siempre ataja, pero siempre derriba y al fin, matando, vence.

«*Lor Cocrane*, exclamaba el soldado del Valparaíso que ya hemos nombrado, describiendo este terrible e indeciso momento del combate, *Lor Cocrane* cada vez que disparaba, era peor el estandido que cuando hay truenos irelamparos, porque temblaba la tierra y cenbraba de cadaberes el rrededor de los castillos, se acababan los atilleros de los castillos y benían otros a rremplazarlos: las bombas de prolectiles del *Cocrane* pegaban al pie de los castillos y asian temblar con la Esploción. Abarcaban los prolectiles como un cuarto de cuadra, y así no se rendían, paraban de tirar por un momento, y seguían después con más encono, la *Magallanes*, la *Covadonga* y todos los otros tiraban a los serros y adonde veían gente que atrincherada de tras de los peñascos acían un nutrido fuego alos buques y alas lanchas, hubieras visto como se veía el agua, hijita, parecía nubada de graniso cuando cae en el invierno, hacían lo mismo los gorgoritos pero más grandes, otros pasaban silbando por encima de nuestras cabezas, pero todos querían que los desembarcaran apeliar palmo apalmo; el puerto estaba cuvierto de un espeso nubarron de polbo y umo, yo estaba como en un 19 de Septiembre pero en mi corazon, oraba”....

XXV.

Fue éste también el noble instante en que el general en jefe, sintiendo penetrar de tropel en su alma heroica todos los ímpetus del denuedo y todas las zozobras de la responsabilidad, quiso precipitarse en medio del fuego, pidiendo a gritos una embarcación, y diciendo con incontenible emoción a los que le rodeaban que su puesto no era allí sino donde estaban muriendo sus soldados..... Se hizo preciso que el ministro de la Guerra, allí presente, interpusiera su alta autoridad a fin de calmar la ansiedad del intrépido adalid, para quien el fragor de la batalla era como para Carlos XII, rey de Suecia, dulce armonía del corazón y del oído.

Por su parte, el comandante del *Cochrane*, sereno y abarcando con inteligencia el conjunto de la grave situación, ofrece llevar el Búlnes, que tiene a su bordo, a la quebrada de Pisagua viejo; y en todas partes es tan evidente el peligro y el error, que no se oye a bordo de los transportes aun entre los más morosos soldados sino el grito de ¡A cortarlos! ¡A cortarlos!..... ¡A los flancos! ¡A los flancos!....

XXVI.

Aterrados, entretanto, con el espantoso y continuo estallido de las bombas, los bolivianos, según su propia confesión, comenzaron a abandonar sus reductos. En ese preciso momento se divisó desde a bordo un jinete que, caballero en una mula, huía a toda brida hacia la altura: era el coronel del Victoria que iba a dar parte a los generales Buendía y Villamil, situados en la ceja de la montaña, que el día estaba perdido. El general Villamil, más resuelto que su superior y su inmediato subalterno, había bajado siquiera hasta la mitad de la cuesta en el fragor de la refriega. Buendía la había subido, y se encontraba en la planicie.

XXVII.

Desembarcaban, en efecto, en esos momentos (las diez y media) un poco más al norte del morro de Playa Blanca las compañías tercera y cuarta del Atacama, el resto de los Zapadores, 90 hombres del 2º y varias compañías del Buin al mando de sus respectivos jefes, Martínez y Ortiz, y como este movimiento era de flanco, la derrota comenzó a pronunciarse abiertamente en los atrincheramientos del ferrocarril que la compañía de Torreblanca iba quitándoles uno en pos de otro.

En ese instante, la ladera, en toda su extensión, blanqueaba, como si inmensa e inmóvil bandada de pájaros de mar se hubiera abatido sobre la arena: eran centenares de cadáveres de bolivianos, cuyos blancos y toscos uniformes de bayeta de Cochabamba, resaltaban en el fondo oscuro de la arcilla calcinada.

Entre los que desembarcaron en el segundo refuerzo, notaron también algunos a un marinero del *Tolten*, que sacando el corvo de la bota de un soldado muerto del Atacama, degollaba a un boliviano y se marchaba a bordo de su buque con la cabeza oculta en un pañuelo.... El soldado muerto era su hermano, y el implacable marino lo vengaba así “a la araucana”....

Un grumete del *Loa*, llamado Sepúlveda, y que se hizo más tarde notorio en el naufragio del último por su heroica alegría, cambiaba su remo por el rifle de un soldado muerto en su bote, y saltando a tierra a bayonetazos a su vez lo vengaba.

Entretanto el *Tolten*, en el cual el valeroso 4º de línea estaba amontonado como las sardinas en su féretro de lata, se había acercado en esos momentos a la playa de la manera más aturdida y temeraria, a pesar de los avisos que al pasar a su costado le diera el comandante del *Cochrane*, para evitarlo. El resultado fue, que, sin hacer daño alguno, el 4º tuvo 17 bajas. El *Tolten* fue un blanco llevado expresa y torpemente al enemigo para ejercitar sus mortíferas punterías.

XXVIII.

Entretanto, la segunda división que llegaba en auxilio de la vanguardia, abandonada a su heroico esfuerzo durante una larga hora, completaba el triunfo y la jornada. Una pequeña división, dice el comandante general de la infantería, coronel don Luis Arteaga, en el parte oficial del asalto, del regimiento 2º de línea, formada de 90 hombres, que venía a bordo del *Lamar* y 68 más a bordo del crucero *Loa*, recibió orden del señor jefe de estado mayor para desembarcar, lo que hicieron con algunas pérdidas por la caleta de la estación, y se dirigieron hacia el campamento del Hospicio, juntándose al regimiento Buin que llevaba esa misma dirección. Se incorporó también a este regimiento una compañía de 100 Zapadores, que separada del resto de su brigada por venir a bordo de la corbeta *O'Higgins*, se desembarcó por Playa Blanca a las órdenes del capitán Baquedano, y comenzó su ascensión unida a una parte del batallón Atacama.

“Habiendo conseguido ya un número respetable de nuestra fuerza poner pie en tierra, a pesar de las gravísimas dificultades que hubo que vencer, se emprendió la atrevida ascensión del cerro, para desalojar al enemigo de su

propio campamento, por una parte del regimiento Buin, el batallón Atacama, 108 hombres del regimiento 2° de línea y los 100 Zapadores a las órdenes del capitán Baquedano”.

XXIX.

Eran las once de la mañana y la victoria estaba asegurada en todas parte, la línea de resistencia había sido rota como en Guía y en Yungay, y el ejército chileno era otra vez vencedor. Y ¡cosa extraña y hasta grotesca! A esas horas el *Amazonas* hacía señal a la *Magallanes* y al *Itata* de seguir sus aguas con rumbo al sur. ¿A donde iba a tales horas el comandante Thomson? A desembarcar la “división bloqueadora” destinada a Junin y compuesta del 3°, que iba en el *Itata*, y de los Navales y el Valparaíso, embarcados en el *Amazonas*.

El primero que puso pie en tierra fue el entusiasta ingeniero Stuken, y esto tenía lugar a las 12 del día en punto, en la hora en que la compañía del valiente capitán Fraga, que quedaba herido a media falda, conducida por el alférez Torreblanca coronaba las cimas del Hospicio. ¿Que significación tenía entonces a esas horas y en un sentido militar aquel desembarco?

Se llevó a cabo, sin embargo, esta operación con extremada habilidad y prontitud por el segundo jefe del *Amazonas*, el teniente don Emilio Valverde, marino de notable energía, y por Stuken y el comandante Dublé Almeida, jefe de estado mayor de aquella fuerza. Saltó a tierra en primera línea una compañía de alegres navales y en seguida todos los cuerpos y una batería de montaña. “La fortuna nos favorece, escribía en su diario el inteligente comandante Dublé Almeida que allí iba. Cien hombres habrían defendido el desembarco de cinco mil, sin que los defensores perdieran uno solo. El único desembarcadero consiste en un angosto golfo de 40 metros de ancho entre altos cerros rocosos, con una mala mar que no permite lanchas ni botes a la orilla, pues en el fondo hay mucha piedra. Los soldados desde las lanchas y botes saltan las rocas. Este es el desembarcadero. Ha habido que poner escaleras desde las lanchas a un alto pretil de piedras para que puedan subir con más facilidad”.

Entretanto habían bastado dos o tres cañonazos de la *Magallanes* para dispersar en el camino de zigzag que forma la cuesta de la playa a la altura, a un grupo de veinte soldados bolivianos que defendía aquel estrecho boquete, simple muelle de una salitrera; y adelantando por aquel camino la división, al caer el sol llegaba a espaldas del Hospicio a las cuatro de la mañana del día 3 de noviembre, cuando hacía 16 horas que el combate había terminado.

La tercera división de ataque de los chilenos había puesto en efecto pie en tierra a las doce del día, y desde ese momento el campo de batalla se convirtió en un espléndido y pintoresco desfile de columnas que subían en todas direcciones por las faldas, los senderos y la vía de a pie hacia la altura.

Era la parada de la gloria después del heroísmo. (El jefe de estado mayor de esta división da cuenta de la marcha de esta en los términos siguientes:

“A las tres y media P. M. alcanzan las tropas la altiplanicie, ocupando el gran camino que conduce desde la orilla del mar a una altura.

Entre los que desembarcaron lo hicieron el ayudante don Domingo Sarratea y el cacalón don Luis Castro. Poco después tenían hecha una buena cazuela de una gallina que encontraron en una casa, la que comimos con delicia. El hambre era extraordinaria.

A las seis y media de la tarde se habían desembarcado 2.300 hombres y emprendimos la marcha con instrucciones para atacar por la retaguardia al ejército boliviano acampado en la altiplanicie de Pisagua. Después de tramontar las alturas de Junin cuya cuesta tiene 2.070 pies de altura se dirigió la división por la llanura al lugar de su destino, llena de entusiasmo por el próximo combate que nos aguardaba. El jefe de estado mayor de estas fuerzas era el que estas líneas escribe.

Componían la división una batería de artillería. 6 cañones Krupp de montaña al mando de Salvo. El regimiento 3º de línea. Los Navales y el batallón Valparaíso). (Dublé Almeida. *Diario de campaña.*)

XXX.

Tal fue el combate de Pisagua, magnífica pero sangrienta portada del libro de los triunfos de Chile, en tierra de enemigos. Fue, un lujo de heroísmo y un lujo de absurdo, y allí comenzó la serie de combates en que la primera ley de la estrategia ha consistido en prodigar la sangre de nuestros soldados que nunca por esto la escasean. Flanqueadas oportunamente por Pisagua viejo y por Junin las posiciones del enemigo sorprendido, y cuya mayor defensa natural era el desnivel de las alturas, pudo ahorrarse muchos sacrificios y hacer prisionera íntegramente la guarnición de Pisagua; pero llevando el asalto de frente como se llevó “a la chilena”, se perdieron 300 vidas y el enemigo escapó en su mayor número con sus armas, justificándose así con plenitud, la definición que los jefes ingleses, testigos imparciales de la hazaña y del engaño, hicieron de ella. El asalto de Pisagua fue “una barbaridad sublime” (*a sublime absurd*).

XXXI.

Las bajas de nuestro ejército ascendieron según los partes oficiales a 210, y las de la marina a 27; siendo 66 el total de los muertos y 169 el de los heridos; total, 235. Pero de los últimos perecieron un gran número en inclemente

noche de abandono y de criminal olvido de los jefes. (He aquí la demostración de nuestras bajas, copiada a la letra de los diversos partes oficiales:

(Ejército)

	Muertos	Heridos
Atacama	19	51
Zapadores	20	49
Buin	13	27
2° de línea	3	8
Artillería de tierra		2
4° (sin desembarcar)	3	13
	58	150

(Escuadra)

	Muertos	Heridos
<i>Cochrane</i>	1	4
<i>O'Higgins</i>	6	7
<i>Magallanes</i>	1	3
<i>Loa</i>		3
<i>Limarí</i>		1
	8	19

Se ha dicho siempre que en los partes oficiales es costumbre de guerra disminuir el número de las bajas, y ello es posible aunque no nos consta. Respecto de Atacama existe, sin embargo un telegrama del general Villagran en el cual, anunciando la llegada del *Loa* a Iquique, el 6 de noviembre, dice: “Trae a su bordo 104 heridos, *casi en su totalidad* del Atacama”.

Según el corresponsal de *El Mercurio*, las bajas del ejército chileno en Pisagua fueron las siguientes:

Escuadra	25
Batallón Atacama	94
Brigada de Zapadores	103
Regimiento Buin	84
Id. 4° de línea	1
Id. 2° de id	7

Total 330 bajas.

Es decir un centenar más que el apuntado en los partes oficiales. Tomando todo en conjunto puede decirse que el ejército de Chile tuvo 300 bajas en Pisagua y el enemigo probablemente 200; total 500.)

Gracias al incalificable abandono de las ambulancias en Antofagasta, no había ni cirujanos, ni medicinas, ni instrumentos, ni vendajes, ni siquiera agua.

El cirujano en jefe don Domingo Gutiérrez, había sido llevado a Junin en el Amazonas, y sus subalternos, desprovistos de recursos, solo pudieron hacer unas cuantas operaciones a bordo de los buques, y particularmente del *Loa*.

Solo cuatro de estos funcionarios fueron en efecto a tierra, y por esto merecen ser recomendados con especialidad los nombres del cirujano del 2º don Juan Kidd, inteligente e intrépido inglés natural de York, que ama la vida de los campamentos como su hogar y a los soldados como a sus hijos; el doctor Tagle Arrate, generoso voluntario del *Cochrane*, y los dos jóvenes doctores Eustorjio Díaz, hijo de Rengo y cirujano del Atacama que ha merecido una medalla de oro de los habitantes de Copiapó, agradecido, y el entusiasta cirujano del batallón Chacabuco señor Pérez.

Mediante los esfuerzos de estos tres nobles hombres se recogieron aquella noche en la casa de la compañía salitrera, única que había quedado en pie en el pueblo, hasta ciento dos heridos; pero fue tal el desamparo y la imprevisión, que no se mandó siquiera un puñado de soldados o marinos de la escuadra para auxiliar a los cirujanos, y éstos, a falta de agua, tuvieron que lavar las heridas ya secas de los más con la sangre que manaba frescas de las heridas de los otros.... Todo lo que pudo conseguirse aquella noche fatal para el buen nombre del servicio médico de Chile, fue una o dos caramayolas de agua que un sargento del Buin, herido, pero que podía andar, fue a traer arrastrándose hasta los estanques. Y en seguida aquellos mismos heridos así curados, amigos y enemigos, fueron sepultados en el *Loa* y en el Amazonas, sucumbiendo así gran número de infelices, especialmente en los hospitales de sangre de Valparaíso. Triste y deplorable estreno que no ha tenido todavía una sola compensación que lo mitigue.... (Por hoy y en esta página nos abstendremos de detalles sobre el servicio sanitario, organización de ambulancias y el servicio de la Cruz Roja en general, por encontrar este tema, así como la organización y servicios de la intendencia general de ejército, lugar más apropiado en la segunda faz de la campaña que pertenece a obra por separado y que probablemente seguirá sin dilación a ésta. *La historia de la campaña de Tacna y Arica*.)

En cuanto al desempeño del servicio sanitario en el asalto de Pisagua, he aquí lo que decía una persona imparcial que escribía sobre los sitios:

“Se ha hecho notar mucho, muchísimo, la falta de una ambulancia. No sé como se descuidó una cosa tan importante y que tantos sacrificios ha costado para ponerla en el pie en que están y sobre todo no demandando grandes gastos su conducción. Una sola que se hubiese traído, habría conservado muchas vidas que hemos perdido por falta de auxilio

inmediato. Esta se habría instalado en tierra, en el sitio mismo donde estaban nuestros heridos. Allí en las doscientas camas que cuenta cada una, habrían encontrado descanso y una mano caritativa que les diera un poco de agua y les prestara los primeros auxilios. No habrían dormido a toda intemperie, recostados sobre la misma sangre que derramaran tan generosamente por el honor de su patria ofendida”).

XXXII.

Entre los que así sucumbieron, más por culpa de amigos que por el plomo de los adversarios, se contaron los subtenientes Cordoves y Arteaga Novoa, del Buin, y un joven guardiamarina que era una verdadera esperanza para su carrera y para su país. Era el nombre de este adolescente Luis Victorino Contreras, hijo de un antiguo capitán del ejército, y después de brillantes estudios en la Academia militar, donde obtuvo constantemente todos los premios de sus cursos, pasó a la marina y a la *Magallanes*. Fue en esta acreditada cañonera, junto con los tenientes Rogers y Serrano, el más inteligente auxiliar en sus exploraciones australes y de éstas llevó prolijos diarios que existen en nuestro poder en seis volúmenes.

Llevado por su jefe al *Cochrane*, cupo al inteligente guardiamarina en Angamos el puesto de honor de medir las distancias de combate desde las cofas, y cuando iba a ser ascendido por sus méritos, una bala le tronchó el hombro, falleciendo después en Valparaíso al desarticularle el brazo.

Fue el guardiamarina Contreras sinceramente llorado por sus compañeros de armas y por su jefe que se ha empeñado en honrar su memoria. Y aun se ha dicho que si le hubiera visto embarcarse para conducir un bote a la ribera, lo habría estorbado aquél, confiando ese servicio a otros no menos valientes pero menos necesarios.

Fueron también heridos entre aquellos intrépidos acarreadores, el guardiamarina don José María Santa Cruz, del *Cochrane*, don José María Villarroel, de la *Magallanes*; los subtenientes Enrique del Canto y Froilán Guerrero, de Zapadores, y los de la misma graduación en el Atacama don Andrés Hurtado y Benigno Barrientos, todos mozos y todos voluntarios. Los oficiales que resultaron muertos en el asalto de Pisagua fueron cinco.

No obstante estas pérdidas sensibles, y que un ataque estratégico habría en gran manera evitado, las ventajas conseguidas todo lo compensarían, y a este propósito he aquí como se expresa un testigo presencial que escribía desde nuestra escuadra el 16 de noviembre: “A pesar de errores en la dirección, y pesar del tiempo perdido y de las vacilaciones de los que mandaron, el hecho de armas de Pisagua es un timbre glorioso para nuestro ejército. Una vez más se ha probado que los soldados de Chile ni encuentran

obstáculos, ni miden peligros cuando se trata de la honra de la patria. Con semejante ejército, no es posible dudar ni un instante sobre el éxito de la campaña. Chile, triunfará de sus enemigos; y después de la victoria el país sabrá tributar a esos batallones de rudos y laboriosos hombres del pueblo, el homenaje debido de gratitud y de justicia”.

XXXIII.

Las pérdidas del enemigo en el combate de Pisagua, no se han contado; pero talvez no fueron mayores que las nuestras por la manera desigual como pelean los chilenos. El mayor estrago fue causado en las filas de los defensores por las bombas de los buques que cayeron sobre sus cabezas durante cuatro horas consecutivas en el número prodigioso de 600, sin contar algunos tarros de metralla y unos cuantos millares de disparos de rifles. (El consumo de municiones fue el siguiente, según los diversos partes de los buques:

<i>Cochrane</i>	128	bombas.		
<i>O'Higgins</i>	180	“		
<i>Magallanes</i>	112	“	y 1.680	tiros de rifle.
<i>Covadoga</i>	180	“	y 2.500	“ “
	610		4.380	“ “

El Cochrane disparó 58 bombas con sus grandes cañones de a 300, y las punterías de todos los buques fueron en general admirables. En cuanto a las atrocidades atribuidas a los chilenos por propios y extraños, como el *repaso* y el asesinato a sangre fría de mujeres y de niños, fueron solo locas invenciones de corresponsales *sensacionalistas* y de cobardes calumniadores. Uno de éstos se expresaba en los siguientes términos en *El Comercio* de Tacna del 11 de noviembre.

“Incendiaron los chilenos el hospital de Pisagua quemando a los enfermos y asesinando el personal de la ambulancia inclusive el capellán canónico Pérez. No dieron cuartel a nadie: heridos y prisioneros fueron pasados por las armas. El desembarque fue protegido por el gran incendio del salitre y del carbón, bajo cuya humareda pisaron playa a las 12 hs. 30 ms. P.M., habiendo principiado los fuego a las 6 de la mañana. Nuestras bajas se calculan en menos de 300”.

Para desmentir todas estas infamias a que dio origen, además del odio, un telegrama del general Villamil en que decía que los chilenos *no daban cuartel*, publicamos entre los anexos el noble desmentido que a todos ellos dio en Valparaíso el canónigo Pérez, jefe de la ambulancia de Pisagua, el 18 de noviembre, en *El Mercurio*.)

Los aliados pelearon con indisputable bravura y defendieron palmo a palmo, de soldado a capitán y la entrada de la tierra. Como vencidos en tan formidables posiciones, no merecieron, sin embargo, las pomposas alabanzas del escritor poeta que ha cantado y contado las derrotas de Tarapacá. “El heroísmo de los nuestros ha sido sobrenatural, casi inverosímil. Se cuenta que nuestros soldados entraban al mar, dándoles el agua hasta medio cuerpo,

haciendo fuego a los enemigos, y materialmente sacándolos de las lanchas, a bayonetazos. (Modesto Molina.- *Comercio de Iquique.*)

XXXIV.

Como presagio de nuestras futuras campañas, el número de prisioneros fue muy inferior al de los cadáveres. El *Loa* trajo a Valparaíso un grupo de 63 aliados, entre los que figuraban el valiente coronel Pérez, hijo de Sucre, segundo jefe del *Victoria*, que entregó como su jefe y murió enérgico e impenitente en el hospital de Valparaíso. Fue hecho también prisionero el comandante peruano don Manuel Saavedra, jefe de la batería del sur, y dos o tres oficiales subalternos, entre éstos un capitán Palacios, de la Paz, hombre anciano e padre de numerosa prole, que fue dejado en Copiapó y en breve, por lástima, recobró su libertad.

Falleció también en Valparaíso un tierno niño de 17 años llamado Emilio Calderón, natural de Corocoro y subteniente del *Victoria*. Lloraba por que iba a morir tan temprano, pero no se acordaba de su vida sino de su desventurada madre.....

¡Horrores y ternuras de la guerra!

XXXV.

Los resultados estratégicos de la ocupación de Pisagua fueron incalculables, y a la verdad, ellos habrían valido el doble y el triple de nuestros sacrificios si éstos hubieran sido necesarios. La puerta del Perú había sido sacada de sus goznes y arrojada a las arenas. La línea enemiga fue cortada en su centro. Aislado el campo de Arica y el de Iquique, uno y otro quedaron a nuestro alcance, y el último irremisiblemente perdido. Y aunque en el avance posterior por el desierto, deberíamos contar con muchas peripecias y dificultades, el aturdimiento del enemigo causado por el arrojado de nuestra primera entrada, allanaría todos los caminos y los recursos del triunfo definitivo, que era la conquista de un país ponderado y fabuloso.

ANEXOS AL CAPÍTULO XXII.

I.

PLAN DE EMBARQUE DEL EJÉRCITO CHILENO EN ANTOFAGASTA EL 26-28 DE OCTUBRE DE 1879, EJECUTADO SOLO PARCIALMENTE.

(Distribución del ejército en los buques dispuestos por el estado mayor.)

PRIMERA DIVISIÓN DE LA ESCUADRA.

Naves.	DISTRIBUCIÓN.	HOMBS. CABS.	
<i>Amazonas.-</i>	Artillería Naval	640	
	Batallón de Zapadores	400	
	Id. Valparaiso	300	
	Una batería de campaña, 6 piezas.	125	
	Estado mayor y cuartel jeneral	80	
		1545	
<i>Loa.-</i>	Un batallón del regimiento 2º de línea...	560	3
	Una batería de campaña	125	80
	Una compañía de Cazadores a caballo	115	125
	Animales de la batería que van en el <i>Amazonas</i>		80
		800	288
<i>Itata.-</i>	Regimiento 3º de línea	1100	5
	Una batería de montaña, 6 piezas	125	41
	Una compañía de Cazadores a caballo	115	125
	Caballos del regimiento de Cazadores		129
	1340	300	
<i>Copiapó.-</i>	Regimiento Buin 1º de línea	1100	5
	Batería de montaña	125	46
	Mulas de carga para munición		9
	1225	60	

SEGUNDA DIVISIÓN DE LA ESCUADRA

<i>Limarí.</i>	Batallón Atacama	590	3
	Batería de montaña	125	41
	Compañía de Cazadores sin caballos	115	
		830	44

<i>Matías Cousiño.</i> - Batallón Chacabuco	600	3	
<i>Abtao.</i> - Cuatro compañías del regimiento 4° de línea.	600	3	
<i>Paquete Maule.</i> - Batallón Coquimbo	500	2	
<i>Huanay.</i> - Regimiento 2° de línea	450	3	
<i>Lamar.</i> - Regimiento 2° de línea	90		
Batallón Coquimbo	50		
Regimiento de Cazadores	50	50	
Personal de una batería	125		
	315	50	
<i>Santa Lucía.</i> -	jornaleros, trabajadores, etc.....	100	
	Regimiento 4° de línea	200	
		300	
<i>Tolten.</i> -	Dos compañías del Regimiento 4° de línea.	300	
<i>Cochrane.</i> -	Batallón Búlnes	500	
<i>Elvira Álvarez.</i> -	Regimiento de Granaderos a caballo	90	100
	Mulas de carretones, ambulancias, etc.		

II.

DIVISIONES EN QUE SE DISTRIBUYÓ EL EJÉRCITO PARA EJECUTAR UN DESEMBARCO EN LAS COSTAS DE TARAPACÁ.

Primera división (atacará Junin)

Jefe, coronel Urriola; segundo id., Niño.

Navales.....	650
Valparaíso.....	300
3° de línea.....	1.100
Una batería de montaña	125
Total.....	2.175

Segunda división (atacará Pisagua)

Jefe, comandante Ortíz; segundo id., J. M. del Canto.

Atacama.....	590
Buin.....	1.100
Dos baterías de montaña.....	250
Total	1.940

Tercera división(sigue a la segunda en el ataque).

Jefe, coronel Amunátegui; segundo, comandante Ramírez.

Medio Regimiento del 2°.....	500
Regimiento 4° de línea.....	900
Total	1.400

Cuarta división (sigue a la tercera sobre Pisagua).

Jefe, el comandante Toro Herrera; segundo jefe el señor Gorostiaga, don A.

Chacabuco.....	600
Coquimbo	500
Medio Regimiento del 2°	450
Total.....	1.550

División especial para donde sea más preciso.

El cuerpo de Zapadores a las órdenes de su jefe

Santa Cruz.....	400
En todo.....	7.465

Fuerzas sin designación por ahora.

Artillería de marina.....	800
3 baterías de artillería de campaña.....	375
Cazadores a caballo.....	500
Búlnes.....	500
Total.....	2.175

Total del ejército de operaciones.....	9.640
--	-------

III.

PARTE INÉDITO DEL COMANDANTE DE ZAPADORES DON RICARDO SANTA CRUZ SOBRE EL COMBATE DE PISAGUA.

TERCERA BRIGADA DEL REGIMIENTO ZAPADORES DE LÍNEA.

Campamento de Pisagua, noviembre 6 de 1879.

Con fecha de ayer he pasado al estado mayor general el siguiente parte:

“Tengo el honor de dar cuenta a U.S. del combate habido el 2 del presente con las fuerzas a mi mando en el desembarque y toma de estas posiciones.

A las 10 A.M. trescientos hombres de la brigada de Zapadores y una compañía del Batallón Atacama. mandada ésta por el capitán Soto Aguilar y el subteniente Matta, nos dirigimos a Playa Blanca en los botes de la escuadra, logrando desembarcar en medio de nutrido fuego de fusilaría se nos hacía de tierra.

Desembarcada la tropa, habiendo tenido nueve bajas, dirigí el ataque sobre las posiciones enemigas. Estas se encontraban distribuidas en tres posiciones ventajosas: la mayor parte estaba atrincherada a inmediaciones de la playa tras de parapetos de sacos y peñas de la costa; otra situada a media falda del cerro se ocultaba en los barrancos, zanjas y camino del ferrocarril. El resto de las fuerzas enemigas que, calculo en un total de novecientos a mil, dominaban la cima del cerro.

Ordené desde luego el ataque de las dos primeras posiciones tanto para proteger el desembarco del resto de nuestras fuerzas, cuanto porque toda tentativa de ascenso habría sido infructuosa en esa circunstancia.

Al efecto se destacaron guerrillas desde la playa que sucesivamente avanzaron hasta las alturas de las segundas posiciones que desalojadas, eran ocupadas por los nuestros y replegándonos podíamos ir flanqueando al enemigo.

El grueso de la fuerza la reservé para atacar las trincheras de la playa.

En esta forma y avanzando las guerrillas con todas las precauciones posibles, se desalojó la trinchera de la estación del ferrocarril de donde se nos hizo la mayor resistencia y en varias ocasiones tuvimos que repeler un contra ataque.

A las 11.30 A.M. percibí el segundo desembarque de nuestras tropas. Merced a esta circunstancia pude utilizar la tropa que cubría nuestra retaguardia, pues hasta ese momento teníamos que contrarrestar el fuego en todas direcciones. Con mis fuerzas reunidas di mayor vigor a nuestro ataque consiguiendo el desalojamiento completo de los fuertes atrincherados.

Debo advertir a U.S. que los fuegos certeros de la escuadra así como el incendio del salitre que se pronunció momentos después, me permitió dar el empuje final hasta tomarnos todas las posiciones de la costa.

Desde entonces, 2 P.M., hubo facilidad para dominar las trincheras superiores del enemigo impulsando el ataque en esta dirección sin experimentar otra dificultad que el ascenso prolongado y costoso del cerro en la parte norte.

La segunda división de desembarco alcanzaba también en esos momentos el mismo resultado. Agotadas las municiones, aunque utilicé muchas del enemigo, me ocupé en reorganizar las fuerzas y resguardar la población que ardía casi en su totalidad. En las

diversas ocasiones que hice avanzar mis guerrillas flanqueando al enemigo, se pudieron tomar veinte y siete prisioneros.

Me es altamente sensible dar parte a U.S. que he tenido 66 hombres fuera de combate de los cuales son 24 muertos y 42 heridos. También han sido heridos el sargento mayor don Manuel Villarroel, teniente don Enrique del Canto, éste gravemente, y contuso el subteniente don Froilan Guerrero.

Por último, me hago un deber de justicia recomendar a U.S. el comportamiento de los señores oficiales y tropa que combatió bajo mis órdenes y muy especialmente el refuerzo del batallón Atacama que utilicé ventajosamente en todas ocasiones.

Por este vapor doy cuenta al señor inspector de los muertos que tenían mesada y hay que suspender.

Todos los heridos han sido transportados a Antofagasta y Valparaíso.

Dios guarde a U. S.

R. Santa Cruz”.

Señor comandante del regimiento.

IV.

PARTE DEL GENERAL BUENDÍA SOBRE EL COMBATE DE PISAGUA.

Agua Santa, noviembre 4 de 1879

Acompaño a U.S. para conocimiento del excelentísimo señor general director supremo de la guerra, la nota que me ha sido dirigida por el señor general don Pedro Villamil, comandante general de la segunda división del ejército de Bolivia, acompañándome el parte de su estado mayor y el que me ha sido pasado por el comandante militar de la plaza, sobre el combate que ha tenido lugar en el puerto de Pisagua el día 2 del corriente.

Había llegado a aquel puerto la víspera de los sucesos que motiva esta nota a efecto de inspeccionar personalmente las fuerzas a quienes estaba confiada su defensa, pero al amanecer del día siguiente, cuando no había dado principio a mi tarea, fui avisado de la presencia de la escuadra enemiga en aquel puerto, compuesta de veinte buques.

Ordené inmediatamente las operaciones y medidas que se detallan en los partes adjuntos, y comenzó el enemigo sus hostilidades a las 6 y 5.5 ms. A. M., siendo contestados por los únicos cañones de a 100 que se encontraban uno al norte y otro al sur de la bahía.

Nuestros soldados soportaron los fuegos de la escuadra sin hacer un disparo, como se les había ordenado, hasta el momento que comenzó el desembarco, y con el fuego de nuestra infantería.

Esta constaba de los batallones Victoria e Independencia, cuyas plazas ascienden a setecientos noventa, y algunas guardias nacionales del Perú.

900 hombres componían toda la resistencia, y asimismo vimos retirarse al enemigo bajo el fuego de nuestras escasas fuerzas y reorganizarse bajo la protección de la escuadra que aumentaba por momentos nuestras pérdidas y reparaba las propias ocurridas en las 44 lanchas de desembarco que habían intentado llegar a la costa. Este segundo como el primer ataque fue también rechazado con pérdidas menos considerables.

Pero el tercer ataque fue va decisivo; el terreno que ocupaban nuestras fuerzas era desventajoso: no mide más de 200 metros entre el mar y el escarpado barranco que cierra aquel punto por el costado E. y cuyo camino solo permite el tránsito de las fuerzas en desfile. Fue sobre aquel pedazo que la escuadra chilena hizo funcionar con prodigiosa rapidez toda su artillería, sus ametralladoras y su fusilería, porque los buques se hallaban a tiro de revólver de la costa. Una nube densa producida por el fuego del enemigo, por el propio, y por el incendio que devoraba ya la población y millares de sacos de salitre, envolvía el teatro del combate en una atmósfera que nos ocultaba a los invasores, en tanto que continuaban los tiros del mar.

Fue en esta situación, después de las bajas extraordinarias que revelan los partes durante 7 horas de resistencia y de combate heroico sostenido por las fuerzas del ejército boliviano y por los nacionales del Perú, que acordamos, con el señor general Villamil, retirarnos con nuestras fuerzas convencidos de que era inútil continuar la resistencia con 900 hombres contra 4.000 que habían ya desembarcado, sin contar con las poderosas reservas que mantenían los buques dispuestos siempre a reparar las pérdidas, y sin tener artillería ni elemento alguno de los que nos oponía aquella numerosa escuadra.

Se hizo la retirada con toda la disciplina y orden que se habían mantenido en el combate. La conducta bizarra del señor general Villamil, de su jefe de estado mayor general y los jefes, oficiales y soldados del ejército boliviano, de los nacionales del Perú; del jefe militar del puerto, y demás oficiales de nuestro ejército ha sido altamente abnegada, y es la misma abnegación y el general entusiasmo manifestado en el combate por las fuerzas aliadas lo que me impide entrar en recomendaciones especiales que tendrían que ser injustas o comprender a todos los que se han batido en mi presencia.

La ocupación de Pisagua por fuerzas enemigas ha infundido en el corazón del soldado el deseo de la reparación y la venganza. Las fuerzas aliadas solo aspiran a nuevos combates donde puedan brillar una vez más su decidido entusiasmo y su abnegado heroísmo.

Grande es sin duda la diferencia del temple moral de nuestro ejército con el ejército chileno: ha necesitado hacinar su poder marítimo y terrestre para batirse con 900 hombres que mantuvieron el fuego durante 7 horas, y les hicieran retroceder dos veces: es nuestra fuerza moral robustecida por la justicia de la causa que defiende la alianza: es el brío y la serenidad de nuestros soldados, acreditados ya en numerosos combates, lo que hace indispensable nuestra victoria y seguro el triunfo que en el primer encuentro sabremos arrancarle al enemigo.

Dios guarde a U. S.

Juan Buendía.

Al señor secretario general del excelentísimo señor general director supremo de la guerra.

V.

ORDEN DEL DIA DEL EJÉRCITO PERUANO SOBRE EL COMBATE DE PISAGUA.

ESTADO MAYOR GENERAL DEL EJÉRCITO ALIADO.

Pozo Almonte, noviembre 10 de 1879.

Señor general de división y en jefe del ejército:

Servicio para mañana: la primera división peruana; dará la gran guardia la división de caballería. Jefe de día, el coronel graduado don Manuel Carrillo y Ariza; jefe de línea, el de igual clase don Augusto Freire; de ronda, los tenientes coroneles don José Mateo Barrantes, don José Luis Torres, don Felipe Santiago y don Francisco Javier Tobaoda.

ORDEN GENERAL.

Art. 1º La defensa de Pisagua es uno de los hechos que en la historia de la guerra actual caracterizarán a los beligerantes, exhibiéndolos en sus verdaderas proporciones, así ante el mundo militar como ante la civilización, y su señoría el señor general en jefe del ejército ha querido que la palabra oficial dirigida al ejército no se le haga oír hasta hoy en que puede revelar sin error y sin pasión ese acontecimiento de sangrienta y gloriosa memoria.

La primera brigada de la 2ª división boliviana, la fuerza de las baterías de costa, la guardia nacional de Pisagua y la guarnición de gendarmes de ese puerto: mil hombres y dos cañones de a cien en batería por terminar, han luchado durante siete horas contra veinte buques que montan sesenta cañones de los mayores calibres, contra seis mil hombres, contra todas las armas de la guerra moderna y todas las crueldades de la guerra antigua resucitada por la barbarie chilena.

Los valientes que allí rechazaron con solo sus bayonetas y sus rifles los proyectiles, las bombas, las camisetas de incendio y todos los elementos con que la falta de valor llamó en su auxilio la destrucción, tienen merecida la gratitud de las dos naciones cuya soberanía, cuyo honor, cuyo porvenir y cuya fortuna felizmente comunes han sostenido hasta el más heroico sacrificio, hasta ofrecer al mundo en su defensa el espectáculo de una lucha desigual y de imperecedero recuerdo.

Las banderas de Bolivia y del Perú han recibido el humo de las mismas balas, han visto caer sosteniéndolas con igual ardor al ciudadano y a su aliado, y los defensores de Pisagua han puesto sellos de heroísmo al pacto feliz de su alianza. En elogio de los señores general don Pedro Villamil, comandante general de la 2ª división boliviana, coronel don Ezequiel de la Peña, su jefe de estado mayor, coronel don Juan Granier primer jefe del batallón Victoria, coronel don P. J. Vargas (El original dice equivocadamente Donato Vázquez) primer jefe del batallón Independencia, teniente coronel don Isaac Recabárren, jefe de armas de la plaza, coroneles don Manuel Francisco Zavala y don Nicanor González de la guardia nacional de Pisagua y de todos los señores jefes, oficiales e individuos de tropa de esas fuerzas, solo debe decirse que los jefes daban ejemplo a sus soldados y que éstos renovaron en aquel día, merced a su indomable valor y personal denuedo, todas las

glorias que les han conquistado el primer puesto militar del Pacífico y fueron dignos de llevar en sus armas la suerte de dos grandes naciones y la misión de regenerar a la América reduciendo a Chile a la impotencia que exige la paz del continente.

Art. 2º Señores: el señor general de división y en jefe del ejército se ha servido destinar al batallón 2º Ayacucho al teniente graduado subteniente don Carlos Vidal y al batallón Lima núm. 8, al teniente don Felipe Somocurcio.

Belisario Suarez.

Señor general de división y en jefe del ejército.

VI.

MANIFIESTO DEL CANÓNIGO DE AREQUIPA DON JOSÉ DOMINGO PÉREZ DESMINTIENDO LAS ATROCIDADES ATRIBUIDAS POR LOS PERUANOS AL EJÉRCITO DE CHILE EN EL COMBATE DE PISAGUA.

Señor editor de *El Mercurio* de Valparaíso.

Por casualidad, pues mis ocupaciones no me han dado lugar para leer periódicos, he visto la relación que el corresponsal de *El Comercio* en campaña hace de la toma de Pisagua por el ejército chileno; y como en esa reseña he leído cosas que se relacionan con mi persona y con la ambulancia de Arequipa que dirijo, me veo en la ineludible necesidad de rectificar los hechos y de decir francamente, como testigo presencial, todo lo que ha acaecido en el campamento del Hospicio, sin que la política militante se mezcle en mi sencilla narración.

No es cierto, pues, todo lo que se refiere en esa exagerada correspondencia, que si es auténtica, puede muy bien agriar los ánimos de los combatientes, y exponerlos a injustas represalias.

Como sacerdote y como testigo presencial de los hechos, me permitiré, sin pasión política y con la frialdad que produce el hielo de los años, hacer una relación concienzuda de lo que he visto.

No se por cierto lo que sucediese en el puerto de Pisagua en el acto del combate, pero sí puedo asegurar que el incendio de la población y las demás desgracia que acaecieron, fueron una consecuencia necesaria de los proyectiles, que la escuadra arrojó para desmontar las artillerías de tierra.

El campamento del Hospicio, donde yo residía, y las muchas tiendas de italianos y otros extranjeros quedaron desiertas desde muchas horas antes que el ejército llegase allí. Las familias y todos los vecinos huyeron dejando sus casas abandonadas. El jefe de los ferrocarriles y de la oficina telegráfica, Mr. Gil, que desde días antes se encontraba atacado de fiebres tifoideas, fue retirado del campamento en una camilla por su digna esposa, el doctor Villegas, médico del hospital, y varias otras personas, como a las doce del día, dejando también su casa abandonada. Así es, pues, que no pudo ser *herido ni fusilado* como se asegura.

Las mujeres tampoco pudieron ser víctimas de la *crueldad* y desenfreno de la tropa, ni obligadas a bailar al son de las músicas militares, por la sencilla razón de que todas huyeron y no quedó una sola en el campamento del Hospicio, y porque las bandas del ejército solo llegaron al día siguiente, y cuando en el campamento había jefes respetables y severos que no habrían podido permitir ningún desorden.

Serían las tres de la tarde cuando se presentaron en el tal campamento cinco soldados chilenos, que perseguían a los bolivianos que aun les hacían resistencia de detrás de los ranchos.

Estaba yo en mi cuarto y mis empleados curando a los heridos en el hospital, cuando saqué la cabeza y vi que estos soldados apuntaban y hacían fuego sobre el hospital.

Temeroso de que matasen a los heridos y empleados, enarbolé una banderita blanca y salí del cuarto. Los soldados, que se hallaban a más de una cuadra de distancia, al ver la banderita me llamaron. Yo, aun cuando las balas atravesaban en todas direcciones, salvé la distancia y logré llegar sin novedad donde ellos estaban, con mi bandera en una mano y mi Santo Cristo en la otra.

Los soldados me preguntaron quién era; les contesté que era sacerdote, que estaba a cargo de un hospital, les mostré mi corona, y ellos, generosos, aunque ebrios con el furor del combate, me dijeron que me retirara, que nada tuviese que temer, que el sitio era riesgoso por las muchas balas que atravesaban. Con esta confianza regresé a la ramada de mi cuarto. Más a poco, estos mismos soldados, cuyos nombres recordaré siempre con gratitud, se convirtieron en mis protectores; se vinieron a mi ramada, donde les di agua y lo que pude.

Recuerdo el nombre de dos de ellos; Bruno Zepeda, del Atacama y Juan Flores, del Buin.

Más de tres cuartos de hora pasé con ellos, lleno de ansiedad, no porque temiese que me dañaran, sino porque no había ni un sargento ni un oficial con quien entenderme. Como a la hora, se presentaron dos oficiales, y a poca distancia de ellos como una compañía del batallón Zapadores. Entonces me dirigí al jefe y él me dio todas las garantías que podía desear.

Cuando la tropa armó pabellones, todos los jefes y oficiales se vinieron a mi ramada; les ofrecí el frugal alimento que mi sirviente había podido preparar y estuvieron en mi cuarto hasta más de las diez y media de la noche.

En la mañana del 3, el señor coronel Arteaga me visitó y me llenó de confianza.

A las once me mandó con el teniente López y un piquete de soldados a recoger los heridos de la cuesta, que habían permanecido toda la noche y parte de la mañana tirados en el campo. Provistos de una botella de agua, con un calor abrasador, pude favorecer a algunos heridos que chupaban el agua con una ansia que me hacía derramar lágrimas. ¡Ah! ¡que terrible es la guerra! ¡Que escenas tan conmovedoras se presentan en esos lances! ¿Por que, pues, dos naciones hermanas se tratan tan cruelmente? ¿Por que matan su porvenir? ¿Por que manchan con sangre la senda del progreso, las esperanzas lisonjeras del siglo XIX, del siglo del vapor y de los telégrafos? Que los soberanos de Europa, por conservar su poder y sus ambiciones sacrifiquen a los pueblos en los campos de batalla es una cosa que se comprende; pero que los hijos de la república y de la libertad, se maten, por sostener intereses mezquinos, por fomentar pasiones raquíticas; esto sí que no se puede ver sin llorar, sin sentir vértigos y dolores en el corazón.

Bajé, pues, esos arenales y precipicios hasta Pisagua, sostenido por el brazo del teniente López, y recogiendo los heridos que encontramos en nuestro tránsito.

A las diez de la noche volvimos al Hospicio en el tren.

Los pobres heridos del hospital no tenían agua ni alimento, y hubo día que lo pasaron con una taza de té.

Gracias al generoso y noble general Escala, que nos proporcionó carne, arroz y algunos otros recursos, que aliviaron nuestra situación en esas críticas circunstancias.

Yo siempre conservaré con gratitud el recuerdo de ese respetable y virtuoso general, de quien recibí favores y atenciones muy cordiales; lo mismo que el del ministro de la guerra señor Sotomayor, y de su digno hermano, del señor coronel Arteaga y todos y cada uno de los generosos jefes y oficiales del ejército, entre quienes he vivido por el espacio de ocho días.

A bordo del *Abtao* hemos recibido también muchos favores del señor comandante Sánchez y su oficialidad; y en el *Amazonas* del galante y generoso comandante Thomson.

Después de dejar a nuestros heridos en el hermoso hospital de la Providencia y de recoger los catres, colchones y demás enseres del hospital Arequipa, con que se les pudo auxiliar, voy a retirarme de la hospitalaria ciudad de Valparaíso, con el corazón lleno de gratitud por los favores que he recibido del señor gobernador eclesiástico don Mariano Casanova, del muy digno y simpático cura de la parroquia del Espíritu Santo señor Donoso y de las demás personas que me han favorecido y honrado con su amistad.

Esta es, señor editor, la verdad pura y lo que realmente ha sucedido en la toma de Pisagua.

Valparaíso, noviembre 18 de 1879.

José Domingo Pérez.

CAPÍTULO XXIII.

AGUA SANTA.

Los chilenos establecen su campamento en el alto de Pisagua.- Escasez de agua y medidas que se toman para surtir al ejército.- Los chinos se declaran aliados de los chilenos en odio a los peruanos y a los italianos.- Inmovilidad durante dos días.- El secretario del general en jefe, don José Francisco Vergara, se ofrece a practicar un reconocimiento hasta Agua Santa, y su ofrecimiento es aceptado.- Los caminos del desierto.- El ferrocarril de Pisagua a las salitreras del interior y cantones que en éstas se hallan agrupadas.- Itinerario del ferrocarril.- La subida al Hospicio.- San Roberto.- Jazpampa y su importancia estratégica.- Las aguas de Dolores.- Dibujo y Santa Catalina.- Marcha de la caravana del comandante Vergara.- Los perros de San Roberto y la hermosa telegrafista de Jazpampa.- ¿Se comieron los chilenos al canónigo Pérez?.- Terror cerval con que huyen los derrotados de Pisagua.- Insubordinación de los bolivianos.- El general Buendía se detiene en Agua Santa: intenta resistir, pero se dirige a Pozo Almonte escoltado por los batallones Vencedores y el Aroma, que retira de Mejillones del Perú.- El coronel Masías y sus proezas en locomotora.- El comandante Saenz Peña en Agua Santa.- Pomposos y exagerados partes del comandante Recabárren y del coronel boliviano Peña sobre la jornada de Pisagua datados en Agua Santa.- La columna del comandante Vergara acampa la noche del 5 de noviembre en la Oficina de Dolores y al amanecer del 6 marcha a Agua Santa.- Precauciones militares del avance.- El teniente Lara y el araucano Piñero.- Los capitanes Parra y Barahona.- Descubierta que los peruanos destacan al retirarse a Pozo Almonte al mando del comandante Sepúlveda, hijo de chilenos. Los oficiales peruanos Mazo y Loza y el capitán de Húsares de Bolivia, Soto.- El flanqueador Piñero es muerto a traición y se da la alarma a la columna chilena.- Hace ésta una falsa retirada.- Mal humor de la tropa y taima del sargento Tapia al emprender este movimiento delante del enemigo.- La columna se despliega en batalla, carga a los aliados y los despedaza en diez minutos.- Episodios.- Muerte del comandante Chocano y del teniente Gómez, salvados por los oficiales Souper y Parra.- El asistente de éste último y el refrán de Pedro de Valdivia.- Heroísmo del sargento Tapia y como muere.- “Collipulli” y sus hechos.- Como el cazador Silva toma el estandarte de Agua Santa y lo salva de sus propios compañeros poniéndoselo de corbata.- La lista de la noche.- La columna del comandante Vergara regresa a Santa Catalina a media noche.- Llega a esa misma hora a Dolores la división Amunátegui, y su forzada marcha por el desierto.- El cabo Galleguillos del Atacama y sus heroicos presentimientos dignos de su nombre.- El capitán Salvo socorre con un tren de agua al campamento del Alto de Pisagua.- El comandante Novoa explora a Tiliviche y no encuentra enemigos.- La división Urriola se pone en marcha para Dolores al amanecer del 8 de noviembre.- Llega el “Blanco” con el regimiento “Esmeralda”, y el “Cochrane” se dirige a bloquear a Iquique.- Posiciones que ocupa el ejército chileno el 15 de noviembre y graves peligros que lo amenazan en su extensa línea.- Comienza el drama militar de Tarapacá.

“Cazadores, partid! Suena la carga
 Y ya parten veloces: los aceros
 Reflejan los fugaces resplandores
 Del sol que muere en el océano inmenso.
 El sable hace prodigios: cada golpe
 No es un herido, es un soldado muerto,
 Y sobre la llanura roja sangre
 Salpica al vencedor y mancha el suelo”.
 (J. A.- *SOFFIA*.- *Agua Santa*).

“La caballería chilena “hizo aro” con una avanzada del enemigo”.
 (Carta del valiente cabo del Atacama J. J. Galleguillos, muerto heroicamente en San Francisco, fechada en Dolores el 9 de noviembre.)

I.

La batalla y entrada de Pisagua tuvo lugar el domingo 2 de noviembre. Desde la madrugada del lunes 3 comenzó el desembarco y subida del ejército al campamento de la altura abandonado por el enemigo, doble operación pesada y dilatoria para los ánimos impacientes de bisoña tropa. Por fortuna, y gracia a la timidez neutral de un maquista extranjero que huyó a la vista de los buques chilenos en la víspera, quedó lista en el bajo una locomotora con la cual se armó un tren que ayudó poderosamente al ascenso del material y particularmente de los cañones.

El general Escala desembarcó a las 3 de la tarde de ese día en medio de los vítores de la tropa, que en tal ocasión andaba en desordenada y pintoresca huelga. La caballería echó también a tierra sus bestias, la mayor parte a nado fiando al instinto del bruto; y se observó que muchos de estos buscaron el *flanco* para ganar la tierra.

El laborioso ministro Sotomayor quedó a bordo.

II.

Se tendió el campamento chileno alrededor de la ambulancia del canónigo Pérez en la pampa del Hospicio, meseta de una lengua de ancho y dos de largo, con leve inclinación hacia el mar, en la que habría cabido cómodamente un ejército de cien mil hombres. Los soldados estaban contentos, no poco ebrios y hasta turbulentos; los jefes llenos de esperanzas; todo el mundo ocupado y afanoso. Así pasaron los dos primeros días, el 3 y el 4. Solo la escasez de agua comenzaba a preocupar al estado mayor, porque los cuerpos se hallaban a ración de la que producían los condensadores de la

escuadra, y la caballería era llevada con infinito rodeo y fatiga a la profunda quebrada de Pisagua viejo, a cuyo fondo se descendía áspero caracol. A su vez el infatigable ingeniero Stuken trabajaba con su acostumbrado empeño en dejar corriente una máquina que existía junto al muelle, y que desde el día 5 comenzó a producir seis mil galones, provisión insuficiente.

En todo lo demás la actividad no encontraba punto.- “La tarde de este día, escribía un corresponsal el día 4 de noviembre, se pasa en medio de indescriptible movimiento de agitación. Víveres, carros, caballos, cañones, municiones, todo se desembarca y se mueve. La locomotora encontrada en la estación, trepa a cada instante la cumbre conduciendo agua, equipajes y mil otras cosas. Los soldados van y vienen por las laderas en busca de agua.

Cada uno de los que tienen una comisión que desempeñar, emplea y agota su actividad en aquella confusión vertiginosa de hombres y de materiales de guerra. El agua escasea y es necesario tenerla a toda costa, pues que allí está la salvación del ejército. La inteligencia pone en juego hasta el último de sus recursos, y a las siete de la noche nace la esperanza de que al día siguiente comience a trabajar una condensadora al lado del muelle”. (Salvador L. de Guevara, inteligente corresponsal de *La Patria* y oficial de artillería. Algunos cuerpos quedaron en el bajo, y éstos se ocuparon en apagar el salitre y el carbón encendido en el combate y de cuyas sustancias lograron salvar algunos miles de toneladas. Con un poco más de actividad, se habría salvado el doble. Pero los soldados se iban de continuo a la desbandada, guiados por los serviles chinos que desde el primer momento se declararon sus aliados en odio a los peruanos, que eran sus amos, y a los italianos a quienes miraban como rivales de sus pobres granjerías. He aquí lo que sobre esta curiosa liga cuenta el corresponsal de El Mercurio al día siguiente de la toma de Pisagua.

“Aprovechándose del espíritu de destrucción que se desarrolla en los soldados al penetrar en una plaza enemiga, muchos malditos chinos guiaban a los militares diciéndoles:

“Aquí hay alma, patlon.

Los soldados empujaban la puerta y se encontraban dentro de algún despacho cuyo dueño había abandonado la población. Allí no había más armas que unas cuantas botellas, y los soldados, después de apagar su sed salían fuera, mientras los chinos recogían afanosos las menestras y útiles de más valor que encontraban a mano y arrastraban con ellas hacia sus chiribitiles.

En muchas partes vimos repetirse esta escena, sin que nuestros soldados llevaran más botín que unos cuantos tragos en el cuerpo y notamos que los chinos elegían con preferencia los despachos italianos, de quienes parecen ser enemigos jurados, porque a cada paso repetían:

Italiano mucho amigo peluano”).)

III.

No se tomaba, entretanto, ninguna medida de avance ni de reconocimiento del terreno, lo que era en sí grave culpa, desde que toda

demora entrañaba un peligro y desde que la trabajosa lejanía del objetivo de la campaña que era la ciudad de Iquique, defendida por un ejército numeroso, hacía crítica la situación en su aislamiento. Por el único camino transitable para el ejército, aquel puerto distaba treinta leguas (123 millas) y la senda podía ser cortada y despedazada en todas direcciones por el enemigo que se retiraba.

Por fortuna, el activo e inteligente secretario del general en jefe, don José Francisco Vergara, simple voluntario del patriotismo y del amor a la gloria en el campamento, había tomado a su cargo desde Antofagasta el estudio de los itinerarios del desierto; y en la tarde del 4, notando que nada se hacía, se ofreció para conducir él mismo un reconocimiento hasta el término de la vía férrea de Pisagua, lo cual fue en el acto aceptado.

El día de la víspera, es decir, el 3 de noviembre a consecuencia de una estafalaria nueva que circuló en el ejército y en la escuadra, primera “bola” de los vivaques, el comandante Vergara había recorrido la línea hasta San Roberto, acompañado de dos valientes oficiales voluntarios, un teniente Jara ayudante, favorito del general Escala y el capitán Dardignac, mozo atrevido hijo de francés y de chilena, que después de una reyerta juvenil en Valparaíso había militado en el ejército argentino y encontrándose con nombre de valiente en la batalla de La Verde (1873).

La falsa noticia era la de que el general Prado estaba en San Roberto con seis mil hombres.... Tendidos en el suelo los tres exploradores a un centenar de metros de la estación, aplicaron el oído a los rieles en el silencio de estrellada, luminosa noche, inundada por la luna en su pleno albor, y solo escucharon los gemidos del desierto, eternamente quejumbroso de su incurable soledad.

De esta excursión nocturna arrancó la primera idea del reconocimiento total de la línea reservada para el día siguiente. Era ya tiempo.

IV.

No fue de poca monta el servicio que el comandante Vergara iba a prestar al ejército por su oportunidad y por su peligro. La distancia marítima que separa a Pisagua de Iquique es solo de 37 millas (viaje a vapor, de tres horas); pero en razón de las quiebras del terreno, de la arena amontonada, de las cuestas empinadas y de los farellones cortados a pique por el mar, el sendero de la costa entre ambas ciudades es completamente impracticable y carece, además, en absoluto de agua.

Existe, es verdad, un camino que a antes era de tráfico usual, que partía desde el Hospicio por la pampa de Organa y demora ocho leguas peruanas

hasta Agua Santa, pero no se encuentra en su tránsito un solo pozo, ni siquiera un aguaje salobre o nauseabundo.

En cuanto a la magnífica carretera de Junin labrada a esa caleta en 1874 desde la oficina de La Carolina, se internaba solo cinco leguas hasta el interior para ejecutar aquel servicio.

V.

Quedaba, en consecuencia, a disposición de los chilenos únicamente la vía férrea que conduce desde Pisagua a Agua Santa, oficina que ocupa el centro de la pampa a la distancia de cincuenta y media millas. Desde allí a Pozo Almonte hay una pesada, monótona, horrible soledad sin rieles y sin agua, y en Pozo Almonte, o más bien, en la estación de Peña Grande (hasta donde los peruanos habían tendido algunos rieles, por vía de estrategia) comienza el ferrocarril que conduce a Iquique y que tiene poco más de 52 millas de extensión.

La dirección de ambas vías es casi la misma, tendiendo a encontrarse por sus extremidades en el centro del desierto. La de Iquique corre como una dilatada curva hacia el nordeste, siendo su futuro punto de conjunción la solitaria oficina salitrera llamada Pozo Ramírez, la faena más avanzada del desierto hacia el oriente, fronteriza y vecina de pocas leguas a la aldea de Tarapacá.

La vía es angosta, el material rodante escaso, la carencia de agua en todas partes un obstáculo o una demora, además de que la línea ha sido trazada en amplias curvas, buscando la proximidad de las diversas salitreras que iba encontrando a su paso. Estos establecimientos, llamados en el Perú *oficinas*, como sus haciendas de azúcar se denominan *ingenios*, se hallan esparcidos en todas direcciones, ya a flor de tierra en la ancha llanura, como Santa Catalina, ya en el recuesto de una quebrada, como Jazpampa, ya en una hondonada, como San Antonio, o (como la de Germanía) al respaldo de un suave faldeo en alguna de las tres cuchillas arenosas que cortan la pampa del Tamarugal de norte a sur, y aumentan con sus pardos lomos la tristeza y la monotonía de la perspectiva.

VI.

Las salitreras de la pampa del Tamarugal, cuyo número pasa de cien, ofrecen a lo lejos el aspecto de viejas y desmoronadas fortalezas, remedando sus desmontes del blanquecino caliche derruidos parapetos, y sus chimeneas

de cocimiento truncadas almenas o garitas. Se hallan agrupadas por cantones, como administración política y como sistema industrial, y son los principales de éstos, por el lado de Pisagua, el de Zapiga, Sal de Obispo, Rincón y Negreiros. En este último, famoso por la riqueza de sus caliches, yace la oficina de Agua Santa, estación de término de la vía; en el cantón de Zapiga existen las oficinas de San Antonio y de Jazpampa; en la de Sal de Obispo, (llamada así por algún obispo sin sal que por allí anduvo), la de Dolores, y en el cantón del Rincón estas cuatro faenas que la guerra ha hecho famosas: San Francisco, la Encañada, Porvenir y Santa Catalina.

En la dirección de Iquique los principales cantones son los de la Peña, la Noria, Soledad y otros que llegan hasta la vecindad del Loa.

VII.

Sigamos ahora el curso de los rieles desde Pisagua a Agua Santa, que esa va a ser la ruta militar de nuestro ejército.

Una vez que, gimiendo y levantando el vapor de sus calderos a la mayor presión posible, ha repechado lentamente la máquina, desde la playa al Hospicio, seis millas de atrevidísimas curvas, corta el tren la pampa en que se hallaba acampado el ejército, en dirección al nordeste, y atravesando por un corte la primera cuchilla de médanos, se detiene en San Roberto, primera y miserable estación de para, a 10 millas de Hospicio. El tren expreso hasta Agua Santa tarda tres horas, el de carga el doble: el de bajada la mitad menos.

VIII.

La vía corre ahora casi recta hasta el naciente; pero 8 millas más allá describe una ancha curva y tuerce al sur en demanda del cantón de Negreiros. En el centro de este radio está la estación de Jazpampa, situada en el recuesto de la quebrada de Zapiga y a la altura de 3.688 pies sobre el nivel del mar. Es ésta una posición estratégica de primer orden porque domina el camino directo de Arica a Iquique y todas las profundas pero feraces quebradas que desde Tiliviche, allí vecino (dos y media leguas), se extienden hasta Camarones, derrotero socorrido de Arica. La estación de Jazpampa era también el punto de intersección del telégrafo de tierra de Arica a Iquique y esta además abundantemente provista de agua desde Dolores, que es el manantial del desierto.

IX.

Cuatro millas al sur de Jazpampa sigue la oficina de San Antonio, propiedad de la opulenta familia tarapaqueña de los Zabala, hacendados de Tiliviche y Quiñua, que son dos oasis en uno; y 6 millas más adelante la de Dolores, que es un río subterráneo. En esta faena, mediante poderosas bombas a vapor, se extrae inagotable profusión de agua que sirve al ferrocarril y a todo el cantón vecino; y a la verdad es tal la abundancia del inapreciable líquido recogido como el oro en magníficos estanques de fierro, dispuestos a manera de baños, que se ha meditado llevarlo como lucrativo negocio a Pisagua para su surtimiento urbano y el de su rada. Dolores dista 34 millas(doce leguas) de Pisagua.

X.

Siguen en pos hacia el sur las *oficinas* de Porvenir, santa Catalina, Dibujo y Agua Santa, que son otras tantas estaciones. Las dos primeras distan entre si y de Dolores unas pocas cuadras, pero Dibujo se aparta 9 millas de Santa Catalina, y es un sitio tan miserable, al pie de una ventosa cuchilla, que nuestros soldados, por mofa le quitaron su nombre y le pusieron espiritualmente *Garabato*.

Desde esta estación a la de término de Agua Santa hay tres y media millas, lo que hace para el trayecto total 5 y media millas.

XI.

Los puntos militares de mayor importancia en toda la vía eran, por lo que fácilmente se deja comprender, la de Jazpampa, por su posición dominante en la mitad exacta de la ruta; la de Dolores, por la provisión de agua para el ejército, y el grupo de San Francisco, Porvenir y Santa Catalina por sus defensas naturales en torno al cerro del primer nombre y en el ámbito de su ancha planicie.

Parecía, por tanto, urgentísimo para el logro de la campaña y aun para la conservación del ejército invasor, ocupar en fuerza aquellas posiciones.

XII.

Era ésa la considerable extensión de desierto y de país enemigo que el comandante Vergara se proponía animosamente recorrer, y para esto alistó en la tarde del 4 de noviembre una expedición compuesta de cinco o seis oficiales, tan resueltos como él, a los que acompañarían como escolta 175 Cazadores. Eran aquellos el comandante Arístidez Martínez, los capitanes de artillería Salvo y Carvallo y el alférez Faz de la misma arma. Los Cazadores pertenecían al primer escuadrón que mandaba el antiguo mayor don Feliciano Echeverría, y cuyas dos compañías iban al mando de sus respectivos capitanes, don Manuel E. Barahona la primera, y don Sofanor Parra la segunda.

XIII.

A la una de la noche del 4 se puso en marcha la atrevida caravana con las precauciones debidas y antes de romper el alba, pasaba, siguiendo la huella de los rieles, por la estación de San Roberto, guardada solo por dos hambrientos perros.

¿Que se habían hecho los peruanos? ¿Y como habían dejado intacta la vía cuando un quintal de pólvora habría podido detener a nuestro ejército una semana?

Sin cuidarse demasiado los jefes de la osada caravana de las reglas de equitación en campaña que prescriben el paso medurado, cuando no al trote, galopaba seguros de que en las ágiles patas de sus caballos llevaban la fortuna del ejército aislado y sediento.

Al avistar a Jazpampa, divisando en el tenue horizonte la columna de humo de su máquina en actividad, celebraron los jefes consejo, y resolvieron tomar por asalto aquella ciudadela del trabajo. Entrando de improviso a los patio, el comandante Vergara se encargó del cuerpo principal del edificio, el comandante Martínez cortó el telégrafo, y el mayor Salvo, más feliz que sus compañeros tuvo un encuentro de novela en la oficina telegráfica, que allí era principal. Al penetrar, en efecto, en los aposentos de la solitaria estación, una mujer joven y hermosa, peruana de nacimiento, con los cabellos desgredados y las manos suplicantes se arrojó de rodillas entre afligida y altiva a los pies del galante oficial chileno pidiéndole su vida y la de su marido.

Era esta infeliz la esposa del telegrafista de gobierno, y no habiendo podido huir, se mostraba espantada con los diabólicos cuentos de los prófugos. Según éstos lo menos que habían hecho los chilenos era comerse asado al canónico arequipeño de las ambulancias.....

XIV.

Tranquilizada la pobre niña, hizo salir de su escondite a su marido, y éste entregó como en gaje de sumisión, los rollos telegráficos de la víspera, que explicaron a los viajeros el singular abandono en que huían los aliados: era el abandono del pánico, y esto se halla patéticamente estampado en los telegramas siguientes, allí recogidos:

(Noviembre 2.)

“Buendía al coronel Suarez.

Pisagua a Iquique.

Arrecia el cañoneo. Es nutridísimo el fuego de fusilaría de los botes y de tierra. Han incendiado el pueblo”.

“Buendía al coronel Suarez.

Iquique.

Siete horas de combate, bajo fuegos artillería, rifles de abordo, ametralladoras y de la fuerza de desembarco. Convenimos con el general Villamil emprender retirada desde que con nuestra pérdida, no podíamos esperar auxilios antes de tres y media horas. *Insisto en mi idea de reconcentración y librar batalla”.*

“Buendía a Suarez.

Iquique.

Ropa, botas, charreteras, faja, cuanto traje de Iquique se ha perdido en el incendio. Si corro mala suerte, que Dancourt se encargue de mi equipaje y lo entregue como está a mi familia”.

“Prado al coronel Suarez.

Arica a Iquique.

Diga al general Buendía lo siguiente: “De Prado al general Buendía, San Roberto.- Si no tiene U.S. seguridad de sostener posición con buen éxito, es mejor *reconcentrar el ejército y dar una batalla con todas nuestras fuerzas*”.

(Noviembre 3.)

“Prado al general Buendía.

He estado esperando que me telegrafíe V.S. dándome algunos pormenores de la jornada de ayer. Pido pues a V.S. me los trasmita. Ayer le telegrafíe pidiéndole que si no podía sostenerse con seguridades en una buena posición, era lo conveniente concentrarse con las fuerzas; y debe V.S. hacerlo desde luego, sin olvidar la fuerza de Mejillones. La caballería de Camarones está en marcha para unirse a V.S. ¿Que es de la división Vanguardia? Acaso será mejor hacerla retroceder. En fin, V.S. vea lo más conveniente a este respecto”.

“Buendía al general Prado.

Jazpampa a Arica.

Nuestra situación no permite en este momento pormenores que quiero sean exactos. He ordenado venga a Agua Santa la fuerza de Mejillones. Hasta el momento, *ignoro donde se encuentra la división Vanguardia*. He corrido una circular para que espere donde esté. Recibo aviso que Aroma, que estaba en Mejillones, ha llegado a Agua Santa”.

“Prado al coronel Suarez.

Iquique.

He dado orden que salga hoy mismo la caballada de Camarones para Pozo Almonte. Temo por ella, y principalmente por falta de forraje. ¿Que ruta debe seguir? ¿Habrá peligros?”

XV.

El día 4 los fugitivos se encontraban en Agua Santa, escoltados por el batallón boliviano Aroma que habían hecho venir de la caleta de Mejillones paralela a ese cantón. Allí estaban ese día el general Buendía, preocupado todavía con la pérdida de su faja de bautizo frustrado, el general Villamil y los jefes Recabárren, gobernador militar de Pisagua y Peña, jefe de estado mayor de la división Villamil, que desde allí enviaron a Arica sus pomposos partes del combate de la antevíspera, evidentemente exagerados.

XVI.

Entretanto, los exploradores del desierto tomaban algún refrigerio en la fonda de un entusiasta francés, e instantáneamente chilenzado, porque ¿en cual parte del mundo y en cual necesitada oportunidad no habrá de encontrarse a la mano, según la predicción de Chateaubriand, algunos de esos simpáticos cosmopolitas? Y en seguida, marchando por hileras y siempre por los rieles, como una polvorosa serpiente, fueron a acampar a la oficina de Dolores y la vanguardia a la de San Francisco, al pie de la cerrillada de este nombre, donde había forraje para la caballada.

El galope del comandante Vergara había sido la carrera mitológica de la Fortuna.

Ese mismo día el ministro de la guerra comunicaba al gobierno desde Pisagua este movimiento de avance por el siguiente telegrama:

“Pisagua, noviembre 5, de 1879.

(Telegrama recibido de Antofagasta el 6 de noviembre a las 9,20 P.M.)

El ejército se organiza en las pampas que dominan a este puerto, para marchar a ocupar la línea férrea hasta Agua Santa. La caballería practica reconocimiento. El ferrocarril se ha ocupado en esta parte, aunque con escaso material.

R. Sotomayor.”

XVII.

Muy de madrugada, el día 6 de noviembre, la alentada columna exploradora, avanzando siempre por la vía, a la desfilada y de a dos en fondo, marchaba en demanda de Santa Catalina y de Agua Santa. Por la mañana llevaba la descubierta el valeroso teniente don Juvenal Calderón con 24 Cazadores, y al medio día lo relevó el teniente Gonzalo Lara, hijo de un valiente de San Felipe, y de Yungay. La marcha era pesada, monótona y fatigosa por los caliches y los médanos, encajonada la valiente tropa entre los desmontes de la vía. Solo de cuando en cuando, la vista de un mísero cadáver restos de agonizantes derrotados, entristecía la vista o espantaba a los caballos; y entonces, el viento soplando en la pampa remedaba los gemidos de los muertos. En la vecindad de Jazpampa los chilenos habían encontrado de esta manera esparcidos en los desfiladeros, doce cadáveres: todos eran de bolivianos.

De trecho en trecho, al llegar a la puerta de una oficina, la caravana hacia alto, y los sedientos soldados entraban a pedir agua que se servía en gamelas a los soldados y a sus monturas. Algunos, más felices, alcanzaban también de cuando en cuando el apetecido regalo de un trago de subida caña, este coñac del desierto.

XVIII.

Tenía resuelto el comandante Vergara, ir a acampar aquella noche en Agua Santa, extremidad de la ruta, donde se sabía existían considerables depósitos de víveres y forrajes del enemigo, y en cuyo pasaje talvez era dable encontrar todavía a los generales prófugos de Pisagua. Y con este propósito marchaba la columna con redobladas precauciones por la estrecha senda.

El teniente Lara iba adelante, algunas cuabras con su descubierta, al frente de ésta una avanzada de cuatro Cazadores, al mando de un cabo, y más lejos el obligado vigía de las marchas, llamado flanqueador en los ejércitos europeos y en los de América centinela, *bombero o loro*, por su oficio. Le había cabido este puesto aquella tarde a un soldado araucano, indio neto, y

valiente llamado Juan de Dios Piñeiro, quien, para ser indio cabal, llevaba más que mediana dosis de caña en la cabeza. El resto de la columna marchaba lentamente a retaguardia por hileras con los comandantes Vergara y Martínez a la cabeza. Eran las cuatro de la tarde, y a esa hora se avistaba por la izquierda la oficina salitrera de Germania, a pocas cuadras, y al pie de una loma; y más allá, a un kilómetro de distancia por la derecha de los rieles, la hermosa y vasta estación de Agua Santa. Ardía, ésta como una hoguera, prueba de que el enemigo huía acrecentando su pánico y su derrota. Un ejército que quema sus propios almacenes es un ejército que se suicida.

XIX.

El general Buendía, perezoso unas veces, atropellado otras, pero nunca cobarde, había intentado en efecto oponer alguna resistencia al avance de los chilenos en Agua Santa.

Reunidos los dispersos de Pisagua en San Roberto el día 2 de noviembre con el batallón Vengadores, de Bolivia, que marchaba tarde en su auxilio, acampó el general en jefe aquella noche en Dolores, y al día siguiente recibía en Agua Santa el auxilio del batallón Aroma, compuesto, como el Viedma y el Padilla, de animosos cochabambinos que custodiaban la caleta vecina de Mejillones. Al mismo tiempo, ordenó Buendía avanzase desde Pozo Almonte la división Dávila, y pidió a Suarez por el telégrafo un escuadrón de caballería para contener a los dispersos, que en todas direcciones huían hacia sus indígenas madrigueras. El espíritu de esta tropa no podía ser más deplorable, y sus murmuraciones llegaban hasta la entonación y el hecho del motín. “El disgusto, la violencia y la murmuración de los soldados bolivianos escribía un testigo de vista, eran tales en el campamento de Agua Santa que el general Villamil tuvo que decirles, en presencia de varios: “Si en Pisagua aplaudí el valor de éstos, hoy tengo el sentimiento de decir que son unos bribones”.

Decían que *ellos eran nacionales, que por que los metían a la candela*, y no se mandaba a los del ejército que estaban descansando, atendidos, bien vestidos, bien pagados, con plata; mientras que ellos se encontraban descalzos, sin tener con que comprar cigarros, ni que mandar a sus familias que se morían de hambre, etc. Entonces el general Buendía, para acallar las murmuraciones y evitar el contagio al resto del ejército, les dio algunos billetes”. (El oficial peruano don R. Heredia, en una interesante carta publicada en Lima sobre las causas que produjeron la dispersión de San Francisco.)

XX.

Pero a aquella grave contrariedad, se agregó ese mismo día otra mayor. En la tarde del 4 de noviembre llegaba por la pampa un jinete con su caballo jadeante, portador de una noticia desalentadora. Era el teniente coronel argentino don Roque Saenz Peña, ayudante del estado mayor peruano, que se aparecía con la noticia adversa de haber regresado a Pozo Almonte la división *Vanguardia* (Dávila), después de haber recorrido tres leguas hasta Santa Adela.

Era esa la vanguardia porque preguntaba en la víspera el general Prado desde Arica y de la cual el general Buendía ignoraba el paradero.... El desaliento era tan universal como el desbarajuste. Se añadía a todo esto que el asendereado general en jefe del ejército aliado de Tarapacá intentó reunir algunos víveres y elementos de movilidad en Agua Santa poniendo en juego la actividad de aquel extraño personaje que tenía por título, desde el principio de la campaña, de *inspector general del teatro del campo de la guerra*, el coronel Masías, y nada consiguió. Porque después de muchas idas y venidas a caballo y en locomotora, resultó que este fantástico oficial no pudo presentar en el campamento sino 74 bestias (inclusos probablemente algunos asnos) y once carretones, de los cuales solo seis podían ponerse en movimiento.

XXI.

Andaba el inspector en estas diligencias durante los días 5 y 6 de noviembre, poniendo a saco todas las salitreras del cantón de Negreiros, cuando aparecieron en el lejano horizonte de la sábana los pompones verdes de los cazadores de Chile que venían con el comandante Vergara; y he aquí como uno de sus compatriotas cuenta la singular aventura del inspector del teatro de la guerra, prófugo en una locomotora: “El coronel Masías hizo el segundo viaje a las oficinas salitreras, partiendo de Agua Santa el día 6 de noviembre a las 7.30 A.M., pero a las 11 A.M., poco más o menos, se oyó a gran distancia el silbato de la locomotora. El coronel Masías regresaba solo en la máquina, dejando abandonado, por la precipitación del viaje, al ayudante del general en jefe, sargento mayor don Emilio Coronado, y anunciando a *gritos* la aproximación del enemigo, sin fijarse en el pánico que esa alarma iba a producir en el ejército, cuyo número era inferior al del ejército que había desembarcado en Pisagua.

Buendía, en unión del general Villamil y demás jefes que se hallaban a su lado, procuró tranquilizar a las tropas, a fin de que no se desbandasen los bolivianos que estaban disgustados y violentos.

Previo un acuerdo entre los generales y jefes mencionados, se resolvió emprender la marcha a Pozo Almonte, ya porque con la diminuta fuerza que había en Agua Santa no era posible contrarrestar a la formidable fuerza enemiga, ya también porque así lo había ordenado el supremo director, según el telegrama que anteriormente hemos transcrito”. (Carta citada de R. Heredia. Agrega éste que el inspector del teatro del campo de la guerra desapareció esa misma tarde de Agua Santa y vino a aparecer después en Arica.... ¿Como llegó allí? ¿En la locomotora o por los aires, como en el teatro?...).

Y fue de esa manera como huyeron los restos de Pisagua hacia Pozo Almonte, y como en el atolondramiento de su fuga prendieron fuego a sus depósitos de Agua Santa, pues no podían llevar consigo ni su propia penuria sino su miedo.

XXII.

Iban entretanto los chilenos embebecidos contemplando aquel espectáculo de incendio siniestro en el desierto, cuando de improviso se sintió un disparo de carabina Winchester a la vanguardia.

¿Que ha sucedido?

El comandante Vergara en ausencia del comandante Echeverría que había regresado a Jazpampa a esperar un nuevo grueso de cazadores, dio a éstos la voz de *¡Al galope!* Y luego, al abrirse una dilatada pampa, se encontraron con la descubierta del alférez Lara que se batía en retirada. ¿Que había sucedido?.

XXIII.

El tiro de alarma había sido una traición, según entonces se contó.

Mientras los peruanos se retiraban en tropel hacia sus campamentos del sur, y como para cubrir su marcha, habían destacado, en efecto, un trozo de caballería aliada hacia Germania a las órdenes del comandante Chocano, que en otra ocasión hemos dicho había sido nombrado gobernador de Agua Santa desde el principio de la campaña.

Se componía esa columna de 50 húsares de Junin, al mando del valiente comandante don José Ventura Sepúlveda, hijo de un coronel chileno que aun existe en Lima y es notorio por íntima y desventurada historia de su hogar, llevada hace poco al escenario en patético drama. Era por consiguiente ese oficial hijo de limeña, mestizo de Chile, y aun se asegura que militó en nuestros Cazadores a caballo, por órdenes de su padre. Los peruanos han tenido siempre por escuela la caballería chilena: rara vez como ejemplo.

Acompañaban al joven Sepúlveda el ayudante don Clodomiro Puente Arnao, el teniente don Octavio del Mazo, llamado el *ñato*, (talvez por su excesiva nariz que era un mazo), natural de la Sierra, y el teniente don José Loza, hijo de Lima pero de casta chola; los tres malos jinetes como todos los peruanos. Sepúlveda, al contrario era un mozo alto, crespo, bien plantado, arrogante de maneras, y tenía entre sus camaradas fama de orgulloso y de altanero, es decir, fama de “chileno”, aunque había nacido en Lima y en el barrio de la Concepción.

Mandaba los húsares de Bolivia el capitán don Manuel María Soto, y tenía éste por subalternos a los tenientes Barron y Gómez, el último inteligente joven, de carácter abierto, hoy prisionero en San Bernardo. Los dos grupos de húsares, siendo húsares, venían armados solo de carabinas..... Los caballos eran de poca monta, porque los del *Rimac* se hallaban forrajeando en Camarones y en Tarapacá. Los trajes de los peruanos más o menos como los de nuestros cazadores: los de los húsares de Bolivia como los de nuestros granaderos.

XXIV.

Y había acontecido que marchando las dos columnas al encuentro la una de la otra sin divisarse, el vigía de la descubierta se encontró súbitamente, al decir de aquel tiempo, al subir una loma con el araucano Piñeiro, y éste, creyéndole de los suyos, trabó con él plática amistosa y talvez sobre la caña y sus devaneos..... Según cuentan algunos, preguntó el auca en su lengua al traidor aimará: *¿Cuantos mapuches vienen con vos?*. Y conocido así su engaño lo asesinó disparándole en el pecho su carabina, en vez de hacerlo prisionero. Al sentir el tiro, el teniente Lara se había precipitado adelante con su descubierta para darse cuenta de lo que sucedió y había sido recibido por una granizada de balas por los jinetes de Sepúlveda que habían echado pie a tierra en el faldeo de Germania. Por esto se retiraba aquél ahora a incorporarse a la columna del comandante Vergara. (El combate de caballería del 6 de noviembre debió llamarse propiamente de *Germania*, pero por un descuido que ya no es subsanable se consagró en la ley de 1º de septiembre de 1880 con el de Agua Santa. En homenaje de la última lo conservamos nosotros.).

XXV.

Entró el último inmediatamente en consejo con el capitán Barahona, que en ausencia del comandante Echeverría mandaba el escuadrón, y convinieron en que era indispensable cerciorarse del número y fuerza del enemigo para

emprender un ataque con buenos resultados. Era lo prudente porque los jinetes peruanos podían estar apoyados por infantería y hasta por cañones.

Se dio en consecuencia, la voz de formar en columna a retaguardia, fuera de los rieles, y en seguida la de retirada por la izquierda, lo que se ejecutó con alguna demora por lo desigual del terreno calichoso y el evidente mal humor de la tropa. La columna retrocedió así doscientos metros; pero se observó que un sargento se había quedado firme con su cuarta blandiendo con enojo el sable: era el sargento Francisco Tapia, mozo de endeble flotara pero de arrojadísimo corazón, de la raza que ha dado al ejército de Chile, y especialmente a los Cazadores, los sargentos Ibañez, Baquedano y Montero, el héroe de Talcahuano y Buenos Aires. Aquel hombre no sabía huir.

Marchaba también a retaguardia de su compañía con aire sombrío y montado en mala bestia de camino el capitán Parra, joven centauro, natural de San Carlos del Nuble donde había nacido el 12 de noviembre de 1851, arrullado por el cañón de Loncomilla. El capitán Parra por el lado de su madre, la señora Narcisa Hermosilla, es de raza de guerrilleros de la independencia, éstos, como es sabido, nunca aprendieron el arte de las retiradas. De suerte que ahora el valeroso oficial, discípulo de la Academia y de dos eminentes sacerdotes que han sido sus protectores, obedecía solo a la disciplina, y con tanto mayor desabrimiento de soldado y de jinete, cuanto que su asistente, un astuto cazador llamado Utreras, traía por el desierto a retaguardia su famoso potro bayo de batalla. (El capitán Parra entró a la Academia en 1869 bajo los auspicios de monseñor Eyzaguirre, y después de la muerte de éste ha continuado prestándole noble amistad el señor Taforó, Arzobispo electo de Santiago.

El capitán Barahona entró al ejército de cabo del núm. 11 en 1865, cuando la guerra con España, y es el mayor de cuatro hermanos, todos soldados, de los cuáles han perecido dos en la guerra, Telésforo, abanderado del 2º, en Tarapacá, y Ulises, teniente de Granaderos fallecido de tercianas en Tacna. Viven solo el capitán y Froilan F., sargento de Cazadores del Desierto. El padre de estos entusiastas jóvenes es el antiguo capitán de policía don M. G. Barahona, hoy aquejado de profunda sordera y más profunda pobreza... Su única fortuna son sus hijos, y no es poca.)

XXVI.

Pero de repente, en medio de la pampa, el escuadrón en retirada gira como un remolino: se oye sucesivamente en las compañías y en las mitades los gritos breves y estridentes, que parecen cortar los labios como el acero: *¡Fuera sables!... ¡Carabinas a la banda!... Y en seguida un estrepitoso ¡Viva Chile! y a la carga!... Y el escuadrón dividido en dos trozos y como bandada de águilas, usando las propias palabras de su jefe el comandante Vergara, acomete a los jinetes aliados quienes recobrando bríos con la falsa retirada, se*

venían a la siga, disparando sus carabinas. En el primer disparo habían muerto un caballo a no menos de mil metros de distancia.

XXVII.

Para resistir el empuje del jinete, del caballo y del sable chilenos, se necesita la compacta y apretada fila de los dragones europeos; de suerte que los raquíuticos húsares de la Alianza fueron aventados como paja al primer choque de los briosos brutos y de los que oprimían sus ijares.

XXVIII.

El primero en caer fue el valiente Sepúlveda, que enredado en la estribera derecha de su montura iba a la arrastra por el campo pronunciando palabras incoherentes, con el cráneo partido mitad mitad por un sablazo. Reconociéndolo por sus ricos bordados como jefe enemigo, se acercó a él para prestarle auxilio un cazador, pero antes le ordenó diera el grito de “¡Viva Chile!”, que le brindaba talvez como contraseña de socorro.

Repitió el eco débilmente el moribundo, y así expiró, saludando, sin quererlo, a la que había sido la patria de sus mayores. ¡Singular destino! El soldado que le vio morir, se llamaba Sepúlveda y, como los abuelos del capitán inmolado, era de Chillan.

XXIX.

Más feliz el teniente, boliviano Emilio Gómez caía en manos del noble capitán Parra, y éste lo salvaba, corriendo igual suerte el mal famoso comandante Chocano a quien disfrazado de proveedor, tomó en la derrota prisionero el bravo teniente Carlos Felipe Souper. (El comandante Chocano, detenido hasta hoy en la Penitenciaría de Santiago, se ha justificado más tarde de toda participación directa en el asesinato que se le atribuía del diarista chileno don Manuel Castro Ramos en Iquique. El verdadero asesino fue un inspector llamado Valdivia, el mismo que fue puesto en libertad por indulto otorgado, en odio a Chile, por el Senado del Perú, (¡curiosa coincidencias!) en el mismo día en que nuestro ejército se dirigía a castigarlos. He aquí como *El Mercurio* de Valparaíso anunciaba este perdón infame: “El teniente Valdivia, que hace tiempo asesinó al periodista chileno don Manuel Castro Ramos en Iquique y que fue condenado a doce años de Penitenciaría, ha sido indultado por el Senado peruano en sesión *del 28 de Octubre*”).

Los demás oficiales enemigos sucumbieron todos bajo los sables afilados a molejón de los terribles Cazadores. Y se observó que en los momentos en que Parra, interponiéndose en su flaca yegua de camino, quitaba a un grupo encarnizado al teniente Gómez, pasaba, a su vista montado en su lozano potro de combate el impávido asistente Utreras; a lo cual, llamado el último por su capitán para el canje de montura, le hizo señas con el sable que no podía volver... y siguió la caza adelante como desalado gavilán. Una bala había dejado a pie al bravo Utreras, y por esto, a título de guerra, pasó su silla al bribón de su jefe, y vengó a su víctima como otros vengaran sin compasión al indio del primer encuentro. El capitán Parra pudo decir por tanto como Pedro de Valdivia: *Una cosa dice el bayo y otra el que lo monta*, que era el refrán usual del férreo pero ladino conquistador.

Tuvo duro estreno en la jornada de este día el teniente coronel don Francisco Vergara, responsable de su éxito y de su fama, porque equivocando un grupo enemigo que se rezagaba por los nuestros, se dirigió imprudentemente a arengarlo. Conoció tarde su engaño para torcer bridas, y hubo de batirse cuerpo a cuerpo con uno de los agresores, a quien dio una cuchillada con su sable en el pescuezo; más blandió el otro su carabina por la trompetilla, y asestó recio golpe al animoso jefe trayéndole un rato aturrido y a mal traer, hasta el momento en que llegando con oportunidad los suyos lo rescataron.

Cayó también, en el entrevero el valiente soldado Froilan Benitez y fueron heridos de bala el teniente Lara en el muslo derecho y seis soldados de los cuales uno se vino “mancornado” al suelo con un valiente y corpulento adversarios, a cuya cuchilla de monte logró escapar, degollándolo en el suelo con su sable. Se llamaba este bravo Raimundo Guzmán y vino herido a Valparaíso, donde mostrando las cicatrices de los dientes y de las uñas del jinete boliviano que lo había derribado, contaba alegremente su historia. Otro de los heridos era un Manuel Muñoz, de quien dice uno que lo midiera, que parecía un “torreón humano”.

XXX.

Todo lo demás fue una matanza desdichadamente no evitada por el encarnizamiento natural de los soldados que diseminados en dos o tres leguas a la redonda, no podían ser contenidos por sus jefes, y porque en su dispersión de jinetes es difícil sujetar individualmente, y en seguida reunir en grupo a los que se rinden uno a uno. Por otra parte, la caballería chilena está avezada a la cruel guerra de Arauco, donde no se da ni se recibe cuartel.

XXXI.

Hicieron, sin embargo, los aliados a la postre del combate una inmolación que los vengara, porque habiendo llegado a un portezuelo el arrojado sargento Tapia acompañado únicamente por un hercúleo cazador llamado Pedro Castro, por mal nombre *Collipulli* (por ser hijo de este pueblo fronterizo y a quien muchos en Santiago conocieron como carretonero de su cuartel), divisó aquél un pelotón de seis u ocho enemigos que se hacían fuertes, enderezó hacia ellos el caballo y volviendo la cara atrás dijo a Castro: ¡*Sígueme!* Y como éste le observara que su caballo venía rendido bajo su enorme peso, le contesta *Sosténme tu por retaguardia para que no me corten.* Y como una flecha partió haciendo sobre su cabeza un remolino con su sable y gritando que “un cazador no volvía nunca cara al enemigo”.

El temerario jinete cayó sobre el pelotón aliado, que se cerraba en haz para recibirlo, como cae la hoz de diestro leñador sobre tupido cañaveral, y a sablazos, por cada golpe echaba a tierra un enemigo, cuando certera bala, disparada a quemarropa, le atravesó de parte a parte el pulmón. Recogido del suelo y llevado por delante de uno de los soldados de su cuarta, que lo puso a horcajadas sobre su montura, el infeliz agonizante, arrojaba a cada tranco del caballo una bocanada de sangre, pero alcanzó a decir: *No siento morir sino que me hayan dejado solo.....*

El heroico sargento se engañaba, sin embargo, en su agonía, porque el titánico *Collipulli* había cumplido su orden y cubierto su retaguardia, matando al último enemigo que hizo frente, y dándose además tiempo para cambiar la silla de uno de los sacrificado por el bravo Tapia al lomo de su caballo, porque se imaginó que aquella se hallaba en mejor estado.

XXXII.

Ocurrió también en aquel desparramo de hombres un episodio entre cómico y heroico, y fue el de un soldado llamado José Manuel Silva, que habiendo quitado al enemigo el rico estandarte de seda del batallón Arequipa que le servía de insignia, para que otros no le arrebatasen prenda de tanta codicia junto con la gloria, se la puso a manera de bufanda y así se apareció ufano a sus jefes.

XXXIII.

El mayor número de los muertos, según un narrador peruano, perteneció a los peruanos, quedando en el campo solo el oficial Barron de Bolivia y dos soldados. Estando al mismo testimonio, el primero en huir fue el capitán que los mandaba. Es lo cierto que los cuatro oficiales peruanos de Húsares de Junin, Sepúlveda, Puente Arnao, Mazo y Loza fueron cruelmente sableados. “El comandante Sepúlveda, dice el historiador peruano de la campaña, tenía cinco heridas, cuando doce días más tarde sus paisanos dieron sepulturas a su honorable y distinguido cadáver. Una de ellas le había dividido el cráneo y otra le había cortado una mano. Las demás eran hechas con puñal agudo”. (Molina. *Relación citada*, pág. 32. Según está relación los peruanos muertos fueron solo 25 y los bolivianos 2.)

Alabaron también los vencidos a un negro llamado Ramírez, que cubierto de heridas se fingió muerto en el campo y a un sargento Pimentel, que según ellos, peleó como el sargento Tapia y cayó talvez bajo la pujanza de su brazo, de su caballo y de su sable.

XXXIV.

Había llegado al fin, el momento de prueba del combate: el de la cuenta de los vivos para deducir el saldo de los muertos. Ordenaron los comandantes Vergara y Martínez a los dos cornetas del regimiento tocaran llamada en todas las colinas; pero nadie respondía ni nadie llegaba. Solo la luna alzándose majestuosa tras los lejanos perfiles del desierto comunicaba su melancólico colorido al paisaje e imprimía actitudes fantásticas y horribles a los muertos esparcidos por el llano. Al fin hacia las nueve de la noche se sintió un tropel de jinetes, luego se columbró su sombra, en seguida los ecos de su alegre charla de victoria. Al fin, eran ellos!. Formaron los dos capitanes inmediatamente sus compañías y pasaron lista. Faltaban solo tres: Tapia, Benitez y Piñeiro. Los heridos estaban todos a caballo. La victoria de Agua Santa era espléndida, porque a diferencia de otras en apariencia mayores, aquella sería escarmentadora y económica de sangre: la única gloria barata legítima es la que en la guerra ahorra la sangre y prodiga la previsión y los ardides.

Enterrados nuestros muertos que fueron tres, y recogidos los heridos en número de seis, nueve en todo, contra sesenta y tantos muertos del enemigo (porque éstos no se contaron uno a uno) el brillante escuadrón dio la vuelta a la oficina de San Francisco trayendo una victoria más para su estandarte y una terrible confirmación de su lema antiguo: *Nunca vencidos. Siempre vencedores.*

XXXV.

La columna del comandante Vergara entraba fatigada a los patios de la oficina del Porvenir a la una de la noche del 6 de noviembre; y más o menos, a esa misma hora llegaba a Dolores la 1ª división del ejército compuesta del Buin, del 4º, del Coquimbo y del Atacama con la batería de montaña del capitán Montoya y a las órdenes del coronel don Domingo Amunátegui.

Molestado, en efecto, el ejército por las penurias del agua, necesidad irreprimible del chileno nacido y criado en verdes valles, se había resuelto despacharlo con premura a las inagotables aguadas de Dolores; y en la tarde del 5, al declinar el sol, salió aquella tropa ocupando más de una legua sus polvorosas columnas en los rieles, yendo precedidas por las compañías guerrilleras del 4º, como adecuada vanguardia.

Aquella marcha, fue forzada y penosísima durante toda la noche y el siguiente día con un insuficiente descanso en Jazpampa. “El día miércoles, escribía a su joven esposa un heroico voluntario de Ovalle, hijo de un héroe legendario en el lugar, el día miércoles salimos de Pisagua a las tres y media o cuatro de la tarde con nuestras mochilas a la espalda, las municiones a la cintura y el agua y el bastimento colgados en forma de terciados en los hombros; esta marcha ha sido a pie, teniendo que hacerla desde esa hora hasta el día siguiente como a las nueve o diez de la mañana que llegamos a Jazpampa. Allí sombreamos y almorzamos charqui crudo con galletas, y a las tres de la tarde salimos en la misma forma que de Pisagua, caminando toda la tarde y en la noche hasta las once, hora en que nos acampamos en esta oficina en que nos hallamos descansando para volver a caminar un gran número de leguas.

Por fortuna, no hemos sufrido mucho, porque Dios ha querido que demos con las aguadas que el enemigo las consideraba muy seguras. Ya se estarán convenciendo de que un chileno vale por dos bolivianos, y seis peruanos, así es que todos vamos animados, y aunque no fuese así, la valentía del chileno es mucha”. (Carta del cabo voluntario del Atacama José Silvestre Galleguillos, hijo del héroe del sitio de la Serena del mismo nombre, a su esposa doña Dolores Vergara de Galleguillos, fechada en Dolores el 9 de noviembre de 1879.

Este valiente muchacho pereció batiéndose valientemente en San Francisco, y parecía que hubiera previsto su prematura muerte porque encargaba a su joven compañera le guardase sus cartas y los diarios que hablasen de él. “Bien puede suceder, le decía, que en algo se mencione a tu viejo, que se ha mostrado como el finado su padre..... aunque para un pobre siempre se le repica con campanas de palo”. Y así ha sido para el bravo, y seguirá siéndolo mientras el egoísmo humano sea la suprema ley del universo.)

XXXVI.

Cuando la división Amunátegui (porque por fuerza hacían divisiones queriendo a todo trance evitarlas) pasaba frente a Jazpampa encontraron un tren que se dirigía de Dolores al Hospicio. Era el capitán Salvo, que émulo de Moisés y de San Francisco Javier, patrón de Indias, se aparecía con dos estanques de hierro conteniendo dieciséis mil galones de agua. Cuando en la mañana del 7 llegaba al campamento, el redentor de la sed era recibido con las alegres dianas de todos los cuerpos. La máquina y el maquinista habían sido encontrados en Dolores como rezago de la turbación de los que huían desatentados hacia Iquique.

Dos días más tarde (al amanecer del 8 de noviembre) volvía a salir otra división formada por el 3º, el Valparaíso y los Navales con la batería Salvo al mando del coronel Urriola; y en esa misma fecha regresaba de Tiliviche, a donde había ido en comisión de exploración el comandante de artillería don José Manuel Novoa con 50 Granaderos al mando del teniente Gallinato. No había enemigos por ese rumbo.

Quedaba en el Alto de Pisagua una tercera división improvisada con el 2º de línea, la artillería de Marina, la brigada de Zapadores, el Chacabuco, el Búlnes y la batería del capitán Fuentes, en todo unos tres mil quinientos hombres bajo las inmediatas ordenes del coronel don Luis Arteaga, comandante general de infantería.

De esta suerte el ejército quedaba dividido en tres secciones, sometido a la dura ley de la sed en el desierto. Una parte estaba en San Francisco con la caballería; otra que era el grueso, en Dolores; una parte del Búlnes había sido destacada en observación a Jazpampa y la tercera división aguardaba órdenes y refuerzos en sus posiciones primitivas.

El jefe de estado mayor se traslada también algo más tarde a Dolores para operar la concentración del ejército y marchar sobre Iquique, o más propiamente sobre la Noria, donde se aseguraba estaba atrincherándose el enemigo. El cuartel general, es decir, el ministro de la guerra en campaña y el general en jefe, que le estaba absurdamente subordinado, permanecían en el Alto de Pisagua atendiendo a las últimas medidas del suministro lento y difícil de los paramos.

En esta situación se apareció de Valparaíso y de Antofagasta el *Blanco* como un huésped oportuno, conduciendo un batallón del regimiento Esmeralda (noviembre 13), y en seguida se completa este cuerpo acantonándose en el Bajo de Pisagua. El Santiago venía también en camino desde Quillagua por mar con algunos Granaderos; y estos refuerzos que ascendían a más de dos mil hombres llegaban en su hora. El *Cochrane* con la *Covadonga* marcharían en breve (el 14 de noviembre) a poner de nuevo el

bloqueo de Iquique, que a la sazón era una excelente medida estratégica y de urgencia.

XXXVII.

El ejército chileno se hallaba entretanto, en razón de su aislamiento y repartición en esas horas, en gravísimo peligro, porque por el sur y por el norte venían en su demanda fuerzas que eran al menos un tercio más numerosas que las que en un momento dado, y concentrándose rápidamente, podía presentar aquél en línea de batalla.

Vamos a asistir por tanto al verdadero drama y al desenlace de la campaña de Tarapacá cuya narración el presente libro se haya exclusivamente consagrado.

CAPÍTULO XXIV.

LA CONCENTRACION.

(BUENDÍA EN AGUA SANTA Y DAZA EN CAMARONES)

Profunda impresión que causa en el campamento de Iquique la noticia de la captura de Pisagua.- Alarma del coronel Suarez y medidas que toma para no ser sorprendido.- Telegramas y proclamas.- Órdenes y contra órdenes que enfadan al valiente coronel Cáceres.- Junta de guerra en Iquique el 5 de noviembre y desesperada resolución que toman los jefes peruanos.- Oposición del prefecto López Lavalle y partes ambiguos del general Prado.- Comienza la concentración en Pozo Almonte.- La 1ª, 2ª y 3ª divisiones se dirigen al interior, y las arenga en la estación Central el general Buendía.- Concentración de los bolivianos en la Noria.- Tardanza de la división exploradora.- Detalles de las fuerzas aliadas reunidas en Pozo Almonte, y sus divisiones. Marchan al encuentro de los chilenos 9.000 aliados.- Los generales Prado y Daza conferencian en Arica el 4 de noviembre, i el último conviene en salir inmediatamente para Camarones con el ejército boliviano.- Vuelve el capitán general de Bolivia a Tacna y se entrega a una bacanal de tres días.- Sale el ejército boliviano el 8 de noviembre, y cuerpos que lo componen.- Tres días de demora en Arica y adioses del general Prado en la pampa.- Los *Colorados* y la “décima legión de Cesar”.- Los *Amarillos* y los *Verdes*.- Telegrama cifrado a Buendía anunciándole que el 16 de noviembre el ejército boliviano estaría en Tana, a la vista de Jazpampa.- Las jornadas de Daza.- Las quebradas de Vitor, Camarones y Camiña con sus ramificaciones y sus itinerarios.- Marcha de Daza por el desierto y su llegada a Camarones el 14 de noviembre.- Su cobarde resolución de contramarchar a Arica.- Junta de guerra en Camarones y maniobras que hace Daza para ocultar su villanía.- Revelaciones.- La contramarcha de Camarones, según Camacho.- La maldición de Daza por el escritor Lozano.- La caballería de Albarracín llega hasta Tana.- Un chileno da aviso en el campamento de Dolores el 17 de noviembre.- Desacertada distribución de nuestro ejército, y exagerada alarma que aquella noticia produce en el cuartel general.- El coronel Sotomayor destaca toda la caballería al mando de Soto Aguilar hacia Jazpampa y le ordena reconocer hasta Tana por Tiliviche.- Sale de Pisagua el comandante Vergara con la compañía de Granaderos del capitán Villagran y se dirige a Tana por Quiñua.- Escaramuzas con Albarracín y miraje de la caballería de Soto Aguilar que produce la retirada de ambas fuerzas y asegura la fuga de Albarracín.- El “espejismo” del desierto y sus fantásticos telegramas.- Una batalla vista en los aires.- El comandante Vergara regresa el 18 a Jazpampa.- Almuerzo significativo con

los ingleses de San Antonio.- Llega a Dolores con los Granaderos en los momentos en que el capitán Barabona, destacado hacia Agua Santa en la mañana de ese día, avisa que tiene a su frente todo el ejército de Buendía.- Terrible conflicto.

“El descontento que produjo en el ánimo del general en jefe y del coronel Suarez la toma de Pisagua fue tal, que desde el 2 al 6 de noviembre no sabían que hacer con el ejército”.

(MOLINA.- *Hojas del proceso*, pág. 25.)

“Suarez a Cáceres, Molle.

Iquique, noviembre 3.

(A las 9.15 A. M.)

“Retemplar nuestro espíritu y jurar morir antes que ser vencidos, debe ser nuestra consigna. Van llegar esos momentos: que nos encuentren resueltos a todo.

(Telegrama de guerra.)

I.

Profunda y perturbadora emoción ganó el ánimo de los peruanos al llegar a sus campamentos de Iquique y de Arica las primitivas vibraciones del alambre eléctrico que repercutían el cañón de Pisagua. Se creyeron desde ese momento perdidos, como en efecto de hecho y desde largo tiempo lo estaban. Y solo entonces comprendieron la locura bélica que ejecutarán encerrándose como náufragos, o, para emplear una palabra vulgar pero más expresiva, como ratones, en un desierto sin salida desde que no tenían seguro el mar ni el desierto que también es mar.

El mismo valiente y laborioso Suarez, que desde el principio había dirigido exclusivamente y con arrogancia la campaña, perdió si no la cabeza, la serenidad y la confianza, lumbreras de la guerra, porque son ellas las únicas fuerzas morales que iluminan los campos de batalla, adelante de la indomable valentía del soldado. (El coronel Suarez se creyó amagado por los chilenos en Iquique mismo el día de Pisagua, y su alarma con ese motivo no tuvo límites. Léanse sino los siguientes telegramas encontrados en los libros de Iquique:

“Suarez a Cáceres, Molle.

Iquique, noviembre 2.

(A las 8.18 P. M.)

General Buendía y Recabárren en Jazpampa con división Villamil, se retiran después de siete y media horas de combate por falta de municiones. Han desembarcado 5.000 hombres en Pisagua. Estoy ocupado en reconcentrar fuerzas”.

“Suarez a Cáceres, Molle.

Iquique, noviembre 2.

(A las 3.55 P. M.)

“Monte 4 o 6 oficiales por camino de Huantajaya con uno que conozca caminos y que observen todas esas alturas para que no podamos ser sorprendidos. Que avancen 4 o 6 leguas.

Cáceres a Suarez, Iquique.

Molle, noviembre 2.

(A las 3.58 P. M.)

“Preveo resultado del combate. En este momento mando seis oficiales dirección a Huantajaya, y como este servicio veo que será de necesidad siempre, conviene que mande usted algunas bestias”.

Cáceres a Suarez, Iquique.

Molle, noviembre 3.

(A las 4.10 P. M.)

“Han regresado oficiales que mandé en comisión, han estado hasta la altura de Mejillones y no han encontrado ni visto nada Yo estoy listo.”)

II.

La palabra concentración corrió por todos los campamentos como una orden venida de Arica en el mismo día del combate, según vimos en telegramas anteriores

Pero esa medida inevitable que equivalía en esa hora a la salvación de un ejército torpemente diseminado en el espacio de cuarenta leguas de desierto, desde Mejillones del Perú a Pabellón de Pica y al Monte de la

Soledad, se llevó a cabo con extraordinaria confusión, desorden y contradicciones.

La división *Vanguardia*. (Dávila) se movió, en efecto, el mismo día 2, llamada con angustia por el telégrafo hacia Pisagua como socorro de batalla. Y con tal ocasión se dieron cuenta los jefes peruanos del deplorable error que debían a su desidia de no juntar la cabeza de los rieles en Pozo Ramírez, ejecutando la indispensable conjunción estratégica desde Iquique a Pisagua. El impetuoso Dávila atravesó, en efecto, con la lengua afuera las tres leguas que separan la estación de término de Pozo Almonte de la oficina de Santa Adela, pero tuvo que regresar por falta de víveres y de elementos de movilidad, al día siguiente.

III.

Buendía que supo en Agua Santa este retroceso el día 4 por el oficial argentino Saenz Peña, según antes vimos, precipitó su retirada por la dilatada pampa, y llegaba abatido y deshecho a Pozo Almonte, lugar señalado para la concentración general del ejército, el día 7 y el 8 a la Estación Central donde, a 29 millas de Iquique, bifurca el corto ramal de cinco millas que conduce al lugar socorrido de la Noria. Pozo Almonte dista 43 millas de Iquique, y de allí había una mala prolongación de rieles, comenzada y abandonada durante la guerra, hasta Peña Grande, diez millas más hacia Agua Santa.

Y en ese mismo día se movían de Iquique, del Hospicio y del Molle las tres divisiones de línea allí acantonadas, después de mortificantes órdenes y contraórdenes, que acusaban la turbación de los ánimos y llevaban el cansancio y el desaliento a los soldados. Dos veces bajó a Iquique la división Cáceres que custodiaba el Molle, y dos veces regreso a su campamento andando en cada ocasión diez millas, que es la distancia de aquel paraje al puerto, por la vía férrea. “Estoy de regreso en ésta” telegrafiaba el tranquilo coronel Cáceres (que era todo un soldado) al agitado jefe de estado mayor el día 4, desde el Molle. Y como justo y respetuoso reproche le agregaba. “Ud. perdone que le diga que con estas idas y venidas no hacemos más que perder tiempo. Desde que el enemigo tiene el grueso de su ejército en tierra, es natural que pretenda tomarnos Pozo Almonte, donde esta el agua que es la vida de nuestro ejército. Por consiguiente, debía llevarse a cabo su primera disposición de reconcentrar todo el ejército en aquel punto, dejando la defensa del puerto al prefecto con su gendarmería y guardias nacionales”.

IV.

Pero, al fin, después de una agitada junta de guerra celebrada en Iquique al día siguiente (5 de noviembre), y en la cual el coronel Suarez impuso silencio con arrogancia a los jefes que le increpaban su imprevisión, se resolvió a fondo la marcha y la concentración en Pozo Almonte. En el acalorado consejo el jefe de estado mayor declaró, según el testimonio posterior del doctor boliviano Cabrera, que el ejército aliado tenía víveres para veinte días; pero que el ferrocarril carecía de elementos de movilidad para conducir los artículos acopiados en Iquique, en el Hospicio y en el Molle. “Fue altivo hasta ser torpe”, dice contando las peripecias de ese consejo un hombre que no quería a Suarez ni con mucho. (Molina.- *Hojas del proceso*, pág. 25.).

La resolución de internarse en el desierto en demanda de los chilenos se tomó, por consiguiente, a la desesperada, “cualquiera que fuese el resultado”. (Carta del doctor L. Cabrera a *La Democracia* de la Paz. San Cristóbal, diciembre 12 de 1879.).

Lo que se ha llamado la fuga y dispersión de San Francisco comenzaba de esta manera en Iquique, y desde ese día quedaba virtualmente resuelta la cobarde entrega de esta plaza que el *Cochrane* custodiara en breve con sus implacables cañones. El *Cochrane* se presentó en Iquique en la noche del 14 de noviembre.

En vano fue que el anonadado prefecto López Lavalle, allí dejado con la división cívica del coronel Ríos, protestase de aquel abandono y consultara y reclamara por el telégrafo al director de la guerra, oráculo lejano e invisible como el miedo. Apoltronado este en Arica, en lugar de montar a caballo; enviaba por el alambre respuestas ambiguas como el eco acomodaticio de las campanas, a medida del deseo. La confusión en todas partes era espantosa: era la confusión de la derrota antes de la marcha y la batalla. (Según Molina, que es parcial a López Lavalle, la respuesta del general Prado fue esta: “Prado a prefecto. Ejército *permanece* en ese puerto”. Pero estando a una interesante exposición ya citada del peruano Heredia, parcial de Buendía, recibió éste por intermedio del coronel Suarez el mismo día los siguientes telegramas del atolondrando director de la guerra:

“Al general Bustamante, Pozo Almonte.

Iquique, noviembre 7.

Consulte general en jefe sobre toda reconcentración ejército en esa y si quedará 5° división. Muy posible corten cañería, línea férrea y telégrafo.

Contésteme.

Suarez”

En seguida recibió Buendía este parte:

“Suarez al general Buendía.

Director de la guerra me comunica todas las fuerzas del ejército Perú-boliviano se coloquen entre Pozo Almonte y Peña Grande.

Comuníquelo al general en jefe.”

En lo que no había turbación en Iquique era en la repartición de los caudales. He aquí una nota que hemos encontrado original en los papeles del archivo del estado mayor:

“Reservada.

Iquique, noviembre 5 de 1879.

Señor coronel jefe de estado mayor general del ejército.

Sabe la prefectura que por el vapor de hoy ha venido a la comisaría dependiente del estado mayor general un *contingente* respetable de dinero; y siendo indispensable conservar intacto el buen crédito de la nación, espero que se sirva U.S. mandar sean abonadas las especies y dinero que se ha tomado últimamente al comercio de esta plaza para el servicio del ejército.

Dios guarde a U.S.

R. Lopez Lavalle.”)

V.

La primera división (Velarde), la segunda (Cáceres) y la tercera (Bolognesi) partían, en efecto, con intervalo de horas, la última a pie y las otras por los rieles: y en la noche del 8 de noviembre se reunían todas en la estación central, al mando de Suarez. A esa misma hora llegaba de Pozo Almonte el general Buendía y arengaba con postizo o verdadero entusiasmo a la tropa, ignorante pero sospechosa de lo que sucedía.

Al propio tiempo se verificaba por la Noria la concentración de las tropas desparramadas al sur de Iquique, gracias a los inteligentes amagos de los chilenos desde Pisagua. La división Villegas se movió desde San Lorenzo, el batallón Olañeta (coronel González) desde Patillos y Pabellón de Pica, la *División exploradora* desde el Monte de la Soledad con Mori Ortiz, Prado y Zabala. Esta división tardó una semana en llegar, y en esta circunstancia esta evidenciada la importancia absoluta de la movilidad en la guerra, porque la

presencia del Santiago en Quillagua atrajo aquella fuerza al sur, y su tardo regreso vino a causar la demora de los peruanos y dar así a nuestro ejército, arrojado precipitadamente al desierto, el tiempo preciso que necesitó para reorganizarse, para marchar y para apertrecharse.

La división Villegas comenzó su concentración el día 3, recogiendo sus fuerzas avanzadas en Chucumata, Patillos y Pabellón de Pica el día 5. Villegas llegaba, por tanto, casi al mismo tiempo con Suarez a Pozo Almonte.

La concentración total del ejército peruano, (con excepción de la División Exploradora que llegó algo más tarde), estaba completa el día 8 de noviembre, es decir, el mismo día en que la segunda división (Urriola) marchaba de Pisagua a Dolores, por el camino carretero de Sal de Obispo, formando en esta importante aguada un núcleo de seis mil hombres.

VI.

La fuerza de los aliados, entretanto, reunidos en la aguada de Pozo Almonte, ascendía a nueve mil hombres, según el prolijo cuadro que copiamos a continuación del archivo de su estado mayor cautivo en Chile.

Estado de las fuerzas del ejército aliado el 5 de noviembre de 1879.

	Generales Jefes		Oficiales Tropa	
Generales, jefes y ayudantes	1	2	54	
Estado mayor general		27	24	2
Columna artillería de costa		1	17	76
Brigada de artillería		2	16	23

DIVISIÓN DE EXPLOTACIÓN.

Comandancia general y estado mayor	1	1	2	
Batallón 1° Ayacucho, núm. 3.		5	46	857
Id. Provincial, Lima, núm. 3.		4	27	824
Columna voluntarios de Pasco		2	17	166

DIVISIÓN DE VANGUARDIA.

Comandancia general y estado mayor	1	2	7	1
------------------------------------	---	---	---	---

Batallón Puno, núm. 6	4	25	409
Id. Lima, núm. 8	4	30	409
Regimiento Guías, núm. 3	4	13	156
Escuadrón Castilla	2	8	71

PRIMERA DIVISIÓN.

Comandancia general y Estado mayor	14	8	2
Batallón Cazadores del Cuzco núm. 5	4	87	427
Id. id. de la guardia, núm. 7	4	27	427
Regimiento Húsares de Junin, Núm.1	5	35	299

SEGUNDA DIVISIÓN.

Comandancia general y estado mayor	2	2	
Regimiento 2 de Mayo	4	29	409
Batallón Zepita, núm. 2	4	31	601

TERCERA DIVISIÓN.

Comandancia general y estado mayor	2	2	
Batallón 2º Ayacucho	3	29	409
Id. Guardia de Arequipa	4	22	472

QUINTA DIVISIÓN.

Comandancia general y estado mayor	3	2	
Batallón Iquique, núm.1	3	41	373
Id. Cazadores de Tarapacá	3	17	151
Columna Loa	4	19	320
Id. Tarapacá	4	22	220

PRIMERA DIVISIÓN BOLIVIANA.

Comandancia y estado mayor	6	3	1
Batallón Illimani	5	34	500
Id. Olañeta	6	27	450
Id. Paucarpata	5	31	420
Id. Dalence	5	45	495
Regimiento Bolívar, núm. 1 de Húsares	5	25	250
Escuadrón Franco Tiradores	3	16	127

SEGUNDA DIVISIÓN BOLIVIANA.

Comandancia general y estado mayor	1	7	1
Batallón Aroma		7	51 500
Id. Independencia		4	29 400
Id. Vengadores		6	33 489
Id. Victoria		6	32 498
Gran total	4	154	782 9993

RESÚMEN.

Generales.....	4
Jefes.....	154
Oficiales.....	782
Tropa.....	9.993
Total.....	10.933
Cirujanos.....	15
Capellanes.....	2
Inspectores de campo.....	8
Total.....	10.958

J. M. ZEVALLOS ORTIZ.

Vº Bº SUAREZ.

(Según un estado publicado por el peruano Heredia, correspondiente a fines de octubre, era más o menos este mismo, esto es, 6.006 peruanos y 4.409 bolivianos: total 10.415.)

VII.

El total del ejército de la alianza era en ese día de once mil hombres; pero había que descontar la división Ríos que quedaba de guarnición en Iquique con unos pocos artilleros y las pérdidas de Pisagua, que con la metralla y la fuga pasaban talvez de 600 hombres. La caballería de la Alianza en los números alcanzaba a cerca de 700 jinetes; pero en las hileras de marcha no se notarían más de quinientos.

De todas suertes y como mínimum, el ejército aliado que marchaba desde el sur al encuentro de los chilenos era de nueve mil hombres contra seis mil adversarios, como máximium.

La situación del último por consiguiente iba a hacerse sumamente crítica, pero un peligro mayor le amagaba por el norte, amenazando colocarnos entre dos fuegos.

El día 8 de noviembre y a las horas que el ejército de Iquique llegaba a Pozo Almonte, se ponía en efecto en movimiento desde Tacna el entonces reputado de valiente y activo general Daza con sus famosos Colorados los cuerpos de línea y de Cochabamba, toda tropa escogida y en número de cerca de tres mil hombres.

El ejército invasor iba por consiguiente a tener sobre el brazo, acosándolo simultáneamente por sus dos flancos, un ejército de doce mil hombres más o menos aguerridos.

VIII.

Torzamos por consiguiente brida en la ancha y árida sabana del desierto y salgamos al encuentro de la división de Tacna, que era la que más intensamente preocupaba a los chilenos.

IX.

Con la morosidad de ánimo que era peculiar a la índole apoltronado del general Prado, gastado en la molicies de Lima y el doble regalo del hogar y del palacio - amor y adulo - y solo cuando se hubo persuadido por los tardíos telegramas del general Buendía del desastre de Pisagua, se resolvió a llamar a Arica al general Daza para conferenciar sobre las medidas que requería la

situación. Vino en consecuencia el generalísimo boliviano el 4 de noviembre al puerto y aceptó de plano la invitación de dirigirse con su ejército al sur por la vía de Camarones para tornar a los chilenos entre dos fuegos, combinación peligrosísima para los últimos, si hubiera de llevarse adelante con vigor y celeridad.

Convino Daza en marchar inmediatamente desde Tacna, pero según uno de sus implacables enemigos, salido de debajo de la tierra, cuando él cayera en el lodo, para denostarle, se entregó “a sus acostumbradas bacanales” y así pasó tres días. (El boliviano don Pedro Lozano en un terrible manifiesto publicado en Arica el 6 de enero de 1880 con el título de *El Héroe de Camarones*, papel rarísimo y curioso que nos ha sido enviado de Tacna por un amigo.)

En efecto solo el 8 de noviembre, una semana después del audaz desembarco de los chilenos en Pisagua, se ponía en movimiento todo el ejército boliviano dejando en Tacna una débil guarnición y los cañones. En cinco trenes sucesivos marcharon ese día a la vanguardia los *Colorados*, en seguida el número 2 de línea, llamado por el color de sus trajes de bayeta de Cochabamba los *Amarillos* y el 3° o los *Verdes*. Venían además dos batallones de Cochabamba, el Viedma y el Padilla, los coraceros de Daza, 150 artilleros armados de carabina y un pelotón de treinta hombres de cada uno de los tres cuerpos de la Guardia Boliviana, es decir, del *Murillo*, del *Libres del sur* i de la *Vanguardia de Cochabamba*: unos tres mil hombres mal contados en todo. Daza y su jefe de estado mayor Arguedas, hombre del tipo y de la flema del general Prado, y su secretario el doctor Gutiérrez, que no aventajaba a ambos sino en astucia, se pusieron en marcha ese día a las tres de la tarde y pernoctaron en Arica.

Esa misma noche el director de la guerra enviaba por el cable submarino, el siguiente importantísimo telegrama en cifra al general Buendía, que era la clave de la campaña y que el general peruano recibió en Pozo Almonte en la mañana del 9:

“Dos divisiones fuerza boliviana Tana 16 con 15 cañones. A donde marche usted *evite atacar* al enemigo sin seguridad. ¿Que fuerza hay en Iquique? ¿Necesitan víveres? Noticias. Contestación.- Iquique 5ª división y fuerzas de baterías, víveres suficientes”.

X.

Lo esencial de este lacónico anuncio era que el ejército boliviano iba a encontrarse en Tana, es decir, a cinco leguas de Jazpampa el día 16 de noviembre, y que, Buendía, dejando la división de Ríos en Iquique, debía marchar a reunírsele, evitando un choque con el ejército chileno para atacarlo

junto y destrozarlo. La idea era feliz pero necesitaba otros hombres para llevarla a cabo.

Daza se guardó otra vez tres días en Arica en idas y venidas, y rehusando una sección de artillería que le ofrecía su aliado al mando de un mayor Barbosa, se puso en marcha solo el día 11, con un sol abrasador, a las once de la mañana. Era esta hora simple capricho de tirano brutal con el soldado; pero su negativa a llevar cañones estaba bien fundada con las dificultades de la terrible travesía que iba a emprender.

El capitán general de Bolivia había aceptado solo la cooperación de un hombre que se le asemejaba no poco en el ejército peruano, el coronel de montoneros Albarracin, que marchó a la descubierta con unos cien jinetes. Tenían éstos la denominación de *Escuadrón* de Tacna pero era simplemente un escuadrón de merodeadores, como su jefe.

XI.

La altiplanicie de Tarapacá, entre Iquique y Arica (41 leguas peruanas), no es uniforme como entre Iquique y el Loa. Todo lo contrario. La cortan en diversos parajes tres enormes grietas que llevan el nombre de *quebradas*, pero que son a la vez oasis y abismos. La más próxima a Arica es la de Vítor, que es la más pequeña, y desemboca en el mar a nueve leguas de aquel puerto. Hay allí una pequeña hacienda de pasto llamada Chaca, y una mina de cobre de chilenos a la lengua del agua. Siguen hacia el sur las dos famosas quebradas de Chiza y Camarones, que han sido llamadas con razón las fronteras naturales de Chile, porque forman desde su arranque en la cordillera hasta desembocar juntas en el Pacífico una barrera natural casi impenetrable. Son aquellas dos gargantas profundas con laderas que parecen muros y que el viajero, jinete en robusta y diestra mula, suele emplear hasta dos horas en descender o subir, tanta es su cerril aspereza: las renombradas *amolonas* de Illapel en el camino de Coquimbo son simples rasguños de la tierra en comparación de aquellos desfiladeros que llevan todavía en sus fondo todas las señales del caos.

La quebrada de Camarones dista 19 leguas de Arica y de Chiza 30; pero ambas al llegar al mar se dilatan en una abra y forman la hacienda de alfalfa llamada Cuya, que en pequeños potreros de diversos propietarios, puede medir unas veinte cuerdas de pasto suculentemente regadas.

El más rico propietario del lugar, es como siempre, el inevitable francés de Chateaubriand. Los pueblos de Camarones y de Chiza demoran hacia las cabeceras de las quebradas y son simples asentamientos de indios con algunos grupos de pajizas chozas, capitales empero de los distritos de su nombre.

En todo el trayecto de la quebrada que un riachuelo de lindo color y de mal gusto humedece, hay parches de alfalfa, y el último, detenido en Cuya por los médanos, como sucede en los valles de Chile al entrar al océano, forma una vega pantanosa habitada por enjambres de sabrosos y rojos camarones. De aquí el nombre genérico del lugar.

XII.

No hay nada en la creación que de una idea más aproximada al horror y a la extensión informe del caos primitivo que aquellos parajes malditos, Son abismos insondables de cuyos altísimos barrancos desciende tenue y opaca luz que los convierte en noche eterna; y cuando se ha descendido a su oscuro e impenetrable fondo, rodando por las laderas, se siente el olor de aguas nauseabundas que alimentan en fétido lodo insectos horribles y en la atmósfera feroces moscos zumbadores, que matan en poco tiempo, como imperceptibles vampiros, los seres más robustos, incluso el caballo y el hombre.

No habría necesitado allí Gustavo Doré de su fantasía, sino de su buril, para trasladar las más sombrías imágenes del *Infierno*; y se hubiera creído que aquellas inconmensurables grietas habían sido allí abiertas para servir de valla y sepultura a dos naciones irreconciliables en su odio.

XIII.

De las dos quebradas gemelas de Chiza y Camarones se pasa por un desierto de 7 leguas a la quebrada de Tana, que no es, como la de Tiliviche, sino una de las ramificaciones de la gran quebrada de Camiña, que reunidas entran al Pacífico con el nombre de quebrada de Pisagua Viejo.

Como los ríos de Chile, aquellos desfiladeros van tomando el nombre de los lugares que atraviesan, pero las denominaciones geográficas de las quebradas interpuestas entre Pisagua y Arica son *Vítor*, *Camarones* y *Camiña*. El pueblo de este último nombre como el de Camarones, está situado bajo la sombra de elegantes molles de perenne follaje y de coposos perales, en los arranques superiores de la Cordillera. Tana y Tiliviche, al contrario, yacen en la vecindad del mar, y el último oasis, famoso en la historia por haber muerto en él, tirado sobre un pellón, a un lado del sendero, el mariscal Castilla, el moderno Francisco Pizarro del Perú (1858), está dividido en dos haciendas, que son dos alfalfares para las mulas de las salitreras y dos quintas de recreo para sus ricos propietarios.

La hacienda de Tíliviche, que dista dos leguas de Jazpampa, pertenece a la casa de Outran, y la de Quiuña, un poco más al oeste, a los acaudalados Zabala de la oficina de San Antonio, que allí refrescan sus personas y sus bestias.

Tana es solo un miserable lugarejo con unos pocos ranchos y unos cuantos molles: pero interpuesto un mediano desierto entre este paraje y Tiliviche, era aquel sitio adecuado para reorganizar un ejército después de pesada marcha, a fin de librar en seguida una batalla.- Por esto fue ese el punto señalado en el cablegrama del general Prado para la aparición de Daza el día 16 de noviembre. La distancia total que éste tenía que recorrer era de cuarenta y una y media leguas, equivalentes a cincuenta de Chile, atravesando tres arenosos desiertos y tres quebradas más fatigosas que la arena.

XIV.

Decíamos poco ha que el ejército boliviano se había puesto en marcha desde Arica el día 11, de modo que debía verificar esa terrible travesía en cinco días, y solo soldados bolivianos eran capaces de consumir hazaña semejante. Salió Daza, como siempre aparentemente ufano, del campamento, con sus Colorados o guardia pretoriana, guardándole la espalda. “Imponente era el aspecto que presentaban estos soldados, dice una relación de Arica, al tiempo de partir con sus altos morriones y chaquetas punzó y pantalones blancos, con sus robustos pies desnudos (calzan ojotas), y con sus Remingtons apoyados en sus anchas manos y fuertes brazos.

La 10ª de Cesar y los Granaderos de Napoleon no causarán efecto más imponente que el Colorado”.

XV.

Acompañaron a Daza hasta una legua del pueblo los generales Prado y Montero, avergonzado talvez el primero de quedarse, y el secretario del último, el patriota y activo doctor don Mariano Alvarez, juez de la Corte Suprema de Lima. Y allí, en la pampa, entre abrazos y promesas, se despidieron todos a nombre de la esperanza, esta hermana gemela de la gloria.

En cuanto a la actitud del general Prado, se hallaba definitivamente juzgada en esa hora, como la de Daza lo sería tres jornadas más adelante. “No deja de ser curioso, exclamaba respecto del primero, el escritor peruano Heredia que en ello andaba, ver al director de la guerra dando órdenes desde su cómoda residencia de Arica, en los momentos de mayor conflicto para el ejército de Iquique, cuando era necesario proceder con rapidez en las

operaciones, cuando era preciso cambiar a cada instante los movimientos y conocer las ventajas o inconvenientes del terreno en que debía operar el ejército.

¿Por que tan luego que se supo en Arica la toma de Pisagua no se trasladó el general Prado al teatro de las operaciones, a fin de dirigir mejor la defensa e infundir respeto a los jefes, que no conservaban la mejor armonía con su superior inmediato?”. (R. Heredia carta citada. He aquí la nota oficial en que el jefe de estado mayor del ejército boliviano comunicó al gobierno de La Paz la salida del último a campaña:

“ESTADO MAYOR GENERAL.

Cuartel general en Arica, a 9 de noviembre de 1879.

Señor:

El señor capitán general del ejército a la cabeza de las fuerzas residentes en Tacna, se trasladó el día de ayer a este puerto, con el propósito de *continuar* por tierra *hacia el Sur*, sobre la línea que ocupa el enemigo. Se proseguirá la marcha el día de mañana.

Nuestros cañones Krupp, juntamente con otros artículos de guerra, llegaron a este puerto esta noche, en la cañonera *Pilcomayo*.

De los tres cuerpos que componen la Legión boliviana se hallan en expedición con el ejército cien hombres, y el grueso de su fuerza permanece guarneciendo la plaza de Tacna.

Las fuerzas enemigas se extienden de Pisagua hasta Agua Santa.

Dios guarde a U.S.

C. Arguedas.”)

XVI.

Acampó Daza aquella noche con su gente en una altura medanosa a cinco leguas de Arica; pero en lugar de aprovechar el fresco restaurador de la noche, avanzando, como es costumbre en esas zonas, continuó al día siguiente su marcha bajo la reverberación del sol tropical en escandecentes arenas, fatigando brutalmente a sus soldados. Daba por razón de esta barbarie la de que así evitaba la desertión de sus soldados: tanto y tan mañosa es la propensión del indio, como la de la mula, por volver a la apartada querencia.

El segundo día, es decir, el 12 de noviembre, el ejército boliviano durmió en Chaca, quebrada de Vitor, habiendo atravesado animosamente una pampa arenosa de 5 leguas peruanas. El 13 acampó en un médano de esa

misma pampa y el 14 por la noche llegó a la quebrada de Camarones no lejos del mar.

Se propuso allí el generalísimo descansar dos días, y en lugar de correr a Tana para llegar puntualmente a la cita estratégica, se contentó con destacar a aquel lugar la caballería de Albarracin, unos cien montoneros de las milicias del valle de Lluta, con un pelotón de mozos de la Guardia Boliviana y los cuarenta pesados coraceros que formaban su escolta, estos al mando del comandante don Juan Tudela. Esta fuerza ocupó a Tana el día 16.

XVII.

Entretanto, Daza sombrío, sobresaltado y pusilánime, se mantenía inmóvil en el fondo de la verde quebrada comiendo camarones, y conferenciando con sus más íntimos confidentes, camarones también como los del engañoso río. ¿Que acontecía? He aquí un misterio y un crimen militar no aclarado del todo todavía. Según unos, fueron el solapado secretario Gutiérrez y el irresoluto jefe de estado mayor Arguedas, los que influyeron en el ánimo del villano caudillo. Según otros, el plan de no pasar de Camarones era cosa convenida desde Arica por los jefes, y así parece dejarlo entrever el pálido despacho al gobierno de La Paz que hemos citado y que habla solo de una “marcha al sur”.

Pero a nuestro juicio, el móvil principal, sino el único, del ardid de dar la vuelta sin pelear, yacía en el fondo de cieno del cobarde histrión que había provocado la guerra.

Daza tenía miedo; tenía miedo a los chilenos; tenía miedo sus enemigos de la altiplanicie; tenía miedo a su propio ejército; tenía miedo a la noche, y por esto se paralizaba en la marcha como la sangre se paraliza por el pavor dentro de las venas. Por esta múltiple causa, que era una sola infamia, se quedó en Camarones, y en seguida dio la vuelta como cobarde y como villano al campo aliado. (De esta última opinión es uno de los jefes prisioneros de más alta graduación en el ejército de Bolivia. El mismo sorprendió en Arica a Daza conferenciando con Araguedas, Gutiérrez, Saravia, Castro Pinto y otros jefes en el sentido de no pasar más allá de Camarones, produciendo solo una diversión estratégica por el sur, para dividir el ejército chileno atrayéndolo en esa dirección. El más empeñado era Gutiérrez que sostenía que si los Colorados sucumbían en la campaña, el gobierno de Daza estaba perdido.... Y tal era la verdad.

El escritor peruano don Modesto Molina, dándose, con poca modestia, aires de consejero, asegura en su relación citada que al pasar por Arica, huyendo con tiempo de Iquique el 9 o 10 de noviembre, Daza le manifestó muchas dificultades para emprender la campaña de Camarones; pero que al fin él lo disuadió y le prometió que partiría al día siguiente. Nos parece, sin embargo, que en tal caso lo que cabía hacer al crítico era

acompañar al jefe, vacilante, pero él se contentaba con decir: “Nosotros *continuamos* nuestro viaje a Lima como Daza continuó hacia el sur”. (Hojas del proceso, pág, 44.)

Se adelantó, sin embargo, el pérfido mandón en persona y acompañado solo con unos pocos ayudantes (para mejor ocultar su cobardía) antes de dar la vuelta, primero hasta Chiza y después hasta la vecindad de Tana ocupada por Albarracin y Tudela con algunos jinetes. Pero cuando un pasajero llamado irónicamente don Fidel Guerra, que por aquellas quebradas huía, le comunicó el día 19 la dispersión de San Francisco, volvió bridas el caudillo fanfarrón, y jadeante llegó a Camarones esa misma tarde para consumir con su fuga la vergüenza histórica que se ha llamado la *contra marcha de Camarones*. “Gimnástico, jinete, nadador, artillero, dice de él indignado hasta el horror y la elocuencia de los bárbaros el panfleto que antes hemos citado. Adonis generoso, valiente. Daza es una hidra asquerosa y vil. ¡Oh malvado! Mil furias debían cortar su cabeza”. Y luego agrega: “¿No ha de morir la hiena ahogada en su propia sangre colgadas sus concubinas y destrozados sus vástagos horribles? ...”

Tal era el hombre que por el saqueo de una factoría de comercio, simple fábrica de abonos agrícolas, como las hay en Europa de estiércol y de huesos, arrastró a asoladora y perdurable guerra la mitad de un continente civilizado.

XVIII.

Entretanto, la contramarcha cobarde había sido llevada a cabo el mismo día que fuera designado por el director de la guerra para la conjunción de los ejércitos aliados en la pampa del Tamarugal y a la vista de Jazpampa, posición por excelencia estratégica. “Muy triste y enlutada fue, en efecto, aquella tarde del 16 de noviembre, (exclama el pundonoroso coronel Camacho en su manifiesto posterior de Tacna, sobre la deposición de Daza), en que a horas 5 desfilaban los batallones mustios y pensativos en ascenso lento la cuesta de Camarones hacia Arica. El cielo mismo parecía ruborizarse de acto tan vergonzoso, cubriendo al sol en su ocaso con un tinte siniestramente purpurino que infundía fatídicos presagios, más fáciles de sentir que de expresar. (En su manifiesto personal el escritor Lozano dice que los soldados bolivianos, al regresar de Camarones comenzaron “a balar como las cabras y las ovejas que huyen de sus establos”.

Según varios jefes a quienes hemos consultado, el disgusto y la indignación del ejército boliviano fue general, particularmente entre los cochabambinos que eran el mayor número.

Por los demás, he aquí como el coronel Camacho, cochabambino también, cuenta con evidente veracidad aquellos infames sucesos, en su manifiesto citado:

“Basta a mi propósito decir que el único responsable de ella (de la retirada) es el general Daza, aunque él asegure que fue influido por muchos jefes de su círculo; tanto

porque pudo evitarla con su incontestable energía, cuanto porque la ley no admite tal excusa incompatible con el mando superior de un ejército. Por otra parte, cuando nos persuadimos de la resolución que tenía el general Daza de no llevar el ejército adelante, opinamos varios jefes desde el principio hasta el fin del consejo de guerra que tuvo lugar el 15 que “la orden de avanzar o de contramarchar el ejército desde Camarones, el general en jefe debía darla de Pozo Almonte, donde él iría conmigo y dos edecanes.

Sin embargo, ni esa tarde ni a la madrugada del día emprendió marcha el general Daza. A las 9 A.M. del 15 me llamó a la oficina telegráfica donde me presentó un parte del general Prado en que le decía más o menos estas palabras: “Viendo que no puede usted pasar adelante con su ejército, el consejo de guerra que anoche convoqué ha resuelto que el general Buendía ataque mañana al enemigo; siendo por tanto no solo peligrosa sino innecesaria la marcha de Ud. al sur”. Entonces supe que, lejos de decir a Arica en el día anterior lo últimamente acordado, general Daza se había excusado únicamente con la “imposibilidad de pasar adelante”. Así se explica la respuesta del general Prado.

El haber ido después hasta cerca de Tana para luego regresar a Chiza porque le *habían asegurado* que allí estaba el enemigo; el haber marchado otra vez a Tana sabiendo que ni uno solo existía en aquel punto, para volver en seguida con la noticia de la derrota de San Francisco, son idas y venidas de indecisión tristísima que no se toleran ni en un cadete imberbe de nacionales y mucho menos en el capitán general de un ejército y presidente encargado de la defensa nacional. Allí faltó, si no el discernimiento y buen tacto del general, al menos el coraje y atrevimiento del soldado. ¿Por que no hizo un reconocimiento de Tana antes de pensar en contramarchar, sobre todo cuando lo acompañaba el escuadrón escolta? ¿Por que no hizo lo que está obligado a practicar el más subalterno oficial de una vanguardia en tales casos? Está visto que las contramarchas, inspiración del miedo, pesaban como una fatalidad sobre el desgraciado general”.)

XIX.

Entretanto ¿que había tenido lugar en los tranquilos y diseminados campamentos de los chilenos desde Pisagua a Agua Santa, con relación a la marcha de Daza y a la aparición de sus avanzadas de caballería en Tana el día 16 de noviembre?

No se habrá olvidado por el lector de este libro minucioso, que el ejército estaba fraccionado en dos cuerpos, seis mil hombres en Dolores, al mando del coronel Sotomayor y cuatro mil en Pisagua a las órdenes inmediatas del general Escala. Un destacamento de Cazadores guardaba a Tiliviche, otro observaba a Jazpampa, y la compañía del capitán Barahona se mantenía de avanzada en Santa Catalina. El grueso de la caballería, compuesta de trescientos Cazadores, existía, sin embargo, en Dolores y en la próxima oficina de San Francisco, al mando del comandante don Pedro Soto. Aguilar.

El día 15 había llegado también en el Loa a Pisagua una robusta compañía de Granaderos a caballo (110 hombres) perfectamente montados al mando del bizarro capitán don Rodolfo Villagran.

En esta disposición de las cosas, se presentó a las tres de la tarde del día 17 en el campamento de Dolores un chileno que residía cerca de Tana en la ranchería de Corsa y que patrióticamente, o por maña, como algunos creyeron, había dado un galope para comunicar al coronel Sotomayor la llegada a aquel lugarejo en la noche anterior de las avanzadas de Daza. Era la primera noticia recibida en el cuartel general de Chile de que tal expedición tenía lugar: tan absoluta era la incomunicación del desierto en el desierto. Antes de ese día se habían tenido solo vagas sospechas de semejante empresa. (El coronel Sotomayor comunicaba la noticia del chileno (que se creyó espía porque venía montado en la silla de un soldado de la caballería peruana) en el despacho siguiente:

“Campamento de Dolores, noviembre 17 de 1879.

Hoy en la mañana se ha tomado en este campamento un individuo chileno que parece espía, sin embargo, da la noticia de haber llegado ayer en la tarde a Corsa, cerca de Camiña, a 8 leguas de aquí, una partida de caballería enemiga que viene de Arica compuesta de 100 hombres, más o menos. El comandante Soto Aguilar saldrá a cortarlos por el lado de Aroma en el camino que conduce al Pozo Ramírez y ver si es posible batirlos y tomarlos.

Si la caballería llegada ayer (los Granaderos de Villagran), están en estado de ir a Tana, el plan sería seguro por si vuelven a retaguardia los perseguidos. Corsa está cerca de Tana, más al sur.

Sotomayor”.)

XX.

Despertó vivo sobresalto en el pecho del valiente pero impresionable coronel Sotomayor aquella nueva, y en el acto hizo montar la caballería y la despachó hacia Jazpampa en dirección de Tiliviche y Tana por las cabeceras de esta quebrada. Al poco tiempo telegrafiaba con viveza y hasta con aceleración al campamento de Pisagua, anunciando la presencia de Daza con fuerzas considerables a la vista de nuestras avanzadas y en medio de la pampa.

Contribuyó no poco a esta exaltación de las noticias, un efecto de miraje producido aun entre los oficiales más tranquilos del estado mayor, que puestos en una altura, frente a Jazpampa, aseguraban de cuerpo presente estar divisando con sus anteojos las cargas y contracargas de los Cazadores y hasta los lampos de los fogonazos de sus carabinas en el llano. “Como lo estoy viendo a Ud. fumar su cigarro, decía un oficial del estado mayor al cirujano Salamanca, así veo los destellos de los fusilazos”. (Carta del Cirujano Salamanca a su hermano, don Samuel, Dolores, noviembre 28, publicada en *El Ferrocarril* de Santiago.)

XXI.

En vista de este estado de cosas, el general en jefe mandó alistar a toda prisa la división del Hospicio que mandaba el coronel Arteaga, ordenó al comandante Velázquez saliese con la mayor premura con toda la artillería de campaña (doce piezas) hacia Jazpampa, que se juzgaba el sitio amenazado, y previno el capitán Villagran hiciese ensillar inmediatamente para ir en auxilio de nuestros comprometidos Cazadores. La electricidad del alambre suele tener su vértigo como el de las alturas.

Solo al caer la tarde pudieron los Granaderos ponerse en marcha, y a falta de guía, se ofreció patrióticamente a conducirlos al interior el comandante don José F. Vergara, que el día anterior había regresado de Dolores, disgustado con ciertas genialidades del jefe de estado mayor, por lo demás su digno amigo.

El comandante Vergara estaba acomodando sus maletas para regresar a Chile, cuando notando las vacilaciones del cuartel general en hora tan suprema, echó llave a la cerradura, y montó a caballo, para servir simplemente de práctico a los Granaderos, como antes había servido de caudillo a los Cazadores.

Entrada la noche, llegaron el comandante Vergara y el capitán Villagrán con su pequeña columna a Jazpampa, y desde allí anunció aquel por el telégrafo, a Dolores y al Hospicio que no se habían divisado enemigos, pero que muy de madrugada al día siguiente 18 operaría un reconocimiento por el lado de Tana, dirigiéndose por Quiñua, que es el paso más occidental de la quebrada de Tiliviche.

XXII.

Lo hizo así, en efecto, en la temprana hora designada; y al trepar con dificultad al otro lado de a quebrada, con los primeros rayos del sol, divisó en el horizonte el jefe chileno un grupo de objetos negros que se movían apresuradamente. Era la caballería de Albarracín que se adelantaba hacia delante, y talvez a esas horas andaba por allí o en las vecindades el cobarde Daza con sus coraceros. En cuanto a Albarracín, no pasaba de ser en la caballería peruana una de esas reputaciones fantasmagóricas de la fama; que confundían una hazaña en su juventud en el valle de Llutá (1843), con los

contrabandos y asaltos de estúpido merodeador en años posteriores. Albarracín no había sabido nunca sino estas dos cosas: robar vacas y huir.

Y fue lo último lo que ejecutó aquella mañana, porque aunque tenía a sus órdenes mayor número de jinetes que el coronel Vergara, retrocedió toda vez que el último intentó adelantar su reconocimiento hacia Tana.

Pasaron dos o tres horas en aquellas escaramuzas las dos descubiertas, y eran las once de una ardorosa mañana cuando divisaron el comandante Vergara y sus ayudantes, el alentado oficial don M. Rodríguez Ojeda y el colombiano Zubiria, una densa polvareda que avanzaba por la pampa hacia el oriente. Juzgando que podía ser aquella tropa la avanzada del ejército de Bolivia, anunciada desde la víspera, o el ejército mismo (pues había anteojos que divisaban hasta los cañones y los carros de la artillería), retrocedió Vergara a Tiliviche y en seguida se dirigió preocupado a Jazpampa y San Antonio.

XXIII.

¡Cosa extraña! Toda aquella multitud de visiones fantásticas, hijas de las reverberaciones del sol, que hacía en los espíritus el oficio de la linterna mágica sobre el vidrio y la tela, se reflejaban a la misma hora en el estado mayor y en el cuartel general mediante la serie de telegramas, verdaderas “chapetonadas”, de un país olvidado durante largos años de la guerra, que copiamos a continuación de sus originales no conocidos todavía:

“Estación de Dolores, noviembre 17 de 1879.

Señor general en jefe:
Pisagua.

En este momento se cree que nuestras tropas se han encontrado con el enemigo pues se ha observado *cargar los Cazadores* tiroteándose en seguida. Mando tropa en su protección. Luego daré cuenta de lo que suceda.

Sotomayor”.

Noviembre 17.

“Se *divisa fuego intenso* a 5 kilómetros más o menos, dirección a Camiña. Ha salido una sección de artillería de montaña y tres compañías de infantería, cuya fuerza llegó al *lugar del combate* en media hora.

Sotomayor”.

(Estas curiosas visiones ópticas estaban en parte confirmadas por el siguiente telegrama que encontramos en el diario de campaña del comandante Dublé y que unos atribuyen al ayudante Zubiria y otros al comandante Vergara. No tiene fecha ni lugar, y dice así:

“El ejército enemigo a la vista; se ven carros que creo sean de artillería. Estamos a distancia de ocho leguas de Jazpampa en dirección a Tana.

Las avanzadas enemigas se pasean a cuatro cuadras de nosotros; las hemos perseguido como dos leguas, habiéndose reunido *al grueso del ejército* no era posible combatir las por la mucha fuerza que se vio y además carros y carretas que talvez montarían artillería”.)

XXIV.

Entretanto los ingleses de la salitrera de San Antonio que se habían mostrado platónicamente adictos a Chile, y especialmente un Mr. Morris a quien el comandante Vergara había conocido en Valparaíso, se mostraban afanosos y casi sombríos. La tarde era calurosa la atmósfera estaba pesada, y el jefe chileno llegaba con los fatigados Granaderos a Dolores al ponerse el sol. El espacio estaba lleno de presentimientos....

A esa misma hora regresaban los Cazadores que se habían adelantado hasta las puertas de Tana, guiados por el advertido práctico Laiseca, pero sin haber hecho nada por la timidez o celos de sus jefes, más empeñados, a diferencia de sus briosos capitanes, en cuidar la pezuña de sus caballos que la fulgida gloria de su bandera. (He aquí el telegrama en que el coronel Sotomayor daba cuenta del regreso y operaciones de los Cazadores a caballo en dirección a Tana:

“Campamento de Dolores, noviembre 18.

(5.35 de la tarde)

Señor general en jefe:

En este momento llega comandante Echeverría con los Cazadores. Llegaron hasta Tana pasando por Corsa. En este lugar supo habían alojado la noche anterior 200 hombres de la caballería enemiga: ya se habían esparcido en distintas direcciones. Creyendo encontrarlos en la quebrada de Tiliviche, se dirigieron a ese punto de donde regresaron a este campamento sin haber encontrado nada en el camino. Tuvo noticias en Corsa que debían venir de Arica tres batallones.

E. Sotomayor?.)

Era esa tropa de caballería la polvareda que había divisado la columna de Vergara en la mañana, y ambas habían huido la una de la otra, equivocándose y dejando así escapar a Albarracín, puesto de hecho entre dos fuegos. Lo que habían semejado cañones eran simplemente barriles de agua que a lomo de mula llevaban los Cazadores: espejismo del desierto, del sobresalto y de la inexperiencia como los de la víspera.

XXV.

Estos mismos mirajes del día 18 habían dado lugar a que en el campamento de Dolores se tomase una medida evidentemente absurda: la de destacar cerca de dos mil hombres de infantería hacia Jazpampa (el regimiento 3° y el batallón Coquimbo), cuando lo único sensato habría sido hacer adelantar a esas horas y hasta ese lugar toda o la mejor parte de la división del Hospicio. Se retrocedía en lugar de concentrar. Reinaba evidentemente cierta bisonía turbación en todos los pechos.

Y así, mientras la división del Hospicio, que era la que debía avanzar, se mantenía inmóvil, la de Dolores se debilitaba repartiéndose. Únicamente la artillería de Velázquez había salido al amanecer de Pisagua, y con una marcha, admirable por su celeridad y su energía, llegaba a Jazpampa por la tarde, siguiendo la huella segura y firme de los rieles. Sin embargo, una de sus baterías (la del mayor Fuentes) era devuelta desde San Roberto al Hospicio, en el alto de Pisagua, a virtud de una orden del general Escala impartida por medio del comandante Dublé Almeida. Este jefe había salido en aquella misma madrugada del Hospicio en una comisión de reconocimiento, acompañado por los inteligentes ayudantes don José Manuel Borgoño y don Bolívar Valdés.

Esta división se componía en la víspera de la batalla de 5.931 plazas en esta forma:

División Arteaga.....	3.421 plazas.
Regimientos Esmeralda Santiago (por llegar)...	2.400 “
Una compañía de Cazadores a caballo.....	110 “
Total.....	5.931 plazas.

XXVI.

Así las cosas, en la tarde del día 18 de noviembre, llenos de agitación todos los campamentos, de vacilaciones y de alarmas los jefes, repartidos los batallones, los regimientos, los cañones y hasta los caballos en Pisagua y en Dolores, alegres pero cansados los soldados, exhaustas las caballerías con las marchas sin objeto, los cañones marchando sin escolta, fijos todos los ojos en Jazpampa y en la proximidad imaginaria del ejército de Daza, se divisó, en los momentos en que el comandante Vergara llegaba a las miserables casuchas de tabla de la estación de Dolores, alojamiento del coronel Sotomayor, un cazador que venía cortando el viento por las pampas del sur.

¿Que ocurría en esa dirección después que poco a poco se calmaban por si solas las agitaciones suscitadas en el opuesto rumbo?

Era un mensajero del capitán Barahona que desde Agua Santa avisaba tener a la vista un grueso del ejército de Buendía y que amagado en masa por la caballería aliada (unos cuatrocientos hombres) se batía en retirada, replegándose hacia San Francisco.

XXVII.

Aquel aviso cambiaba súbitamente los horizontes y las decoraciones de la guerra como en el drama.

Los chilenos iban a librar batalla, no contra los fugitivos de Camarones, que a esas horas se acercaban ya a Arica, sino contra los fugitivos de Iquique que el hambre y la desorganización en todo acosaba, precipitándolos hacia el norte.

Eran las seis de la tarde de la víspera de la *dispersión de San Francisco*, este gemelo militar de la *contramarcha de Camarones*.

Y a aquella singular jornada vamos a conducir inmediatamente al lector.

CAPÍTULO XXV.

LA VÍSPERA.

El ejército de Tarapacá verifica su concentración total en Pozo Almonte.- Discordias.- Los jefes peruanos se dividen en dos grupos por y contra Suarez.- El general Bustamante y los coroneles Dávila y Prado.- Se separan éstos con sus fuerzas y se estacionan en Santa Adela.- Escasez de víveres y de elementos de movilidad.- El ejército aliado se pone en marcha y está vencido antes de pelear.- Orden de marcha por el desierto.- Orden del día de Pozo Ramírez y sus precauciones.- Los chilenos sospechados de “envenenadores”.- La primera jornada.- Pozo Ramírez.- Avisos continuos mandados a Daza, que éste no contesta.- Penosa jornada de Pozo Ramírez a Agua Santa.- Los muertos insepultos.- Encuentro de la caballería con la nuestra cerca de Dibujo que da lugar al aviso enviado a nuestro campamento en la tarde del 18 de noviembre.- Reconocimiento a mula del capitán Dardignac.- Las revelaciones del telégrafo traicionan a los peruanos.- El coronel Sotomayor se resuelve a librar la batalla en Santa Catalina, y manda a esa estación la división Amunátegui, no obstante visibles resistencias.- Telegramas de media noche.- “El enemigo está encima”.- El comandante Vergara y otros jefes le indican las ventajas de dar la batalla en San Francisco; pero el jefe de estado mayor se obstina en lo absoluto.- Sus razones.- Ventajas estratégicas del cerro de San Francisco y peligros de la posición de Santa Catalina.- Ansiedad en el campamento.- Regresa de Jazpampa el Coquimbo a media noche y el coronel Sotomayor ordena a su comandante dirigirse a aquel paraje.- Serie de dramáticos telegramas.- El capitán de estado mayor don Emilio Gana ruega al teniente coronel Vergara, a nombre del ejército, disuada al jefe de estado mayor de librar la batalla en Santa Catalina.- Solemnes momentos.- La entrevista de Temístocles y Euribiades.- Captura de diez arrieros argentinos en Santa Catalina.- El coronel Sotomayor cambia con verdadera grandeza de alma, su plan de batalla y lo reconoce en su parte oficial de ella.- Su telegrama al general en jefe anunciándole esta salvadora mudanza.- Retirada de la división Amunátegui y sus peripecias.- Llega el 3° al amanecer y se divisan las polvaredas de la Artillería de Velázquez que avanza de Jazpampa.- Entusiasmo y regocijo del ejército.- El lucero del alba en el desierto.- “¡Arriba! ¡Arriba!”.- Aspecto del campo de los peruanos en Agua Santa.- Se acentúan las discordias en los jefes del ejército y algunos se niegan a obedecer al coronel Suarez.- Junta de guerra del 18 de noviembre en Agua Santa.- Los aliados se resuelven a dirigirse por una marcha de flanco hacia el Cantón de Sal de Obispo para interponerse entre Pisagua y San Francisco y asegurar su retirada a Camarones.- Marcha terrible de la última noche y riña del general Buendía y del coronel Suarez por el sueño.- Los aliados ocupan al amanecer a Santa Catalina, y se adelantan hasta los lomajes de Chiniquiray.- La retaguardia de la división Amunátegui descubre el grueso del

ejército de la Alianza que marcha paralelamente por su flanco izquierdo, a una legua de distancia.- La batalla va a comenzar.

“Después de la caída de Pisagua el general Buendía se entregó a discreción al coronel Suarez.- Ya no mandaba, obedecía”.

(*Molina.- Hojas del proceso pág. 26*)

“El día 14 cuando ya se había avisado al director la falta de carne, recibió el general en jefe el telegrama siguiente: “*Ataque en el acto i sin vacilar*”.

(*R. Heredia.- Carta citada.*)

I.

Mientras el ejército boliviano avanzaba por el norte de Arica a Camarones, los peruanos habían terminado su lenta y desarreglada concentración en Pozo Almonte. El 14 de noviembre, día de la llegada de Daza a aquella quebrada, los últimos se hallaban listos para marchar; de suerte que la conjunción estratégica pactada por los generales de la Alianza habría podido tener lugar en tiempo a la vista o no lejos de Jazpampa.

Pero las tropas de Buendía arrojadas precipitadamente de la costa a los páramos del interior, carecían de elementos de rápida movilidad y hasta de víveres.

Por otra parte, la discordia, esta enfermedad de los países vencidos, que sobreviene después de los fracasos, como la fiebre después de la insolación, había estallado en el campo enemigo. Un grupo de impacientes quería marchar a toda costa. El coronel Dávila, el Ajax de aquella guerra de Troya, vehemente hasta la cólera, acusaba al jefe de estado mayor del ejército peruano de cuanto sucedía, y le detestaba como a un rival en el mando y en las armas.

El general Bustamante, a quien desde el mes de junio el voluntarioso Suarez, siendo su subalterno en graduación militar, no había excusado cierta injuria enderezada como saeta por el telégrafo, cuya estampa ha quedado, se había puesto también de parte de los descontentos, junto con el coronel del Ayacucho, don Manuel Antonio Prado, hombre de nada pero arrogante, como sobrino del presidente y que venía probablemente agriado de su penoso destierro en el Monte de la Soledad.

Escenas de violencias y de reproche tenían lugar a cada instante bajo la tienda del estado mayor. El afable y amilanado general Buendía, declarándose impotente para aplacar las rencillas, no terciaba en ellas.

Los jefes bolivianos, por su parte, miraban todo aquello con el silencio de la desconfianza, pero se mostraban, al menos en las apariencias, resuelVillegas y Flores) iba a estrellarse con una simple muralla de bayonetas mandadas por un simple coronel.

II.

En medio de aquella penosa situación, el animoso y desventurado coronel Suarez, que pagaba más que sus propias faltas las de su país, se revestía de estoica paciencia y acopiaba municiones de boca y guerra, sin excusar las llamas indígenas para la comida de la tropa ni los asnos enflaquecidos del desierto para el acarreo de las municiones y bagajes.

En cuanto a los turbulentos, consintió, después de una escena de dicterios en que estuvieron al saltar las espadas de las vainas, en que se adelantaran hasta Santa Elena, en cuya aguada apagaron aquellos sus murmuraciones y su sed.

El más insolente de todos en la controversia había sido el sobrino del presidente, como “sobrino” de tal, y éste fue el que siguió adelante con su cuerpo y la *División Exploradora*, diciéndole el coronel Suarez que podía marcharse con su parentesco y con su cuerpo hasta el infierno, si de ello le venía la gana. (Estas desavenencias, a las que alude superficialmente el escritor Molina y el mismo Suarez en su velado parte oficial, han quedando hasta hoy más o menos ocultas; pero entre los peruanos y especialmente entre los soldados, han sido temas corrientes de conversación.

Por lo demás, el gran obstáculo de la situación era la carencia casi absoluta de víveres, porque así como los peruanos abundaron en ellos *durante el bloqueo*, no los tenían después del desembargo y del negocio. Los tomó con mano levantada el coronel Suarez de los almacenes particulares en Iquique; pero no había como conducirlos al interior, y Molina asegura que se quedaron 40 carros cargados en Molle: tanto era el desbarajuste.

Según una toma de razón del estado mayor fechada en la Noria el 29 de octubre, todos los víveres que existían en ese depósito consistían en 46 sacos de cebada, 75 de frijoles, 73 barriles y 25 costales galleta, 63 sacos arroz, 13 barriles manteca y 30 costales de maíz. Es decir, el rancho de uno o dos días para un ejército, de 10.000 hombres. El coronel Prado, (*Pradito*) avisaba desde su campamento de Santa Adela que había *rematado* 150 sacos de arroz a 15 soles 50 centavos quintal, lo que era precio de guerra y de derrota.

En cuanto a la carne viva, que era lo principal para un ejército en marcha, forrajeaba la mayor parte del ganado en Camarones, donde hacían de ella en esas horas sabroso festín Daza y sus soldados: “Desde Pozo Almonte, dice a este respecto el nombrado Heredia, comenzó a escasear la carne; y el general Buendía llamó entonces al contratista señor Gómez, que se encontraba en la Noria, y le hizo presente lo que ocurría; pero Gómez aseguró, en presencia del coronel Suarez, que no faltaría ese artículo. No obstante, la escasez aumentaba día a día, y a no haber sido por la actividad de algunos jefes, habría faltado completamente la carne para el ejército.

El día 14 de noviembre recibió el general Buendía el siguiente telegrama del contratista, dado en la Noria. “El 2 salieron 300 vacas de Lluta, camino de Tarapacá, tardarán 12 o 13 días. Las espero de hoy a mañana a no ser un contraste imprevisto”.

Habiendo Buendía comunicado al director de la guerra que faltaba carne, contestó Prado. “*Si no hay carne ataque al enemigo*”.

Sin embargo de estas curiosas revelaciones y de esta singular orden de atacar al enemigo por falta de carne, como si se tratara de mordiscos o de caníbales, el contratista Puch, Gómez y C^a. (que nunca hemos sabido si fuera una o dos personas) se hacía dar en Pozo Almonte el 10 de noviembre un certificado de haber entregado 392.000 libras de carne en raciones al hambriento ejército.)

III.

Al fin, como mejor se pudo todos los embarazos de la imprevisión y de la prodigalidad, más fatales a un ejército que el desierto, se puso el campamento aliado en marcha en demanda de los chilenos y de Daza en la tarde del 16 de noviembre, es decir, precisamente en las menguadas horas en que el último hacía regresar sus huestes avergonzadas a Arica desde Camarones.

El orden de marcha era el orden de batalla, y por la abierta pampa el ejército aliado avanzaba en tres columnas paralelas: adelante las divisiones Vanguardia (Bustamante), *Exploradora* (Mori Ortiz) y la división boliviana de Villegas, ésta en el centro. Estos tres cuerpos de ejército marchaban a las órdenes directas del general Buendía.

En el centro y al mando de Suarez iban las divisiones Villamil y Velarde, y la artillería a la derecha. Venía esta última a las órdenes del coronel Castañón y compuesta de 3 baterías de a 4, de a 8 y de a 9, sistema inglés de Blackely, todas piezas anticuadas, triadas de Europa en 1860 por el coronel Bolognesi para el general Castilla.

La reserva, o tercera línea, era compuesta de las aguerridas divisiones de Cáceres (2^a) y de Bolognesi (3^a) con la caballería, siendo digno de notarse que esta marchaba a “retaguardia”... tal vez para recoger dispersos. En cambio, se habían organizado dos pequeñas columnas ligeras al mando del coronel boliviano Lavadenz. Los batallones Zepita y Dos de mayo, Illimani y Dalence habían dado sus compañías guerrilleras para formar aquella ágil descubierta.... Esta marchaba a la vanguardia.

El parque y los víveres venían en pos en 130 carretas con capataces argentinos, a cargo de cocineros chinos y no pocos negros, revoltura de castas y de rancho que era imagen y reflejo del desorden que reinaba en los espíritus y en las resoluciones superiores de mando en el ejército aliado. “Al salir el ejército de Pozo Almonte, dice el historiógrafo Molina, pintando talvez con

imparcialidad aquella extraña situación, solo se pudo dar dos mulas para los oficiales de una compañía, que son cuatro.

Hubo parque de batallón cargado en asnos, tan extenuados y hambrientos que no podían dar un paso con su carga. Es por esto que el camino quedaba sembrado de los animales que, rendidos, esqueletizados, se echaban dejando cada uno su carga de cuatro cajones de municiones. De este modo fue señalando sus etapas nuestro ejército en toda la larga “vía crucis” que recorrió.

Hay más todavía.

En Ramírez y Pozo Almonte se abandonó el material de las ambulancias. Los víveres y cebada que a duras penas se aglomeraron en esos cantones, se despacharon sin orden a las oficinas Santa Adela, Peña Grande, San Lorencito y Ramírez y se empleaban más de treinta carretas en conducir a esos lugares un gran número de bateas de fierro, que en su mayor parte no sirvieron para nada.

Aquello fue, pues, una confusión babilónica”.

IV.

La primera jornada del ejército así dispuesto, más que para la marcha para la derrota fue solo de cuatro leguas, porque en la noche de su partida durmió en la oficina de Puntunchara en medio de la pampa.

Al día siguiente (noviembre 17) de madrugada, partió hacia Pozo Ramírez, mitad de la jornada hasta Agua Santa, que era su punto de mira estratégico, y allí descanso el resto del día.

Se dieron en este campamento a los jefes las últimas instrucciones de marcha y castramentación a la vista del enemigo, siendo de notarse que en ellas se cometía la bajeza de recomendar a los soldados no bebieran las aguas del desierto sin las debidas precauciones para evitar el que *artificialmente* hubiesen sido echas dañosas.- Los chilenos ya no solo eran caníbales, como los había pintado el general Villamil en sus telegramas de Pisagua, puesto que entre aquellas imaginaciones enfermas comenzaban a pasar como *envenenadores*. (Véase entre los anexos estas instrucciones que hemos encontrado solo en borrador en los papeles del estado mayor, y sin fecha. Pero si no fueron dadas en Pozo Ramírez, lo fueron un día antes en Pozo Almonte.)

V.

Era el propósito y afán único de los peruanos operar su reunión con Daza a la vista de los chilenos, sea al sur de sus posiciones en Santa Catalina o

Agua Santa, sea al norte en Jazpampa o San Antonio, y con este fin le enviaba apremiantes correos casi de hora en hora sin que el menguado militarote, ocupado de fraguar su fuga a Arica y en seguida a Bolivia, se dignase siquiera contestar.- “Daza (dice Heredia), avisó de Camarones que iba en cortas jornadas a unirse con Buendía, y aunque éste le suplicaba que acelerase la marcha, ni siquiera contestó a sus comunicaciones, que le fueron remitidas por ocho propios”.

VI.

Después de corto descanso prosiguió en la tarde su ruta el mal conducido ejército de los aliados hacia Agua Santa, término del ferrocarril de Pisagua, pero inclinándose un poco hacia el occidente, rumbo de la quebrada de Tarapacá, para no ser apercebidos de los chilenos ni de sus avanzadas.

Caminaron los soldados pacientemente la mayor parte de la noche del 17 con el silencioso estoicismo propio de su casta, y no pocos cuerpos se extraviaron en el silencio y en las sombras.

Los peruanos, en oposición al astuto y observador soldado chileno, son malos vaqueanos, y en todas partes, incluso en la sorpresa proyectado del alto de Tacna, lo han probado. Y esto desde la edad de la Conquista, porque cuentan los viejos cronistas de Indias que don Diego de Almagro, conquistador de Chile, fue “muy buen vaqueano” en el Perú y en Panamá, mientras que su compañero en la empresa y en la hostia, don Francisco Pizarro, era solo bravo y perjuro, pérfido y astuto. Fue al menos el último quien quebrantó a sabiendas el primer *pacto secreto* de la conquista del nuevo mundo en el Pacífico....

Asegura a este propósito el narrador Molina que en todas las marchas del desierto reinó el más completo desorden extraviándose los guías. “¡Por aquí!” ¡por aquí!”, exclama pintorescamente el último, repitiendo los gritos y las maldiciones que se escuchaban, junto con la esquila avisadora de las madrinas, en el silencio de la noche siempre callada entre los médanos. Eran los guías extraviados, añade, que poco diestros como caminantes, por momentos encontraban la ruta y la abandonaban después bajo la influencia de ese mareo inexplicable que producen las sombras espesas de la noche”. El ejército venía *empampado*.

VII.

Al fin, y cerca del amanecer del 18, se tocó “¡Alto!”, y los cansados batallones se echaron a dormir sobre la helada arena o bajo el cobertor de tabla

y estera de las salitreras esparcidas en el cantón de Negreiros. El fatigado y soñoliento general Buendía se adelantó a disfrutar el escaso regalo de una mala cama en Dibujo, mientras el infatigable Suarez recorría todos los puestos y velaba.

En aquellos parajes pasó el ejército peruano, el día 18 de noviembre con el escaso sustento de sus mochilas hasta las tres de la tarde, hora en que llegó el retardado convoy de víveres y de municiones en un centenar de carretas. Había sido tal la penuria del desierto que algunas brigadas de mulas habían retrocedido cinco o seis leguas para ir a beber en los pozos de Santa Adela: esa era la causa de su tardanza.

VIII.

Sin contar estas manifestaciones de indecible desorden que acusa la precipitación de una derrota anticipada, los soldados aliados habían ido encontrando a lo largo de los senderos de la pampa una serie de cadáveres insepultos, espantosos, horriblemente hinchados, y que con la lividez que el caliche preserva en los seres orgánicos, aparecían a su vista como los postes miliarios que les señalaban el camino de la muerte... Eran los jinetes de Germania que nadie había cuidado de cubrir con la dura costra del desierto. Todos conservaban sus vestiduras, y el comandante Sepúlveda tenía hasta su espada, su casaca, sus botas y su reloj.

Tanta es la insondable soledad de aquellos parajes que ni el cuervo ensangrienta su pico en los cadáveres ni el merodeador nocturno llega a profanarlos. “De noche, dice elocuentemente el escritor Molina, cuando el viento sopla por esas soledades, se escuchan gemidos misteriosos salidos de las fosas. A veces se oyen ruidos subterráneos que estremecen la superficie de la costra petrificada. La brisa, al pisar, levanta todo ese concierto de rumores vagarosos, que traen a la memoria las escenas del Dante”. (Hojas del proceso, pág. 53).

IX.

Se pasó la tarde del 18 en los últimos aprestos de una marcha que iba a tener probablemente por término una batalla, distribuyéndose las municiones y alistando cada cual su alma y su cuerpo, su cartuchera y su rifle, para la prueba tan largo tiempo retardada.

Temprano se mandó la caballería que había andado extraviada hacia Agua Santa y a Dibujo, y fue entonces cuando ocurrió que el vigilante capitán Barahona, destacado aquella mañana desde San Francisco con 120 Cazadores

en servicio de exploración, y destinado a estacionarse en Agua Santa, descubrió con sorpresa la llegada del enemigo: porque viniendo hacia Dibujo a reconocer aquella tarde, de repente sintieron una descarga y cayó muerto el caballo que montaba un cazador llamado Gómez.

El caballo caído era blanco y debió tener magnífica visual el cholo montado, que desde lejana colina le hizo los puntos con su carabina Winchester de larguísimo alcance.

Tenía esto lugar más o menos a las tres de la tarde del 18, y fue entonces cuando partió el aviso que puso en agitación y en extraordinario movimiento el campo de los chilenos en esa tarde memorable.

X.

Suscitó tal noticia justa y vivísima alarma en el doble cuartel general de Dolores y el Hospicio, puestos al habla por el telégrafo. Aquel inesperado aviso no era en realidad un anuncio, era un vuelco en todos los corazones, puestos, como los ojos, en acecho del sordo rumor que se adelantaba desde el norte.

Los chilenos habían abrigado, con buenas razones aparentes pero con verdadera incáutela militar, la convicción indestructible de que los aliados no les saldrían al encuentro, sino que, por el contrario, les aguardarían dentro de las trincheras, allá, en Pozo Almonte, en la Noria, en Iquique mismo, lugares estratégicos que suponían rodeados de fosos de minas y de defensas subterráneas.

Le parecía al general Escala y al ministro Sotomayor, y el primero lo declara con digna franqueza en su parte oficial de la campaña, que la venida de los peruanos a su encuentro era “completamente improbable”; y a esta idea fija habían sometido mis planes de acopio de víveres, de refuerzos y de acantonamientos provisionales para el ejército en escalones de marcha. Todo se preparaba para el avance, y por consiguiente nada se hacía para la resistencia. Con esta mira exclusiva se habían pedido refuerzos y venían en camino dos regimientos de infantería y algunos caballos. La reserva total de Antofagasta se movía el 5 de noviembre.

La campaña en otro sentido y por su orden natural debía ser agresiva como había comenzado y como es ley de todas las empresas invasoras.

XI.

Se agregaba a esto que el día 15 el coronel Sotomayor había despachado, con el disfraz de gaucho, que le era familiar, y montado en

vigorosa mula de marcha, al capitán de estado mayor don Ramón Dardignac, el de La Verde; y éste había regresado al día siguiente con la noticia de haber avistado en la tarde las inmóviles avanzadas de los peruanos en Pozo Ramírez, a donde empero en breves horas llegaría aquél a la siguiente madrugada. Además, una mujer encontrada en el desierto había dicho al atrevido jinete que todo el ejército aliado se mantenía en sus cantones en Pozo Almonte.

El capitán Dardignac pagó, como todos, su tributo al *espejismo* del desierto, fenómeno de rarefracción del aire que se une a la zozobra del espíritu, y llegó diciendo al campamento que los peruanos tenían en Pozo Almonte *doce ametralladoras*. (“Dardignac acaba de llegar. Dice que se vio con las avanzadas enemigas en Ramírez, y después por el camino de Mejillones: que el enemigo tiene diez mil hombres, noticia de una mujer. En Pozo Almonte doce ametralladoras y tres cañones grandes. Esto es todo.

Sotomayor.”

Telegrama del coronel Sotomayor al general en jefe. Dolores, noviembre 16 de 1879.)

XII.

Pero en la noche del 17 una revelación inesperada del telégrafo vino a despertar súbita sospecha en el campo de Dolores. Habían llevado los peruanos su desgredo y su apatía al punto de no cortar el alambre en el desierto intermedio entre Agua Santa y Peña Blanca, eran las extremidades del ferrocarril y su servicio, de modo que el fluido eléctrico solía agitar los martinetes de las estaciones intermedias de la línea de Pisagua, y aunque escribían sus órdenes en cifras, esa noche pudieron vuestros telegrafistas, sacados generalmente del 3º de línea, percibir una orden comunicada probablemente de Pozo Almonte a Peña Grande, en que se ordenaba a su empleado aprontar dos aparatos telegráficos para conducirlos a Agua Santa.

Si los peruanos hacían encargos semejantes era evidente que se proponían recuperar a viva fuerza la última posición que había quedado en nuestras manos....

El indicio de un avance general era por tanto evidente, y esto fue lo que dio origen a despachar en la madrugada del 18 el reconocimiento en fuerza que llevó desde San Francisco a la estación de Dibujo el capitán Barahona. Siempre por siempre, la movilidad se reveló como la primera condición de la guerra. “La fuerza está lista para moverse, telegrafiaba el coronel Sotomayor al amanecer del 18 de noviembre al general en jefe a Pisagua.

La última noticia de Pozo Almonte nos indica que se ha movido tropa de aquel lugar.

El enemigo que viene de Arica está demasiado distante de nosotros para pensar en salir a batirlo desde Dolores dejando desguarnecida esta línea hasta Agua Santa.

De Cazadores no hemos tenido noticias; probablemente a esta hora se han encontrado con los bolivianos de Corsa. Espero por momentos saberlo.

Me parece más fácil que fuerza de Hospicio vengan a Tana, por estar más cerca del lugar que indica el señor Vergara en su parte de hoy.

Luego mandaré tropa de Cazadores a Agua Santa para que vigile los movimientos del enemigo.

Con este objeto pedí a U.S. avanzar tropas hacia el enemigo, principalmente la caballería.

Dios guarde a U.S.

Sotomayor”.

(Estos interesantes telegramas y los que más adelante publicaremos pertenecen al pequeño libro de copias, precioso archivo de documentos de un día, que conserva el general Sotomayor y que bondadosamente ha puesto a nuestra disposición.)

XIII.

Todas estas circunstancias contribuyeron a dar a las concepciones y los planes de última hora del cuartel general y del estado mayor, un carácter arrebatado y casi vertiginoso.

Hemos dicho que en la tarde del 18 y precisamente en los momentos en que la caballería peruana tomaba posesión de Agua Santa, el coronel Sotomayor había despachado al 3° y al Coquimbo con una batería de cañones a Jazpampa por orden del cuartel general para contener a Daza. Pero con la nueva faz de la campaña revertió su plan y se resolvió a librar batalla a los que venían por el sur en Santa Catalina, como se había propuesto en la víspera empeñarla a los del norte en Jazpampa.

XVI.

Aquella idea era fatal, pero por lo mismo estaba arraigada en el cerebro del jefe de estado mayor con la tenacidad de una idea fija.

En una visita de inspección al sur hecha dos días antes (porque es preciso no olvidar que el coronel Sotomayor era en Dolores un recién llegado, casi un huésped) había tenido ocasión de divisar, pasando por los rieles en torno de la gran oficina de Santa Catalina, una extensa pampa con declive hacia el sur, dominada por aquel fuerte caserío y capaz de sujetar en línea y aun apta para envolver un ejército; y en sus adentros se había formado concepto que aquel era el mejor sitio para presentar combate al enemigo.

En otro sentido, se divisaba desde la oficina de Dolores una abra en las colinas del cantón de Negreiros a Santa Catalina, por la cual suponía que debía forzosamente pasar el general Buendía, en su conato infraganti para juntarse con Daza. (El coronel Sotomayor llegó a Dolores el 14 de noviembre y el 16 visitó la línea férrea hasta Agua Santa en un tren escoltado por una compañía del Buin. “En este momento cinco de la tarde (telegrafiaba el 16 al cuartel general) llego de Agua Santa. No se ha notado presencia de enemigos. El lugar se presta para acampar el ejército. Agua hay para la bebida de animales con abundancia y potable también pero regular. Sería necesario llevarla de aquí. No veo dificultad para este servicio”.

“No veo inconveniente, volvía a telegrafiar el 17, sino ventajas para sacar de aquí una división y mandarla a Santa Catalina”.)

XV.

Hombro impresionable, valiente, resuelto y vivaz hasta la altanería, se había el coronel Sotomayor enamorado de aquel plan, y cuando sonó su hora, se alegró íntimamente de la fortuna que le dejaba aquel albedrío y su ejecución entre su manos.

Poseído fuertemente de esta inspiración, telegrafió inmediatamente para que regresara de Jazpampa la división que todavía no habría llegado a aquel paraje, y estando reunidos en la hora del aviso de Agua Santa varios jefes en el estrecho aposento de tablas que servía de comedor en Dolores, dio al coronel Amunátegui orden perentoria para ir a ocupar con el 4º el caserío de Santa Catalina y hacerse allí fuerte hasta que llegase en su auxilio el grueso del ejército enemigo.

XVI.

He aquí la dramática serie de telegramas, completamente desconocidos hasta hoy, en que el jefe de estado mayor anunciaba su postrer resolución e impartía a sus subalternos sus últimas y aceleradas órdenes de marcha.

Campamento de Dolores, noviembre 18.

(A las 7 P. M.)

Señor general en jefe,
Hospicio.

El capitán Barahona que estaba de avanzada en Agua Santa, anuncia presencia del enemigo en esa localidad. Esta noche hago salir el 4º de línea a Santa Catalina, lugar conveniente para esperarlos y seguiré preparando la tropa para conducirla.

He ordenado al comandante Castro se venga inmediatamente a unir conmigo. Creo que las tropas de ésa deben alistarse para marchar en caso de que el enemigo sea considerable.

Sotomayor.

Noviembre 18.

(A las 6.50 P. M.)

Señor Ricardo Castro.
Jazpampa.

Se anuncia enemigo por Agua Santa, y como no hay máquina que mandarle, véngase a pié con su tropa esta noche misma.

Velázquez puede avanzar con su artillería.

E. Sotomayor.

Noviembre 18.

(A las 8.20 P. M.)

Señor comandante Velázquez.
Jazpampa.

Véngase lo más pronto posible, a la una o dos de la mañana; el enemigo está cerca.

E. Sotomayor.

(A las 8.40 P. M.)

Señor general en jefe.

Municiones necesitamos todas las que puedan mandarse. Hemos sorprendido telegramas del enemigo que dicen han salido para Carolina donde nos creen a nosotros. Si U.S. ordena salir en el acto las tropas de esa para Carolina, será una buena combinación.

El 4° marchó a Santa Catalina, luego seguirá el Atacama. Creo que mañana tendremos el enemigo a la vista.

E. Sotomayor.

Noviembre 18.

(A las 10.13 P. M.)

Señor Ricardo Castro.
Jazpampa.

Tan pronto como llegue aquí el tren con el Coquimbo, regresará a esa para traer la gente cansada a que se refiere, y las tropas que estén en buen estado regresarán a pie a este campamento.

E. Sotomayor.

Jazpampa, Noviembre 18.

(12.35 P. M.)

Señor Ricardo Castro.

Póngase en marcha, el enemigo está encima. Lo mismo dígame a Velázquez.

E. Sotomayor.

(Libreta de copias citada. Al mismo tiempo el coronel Sotomayor, sospechando hábilmente por una frase sorprendida al martinete del telégrafo que los peruanos se dirigían a la estación de la Carolina, en Sal de Obispo, sometía al general Escala la feliz idea de marchar sobre ellos por esa misma vía y rodearlos. La división Arteaga habría marchado en consecuencia desde el Hospicio a la Carolina evitando el rodeo de Jazpampa, por el camino de la Cuesta del Arenal que había seguido con algunos sufrimientos la división Urriola hacia una semana. El telegrama en que se consultaba este rudo pero acertado plan estratégico, decía como sigue:

Noviembre, 18.

Al general en jefe.
Hospicio.

(No tiene hora.)

“La venida del ejército a Carolina no es más que una suposición en vista del telegrama sorprendido. Lo único que sabemos de positivo es que a Germania había llegado una vanguardia como de cien hombres.

En Dolores tendremos tropas así como en Jazpampa que guarnece el Búlnes. Como en Santa Catalina está el 4º y marcha el Atacama en este momento, tenemos asegurado a Dolores que dista solo tres millas.

El camino de Hospicio a esta es precisamente Carolina, así es que, marchando en esta dirección, se verá si hay o no enemigos, y por consiguiente no podrán pasar sin ser notados.

E. Sotomayor.”)

XVI.

Entretanto, y cuando el vehemente coronel Sotomayor impartía orden terminante de avanza hacia Santa Catalina con su regimiento, sordo murmullo de reprobación cundió entre los jefes que rodeaban al hombre que en ese momento tenía en sus manos los destinos de Chile; y aun el comedido coronel Amunátegui, soldado circunspecto, se atrevió a insinuar alguna tímida observación. Pero el jefe de estado mayor le interrumpió sin disimular su enfado y le hizo presente que allí nadie mandaba sino él. Se inclinó respetuosamente el sumiso jefe, y en el acto marchó a su destino a la cabeza de su regimiento, persuadido de que se le enviaba a un sacrificio estéril.

Acompañado por un escuadrón de Cazadores y la batería de ocho cañones del comandante Salvo, partió el 4º a las 7 de la noche y llegó al gran

patio abierto de Santa Catalina a las 10. Tres horas más tarde hacia su aparición en el mismo sitio el vigoroso y probado Atacama. Reinaba oscurísima noche cuando aquella división de dos mil hombres se acampaba, con todas las precauciones acostumbradas, en las inmensas canchas de caliche de Santa Catalina, los jinetes con la brida en la mano, los infantes echados en el suelo sin soltar los rifles. Era prohibido hablar, mucho más el encender un solo cigarro. Se imaginaban todos estar oyendo el alarido del campamento peruano a pocas cuerdas de distancia. Eran las dos de la mañana.

Y sin embargo, aquel plan atrevido carecía de base, porque era una dilatación peligrosa de nuestro escalonamiento hacia la vanguardia, cuando la necesidad y el consejo supremo de la hora consistían en una rápida concentración hacia la base de las operaciones, que era Pisagua, o por lo menos a una posición defensiva intermedia, como Dolores, donde estaba el agua, que era más que la vida del ejército, porque era la victoria.ç

Ibamos a atacar haciendo un movimiento agresivo dislocado y profundamente debilitado por la dispersión de las tropas en las cinco leguas completamente abiertas y empampadas que corren por los rieles (14 millas) desde Jazpampa a Santa Catalina.

Por otra parte, las tropas así escalonadas, no podían llegar al término de la línea sino fatigadas por el insomnio y el hambre, pues todo lo que se meditaba debía llevarse a cabo precisamente en una noche. Saliendo al encuentro del ejército de Buendía en la noche del 18, la batalla se empeñaría, en efecto, al amanecer del 19, y así se daría menos tiempo a la división de Pisagua para llegar. Esta acababa de ser reforzado con 2.400 hombres, porque el Esmeralda yacía en el puerto desde el día 13 y el Santiago (relevado en Tocopilla por el Lautaro) acababa de entrar a la bahía y se mantenía todavía a bordo al mando del coronel Lagos. Toda prudencia aconsejaba entonces, o retroceder o aguantarse. Avanzar era perderse porque era debilitarse.

El coronel Sotomayor se afirmaba, sin embargo, en sus espuelas, y sostenía que saliendo de improviso a los peruanos fatigados por su larga marcha, sería fácil empresa arrollarlos.

Olvidaba solamente el brillante pero vivaz jefe de estado mayor, que para emprender, era nuestro ejército el que debía recorrer jadeante todas las estaciones de la vía férrea entre Pisagua y Santa Catalina, término de su travesada y su fatiga.

XVII.

Existía además, para quedarse a la defensiva y concentrar la resistencia en el punto central de San Francisco (fuera de su posición peculiarmente

adaptada para el caso) una razón perentoria como la estrategia, que no es un capricho sino una ciencia.

Junto a Dolores, se empina sobre la llanura, de una manera más abrupta que pintoresca, una cerrillada cuya base granítica, atajando las corrientes subterráneas del río de Tarapacá, las hace rebalsar profusamente en la copiosa fuente vecina. Es un cerro redondo de regular tamaño, que tiene a vuelo de ave el aspecto de una ostra colosal y de la altura y color de la meseta estéril que el ferrocarril de Valparaíso rebana frente a Quilicura, y domina desde su cima la dilatada pampa, diez leguas a la redonda, como el Santa Lucía el valle de Santiago, entre el río de Colina y el Maipo. Su elevación máxima es de ochocientos pies, o sea, más de una cuadra en línea vertical, pero su acceso es fácil en todas direcciones y en su cima, en lugar de un cono agudo, como el cerro de la Punta o el de Chena junto a San Bernardo, ostenta una blanda planicie, en parte de más de doscientos metros de ámbito, y de cerca de una legua de longitud, medida desde la punta de San Francisco, que es su extremidad oriental. El cerro corre de oriente a poniente y tiene en el centro una hendidura a manera de quebrada, lo que ha solido darle la designación de cerro de la “Encañada”, nombre español reemplazado hoy por un apellido, de santo.

Un poco más hacia el occidente, y como un mero apéndice desligado, se levanta un segundo morro aislado y lleva el nombre de cerro de los Tres Clavos, en el excelente plano levantado por el estado mayor chileno, uno de cuyos dibujos originales tenemos a la vista. Los Tres Clavos completan con Dolores el paisaje de la pasión, y en realidad aquellos desolados sitios hacen pensar con frecuencia en los páramos horribles y estériles de la Palestina.

XVIII.

Era aquella, por consiguiente, una admirable posición estratégica, porque dominaba la ruta de Jazpampa y defendía a la vez los rieles, la aguada, la llanura, y sobre todo la retirada, condición indispensable de toda batalla dada en buenas condiciones militares.

En la cima del cerro de San Francisco, que este nombre más comúnmente lleva, podía no solo caber sino maniobrar con cierto desahogo un ejército de diez mil hombres y extenderse en línea perfilando sus laderas, sea al sur, sea al norte, en todas las emergencias.

Se halla minada toda la falda de aquella áspera colina, solitaria y aislada, por una verdadera orla de calichales explotados, que son pozos, a manera de canteras, con galerías y hendiduras que hacen intransitable la mayor parte de los pasos que a la cima conducen. Son éstas, por lo mismo,

posiciones excelentes para agrupar en sus cavidades guerrillas y diestros tiradores, que se baten como dentro de invisibles trincheras.

Dos oficinas pegadas al cerro, llamadas la una de la *Encañada* y la otra de *San Francisco*, han destrozado aquel terreno con sus labores, y la última que da su nombre a la colina, despojando de él a su vecina, tiene edificios a ambos costados de la línea férrea. En esos departamentos, que son vastos y cómodos, había estado acantonada la caballería y últimamente habían instalado allí una ambulancia chilena.

Por el frente de tal posición, en si misma inexpugnable, se dilata una suave llanura de terreno quebradizo pero adecuado para la marcha desembarazada de la infantería y los cañones.

Se llama la Pampa Negra por su aspecto, y en la extremidad oriental de ella se alzan a una legua escasa (2.62 millas), de la estación de Dolores, la importante estación y oficina del *Porvenir*, rodeada de altos desmontes y de amplios patios que la hacen un sitio fuerte en medio de la pampa.

Algunos molinos de viento destinados a extraer aguas de pozos profundos, intercidentes y escasos, alegran pastoralmente la vista del viajero, fingiendo a su cansancio los paisajes de la labranza y del idilio.

Esto por el frente, y mirando desde la cerrillada al medio día.

XIX.

Por el lado del naciente, donde era también posible esperar un ataque, haciendo el ejército enemigo largo rodeo, existía un *salar* áspero, quebradizo y dilatado, la tierra madre del salitre, por cuyas sinuosidades duras y vidriosas, que recordaban a nuestros soldados los terrenos en barbecho de sus rulos, no es posible al infante avanzar sino convirtiendo su rifle en muleta.

En cuanto a los caballos, sudan y se ensangrientan a los primeros pasos, cuando obstinado jinete pretende hacerlos atravesar, extraviado en la noche, por su blanquecina y engañosa superficie. Algunos morrillos aislados, se hallan sembrados, como en los llanos centrales de Chile, hacia el oriente del cerro de San Francisco, colina dominante.

La ocupación militar de aquel cerro y sus alrededores, equivalía, por consiguiente, como defensa, a una verdadera fortaleza a la cual no faltaba ni bastiones, ni fosos, ni almenas: menos campo de tiro en todas direcciones.

XX.

Y precisamente acontecía que uno de los jefes que mejor conocía aquel paraje, era el comandante Vergara, quien, a fuero de hombre suelto y de

ingeniero, gustaba reconocer la vecindad de los campamentos; y para cerciorarse más a fondo de las ventajas que aquel en particular ofrecía, consultó al entonces mayor de los Navales y hoy digno comandante del 2º don Estanislao del Canto, oficial tan entendido como intrépido, que en varias ocasiones había estado destacado de gran guardia en la cima.

Persuadido de hallarse en el sendero de la verdad y de la salvación del ejército en hora tan angustiosa, y estimulado por los únicos jefes que quedaban a esas horas en el campo, los coroneles Urriola y los comandantes Martínez, de pontoneros y Ortiz del Buin, se resolvió aquel patriota voluntario a manifestar con sinceridad y energía al coronel Sotomayor, su amigo de largos años, el notorio error de óptica que padecía.

Más, el último se mantuvo inflexible. Era una idea fija clavada en su frente y en su alma por una noble emulación de gloria, por una convicción de guerra; y por tanto ni en un ápice cedió ni a la dulzura, ni a la maña ni siquiera a la amenaza. Y sin embargo, aquellos dos hombres se asemejaban no poco en su generoso brío, en su entusiasta confianza, en la elasticidad de su alma y de su índole; diferían solo en un detalle.

Esta vez, el más obstinado triunfó del más vehemente, y el coronel Sotomayor, sordo al consejo, (dañosa condición en el que manda) resolvió realizar su temerario plan de la media noche.

El ejército quedó convertido así en hileras de fantasmas, y el Coquimbo que regresaba a esas horas (las dos de la mañana) de Jazpampa, después de una marcha de veinte millas ejecutada desde las tres de la tarde, en parte a pie y en parte por escaso tren, inmediatamente y en medio de la frígida pampa, al descender de los carros descubiertos, convertidos en cubos de hielo con el cierzo y envueltos los batallones en la niebla, los fatigados infantes recibían orden de marchar por los rieles hacia Santa Catalina.

Sin vacilar, obedeció orden tan cruel el sufrido comandante Gorostiaga, y se puso en marcha redoblada, llevando la vanguardia con una mitad el animoso y juvenil teniente Boonen Rivera, natural de Lota.

XXI.

Más no se había alejado este cuerpo más de mil metros de la estación de Dolores, cuando llegó un ayudante a galope y le ordenó contramarchar y subir incontinenti al cerro de San Francisco.

¿Por que aquella nueva resolución? ¿Que mudanza ocurría en el cuartel general?

He aquí lo que había sucedido, y en honor del coronel Sotomayor, y de la historia, lo contamos. Fatigado de bregar inútilmente contra la porfiada

convicción del jefe de estado mayor, el teniente coronel don José Francisco Vergara, que llevaba ufano el título de primer cucalón del ejército, se había ido a dormir a media noche a la tienda del teniente de Navales don Juan Pardo, al pie del cerro de San Francisco, y estaba allí echado sobre su despecho y su capote, doble preservativo del intenso frío del desierto, trocado en puna, cuando se presentó a su puerta un oficial de estado mayor, y le rogó le escuchara.

Era el joven capitán de Estado mayor don Emilio Gana, oficial tan activo como vigilante, tan esforzado como inteligente, que no pudiendo resignarse al sacrificio del ejército, venía por la última vez a pedirle hiciese desistir con su influjo de amigo al coronel Sotomayor de su porfía.

Aceptó de nuevo el emisario aquel empeño; y encarándose con el jefe del estado mayor surgió un diálogo breve y violento en el que llegó a pronunciarse una palabra terrible entre hombres que hablan a nombre de la patria puesta en rifa: la palabra de “Maldición” Fue aquel el diálogo de Temístocles y de Euribiades antes de Salamina; pero el héroe griego de la controversia fue el coronel Sotomayor, porque al fin éste cedió.

Fue en esta ocasión el vehemente quien triunfó del obstinado, porque uno i otro tenían una alma superior, y la lucha era solo una alternativa.

XXII.

El noble y salvador telegrama en que el coronel Sotomayor anunciaba al general en jefe su admirable mudanza de resolución, estaba datado a las 2 y media de la mañana del 19 de noviembre, porque todo el ejército, incluso el más poltrón, velaba aquella noche solemne, víspera de inmortal victoria.

El telegrama decía como sigue:

Campamento de Dolores, 19 noviembre de 1879.

(2.25 A. M.)

Al general en jefe:

He resuelto formar nuestra línea sobre las altura de Dolores y defender este punto. Al 4° y Atacama, he ordenado replegarse sobre este punto. Conviene apurar la marcha de esas tropas, si se han resuelto a venir.

El enemigo dicen trae diez mil hombres, entre ellos ochocientos de caballería.

Velázquez y Castro ya marcharon de Jazpampa a reunírseme.

E. Sotomayor’.

XXIII.

Y vino a confirmar al jefe del ejército en su sana y meritoria resolución una circunstancia imprevista y casi milagrosa, porque a esas mismas horas, un pelotón de Cazadores condujo a su presencia a diez arrieros argentinos, que por equivocación se habían metido con unos odres de agua adentro de Santa Catalina, suponiendo que el ejército peruano había llegado a aquel paraje: ¡tan cercano el último estaba!

Cuando el Coquimbo avanzaba por los rieles, los arrieros salvadores marchaban hacia Dolores, y juntos regresaron al campamento.

El capataz de los cautivos, hoy injustamente detenido como prisionero en Santiago, era hombre ladino, y declaró que el ejército aliado en número de once mil hombres estaba a la vista de aquella oficina y a pocas cuadras de distancia.

Igual revelación había hecho el arriero neutral, una hora hacía, al coronel Amunátegui y a sus oficiales, que tomaron en buena parte su inminente riesgo. “¡Se acabó el 4° de línea! (exclamó jocosamente el capitán Solo Saldívar, hoy digno comandante del regimiento), y es preciso mandar hacer otro a Santiago”.... Por su parte, el mayor Soto Aguilar invitaba al cirujano del cuerpo a dormir en un rincón “el último sueño”.... (Carta del cirujano del 4° don J. M. Salamanca a su hermano don Samuel, Santa Catalina, noviembre 28 de 1879.

He aquí los telegramas del jefe de estado mayor en que se anunciaba la aparición de los arrieros argentinos que llegaron, como los reyes magos, guiados en el desierto por la estrella de Chile.

De Dolores al Hospicio, noviembre 19.

(A la 1.45 A. M.)

Al general en jefe.

Hemos tomado diez individuos que traen víveres para el enemigo en mulas. Este se compone según ellos de las fuerzas de Iquique a Noria. Dice el coronel Amunátegui que viene cerca Santa Catalina, lugar que ocupa su regimiento. Parece necesario apurar la marcha.

E. Sotomayor.

En realidad, solo por estos milagrosos arrieros vino a saberse que el enemigo estaba a tiro de rifle de nuestras avanzadas, es decir en la oficina del *Huáscar*, a dos kilómetros de Santa Catalina. Los cogió el capitán Novoa de Cazadores, que con el capitán Barahona cubría todo el frente con su línea dispersa, cada jinete diez metros el uno del otro; e interrogados aquellos hábilmente, confesaron de plano que el enemigo estaba a la vista exagerando su número a once mil, pero disminuyendo sus cañones a 14: ¡cuenta de arrieros!.)

La división Amunátegui iba evidentemente a ser cortada al aclarar el día, y aquellos bravos se preocupaban únicamente de cumplir alegremente el último deber, después del último sueño. El mayor Salvo, perfiló sus piezas y aguardó.

En tal situación llevó a Santa Catalina el capitán Pérez del Estado mayor, el mismo que había detenido al Coquimbo en su carrera, la orden de contramarchar....

Desde ese momento el ejército estaba salvado, y como a las almenas de inexpugnables fortalezas los soldados del Buin, de Navales, del Valparaíso y del Coquimbo trepaban entusiastas y parleros por los diversos y empinados senderos a la alta colina. Allí iban dándoles colocación de batalla los ayudantes del estado mayor presidirlos por los comandantes Martínez, Dublé Almeida y Vergara.

Se escuchaba a esas horas en todas direcciones el grito animado y bullicioso de *¡Arriba! ¡Arriba! ¡Arriba!....* La cumbre del Sa Francisco era a esas horas el *¡Eccelsior!* no del poeta, sino del soldado.

Los arrogantes Cazadores acordándose de su tierra, echaron, a su turno, mano a sus lazos y atando los cañones de campaña al *pehual* en número de 25 por pieza, fueron colocando la artillería en la cima de la montaña con titánico esfuerzo. Sin la caballería, es decir, sin el *pehual* aquel servicio habría sido imposible.

XXVI.

Se alzaba a esas avanzadas horas, en la profunda, límpida bóveda del cielo tropical, el lucero del alba con tan diáfana claridad que maravilló a todo el ejército. “¡Es el lucero del alba!” exclamaban los soldados familiarizados con su vista en el hogar. “¡No: es un meteoro!” exclamaban otros. Y no pocos sostenían, en la charla a media voz de las filas, que era un cohete de señales del enemigo: tan radioso era su brillo.

Para el ejército entero no fue empero el astro precursor del día, sino la estrella de Chile que se alzaba en aquellos yermos campos que su sangre al día siguiente haría suyos....

El 3° llegó algo más tarde de Jazpampa, pero no coronó la altura porque fue destinado a defender los rieles y la aguada. A su vez, cuando comenzó la vislumbre de la primera claridad, se divisó en el horizonte la cabeza de la división Amunátegui que salía de las sombras y marchaba por la vía férrea replegándose sobre la estación de San Francisco, conforme a las órdenes recibidas en el postrero momento. Las bayonetas de dos mil hombres brillaban con el resplandor mate del acero semejante a un río de cálida ceniza en amarillentas riberas.

El sol temprano del estío asomaba ya tras las pardas cimas de la cordillera de Iluga, tiñendo de luz su solitario volcán en lontananza, cuando las compañías del 4° subían el cerro por sus cuchillas del sur y mirando hacia el apartado horizonte por el opuesto rumbo, se divisaban tenues polvaredas.... Era el comandante Velázquez que avanzaba a toda prisa con su artillería de campaña, cada pieza arrastrada por seis robustos caballos.

¡Arriba! ¡Arriba! era el grito de todos los pechos, el vivo palpitar de todos los corazones.

A esas horas, el ejército de Chile, perdido a la media noche, estaba salvado por la rapidez de la concentración, y el cerro de San Francisco, núcleo de la última, parecía vivo en medio del torbellino de las bayonetas, de los relucientes cañones, de los ayudantes que corrían en sudorosos brutos en medio de las órdenes y de los aprestos

Y si para ejecutar todo esto entre las sombras reinó alguna confusión, esa no era ciertamente la del sobresalto, porque todos desde ese momento, jefes y soldados, daban por seguro el día. El bullicio que se notaba en todas direcciones, no era sino el alegre afán que se gasta en la última hora que precede a espléndido sarao, cuando se está sintiendo llegar a la antesala a los invitados, y cada cosa, incluso las flores y la música no se hallan todavía definitivamente instaladas en el sitio por el arte y la galantería designados.

La mitad del ejército invasor reconcentrado en el cerro de San Francisco en la mañana del 19 de noviembre de 1879, fuerte de seis mil hombres con treinta y dos piezas de artillería, se aprontaba más que para sangrienta batalla para brillante y animada fiesta de victoria.

XXV.

No alcanzó fortuna igual el ejército aliado aquella noche infausta para sus armas. En lugar de concentrarse, sus batallones hambrientos y cansados, se esparcieron por la pampa como rebaños extraviados en busca de agua, de abrigo y de sustento. La discordia, esta hambre no saciada de los corazones,

cundía en vez de aplacarse, y la tienda de campaña del general Buendía se había trocado en el campo de Agramante.

Mientras la caballería peruana se encontraba con la descubierta del capitán Barahona, cerca de Dibujo, los jefes de división celebraban, en efecto, su última junta de guerra, entre los escombros de la estación incendiada de Agua Santa, cuyas fatídicas ruinas eran para ellos negro presagio. Presenció aquel sitio escenas de recriminación mutua y de reproches sangrientos que alcanzaron al calor del escándalo. “Se hizo conocer allí, exclama un narrador peruano, a los comandantes de división de no tener el ejército sino raciones para dos días y ser escasas las municiones de guerra por falta de movilidad...”

Jefes dignos y honorables se levantaron para condenar ese hecho, haciendo inculpaciones al coronel Suarez a que éste no supo responder satisfactoriamente”.

XXVI.

Se formó con todo esto en aquel consejo un acuerdo a la desesperada, como el de la junta de guerra celebrada en Iquique el día 5. Y fue aquel el de marchar por el flanco, encubierto el ejército por los lomajes de Chiniquirai hacia el cantón de Sal de Obispo, y a su oficina jefe de la Carolina, situada al nordeste de Dolores y a medio camino del Hospicio. De esa manera el ejército, ya casi prófugo, de la orgullosa alianza se interponía entre Pisagua y el campamento de Dolores, y al paso que producía una diversión evidentemente peligrosa para los invasores, dejaba franco su camino y su fuga hacia Camarones, mira primitiva y primordial en su marcha, desde Pozo Almonte y desde Iquique. No paraba mientes, sin embargo, el general Buendía en su turbación profunda, en que, de esa suerte, iba a colocarse también entre dos fuegos.

De todas maneras el sagaz coronel Sotomayor había tenido razón en sus presentimientos y en sus vaticinios respecto de aquella marcha escondida y peligrosa del enemigo. (Este plan de los peruanos, desconocido hoy, está revelado en una carta que el coronel boliviano don Miguel Armaza, jefe de estado mayor de la división Villegas, publicó a su llegada a La Paz.)

XXVII.

Aunque por lo general es llana como topografía la pampa del Tamarugal, ofrece algunas profundas ondulaciones y abruptos cañadones, a manera de quebradas secas, que han sido lechos de ríos o de estuarios antediluvianos. Por una de estas depresiones en cuyo fondo y faldeo yacen las

oficinas de Chiniquirai, el Bearnés, Huáscar y otras, se proponían los aliados hacer su marcha transversal sin ser sentidos ni divisados siquiera por los chilenos. Su plan no era precisamente pasar a Santa Catalina, donde suponían a los últimos en fuerza, sino rebasar esa posición por su falda y costado derecho para salir a Sal de Obispo sin obstáculo de resistencia, pero con poquísimos víveres y sin agua para la travesía.

XXVIII.

Tenía esto lugar a las tres de la tarde del 18, y al acercarse la noche se dio la orden de avanzar; pero la discrepancia de las voluntades y el calor de los enconos tocaba ya en el motín, y algunos de los comandantes de división, como los generales Bustamante y Villegas, dieron en ambos campos el funesto ejemplo de negarse a obedecer a la vista del enemigo. Abrumado por aquellas contrariedades el desgraciado general Buendía, creyó lo más acertado echarse a dormir, y así lo hizo.

Pero el infatigable y despachado coronel Suarez que había andado por la tarde explorando con la caballería, no dio treguas a aquel postrero y necesitado descanso del anciano, y usando un lenguaje violento, le obligó a levantarse a la una de la noche para continuar la marcha hasta avistar al enemigo o desbordarlo. El general en jefe opuso a aquel intempestivo mandato de su subalterno una resistencia de colegial, enemigo de las madrugadas, y fue aquella singular escena del sueño no vencido la que dio probablemente origen a la graciosa conseja según la cual el general Buendía se había quedado dormido al día siguiente en el campo de batalla.... “Triunfó al fin la altanería del coronel Suarez”, dice el escritor Molina que en este parte confunde no poco las fechas y los lugares, talvez porque escribe de memoria; y el ejército peruano comenzó a recorrer las cinco largas leguas (14 millas) que separaban a Agua Santa de Dolores.

XXIX.

Por fortuna nuestra, estando en su propia casa, los peruanos no siguieron las huella de los rieles sino que, para ahorrar el rodeo de la curva de Dibujo, atravesaron en línea diagonal hacia el noroeste las pampas y los lomajes de Chiniquirai, y en esa pesada marcha, envueltos a retazos en ráfagas de niebla arrastrada que el viento empujaba sobre las columnas en desorden, se extraviaron éstas dos veces en el laberinto de las sendas, de los intransitables calichales y de las sombras. “El ejército anduvo descaminado como hora y media”, agrega el autor peruano que varias veces hemos citado, y

cuya literatura, muchas veces brillante y otras declamatoria y relumbrona, pertenece a la escuela de *El hombre que ríe* y de *Los miserables*. “Entonces se les hizo descansar, prosigue, más o menos el mismo tiempo, y desfilaron nuevamente para envolverse en las tinieblas dando vueltas alrededor de sí mismo. Era Juan Valjean después que Monseñor Bienvenido Miriel le habló aquellas misteriosas palabras obsequiándole los *candelabros robados*.(*Hojas del proceso*, pág. 36. Explicando esta marcha nocturna y la del día anterior, don Modesto Molina agrega, que el desorden era tal que los batallones que iban a retaguardia, como el Dos de Mayo, amanecieron a vanguardia, y que el Zepita y los Guardias de Arequipa estuvieron al darse de balazos por haberse extraviado y se desconocieron en la oscuridad. “Así debía suceder, añade, sin guías el ejército, sin precauciones militares para la marcha y sin un orden combinado con tino y previsión, a fin de librar al soldado de las mortificaciones que presenta un camino desigual, quebrado y calichoso, el atolondramiento tenía que cundir en todos. Si tenemos un enemigo audaz y valiente, una sorpresa, una emboscada, un golpe de mano desde cualquiera encrucijada, nos habrían perdido. Nuestras avanzadas habrían sido sin objeto, porque *éstas tomaron una ruta y otra nuestras fuerzas extraviadas*”.

He aquí como, a este mismo respecto, se expresaba por su parte un testigo presencial y ajeno de tacha, el doctor Cabrera en su carta citada de San Cristóbal:

“A las 10 u 11 de la noche del 18 de noviembre se notaba en el ejército aliado la más espantosa confusión, todas las divisiones equivocaron su itinerario: las que marchaban por la vanguardia resultaron a retaguardia y viceversa, las que tomaron el camino de la derecha, resultaron a la izquierda; y esto ocurría en un calichal tan extenso y áspero que era difícil la salida. Si en ese estado 200 hombres enemigos hubieran aparecido, el ejército aliado habría concluido por una completa dispersión. Caballos ni soldados podían andar, y en la mañana siguiente se notaba que hasta los cascos de los caballos se hallaban lastimados; tal son de cortantes los caliches de ese lugar”.

El mismo coronel Suarez asegura en su parte oficial y haciendo no disimulado reproche al general Prado y a su gobierno, que el ejército venía vencido por que venía (son sus palabras) “*casi desnudo, próximo a quedar descalzo, desabrigado y hambriento*”. ¿Que más necesitaba para ser arrollado en el primer encuentro?)

XXX.

Todo aquello, sin exceptuar “los candelabros robados”, inspira profunda compasión; pero era solo el resultado lógico de la vida pródiga y sensual de un país anegado en fáciles y desmoralizadoras riquezas.

Al fin la claridad del día trajo a las diseminadas columnas alguna cohesión, y al subir éstas en pintorescos grupos las colinas medanosas de Chiniquirai, situadas a poco más de una legua al suroeste del cerro de San Francisco, divisaron la cumbre de éste sembrada de bayonetas, y los soldados irrumpieron en alegres vivas, porque para ellos la batalla era el descanso....

¡Tan fatigados venían!

El general Bustamante que marchaba a la vanguardia volvía a esas horas la brida de su caballo hacia las lomas y encontrando reunidos al general Buendía y al coronel Suarez, y mostrándoles con el brazo la masa pardusca del San Francisco alzándose sobre la llanura allí llamada de la Pampa Negra, les dijo solo estas palabras: *Allí tenemos a nuestros amigos los chilenos....*

XXXI.

El ejército peruano hacía en ese momento alto para alistarse a la pelea al abrigo de los lomajes. Eran las cinco de la mañana y la temprana claridad del estío ahuyentaba los vestigios de la camanchaca que aquella noche había sido tenue y arrastrada. Nuestra caballería se replegaba de Santa Catalina cubriendo la retirada de la división Amunátegui, y sus flanqueadores se esparcían por las colinas en acecho de la sospechada aparición del enemigo.

Al fin, un joven sargento de Cazadores, estudiante de la Universidad que había sentado plaza de soldado por entusiasmo guerrero y casi infantil, trepando, como niño curioso una loma a la izquierda de los rieles, divisó las negras columnas que subían como hormigas los médanos de Chiniquirai. Dio en el acto aviso al capitán Barahona que cerraba la marcha, y éste le ordenó ir a escape a dar aviso al cuartel general.

Era el nombre del emisario Víctor Besoain, mancebo inteligente de 18 años, hoy subteniente del Victoria; y cumpliendo con la celeridad de sus años y el brío de su caballo su comisión de guerra, encontró al coronel Amunátegui que tomaba tranquilamente su matinal café en la ambulancia chilena de San Francisco, única que allí había, y más allá al coronel Sotomayor, que en ese preciso momento se calzaba en Dolores las espuelas. Se contentó éste con decir *¡Está bien!* y ordenó que la división Amunátegui cuya suerte había inspirado durante la noche tan serios temores, subiese aceleradamente el cerro.

La famosa batalla de San Francisco que comenzó en una riña por el sueño y terminó por un desbande vergonzoso por el miedo, iba a comenzar.

ANEXOS AL CAPÍTULO XXV.

ORDEN GENERAL DEL ESTADO MAYOR PERUANO AL EMPRENDER EL
EJÉRCITO LA MARCHA DESDE POZO ALMONTE A
AGUA SANTA.

(sin fecha.)

Habiendo llegado el momento en que va a empezar la campaña activa contra el enemigo que profana con su planta el suelo patrio, atentando a la soberanía y dignidad de dos naciones hermanas y aliadas, he dispuesto se hagan en la orden general las prevenciones siguientes, para conocimiento y cumplimiento de cuanto en ello se previniere:

1ª En las marchas nadie se separará de su fila o puesto que se le señale, bajo ningún concepto, así como tampoco podrá salir individuo alguno a traer leña, agua, víveres o cualquiera otra operación, sino después que el campo se haya enteramente cubierto y que se haga la prevención debida por los señores comandantes generales o jefes respectivos;

2ª En ningún caso irán hombres solos a ninguna faena; deberán ir por batallones, compañías o pelotones, según lo determinen los jefes y siempre con sus armas, que no dejarán de la mano, a menos que por disposiciones expresas no se determinara;

3ª Toda fuerza que se aleje del campamento en comisión del servicio o por cualquier otro motivo; no deberá empezar faena alguna sino después de haber puesto su avanzada, y colocado la centinela, y en fin asegurándose contra toda sorpresa;

4ª En los campamentos se tendrá cuidado que el 2º rancho se haga antes de anochecer, a fin de que durante la noche los fuegos que pudieran servir de guía al enemigo se encuentren apagados;

5ª Las fuerzas que no se hallen de avanzada en la gran guardia o en el servicio de campaña, aunque de noche sintieran fuego, no se moverán de sus puestos sin orden previa; y por más grave que fuera el carácter que tuviera la alarma, mayor deberá ser el orden y disciplina en las filas. El soldado, en todos los casos, debe mostrarse inalterable, impasible, sea cual fuere el peligro que le amague. Con ello no solo se da una prueba de serenidad y disciplina, sino que al mismo tiempo se impone al enemigo, a quien nada desconcierta tanto como ver imperturbables a sus contrarios. Así, pues, silencio y orden en toda circunstancia, calma completa, y resolución y energía para ejecutar cuanto prevengan los superiores; esta sola condición es la más segura garantía de la victoria.

6ª Por la noche en toda compañía de los cuerpos, tanto en la vanguardia como de la reserva, habrá siempre un oficial y un sargento de vigilancia que cuiden del orden y quietud de sus soldados. Este servicio se arreglará de manera que los oficiales y clases puedan tener sus horas de descanso. Los jefes se alternarán del mismo modo.

7ª Cuando los soldados encuentren pozos o cualquiera otra aguada, especialmente de corta cantidad, no se moverán sin haber hecho antes las *experiencias correspondientes*, evitándose de este modo los efectos perniciosos que pudieran sobrevenirles, si el agua, por causas naturales o artificiales, contuviera materias dañosas a la salud.

8ª Después de anochecer queda absolutamente prohibido el tránsito por el campamento todo oficial o individuo de tropa, los que deberán encontrarse en sus puestos, de donde no les será permitido separarse hasta el toque de diana. De esta prevención quedan exceptuados los ayudantes y a todo aquel a quien le fuere preciso para un asunto urgente del servicio, que de ningún modo pueda dilatarse hasta la mañana siguiente.

9ª Los jefes y oficiales pondrán especial cuidado en inculcar a su tropa, que siempre que llegue el caso de hacer fuego a discreción, procuren hacerlo de una manera certera, observando con calma y serenidad las reglas que se les ha dado de antemano respecto de las punterías.

Belisario Suarez.

CAPÍTULO XXVI.

BATALLA DE SAN FRANCISCO.

Los aliados bajan al amanecer de las lomas de Chiquiquirai a la llanura en busca de agua.- Su pintorescos desfile delante del cerro de San Francisco.- Alegría de los soldados de Chile y sus espirituales dichos.- “¿Cual será el mentado ZEPITA?”.- Distribución de nuestra línea de batalla.- La derecha es confiada al Buin y a los capitanes de artillería Villarreal y Wood, este último moribundo.- Los Navales y el Valparaíso.- La división del centro y la brigada de artillería del mayor Salvo.- La defensa de la izquierda.- El coronel Velázquez y el 3°.- El objetivo del enemigo es el ferrocarril y la aguada de Dolores.- Admirables medidas estratégicas del coronel Sotomayor que ejecutan sus ayudantes.- Los aliados se dirigen a la oficina del Porvenir, situada al oriente de los rieles en la pampa, y establecen allí su cuartel general, a tiro de cañón de nuestro campo.- Su línea de batalla.- Las divisiones de ataque se concentran en el Porvenir.- Las divisiones peruanas Velarde y Bolognesi ocupan el centro.- La división Villamil forma la extrema izquierda de los aliados.- El Zepita y el Dos de Mayo de reserva.- Se esparce en el campo de los aliados la noticia de la fuga de Daza, y profundo desaliento que produce.- Presagios del doctor Cabrera y su *¡moriture te salutant!*.- Reconocimiento atrevido del teniente coronel peruano Ladislao Espinar y antecedentes singulares de este bravo soldado.- “El Fraile”, y por que los soldados chilenos no lo mataron.- Espinar descubre la debilidad de la posición de Salvo en la cuchilla de San Francisco y lleva el aviso al campo aliado.- Los jefes de éste acuerdan posponer la batalla para el día siguiente y el coronel Suarez se dirige a racionar la tropa.- Plan de ataque para la madrugada.- Comienzan los cuerpos peruanos a replegarse a retaguardia.- El coronel Sotomayor, bajo idéntica persuasión, baja a la estación de Dolores y apura por telégrafo la marcha del general Escala desde Pisagua y solicita lo refuercen con el Esmeralda y el Santiago que han llegado a aquel puerto.- Marcha del general Escala y de la división Arteaga, que anda 34 millas en 17 horas.- De repente la columna ligera del coronel Lavandenz sale al trote de las casas del Porvenir y se dirige a la cuchilla de San Francisco.- Misterio.- ¿Quién dio esa orden?.- El primer cañonazo de Salvo que algunos jefes aliados toman por una salva.- Las divisiones “Vanguardia” y “Exploradora” sostienen la columna ligera y el fuego se rompe instantáneamente en toda la línea.- Horrible confusión de los aliados.- La artillería de los chilenos contiene en todas direcciones el avance de las masas enemigas y las despedaza, disparando 815 bombas.- Huye la caballería peruana y en seguida los jefes de las divisiones “Exploradora” y “Vanguardia” con la mayor parte de su tropa.- La artillería de Wood y Villarreal quebranta la izquierda de los aliados compuestas de bolivianos, y rehusando sostenerla el coronel Cáceres con la reserva, se desbanda.- Los restos peruanos se refugian en las casas del Porvenir.- Entretanto la columna ligera conducida por Espinar, ataca las baterías del mayor Salvo, llegando a cuarenta pasos de los cañones.- Heroísmo del capitán chileno y muerte gloriosa de Espinar.- La presentación de su espada.- La carga del Atacama y sus heroicos muertos.- Cruz Daniel Ramírez y el cabo Galleguillos.- “Los ensartados”.- Moisés Arce.- Juan

Portilla y los sargentos Campo y Araya.- Dispersadas las columnas ligeras, el general Villegas a la cabeza del Illimani y el coronel Ramírez de Arellano al frente del batallón Puno, organizan un segundo ataque en las casas de San Francisco, y los despedaza la batería del capitán Montoya.- Los restos del enemigo se refugian en las casas del Porvenir y el coronel Sotomayor se resuelve a tomar esas posiciones por asalto.- Todos los cuerpos descienden a la llanura.- “¡Abajo! ¡Abajo!”.- Llega en ese momento el general Escala en un tren de Jazpampa con el padre Madariaga y el lábaro de la Virgen.- Entusiasmo y vitores de los soldados Godofredo de Bouillon delante de Jerusalén.- Se aproxima la noche y los cuerpos chilenos se retiran a sus posiciones esperando a batalla para el día siguiente.- Bajas de la batalla de San Francisco en uno y otro campo.- Los chilenos no tienen concepción de la importancia de su triunfo, y causas naturales de este error.- El enemigo abandona a media noche la oficina del Porvenir y se dirige a Tiliviche y Camarones; pero se extravía y va a amanecer en Catalina, por el rumbo opuesto.- El guía general del ejército, José Cavero, y “los candelabros de Juan Valjean”.- Los peruanos abandonan su artillería y se dirigen en dispersión a Tarapacá.- Por que no son perseguidos?.- Siempre la camanchaca y los caballos.- Importancia política y estratégica de la batalla de San Francisco, y como lo reconocen los peruanos.

(De Antofagasta a las 3 P. M.)

“Santiago, noviembre 21 de 1879.

Señor ministro de la guerra:

El *Angamos* viene entrando con sus palos embanderados. Mando a bordo y luego comunicaré noticias.

J. A. Villagrán”.

(De Antofagasta a las 3.50 P. M.)

“Santiago, octubre 21 de 1879.

Señor ministro de la guerra:

En Agua Santa gran combate entre once mil peruanos y seis mil chilenos.
Derrota completa del enemigo.
Más tarde detalles.

J. A. Villagran”.

(Telegramas recibidos en Santiago el viernes 21 de noviembre de 1879 y leídos a las tres de la tarde de ese día al pueblo desde las ventanas de la Moneda por el ministro de la guerra don José A. Gandarillas.)

I.

Cuando los aliados llegaron a los lomajes de Chiniquirai y tuvieron a la vista el fuerte campo de los chilenos en la alta colina de San Francisco, se detuvieron como para librar el asalto. Descansaron. Pero venían acosados por el sueño, el hambre y la sed, estos tres aliados de la derrota, y entonces sus jefes resolvieron a toda costa darles de beber antes de pelear.

Su plan de excursión hacia el cantón de Sal de Obispo por una ruta diagonal para colocarse a caballo sobre los rieles, a espaldas de San Francisco, había quedado burlado, esta vez como en Tacna, por el extravío de los guías que traían la camanchaca dentro de sus ojos. Y ahora, como al ganado bramador, reunido en los corrales para ser contado en el rodeo, lo llevaron sus capataces y arreadores al bebedero por tropeles. Antes y con la primera luz ocuparon a Santa Catalina, cuyo suelo estaba todavía caliente con el sueño de los nuestros.

Distaban los aliados en ese momento poco más de una legua del campo chileno, y para descender a la llanura que era la conocida “Pampa negra”, se formaron en espesas columnas por divisiones, y así bajaron, armas a discreción, inclinándose hacia el oriente donde yacía la hermosa oficina del Porvenir, profusamente dotada de agua como Dolores, y situada más allá de los rieles.

Fue ése el más interesante y al mismo tiempo el más patético y alegre espectáculo de la batalla. Masas negras, rojas, blanquizas, grises como el paisaje del desierto, se adelantaban a paso pausado y marcial, escuchándose desde la altura los ecos sonoros de las bandas y el ronco vocerío de los soldados que vivaban a su patria. Las banderas del Perú y de Bolivia entrelazadas, y que dos porta llevaban adelante, le servían ahora de estrella conductora, y aquella pobre y sufrida soldadesca, tan maltratada por la codicia y la inepticia, por la penuria y el desgreño, se sentía generosamente revivir a los vítores que aclamaban a la patria porque iban a morir.

II.

No era menor el entusiasmo confiado, sereno e indomable de los soldados de Chile que allí recordaban el ausente suelo, aprestándose a vengarlo junto con su ultrajado derecho. Pero su marcial entereza se traducía por esos dichos alegres del roto chileno, que en contraste con la genial

taciturnidad del indio, son la elocuencia chispeante de los campamentos, en la batalla como en la velada. “¿Cuál será el mentado Zepita, exclamaban los buines, que nos tienen destinado? ¿Si serán aquellos, mi comandante, preguntaban los atacameños, mostrando las columna bolivianas señaladas por sus banderas verdes y su trajes multicolores de bayeta, los que vienen a pedirnos el desquite de Pisagua?”. Y así cada cual señalando con el brazo el trozo o división del ejército que venía fronterizo, blandía en el aire su rifle, y al grito mil veces repetido dentro de broncos pechos, de *¡Viva Chile!* saludaban todos al sol naciente que alumbraba, antes de pelear, el campo de su victoria. (Dublé Almeida. Diario de campaña.).

El refrán más repetido y más característico de la heroica turba, era, sin embargo, en todas partes repercutido a media voz, a los oficiales: *¿A que horas nos bajan?* ¡Heroicos muchachos! Sabían ahora que bajar era subir. El *Excélsior* de la gloria yacía en la llanura envuelto en los trapos bicolors con que las huestes odiadas venían a retarlos.

En cuanto a los aliados ¡cuan lejos estaban a esas horas de imaginarse que antes de seis meses los chilenos, marchando como ellos en el llano, les devolverían el animado y grandioso espectáculo al pié de Tacna. Pero entonces el grito tembloroso de la colina no serían bulliciosos dichos sino el tímido augurio de “¡Ya vienen!” “¡Ya vienen!”.

III.

La línea de los chilenos, hábilmente dispuesta, ocupaba en esos momentos cerca de una legua en los perfiles del cerro y había sido agrupada en tres divisiones, a la derecha, en el centro y a la izquierda, junto a los rieles.

El cerro de San Francisco, por lo que de él ya conoce el lector, no podía ser asaltado con fortuna sino por los flancos, y la guarda de éstos era la única preocupación de nuestros jefes. Por esto en la extremidad de la derecha, dominando el paso o cañadón que conducía por ese flanco a los pozos de Dolores, el coronel Sotomayor con certero golpe de vista de soldado, había colocado diez piezas de artillería y dos ametralladoras, al mando de los capitanes Eulogio Villarreal (cuatro piezas de campaña) y Roberto Wood (seis de montaña), este último moribundo pero digno de la fama adquirida en la milicia por su nombre.

El Buin, tendido en ala con los entusiastas Navales y el Valparaíso, toda tropa escogida y animosa protegía esos cañones y cerraban el paso del bajío a las columnas enemigas.

Esta división, de poco más de dos mil hombres, estaba mandada por el coronel Urriola, jefe de los Navales y hombre de guerra en quien hasta el nombre era guerra.

La división del centro, al mando del sereno coronel Amunátegui, estaba a caballo sobre la hendidura en que una áspera ensenada partía casi medio a medio la cerrillada y le diera antes nombre: La Encañada. Allí aquel jefe defendía con sus adiestrados regimientos, el Coquimbo y el Atacama esa firme posición no del todo inaccesible para férreos pechos.

El valiente y entendido mayor Salvo que mandaba la artillería de esa división, la había situado atrevidamente en el espolón que arrancaba de la ensenada hacia el naciente, a manera de prolongada «puntilla». Quedaba así protegido este acceso a la cumbre por ocho cañones, cuatro Krupp de montaña y cuatro cañones de bronce franceses. Eran estas fuerzas propiamente las únicas que coronaban el empinado cerro, dos Regimientos, cuatro batallones y dieciocho piezas, contando dos ametralladoras: en todo unos cuatro mil hombres.

Se había asignado a la división de la izquierda la misión estratégica más vital de la batalla, cual era la defender la línea de comunicaciones del ejército, sosteniendo a toda costa los rieles, que eran las piernas del ejército, y que allí lamen la falda de la cerrillada y la aguada de Dolores, aparente objetivo del enemigo, y que allí era la vida. Se había confiado esta importantísima posición al coronel Velázquez, que llegaba asesando pero heroico con sus pesadas piezas de campaña, y las desenganchaba en una loma de mediana altura al pie oriental del cerro. Venían estos pesados cañones arrastrados al trote por seis robustos caballos a las ordenes del valiente capitán Montoya, y ¡cosa extraña! aquel oficial que cerraba la línea por nuestra extrema derecha no vería, como el capitán Wood de la extremidad izquierda, la luz del primer aniversario de su gloria..... ¡Ambos han muerto pagando caro tributo a maléfico clima y al deber!

Un poco más hacia el oriente y en otra pequeña eminencia, el capitán don Santiago Frías, había colocado una batería de montaña y una ametralladora manejada ésta por el oficial don Zacarías Torreblanca, hermano del héroe atacameño.

El tercer regimiento, de repatriados, favorito del coronel Sotomayor entonces como hoy, tendido, en línea a ambos lados de la vía férrea, había recibido por consigna el morir hasta el último soldado antes de permitir forzar el paso hacia Dolores. Dos compañías de este valiente cuerpo, cien pontoneros y la compañía de Cazadores del capitán Barahona y hasta los enfermeros escapados de la ambulancia de San Francisco, defendían la aguada a las órdenes del sargento mayor don Francisco Larrain Gandarillas. La compañía

guerrillera del 3° que mandaba el valiente capitán don Tristán Chacon, que allí como en Arica, se cubriría de gloria, estaba tendida delante en los calichales.

El resto de la caballería, unos trescientos Cazadores y cien Granaderos del capitán Villagran, estaban agrupados en columna al pie septentrional del cerro y cerca del boquerón que aguardaba el Buin, para resistir a todo trance el avance de los aliados hacia los estanques de Dolores, caso que aquellos hubieran logrado forzar la muralla viva del Buin, y los Navales colocados en la altura. Aquella pelea en el desierto, como las de los dioses, era por el agua.

IV.

Tomadas así con admirable destreza todas las medidas listos los 32 cañones que eran la almena de la resistencia, los cuerpos que los custodiaban armaron pabellón y se sentaron en el suelo para divisar más cómodos y más alegremente la parada de los peruanos: era aquel un *Dieciocho chico* en medio de la pampa del Tamarugal.

Entretanto, avanzaban los aliados en número de nueve mil en perfecto orden militar en columnas paralelas, viniendo las cuatro compañías ligeras del coronel Lavandenz a la vanguardia, tendidas en guerrilla. No se habrá olvidado que esta columna organizada en Pozo Almonte era compuesta de las compañías de preferencia del Zepita y del Dos de Mayo, del Illimani y del Dalence, la flor de los aliados.

En su desfile diagonal hacia el Porvenir, es decir, de occidente a oriente, los aliados entregaban atrevidamente el flanco a los chilenos y quedaban a tiro de cañón. Pero la actitud de los últimos era hasta ese momento exclusivamente defensiva, los dejaban pasar confiados e impunes a beber. Era aquella impasibilidad la galantería de las obras de misericordia.

Daban en los relojes, frecuentemente consultados por los oficiales, las siete de calurosa mañana; y una vez saciada aquella suprema necesidad, en los pozos de la vecina salitrera, comenzaron los aliados a tender su línea de batalla como si estuvieran en una revista. El general Buendía estableció su cuartel general en las casas del Porvenir y el infatigable Suarez, sin dar descanso a su alma ni a su tradicional caballo blanco, iba de masa en masa formando la línea y arengando a los soldados. Desde la altura le distinguían perfectamente con la vista natural.

V.

Era evidente que los aliados intentaban tomarse a viva fuerza la aguada de Dolores para sitiarse a los del cerro por la sed y hacer allí un nuevo Paucarpata, que fue el asedio del hambre en Arequipa.

Con este fin agrupaban sus mejores tropas en su extrema derecha y colocaron diez piezas de montaña, la mitad de su artillería, junto a los desmontes de la oficina ya nombrada, convertida en fortaleza. Desde allí dominaban la línea férrea, que era el nervio y el paso del combate.

Concentraron también en esa ala los peruanos las tres divisiones de ataque, la *Exploradora*, que mandaba ahora el general Bustamante, compuesta del Ayacucho de Prado, del 3° de Lima de Zabala, de los voluntarios de Pasco de Mori Ortíz y la *Vanguardia* que mandaba el inquieto y tumultuario coronel Dávila: la columna guerrillera del coronel Lavadenz, estaba también ahí en primera fila. A retaguardia había sido colocada la división Villegas, que formaba la segunda línea de batalla.

Y es de notar aquí una circunstancia moral de grave trascendencia destinada a jugar en la batalla un rol decisivo, superior al del cañón. Era aquella la de que el destino había agrupado en esa ala del ejército aliado a todos los descontentos y perturbadores que traían, escondido en su pecho, agrio y desembozado pique contra el coronel Suarez, alma y ojos del ejército. Allí estaban Bustamante, Dávila y Pradito, rodeando al valiente pero soñoliento y vacilante general en jefe, disgustado también con su segundo, especialmente desde que con bullicio y altanería le hiciera dejar la cama en la noche precedente. El general Buendía, a pesar de su nombre, no había podido sacar todavía su sueño.

VI.

Formaba el centro de la línea peruana la 1ª y 3ª división (Velarde y Bolognesi) y la extrema izquierda, frente al Buin, la división Villamil con los batallones Vengadores, Aroma, Paucarpata y Dalence con los restos del Victoria y del Independencia escapados de Pisagua.

Formaba la reserva el veterano Cáceres con los dos cuerpos más aguerridos del ejército, el Zepita y el Dos de Mayo, desmembrados éstos, según vimos, y de sus compañías guerrilleras.

Toda la caballería aliada que era un hato de ochocientas cabezas, había sido escalonada en columnas a lo largo de un camino que arrancaba por la pampa hacia el oriente desde las casas del Porvenir, y la mandaba en jefe el coronel peruano don Rafael Ramírez, acusado en ese día de cobarde.

Los Húsares de Bolivia estaban en primera línea al mando del bizarro coronel don Julián López, y andaba metido entre ellos, como aficionado al

arma y en traje más de gaucho que de soldado, el bravo general salteño, don Nicanor Flores, que no había encontrado colocación fija en el ejército aliado.

VII.

La laboriosa y bien dispuesta línea de los aliados quedó formada totalmente hacia las nueve del día, y entonces, como los chilenos en las alturas, sus diez y nueve batallones formaron pabellones en el llano cubriendo los soldados las haces con sus mantas para protegerse del sol tropical que comenzaba a mostrarse abrasador.

Un silencio profundo reinó desde ese instante, y dieciséis mil hombres se pusieron a esperar el toque de las cornetas para acometerse. Los gladiadores se miraban de hito en hito y se medían. Eran las once de la mañana y un sol canicular tostaba la atmósfera y el suelo, las armas y los rostros.

VIII.

Pero si en tan supremo momento hubiera sido dable levantar el cobertor de carne de los corazones, se habría notado que el ejército aliado estaba de hecho vencido antes de luchar. No era ya la sed, que ésta en tiempo fue saciada, ni el insomnio, que éste a pausas lo recobraban los soldados a la sombra de sus pabellones, ni el hambre que en el indio es estoicismo, sino una fatal noticia circulada en voz baja de fila en fila, la que acababa de postrar los ánimos y dejaba caer los brazos de aquella sufrida hueste. Alguien había traído, en aquella hora de la formación en línea de descanso, la nueva de la fuga de Daza desde Camarones, tres días hacía. ¡Ah! Las “águilas” habían huido.... El terrible Blucher, americano, no llegaría por la espalda de los invasores en la hora de Waterloo.... “Desde ese instante, exclama el doctor Cabrera, que allí andaba como el letrado Zepeda en el campo de Gonzalo Pizarro contra La Gasca, abrigué el convencimiento de que el ejército aliado “estaba vencido”. Algunos de los jefes de cuerpo del ejército de Bolivia me preguntaron mi opinión, y no pude ocultarles el resultado de mis ligeros estudios. No faltaron quienes me exigieran la razón de mis temores. Les contesté: 1º, por las malas condiciones del ejército; 2º, por ser inexpugnables las posiciones enemigas; 3º, porque se equivocaba el punto de ataque, el cerro de San Francisco en lugar de la aguada de Dolores que formaba la retaguardia enemiga y punto de comunicación por el telégrafo y el ferrocarril de Pisagua. Tengo presente que a algunos les dije: *Morituri te salutant*”.(Carta citada de San Cristobal.)

IX.

En esta actitud y bajo tan malos augurios conferenciaron en el cuartel general del Porvenir a las dos de la tarde Suarez y Buendía, y acordaron deliberada y terminantemente posponer la batalla para la alborada del siguiente día. Era tarde. La tropa estaba cansada. El convoy de víveres acababa de llegar. El general en jefe quería sacar su sueño.

X.

Resolvieron, en consecuencia, los dos jefes, dividir el cuerpo del ejército en dos porciones, quedando Buendía al mando de las divisiones de la derecha en el Porvenir para atacar por los rieles el flanco izquierdo del enemigo. Suarez mandaría la sección de la izquierda y atacaría a Urriola por el cañadón de la derecha. El punto convergente de ambos ataques, sería la aguada de Dolores. La idea era feliz. Pero los aliados no contaban con que encontrarían una muralla de cañones de acero que haría a cada disparo anchas brechas en su carne.

Y ¡cosa singular! por la hora y por el instinto, que es segunda vida del hombre que defiende la suya con las armas, en la altura se formaron los jefes concepto en ese propio momento de que el enemigo aplazaba la batalla para la mañana siguiente, y en este sentido comenzaron todos a tomar sus disposiciones, mandando los jefes de cuerpo por el rancho y por el agua de la tropa hacia la llanura.

A esas mismas horas bajaron a la estación de Dolores el coronel Sotomayor y el comandante Vergara para comunicarse con el general Escala, que a paso redoblado marchaba con la división Arteaga desde el Hospicio, y en esos precisos instante llegaba anheloso y casi impaciente a Jazpampa con 3.500 hombres.

El coronel Sotomayor pedía también, en la previsión de que la batalla se libraría veinticuatro horas más tarde, la cooperación inmediata de los dos excelentes regimientos que acababan de llegar a Pisagua, el Esmeralda, que estaba en el Alto, y el Santiago, embarcado todavía en el *Itata*. Se dio, sin embargo, preferencia al último cuerpo con agravio del bravo y susceptible coronel Amengual que lo resintiera. En consecuencia, el Santiago se puso en marcha en la madrugada del 20 para ir a acantonarse en Jazpampa, donde le sorprendió la Victoria. (La división del Hospicio, que en este caso podríamos llamar de reserva, se componía: de 3.381 plazas, según el siguiente apunte del estado mayor, que tomamos del Diario de Campaña del Comandante Dublé Almeida:

Regimiento 2° de línea.....	1.146
id de Artillería de marina.....	500
Batallón Chacabuco.....	579
Id. Búlnes.....	421
Brigada de Zapadores.....	314
Artillería 2° regimiento.....	421
 Total.....	 3.381

Si a este número se agrega un centenar de Cazadores y Granaderos a caballo recientemente llegados de Antofagasta, y los regimientos Esmeralda y Santiago, fuertes de 1.200 plazas cada uno, tendríamos que el ejército de Pisagua era tan numeroso como el de Dolores, o lo que es lo mismo, que los chilenos tenían en Tarapacá el día en que el ejército aliado era aventado a cañonazos en San Francisco, 12.000 hombres en números redondos.

Los Cazadores en número de 65 y los Granaderos en el de 25 llegaron a Pisagua en la *O'Higgins* y el *Loa* el 15 de noviembre.)

XI.

El coronel Sotomayor alcanzó a permanecer una hora y diez minutos en la estación telegráfica de Dolores, en medio de la calma y del silencio profundo, que junto con asfixiante calor, reinaba en la atmósfera de la batalla; y en ese intervalo, que el coronel Velázquez aprovechó en rehacer sus fuerzas agotadas echándose sobre una mala cama, el jefe de estado mayor dirigió a Jazpampa los siguientes despachos al encuentro del general en jefe:

“De Dolores a Jazpampa, noviembre 19 de 1879.

(A las 2.15 P. M.)

Coronamos las alturas de Dolores, posiciones ventajosas respecto del enemigo que lo tenemos al habla en Bearnés, Santa Catalina y toda la pampa del lado sur. Su número no bajará de ocho mil hombres. No se han cambiado tiros todavía. Nuestra tropa ha comido y tiene agua, esperamos los estanques que están en esa para que no falte.

Sotomayor.”

(2.45 P. M.)

“Al general en jefe:

Creo atrevido el procedimiento de los enemigos por la rapidez con que han avanzado con su ejército reunido. Parece esperan tropas bolivianas. La presencia de su caballería ayer no ha sido otra cosa que una exploración para asegurar la marcha de éstos. Las posiciones que ocupan son ventajosas estando nosotros en el plan para buscarlos.

Las oficinas les sirven de parapetos. Esto es todo lo que puedo juzgar hasta este momento.

E. Sotomayor.”

(3.25 A. M.)

“Al general en jefe:

No veo la necesidad de mandar fuerzas a Tiliviche y Tana, porque todos los que vienen con U.S. son precisamente necesarios.

Al enemigo es preciso darle batalla con fuerzas superiores y como creo no las tenemos, me parece indispensable vengan a ésta los que le he dicho a fin de evitar que nos burlen y nos tomen el alto del Hospicio.

En este momento se batien y voy a ver el fuego.

E. Sotomayor.”

XII.

¿Y como acontecía que en la tranquila ausencia del jefe que comandaba la línea de batalla, se rompían por ésta los fuegos de la lucha?

Vamos a referir sencillamente lo que había sucedido.

XIII.

Cuando el coronel Suarez se alejaba lentamente del Porvenir hacia el poniente para tomar las últimas medidas de la distribución del rancho y del aplazamiento, haciendo replegarse a retaguardia y fuera de tiro de cañón a los cuerpos de esa ala, se notó que un oficial de graduación y montado en un brioso tordillo, llegaba a galope tendido a la puerta del cuartel general y preguntaba impetuosamente por el coronel Suarez. El segundo comandante

del Puno, don Mariano Torres, hombre anciano y valiente, de la escuela de Castilla, hoy prisionero en Chile, se lo señaló con el brazo, y el jinete partió a galope en su busca.

¿Quién era aquel aparecido, y que quería en tal momento?

Era un simple explorador sin puesto fijo en el ejército, llamado don Ladislao Espinar, que llegaba de inspeccionar minuciosamente y por su propia cuenta y albedrío con su anteojo de campaña las filas chilenas, puesto casi a tiro de revólver, y traía a los jefes aliados la inspiración de que el ejército enemigo podía ser acometido y franqueado por la cuchilla de San Francisco.

El explorador había notado, en efecto, que la piezas de Salvo, que cerraban aquel flanco, estaban demasiado avanzadas de la línea sin protección inmediata, y colocadas de tal suerte en razón de la línea perpendicular del cerro, que una vez ganado el pie de éste, a la carrera, por el llano, quedaban sin campo de tiro, defecto capital de todas las posiciones elevadas.

Era aquel bizarro oficial natural del Cuzco, y aunque prematura calvicie en blanco rostro le daba aspecto de madurez y extranjería, era hombre apenas de treinta y ocho años, alto, esbelto y arrogante. Notable por su impetuoso valor en las filas, el general Castilla le había hecho su carrera desde soldado distinguido a teniente coronel. Cuando se amotinaron los Gutiérrez, el comandante Espinar, que mandaba un destacamento en Chincha, se adhirió a ellos por un telegrama que corre publicado y en el que se manifiesta soldado intransigente con “los demagogos”.

Carácter inquieto, turbulento, demagogo de espada, susceptible hasta la ira y la insubordinación, había permanecido varios años en la oscuridad de los caídos; y hasta tal punto que todo el honor que en Iquique le dieron fue hacerlo contralor del hospital, lo que en su carrera era un sarcasmo. Irritado un día con el prefecto López Lavalle porque en una nota le tratara de *susodicho* (textual) dio al diablo con los enfermos, y entonces le confiaron varias comisiones importantes de vigilancia y exploraciones hacia el Loa y hacia Tacna (mayo y septiembre de 1879). (“Me quejo, señor coronel, decía el contralor soldado en nota del 8 de septiembre al jefe de estado mayor del ejército peruano, del lenguaje poco digno que en el *dicho* oficio se usa tratando de *susodicho* a un hombre que se esmera en cumplir con su deber”. En los anexos de este capítulo publicamos algunos documentos inéditos sobre el comandante Espinar, el héroe peruano en San Francisco.)

Poco adecuado como indócil para mandar un cuerpo, lo era en sumo grado para tomar sobre sí todo género de riesgos, y como agregado voluntario al estado mayor, de *motu proprio* se había llevado toda la mañana, solo, o acompañado por un grupo de paisanos, recorriendo las filas chilenas y contándolas. Envuelto en un ancho albornoz africano que le daba a la distancia aspecto de un monje, le pusieron los chilenos el nombre de “el

fraile”, y aunque todos le vieron y muchos quisieron tirarle, lo estorbaron los jefes en homenaje a su valor temerario.

Un oficial del Atacama asegura que él oía claramente los denuestos de los exploradores cuando desde el bajo gritaban a los que iban a vencerlos: “Ladrones, revindicadores y asesinos”. (El capitán don A. M. López, carta de Dolores enero 7 de 1879.)

El comandante Espinar no insultaba, sin embargo, a los chilenos: los contaba y media el espacio de sus claros. Y cuando estuvo bien persuadido de que había trecho transitable, corrió a toda rienda a dar aviso.

XIV.

Parece, sin embargo, que el coronel Suarez resuelto a todo trance a librar la batalla al día siguiente, desairó con desdén su anuncio, porque se vio al comandante Espinar volver cabizbajo hacia las casas del Porvenir; y unos cuantos minutos más tarde se notó que las compañías guerrilleras del coronel Lavadenz se desprendían a carrera de los patios de la oficina y se lanzaban sin disparar hacia el faldeo oriental del cerro y sus ásperos calichales, magníficos puestos de avanzada para tropa que se oculta. Eran estos los fosos de la fortaleza.

¿Que había sucedido en el campo de los aliados?

He aquí un misterio, cuyo velo nadie ha levantado todavía lo suficiente para que la luz de eterna verdad ilumine los sucesos y los explique. Según unos, fue un plan de los bolivianos hostiles a Daza, para comprometer intempestivamente la batalla y tener así pretexto para desagregarse y regresar dispersos a la altiplanicie; y de esta opinión, menos, es el peruano Heredia, quien culpa a un sargento del Illimani, de la división Villegas, de haber hecho sin orden un primer disparo. Según otros, fueron los jefes peruanos Bustamante, Prado, Dávila y los Canseco, adversarios del coronel Suarez, los que, sin noticia, y cuando estaba aquel detenido en la extrema izquierda de la línea, haciendo retirar los cuerpos, mandaron empeñar el combate, tomando talvez una cabezada del soñoliento general en jefe por señal de asentimiento a su insubordinación y a su maldad.

De todos modos, es lo cierto que en el ala derecha estaban agrupados, como antes dijimos, los más implacables enemigos de Suarez y también lo estaban los de Daza como el general Flores, y los coroneles Granier, López, Lavadenz y otros.

XV.

Al notar aquel movimiento ofensivo, que para los chilenos era casi una sorpresa, el mayor Salvo preparó sus cañones, y consultándose con el comandante Dublé que estaba a su lado, se prepara para recibir el ataque y mandó pedir órdenes al coronel Amunátegui. Este contestó simplemente que hiciera fuego.

Eran las 3 y 10 minutos de la tarde, y sonaba el primer cañonazo de la antes silenciosa y singular batalla de paradas, armas en pabellón, repercutiendo, tan inopinadamente en las gargantas y grietas de la cerrillada, que algunos jefes, como el doctor coronel Vázquez, que mandaba el Dalence en el extremo izquierdo de la línea, juzgó que era una salva que Salvo hacía en reto al campo aliado. (“Cinco minutos después se escuchó un cañonazo y luego otros dos. Y como todo el ejército aliado se hallaba bajo sus pabellones, creyó el suscrito que el chileno *se daba salvos por nuestra retirada*, como lo expresé a uno de los señores jefes peruanos que se retiraba con su batallón”.

(Carta del Dr. Vázquez, explicando su conducta, publicada en La Paz).

En cuanto a la responsabilidad y a la iniciativa del ataque, he aquí como se expresa el Dr. Cabrera en su carta citada *el 15 de diciembre* en la *Democracia*, diario de La Paz:

“Nadie podía darse cuenta de lo que pasaba. Los comandantes generales de división, excepto los generales Villegas y Bustamante que deben saber de donde provino la orden de comprometer el combate, pedían órdenes repetidas, por medio de sus ayudantes, al general en jefe, pero éste *no parecía*.

Algunos jefes de cuerpo pedían también órdenes a sus respectivos jefes de división o de brigada y obtenían por toda contestación que no tenían ninguna que comunicarles y que se mantuviesen en sus puestos”.

¡Singular batalla!

El narrador Molina describe la batalla de San Francisco como un inmenso laberinto, a manera de remolino humano. Pero comete infinitos errores de detalle, porque no ha conocido los documentos oficiales.

Por otra parte, su malquerencia sistemática al general Buendía y al coronel Suarez, con frecuencia lo extravía. Así, atribuye al general Buendía el avance de las columnas de ataque y afirma que este movimiento le fue aconsejado por los ingenieros don Augusto y don Teodoro Elmore. Pero dos párrafos más adelante agrega que fue el coronel Suarez quien ordenó la subida al cerro a las columnas de ataque.

Del último agrega que llegó “hasta el molino que está al pié de la posición de San Francisco, y sobre la línea férrea, en cuyo punto se hallaban los jefes superiores del ejército, con la honrosísima excepción del digno señor coronel Bolognesi”. (Hojas del proceso pág. 47)).

La batalla comenzaba y era aquella, en efecto, la salva anticipada de la victoria que con robustos brazos hacían nuestros artilleros.

El fuego de cañón se rompió simultáneamente en toda la línea, y treinta y dos bocas de acero de largo alcance comenzaron a vomitar torrentes de metralla en las mal manejadas columnas de los aliados. Al mismo tiempo, y con una instantaneidad que llamó la atención de los dos campos, rompieron

todos los cuerpos el fuego de rifle en una extensión de tres kilómetros y a distancias que variaban de mil a tres mil metros.

Todo eso fue obra de cinco minutos, y dejó verse al primer lampo del cañón y por el efecto de sus bombas en las filas enemigas, que aquella jornada, como tantas otras antiguas y futuras en tierra del Perú, sería de triunfo y gloria para Chile.

La batalla se definía, en efecto, junto con iniciarse.

XVI.

Cierto fue que el bisoño Ayacucho (tropa limeña) se dispersó en guerrilla junto a los calichales y por entre los corrales y molinos allí esparcidos, para sostener las columnas de ataque del coronel Lavadenz que conducía el bravo Espinar hacia la cuchilla de San Francisco, defendida pero no dominada por los cañones del impávido Salvo.

Y cierto es también que el veterano coronel Ramírez de Arellano y el general Villegas, hombres de pundonor, se pusieron a la cabeza de sus batallones, el Puno y el Illimani, y en columna cerrada, barridos por la metralla y fusilados por la espalda (a virtud de la indescriptible confusión en que entraron los cuerpos de retaguardia) marcharon a San Francisco, cuya oficina ocuparon, expulsando cortésmente nuestra ambulancia y organizando allí un segundo ataque.

Pero al mismo tiempo, espantados por el cañón de Salvo, de Montoya y de Frías, que vigilaba el experto comandante Velázquez, los cuerpos bisoños comenzaban a arremolinarse en torno de las casas del Porvenir, como Juan Valjean después del robo de “los candelabros”.....

Era aquel un espectáculo triste, a la vez que grotesco; y en los primeros diez minutos de fuego la batalla se libraba, huyendo todos los cobardes y arremetiendo solo los hombres decididos y de honor, de general a tambor.

XVII.

La primera en huir fue siempre la inepta caballería peruana, que ese día arrastró por el lodo el estandarte de Junín. Solo los húsares de Bolivia, arengados por su jefe, el coronel López, intentaron una carga, pero volvieron grupas a la mitad de la carrera, y del galope de revuelta fueron a parar a Oruro y a Potosí, mientras los jinetes peruanos servían de espantada vanguardia a los fugitivos en el camino de Camarones hacia Arica.

Entre los últimos, iban en primera fila el general Bustamante y los tres jefes de cuerpo de la División Exploradora, Zabala, Prado y Mori Ortíz,

quedando el último infamado por decreto y por cobarde, si bien, el primero de los tres salvó allí en parte su afrenta, haciendo pelear algunas de sus compañías y muriendo después noblemente en la cúspide del Morro.

Casi al mismo tiempo se retiraba del fuego sin disparar un fusilazo, el coronel Velarde, con parte de la división del centro; y mientras aquel jefe que allí empañó su buen nombre como el boliviano Granier, se salvaba; el bravo coronel Fajardo agrupaba en las casas del Porvenir sus jóvenes soldados, todos de la escuela de cabos, y otro tanto hacían Bolognesi y Cáceres a la retaguardia.

El último jefe, despachado con tan indecible humillación, se negó terminantemente a sostener con su veterana reserva la división Villamil, vacilante desde el primer cañonazo de Salvo, y rota y dispersada por las piezas de Villarreal y Wood hacia la izquierda. “Desde tal momento, exclama en su justificación el coronel del Delance, rotas las filas por el terreno mismo; mientras el suscrito formaba la segunda compañía, avanzaba la sexta rápidamente, apresurada por las bombas enemigas, y *mientras organizaba a éstas se descomponían las otras compañías*, haciéndose a poco imposible formar el batallón, tanto por lo accidentado del terreno, como por el *regreso de las dispersas caballerías*, que hacía creer a los soldados que era la caballería enemiga que nos cortaba”. (Carta citada del doctor don Donato Vázquez apellidado el “Lancero”.

En cuanto a la negativa del coronel Cáceres para venir en auxilio de la división boliviana con la reserva, he aquí lo que dice el mismo Vázquez:

“Al coronel Cáceres, el ayudante Luis Layne le comunicó la orden del general Villegas, de defender el ala izquierda. Su contestación fue: *que no recibía órdenes sino del general en jefe*”.

Respecto de su retirada desde el campo de batalla *hasta La Paz*, he aquí todavía como se expresa el jefe del alígero Dalence: “Tal es la verdad de los hechos, de que son testigos presenciales más de quinientos hombres; y si el suscrito no marchó sobre Tacna con los dispersos que pudo reunir en las pampas es: 1º, porque no había nadie que conociese el camino; 2º, porque el expresado camino debía estar y estaba completamente desprovistos; 3º, porque la sed arrojaba invenciblemente los soldados sobre Tarapacá; y 4º, porque todos oponían una *inercia invencible* a marchar sobre Negreiros u otro pozo, balbuceando: “Nos moriremos de hambre y ya las caballerías habrán tomado esos pozos”.)

XVIII.

Los capitanes Villarreal y Wood alcanzaron a disparar 45 granadas sobre aquella masa temblorosa de carne que huía; pero nunca, por este lado, que era talvez estratégicamente el más vulnerable de nuestras posiciones, se pusieron los aliados a tiro de ametralladora (dos mil metros), manteniéndose éstas por tal motivo silenciosas.

Entretanto, en la extremidad derecha de los chilenos, el comandante Velázquez quebrantaba por completo los batallones bolivianos y peruanos que se ponían al alcance de sus formidables piezas. La batería de Montoya disparó 217 bombas y granadas y la del capitán Frías 180. Como en Pisagua la artillería de mar, se lució aquel día la de tierra disparando 815 cañonazos por los 610 con que los buques abrieron paso franco al ejército.

El combate de San Francisco fue la primera victoria de la artillería chilena, admirablemente conducida, colocada y manejada por sus jefes y sus capitanes. El coronel Sotomayor era también un artillero. El honor del día era de Velázquez, creador de aquella.

XIX.

Rotas de esta suerte y desde temprano las dos alas de la línea aliada y fugitivos sus cuerpos, quedaron solo dos núcleos de resistencia: el de las casas del Porvenir que empuñó el coronel Suarez lleno de despecho pero resuelto, y las columnas de avance que conducían hacia la altura el general Villegas, el coronel Ramírez de Arellano y adelante de todos, el bravo Espinar con la compañía ligera del Zepita a la cabeza. La del Dalence iba mandada por el sargento mayor don Nicanor Romano que allí resultó herido, y muerto a su lado su corneta, el indio Mariano Mamianí.

El intrépido Salvo, a su vez, en medio de un verdadero diluvio de balas que enrojecían el aire, porque corría por la ladera el plomo líquido, había hecho 143 disparos contra las columnas en avance; pero faltó al fin de campo de tiro por el ángulo del cerro, veía acercarse a paso de trote a los guerrilleros del Zepita del Illimani que rivalizaban en ardor. Los conducía Espinar, y desde a caballo iba impávidamente señalando con la espada a los soldados los sitios y hasta las personas a quienes debían tirar. Cayó en ese momento el caballo del atrevido peruano atravesado por una bala de carabina; pero sacudiéndose el polvo del gabán y enjugándose el sudor del rostro, continuó la repechada gritando a los que le seguían: ¡A los cañones! ¡A los cañones! voces que en el fragor de la batalla se oían distintamente.

El momento era supremo, porque Salvo había perdido la mitad de sus artilleros, y de sus oficiales no le quedaba sino el animoso subteniente García Valdivieso, herido en un brazo, y el bravo sargento Jacinto Campos. El valiente y más que valiente estoico ayudante Argomedo, sentado en una piedra para presenciar el combate, moría instantáneamente atravesado por dos balas, y el juvenil capitán Pablo Urizar quedaba moribundo sobre la arena. Salvo hacía fuego con su revólver, y a gritos pedía que vinieran a sostener sus cañones con la infantería.

XX.

Se percibían en ese solemne instante de la lucha con perfecta claridad las voces y los hurras de los guerrilleros que avanzaban sobre los cañones silenciosos, cuando una bala de revólver atravesó la ancha frente del bravo que los guiaba ladera arriba, y quedó allí instantáneamente hecho cadaver. Por esto un escritor ilustre ha dicho con no poca propiedad que la batalla de San Francisco, “fue un duelo a muerte entre el mayor Salvo y el comandante Espinar”.

Muerto éste, la batalla estaba ganada. (Isidoro Errázuriz. Es digno de notarse que en día cumplía año el mayor Salvo, la figura más radiosa del ejército en la jornada de San Francisco.

Había nacido, en efecto, este brillante oficial y abogado (como el capitán Prat) en una hacienda del valle de Colina el 19 de noviembre de 1843, y más feliz que el contralmirante Montero en la víspera de Tacna, conmemoró su natalicio con una señalada hazaña. Salvo pasó niñez oscura como hijo de honrados cultivadores, y fue, a ejemplo del famoso artillero Beltran, novicio de la Recoleta dominicana, hasta que el amor a la carrera de las armas le llevó al noviciado de la artillería y en seguida su desengaño al del foro. En 1878 se hallaba separado de su cuerpo, por conservar su dignidad intacta, y entonces nos ofreció su cooperación para un diario en ciernes en la humilde condición de cronista...Tal era la vida de la milicia en Chile antes de la guerra. ¿Y no lo sería también después de ella?

Grata compensación a sus sacrificios alcanzó al día siguiente el mayor Salvo cuando los pocos oficiales sobrevivientes de su batería, algunos de ellos cubiertos todavía de sangre, le presentaron en homenaje la espada del comandante Espinar recogida en el campo de batalla. Esa espada, que es un sable corvo de caballería con vaina de metal blanco, ha sido exhibido y se conserva en el hogar del mayor Salvo como una valiosa prenda de familia.

En una carta a su esposa, la digna señora Celia Rubio, el mayor Salvo contaba el fin de Espinar en estos términos: “Sucumbió gloriosamente a pocos pasos de donde yo me hallaba, contestándole con mi revolver los fuegos que me hacía con el suyo”.)

XXI.

Notando, en efecto, el inminente peligro en que se hallaban las piezas de Salvo por falta de adecuada e inmediata protección, el comandante Dublé Almeida había corrido hacia la cima y pedido al coronel Martínez del Atacama que bajara con su batallón por la cuchilla.

Al recibir tan apurada noticia, la mitad de la derecha del Atacama, se precipitó por la ladera, y a la voz de tres bravos subalternos que la conducían los ayudantes Cruz Daniel Ramírez, Moisés Arce y el invicto Torreblanca, que mandaba la segunda compañía con Meliton Martínez, hijo del jefe, armaron

los terribles mineros sus yataganes y descendieron en ala, como las águilas, gritando todos a un tiempo. ¡A bayoneta! ¡A la bayoneta!

Fue tan impetuosa esta carga cerro abajo, (carga al fin de mineros) que dos soldados del Atacama llamados Vicente Espinoza y Francisco Arostiaga o Aróstegui quedaron recíprocamente “ensartados” en las bayonetas con dos guerrilleros del Zepita, y otro de estos bravos perdió su kepí con su nombre a ocho pasos de lo cañones chilenos. (El coronel Martínez llama al heroico Espinoza José, pero el teniente (hoy capitán) don A. M. López dice en la carta que de el hemos citado que se llamaba Vicente, y agrega además el nombre del otro “ensartado” Arostiga o más probablemente Arosteguí. En la lista de muertos figura éste con el nombre de Francisco 2º Orostiaga.

El kepí del valiente Zepita a que nos hemos referido existe en poder de don Isidoro Errázuriz, y es del corneta Mamaní del Dalence. Frente a este soldado se encontró también el cadáver de un individuo de tropa de la columna de Pasco, lo que prueba que los asaltantes eran de todos los cuerpos y que subían solo por efecto de su valor individual. Se llamaba el último Nolberto Nuñez. El capitán de estado mayor don Francisco Guerra encontró en su cartuchera, un pequeño espejo, un pomito de aceite y varias cartas de amor; pero en una proclama borroneada de su mano se revelaba el alma valerosa de aquel muchacho, porque decía que su propósito “era lanzarse al medio del combate y morir contento por la patria”. Y como lo prometió, lo hizo.)

XXII.

Dejó en aquella famosa carga, primera y única de la guerra, el denodado Atacama tres oficiales en el campo, al capitán de la 3ª compañía, don R. R. Vallejos, hombre del pueblo, prestigioso como el que más entre los artesanos de Copiapó y que durante cuatro años (1872-76) había sido instructor de tropas en Lima, y a dos valientes mozos, el subteniente Blanco, hijo también de un honrado industrial de Copiapó y el subteniente Andrés Wilson, que antes de partir había contraído en Caldera dulce coyunda, rota en el albor de la vida por el plomo. Murió también allí el aspirante voluntario don Florencio Ugalde.

El ayudante Ramírez, mozo de corazón, antiguo oficial del ejército; comandante de caballería en la República Argentina; explorador de las pampas y de las regiones magallánicas; piloto, comerciante, minero, rematador de oro, hombre cosmopolita y ante todo, bravo como nadie, perdió al llegar a la planicie su brazo derecho.

Confirmó también su fama heredada de valiente, pereciendo junto con dos soldados de su compañía (la 2ª de Torreblanca), aquel cabo José Silvestre Galleguillos, que ya dos veces es nuestro conocido por la heroica y pintoresca carta que antes de la batalla escribiera a su joven esposa, hoy desamparada

viuda. Los muertos del Atacama fueron 25 y los heridos mucho menos. Cuando en los combates modernos se carga a la bayoneta es solo para morir o para matar. (He aquí la lista de los atacameños que sucumbieron, y de ninguno de los cuales sería justo suprimir el título tan prodigado hoy de “héroe”, porque todos murieron matando:

Primera compañía.- Soldado Vicente Espinosa.

Segunda compañía.- Cabo 1º José S. Galleguillos, soldados José Acuña, Emeterio Aguirre, agregado Florencio Ugalde.

Tercera compañía.- Capitán Ramón Rosa Vallejo, subteniente José Vicente Blanco, cabos primeros José A. Jordán, Manuel Meneses, id. segundo Genaro Melgarejo, soldados Florentino Rodríguez, Basilio Cortés, Julián Rodríguez, Francisco Paredes, José María Vilches, José A. Rebolledo, Ramón Riveros, Manuel Salas, Silverio Cortés, Ismael Zalantay, Francisco 2º Orostiaga.

Cuarta compañía.- Subteniente José Andrés Wilson, soldados Basilio Silva, Hilario Morales, Juan Díaz. Total. 25. (*Atacama*.)

XXIII.

Se señaló en ese decisivo lance de la que fue la batalla misma, el teniente del Atacama don Moisés Arce, hijo de los Angeles, antiguo telegrafista de Chañarcillo, que en las campañas de su batallón fue gemelo de Rafael Torreblanca en heroísmo y en gloria, en martirio y sepultura. “En medio de las balas, decía de él un soldado distinguido, sobrino del capitán Vallejos, se oía su voz imperativa”.

En cuanto a los soldados, fue notorio el llamado Juan Portilla, quien, conforme a su nombre, tuvo el cuerpo aporillado por las balas, de las cuales recibió no menos de cinco. Más, curado milagrosamente en la Serena, volvió a tomar las armas, para morir talvez en los Angeles o en Tacna.

En cuanto a los héroes anónimos de la artillería, ha quedado memoria del sargento don Jacinto Campos, de la batería de Salvo y el de la misma clase Baldomero Araya un valiente mozo coquimbano, muerto al comenzar la acción. (No es grato esta vez, como siempre que se trate de hombres ignorados que en cualquiera esfera de la vida han sabido cumplir con su deber, estampar un digno testimonio del mayor Salvo sobre la conducta y muerte del sargento Araya que esta concebido en los términos siguientes, en carta dirigida al gobernador de Illapel don Juan de Dios Monardes, desde el campamento de Dolores, con fecha de enero 6 de 1880.

Señor:

“Solo hoy llega a mi poder su apreciable del 24 del próximo pasado en que me pregunta por el sargento de mi batería don Baldomero Araya que a mis órdenes se batió en Dolores.

Tengo el sentimiento de decirle que fue el primer artillero de los que gloriosamente sucumbieron en aquella memorable jornada. Ronzaba Araya un cañón que yo apuntaba por mi propia mano en los primeros instantes de la pelea, y noté que no ejecutaba las voces de mando, miro atrás y veo que su cabeza bañada en sangre tocaba la punta de la bota de la rodilla que yo tenía en tierra al tomar la posición de apuntar. Una bala le había atravesado el cráneo y échole salir los sesos que yacían esparcidos.

El cadáver del joven Araya fue sepultado en la pendiente misma que lo vio volar a la eternidad junto con sus demás compañeros.

El sargento Araya había nacido en Illapel el 26 de febrero de 1857 y era hijo de dos honrados vecinos de esa ciudad, llamados Tomás Araya y Tránsito Velez".)

XXIV.

Rechazadas de esta suerte con empuje irresistible las columnas de ataque que había llevado hasta la ceja del cerro el temerario Espinar, amagando nuestra línea con un peligroso movimiento de enfilada, el general Villegas y el coronel Ramírez de Arellano organizaron, al abrigo del caserío de San Francisco, una segunda división de ataque, que protegida por un quiebre de terreno, comenzó a subir atrevidamente la cuchilla por el oriente.

Más, apenas apercibiera el desfile el vigilante Montoya, ronzó sus cañones y descargó una lluvia de metralla sobre la columna ascendente, al paso que el Atacama, rápidamente reorganizado, volvía de nuevo a la carga, esta vez sostenido por el Coquimbo, que como todo el resto de la línea del centro y de la izquierda no había cesado de hacer fuego.

El 3° de línea, colocado en la llanura, contribuyó, no poco a dispersar la columna del general Villegas, asaltándole por la espalda mientras subía porque hubo un momento en que, equivocando los trajes, los de la cima cesaron de tirar porque confundieron al enemigo con el último regimiento chileno arriba nombrado.

El Coquimbo quemó en la jornada 112 tiros por plaza. (Carta al autor del subteniente del Coquimbo, don Carlos Barceló.)

Colocados en tan triste posición los asaltantes, herido el general Villegas en un pie, destrozadas a balazos su sombrero y su manta de lana de vicuña, y puesto fuera de combate el arrogante coronel del Puno, les fue a éstos forzoso tocar retirada en la mitad del faldeo, replegándose en desorden a las casas del Porvenir, que se habían convertido en la ciudadela y en la ambulancia de los aliados.

Caía también ahí gravemente herido en una pierna, después de haberle una bala sacado de la mano la espada, el teniente del Illimani, don Agustín Mendieta, mozo bravo e inteligente, natural de Sucre, que antes había perdido

un ojo en duelo. Los aliados tuvieron en San Francisco seis oficiales muertos y diez heridos.

XXV.

Hubo un momento en que pareció que la batalla recomenzaba y esta vez en sitio peligroso, porque comenzó a sentirse un nutrido fuego hacia el oriente por el lado de unos cerrillos aislados que se levantan en la planicie a pocas cuadras de la aguada de Dolores. Eran los dispersos del Porvenir fugitivos hacia Camarones que intentaban un último acometimiento en esa dirección. Pero en unos cuantos minutos fueron esparcidos éstos por el cañón de Velázquez y dos compañías del 3º despachadas en seguida por ese rumbo bastaron con su sola presencia para consumir la derrota de los grupos desmoralizados que en todas direcciones huían.

XXVI.

En esos mismos momentos, notando el coronel Sotomayor que lo poco que quedaba por hacer se limitaba al cerco y asalto de la oficina del Porvenir, destacó al Valparaíso del costado derecho, y al desfilar este arrogante cuerpo por el flanco, cayó muerto, atravesado en la frente por un proyectil de rifle, el capitán don Alvaro Gavino Cerei, ¡fatal casualidad! aunque otros dicen que un soldado que lo aborrecía lo mató.

En la batería del capitán Montoya era también herido mortalmente, en el acto de retirar un obturador caldeado de un cañón, el valiente capitán don Delfín Carvallo, deudo de los Cuevas de Rancagua, como el ingeniero de la desventurada *Covadonga*, y quien siendo estudiante en el Instituto de Santiago había sentado plaza de soldado en la artillería para hacer carrera, no de favorito sino de enérgico aprendiz. Hoy es sargento mayor y lucha todavía por la vida.

Una bala tronchó así mismo en flor la juventud de un voluntario del Coquimbo, el teniente Abel Riso Patrón, natural de Concepción, que cuando venía a morir, escribió a su digno padre, regente de una corte, anunciándole la fractura de su pierna en este lacónico mensaje: “¡Viva Chile! Hemos vencido. Mi pierna nada importa”.

Casi a los principios del combate un proyectil rompió también el brazo del bravo mayor del 4º, don Rafael Soto Aguilar, quien poniéndole en banda continuo en su puesto, y al mismo tiempo era herido en un pié el simpático subteniente de Navales Germain, en el acto de devorar éste con alegre apetito,

echado en el suelo, al estilo de Playa Ancha, una sabrosa rebanada de jamón, donde acabo con una bala....

Resultaron así mismo heridos el subteniente del Atacama Abinagoitis, alegre y esforzado voluntario de don Carlos de Borbón, y el subteniente don Domingo Reites, del 4º de línea.

En la artillería salió ligeramente lastimado el teniente agregado, don Jorge Koeller, joven y apuesto alemán, natural de Magdemburgo en la Prusia propia, y quien, como un deudo del conde de Moltke en la Artillería de marina y un sobrino del dictador de Montevideo, don Pedro Fierro Latorre, había tomado servicio de voluntario bajo las banderas de Chile.

XXVII.

En ese momento eran las cinco de la tarde y la batalla, que había durado apenas dos horas, estaba terminada.

En todos los cuerpos de la línea se escuchaban las exclamaciones de victoria y los vivos al ausente Chile. Los gritos roncocos eran ¡Abajo! ¡Abajo!

¡La gloria había cambiado en la tarde el panorama y la visual de la alborada!

Ufano e impresionado por las saluciones de la tropa el coronel Sotomayor, vencedor de San Francisco, daba órdenes a todos los cuerpos de descender a la planicie para asaltar las oficinas del Porvenir, estas *casas de Reyes* de Loncomilla, al mismo tiempo que hacía avanzar por el naciente al 3º y al Búlnes, que a esa hora llegaba por los rieles a la cabeza de la división de Pisagua. Esta animosa tropa había corrido aquel día de intenso calor 34 millas al paso de trote para participar de la fatiga y de la fama de memorable jornada.

XXVIII.

En esos momentos, bulliciosos vítores atronaban en todas direcciones el espacio. Era el general en jefe que llegaba a toda prisa de Jazpampa; y reconocido por su alta talla y su apuesto talante de adalid, recibía las saluciones entusiastas de los que acababan de vencer y las retornaba él agitando con su único brazo su kepí.

Al pasar, en efecto, frente de Jazpampa el general Escala, el telégrafo le transmitía a las tres de la tarde el estampido del primer cañonazo de Salvo; y dando bridas a su bélico ardimiento saltó aquél a un carro, y a toda máquina corrió al puesto del deber, sacudiendo su ancho y levantado pecho durante la travesía el estrépito de la batalla que bullía en su alma como el vapor en la caldera que lo conducía.

Al tiempo de ponerse en marcha llamó a su lado al padre Madariaga, capellán del ejército, y tomando el lábaro de la virgen del Carmen, patrona de las armas, pendón ricamente bordado de realce que le obsequiara una digna señora de Santiago, lo entregó a un cabo del Atacama llamado Ogaz, hombre ladino que le servía de asistente, junto con el último billete que tenía en su bolsillo, ordenándole que solo con la muerte se apartara de su lado.

Al detenerse el tren, el general templario no encontró sino dos caballos, (uno de éstos era el famoso *negro* del padre Madariaga), y quedando el cabo a pié, subieron el general y el monje a la cumbre, llevando éste en sus manos la insignia que batía el viento de la victoria. El cabo Ogaz había soltado el lábaro pero no el billete...

Llegaba el general en jefe del ejército de Chile a la cima de San Francisco cuando declinaba el sol que bañaba su rostro alumbrado por vivos reflejos, y era aquel espectáculo digno de rico pincel por sus contrastes. Era Godofredo de Bouillon saludando los muros de Jerusalén en la tela de Madrazo; pero de seguro que la agrupación no pertenecía a la táctica moderna confiada solo al acero de los Krupp y de los Comblains, dos nombres plebeyos que la matanza y la victoria han ennoblecido pero no santificado todavía. (He aquí lo que una correspondencia del campamento de Dolores decía de la aparición en San Francisco del padre Madariaga, que allí llegaba como a su convento:

“El padre franciscano Madariaga se ha portado muy bien, con un valor y una energía que asombraba; se le veía pasar de un punto a otro, auxiliando a los que caían; las balas llovían por todas partes y él no se acobardaba, sino por el contrario, alentaba a nuestros soldados con estas palabras: “Pelear con valor, hijitos; Dios nos protege y Nuestra Señora del Carmen nos sirve de escudo”. Llevaba el padre en la mano un cuadro con la patrona jurada del ejército chileno Nuestra Señora del Carmen; y efectivamente le servía de escudo porque las balas lo respetaron”.)

XXIX.

Después de saludar con patriótica efusión al general en jefe, a cuyas órdenes se puso el afortunado jefe de estado mayor, bajó a galope la falda del cerro por el lado naciente para ir a poner al enemigo el último cerco en el caserío del Porvenir, mientras que los comandantes Martínez y Vergara descendían por la opuesta ladera del norte, que era más accesible para emprender igual operación con el Valparaíso, el 3° y el Búlnes.

Estuvo al costarle la vida aquella generosa precipitación al vencedor de San Francisco, porque suponiendo equivocadamente que los cuerpos que habían bajado al llano se había adelantado al caserío, galopó rodeado de sus ayudantes aquel sitio confiado y risueño, como a golpe seguro. Pero los restos del ejército aliado, allí refugiado, tenían todavía en batería sus cañones,

defendidos por el Zepita, el Dos de mayo y algunos cuerpos de línea que rompieron el fuego sobre el grupo; y cuando éste regresó por los rieles a media rienda, estuvieron los oficiales que lo formaban a punto de recibir las descargas del Valparaíso y del Búlnes que en esa dirección marchaban.

Una bala de cañón tronchó un riel junto al caballo del coronel Sotomayor, que allí habría perecido junto a los molinos, como, Stonewall Jackson en Chancellorsville, después de espléndida victoria y por equivocación propia y de los suyos.

La noche puso atajo a todas las operaciones y los cuerpos regresaron a las nueve a sus posiciones de la tarde por órdenes del general en jefe que se preparaba, como todos, para la batalla campal del día siguiente.

XXX.

No fue la de San Francisco propiamente una batalla; pero tuvo la significación militar y el alcance político de un desenlace nacional. Como hecho de armas fue en la altura un cañoneo, y en la planicie una *dispersión*, nombre que le han conservado como mitigación los que en ella corrieron y se dispersaron

Rindieron allí la vida a la patria 60 chilenos, resultaron 148 heridos, muchos de los cuales más, tarde perecieron por la incurable inopia de nuestras ambulancias, si es que alguna vez en esa campaña las hubo.

Las pérdidas del enemigo, barrido por el cañón, fueron probablemente tres veces mayores, porque los pontoneros, evangélicamente precididos por nuestros capellanes, enterraron más de cien cadáveres al día siguiente, y cada día se encontraban innumerables de aquellos infelices que habían ido a terminar su agonía escondidos en las grietas de los calichales. (Según el parte oficial del coronel Sotomayor las bajas de los chilenos fueron 110; pero es de creer que a esta cifra se hizo la *destara del plomo* acostumbrada. Los oficiales muertos, contando los que sucumbieron de sus heridas fueron 7 en esta forma Del Atacama 3, de la Artillería 2, del Valparaíso 1 y del Coquimbo 1.

Distribuidas las pérdidas por cuerpos, arrojan los siguientes resultado, recogidos oportunamente por la prensa:

<i>Cuerpos.</i>	<i>Muertos.</i>	<i>Heridos.</i>
Buin	2	6
3°	3	24
4°	10	9
Atacama	25	55
Valparaíso	4	
Artillería	7	25
Navales	1	12

Coquimbo	6	17
Búlnes	1	
Pontoneros	1	
Total	60	148

En cuanto a las municiones, dijimos ya que las baterías dispararon 815 proyectiles y la ametralladora de la izquierda 4.120; los artilleros dispararon 7.330 balas con sus carabinas Winchester. La caballería no dio un tajó, ni disparó un tiro, ni tomó un solo prisionero, quedándose ingloriosamente agrupada y como escondida tras el cerro. Y por cierto que eso no fue culpa de los bravos jinetes ni sus cumplidos capitanes, sino de los que los mandaban.

En una carta de don Ricardo Passi García publicada en *Los Tiempos* del 10 de agosto se lee el siguiente tierno pasaje a propósito de los ilustres muertos y su enterratorio:

“A nuestros amigos Vallejo, Blanco, Wilson (oficiales de la compañía del Atacama que a la bayoneta arrolló la columna del Zepita, que pretendía apoderarse de la artillería de Salvo) los enterramos, amigo mío, el 20 en la cima del cerro de la Encañada. Los soldados estaban dificultosamente cavando una zanja con algunas bayonetas bolivianas, cuando llegó el general Escala. Se detuvo al borde de la fosa y meneando tristemente la cabeza, murmuró: *Son tan valientes como humanos.*

A medio día, pocos momentos antes de abandonar aquellos sitios, nos reunimos en rededor de los pobres compañeros, y alzándolos en cuatro fusiles, los llevaron a la sepultura. Nadie pronunciaba una palabra, pero las lágrimas corrían silenciosas a medida que la tierra los cubría. En una tosca cruz que dejamos sobre su tumba escribí con lápiz lo siguiente:

Cayeron entre el humo del combate
Víctimas del deber y del honor;
¡Denodados y heroicos compañeros,
Valientes de Atacama ¡adiós! adiós!

Esta noble estrofa fue inspiración del poeta soldado Rafael Torreblanca.

Los cadáveres atacameños de la Encañada fueron conducidos a la tierra natal así como los de Tacna. Entre esta última remesa venía también el del autor del epitafio.)

XXXI.

Tal fue la batalla de San Francisco, llamada también de la *Encañada* por el nombre antiguo del cerro en que se librara, y de Dolores, como la de Waterloo, por el lugar en que fue datado el parte de la jornada, pero cuya denominación verdadera acaba de serle restituida por ley de a República. (Ley de 1° de septiembre de 1880. Un espiritual oficial boliviano (el teniente Mendieta), herido y aquejado en un hospital de sangre en Santiago, solía decir con mucha propiedad que los chilenos harían bien en recobrar el nombre apropiado de San Francisco y dejar a los aliados para si el de *Dolores*....)

Y tal fue su gloria.

En cuanto a sus trofeos y sus presas, casi no los hubo , como en todos los hechos de armas en estas campañas sin prisioneros. Fueron éstos solo 76, un tercio de los muertos, y de ellos vinieron a Valparaíso un general, un coronel, 2 oficiales, 56 soldados, 3 *chinos* y 13 arrieros argentinos, incluso, los salvadores providenciales de la división Amunátegui en Santa Catalina. (Más adelante publicamos en los anexos esta lista completa).

XXXII.

Sin embargo de esto, y como acontece de ordinario en los grandes combates, los vencedores no se dieron por de pronto razón cabal ni aproximada de la magnitud de su triunfo. El humo, el polvo, el propio sentimiento del honor, les había ocultado como en denso velo la intensidad de la fatiga o la confundió con una retirada estratégica o con un fuerte reconocimiento preliminar.

Era universal en el campo chileno la convicción de que la batalla verdadera se libraría al amanecer del día 20 y pasaron todos los cuerpos aquella frigidísima noche, sin fuego, casi sin alimento, pero felices y ufanos, envueltos en densa húmeda camanchaca, sudario de los muertos. Se habían batido. Habían vencido. Y volverían a batirse y a vencer. ¿Que más podrían ambicionar todas aquellas nobles almas?. Salud a ellos en la posteridad de las generaciones.

XXXIII.

Algunos de los jefes durmieron al pie de sus pabellones en la helada meseta y otros, como los zorros viejos, bajaron por el instinto del hambre y del frío al cuartel general, donde el ladino y culinario asistente Ogaz servía a su general una raquílica cazuela Se pasó allí la noche en alegre charla, departiendo los más en animada chanza sobre si era el alemán Krupp, un hereje, enjuto como Calvino, que hemos conocido en Ems, o la Virgen del Carmen del padre Madariaga, quien había ganado la batalla. Y aconteció que cuando el vencedor de la jornada, se echó vestido sobre su cama, algún chusco del estado mayor puso a su cabecera, por sarcasmo o por castigo, la imagen de la Virgen, a fin de que, como la Nuestra Señora de las Nieves de los antiguos castellanos, le ayudase a vencer a los infieles....

Se solicitaron también por el telégrafo urgentes socorros de refuerzos, municiones y víveres, llegando a media noche, por Sal de Obispo un convoy de 60 mulas que condujo desde el Hospicio el activo maestro de equipajes don Francisco Bascuñan. A las 8 menos 5 minutos de la noche, y en seguida a las

10 tres cuartos se enviaba en efecto los dos telegramas siguientes al jefe de estación de Jazpampa y al ministro de la guerra en el Hospicio:

Al jefe de estación de Jazpampa.

La máquina que está en esa que tome su agua y siga viaje a Pisagua, regresando lo más pronto posible a ésta con víveres, municiones de rifle y útiles de ambulancia para los muchos heridos que tenemos.

Municiones de artillería Krupp de montaña y campaña en abundancia.

Sotomayor.

Al ministro Sotomayor.

Que las 200 mulas que traen municiones y víveres vengan acompañadas por los 120 Cazadores adoptando la ruta del camino de Jazpampa, fuera de los rieles por evitar todo accidente.

Sotomayor.

(Libreta citada. Como las cosas mínimas andan de continuo revueltos con las grandes en la guerra, he aquí el último telegrama copiado en la libreta.

Pisagua, noviembre 21.

A don M. R. Lira.

La sal se acabó. Remita lo más pronto.

Sotomayor.)

XXXIV.

Entre tanto, los enemigos aliados habían podido medir desde la primera hora de su derrota el abismo en que habían sido precipitados. No tenían un solo jinete. Los bolivianos habían huido en masa, sin excepción, porque si bien, el general Villamil y el coronel Armaza, jefe de estado mayor de la división Villegas, estuvieron el día 23 en Tarapacá, fue solo de visita, a guisa de viajeros que siguen su camino. Por otra parte, sus municiones estaban agotadas, los víveres extraviados, el agua era escasa, los gemidos de los

heridos afligían los ánimos más serenos, y hasta la mula del guía del general José Cabero, había sido muerta en el combate. Una lejana ambulancia, establecida una legua a retaguardia en la oficina Huáscar, quedaba abandonada como la del Hospicio.

XXXV.

En tan sombrías horas, el coronel Suarez ordenó a media noche la retirada a Tiliviche y Camarones; e inmediatamente, en el doble silencio de la noche y de la camanchaca, se levantó el campo sin ser sentidos los batallones prófugos por los centinelas del Búlnes, el batallón de todos los servicios útiles, como el Atacama lo era de todos los heroísmo, esparcidos en el llano. (El Búlnes sorprendió aquella noche algunas avanzadas, y un soldado llamado Triviños quitó la capa a un húsar de Junin que se había quedado rezagado, arrancándosele del caballo como la mujer de la Biblia al casto José...Este hermoso capote blanco calcado sobre el de los húsares franceses está en nuestro poder.)

Pero después de tres horas de marcha hacia el norte, los jefes peruanos notaron con desesperación que habían marchado hacia el sur, pues volvían a tropezar con los rieles en la vecindad de Santa Catalina.... A manera de fantasmas habían girado en torno de si mismos, produciendo este remolino humano la más desesperante fatiga, y como consecuencia un verdadero pánico. Fue entonces cuando los artilleros, a la voz balbuciente de su jefe, el coronel Castañón, desengancharon sus veinte cañones y los dejaron tirados en la vía, sin clavarlos y con los armones repletos de cartuchos.

El coronel Suarez, en su parte oficial atribuye tan vergonzoso desorden al guía general del ejército que había quedado “a pie”; pero en tal caso, habría sido su mula muerta la causante de la pérdida.... Y acaso fuera más acertarlo decir, siguiendo al historiógrafo Molina, que aquellas vueltas eran las de los candelabros robados de monseñor Miriel, que desde aquel día habían apagado para siempre sus luces para la desdicha eterna del Perú.....

XXXVI.

Solo con la primera aparición del día pudieron los restos del formidable ejército aliado de Tarapacá emprender su marcha en sueltos grupos, a la desbandada y con rumbo hacia Tarapacá.

Cuando los primeros rayos del sol dispersaron la niebla espesa de la noche, lejanas polvaredas señalaban a los chilenos, que ansiosos velaban en la altura, la huella de las columnas fugitivas.

Entre tanto, la caballería, como de costumbre, después de las victorias, se limitó a recoger al general Villegas y ochenta heridos del Porvenir y los veinte cañones abandonados en Santa Catalina.

¿Porque no fue lanzada a toda brida sobre los hambrientos rebaños que corrían desbandados por la pampa?

La única excusa que en esa, como en otras ocasiones antes y más tarde se dio, fue la inevitable preservación de los caballos.

Y así, por la pezuña y el hocico de unos pocos brutos pagamos, una semana más tarde, en tardía acometida, el tributo de seiscientas generosas vidas inmoladas con gloria más sin fruto.

XXXVII.

Pero aun tomando en cuenta inevitables errores, la batalla de San Francisco alcanzó vastos resultados inmediatos, estratégicos y políticos que el deber nos conduce a historiar en los próximos capítulos de esta historia que toca a su desenlace; y así el corto sacrificio de un centenar de vidas, probó en oposición al sangriento desembarco de Pisagua que aquella había sido una batalla estratégica, en que el arma de artillería desempeñó con admirable acierto la misión que la ciencia le tenía confiada en la campaña.

XXXVIII.

En cuanto a los peruanos, desertados triste y totalmente hasta no quedar uno solo de sus aliados de la víspera en su campo, reconocieron por completo su incurable desventura, y a la manera de Jeremías, con plañideras frases cantaron sus desdichas:

“Allí la alianza lloró el llanto más amargo que vertido jamás pueblo alguno sobre la tierra.

Allí vio rasgadas sus vestiduras y profanadas sus augustas banderas.

¡Ese día sin luz, un pueblo entero estuvo de duelo!. (MOLINA. *Hojas del proceso* pág.51)

ANEXOS AL CAPÍTULO XXVI.

I.

DOCUMENTOS RELATIVOS A COMISIONES ENCOMENDADAS AL TENIENTE
CORONEL DEL EJÉRCITO DEL PERÚ DON LADISLAO ESPINAR.

(Fragmentos).

Iquique, agosto 6 de 1880.

.....Como está mandado se pondrá U.S. a las órdenes del teniente don Ladislao Espinar, pero después de cumplir la siguiente comisión:

Marchará U.S. en la madrugada de hoy con el señor subprefecto de Tarapacá a la capital de dicha provincia y se hará cargo de la primera brigada que esa autoridad organice y recibirá bajo guía los víveres que para Huatacondo se envíen de Agua Santa y las entregará al comandante Espinar, bajo de recibo; y en seguida marchará U.S. hasta encontrar la segunda remesa que recibirá y entregará con las mismas formalidades, quedando desde entonces a las órdenes del jefe que se le ha designado para cumplir las comisiones que se le encomienden.

Tendrá U.S. entendido que esta comisión está destinada a figurar notablemente como elemento necesario para la subsistencia de la División que va a situarse en la frontera.

Dios guarde a U. S.

Belisario Suarez.

.....Marcha el teniente coronel don Ladislao Espinar, nombrado jefe de observación y proveedor de las fuerzas avanzadas sobre el enemigo, y en su virtud se servirá Ud. darle todas las facilidades necesarias para el cumplimiento de su encargo y acordar con él cuanto convenga a la mejor conservación de los víveres que se le confían y respecto de las observaciones que deban hacerse para conocer la llegada del señor general Campero, que se participará oportunamente a este despacho.

Dios guarde a U. S.

Belisario Suarez.

II.

LISTA NOMINAL DE LOS PRISIONEROS DEL EJÉRCITO ALIADO HECHOS EN LA
BATALLA DE SAN FRANCISCO.

General de división Carlos de Villegas.
 Coronel Rafael Ramírez de Arellano.
 Capitán Daniel Montes, de la 3ª del Zepita.
 Teniente Manuel Santillana, de la 3ª del Ayacucho.
 Sargento 1º Manuel Guerra.
 Id. 2º José Acosta
 Id. id, José P. Soto.
 Cabo 1º José M. Ramírez.
 Id. 2º Manuel Beladaga.
 Id. id. Andrés Beltran.
 Id. id. José G. Bezada.
 Sargento 1º M. Lorenzo Arias.
 Cabo 1º Pedro P. Rojas.

Soldados

Manuel Vidaubique.	Dionisio Huylca.
Alfredo Camader.	Mariano Quispe.
Aurelio Hurtado.	Manuel Mamani.
Emilio Latorre.	Prudencio Rivera.
Manuel Dávalos.	Estanislao Savazo.
José Campos.	Francisco Mamani.
Nicanor Cea.	Isidro Mamani.
Manuel Solis.	Mariano Benito.
Felipe Terrazas.	Ventura Huylca.
Mariano Ovalle.	Mariano Arnes.
Pedro Corpancho.	Jacinto Puente.
Francisco Nolis.	Samuel Henco.
Marcos Morales.	Silverio Zulca.
Mariano Cáceres.	Mariano Antécuna.
José A. Barcausel.	Casimiro Poma.
Manuel Andia.	Jerónimo Zelaya.
Manuel Chile.	Leandro Calderón.
Melchor Chile.	Vicente Arnes.
Manuel Vargas.	Valerio Vilca.
José Muñoz.	Sebastián Tafur.
Martín Apaza.	Basilio Tarma.
Lorenzo García.	Juan Marceros.
Francisco Ruiz.	Manuel Cisneros.
Apolinario Mamani.	

Paisanos

Asiático Gay.
 Asiático Hayan.
 Jacinto García.

Argentinos

Eusebio Uribe.
Fabián García.
José P. Coca.
Agapito Peralta.
Manuel Corpos.
Eustaquio Casimiro.
Angel Chavarria.

Pedro Molina.
Feliciano Machuca.
Mariano Paredes.
Luis Moreno.
Juan M. Sánchez.
Belisario Palomino.

Los anteriores prisioneros militares pertenecen a los siguientes batallones:
Ayacucho, Zepita, Dos de Mayo, Cazadores de la Guardia, Cazadores del Cuzco, 5°
Lima y Puno.

CAPÍTULO XXVII.

EN LA TIERRA Y EN EL MAR.

(CAPTURA DE LA PILCOMAYO Y RENDICIÓN DE IQUIQUE).

El regimiento Santiago al internarse desde Pisagua presencia la entrada á este puerto de la Pilcomayo cautiva del *Blanco*.- Como había tenido lugar ésta captura.- Convoy peruano que sale de Arica el 17 de noviembre por temor del bloqueo.- El *Blanco*, que ha salido un día antes en crucero hasta Islai, encuentra a su regreso al sur en Punta Coles el convoy peruano en escalones.- Maniobras de alarma de la *Unión* para atraer al *Blanco*.- Señala éste a la *Pilcomayo* y la persigue al sur, mientras el *Chalaco* pretende arrojar a la costa de Pacocha.- Tenaz persecución de la *Pilcomayo*.- El comandante Ferreiros hace junta de oficiales y resuelve incendiar el buque.- Simulacro de combate.- Los peruanos no arrían su bandera, pero agitan sus pañuelos blancos en señal de rendición.- El teniente Goñi aborda el buque incendiado y lo salva.- El capitán Portal de la *Unión* pasa a Mollendo y comunica sus temores por telégrafo al general Prado.- Curioso telegrama del capitán de puerto de Pacocha sobre la *dispersión* de Punta Coles.- Llega la *Pilcomayo* remolcada por el *Blanco* a Pisagua y un mes más tarde entra a Valparaíso.- Escenas a bordo y lista nominal de sus prisioneros.- Rendición de Iquique al comandante Latorre.- Pánico que se apodera en toda la línea de tierra desde Pozo Almonte a Iquique.- Curiosos telegramas.- Fuga de peruanos en buques de vela y refugio de los neutrales en las naves de guerra extranjeras.- El prefecto López Lavalle huye disfrazado de buhonero.- La quinta división al mando del coronel Ríos se retira a Tarapacá por órdenes telegráficas del general Buendía.- Los cónsules extranjeros entregan la plaza al comandante Latorre a cajón cerrado.- Los prisioneros de la Esmeralda y su tierna acogida a bordo del *Cochrane*.- El comandante Latorre toma posesión de Iquique el 23 de noviembre y da aviso oportuno a Pisagua con la *Covadonga*.- Llega ese mismo día de Pisagua el ministro de la guerra, un batallón del regimiento Esmeralda y los prisioneros de la *Pilcomayo*.- El desfile de la victoria.- Proclamación del ministro de la guerra.- La ocupación de Tarapacá queda consumada por el éxito de la campaña.- El último episodio.

“Señor prefecto: Las noticias son tristísimas. Nuestro ejército queda derrotado y esta en Tarapacá lo poco que ha quedado. Iquique fue tomado por el enemigo. La *Pilcomayo* tomada. ¡Hay tanto que no puedo decir por el telégrafo! Va el vapor lleno de las familias que han abandonado a Iquique”.

(Telegrama inédito del capitán de puerto de Pacocha, Tizón, al prefecto de Moquegua el 25 de noviembre a las ocho de la mañana).

“Señor subprefecto de Moquegua: Noticias del vapor del sur, todo nuestro ejército derrotado. Iquique en poder de los chilenos sin un solo tiro. A bordo todas las autoridades de allí se pasan para el Callao. *Jiménez*”.

(Telegrama de la misma fecha y lugar).

I.

Decíamos en uno de los capítulos precedentes que el regimiento de línea Santiago, llegado a la rada de Pisagua en la víspera de la batalla de San Francisco, y desembarcado de prisa mientras tenía ésta lugar, había sido elegido para reforzar el ejército, con ofensa de la legítima primicia del regimiento movilizado Esmeralda, cuyo jefe, el impetuoso coronel Amengual, hizo por este motivo su renuncia.

Y cuando el popular regimiento, formado por los “rotos de Santiago”, se ponía en marcha al amanecer del día 20, ignorando el éxito de la batalla, y levantaba alegre y bullicioso su campo del Hospicio, se veía sus oficiales y a la tropa diseminados en pintorescos grupos, escudriñando el neblinoso horizonte del mar con viva curiosidad desde las alturas.

Se divisaba, en efecto, en lontananza un barco de guerra, que viniendo del norte, traía lentamente a remolque un casco que parecía también de guerra. Pronto las disputas, los pareceres y las visuales se uniformaron, y el regimiento partió para el interior, al son de entusiastas dianas, siendo portador de la grata noticia que el *Blanco* había capturado a la cañonera *Pilcomayo*, la misma que había roto los fuegos de la guerra frente al Loa el 12 de abril anterior.

¿Como, donde y bajo cuales propicias y dramáticas circunstancias se había verificado aquella feliz captura?

Es eso lo que vamos a referir.

II.

Cuando el contralmirante Riveros llegaba el 13 de noviembre a Pisagua, trayendo su insignia en el palo de mesana del *Blanco*, recientemente refaccionado en Valparaíso, se alistaban en Arica para salir de fuga hacia el Callao la *Unión*, el *Chalaco* y la *Pilcomayo*. Los dos primeros habían traído, según antes contamos, el batallón Canevaro y otros refuerzos el día 12, y la última se había mantenido montando la guardia de aquel puerto, al abrigo del Morro, desde la llegada del general Prado. Pero temeroso éste de un inminente bloqueo, desde que el *Huáscar*, único casco de resistencia, había desaparecido, ordenó a la escuadrilla en la noche del 17 de noviembre se marcha a ponerse en guarda en el Callao. En Arica solo quedaría el monitor *Manco Capac*, destinado a su eterna guarda....

En consecuencia de esta orden, se puso en movimiento a las once de la noche la *Unión*, una hora después la *Pilcomayo* y algo más tarde el *Chalaco*, en escalones pero avistándose entre sí. Era aquello en el mar el mismo orden de marcha del desierto y la misma impericia en el manejo.

Iba la *Unión* al mando de su antiguo comandante de Chipana, hoy capitán de puerto de Pisco, don Nicolás Portal, la *Pilcomayo* al del joven capitán don Carlos Ferreiros, que no supo llevar su cautiverio, ni en su buque, ni en su destierro, y del *Chalaco*, vapor anticuado y de ruedas, el feliz cuanto valiente capitán Villavicencio.

III.

Al amanecer del 18 se avistaron los tres buques al norte de la Punta Coles, que cierra la bahía de Ilo por el norte, y avanzaban tranquilos y confiados sus jefes, cuando la *Pilcomayo*, (como el *Huáscar* en Punta Tetas) divisó a la *Unión*, que a larguísima distancia y prosiguiendo rumbo directo al norte, enarbolaba señales que la lejanía no permitía ver y disparaba un cañonazo de alarma poniendo proa al sur. Continuó en seguida la rápida corbeta maniobrando demanda de la *Pilcomayo*, y ésta a su vez del *Chalaco*, haciéndose recíprocamente los tres buques fugitivos señales de peligro y corriendo a toda máquina hacia el sur.

Se hizo luego patente en el horizonte el corte levantado y arrogante del *Blanco* que devolvía ahora a los buques peruanos las hazañas y fáciles sustos del *Huáscar*. El contralmirante Riveros, comprendiendo que en la guerra marítima la movilidad es todo, había salido de Pisagua a la una de la noche del 16 para correr la costa desde Islai, a cuyo puerto llegó al amanecer del 18.

IV.

No habiendo encontrado allí ni en Mollendo ningún buque, subía ahora pegado a la costa. Y percibiendo sucesivamente los tres humos de los peruanos junto Punta Coles, emprendió inmediatamente la caza.

Reinó a bordo de los buques enemigos un intenso pánico y tuvo lugar lo que en el lenguaje familiar se llama, cuando se cuenta un susto, un “verdadero desparramo”.

Era la *dispersión* en la mar, precursora en un día de la *dispersión* de San Francisco en tierra firme.

Solo la *Unión*, confiando en su acelerado andar, maniobraba como para atraer sobre ella al perseguidor, permitiendo así a sus consortes escaparse, o estrellarse en las playas vecinas, hacia cuyo rumbo se dirigían desalentados el *Chalaco* y la *Pilcomayo*: eran las nueve y media de la mañana y los tres buques navegaban a toda fuerza hacia el sur este en demanda, al parecer, de Arica, su punto de partida y su resguardo.

Pero el contralmirante Riveros había escogido desde la primera inspección del horizonte su presa de aquel día, y ordenó al comandante del blindado pusiera su proa en demanda de la *Pilcomayo*, cuyo andar era de 10 millas. El *Blanco* la aventajaba, por tanto, en una milla.

Eran las diez y media del día, y la situación de los peruanos se hacía sumamente crítica. La *Unión*, desdeñada por el acorazado chileno, tomaba la vuelta de afuera, al paso que sus dos compañeros corrían hacia el sur, intentando el *Chalaco* tirarse a tierra en el puerto de Pacocha. La *Pilcomayo*, al contrario, se atrevía a ganar el oeste, esperando encontrar su salvación en la noche, como cuando el buque almirante le diera infructuosa caza frente a Tocopilla. (He aquí un telegrama inédito, desencuadernado como el miedo, pero bastante curioso que cuenta las peripecias de la fuga de los buques peruanos contemplada desde tierra por el capitán del puerto de Pacocha. Le conservamos como modelo de ortografía telegráfica la que tiene el original:

Exemo Señor Director de la guerra:

En la mañana pasaron los buques *Unión*, de descubierta en seguida *Pilcomayo*, el *Chalaco*, a unas ocho millas de éste, en ese momento supe que el *Blanco*, estaba aguardando frente á Mejía, hice lo posible por ver si comunicaba con el *Chalaco* pero fue difícil iba muy afuera puse; vigías en distintos puntos, y soldados de Caballería, que recorrieran la costa fijándose en las partes más elevadas, con el objeto de dar cuenta a V.E. de todo lo que fuere sucediendo. Como a las 11 hs. a.m. me dan parte regresa un buque parece *Chalaco*; dos más afuera pero estos no podía distinguir si no las columnas de humo que se conocía iban a toda fuerza de máquina; monté á caballo y me dirigí a unas sinco millas al Sur de Punta de Coles, y pude distinguir dos buques muy afuera uno tras de otro y el *Chalaco*, como á dos millas de la costa á toda fuerza; de que vio que los buques se habían abierto, que apenas se distinguían, biró y gobernó al norte á toda fuerza de máquina pasó á una milla de Punta de Coles. En este momento irían los dos buques uno de otro á unas seis millas de distancia; como creía *Chalaco*, venia al puerto dejé una persona inteligente en Punta de Coles que avisara lo que sucedía y vine á escape creyendo que entrará y mandando preparar lanchas y carbón, cuando éste montó punta Coles, se *abrió* y casi gobernaba Oeste. Seria 2 hs p. m, perdiéndose de vista al muy poco tiempo, y el que dejé en la punta, me dio parte que á juzgar por las columnas de humo iba uno de otro á diez ó doce millas de distancia: así es que creo difícil le pueda dar caza supongo sea *Pilcomayo* por que *Unión*, la avistó el Vapor al norte de Mollendo.

No hay novedad horizonte despejado y nada se avista.

El Señor Prefecto está aquí y la carta para V.E. se quedó por olvido involuntario pero no ha ocurrido nada notable.

Ilo Nove. 19 de 1879.

Tizon.)

V.

Eran las once de la mañana y la caza individual iba a comenzar. La *Pilcomayo* estaba a esa hora de cinco a seis millas al sur oeste del blindado y por consiguiente, debía caer en su poder, a menos de un accidente, extraordinario, a las tres de la tarde.

Y así sucedió en efecto.

A esa hora el comandante Ferreiros hacia junta de guerra, y acordaba incendiar el buque y sumergirlo desde que era imposible evitar la captura. En esa virtud ordenó romper sobre el *Blanco* los fuegos de su cañón de popa, por mero aparato, y comenzó a cañonear de hecho su propio buque disparando oblicuamente sus piezas por las escotillas y derramando parafina y otras materias inflamables en las cámaras y sollados para quemarlo. La *Pilcomayo* montaba tres cañones de a 40 y dos de a 65, éstos en colisa.

Pero al propio tiempo que la mayor parte de la tripulación desmoralizada se echaba a los botes para huir o entregarse, en numero de 167 individuos, los oficiales del buque cuidaban de mantener enarbolados sus dos pabellones en el pico de mesana y en el trinquete. Era esto un aparatoso lujo de heroísmo de trapo, porque mientras las banderas agitadas por el viento y las llamas flameaban ilesas, los tripulantes de las embarcaciones hacían angustiosas señas con sus pañuelos blancos de darse por vencidos. En la guerra no hay sino un género de heroísmo: el de los hechos. Y en vista de éstos, los trapos o son gloria o son ludibrio.

VI.

Entre tanto, el Blanco había disparado sobre la cañonera solo dos certeros balazos a la distancia de cuatro mil metros, y cuando se puso a tiro de rifle ordenó el contralmirante chileno romper el fuego de ametralladoras en las cofas.

Intimidada por esta última maniobra, la cañonera se detuvo y tomó posesión de ella el valiente oficial Goñi. Los oficiales peruanos rindieron sus espadas en el puente, y el segundo condestable de la nave almiranta, que tenía un nombre de novela Jorge Silbbad (“Silbad el marino”), arrió tranquilamente las banderas peruanas izando la de Chile en los momentos en que los peruanos guardaban en sus bolsillos los pañuelos..... Todos los fugitivos eran recogidos al mismo tiempo por el *Blanco*.

Eran las cuatro de la tarde del 18 de noviembre, soplaba un viento fresco del sur y el incendio de la cañonera se aumentaba hasta hacer perder toda esperanza de salvarla. Pero el Blanco se acoderó cuanto pudo a su

costado, y trabajando todo aquel día y la noche con afán perseverante, logró extinguir las llamas con el auxilio de sus poderosas bombas a vapor. Y en seguida, haciendo tapan las vías de agua como mejor fue posible, le dio remolque durante todo el día 19, llegando al amanecer del día 20 frente a Pisagua, y consagrando así con su presencia dos victorias que Chile acababa de obtener en la tierra y en el mar.

VII.

La *Unión* y el Chalaco entraban en ese mismo día al Callao contando su mala ventura, habiendo dejado el comandante Portal el primer anuncio de la desgracia del convoy en Mollendo el día 18 mediante el siguiente telegrama:

General Prado:

A la altura de Pacocha avisté al *Blanco Encalada*, viré y di aviso a *Pilcomayo* y *Chalaco*. Nos pusimos en retirada dispersos. Temo por uno de ellos. Frente a Mejía perseguí un vapor: no era enemigo. Continúo viaje al Callao”.

Portal.

(La *Pilcomayo* llegó a Valparaíso un mes más tarde el 23 de diciembre, y fue recibida con entusiasmo por el pueblo, por que traía a su bordo a los sobrevivientes de la *Esmeralda*. He aquí un tierno lance que sobre este particular cuenta un diario de aquella ciudad.

“La *Pilcomayo* fue visitada ayer por gran número de personas.

Entre ellas se presentó una pobre mujer, madre de uno de los antiguos tripulantes de la *Esmeralda*. La infeliz iba, no a admirar la elegancia del buque cautivo, no a tomar el balance de los estragos causados en la nave por la felonía peruana, iba tan solo a preguntar si habían visto morir a su hijo, quería darse el triste placer de hacerse relatar sus últimos momentos.

Un grupo de marineros rodeó a la madre del valiente; la hija del pueblo les preguntaba con acento empapado en lágrimas.

¿Quién de ustedes vio morir a mi hijo?

En este momento sucedió algo imprevisto; un muchacho atravesó la cubierta y fue a caer en los brazos de la doliente, exclamando: madre soy yo. ¡No he muerto!”.

En la sección anexa a este capítulo publicamos la lista nominal de los oficiales de guerra y de mar de la *Pilcomayo* y el decreto, en que, no obstante la evidente y chocante arrogancia que los prisioneros gastaron en su prisión de San Bernardo, fueron mandados enjuiciar.

El único herido que tuvo la *Pilcomayo* fue un cabo de la guarnición llamado Rufino Chuquihuanca, que recibió dos balazos, uno en la cara y otro en la mano derecha.)

VIII.

Pero esto no sería todo para la fortuna de Chile en aquel mes memorable. Dos días más tarde se rendía Iquique al Cochrane, sin disparar un tiro, como la *Pilcomayo* se había entregado al *Blanco*, sin causarle un rasguño.

Hecho tan importante había tenido lugar de la siguiente manera.

IX.

Referimos antes como desde el 5 de noviembre el puerto de Iquique había quedado más o menos indefenso, a pesar de las protestas del prefecto López Lavalle, y como desde el amanecer del 14 el *Cochrane* y la *Covadonga*, viniendo de Pisagua, habían intimado esa mañana la renovación del bloqueo.

A contar desde ese día, la capital de Tarapacá, objetivo temprano y perseverante de la guerra, estaba perdida; y era esto de tal suerte que el 17, es decir, dos días antes de la batalla de San Francisco fugaban no menos de 300 peruanos y extranjeros en un buque de vela. El comandante Latorre los dejó partir. Se encontraban además en la rada el acorazado inglés *Shannon* y la corbeta *Turquoise*, el buque de guerra norte americano *Alaska* y la cañonera francesa *Ugon*. Se unía a ésta el *Decrés* de la misma bandera el día 16; y a bordo de todos estos buques encontraban o pedían asilo los neutrales.

A su vez el vigilante comandante Latorre estaba advertido de la dispersión de San Francisco y de la captura de la *Pilcomayo* desde el día 20, en que pasó al sur el *Paquete de Maule*, subiendo de Pisagua.

X.

Mientras todo esto tenía lugar por el rumbo de la marina, los primeros dispersos de San Francisco habían comenzado a llegar a Pozo Almonte en ese mismo día, y el telégrafo reveló a los consternados iquiqueños toda la extensión de las calamidades que venían abrumándolos. Preciso es confesar que el primero en huir fue el prefecto López Lavalle, disfrazado de buhonero. (Parece que el general López Lavalle, cuyo valor personal nunca rayó muy alto, especialmente desde la batalla del Carmen (1844) en que mandaba un batallón, bajo Pezet y contra Castilla, se refugió disfrazado a bordo del *Shannon* el mismo día 20. En una carta del joven chileno don Juan Frugone a su madre, residente en Valparaíso, encontramos el siguiente pasaje, remitiéndole el sombrero de parada del fugitivo general: “Cuando el

prefecto López Lavalle se fugó de Iquique dos días antes de la entrega a bordo del *Shannon*, iba vestido igual a un tendero de viaje, con un paltocito corto, pantalón oscuro y gorrita de seda, de las que usan los viajeros”.)

Pero el pánico, que es una enfermedad como cualquiera otra e intensamente contagiosa, era universal en toda la línea, tierra adentro, y de ello dan testimonio los siguientes telegramas sorprendidos a diversos empleados subalternos en Iquique:

Pozo Almonte, noviembre 22.

“Benavides a coronel Ríos, Molle.

Pánico en la tropa, temo un nuevo conflicto. No tengo como contenerla si no salgo de aquí. Muchos dispersos, y éstos cuentan a los míos derrota completa.

Dígame que debo hacer”.

Noviembre 22.

“Murillo al señor Rowland.

Por las circunstancias del tiempo he resuelto bajarme a ésa, y suplico a Ud. se digne concederme mi salida.

Mañana me bajaré sin falta, no puedo estar más acá”.

Noviembre 22.

“Murillo al señor Rowland.

Me es imposible quedarme más en ésta. Me bajo a *bestia* a ésa.

Dígame que hago del aparato.

Dígame si sale hoy la quinta división de ésa.

Dígame ¿tiene Ud. conocimiento que haya pasado anoche una *avanzada de chilenos por esos lugares?*. Diga si tiene noticia sobre el asunto en que nos encontramos.

Aquí corren rumores que las avanzadas enemigas están por esos lugares.

A las siete salió de ésta el comandante Bustamante, dos capitanes y un doctor; ellos me han dicho *que la plaza se va a entregar* al enemigo y por eso es la causa de que ellos se van a Tarapacá.

La cosa anda muy seria.

Murillo M.”

XI.

“Tan seria andaba la cosa”, a la verdad, que el general Buendía, fugitivo en Pachica, enviaba el día 22 desde esa aldea un telegrama al coronel Ríos, jefe de la guarnición de Iquique, ordenándole replegarse a Tarapacá, por la Noria, a fin de huir todos juntos a Arica. En consecuencia, esa misma tarde se ponía en marcha la división Ríos, en medio del clamor universal del vecindario, dejando abandonados fuertes, cañones, pertrechos, torpedos y hasta la bandera de la República y del honor que quedó izada en la prefectura (y es la misma que existe en nuestro poder), como quedara cuatro días antes izada la de la *Pilcomayo*, para ser arriada por los nuestros. Las fuerzas del coronel Ríos (5ª división) se componían nominalmente de 1166 plazas que habían sido considerablemente mermadas por la dispersión, en esta forma: batallón Iquique, 315; columna Tarapacá, núm.1, 114; columna de Honor, 221; columna Loa, núm.1, 207; columna Naval, 309. Su efectivo no pasaba de 800 combatientes; pero llevaba municiones en abundancia al ejército vencido, necesitado en extremo de ellas.

XII.

Desamparado así el puerto quedó en manos de los neutrales, es decir, de los cónsules y de los bomberos de Iquique, que eran casi en su totalidad extranjeros.

Las autoridades peruanas, al retirarse, habían celebrado una especie de delegación con los primeros, y éstos se presentaron en cuerpo a bordo del *Cochrane*, en la tarde de aquel día, solicitando la protección de las fuerzas de Chile y ofreciéndose para hacer la entrega en forma de la plaza.

Aceptó gustoso el partido el comandante Latorre, e inmediatamente despachó a la *Covadonga* a Pisagua con el aviso oficial de lo que acontecía, y lo cual él resumía lacónicamente en el siguiente despacho militar dirigido al ministro de la guerra en campaña:

“A BORDO DEL “COCHRANE”.

Bahía de Iquique, noviembre, 22 de 1879.

Señor ministro:

Pongo en conocimiento de US. que a las 5.30 P.M. se me ha presentado el señor cónsul de los Estados Unidos, decano del cuerpo consular en este puerto, acompañado de los señores cónsules de Inglaterra, Alemania e Italia para manifestarme que a las 3 P.M. las autoridades militares y civiles de la plaza habían abandonado ésta después de haberla entregado al dicho cuerpo consular, lo que ponía en conocimiento del que suscribe para que tomara las medidas que creyera oportunas.

En consecuencia, mañana a las 8 A.M. se desembarcarán para tomar posesión 125 hombres a cargo del capitán de corbeta don Miguel Gaona, a quien he nombrado, mientras tanto gobernador civil y militar.

Los prisioneros de la *Esmeralda* se encuentran en tierra, y mañana a primera hora serán embarcados a bordo del *Cochrane*.

J. J. Latorre”.

XIII.

Conforme a lo acordado, fue hecha la entrega corriente y a cajón cerrado de la plaza, abandonada como cosa caída en comiso. Pero hubo en ella un lance tierno y patriótico que cubrió la vergüenza de los que huían con los heroicos harapos de los que no habían sabido entregarse.

En su terror indecible, los peruanos de Tarapacá no habían acertado a tomar una medida definitiva sobre los cincuenta sobrevivientes de la *Esmeralda* que custodiaban en la Aduana con una crueldad igual a su miedo. De suerte que aquellos desdichados y nobles hombres fueron rescatados de sus fétidos calabozos, donde vivían tratados como puercos, al amanecer del día 23; y cuando se les condujo a bordo, les recibieron con los honores debidos a su grandeza de alma y los aclamaron como a verdaderos héroes sus regocijados compañeros.

Fueron también puestos en libertad unos veinte o treinta chilenos tomados en las avanzadas del Loa o retenidos a título de espías, éstos últimos agobiados con grillos, fuera de no pocos que habían sido villanamente asesinados. (Un chileno, natural de San Fernando, llamado Erquíñigo, aseguro en una publicación hecha en Chile a su regreso de Iquique, que los chilenos asesinados en esa ciudad pasaban de siete, después de la declaración de guerra, y da los nombres y circunstancias de cada crimen. De éstos trataremos por separado cuando habremos de dar

cuenta de la suerte de los prisioneros chilenos. Erquíñigo estuvo seis meses preso en Iquique, con grillos.)

XIV.

Ese mismo día por la tarde llegó el ministro de la guerra junto con el general Baquedano, escoltados ambos por un batallón del regimiento Esmeralda, que cubrió inmediatamente la guarnición del puerto, relevando a los marinos del *Cochrane* que en número de 120 patrullaban población desde la mañana.

El ministro había llegado a las tres y medias de la tarde en el *Abtao*; una hora después pasó el Loa con los prisioneros de la *Pilcomayo*, y al cabo de un rato se presentó el *Angamos* con el Esmeralda.

Era ése el desfile de la victoria; y el batallón que venía a tomar posesión de la plaza, llevaba en su nombre una leyenda de gloria que en aquel instante, pasando nuestras naves vencedoras sobre el casco de la corbeta que mandó el capitán Prat, era una reparación casual y sublime.

Desde ese mismo día comenzaron las tiernas y patrióticas peregrinaciones a la tumba del campeón inmortal de nuestras armas.

XV.

Al día siguiente, 24 de noviembre, el ministro de la guerra en campaña expedía, en consecuencia de todo esto, la siguiente proclamación oficial que era como el acta de posesión de la antigua provincia de Tarapacá en nombre de Chile y de sus armas:

“Habitantes de Iquique:

La ocupación sin resistencia de esta importante plaza, que esta desde ayer sometida a las autoridades chilenas, impone a éstas, respecto de los neutrales y de los habitantes pacíficos de la ciudad, deberes que ellas conocen y sabrán cumplir escrupulosamente.

A la sombra de la bandera chilena aquí como en todas partes, las garantías individuales hallarán toda clase de respeto y tendrán libre expansión las manifestaciones de la vida activa de un pueblo laborioso.

Establecido el orden, que no ha sufrido la más leve perturbación desde el momento en que las autoridades chilenas pisaron este territorio, garantiza la propiedad y asegurada la tranquilidad futura de esta comarca, el comercio puede continuar sus labores fecundas bajo la fe de la palabra del gobierno de Chile, que le promete y le dará la más amplia protección.

Uno de sus ministros lo asegura en su nombre, y los neutrales saben que Chile cumple sus compromisos, muy especialmente cuando ellos tienen por objeto fomentar las industrias y el comercio, que dan vida a los pueblos.

Tanto mayor derecho tenemos a que se nos crea, cuanto que es sabido que Chile debe al trabajo de sus hijos y a las garantías que hallan en su suelo los extranjeros laboriosos su larga paz interna, su prosperidad, su riqueza y la poderosa vitalidad de que ha sabido dar pruebas en las circunstancias más difíciles de su vida.

¡Al trabajo! es la palabra de orden de las autoridades chilenas de Iquique. Que cada uno vuelva a sus labores cotidianas, a reparar con nuevos esfuerzos las calamidades de la guerra y a restablecer esa corriente comercial que es el lazo más sólido de unión entre los pueblos cultos.

Iquique, noviembre 24 de 1879.

Rafael Sotomayor.
Ministro de la Guerra

(Durante el día 23 se embarcaron con consentimiento del comandante Latorre no menos de 130 fugitivos en el vapor *Ilo* que venía del sur, y fue este buque, mandado todavía por el traidor Cross, el que llevó a Pacocha las noticias contenidas en los telegramas puestos al frente de este capítulo. Con esto la población de Iquique, que había sido en 1874 de 8.000 almas quedó reducida apenas a un tercio.

La población sedentaria del puerto, según el censo a que nos referimos, era la siguiente en el año citado:

Chilenos.....	3573
Peruanos.....	2437
Bolivianos.....	486
Chinos.....	304
Italianos.....	182
Ingleses.....	162
Austríacos.....	123
Franceses.....	82
Alemanes.....	73
Españoles.....	67
Norteamericanos.....	18
Diversas nacionalidades.....	109

Total.....7.916)

XVI.

Hasta este punto la campaña de Tarapacá estaba concluida mediante una serie feliz de victorias. Pero quedamos todavía por completar la primera parte de nuestra tarea y en el presente libro narrar el más terrible, inesperado cuanto glorioso de sus episodios que terminó por la fuga definitiva del ejército enemigo y la ocupación total del territorio a que habíamos llevado nuestras armas.

 ANEXOS AL CAPÍTULO XXVII.

I.

 NÓMINA DE LOS OFICIALES DE GUERRA Y MAR PRISIONEROS EN
 LA "PILCOMAYO".

Comandante, capitán de navío graduado don Carlos Ferreyros.

2° id. id., de corbeta graduado, don Octavio Freire.

Teniente 1°, oficial de detall, don Teodoro G. Otoyá.

Id. 1° graduado, don Carlos L. Torres.

Id. 1° id., don Luciano E. Avaria.

Id. 1° id., don Manuel C. de la Haza.

Alférez de fragata, don Pedro Roel.

Guardia marina, don Benjamín de la Haza.

Aspirantes de marina.

Don Ernesto Silva Rodríguez, don Eduardo A. Gago, don Osvaldo Lama, don Juan F. Andrade, don Florentino Flores.

Oficiales mayores.

Cirujano de 2ª clase, don Ricardo Pérez.

Contador, oficial 3° del cuerpo, don Wenceslao Alvarado.

Maquinistas.

Primer maquinista, don John Gregory.

2° id., don Alfredo Ward.

4° id., don Benjamín Portal.

4° id., don Pedro Falcon.

Oficiales de mar.

Primer contraestre, Nicolás Kriacke.
 Primer guardián, Antonio Morro.
 2º id., Constantino Marin.
 Primer condestable, Manuel Guerrero.
 Primer carpintero, Antonio Venega.
 Farmacéutico, Lorenzo Samamí.
 Maestro de víveres, Juan F. Baronhill.
 Herrero, Manuel Rivadeneira.
 Primer calafate, Juan Chanavá.
 Cabo de timoneles, Andrés Petrayo.
 Mayordomo de primera cámara, Eugenio Ríos.
 Id. de 2ª id., Ignacio Herrada.
 Id. de equipaje, Manuel Romero.
 Cocinero de cámara, Antonio Montalva.

II.

DECRETO MANDANDO ENJUICIAR A LOS JEFES y OFICIALES DE LA
 DOTACIÓN DE LA “PILCOMAYO”.

Lima, enero 15 de 1880.

Siendo necesario, conforme lo prescriben las ordenanzas navales, esclarecer los hechos que han tenido lugar durante la caza emprendida por el blindado chileno *Blanco Encalada* sobre la cañonera *Pilcomayo*, terminada por la captura de ésta, a fin de poder apreciar debidamente si por diferencia de la marcha de ambos buques o por otros incidentes, fue inevitable el apresamiento; si los medios puestos en práctica para utilizar la cañonera fueron ineficaces, y en fin, si se han satisfecho todas las exigencias que el caso requería para dejar ileso el honor militar de los jefes y oficiales que tripulaban la *Pilcomayo*: ábrase una sumaria información, nombrándose al efecto juez fiscal al capitán de navío don Samuel Palacios, quien procederá a la brevedad posible a practicar todas las investigaciones que conduzcan al perfecto esclarecimiento de un suceso en el que está interesada la honra de la marina nacional. Pase al comandante general de marina para que nombre al oficial que debe actuar como secretario en el juicio que mandan iniciar, y remita este expediente al juez fiscal indicado.

Rúbrica de S. E.

Villar.

CAPÍTULO XXVIII

LA INERCIA DESPUÉS DE LA VICTORIA.

La dispersión de los bolivianos después de la batalla de San Francisco y horrores que cometen en su trayecto.- Los peruanos se dirigen al oasis de Curaña y a la quebrada de Tarapacá, para tomar el *camino del Alto* hacia Arica.- Suarez se adelanta a Tarapacá, dejando a Bolognesi en el campamento de Curaña.- El general Buendía regresa de Pachía donde se hallaba prófugo.- Inercia del cuartel general del ejército de Chile después de la victoria.- Deplorable flojedad y mal manejo de la caballería.- Se resuelve al fin poner ésta en movimiento, pero en lugar de enviarla por la huella del enemigo, la despachan a Iquique para escoltar al coronel Sotomayor en su caída.- Marcha de este jefe hasta Peña Grande, donde captura el equipaje del coronel Suarez, y hasta Iquique, donde hace su renuncia.- Aviso salvador pero incompleto que el coronel Sotomayor envía desde Peña Grande sobre la situación militar de Tarapacá.- Ni un solo enemigo en el itinerario de la caballería.- Se divisan apenas las polvaredas de la guarnición de Iquique que se dirige por la Noria y la Tirana a Tarapacá.- Composición de estas fuerzas.- El batallón Iquique, su jefe y sus principales capitanes.- El infame mayor Infantas.- La columna Loa y el comandante boliviano González Flor.- La columna Tarapacá y el bravo capitán Perla.- La columna Naval y los dos Melendez.- La división Ríos anda 50 leguas en tres días desde Iquique y descende a Tarapacá por Huaraciña en la tarde del 25 de noviembre.- Como la vio y la contó un explorador chileno.

“Funesta inmovilidad, que permitió a las huestes de la Alianza recoger del campo de la derrota sus miembros ensangrentados, recobrar el aliento perdido e infligir todavía al ejército chileno cruel e innecesaria pérdida, antes de abandonarle el departamento de Tarapacá!”

(I. ERRÁZURIZ.- *La batalla de Tarapacá.*)

I.

Después de la batalla de San Francisco los peruanos se dirigieron, no como ejército sino como tropel a Tarapacá. Los bolivianos se marcharon en grupo a sus yungas por la vía de Potosí y Oruro.

Fue la peregrinación de los últimos al través del desierto y de la cordillera un itinerario de crímenes no conocidos y de expoliaciones espantosas. “Los desbandados de la tarde, dice un narrador aliado, seguían su camino, convertidos en una horda que rivaliza con los hunos de Atila. Esas gentes, con cuyos gritos salvajes insultaban la majestad de la patria y en cuyos pies se envolvía, hecha jirones, la bandera de la Alianza, seguían emprendiendo por diversos caminos la fuga, dominadas por el demonio del pánico. Nadie podía contenerlas, ni osaba reprimirlas. Si alguien les hubiera

salido al encuentro, habría sido victimado por el furor de ese miedo que degenera en locura indomable. El despojo criminal y el merodeo que se tornan en rapiña, levantaron allí su imperio. Bagajes, víveres, armamentos, municiones, todo arrastraron en su carrera. La invasión de las Galias no cuenta escenas semejantes. Aquellos no eran hombres, *eran fieras del Senegal*, que no quieren sino saciar su apetito sin límites. (MOLINA.- *Hojas del proceso*, pág. 57.)

Dos meses más tarde y en pleno período de lluvias, un ingeniero sueco escapado de las cárceles de Daza en Arica, que se dirigía a Chile por las espaldas de Tarapacá desde las cabeceras andinas de su quebrada, refería que solo en una de las treinta aldeas que recorrió en su descenso encontró un ser viviente: era una anciana que alimentaba con raíces dos chicuelos....

Todos los demás pobladores del desierto habían huido al desierto; y la mula enflaquecida del caminante escandinavo no encontraba por esto más pienso que los retoños de la cebada que los jinetes fugitivos habían desparramado en la puerta de las habitaciones, al sustraer sus pobres cosechas a los infelices indios, y cuyos granos esparcidos los aguaceros habían hecho germinar. (El ingeniero sueco antes citado, don Julio Bergman, que recorrió esos parajes en enero de 1880.)

Tales son las guerras, no para los que las emprenden, y las explotan, sino para los que las soportan y las pagan.

II.

Menos desdichado el ejército que el enérgico coronel Suarez había logrado esconder en la víspera dentro de los desmontes y calichales del *Porvenir*, pudo dirigirse en el torbellino de funesta noche hacia tierra amiga. Su primer intento según antes vimos, había sido ganar a Arica por el itinerario de Tiliviche y Camarones, llamado en aquella zona el *camino de los llanos*; pero el extravío de los guías que dio por resultado estrellar sus asustadizas tropas al amanecer del 20 de noviembre casi al pie del cerro de San Francisco, de donde habían partido, obligó al animoso jefe de estado mayor a tomar áspero y tortuoso rodeo por el sendero llamado *camino de los altos* y que se interna por las quebradas de Tarapacá hacia los arranques superiores de la sierra, para descender otra vez a la costa por el tortuoso desfiladero de Camiña.

III.

En prosecución de este plan, desde la vecindad de Santa Catalina donde amanecieron hambrientas y desamparadas las rotas columnas del ejército,

“sentadas las mujeres de los soldados en las mulas, de cuyos aparejos habían arrojado los artilleros los cañones”, se dirigieron aquellas hacia el naciente, favorecidas por espesa niebla, en demanda del hato de ovejas llamado Curaña, situado en esa zona medio a medio de la pampa del Tamarugal. Cuando a las 10 del día 20 de noviembre los cuerpos chilenos que coronaban todavía, después de yerma noche, las alturas de San Francisco, pudieron contemplar la llanura que la camanchaca liquidada por el sol descubría, columbraron visiblemente inmensas polvaredas que viajaban a la par con la niebla y con ella se desvanecían. Eran las masas de Suarez que se dirigían extenuadas de fatiga al camino de los altos por el oasis de Curaña, que es una majada de cabras, y por el oasis de Tarapacá que es un oasis de arrieros.

A las 5 de la tarde de ese día, y mientras la caballería chilena, gracias a indisculpable y ya reacia poltronería de sus jefes, daba por cumplida su jornada de aquel día y de la víspera, recogiendo los cañones abandonados en la vía férrea, los destrozados cuadros enemigos acampaban en paz casi a su vista.

El ejército peruano había marchado, al contrario, sin detenerse durante cincuenta y una horas, y había descrito un círculo fatal de más de treinta leguas sin comer, sin dormir y sin pelear.

IV.

El ejército del general Buendía, derrotado sin haberse batido, descansó en Curaña la tarde y la noche del día 20 y la mañana del 21.

Todo su refrigerio consistió en dos o tres cabras distribuidas a cada batallón. Pero en la noche del primer día, el incansable coronel Suarez se adelantó a Tarapacá, y poniendo allí a requisición el patriotismo y el terror, juntó víveres, cabras, ovejas, llamas y hasta asnos para saciar el hambre de sus infelices soldados y apagar en el sueño su fiebre.

Quedó en su ausencia a cargo del campo el prudente coronel Bolognesi, jefe más antiguo, y éste hizo emprender la marcha hacia Tarapacá a las dos de la tarde del 21. Volvió a acamparse en la noche en medio de la pampa, y solo el 22 comenzó a penetrar la desdichada pero sufrida tropa en el verde oasis que ha dado su nombre a aquella provincia y es su antigua y afamada capital lugareña.

El general Buendía, profundamente desalentado por el revés del 19, no estaba a esas horas en aquella aldea sino en Pachica, tres leguas más adelante por el camino de la cordillera; y cuando supo por un expreso de Suarez que todavía tenía ejército, el pobre anciano no cupo en sí de gozo y regreso a

ponerse a su cabeza. El sarcástico Molina dice irónicamente que esta nueva le produjo “un acceso nervioso de amarga alegría”.

V.

La entrada de los peruanos a Tarapacá fue señalada por un hecho cobarde. “Ese día oculta un crimen, añade el escritor que acabamos de citar. El teniente Aguilar del batallón Zepita mató traidoramente al mayor Ortega del 2º Ayacucho”.

Pero ese día velaba también en el campo de los chilenos una densa sombra de índole diversa: la de torpe inacción que malograba los óptimos frutos de la sangre, de la estrategia y la fortuna. Nuestro ejército amodorrado en las calicheras, no movía todavía una sola patrulla en demanda del enemigo, que se rehacía a su vista.

Así pasaron los mortales días 20, 21, 22 y 23 de noviembre, dejando escaparse un ejército que fugaba a pie, teniendo nosotros montados a la puerta del cuartel general 500 magníficos jinetes. “¡Funesta inmovilidad! exclamaba con sobrada razón a este propósito un brillante escritor chileno que ha contado la leyenda de Tarapacá en una página clásica, ¡funesta inmovilidad a que no dejó de contribuir la extraña ausencia del general Baquedano, comandante general de caballería, a quien el ejército veía, con profundo asombro, ocupado en Pisagua en las modestas tareas de mayordomo de la intendencia de ejército, en los días en que sus valientes subalternos acuchillaban en Germania, bajo las órdenes del teniente coronel de guardias nacionales don José Francisco Vergara, a los Húsares de Junin y de Bolivia, o aguardaban en vano la voz de carga contra los quebrantados batallones peruano bolivianos al pie del cerro de la Encañada!”. (ISIDORO ERRÁZURIZ. *La jornada de Tarapacá*, folleto, diciembre de 1879.)

El grave cargo de esas palabras contra nuestra caballería no podía en esas horas hallarse mejor justificado.

VI.

Una nueva e importante circunstancia, que equivalía a una segunda y más feliz victoria, vino en seguida a poner más en relieve la situación y a acusar más a lo vivo el fenómeno de estas campañas a plazo en que la tenue voluntad inspiradora del gobierno central corrió por los alambres, trasmitiéndose como el virus invisible de las inoculaciones, ya al impetuoso

pero irresoluto general en jefe del ejército, ya al apático y más irresoluto ministro de la guerra, detenido el uno en su tienda por accesos sanguíneos que debilitaban su vigor moral y atado el otro, cual a un poste, en la cámaras de un transporte, donde acumulaba lentamente la plétora que más tarde, en hora infausta, le quitó la vida.

Esa coyuntura fue la ocupación pacífica de Iquique que dejamos referida en el capítulo precedente, y que se comunicó al campamento de Dolores el domingo 23 de noviembre a la hora de la misa.

Fue portadora de noticia tan feliz a Pisagua la goleta *Covadonga*, y de allí partió ese mismo día el ministro de la guerra y una gruesa guarnición para aquel puerto, según en el capítulo precedente lo dejamos contado, aquella mañana.

VII.

Se supo asimismo que, la guarnición de Iquique (la quinta división, del coronel Ríos), se había internado la víspera hacia la Noria, y era suposición lógica y natural como la rotación de las estrellas, que aquella fuerza se dirigía en busca de su centro, es decir, en solicitud del ejército maltratado pero no perdido del general Buendía.

La indicación de marchar con la caballería en demanda de ese ejército, parecía, en consecuencia, tan evidentemente señalada en la carta geográfica del desierto y en las nociones más elementales de la guerra, que hasta los soldados se preguntaban en los campamentos por la hora en que la nuestra ensillaría y se pondría al fin en acción. Su jefe yacía todavía perezosamente en Pisagua ocupado en menesteres que no incumbían ni a su puesto ni a su alta fama posterior, ampliamente merecida.

Al fin, en la tarde del 23 de noviembre, setenta y dos horas después de la dispersión de San Francisco, se sintió en la caballería tocar marcha y en seguida se la vio ponerse en movimiento hacia las pampas.

Pero ¡oh ironía! aquella salida en masa que arrebató sus alas al ejército, en lugar de ser una batida en persecución del enemigo diseminado, una exploración siquiera hacia sus guaridas, era solo un *paseo a Iquique*, que tenía por razón de ser, tristes diferencias de ánimo en la dirección superior de la campaña....

Era puesta, en efecto, la caballería a las órdenes del coronel Sotomayor, jefe de estado mayor, únicamente con el propósito sigiloso pero evidente de escoltarlo con suntuosidad en su caída; porque a esas horas la separación del ejército del hombre que había vencido en San Francisco, no obstante sus

notorios defectos de forma y sus más notorias cualidades de soldado, era cosa completamente resuelta.

VIII.

Y fue así como, política y militarmente, se preparó en el cuartel general de Santa Catalina el terrible episodio en que termina por el momento el primer acto de esta gran guerra de heroicidades sublimes y de absurdos insondables como las quebradas y abismos que rodeaban nuestros campamentos.

El coronel Sotomayor partió en consecuencia de San Francisco a la cabeza de 360 Cazadores briosamente montados, en la tarde del 23 de noviembre. Se acampaba aquella noche con escasa vitualla para su gente y sus bestias en el caserío quemado de Agua Santa, y al día siguiente, haciendo una esforzado jornada llegaba a Peña Grande, en la otra extremidad de la línea férrea, a la una de la tarde. Los caballos estaban fornidos para aquella excursión de recreo y circunvalación: pero para llevarlos al enemigo, ¡oh! eso era otra cosa, porque para eso habían de estar flacos, despeados, mal comidos e incapaces de servicio....

IX.

Al llegar a Peña Grande, el coronel Sotomayor capturó el equipaje del coronel Suarez que conducía de Iquique a Tarapacá su asistente, un gendarme de Tacna llamado Abarca, que no era ciertamente como el zapador de Pisagua, natural de Peumo. El asistente Abarca entregó todas sus cargas, incluso el archivo del estado mayor, que de esa suerte vino a ser prenda valiosa de los armarios de nuestra biblioteca.

Acompañaban al coronel en desgracia los tenientes coroneles Martínez y Dublé, y un grupo de jóvenes entusiastas de la falange entonces desmedrada y casi perseguida que había recibido, más por definición histórica que por apodo, el nombre de cucalones. Eran los más señalados entre éstos don Isidoro Errázuriz, los capitanes Edwards y Guerra Besa y el padre Madariaga, capellán del ejército. De modo que aquella alegre comitiva tuvo sustancioso pábulo a su buen humor en el mantel ricamente provisto de las salitreras y en el archivo no menos suculento del enemigo que huía, y cuyas primicias, revelaciones y escándalos allí saborearon...

X.

Como desde la cima de San Francisco, cuatro días hacía, el coronel Sotomayor había divisado también aquella tarde desde las pampas de Peña Grande. colosales columnas de polvo que recorrían la pampa hacia el occidente. Era la división del coronel Ríos, que un galope de pocos minutos de nuestros Cazadores habría dispersado como el polvo que la señalaba en aquella hora y que desapercibida se dirigía evidentemente a reforzar el ejército de Buendía. Pero como el viaje y los caballos estaban concertados solo para Iquique, jornada de 30 leguas hacia aquella ciudad, el jefe de la 5ª división a virtud de órdenes superiores, continuó su paseo el coronel Sotomayor, cambiando de paso las autoridades lugareñas y dejando gruesas guarniciones en Pozo Almonte y en la Noria.

Tuvo además en aquella ocasión noticia cierta el coronel Sotomayor de que el ejército de Buendía se encontraba en Tarapacá en número de cuatro a cinco mil hombres, y en el acto, con buen acuerdo, envió este importante aviso por duplicado al ministro de la guerra, quien se hallaba en Iquique desde la víspera, despachando tan importante aviso con un zapador conocedor de la pampa, y al general en jefe con un sargento de Cazadores que se le señaló como hombre despierto y animoso. En seguida el jefe de estado mayor clavó espuelas a su caballo, llegó a Iquique el 27 de noviembre, y su primera diligencia fue enviar al cuartel general de Dolores su renuncia.

El paso era lógico y casi inevitable. ¿No era a eso a lo que había venido desde Dolores? Fue aquella una caída solemne y con escolta, como hay otras...

XI.

Entretanto, y como se sabía ello de antemano con plena certidumbre por el telégrafo de Pisagua en Dolores, nuestra caballería, diseminada sin objeto alguno plausible en los parajes más inadecuados de la pampa del Tamarugal había encontrado a Iquique y su trayecto sin un solo soldado, sin un gendarme siquiera.

Todo lo contrario. El día 24 se había cruzado según vimos con la división Ríos, que ese día se dirigía de la Noria a la Tirana, habiendo partido ésta de Iquique, o más bien de la estación del Molle el sábado 22 por la noche. En consecuencia, esa fuerza bisoña que caminaba solo de noche, ocupaba ese mismo día (24 de noviembre) la aldea de la Tirana, que es un bosquecillo de molles con cinco o seis casuchas, como Curaña, en la línea opuesta de Pisagua a Tarapacá, es un corral de cabras y de ovejas.

XII.

Se componía aquella columna de unos ochocientos hombres de tropas colecticias pero animadas de notable espíritu patriótico, porque eran fuerzas voluntarias de los lugares. Eran las milicias de Iquique, de Pisco, del Loa y de Tarapacá mismo que defendían a la vez la patria colectiva y sus hogares; y marcharon en esta virtud en sus filas solo soldados resueltos, habiéndose liquidado los poltrones, antes de salir, por el susto, el escondite y la deserción.

Formaba el núcleo de la columna en marcha el batallón cívico de Iquique, que mandaba el entusiasta joven don Alfonso Ugarte, hijo del pueblo, rico industrial pero que no tenía en su alma patriótica una sola costra de caliche. Se componía su cuerpo de 300 hombres, y eran su segundo y tercer jefe el doctor Latorre, un buen abogado de Moquegua, hoy prisionero en Chile, y el escribano del puerto don Rosendo Ballon, muerto hoy como su jefe.

Era capitán instructor de este cuerpo el sargento mayor don Tomas Ballon, natural de Arequipa, y entre los capitanes figuraban el escritor iquiqueño Olivencia, los nombrados Burgos y Ocampo, hijos de Moquegua, el capitán don José S. Mayo, arequipeño, y un capitán Infantas, notorio por sus infamias ejecutadas en los prisioneros de la *Esmeralda* en Iquique y que unos hacen nacer en Lima y otros en Chile. De todas suertes, el capitán, hoy mayor, don Lorenzo Infantas, es el único oficial superior del batallón Iquique que no ha sido hecho prisionero, acaso porque no ha sabido cumplir su deber con la espada como con el látigo, acaso porque no merecía tal honor.

XIII.

Fuera de Iquique, venían camino de Tarapacá, tres columnas llamadas Loa (200 plazas), Columna Tarapacá (200 plazas) y Columna Naval (200 plazas).

Mandaba la primera, compuesta casi en su totalidad de bolivianos, el distinguido oficial de esta nacionalidad, González Flor, que antes del ascenso de Daza, su émulo, a la presidencia, había sido comandante de los *Colorados*, y ganaba ahora honrada vida como tenedor de libros en Iquique.

La columna Tarapacá, en la que había sido refundida hacia poco cierta tropa de mal nombre, venía a las órdenes de un abogado oscuro de Arequipa llamado Aduvire, porque en el Perú los doctores sobran para todo; pero era su segundo jefe un valiente y acreditado oficial limeño, tipo arrogante de soldado, el capitán don Francisco Perla, a quien una bala daría en breve cuenta

de tumultuosa y tumultuaria vida. (En los anexos de este capítulo hay una nota original del coronel Ríos sobre la reorganización de la columna de Tarapacá, tildada de inmoral e indisciplinada.).

Por último, era jefe de la columna Naval, compuesta de los fleteros de Iquique, un inteligente y ardoroso doctor de Piura, paisano de Grau y de Montero, hombre de corazón y de prestigio entre los suyos, el doctor don José María Meléndez, que debería rendir noble existencia, junto con su hermano el capitán Sisto Meléndez, en la sangrienta jornada a que se encaminaba.

XIV.

La división Ríos, cuyo valiente y honrado jefe ya conocemos, descansó durante el día 24 de noviembre en la Tirana, mientras a pocas millas reposaba el coronel Sotomayor en Peña, Grande; y el martes 25 por la tarde la fatigada soldadesca, atravesando la pampa de Isluga, descendía hambrienta, descalza y fatigada a la quebrada de Tarapacá, por el camino de Huaraciña, que es su única entrada de tránsito frecuentado para los que vienen por el llano. La columna de Iquique había recorrido no menos de 50 leguas en menos de tres días. Así andaban los peruanos, mientras nosotros dormíamos y nos desperezábamos....

XV.

Los vencedores de San Francisco enclavados, en efecto, como en un leño al pie del cerro de su victoria, no habían recorrido a esas horas ni siquiera igual número de kilómetros. A lo más, si los jefes de la división Ríos hubiesen venido preocupados de su ruta, habrían alcanzado a distinguir, al penetrar en la honda garganta desde la planicie, un grupo de hombres agazapados bajo un bosquecillo de molles a cien metros de la senda. Eran aquellos dos exploradores chilenos y un indio de Macaya, aldea de las quebradas fronterizas, que en aquel mismo día habían aquellos cautivado.

Lo que semejante servicio de exploración en esas horas y en ese lugar significaba, es lo que habremos de conocer en el próximo capítulo.

ANEXO AL CAPÍTULO XXVIII

NOTA INÉDITA DEL CORONEL RÍOS SOBRE LA REORGANIZACIÓN
DE LA COLUMNA TARAPACÁ.

COMANDANCIA GENERAL DE LA 5ª DIVISIÓN.

Iquique, octubre 25 de 1879.

B. S. J.

La completa desorganización e indisciplina en que se encuentra la columna Tarapacá, según lo he manifestado a US. repetidas veces, me obliga nuevamente a dirigirle el presente oficio, exponiéndole lo conveniente que sería refundir tal cuerpo en el batallón Cazadores de Tarapacá, cuya moralidad y buen orden se complace en reconocer esta Comandancia General, creyendo que daría benéficos resultados el aumentar las fuerzas de que se compone en la actualidad.

Como comprobante de la justicia con que solicito la unión de la columna de Tarapacá al batallón del mismo nombre, elevo a US. los dos partes que con fecha de ayer me ha dirigido el coronel, primer jefe de la primera, y los que ponen de relieve la desmoralización en que se encuentra el referido cuerpo, causando el desprestigio de las guardias nacionales.

La desavenencia que reina entre los jefes y oficiales, que ocasiona continuas insubordinaciones, la inasistencia de la oficialidad, que no da cumplimiento a sus deberes, las repetidas solicitudes de licencia final, los muchos juicios que se han seguido y las múltiples e inevitables deserciones, vienen comprobando de un modo palmario y evidente que es necesaria la medida que propongo.

Por otra parte, la escasez del erario, que no puede atender debidamente a los buenos servidores de la nación, cte., cte.

José Miguel Ríos.

Al benemérito señor general jefe de estado mayor general.

CAPÍTULO XXIX.

LA MARCHA POR EL DESIERTO A LA “ENCERRONA DE TARAPACÁ”.

La división Arteaga en Santa Catalina.- Casual agrupación de jefes impacientes: Ramírez, Toro Herrera y Santa Cruz.- Llega a Santa Catalina el teniente coronel Vergara y proyecta una exploración hacia Tarapacá.- Oportunidad de esta medida, pero aparece su defecto originario desde que la caballería había sido enviada a Iquique.- Los comandantes Vergara y Santa Cruz salen con 400 hombres en dirección a Dibujo.- Envían de explorador al capitán Laiseca.- Se adquiere en Dibujo certidumbre que el enemigo está en fuerza en Tarapacá, y en lugar de replegarse, el jefe de la expedición manda al capitán Gana a pedir refuerzos.- Alboroto en Santa Catalina por ir a la “encerrona de Tarapacá”.- El general Escala consiente en la expedición “a donde el diablo perdió el poncho”.- Se organiza a toda prisa una división de 2.000 hombres con diez cañones en Santa Catalina.- Aceleramiento, imprevisión e inexperiencia en todo y por todos.- Ni agua, ni víveres, ni parque, ni forraje, ni ambulancias, ni reservas, ni avanzadas.- Carácter y honrosos antecedentes del coronel don Luis Arteaga.- La división que éste manda se concentra en Dibujo en la mañana del 26 de noviembre y se acampa en medio de la pampa al rayo del sol.- No encuentra la columna Vergara que ha salido en la tarde precedente.- Accidentes de mal augurio en Dibujo.- Corazonada del coronel Arteaga por regresar a Santa Catalina.- El comandante Vergara le escribe rogándole se ponga inmediatamente en camino.- El campamento de la pampa de Isluga y sus horribles sufrimientos.- Ni una gota de agua en 30 horas.- El comandante Vergara se adelanta al amanecer del 26 con cuatro Granaderos al borde de la quebrada de Tarapacá, se reúne al capitán Laiseca y sabe por éste que las fuerzas enemigas son considerables.- La impetuosidad del jefe chileno lo arrastra al abismo.- La marcha de la sed.- La división Arteaga se junta con la columna Vergara en la pampa de Isluga.- Aglomeración de faltas en la víspera de la batalla.- La sed y el cansancio, el hambre y el insomnio como preliminares del combate.

“Mientras tanto, en el campamento de Dolores se aprestaba una expedición de ciento y tantos Granaderos hacia Tarapacá: más, al saberse que en dicho punto no habría menos de 4.500 de los derrotados, se equipó una división numerosa de 2.400 hombres de las tres armas. Estos salieron ayer de madrugada y es natural que hoy en la tarde estén sobre los mal armados y peor provistos enemigos.

Si se opera con inteligencia, les harán una *encerrona de primer orden*, y no es mucho suponer que a esa hora tengamos unos 2.000 o más prisioneros, porque si ellos, al aproximarse los nuestros, no han bajado a la pampa para huir al norte, no tienen escapatoria, pues la quebrada de Tarapacá es muy estrecha y no ofrece facilidades para la retirada de mucha gente al interior”.

(Correspondencia del *Mercurio* desde Iquique, noviembre 27 de 1879, por la noche).

“Anoche a las doce llegó el *Amazonas*, tomó a su bordo al general Escala para llevarlo a Pisagua, de donde se dirigirá a Dolores. Su repentina marcha ha producido alguna inquietud. Se cree que la vanguardia de la división sobre Tarapacá haya encontrado inconvenientes para avanzar”.

(Correspondencia del *Mercurio* desde Iquique, noviembre de 1879, por la mañana).

I.

Cuando en la tarde del domingo 23 de noviembre desfilaba en su tránsito de la oficina de San Francisco, cuartel general de la caballería, a la de Agua Santa la escolta del coronel Sotomayor, desarrollando frente a Santa Catalina inmensa y polvorosa cauda de jinetes, los oficiales acampados en la última posición salían a los rieles a interrogarlos con envidia. Van a batirse, presumían, van a buscar los restos del ejército peruano en el desfiladero de Tarapacá y en seguida a forrajear en sus verdes potreros y canchones.

Pero no sería eso, que era lo natural y lo indicado aunque tardío, lo que ejecutarían los paseantes de a caballo, sino que en lugar de ellos serían los infantes y los cañones, el absurdo y el heroísmo, en una palabra, todo lo que había en Santa Catalina, campamento crudo todavía, lo que sería enviado en confusa masa al encuentro del enemigo.

Y vamos a ver de que singular manera.

II.

Al día siguiente de la batalla de San Francisco, la división Arteaga, que no había tenido la fortuna de tomar parte en el combate, según vimos, marchó a acamparse en Santa Catalina, porque alrededor de Dolores no tenía cómodo hueco.

“Ayer a las seis de la tarde, escribía desde su nuevo campamento un oficial del 2º de línea a su joven esposa en Caldera, hemos salido de Dolores y llegamos a este punto a las dos de la mañana. Lo poco que habíamos descansado unido a la caminata, me tiene molido, mis pies son una empanada. Hoy di gracias a Dios porque después de dos días de comer galleta y agua, comí una carbonada de carne fresca con arroz. Si me vieras lo negro que estoy, quizá no me conocieras”. (El teniente agregado don Jorge Cotton Williams, sobrino del ex contralmirante de su apellido, hijo de un capitán norteamericano, nacido en Talcahuano, y al estallar la guerra teniente del resguardo de Caldera, donde se alista como voluntario, llevando a Antofagasta la primera remesa de atacameños, que fue incorporada en aquel valiente regimiento.)

III.

Se hallaban allí reunidos, en consecuencia, algunos de los jefes más entusiastas del ejército, el bravo comandante Ramírez, contrariado por no haber tomado parte con su espléndido regimiento ni en Pisagua ni en San Francisco; el comandante Santa Cruz cebado en la lucha y en la gloria desde la primera de aquellas jornadas, Domingo Toro Herrera, bisoño pero noble voluntario de la guerra, que tenía celebrado pacto fraternal con Santa Cruz para pelear y morir juntos.

Se agregó a este grupo de impacientes, todos más o menos favoritos del general en jefe, y que por esto los había retenido a su lado en el Hospicio, su secretario el comandante Vergara, empeñado desde Germania en ganar como adalid las empresas de vanguardia.

Y como éste, en virtud de su afición de ingeniero, se había hecho desde Antofagasta el cosmógrafo mayor del ejército, adueñándose de los derroteros y nociones geográficas del desierto, comenzó a proponer a sus jóvenes compañeros desde el primer día de su arribo, una expedición de exploración hacia Tarapacá, donde, por el rumbo de las polvaredas y otras vagas noticias, se suponía al enemigo.

IV.

La idea hasta ese punto era feliz y oportuna. Había logrado saberse por algunos indios o dispersos, que los derrotados de San Francisco habían ido a refugiarse en número de 1.500, más o menos, en aquella dirección, y era adecuado plan, aunque moroso, salir y perseguirles *cuatro días* después de su desastre.

Más, la única arma que la estrategia señalaba para ese servicio era la caballería, y la caballería había sido llevada a los médanos de Iquique, como pudiera haberlo sido a los de Pisagua o haberla embarcado para Valparaíso o Talcahuano, en cualquiera de las caletas del litoral vecino.

En consecuencia de este absurdo inverosímil, el activo comandante Vergara, de acuerdo con el comandante Santa Cruz, combinaron la formación de una pequeña columna de exploración, que sería compuesta de la brigada de Zapadores (dos compañías), una sección de artillería de dos cañones de montaña llevados a mula, y de la compañía de Granaderos del capitán Villagran, que el comandante Vergara conocía ya desde su excursión a Tana en la víspera de la batalla de San Francisco.

La columna así compuesta, constaba de 260 zapadores, 116 Granaderos y 22 artilleros que comandaba el alférez Ortúzar con dos Krupp de montaña: total 398 combatientes.

Debemos advertir, sin embargo, que el coronel Velázquez, jefe de artillería, recomendó a los expedicionarios llevarsen consigo una batería completa de montaña, porque dos cañones aislados son muchas veces más un peligro que una ventaja. Los exploradores, confiados en la *encerrona*, rehusaron.

Se pidió inmediatamente, permiso al bondadoso general en jefe, que nada sabía negar a su secretario, y acordado aquél en Dolores, se puso en marcha hacia el naciente la pequeña división, en la tarde del 24 de noviembre, avanzando esa noche hasta Dibujo. Los que habían visto desfilar con noble emulación la columna de jinetes del coronel Sotomayor en la víspera, estaban ahora satisfechos. En la pampa del Tamarugal había pampa para todos.

V.

Entretanto, la única precaución de exploración militar anticipada, tan preciosa y obvia en casos de reconocimiento de lo desconocido, que el jefe de la columna expedicionaria tomó, fue despachar adelante un práctico de los lugares que en el mes de julio habían enviado desde Chile, y que fastidiado de la inacción en que le tenían en el campamento, había ido a alojarse a Santa Catalina, camino de Iquique. Era éste el capitán don Andrés Laiseca, hijo de un antiguo y honorable cónsul de Colombia en Chile, minero de profesión y que en años atrás había trabajado vetas de azufre en la quebrada de Sibaya, que es la prolongación andina de la de Tarapacá, no lejos del volcán de Isluga.

Laiseca, hombre sordo pero advertido y animoso, había aceptado de buen grado la riesgosa comisión de llegar por senderos extraviados a la quebrada de Tarapacá y contar allí al enemigo, como el fraile de Rancagua.

“Y fue porque les cortaron la agua

“Y un fraile que *los contó*”

(Trova popular alusiva a la derrota de los patriotas en Rancagua el 1° de septiembre de 1814.)

VI.

Se puso en movimiento el capitán Laiseca en la media noche del 24 de noviembre, disfrazado con traje de indio y acompañado de un arriero que tenía

ceño y rostro de indio boliviano, pero que no había tomado jamás en sus manos un fusil.

Y ocultándose ambos con destreza por entre las sinuosidades del llano, donde hicieron cautivo a un indio de Macaya, que había venido a recoger chamiza de Tamarugo, lograron ponerse en acecho en la tarde del 25 a la bajada de la quebrada de Tarapacá, punto de mira de su expedición.

Eran éstos, por tanto, los tres exploradores que antes dijimos vieron desfilar uno a uno a los ochocientos soldados de la división Ríos, cuando fatigada y revuelta bajaba a la quebrada por Huaraciña.

Laiseca contó hasta ochocientos hombres y pudo conocer individualmente a muchos oficiales que le habían sido familiares en Iquique, y especialmente al comandante Alfonso Ugarte, cuyos vistosos galones brillaban a los reflejos del sol que caía hacia el ocaso.

El capitán chileno pasó aquella noche en vela con su arriero y su indio metidos en un bajío, y habiendo descendido cuidadosamente al valle antes de amanecer, pudo cerciorarse que los peruanos reforzados con la división de Iquique, no podían bajar de tres o cuatro mil hombres como *mínimum*.

VII.

Parecía lo natural, y lo era por demás, que en tal situación, el comandante Vergara hubiese esperado en Dibujo el regreso de su emisario, portador de tan grave noticia. Pero no sucedió eso absolutamente.

Al contrario, informado por un arriero que desde Tarapacá había venido a Dibujo a llevar el equipaje rezagado de un oficial de artillería y que fue hecho prisionero por sorpresa, de que aquella era la situación aproximada del enemigo en Tarapacá, en lugar de contramarchar a Santa Catalina como habría sido más prudente, o de esperar órdenes y refuerzos en el cantón que ocupaba, se limitó el comandante Vergara a solicitar los últimos en escaso número de tropas, despachando a Santa Catalina y a Dolores al activo capitán de ingenieros don Emilio Gana, que le acompañaba como ayudante junto con el capitán voluntario don Bolívar Valdés. Le parecía al bisoño pero brioso aficionado que con un batallón del regimiento 2º de línea habría tenido sobrado para la empresa. El comandante Vergara iba poseído del vértigo de la *encerrona*....

VIII.

Puso su caballo a galope hacia Santa Catalina el capitán Gana a las ocho de la mañana del 25 de noviembre, día martes; y cuando llegó a aquel

campamento resultó que todos, absolutamente todos, querían ir a participar de las fatigas y de la gloria de la fácil “encerrona sin escapatoria” de Tarapacá.

Había en aquel impulso mucho de generoso ardimiento y no poco de pueril alboroto; y fue, en consecuencia, preciso, que el emisario continuara su excursión hasta Dolores para consultar el caso con el general en jefe.

Hacía éste en ese momento sus aprestos para marcharse a Iquique, intempestiva pero autoritariamente llamado por el ministro de la guerra en campaña a aquella ciudad, vía Pisagua; de suerte que tomando en liviana cuenta aquel episodio de marcha y aquel permiso de condescendencia, lo otorgó sin dificultad el general Escala, si bien añadió sonriéndose:- “¿A que diablos van a meterse a esos lugares donde el *diablo perdió el poncho*?.... En lugar de ustedes yo no iría”.

Era el instinto certero de soldado el que iluminaba en ese momento la sonrisa del general Escala; pero más les habría valido, en tal coyuntura el agrio gesto del comandante en jefe. Si él no tenía voluntad de ir la buscar el poncho del diablo, no debió consentir en que sus subalternos fueran a perderlo.

IX.

Regresó con motivo de todo esto el capitán Gana a Santa Catalina a las oraciones del 25 con la alegre nueva del permiso, e inmediatamente todo fue aprestos, alegría y bisoñadas en la división Arteaga. Se mandó a los ayudantes de servicio racionar la tropa para dos días y en seguida atropelladamente comenzaron a desfilarse los cuerpos, los unos a pie, los otros en convoy por el tren hasta Dibujo.

Al amanecer del día 26 toda la división Arteaga se hallaba reunida al mando de este valeroso pero inexperto jefe, agrupada alrededor del miserable caserío de Dibujo y de su aguada: dos chozas de tabla, un pozo, un balde y mucho viento.

Se componía la división exploradora de cerca de dos mil hombres en esta forma:

Regimiento 2º de línea.....	950 plazas.
Batallón de Artillería de Marina.....	398 “
Batallón Chacabuco.....	414 “
Batería de artillería de montaña.....	48 “
Escolta de Cazadores.....	30 “
Total.....	1.840 plazas.

En la prisa del entusiasmo los jefes expedicionarios habían dejado una buena parte de la tropa en Santa Catalina, floreado los soldados. Tan solo del 2° quedaron más de 200 combatientes y en igual proporción de los otros.

Pero había que agregar a esta fuerza la columna del comandante Vergara, que según antes apuntamos, constaba de 400 plazas. El total general era de 2.300 combatientes y es esta la cifra exacta, mitad de la que se atribuía al enemigo, la que apunta el coronel Arteaga en el verídico y circunspecto parte oficial de su corta y desgraciada campaña.

Si la división de Santa Catalina hubiese marchado completa, habría podido presentarse en línea de batalla cerca de tres mil hombres: y hechas las cosas así, otro habría sido el desenlace.

Justo es agregar también en esta parte que los cuatro cañones Krupp que el mayor Fuentes condujo directamente de Dolores a Dibujo, habían sido solicitados por el coronel Arteaga en previsión de un encuentro serio.

Contando con cuatro pequeños cañones de bronce que llevaba la Artillería de Marina, la expedición quedaba en consecuencia compuesta de dos mil infantes, 150 caballos y diez piezas de artillería.

Las piezas llevaban en sus armones un regular repuesto de granadas y metralas y la infantería 150 tiros, escasa provisión, en sus morrales.

X.

En consecuencia, y tal como había marchado aquella división de las tres armas, era suficiente para la empresa a que se la destinaba contra enemigo acobardado, deshecho y que no tenía un solo cañón ni un solo jinete. La cuestión a esas horas no era, a la verdad, de número ni de bizarría, sino simplemente de cautela, de pericia, de ciencia militar en el desierto. Todos eran bravos y hartos con su sangre y su martirio lo probaron. ¿Pero era alguno de ellos soldado y jefe en el sentido técnico de la palabra?

XI.

Había heredado el coronel don Luis Arteaga, jefe de la división, de su padre el comandante don Joaquín Arteaga, un valor impasible pero heroico. Hombre de honor, de deber y de instrucción científica, cadete en 1843, oficial de artillería en la escuela especial de esta arma en Metz, de Francia, a donde le enviara el gobierno en 1847, conquistó en seguida honrosamente sus grados en inteligente y laborioso trabajo de oficina, adquiriendo en este oficio notable competencia. Pero exceptuando una sola ocasión (1865), nunca había mandado un cuerpo, menos había hecho una campaña. Era lo que se llama un

oficial sedentario, un excelente oficinista, y por esto no habría estado mal indicado para organizar como jefe o como segundo, nuestro estado mayor, incipiente en esa época.

Pero improvisado jefe de una expedición en un desierto, en que todo está sometido a condiciones extraordinarias y difíciles, padeció el cadete de Metz las alucinaciones de la confianza y de los libros. Y de esa suerte fue víctima de todos los engaños del miraje, cuyos singulares fenómenos tenemos ya señalados.

La idea de la fácil “encerrona” de los peruanos en una jaula de piedra, fue en aquella ocasión el *espejismo* de todos los corazones y de todos los ojos...

XII.

En primer lugar, marchando hacia lo desconocido, no se contaba con nociones ciertas de la posición del enemigo; no se conocía ni de oídas el terreno del tránsito ni del posible encuentro; se carecía por completo de guías, pues ya hemos dicho que solo el capitán Laiseca era práctico, y este andaba a esas horas explorando la quebrada.

Verdad es que todo esto más o menos, podía subsanarse o escusarse; pero desde que era preciso llevar una división pesada, con diez cañones y dos mil infantes a través de inclemente desierto, por espacio de diez o doce leguas, lo que no tenía humana disculpa entre soldados era que no se llevasen víveres suficientes, agua en escasez o en abundancia, y ni siquiera un pequeño parque de repuesto. Menos se cuidó de avanzadas en la forma debida, menos de señalar reservas, ni siquiera para el caso de fortuna o de revés, de una simple sección de ambulancia.

Nadie se preocupó tampoco de las pobres bestias de la caballería y de las mulas que llevaban los cañones, porque no se cuidó de llevar un grano de cebada cuando la había en abundancia, menos una gota de agua que era escasa pero que equivalía a la vida. No. Hecho todo eso así, no era aquella una expedición militar: era una heroica y atolondrada calaverada. Y tal resultó.

XIII.

Tuvo, sin embargo, el coronel Arteaga al llegar a Dibujo una corazonada como la del “poncho del diablo” del general en jefe el día de la víspera. A su arribo a aquel triste apeadero del desierto al amanecer del 26, no encontró al impetuoso comandante Vergara (originador principal de la expedición y su aguijón más vivo), porque este entusiasta voluntario había

querido adelantarse hacia el oriente, sea para llegar primero, sea para comprometer a los que venían atrás a seguirle.

Se había, en efecto, puesto en marcha hacia Tarapacá a las 3 de la tarde del 25, a la hora en que su ayudante, emisario de ligera, llegaba a Dolores en demanda de permiso y de refuerzo. Vergara y Santa Cruz habían salido adelante con los Zapadores y la artillería de Ortúzar. El capitán Villagran partió con los Granaderos dos horas más tarde, a las cinco, reuniéndose todos en la pampa de Isluga a las diez de la noche y a tres o cuatro leguas de la quebrada de Tarapacá. Todo lo que había dejado el jefe de la columna de vanguardia en Dibujo era un oficial de Granaderos (el alférez don Liborio Letelier, hoy prisionero del enemigo) acompañado de un soldado para dar aviso de su marcha, inconsulta y talvez un tanto insubordinada.

¿No había en todo aquello la festinación de un incomprensible vértigo?

Al notar aquella desaparición de su vanguardia, que en toda otra circunstancia habría podido tomarse como un caso de indisciplina, el jefe de la expedición, lo tuvo a mal, y aun significó a sus ayudantes su propósito de regresar a Santa Catalina. ¡Pluguiera al cielo lo hubiera hecho!

XIV.

Entretanto, y mientras se recibían avisos de lo que a vanguardia ejecutaba el comandante Vergara, la división del coronel Arteaga se acampaba en la ventosa y desolada pampa de Dibujo, trabajada por una resolana abrasadora y un terral sofocante levantado en campos salitrosos por recio y casi perenne vendaval.

Los pobres soldados se protegían al abrigo de sus mantas echadas sobre los pabellones de armas y los jefes y oficiales a la sombra de sus extenuados caballos. Se erigió una que otra tienda de campaña arrimada a un muro de caliche; y con este motivo aconteció un lance casual que para muchos fue un augurio. Notando unas paredes desmoronadas fueron a buscar en ellas asilo los jefes del 2º, Ramírez, Vivar, los ayudantes Arrate y Gárfias Fierro, el cirujano Kidd y otros oficiales para gastar en la charla las largas horas del tedio y del calor. Más, según hoy se cree, aquel derruido edificio, desprovisto de techo, había sido en otro tiempo depósito de pólvora para el trabajo de los calichales; y aunque no había indicios visibles de esa sustancia en la superficie, resultó que al arrojar en el pavimento las cenizas de su pipa el cirujano Kidd, se produjo un incendio y violenta llamarada que corrió buen trecho por la pampa, formando una especie de sendero de humo y fuego.

Salvaron todos los que adentro había sin otra lesión que el susto; pero perdieron los más sus escasos arreos de viaje, y el comandante Vivar su propia

casaca que se había quitado poniéndola de almohada. La substituyó para el caso alegremente con la túnica de un soldado de su cuerpo, bien ajeno de que aquel arbitrio le costaría sangriento ultraje en su agonía.

XV.

El coronel Arteaga había, entretanto, despachado un expreso al comandante Vergara, ordenándole dar vuelta para organizar debidamente la marcha total de la división; y como aquél contestara que se hallaba demasiado avanzado en la pampa para retroceder, y señalaba como preferible la reunión de las fuerzas en su improvisado campamento de Isluga, se dio a medio día la orden de ponerse en marcha a las tres de la tarde.

Se recomendó a los jefes de cuerpos hicieran llenar sus caramayolas a los soldados en el escaso pozo de Dibujo; pero se hizo esto con tan poco arte y exceso de premura que apenas la mitad de los soldados alcanzó a proveerse de tan indispensable elemento de marcha y de combate. En el desierto el agua es para el hombre lo que la pólvora en la batalla es para el rifle.

XVI.

¿En cuáles empeños y quehaceres había pasado entretanto aquel afanoso día de desesperante calor el infatigable comandante de la columna de vanguardia? Dejando a ésta en medio de la pampa a las órdenes del tranquilo Santa Cruz, se había adelantado el teniente coronel Vergara animosamente, acompañado de cuatro granaderos, hasta la margen de la quebrarla, a fin de inspeccionarla personalmente y tomar leguas, reuniéndose con el explorador Laiseca. No tardó éste en divisar la silueta de los jinetes chilenos en la orilla del alto barranco, y en llevarle la grave noticia de lo que en el fondo del oasis tenía observado. Laiseca había entrado de incógnito hasta las calles de Tarapacá, donde estuvo al aprehenderlo un piquete del Dos de Mayo que hacia la ronda de la población.

El comandante Vergara oyó con no disimulado disgusto el cálculo de tropas que hacia su emisario, atribuyéndolo a ponderación o a jactancia. Estaba resuelto a dar un golpe que aumentara el brillo de su renombre de Germania, y le era duro hasta la culpa y la temeridad torcer bridas desde el campo incauto y dormido del enemigo.

Regresó, por consiguiente, a su campamento, acompañado del capitán explorador, ocultando su mal humor a sus compañeros de empresa que soportaban a esas horas, sin alimento y sin agua, con estoica resignación, la

insoportable angustia de una atmósfera calcinada. Los caballos mismos respiraban fuego.

XVII.

Fueron esos los momentos en que el comandante Vergara recibió, más que el aviso, la orden de regresar hacia Dibujo, y si hubiera sido como debió serlo en tal momento soldado subordinado y no consentido capitán y omnipotente secretario, se habría ahorrado talvez a la República el luto de la más gloriosa pero al mismo tiempo de la más sangrienta y estéril jornada de sus armas, sin excepción alguna conocida.

Pero el joven candidato al comando en jefe de la caballería y a la cartera de la guerra, se obstinó en su idea; y ésta es su sola culpa; no la de la iniciativa, como se ha dicho, porque esa fue su honra.

La marcha de Tarapacá, emprendida en condiciones verdaderamente militares, habría sido una espléndida y fácil victoria, como habrá de tenerse ocasión de verse más adelante. El error y la falta se vincularon en los detalles técnicos, que en las guerras especiales como las del desierto lo son todo. “El número del enemigo (decía con sinceridad el comandante Santa Cruz, uno de los ejecutores de aquel plan, en una carta íntima que vio más tarde la luz pública), las *condiciones, aptitudes y posiciones*, fueron *ignoradas* hasta el *momento mismo* del ataque”.

XVIII.

En consecuencia de todo esto, y sin darse más descanso que el de unos pocos minutos, el comandante Vergara volvió a montar a caballo y galopó al encuentro del coronel Arteaga en la llanura.

Eran las once de noche neblinosa y frígida, pálidamente iluminada por velada luna, cuando los dos jefes se encontraron y se reconocieron en la inmensa pampa; y platicando, al tranco del caballo, llegaron al llano arenoso de Isluga a las doce y diez minutos de la noche. Todo el campo se levantó a esas horas para pedir agua, y los calcinados Zapadores y Granaderos iban de grupo en grupo pidiendo la misericordia de un trago de agua a cada uno de los recién llegados. El mismo Santa Cruz solicitó con encarecimiento de un antiguo conocido, el alférez de artillería don Julio Puelma, un sorbo de su caramayola “por caridad”.....

Pero los que llegaban no la traían tampoco, y los infelices soldados delanteros lamían el húmedo rocío de la camanchaca en los pliegues de sus capotes para refrescar sus fauces secas y enardecidas como lava.

“Jamás, escribía a su madre un robusto mocetón, oficial de Zapadores, contándole las penalidades del avance de su cuerpo, jamás, en ninguna de las marchas había sufrido lo que en esta. Supóngase, caminar por terrenos ásperos por demás, con un calor que es precisamente donde el sol deja conocer su poder, y sin agua. Todo esto contribuyó a que yo me encontrase en un estado de cansancio inexplicable; por consiguiente, era uno de los oficiales atrasados, pero como en mi mitad también se encontraban algunos en el mismo estado o estaban peor, así fue que venía una larga *melga* de oficiales y tropa dispersada por el camino.

Se me ocurre sacudir mi caramayola y sentí moverse algo: era un barro colorado que por el moho y otras cosas se cría en la caramayola, lo vi en el acto me lo tomé y lo encontré tan rico como Ud. no puede formarse una idea; con esto cobré ánimo y principié a reunir mis soldados y apenas pude juntar trece, me dirigí tras mi compañía”. (Carta del alférez de Zapadores don Ricardo Canales a su madre la señora Emilia Negrete de Canales. Tarapacá, noviembre 30 de 1879. En esta misma carta se dice que los Granaderos de la columna Vergara encontraron el día 25 unos pobres indios que venían arreando unos borricos, los cuales indios, interrogados, aseguraron que venían a buscar trabajo en las salitreras, inducidos por el hambre. En cuanto al enemigo, dijeron que estaba en Tarapacá en número de 400, sin municiones y esperaba un refuerzo (la división Ríos) de Pozo Almonte.

La noticia era en su tanto exacta, porque para el indio contar por centenares los miles o viceversa es una misma cosa.

Respecto de la marcha de Ríos era tan próxima en aquel momento, que según informes peruanos, estuvo al darse un encontrón con los Zapadores en su campamento por el extravío de los guías, a quienes por esta causa el coronel Ríos hizo dar 25 azotes, obligándoles a marchar con dos fusiles a la espalda.)

XIX.

La división de Tarapacá tenía delante de sí y había ido a buscarlos, por la sola culpa de los jefes, “por la mala disposición” como decían resignadamente y estoicamente los soldados, después del desastre, los tres enemigos que habían llevado vencidos y maniatados a los peruanos hasta el pie de la cuchilla de San Francisco: el hambre, el insomnio y la sed.

Había que agregar ahora otro daño a aquellos, y era el de que las huestes de la Alianza nunca conocieron el cansancio. El recio soldado chileno no es buen andador; y va dejando en todas partes, espesa hilera e interminable cola de rezagados.

La impericia nos devolvía por consiguiente su primera y terrible lección. Los papeles de San Francisco estaban trocados. Solo el valor, el patriotismo y el honor militar, estos atributos sublimes del soldado chileno, no

habían cambiado, y la hora de probarlo estaba ya cercana. “Como siempre, escribía al este mismo propósito y con acierto profético un oficial de nuestro ejército desde el cantón de Dolores el 28 de noviembre, como siempre parece que la previsión y aun la dirección en todas las brillantes pruebas del ejército, faltara por completo. Se deja todo al valor salvaje del soldado, al ardimiento de nuestra sangre, nada a la inteligencia y a las felices y utilísimas indicaciones del arte, y ni aun se practican siquiera las más rudimentales combinaciones que marca la táctica militar, cartilla que nuestros jefes aprendieron desde el primer día de cuartel. Decimos esto porque se ha dejado marchar tranquilamente al enemigo hacia Tarapacá, donde probablemente va a rehacerse y a fortificarse. Y en este caso ¿que hemos ganado después de tan espléndida victoria?”.

Los presentimientos vagaban inquietos en todos los corazones.

CAPÍTULO XXX.

EL CAMPO DE BATALLA.

El plan de ataque da la media noche, y completa fascinación de los jefes sobre el éxito.- Topografía de los lugares en que iba a librarse la batalla.- Las quebradas de la cordillera de Tarapacá, según los planes del virrey Amat.- La quebrada de Tarapacá desde *Pachica a Huaraciña*.- El pueblo de Tarapacá y el paso de *Quillahuasa*.- La cuesta de la *Visagra* y el cerro de la *Minta*.- Se distribuye la división expedicionaria en tres subdivisiones.- El comandante Santa Cruz se dirige con 500 hombres y cuatro cañones a *atranca* a los peruanos en Quillahuasa, y el comandante Ramírez con su regimiento y dos cañones a empuñarlos desde Huaraciña.- El coronel Arteaga completará el cerco, atacando de frente con el Chacabuco, la Artillería de Marina y 4 cañones.- Marcha de las columnas y su extravío en las pampas.- Horrible cansancio de la tropa y las *melgas* de rezagados.- Inconcebible descuido de los peruanos: ni una guardia, ni una avanzada, ni un centinela.- Se ocupan en preparar su marcha en escalones hacia Arica.- Llega la división Ríos a Tarapacá el 26 de noviembre, y ese mismo día salen para Pachica la división primera y Vanguardia.- La aparición y el aviso de los arrieros.

“Las dimensiones de la pampa del Tamarugal son enormes. Se observa en ella con frecuencia el espejismo o miraje.... En 1830 hubo un huracán que sopló del sur y que elevó la arena a cien metros de altura en tanta cantidad que oscureció el sol. El clima es variable, templado en la costa...Tarapacá y Pica, pueblos del interior, son cálidos.”

(PAZ SOLDAN.- Geografía del Perú, página 512.)

“El volcán de Isluga no es exactamente cónico. En el invierno se cubre de nieve desde su base. Se oye como un ruido que cruje en su proximidad y se sienten a menudo temblores.”

(BOLLAERT.- La *provincia de Tarapacá*, folleto.)

I.

Como se trataba de una sorpresa y de una trampa, se procedió sin demora en la división Arteaga a armar una y otra en medio de la pampa y de la niebla. Para esto conferenciaron casi sobre el lomo del caballo el jefe militar de la expedición con el comandante Ramírez y el teniente coronel Vergara, inspirador prestigioso de la empresa, del plan y del fracaso.

Consistía la “encerrona” de los peruanos (porque así se llamó), en un triple y repentino ataque simultáneo a la quebrada en cuyo fondo se suponía metidos a los peruanos como dentro de un ataúd, aturdidos, inermes y hambrientos. Y es preciso reconocer que en lo absoluto la idea era feliz y hasta ingeniosa: era un rodeo en el monte, a la chilena, para cercar aquel ejército convertido en rebaño, y en seguida, arrearlo.... “Desesperados

estábamos, escribía con sinceridad el honrado comandante Santa Cruz a uno de sus dignos hermanos, por atrapar quinientos o mil de aquellos (los peruanos), que por estar en un estado desprovisto de todo no tenían los medios de retirarse. De esta creencia, participada por casi la totalidad, nació la idea o plan de ataque”. (Carta de don Vicente Santa Cruz, Iquique, diciembre 24 de 1879 publicada en *El Mercurio* del 7 de enero de 1880.)

II.

A fin de darse cuenta del ingenio y oportunidad de aquella combinación de guerra, se hace indispensable arrojar una mirada rápida a la topografía del terreno en que los chilenos iban a operar desde la media noche.

Termina la pampa del Tamarugal en toda su extensión entre el valle de Arica y el del Loa en una cordillera baja y aplastada, cenicienta y estéril que corre, como la cordillera de la costa de Chile, en línea recta por el oriente, arrojando hacia la llanura diversas quebradas más o menos profundas y feraces, según los riegos. Algunas de éstas, cual la de Camarones y la de Camiña, penetran hasta el mar, abriendo en los blandos senos de la altiplanicie espantosas grietas, y otras que se quedan a medio camino, derramando sus escasas vertientes a su salida sobre el llano. Las más señaladas entre éstas son las quebradas paralelas de Aroma, Tarapacá, Mamiña y la de San Andrés de Pica, notable esta última por sus colinas de viñedo de exquisito jugo.

III.

La quebrada de Tarapacá, que sigue hacia al sur a la de Aroma, es la más rica e importante, en razón de su extensión, pues arranca de unas lagunas en el interior de la cordillera y no lejos del volcán de Isluga, que las domina con su solitario y tétrico cono, diadema de lava pardusca de aquella provincia calcinada al fuego lento de los siglos.

Serpentea la quebrada entre agrestes laderas desde su arranque, y se hallan esparcidos en sus faldeos no menos de quince o veinte miserables pueblos de indios, algunos con media docena de chozas de techo plano de barro, con infelices dueños, restos empobrecidos de la raza del inca y de las encomiendas del coloniaje y del tributo que abolió hace poco el tarapaqueño Castilla. El más importante de esos pueblos es Sibaya, a medio camino de la quebrada, donde existe un famoso cura, enemigo encarnizado del práctico Laiseca. Fue ese apóstol quien hizo huir de sus labores al industrial chileno, asegurando a sus fieles desde el púlpito que las minas de azufre que trabajaba en sus vecindades para el beneficio del salitre, eran “minas de frío” (siendo al

contrario el azufre sustancia de tanto calórico), lo cual daría por resultado la peste de sus siembras y el hielo de su viñas....

Sibaya es el curato indígena de la quebrada, como Tarapacá era el curato católico.

La quebrada es en casi la totalidad de su trayecto tortuosa y tan angosta, que en algunos parajes deja apenas paso al deseado hilo de agua que la fertiliza; pero al acercarse al pueblo de Pachica, a cuatro leguas de su desembocadura en la pampa, comienza a ensancharse rápidamente hasta tener, frente a la ciudad que le sirve de capital, una anchura exacta de cuatrocientas varas, según un plano prolijo que de esta localidad tenemos a la vista, levantado hace más de un siglo por orden del virrey Amat. (Este notabilísimo plano de la quebrada de Tarapacá desde su origen hasta la pampa del Tamarugal existe en la Biblioteca Nacional en dos hojas colosales, y fue trabajado y lavado a escala en 1765 por el ingeniero irlandés don Antonio O'Brien. Es una carta preciosa, hoy que esas posesiones son el pago de la sangre de Chile, y tiene el siguiente título: *Plano que manifiesta el valle o pampa de Isluga en el Tenientazgo de Tarapacá, con las quebradas más notables que desembocan en él, el agua que por dichas quebradas baja en tiempo de lluvias en las cordilleras, los bosques y tierras que se sembraban en tiempos pasados, cuando llovía en el valle.*

El gobierno del Perú mandó, hace tres o cuatro años, tomar copia de esas cartas pagando subidos precios por la obra.

En una ligera descripción de la quebrada de Tarapacá publicada en el *Boletín de la Guerra del Pacífico*, se dice (pág. 487), que en la parte en que tuvo lugar la batalla mide aquella 600 metros de anchura, es decir, casi el doble de la extensión verdadera, circunstancia importante si se considera que hoy con las armas modernas se hace mortífero fuego desde 400 a 800 metros.)

IV.

La ciudad cabecera es solo desmedrada aldea con casas de barro agrupadas sin orden, una plaza pequeña e irregular y en un ángulo de ésta una antiquísima iglesia postrada, como toda la planta del pueblo, por el último terremoto ocurrido el 9 de mayo de 1877. Una o dos casas señoriales acusan todavía en sus vestigios el orgullo colonial de los Zabala, de los Bernal y de los Lafuente de Tarapacá, antes que el salitre tuviera pergaminos.

Se muestra asimismo la casa, simple granja de cultivadores mestizos, en que nacieran hacia las afueras del pueblo y en los adentros del pasado siglo, casi en condición de plebeyos, dos de los soldados que han dado mayor nombradía militar al Perú, don Leandro y don Ramón Castilla, este último su dictador durante más de veinte años.

Corre la quebrada, a semejanza de muchos de los valles andinos de Chile y especialmente del de Maipo (cuando serpentea en su *cajón*), de

noreste a sudeste, y es tan profunda, que marchando por el llano el viajero no solo no la divisa sino que no la sospecha, porque aparentemente la pampa termina en los altos cerros del naciente, en medio de los cuales aquella apenas es un tajo. Para descubrirla es preciso asomarse al altísimo barranco superior como quien mira desde un balcón a una azotea.

Por lo demás, su fondo, que solo en los períodos de creces esta mediocrementemente regado, forma una serie de microscópicos potreros y callejones, admirablemente adecuados para sostener un ataque o tender una emboscada.

A igual distancia de la ciudad cabecera, es decir, donde comienza el ensanche de la quebrada y se abre la arenosa pampa del Tamarugal, existen dos caseríos o asentos de indios: el de Quillahuasa hacia el naciente y el de San José de Huaraciña por el oeste. De uno a otro punto puede haber una legua de Chile, y en el medio de ambos yacía el cuartel y albergue del enemigo, objetivo único del asalto.

V.

Era por tanto este último retazo de quebrada entre Huaraciña y Quillahuasa, el campo señalado para el combate del amanecer, equiparado aun simple rodeo de ganado o de gallinas. Toda la operación consistía, como en nuestras montañas, en formar “la manga” cerrando con cañones, en lugar de tranquemos, el paso de Quillahuasa, camino de la quebrada hacia Pachica y Sibaya y el de Huaraciña, su única salida hacia el llano.

Los confiados acorraladores sufrieron únicamente un pequeño error de detalle, y fue el de olvidar que a los peruanos, cuando perseguidos, les nacen alas.... Se preocupaban aquellos solamente de las gateras y albañales practicables en el muro del gallinero; pero, para daño suyo, olvidaron que cuando las aves del corral son asaltadas, se escapan las más veces por las bardas y hasta por los tejados, especialmente cuando acaudíllanlas gallos de raza, como no faltaban (y no en pequeño número), en el campo peruano.

Error de funestísimas consecuencias, fue, por tanto aquel, según en breve habrá de verse, porque mientras los que iban a conocer la cazuela de la victoria en el fondo del abismo, descendían a la quebrada, los otros se subieron a la loma y así los dejaron metidos dentro de la jaula y la marmita....

VI.

Debemos agregar que tres caminos o senderos diferentes conducían a aquellos parajes; el de Iquique que desciende por la áspera ladera a Huaraciña, y se llama allí cuesta de la Visagra; el de Arica que llega de frente sobre Tarapacá; y el camino llamado de Caranga que cae frente a Quillahuasa. Existe también un sendero menos frecuentado llamado de San Lorenzo, que baja más directamente por un caserío de este nombre al pueblo de Tarapacá.

Por supuesto, son aquellos, excepto en el descenso, caminos nominales, porque todo en pampa es camino: pero darle importancia y aspereza de tales sus bajadas al fondo de la recóndita quebrada, puesto que fuera de éstos no hay otros pasos transitables.

VII.

Con raro acierto y perfecto conocimiento del terreno, el comandante Vergara indicó, en consecuencia de todo esto, a sus conmlites, en cuyo consejo hacia desde la incorporación del coronel Arteaga el papel de jefe de estado mayor, la idea de dividir las fuerzas de la expedición en tres grupos o subdivisiones para encerrar herméticamente al enemigo como dentro de una petaca.

Se convino fácilmente en ello, y en consecuencia, quedaron agrupadas las columnas de ataque en la forma siguiente:

VIII.

El comandante Santa Cruz debía tomar por la izquierda de la pampa el camino de Quillahuasa, a fin de atrancar allí al enemigo y estorbarle a todo trance la fuga hacia el interior de la quebrada. Para esto llevaba sus 260 zapadores escogidos, que fueron reforzados con la compañía guerrillera del primer batallón del 2º de línea: 100 hombres escogidos también.

El mayor Fuentes, a quien para el caso no se consultó, llevaba cuatro cañones de montaña, sistema Krupp divididos en dos secciones, al paso que el capitán Villagran con sus atléticos Granaderos tomaría la delantera para dar de beber a sus abatidos caballos en el paso mencionado de Quillahuasa que es un abrevadero. Hacía cuarenta horas que los infelices brutos no comían ni bebían: enorme falta en gente de razón y de estomago que va a pelear en lo desconocido.

La columna Santa Cruz se componía, en consecuencia, de 524 excelentes soldados, todos elegidos, siendo de ellos 360 infantes, 48 artilleros y 116 jinetes.

IX.

La segunda subdivisión era más numerosa todavía, porque ésta debía ser, en caso necesario, la palanca de empuje de la contienda, mientras que Santa Cruz sería solo, la barrera de resistencia. Se confió esta misión al valiente regimiento 2º de línea, impaciente por probarse. Eran 850 hombres, con dos cañones de bronce al mando éstos del capitán don Rafael González de la Artillería de Marina y 30 Cazadores que conducían los oficiales Miller Almeida y Almarza, mil en todo.

X.

En cuanto a la división del centro, compuesta de la Artillería de Marina, cuerpo de línea pero recluta, y del movilizad Chacabuco, sería conducida de frente por el jefe de la división, ejecutando su ataque desde la altura. Para esto se le había dado cuatro cañones, de los cuales dos pertenecían, como los del capitán González, a la Artillería de Marina y dos a la batería del mayor Fuentes, quien, contra su voluntad y los más obvios consejos de la táctica, vio desagregada así su batería. Era mandada esta sección de Krupp por el teniente (hoy capitán) don Filomeno Besoain, mozo alentado, y por el teniente Faz, que allí adquirió por su serenidad y su energía, renombre merecido.

La división del centro como la de la ala izquierda o de Huaraciña, constaba de 900 hombres.

El total exacto, según antes vimos, era de 2.300 hombres, y ésta es la cifra que el coronel Arteaga apunta en el parte oficial de la batalla.

XI.

Presentaba aquella combinación dos defectos capitales de estrategia, porque, por una parte, dislocaba la línea de ataque, frente a las compactas posiciones enemigas, y esto en el acto supremo de la sorpresa o del ataque; y por la otra, no se había pensado en dejar una reserva, mediana siquiera, para las contingencias de la lucha.

La misión de descubiertas y de una vanguardia adecuada podía excusarse, desde que iba a ejecutarse una sorpresa; pero pelear sin reserva es como pelear sin parque, y precisamente una y otra cosa fue lo que se hizo.

En otro sentido, el arco en que iba a desarrollarse la acción era demasiado abierto, esparciéndose los tres grupos a tal distancia los unos de los otros, que las alas quedaban a una larga hora de distancia y de marcha forzada para prestarse mutuo auxilio.

Pero la omisión más grave y que no admite posible excusa; entre hombres de guerra, fue la que consistió en no señalar a aquellas columnas arrojadas en la media noche al viento de la pampa, un centro común de repliegue en caso de un obstáculo no previsto, a fin de concentrar la resistencia o el ataque, según las emergencias.

Era esto tanto más esencial e indispensable cuanto que íbamos a pelear con diez cañones contra un enemigo que no tenía uno solo. Si se hubiera acordado esto último, de seguro no se habría perdido miserablemente la artillería en la primera hora del combate; y dueños así de nuestras piezas durante lo recio del conflicto, habríamos impuesto de todas suertes la ley de la victoria al enemigo, no obstante su triple número.

XII.

En cuanto a las faltas originarias y ya cometidas y sin remedio, no hay para que recordarlas otra vez, si bien, fueron las más graves, las más crueles y las más irreparables, el hambre y la sed, el cansancio y el insomnio del pobre, sufrido, callado y heroico hombre del pueblo hecho soldado.

XIII.

En esta disposición, y después de un corto descanso de una hora, último sueño de los que iban a morir, se puso en movimiento el campo de Isluga, saliendo la división Santa Cruz a vanguardia, como que era la que debía recorrer mayor trecho, siendo, sin embargo la más fatigada. La siguió con una hora de intervalo la subdivisión Ramírez y en pos de ésta por la abierta pampa, amortajada en la noche y en la camanchaca, la subdivisión del centro.

Pero los guías de Santa Cruz, como de costumbre, se extraviaron; la división Ramírez anduvo con mayor pujanza y cuando la del centro, al aclarar el día, se creyó sola, vio a aquellas marchar casi unidas por entre el pardo crepúsculo de las lomas. El ejército estaba *empampado*.

XIV.

El terreno en esa parte es sumamente pedregoso, y en el mapa del ingeniero del virrey Amat se halla pintado como si los cíclopes se hubieran dado allí batalla, tal es el hacinamiento de gruesos guijarros que estorban la marcha en todas direcciones. Tres cuchillas medanosas y de poca elevación, corren sucesivamente paralelas a la quebrada y la ocultan, revelado en su formación geológica la pujante acción de los vientos y de las aguas en el caos primitivo que fue su lecho.

En una de estas cuclillas, que es la más próxima a la quebrada, comienza la cuesta que los peruanos llaman de la Visagra, y la más lejana, frente a Huaraciña., forma empinándose, la altura denominada el cerro de la Minta.

Por consiguiente, perfilando cualquiera de esas cuchillas por su base, nuestras columnas marchaban perfectamente desapercibidas del descuidado enemigo, que en ese momento preparaba afanoso su rancho matinal para proseguir su retirada hacia Arica por el camino “del Alto”.

Por lo que se deja ver, los chilenos, que llegaban sedientos, cuidaban solo el fondo de los costados de la vasija en que, como dentro de colosal botella mágica, venían a encerrar las heces y reliquias enemigas; pero no prestaron la atención del caso a la tapa de corcho, que es por donde de ordinario se escapa y se pierde el espumoso líquido....

Jamás hubo mayor atolondramiento en la hora del peligro y del abismo: la expedición de Tarapacá, militarmente considerada, no fue una operación de guerra: fue una fascinación del patriotismo.

XV.

En los momentos en que, vencida penosamente la distancia desde el último campamento al cerro de Minta, y dejando esparcida numerosísima fila de rezagados, llevaba el comandante Santa Cruz frente al pueblo de Tarapacá por las alturas del poniente, se hallaba entregado el ejército peruano, (salvado únicamente por la inercia culpable de nuestros jefes), en las pacíficas tareas de cuartel, las armas en pabellón en las calles, en los patios, bajo los corredores y los árboles, hirviendo en las pailas de hierro de los cuerpos el escaso el arroz y la más escasa carne, de su vianda, sin un puesto avanzado, sin un posta a caballo ni a pie para dar aviso.

El desgredo de la confianza era absoluto, y nadie a esas horas pensaba sino en seguir pacíficamente el derrotero de “los altos”, volviendo la espalda al osado invasor, dueño ya por completo del territorio dilatado entre el Loa y

el Lluta. Era aquello una verdadera puja de faltas y de errores entre los que llegaban y entre los que se iban.

El general Buendía se había limitado a ordenar la retirada a Arica por escalones, según vimos; y al tener noticia que la división Ríos había llegado en la tarde del 25 a Huaraciña, ordenó que la división Vanguardia (Dávila) y la primera división que por la fuga del coronel Velarde mandaba el coronel don Alejandro Herrera, pasasen a ocupar a Pachica, tres leguas hacia dentro de la quebrada.

La división Ríos vino ese mismo día a ocupar el hueco de aquellas trayendo, si no víveres, un precioso repuesto de municiones, que era la gran carencia del momento.

No se habrá olvidado que la división Vanguardia se componía de dos cuerpos de línea bastante maltratados en la subida de San Francisco, el *Puno* o núm. 6, que dejó a su coronel Ramírez de Arellano fuera de combate en las casas del Porvenir, y el *Lima* o núm. 8, mandado por el distinguido oficial tarapaqueño don Remijio Morales Bermúdez.

La primera división, fundadora de la guarnición de Iquique, y compuesta de mozos de la escuela de cabos, contenía el núm. 5 o *Cazadores del Cuzco* (coronel Fajardo), y núm. 7 o *Cazadores de la guardia* (coronel Herrera). Este último había tomado el mando de la división desde que el coronel Velarde la abandonara en San Francisco, para incurrir en la cólera póstuma del dictador Piérola, quien, por esto, lo declaró cobarde y casi traidor.

La quinta división (Ríos) quedaba por de pronto de reserva, así como algunos restos de la División Exploradora que había traído de Lima el general Bustamante en setiembre y que se dispersó en San Francisco, rumbo de Camarones, en su mayor número, con Zabala, Mori Ortiz y *Pradito*. Un comandante Bedoya mandaba esta última fuerza.

Una o dos divisiones del ejército debieron haber continuado su marcha sobre Pachica en la madrugada del 27, pero en razón de las escaseces y tala del lugar, se atrasaron los proveedores del rancho y solo a las nueve de la mañana comenzaban a vaciar sus raciones los soldados en sus platos de latón, utensilios que nunca les hace falta, así como otras minuciosidades que el infante chileno, destructor y abarrajado, desdeña o pierde.

XVI.

Se hallaba el coronel Suarez bajo un corredor, firmando una papeleta para distribuir unas pocas libras de carne de llama al batallón Iquique (35 libras *por batallón*), cuando apeándose de sus mulas tres arrieros que habían salido en la mañana a sus quehaceres por los cerros del oriente, corrieron a

decirle que el enemigo coronaba las alturas por el lado opuesto. Y no habían acabado aquellos de hablar cuando otro arriero revolvió del camino de Iquique con la misma terrible noticia.

El comandante Santa Cruz dice en su carta citada, que él vio a los tres arrieros del primer anuncio puestos en acecho y, al parecer, contando su tropa que desfilaba lentamente hacia Quillahuasa, término de su jornada.

Los arrieros del desierto son sus apariciones. Y aquella para los peruanos, fue la devolución salvadora de los conductores argentinos que protegieron al ejército chileno saliendo de las sombras en Santa Catalina....

Eran las nueve y media de la mañana del 27 de noviembre, día miércoles, y el sol tostaba ya la arena de la planicie, aumentando la fatiga del soldado en marcha, cuando se oyó en todos los cuarteles y puntos de hospedaje del bajío el bronco sonar de las cajas de guerra que tocaban generala.

Fue a la verdad tal la precipitación y la sorpresa, que algunos jefes, como el valiente coronel don Manuel Suarez, del Dos de Mayo, no dieron crédito ni al aviso ni al llamado a las armas, porque encontrándose aquel jefe conversando con el oficial de guardia de su cuerpo, el capitán arequipeño don Pedro Ferrer, vino el alférez don Daniel Ossorio (que murió aquel día) a decirle que los chilenos estaban en el alto, y él se echó a reír.

XVII.

Entretanto, con una prontitud y una vehemencia admirables que acusaba en los jefes peruanos ánimo levantado, reparador de cruel afrenta que todavía manaba sangre dentro de sus pechos, corrieron a las armas, arengaron con entusiasmo a sus soldados, e inspirándose con el instinto natural, común a los seres animados sin exceptuar a los de jerarquía más ínfima, se alistaron todos, sin acuerdo previo, para salir de la ratonera en que estaban metidos, dominando a un mismo tiempo las alturas del sudoeste y del noreste que emparedaban la quebrada como hondo cementerio.

Los primeros en dirigirse a los empinados barrancos del poniente fueron los aguerridos batallones de la división Cáceres, que había escapado intacta en San Francisco, el Zepita y el Dos de mayo; al paso que Bolognesi subía con su tercera división, los Guardias de Arequipa (coronel Iraola) y 4º Ayacucho (comandante Somocurcio), y los artilleros armados de carabina Winchester (Coronel Castañón), a los encumbrados cerros del opuesto lado.

No había por allí senderos practicables, pero los soldados, alentados generosamente por sus oficiales, trepaban los farellones a manera de gamos,

apoyándose en su rifles. El sendero era apenas practicable para marchar unos pocos a la desfilada.

El coronel Suarez, jefe de estado mayor, esta vez como en todas las precedentes, iba adelante, y su ágil caballo blanco encorvándose en la ladera para afianzar sus cascos y su avance, era el punto de mira de todo el ejército electrizado por el ejemplo.

Eran las diez de la mañana y la terrible batalla de Tarapacá, que fue propiamente una serie de batallas en un mismo campo santo, iba a comenzar junto con su indecible horror y su imponderable heroísmo.

CAPÍTULO XXXI

ZAPADORES Y ZEPITAS

(EL COMBATE DE LA CUESTA DE LA VISAGRA)

Impetuosa subida de los peruanos a las alturas de Tarapacá.- Sus buenas condiciones físicas para el combate en contraposición al estado de nuestras tropas.- Los alféreces de artillería Puelma y Oztúzar divisan sucesivamente la agrupación de los batallones enemigos en el bajo, y el mayor Fuentes indica a Santa Cruz la conveniencia de detenerse y dominar con la artillería la subida de los peruanos.- Funesta vacilación del jefe de la columna por apego a la disciplina, y controversia que se ha suscitado sobre este deplorable error.- Cartas inéditas del mayor Fuentes refutando a Santa Cruz.- El coronel Suarez reconoce que la parte más crítica del combate fue el ascenso de la quebrada que los chilenos permitieron por “aturdimiento”.- El Zepita se arroja impetuosamente sobre los cañones de retaguardia de Santa Cruz y se los quita.- Imponderable bravura de los Zapadores y de la compañía del capitán Larrain.- Sostienen los Zapadores, echados en el suelo, el combate por más de una hora, destrozando la división Cáceres, matando a los comandantes de sus dos batallones Zubiaga y Suarez.- Heroísmo de los capitanes Zañartu y Baquedano.- Muerte gloriosa de los subtenientes de ese cuerpo Alvarez, Mendoza, Guerrero y Jordán.- El sargento Irrarázabal.- Heroica conducta del comandante Santa Cruz en la pelea.- Los sargentos de artillería Martínez y Campuzano.- Muerte de los hermanos Pardo de Figueroa, del Zepita.- Crueldades de los peruanos con los heridos.- “Los guapitos de Pisagua”.- Como fue hecho prisionero Silva Bastarrica.- Entra al fuego la división del centro mandada por el coronel Arteaga.- Combate de la cuesta de la Visagra.- Bizarría del mayor Zilleruelo al comprometer la acción.- El capitán Silva Renard reúne 30 hombres de su compañía, y a los primeros disparos cae mortalmente herido.- Muerte gloriosa del mayor Polidoro Valdivieso y del ayudante Frías.- Los héroes gemelos del Chacabuco Cuevas y Urriola.- Horribles mutilaciones que los peruanos ejecutan en el último.- La bandera de la Artillería de Marina, y como la salvan el subteniente Bianchi y el capitán Moscoso.- El coronel Cáceres confiesa que el fuego de la división del centro compromete el éxito de la jornada para las armas del Perú; pero es socorrido oportunamente por el coronel Suarez, que conduce en persona la 5ª división a la altura.- Cae el coronel Ríos, que la manda, mortalmente herido.- El comandante del Iquique es derribado del caballo y sigue batiéndose.- Gloriosa muerte del doctor Meléndez y de su hermano Sixto, capitán de la columna Naval.- Los capitanes Odiaga y Cruzao.- Los peruanos recuperan la cuesta de la Visagra y cambian la “encerrona” en encierro.- Derrota completa de las columnas chilenas en el alto de la Visagra.

“Yungay, enero 20 de 1839.

Mi respetado amigo:

Al fin hemos triunfado completamente sobre el ejército de Santa Cruz, compuesto de seis mil hombres. *El heroico ejército chileno*, nuestro generoso auxiliar, se ha llenado de gloria. Cinco horas de combate encarnizado, venciendo posiciones *inaccesibles*, han probado que el *soldado chileno* es el más VALIENTE DEL MUNDO. Felicito, pues, a Ud., y felicito a la nación chilena, por tan feliz suceso, y doy a Ud. las gracias por sus esfuerzos distinguidos para esta lucha a nombre de la nación peruana, que ya es *independiente*. Del campo mismo de batalla saluda a Ud. su más fiel amigo.

Agustín Gamarra”

(Carta del general Gamarra, Presidente del Perú, al general Búlnes, en el campo de batalla de Yungay).

“En noviembre veinte y siete
Llegando a Tarapacá
Los cholos de por allá
Nos sumieron el bonete.”

(Décimas del soldado del 2º N. Gándara. Santa Catalina, diciembre 2 de 1879.)

I.

Cuando las compañías del Zepita y del Dos de mayo (división Cáceres), compuestas de aguerridos montañeses del Cuzco y de Ayacucho, ascendían la ladera occidental de Tarapacá con el esfuerzo y el vigor de quien escala un muro, la tropa del comandante Santa Cruz, destinada a cerrarles el paso, desfilaba por la altura en un estado visible de desaliento físico. Los hombres se arrastraban; las bestias gemían bajo el peso de sus jinetes o de su carga de cañones; la dilatada pampa se veía cubierta de rezagados que se arrojaban impotentes sobre la quemante arena. “La gente venía quedando en melgas, dice pintorescamente un actor de aquel drama, del cansancio y de la sed”.

II.

Los infelices Zapadores habían pasado más de treinta horas sin beber, tostados a fuego lento por el sol, trabajados por el hambre, y aquellos hombres de hierro con el rostro amoratado, las fauces convertirlas en pedernal o en sanguinosas llagas, la voz desfallecida y ronca, buscaban con angustiosa vista el rico valle prometido, solicitando la misericordia de una gota de agua.

El tormento del hambre puede ser soportado por la criatura, porque solo le impone desfallecimiento y privación de un órgano; pero en el tormento de la sed es todo el cuerpo el que padece, así como la máquina giratoria que, una vez privada del aceite que humedece sus resortes, rechina y se incendia, así el organismo humano sucumbe a esa combustión lenta y sofocante que lo

devora. “Los trabajos de la guerra, invictísimo Cesar, escribía el gran capitán don Pedro de Valdivia a Carlos V, los pueden pasar los hombres, porque loor es al soldado morir peleando; pero los de la hambre concurriendo con ellos, para sufrirlos más que hombres han de ser.....”. (Primera carta de don Pedro de Valdivia a Carlos V. Serena, septiembre 4 de 1545.)

III.

Los artilleros del mayor Fuentes seguían en pos de los Zapadores, y aquellos si bien llegaban más de refresco, venían a su vez agobiados en el tiro de las mulas reacias por la fatiga, y empeñados a cada instante en la tarea de equilibrar su carga.

En cuanto a los Granaderos, guiados por el instinto de sus bestias, les habían arrimado espuelas y galopaban a esas horas descendiendo a Quillahuasa para hartarse, hombres y caballos, del agua rica, fresca y abundante en aquel paso.

IV.

Harto diferente era a esas horas la condición del enemigo después de su reposo y suministro de cinco días en Tarapacá. “Desde luego, exclama un inteligente oficial del ejército de Chile que allí andaba y medía con ojo certero las desproporciones iniciales de la lucha, el enemigo tenía el número: número tres veces superior al de nuestras tropas.

Tenía las posiciones: posiciones seguras, estratégicas, inexpugnables.

Tenía el descanso: un descanso de muchos días de tranquilo sosiego.

Estaba bien bebido.

Estaba bien comido.

Estaba, en una palabra, dispuesto a la lucha.

¿Que más necesitaba?

¿Y los nuestros?

Los nuestros tenían en contra todos los elementos.

Se hallaban fatigados por una marcha larga, forzada y penosa.

Estaban sin agua.

No habían comido.

No tenían trincheras en que parapetarse.

Peleaban a pecho descubierto.

Eran además extranjeros: no conocían el campo.

Carecían de municiones de repuesto.

Y lo que es más, ¡no había reserva!

¿Que tenían pues en su favor?

Tenían el valor, el coraje y la energía.

¡Esto era todo!...” (El teniente del 2º de línea don José de la C. Reyes Campo.)

V.

Nuestra línea de marcha era, además de angustiada, intermitente y casi extravagante al frente del enemigo. Por delante, al trote, la sedienta caballería en requisición del agua. Una milla más atrás, y fuera de vista, la sección de dos cañones del alférez Puelma, sin más protección que sus mulas cansadas y sus catorce artilleros abrumados; en seguida, un kilómetro a retaguardia, los Zapadores arrastrándose sobre la candente arena; todavía más atrás la sección de dos cañones del alférez Ortúzar, y en pos de éstos una *melga* de una o dos leguas de rezagados que se tiraban al suelo gritando. ¡*Agua!* ¡*Agua!* Que línea de batalla y que condiciones de pelea para resistir al empuje de un enemigo que acudía de refresco y que se hallaba reconcentrado en el estrecho recinto de una aldea y su arbolado.

VI.

Pero aun así, algo pudo hacerse con la luz clara del día para enmendar las faltas innumerables cometidas en la media noche.

Iba, en efecto, el alférez don Julio Puelma, mozo alentado y de campo, recientemente entrado a la artillería para la campaña, leyendo tranquilamente una hoja de *El Mercurio*, con una pierna sobre el arzón de la silla, y matando lentamente el lento tedio de la marcha, cuando se le ocurrió asomarse a la quebrada, por curiosidad de hombre de campo que divisa el campo: el rulo por el verde. Y tuvo entonces el joven oficial ocasión de conocer lo que ocurría en el fondo de la quebrada, como si estuviera presenciándolo en el escenario cómodamente sentado en su luneta. Por todas partes los soldados peruanos corrían a las armas; se tocaba generala de cajas y cornetas en la pequeña plaza del pueblo y en todas las calles; un grupo numeroso de oficiales conferenciaba animadamente en la plaza, y un jinete montado en caballo de pelo oscuro, (probablemente el Espinar de Tarapacá), por tres veces intentaba subir la barranca y otras tantas ocasiones era llamado hacia el recinto.... Los gritos de ¡*Vuelva!* ¡*Vuelva!* Se sentían en el alto sonoros como el eco de una agitada pero clara conversación.

Dio cuenta de todo aquello el despierto aprendiz de artillero al capitán Fuentes, su jefe inmediato y al comandante Santa Cruz, que juntos venían; y

uno y otro se limitaron a ordenarle que siguiera adelante y ocultara su gente para no ser divisados desde la quebrada.

VII.

Cuando tocó su turno al alférez Ortúzar, que venía atrás, como joven y como curioso también, se acercó a la ladera y vio a los cuerpos peruanos formados ya en columnas de ataque y listos para marchar. Corrió a avisar aquella grave circunstancia a sus jefes, quienes le dieron la misma respuesta que al primero. Agregaba Ortúzar que el comandante Santa Cruz le dijo entre risueño y enfadado: *Hombre, Ud. está viendo brujos...*

VIII.

Cabría aquí hacer memoria de la violenta polémica, no resuelta todavía ni apagada por una noble muerte sino enardecida por ella, sobre si fue culpa del jefe de Zapadores o del comandante de Artillería o de ambos, el no haber hecho alto con su tropa, y colocado en posiciones sus piezas para defenderlas y barrer la quebrada, o esperar en tan buen talante las fuerzas que venían desparramadas a retaguardia.

Según unos, el mayor Fuentes aconsejó esa medida a Santa Cruz; pero ni éste lo ha consentido ni aquel lo afirma de una manera incondicional. Lo más probable es que la idea de semejante resistencia no pasó de una plática al paso del caballo, y que, en realidad, por lo peinado de los barrancos, no había fácil campo de tiro sobre las columnas peruanas, que, como en San Francisco, se habían ya puesto fuera de batería. Mejor defensa que los Krupp habrían hecho talvez en la ceja de la abrupta ladera los rifles de los Zapadores y de los Guerrilleros del 2º de línea.

O bien lo más cuerdo, si así se hubiera combinado de antemano, habría sido retroceder, desde que habría indicios evidentes que el plan había sido descubierto, que la sorpresa estaba burlada, que la combinación de combate quedaba rota, y la *encerrona* se había convertido en asalto.

Desde aquel tiempo la corriente de las opiniones se manifestó adversa, sin embargo, al desgraciado comandante Santa Cruz, que indudablemente padeció en esos supremos instantes honda vacilación de ánimo fatigado como el cuerpo.

“Fue aquél, dice don Isidoro Errázuriz en su colorida pero verídica relación del combate de Tarapacá, fue aquél un momento de dolorosa perplejidad para el honrado espíritu del comandante Santa Cruz.

Por una parte, estaba su deber de militar apegado a la ordenanza, que le prescribía continuar la marcha hasta hacer beber la tropa y ocupar las posiciones que se le habían señalado como su objetivo en el lado opuesto de la quebrada.

Por otro lado estaban el buen sentido militar, la evidencia palpable, el instinto del soldado, que le aconsejaban precipitar en una vorágine de fuego al fondo de la quebrada al enemigo que intentaba salir de la ratonera y trepar las alturas, y que le decían en voz muy alta y clara que en eso estaba la salvación y estaba la victoria.

El comandante Santa Cruz obedeció a lo que creía su deber; faltó a su gloria y a la fortuna de Chile.

¡Siga la marcha! fue su decisión, y Fuentes y la división entera enmudecieron, y continuó la marcha desalentada y mustia.

¡Inútil sacrificio hecho en obsequio de la letra y no del espíritu de la obediencia militar!.

La división no había avanzado muchas cuadras, volviendo la espalda a un triunfo seguro y fácil, cuando un fuego de fusilería a retaguardia anunció que el enemigo había llegado a la altura, casi sobre el grupo numeroso de los dispersos y rezagados, amagando las dos piezas de artillería del alférez Ortúzar”.

IX.

De todas suertes era la verdad que en esos aciagos instantes los papeles se hallaban completamente trocados. La división Cáceres que había sido en San Francisco la reserva, era ahora la vanguardia del ejército que resueltamente avanzaba a la acometida. Los Zapadores, que venían a sorprender por el frente al enemigo descuidado, serían sorprendidos y por su propia espalda.

Vanos esfuerzos hizo en aquel tiempo el bizarro jefe a quien cupo en suerte tan dolorosa prueba por cohonestar su deber de soldado pasivo y sumiso con las espontaneidades que el arte bien entendido de la guerra, y especialmente en la estratégica moderna, reserva a todo jefe.

Su gran excusa para no detenerse en el instante oportuno fue la de que obedeció a un movimiento “combinado”, ¿pero acaso lo que estaba sucediendo en el bajío y a su vista no era una demostración palmaria de que esa “combinación” había sido rota en su base y en su objetivo, quedando, por consiguiente, sin propósito su marcha hacia Quillahuasa? ¿No estaba en inminente peligro de ser cortado en ese imprudente avance por el enemigo a quien iba a cortar?. (En su carta citada, el bizarro comandante Santa Cruz insiste, *post*

factum, en que su deber era continuar su camino, sucediese lo que sucediese, “en cumplimiento de órdenes que he acostumbrado respetar, cuya ejecución era ineludible para mí, cuando de ella dependía un *movimiento combinado*”.

Se hizo cargo de estas objeciones de pura disciplina, *post factum* también, pero con mucha inteligencia y despejo, en varias interesantes cartas que nos escribió desde Ilo, el ilustrado mayor Fuentes, vindicando a la artillería en cuanto era posible del fracaso que sufrió en la jornada de Tarapacá, perdiendo sus cañones. Por el interés militar de éstas las reproducimos íntegras entre los anexos del presente capítulo. La carta de Santa Cruz corre publicada en *El Mercurio* del 7 de enero de 1880.)

X.

Entretanto, y mientras estas vacilaciones sobre el terreno comprometían el avance y la resistencia de la columna de la altura, el Zepita dividido en tres grupos trepaba por la ladera, llevando la derecha su propio comandante el coronel don Juan Bautista Zubiaga, soldado distinguido del Cuzco, hombre maduro y deudo del famoso general Gamarra por la esposa de éste doña Francisca Zubiaga, que fue cuzqueña y generala como su marido.

Las compañías de la izquierda eran conducidas por el segundo jefe del cuerpo don Benito Pardo de Figueroa, de nobilísima alcurnia limeña, entroncada con los Blanco Encalada de Chile. El centro era mandado por el mayor Arguedas.

Consumado el penoso ascenso que tardó larga media hora, y agazapándose en las grietas del barranco como diestros tiradores que eran, los Zepitas dieron de repente un grito, y con descargas cerradas sucesivas cayeron sobre la espalda de Santa Cruz, amenazando quitarle los cañones de retaguardia que amarrados a los albardones llevaban todavía a mula los desfallecidos artilleros del subteniente Ortúzar.

XI.

Pero como si la detonación de los rifles hubiese sido una señal prevista y convenida, la división sorprendida se detuvo, hizo frente a retaguardia, arrojó sus mantas al suelo se desplegó en guerrilla, como en Pisagua, al toque vibrante de la corneta, y cada uno de aquellos hombres que la fatiga traía encorvados y jadeantes, se convirtió en pilar de hierro, erguido el cuerpo por la entonación sublime del deber, alma del alma. “Fuerza fue entonces, prosigue diciendo el brillante escritor que acabamos de citar, al comandante Santa Cruz, aceptar en condiciones bien adversas el combate que había rehusado momentos antes en situación muy ventajosa y cuando las cabezas de

columna del enemigo luchaban contra las dificultades de la subida por los senderos de la quebrada.

El primer movimiento del comandante chileno fue vigoroso y afortunado.

Formando su infantería con frente a retaguardia, avanzó con rapidez, y consiguió arrollar tan eficazmente al enemigo por la derecha, que la línea chilena quedó formando un semicírculo, cuyas dos extremidades se apoyaban en las orillas del barranco.

La división estaba, en esos momentos, en la actitud de un atleta, asido fuertemente con sus dos manos de la tierra y empeñado en empujar al adversario a un abismo, mediante el esfuerzo de los brazos de hierro y del pecho vigoroso.

En el extremo derecho del semicírculo los rezagados entraban poco a poco en línea. En el extremo izquierdo la Artillería había conseguido armar las dos primeras piezas, y sus proyectiles, atravesando la quebrada, llegaban hasta las alturas ocupadas a retaguardia del pueblo por la 3ª división peruana.

La caballería había desaparecido siguiendo su movimiento ya infructuoso y que había de ser completamente en vano hacia la aguada de Quillahuasa.

Durante quince minutos continuó Santa Cruz ganando terreno, y merced a eso pudo estrechar su formación, demasiado abierta al principio, en que correspondía a cada hombre cubrir un frente de un metro y medio.

Pero la división chilena se componía de 385 infantes, muy fatigados en parte, y la tropa enemiga, que asomaba por todos lados en la altura y cuyo desborde era ya imposible evitar, llevaba los batallones escogidos Zepita y Dos de Mayo, con 600 plazas el primero y 400 el segundo, la columna Iquique con 280 y grupos más o menos considerables de los demás cuerpos. Era la lucha de un hombre contra tres, a cuarenta metros, al alcance de la voz y a veces hasta del brazo, lucha que solamente pudo ser sostenida gracias a la superioridad del tiro chileno y a la solidez incomparable de los Zapadores y de la compañía ligera del 2º que le acompañaba en aquella hora de tremenda prueba.

Al fin, un empuje más vigoroso del enemigo rompió el arco chileno por el extremo de la izquierda en donde funcionaba la Artillería de Fuentes, y fue menester emprender la retirada y formar una nueva línea perpendicular a la quebrada y con frente al N. E. En este movimiento, que se ejecutó girando sobre la derecha y sobre un terreno muy accidentado, perdió la división sus cuatro piezas de artillería, y el mayor Fuentes y su tropa siguieron defendiéndose con sus carabinas”.

XII.

Nunca, jamás se batieron tropas chilenas con mayor denuedo y en situación más abrumadora que lo hicieran durante una larga hora los impávidos Zapadores y la compañía guerrillera del 2º que allí mandaba con alegre apostura el capitán Emilio Larrain, hijo de Santiago y de la familia de los *Ochocientos*. Doscientos sesenta eran los primeros, y descartados los que el cansancio fue postrando, no entró en línea sino un puñado de doscientos hombres y de éstos 90 cayeron en el titánico combate, rindiendo 64 la vida y quedando el resto heridos.

Los dos capitanes de compañía, don Alejandro Baquedano hermano del que hoy manda con tanta prez y fortuna el Ejército del Norte, y don Belisario Zañartu, hijo de Chillan, hicieron prodigios de valor, resultando levemente herido el último, de peligro el capitán Larrain y contuso el capitán Baquedano, mientras unos en pos de otros caían inmolados, alentando a sus soldados en el desigual combate, los oficiales Guerrero (de San Fernando), Ricardo Jordán (voluntario de Santiago) y aquel hermoso mancebo que por su señalada intrepidez y gallarda presencia había sido vitoreado por sus propios soldados en Pisagua, el subteniente Amadeo Mendoza, natural de la Florida. (He aquí una carta de soldado en que el capitán Zañartu daba cuenta de su persona y del combate a su hermano don Horacio, abogado en Santiago.

Señor don Horacio Zañartu,
Santiago.

Pisagua, Noviembre 29 de 1879.

El 27 hubo un terrible combate en Tarapacá, terminado con una honrosa retirada de nuestras tropas.

El combate fue muy desigual; por nuestra parte había más o menos 2.300 hombres y el triple por parte del enemigo.

Mi compañía completamente destrozada, mis oficiales todos muertos, y de la tropa no me quedarán 50 hombres.

Yo me he escapado milagrosamente con una herida leve en el brazo derecho y muchos balazos en la ropa, sin tocarme la piel. Me iban a mandar al sur, pero he conseguido curarme en la ambulancia de este puerto y creo en quince días estar en disposición de tomar venganza.

Los detalles de este combate son horrosos. Los sabrás por otro conducto.

Belisario Zañartu
Capitán de Zapadores".)

El primero en caer de la hueste de los Zapadores había sido, sin embargo, un joven oficial cuyo nombre, olvidado hasta hoy, ha sido reivindicado como una gloria para su cuerpo por sus nobles compañeros de armas que presenciaron su heroísmo. “Son muchas las glorias que sobre estos ataques se cuentan, nos escribía desde Dolores un zapador de tropa, poco después de la batalla; ¿pero ha salido siquiera a luz el nombre del *primer oficial* que con tanto arrojo nos acompañó en aquella jornada? No. Porque el subteniente don Francisco Alvarez que manifestó aquel día de gloria para Chile ser un valiente defensor de nuestra patria, no era jefe, ni contaba con influencias que contasen su heroísmo.

¿Que se ha dicho ahora de este honorable señor oficial, que fue el primero en romper el fuego en Tarapacá, cuando la división Santa Cruz fue envuelta por el enemigo? Nada, y siempre nada porque siendo solo subteniente de Zapadores no podía ser valiente; sin embargo, demasiado digno para retroceder, cae como caen los valientes, como lo hacen los héroes, sin perder un palmo de terreno, acribillado de balas.

Alvarez ha muerto como muere cualquier otro, como morimos nosotros los soldados, ignorados de todos y solo llorados de nuestras familias; pero no morirá para nosotros, que al caer, cae en nuestros brazos y espira como valiente, como héroe, viviendo el santo nombre de la patria”.

Se señalaron también en la compañía del capitán Larrain, su segundo, aquel denodado mozo hijo de la Serena, que cayó como capitán de guerrilla en Tacna, el capitán don Francisco Olivos y el subteniente Olmedo, que más adelante de la jornada recibiría el bautismo del plomo en una honrosa herida.

XIII.

Pero aquellos gloriosos mártires que la historia hoy acoge y enaltece, eran vengados uno a uno por el rifle implacable de sus soldados. Por cada subalterno caído en las filas chilenas, que nada bastaba a atropellar, era derribado en la muchedumbre de los asaltantes un jefe señalado.

Sucumbieron así en la primera hora y antes de las once del día, los dos jefes de los batallones peruanos que empezaron el ataque, Zubiaga, del Zepita y Suarez, del Dos de Mayo, el primero herido en la frente.

Había perdido el último su caballo muerto por una bala y en el momento en que un soldado cambiaba su silla a bestia de refresco, una bala le atravesó la frente matándolo instantáneamente. Era este, como Zubiaga, un brillante oficial, natural del Cuzco, hijo del general don Manuel Suarez (oficial de la independencia), y sobrino del vicepresidente Mar, hombre notable en el Perú bajo la administración Castilla. Fue este mismo jefe el que una hora antes

riera de buen humor por la noticia, fantástica a su idea, de la aparición de los chilenos, y ya a esas horas yacía también en el campo el joven oficial que le llevara aviso.

El coronel Suarez pereció en los primeros momentos del combate, y no como se ha dicho por efecto de la carga de la caballería, cuatro horas más tarde.

En consecuencia, tomó bizarramente el mando del Dos de Mayo el jefe de estado mayor de la segunda división, don Isaac Recabárren, el mismo de Pisagua, que en el alto fue herido, curado y vuelto a la pelea y al honor.

XIV.

Cayeron también allí sobre la abrasada arena el segundo jefe del Zepita don Benito Pardo de Figueroa, junto a él su hermano don Francisco que mandaba una compañía, y el subteniente Cáceres, hermano del jefe de la división, a quien éste, impasible en la batalla, viera llevar al bajo dentro de sangrienta manta, saludándole al pasar con un sollozo. Cupo igual suerte al subteniente del Zepita, Meneses, y a los oficiales Daniel Torrico y Daniel Ossorio del Dos de Mayo. Era este último quien había llevado a su cuartel la primera alarma de la lucha.

XV.

Ocurrió, en esa parte de la batalla, lance cruel y singular a uno de los más aguerridos y más bravos oficiales del Zepita, el capitán Cruzao, arrogante soldado, natural de Trujillo, tierra de gente entera como el Cuzco. Bala feroz le penetró por la boca, destruyendo los huesos maxilares de las dos mandíbulas, arrasando todos los dientes y dejando la boca horriblemente abierta y desgarrada, convertida en una verdadera bolsa sin jareta. Pero cuidado con solícito empeño por el cirujano en jefe del hospital chileno de Pisagua, el doctor don Wenceslao Hidalgo, se recobró lentamente y hoy vive alimentándose por un sistema artificial, cuya base son los líquidos. ¡Fantásticas peripecias de la guerra! Haber vuelto a mamadera de la niñez un hombre que por su bravura era un gigante! Durante su horrible curación jamás consintió en ser cloroformizado.

XVI.

Sucumbió asimismo en aquel anfiteatro de enfurecidos gladiadores, víctima de señalado heroísmo, el capitán peruano don Carlos Alberto Odiaga, que rezagado en Tarapacá aquella mañana por enfermo, tomó un rifle, subió a la altura y allí fue derribado. “¿Como permanecer impassible cuando la patria llama a sus soldados? exclama el impetuoso escritor Molina narrando este episodio de la batalla. El joven espartano salta del lecho, empuña un rifle, y casi arrastrándose llega hasta el lugar en que se halla el Zepita. Pedir un puesto en él era pedir un puesto en la gloria. Allí la conquista cayendo noblemente. ¡Que grandes obras hace el heroísmo!”. (MOLINA.- *Hojas del proceso*, pág. 70.)

No. La batalla de Tarapacá no fue propiamente un combate de ejército a ejército, de batallón a batallón, de guerrilla a guerrilla, fue una serie de duelos a muerte como aquellos en que toman parte juntamente los agraviados y los testigos, acometiéndose los unos a los otros con el viejo vértigo del odio.

Por cuatro oficiales chilenos que quedaron en el campo, los batallones peruanos perdieron ocho de los suyos y de éstos tres eran jefes. Y por cada hombre de tropa derribado, las certeras punterías de los adiestrados guerrilleros chilenos postraban doble número, porque hasta las mujeres se batían por su cuenta y su venganza.

Fue entre éstos señalado caso el de una muchacha de 19 años, natural de Rungue (entre Montenegro y Laillai) llamada Dolores Rodríguez, moza del zapador Cayetano Cortés, cuyo rifle al caer tomara aquella, batiéndose largo trecho hasta que fue herida en un muslo. Pasaba en ese momento junto a ella el comandante Santa Cruz, y al divisarlo se contenta con decirle, entre airada y ufana: “Estoy *bandeada* mi comandante”. (Carta de Santa Cruz al autor. Iquique, 30 de enero de 1880. Por lo demás, esta mujer era de mala vida; y repudiada por los soldados, fue arrojada después del ejército.).

XVII.

Entre los oficiales de Zapadores fue hecho prisionero un niño de tan poca edad y de tan corto cuerpo, que disperso se quedó dormido bajo de una piedra como Pulgarillo, y le llevaron después los peruanos a Arica dentro de una paila, cuando se cansaba. . . Fue este singular trofeo del enemigo el alférez don Francisco Silva Basterrica, adolescente travieso, pero valeroso, natural de Peñaflor, y que había entrado al 2º al día siguiente de la guerra, después de haber sido aspirante en el Valdivia. Cuando despertó a las cinco de la tarde en el campo de batalla, los soldados peruanos quisieron matarlo, pero lo defendió

de su cobarde saña casi con su espada el valiente coronel boliviano González Flor, y él lo condujo en persona a la presencia del irritado Suarez. Le recibió éste con soldadesca grosería, pero cuando lo presentaron en Arica a Montero, le preguntó éste con espiritualidad y buen humor: “Si lo habían mandado con su ama”....aludiendo a su extremada niñez.

El alférez Silva Basterrica, después de haber padecido muchas hambres, tercianas, coscachos, insultos y otras aventuras, fue canjeado por el alférez Pezet, y a los tres meses regreso a incorporarse a su regimiento en Pacocha.

XVIII.

Entre los artilleros, cuyas piezas fueron desde el primer momento la codicia de los veteranos del Perú, escaparon ilesos todos los oficiales, distinguiéndose por su serenidad el alférez Puelma, que cumpliendo órdenes de su jefe, quitó a los cañones sus obturadores, uno por uno, a medida que iban perdiéndose en la brega.

En la clase de sargento de esta arma fue gravemente herido el joven don Guillermo Vandorse, hijo del Gobernador de Caupolican y nieto de un oficial holandés (Vandersee), que sirvió bajo Napoleon y a Chile en 1817, a las órdenes del general Carrera.

El sargento Martínez, de las piezas del alentado alférez Ortúzar, se echó al suelo diciendo que quería morir, fuera por rabia, fuera por cansancio, y jamás pudo saberse si allí o en otra parte del terrífico combate perdió la vida a manos de implacables enemigos. Solo supuso que había muerto. (Un tercer sargento de las piezas del mayor Fuentes, un mozo huasquino llamado J. de D. Campuzano, recibió también dos balazos, de cuyas heridas sanó luego, y he aquí como este valiente contaba a un amigo y protector suyo y de su familia (el alcalde de Chañaral don Martín de la Rivera), las facces del combate del alto de Tarapacá en carta de Dolores, diciembre 17 de 1879:

“El enemigo, todo fue vernos, corrió a las armas, se armó, desfiló sobre nosotros en número considerable, y antes de veinte minutos estuvo sobre nosotros, cortándonos por retaguardia y haciéndonos un nutrido fuego a cien metros, más o menos.

Nosotros, al ver el enemigo que nos acosaba, comenzamos a descargar nuestras piezas, las cuales eran inútiles en aquel caso por la corta distancia y vivo fuego por que éramos destrozados. Tuvimos que apelar a nuestras carabinas y así pudimos sostener el fuego tres horas consecutivas”.)

XIX.

Pero la figura que a mayor altura se había destacado en el perfil del fuego de los diezmados Zapadores, había sido su propio heroico jefe. Visible

por su alta talla desde todas partes, recorrió el comandante Santa Cruz de una ala a otra su valerosa tropa, fortaleciendo a cada soldado en el apurado lance.

Montaba ese día el apuesto jefe un lucido caballo bayo claro, blanco de todas las ejercitadas punterías del enemigo, entre cuyos oficiales pasa hoy como un verdadero milagro de invulnerabilidad.

Solo en su ropa quedó la huella de las balas, como quedó en su alma la amargura de una imputación de simple táctica en que la ordenanza triunfo sobre el criterio, más no sobre el heroísmo.

XX.

Debemos encomendar también aquí a la buena memoria de la posteridad, para la cual no hay otros heraldos que los de la gloria, el nombre de un sargento itateño llamado Raimundo Irrarázabal, que rendido por la sed y la fatiga, se echó al suelo, incapaz de dar un solo paso, pero en aquella posición continuó disparando su rifle sobre el enemigo en avance hasta que los Zepitas a culatazos lo mataron, sin rendirse.

Y esto de matar, lo pusieron por obra desde el principio de la batalla hasta su última carga los soldados peruanos a presencia de sus jefes, que no sabían reprimirlos y deshonraban así su bandera, haciendo de la lucha una carnicería y de sus combatientes “buitres”, los de la columna así llamada que guarnecía al Huáscar en Iquique. “¡Arriba mis buitres!”.

“Cayeron heridos en las piernas, escribía a este propósito un zapador a su madre; pero no de gravedad, y el salvaje enemigo se montaba sobre ellos y a palos los ultimaron diciéndoles: *¿Ustedes son los guapitos zapadores de Pisagua? ¡Así quedan los guapitos!*

XXI.

Toda aquella pujanza sobrehumana, aquel brío taimado y sublime sacado del alma y comunicado al músculo desfallecido, todo, la voluntad de morir en los jefes como la bravura indomable del soldado, todo, decíamos, iba a ser empero inútil, contra el número.

El combate de Zapadores y Zepitas duraba ya una larga hora, y mientras los últimos eran a cada minuto socorridos, los otros no tenían ya brazos para disparar ni cartuchos que poner en la recámara candente de sus rifles. A las once y cuarto de la mañana los zapadores habían quemado los 150 tiros de su morral.

XXII.

¿Que se había hecho, entretanto, la subdivisión del centro, que al mando del coronel Arteaga estaba designada para combatir de frente la posición de Tarapacá? ¿Que se había hecho el Chacabuco, el gemelo de campamento de los Zapadores, “los primeros” de Antofagasta?

Larga lengua a retaguardia se hallaban estos cuerpos rendidos de cansancio y disecados por la sed, cuando se sintió el primer cañonazo de los quince o veinte que alcanzó a disparar el mayor Fuentes; y atraídos en seguida por el nutrido fuego de la fusilaría, se pusieron jefes y soldados a correr al trote por la pesada llanura, gastando sus últimas fuerzas en aquel empeño.

Llegaron de esa suerte en fatales circunstancias de combate, por la absurda preparación científica de la batalla, los comandantes Toro Herrera y Vidaurre, pero dispuestos ambos a cumplir noblemente su deber, especialmente el primero que a ello estaba obligado por un voto. “Es fama, dice un narrador de la batalla, que los soldados del Chacabuco, al asomar jadeantes y en formación desordenada por la violenta marcha sobre una altura que dominaba el campo de la desigual contienda y desde la cual veían a Zapadores y a la compañía del 2º resistiendo con dificultad al enemigo que les envolvía por todas partes, es fama, decimos, que los soldados del Chacabuco llevaban estampada claramente en sus semblantes la resolución de triunfar o morir al lado de sus compañeros de marchas y de tiendas.

“El Chacabuco avanzando rápidamente, tendió su línea en dispersión con frente al noreste, mientras la Artillería de Marina formaba a lo largo del barranco y rompía el fuego de fusil y cañón contra las tropas de refresco que continuaban subiendo por el flanco del cerro y contra las que procuraban abrumar al 2º en el fondo de la quebrada”. (ISIDORO ERRÁZURIZ.- *Folleto citado.*).

XXIII.

El primero en tender su línea en guerrilla, escasos cien soldados, fue el bizarro mayor de la Artillería de Marina don Guillermo Zilleruelo, y en seguida entró al fuego el capitán Silva Renard con solo treinta hombres de su compañía, tal era la dispersión de las filas en razón de la carrera y la fatiga. E hincaba apenas en tierra la rodilla el último y animoso oficial, para componer el alza del fusil de un recluta, cuando una bala, le penetró por el cuello, le dejó con peligrosísima herida fuera de combate, y cayó por esta causa más tarde prisionero.

XXIV.

El Chacabuco era todavía menos feliz, porque junto con tender su líneas de batalla abierta en anchos claros por los rezagados, perecían sus más valerosos oficiales, y primero entre éstos, el segundo jefe del cuerpo, sargento mayor don Polidoro Valdivieso, soldado alegre, y en todo lo demás hombre de guerra.

Notando que el capitán don Vicente Dávila Baeza cogía del suelo un rifle, le pidió con un dicho retozón de cuartel y de campo se lo cediera: y no lo había atracado todavía a su hombro para disparar, cuando caía atravesado, como Suarez, a cuyo frente se batía, por una bala en la frente. Otra bala le partió el noble juvenil corazón al teniente Jorge Cuevas, y a su lado era derribado con una pierna rota su bravo compañero, amigo de cuna y de tienda, de amores y de adioses, el brillante oficial don Pedro Urriola, “hijo y nieto de soldados”.

¡Cuan horrible, incesante e infatigable carnicería! (El teniente Urriola, al decir de sus compañeros, quedó en el campo herido solo en un muslo, pero tres días más tarde se encontró su cadáver espantosamente mutilado. He aquí a este propósito los documentos que por esos días nos envió su infeliz padre:

“Campamento de Dolores, enero 22 de 1880.

Señor don B. Vicuña Mackenna,
Santiago.

Querido Benjamín:

No he tenido suficiente calma de espíritu para contestar tu carta en la que prodigas tan delicado como honroso homenaje al cruel sacrificio de mi infortunado Pedro.

Cada día que pasa siento más hondo pesar por su pérdida, y la manera cruel como sucumbió. Por el certificado que te envié habrás juzgado que género de muerte y que prolongado martirio sufriría ese pobre niño. Al ver sus despedazados despojos hubiera creído ver los restos de alguien muerto en lucha con fieras y no con hombres.

Tuyo, etc.

M. Urriola.”

(CERTIFICADO).

“El que suscribe, cirujano en jefe del Ejército de operaciones en el norte, certifica que ha examinado profesionalmente el cadáver del teniente del batallón Chacabuco, señor Pedro Urriola que se encontró en el campo de batalla de Tarapacá, hallando en él las lesiones siguientes:

1° Dos heridas hechas con armas de fuego en que las balas habían atravesado desde la región anterior a la posterior del muslo en su parte media. Estas dos lesiones estaban ligeramente vendadas;

2° Una herida de bala en la región pectoral derecha en su parte superior;

3° Una herida de bayoneta en la órbita izquierda que se prolongaba hasta el cerebro. El resto de la cabeza estaba cubierto de grandes contusiones. Tanto estas como las dos últimas heridas eran necesariamente mortales.

Yo creo que las heridas de las piernas solo fueron hechas durante el combate, y fundo mi creencia en el hecho de haberlas encontrado vendadas. Esas heridas debieron impedirle todo movimiento. Las restantes han sido hechas después de haber caído.

Tarapacá, noviembre 29 de 1879.

J. Domingo Gutiérrez.”)

XXV.

De igual manera y casi en un mismo montón caía el ayudante del Chacabuco don Martín Frías, cuatro oficiales en cuatro minutos: tan espantoso era el fuego.

No se amedrentaban, sin embargo, ni los mozos bisoños del batallón Santiago, ni los veteranos de la Artillería de Marina. Los cañones que conducían los capitanes González y Ramírez no hacían con todo gran servicio, porque las cureñas de los últimos se quebraron, y al mismo tiempo era herido en un brazo el teniente Besoain que mandaba la sección de Krupp.

Tomó, en consecuencia, su dirección el alférez Faz, y logró hacer algún efecto en las filas enemigas en una y otra ladera de la angosta quebrada, probando así cuán importante y decisiva operación de guerra y de victoria habría sido concentrar todas las piezas en una sola batería, protegida en sus alas y en su centro por dos mil infantes.

Los oficiales de la Marina rivalizaban con la tropa en su ardimiento. En todas partes se veía un anciano de endeble figura pero con bríos de fuego que alentaba a los soldados: era el segundo jefe de aquel cuerpo, don Maximiano Benavides, soldado que debía su carrera a su valor de soldado.

Por todas partes se encontraba también un capitán que aquel día se reproducía por su indomable valor.

Era el capitán don Miguel Moscoso, soldado como Benavides, mozo lleno de servicios y de inteligencia que alcanzó como premio de sus hazañas un consejo de guerra de prócer santiaguino lastimado por una expresión descortés de subalterno.

Hubo un momento en que el capitán Moscoso creyó perdida la bandera de su regimiento, porque sostenida ésta en medio del fuego por el bravo

alférez Bianchi, voluntario de Valparaíso, una bala le tronchaba el asta y otra arrebatava al intrépido abanderado su revólver de la mano. La tomó, en consecuencia, aquél, y corrió a salvarla a retaguardia, para ser devuelta en seguida a quien hasta el postrer momento supo defenderla.

XXVI.

Fue, a la verdad, tan briosa la entrada de la segunda subdivisión, que llevó al fuego en persona y poniéndose valientemente a su cabeza el coronel Arteaga, que los cuerpos peruanos vacilaron, no obstante sus primeras ventajas contra los destrozados Zapadores. “Llegó un *momento dudoso* para la suerte de nuestras armas”, dice con noble franqueza, hablando de este crítico momento el coronel Cáceres que allí peleó como Santa Cruz y como él escapó ileso por milagro.

Más reforzados en el instante propicio por la división Ríos que había quedado en gran parte de reserva en el pueblo durante la primera hora de la lucha, recobraron los peruanos en una carga definitiva el terreno que comenzaban a perder; no sin dejar en el campo nobles vidas.

Cayó allí herido en la frente el pundonoroso coronel Ríos, que murió algo más tarde en Antofagasta, y en seguida derribado del caballo el comandante del Iquique don Alfonso Ugarte; pero vendándose con su pañuelo siguieron ambos batiéndose para dar ejemplo.

Morían también allí, como en el batallón Dos de Mayo, dos jóvenes hermanos, el doctor José María Melendez, comandante de la columna naval, y su hermano don Sisto, capitán del cuerpo. “¡Cuántas veces, dice de el primero de estos generosos inmolados del deber uno de sus confidentes íntimos, hablamos con el doctor Melendez de la patria y de los días de angustia que vendrían para ella después de la pérdida del *Huáscar*! Entonces alzaba la frente, sacudiendo su espesa cabellera, ponía la mano en el puño de su espada, y recordando a Grau, en cuyo suelo también se meció su cuna, se iluminaba su rostro, brillaban sus ojos y desde el fondo de su conciencia se levantaba una protesta solemne y un juramento eterno de vengar la sangre del mártir de Angamos”. (MOLINA. Hojas del proceso, pág. 70)

XXVII.

No: volvemos a decirlo. Tarapacá no fue una batalla: fue la inacabable matanza del martirio.

No iba corrida una hora desde el primer disparo, y entre dos mil combatientes de ambos campos, quinientos cadáveres yacían tendidos en la pedregosa llanura.

No se hacían allí prisioneros, y los peruanos invariablemente ultimaban a todos los heridos que en el avance y en el retroceso de sus líneas en guerrilla quedaban al alcance de sus bayonetas.

Otro tanto hacían a su turno los chilenos. Y sin embargo no era esta en esas horas la parte ni más sangrienta ni la más encarnizada de la brega. Era aquello un tropel de fuego en que peleaban confundidos todos los cuerpos, todos los uniformes, batiéndose más de una vez chilenos contra chilenos como sucedió a la Artillería de Marina que hizo fuego de cañón contra el 2º cuando combatía en la quebrada. “A contar del momento en que la división del centro llegó en auxilio de los comprometidos y ya exhaustos Zapadores, dice un testigo de la batalla, no hubo orden posible. Cada cuerpo, cada compañía, peleaba según la inspiración del inmediato jefe, tratando de sacar partido de la topografía especial del terreno. Como a las 12 del día dos piezas de bronce de la Artillería de Marina y tres Krupp de montaña estaban en poder del enemigo; felizmente esas piezas pudieron ser inutilizadas a tiempo, de manera que su conquista no enriqueció al ejército peruano.

A medida que las horas transcurrían, la confusión aumentaba en nuestras filas. Ignorantes del terreno en que combatíamos, agobiados por la sed, el hambre y el número de los enemigos, no podíamos dar un paso sin exponernos a ser rodeados parcialmente por los peruanos. He visto compañías enteras que, rechazadas por el frente, caían en manos contrarias por los flancos y retaguardia, y no encontraban otro recurso ya de salvación que forzar el frente, sembrando el suelo de cadáveres para quedar siempre rodeados por un adversario invisible que se renovaba siempre. He visto también soldados que caían al suelo después de disparar su rifle, diciendo: *¡Tengo sed!*” (Correspondencia publicada en *El Mercurio* del 8 de diciembre de 1879.)

Era, en efecto, aquella la batalla por el agua y la victoria por la sed.

Los peruanos tenían por suyo el río, habían bebido, y ellos arrollarían en la altura a los que en treinta y seis horas consecutivas no habían humedecido sus labios sino con la pólvora.

XXVIII.

Eran las 12 del día y la batalla de Tarapacá, iluminada por un sol de fuego, estaba perdida militarmente hablando, en su primera faz.

Zapadores, Chacabuco y Artillería de Marina habían sido rechazados en toda la línea, y ocho cañones quedaban en poder del enemigo. Con uno de

éstos y con nuestros propios proyectiles había hecho fuego a nuestras tropas el mayor don Manuel Carrera, de la Artillería peruana, cuyo cuerpo se batía al lado del coronel Cáceres mientras sus soldados lidiaban como infantes en la parte opuesta de la quebrada.

La derrota de nuestras dos primeras divisiones, que era la mitad de la fuerza expedicionaria, era por tanto, completa en la altura llamada la cuesta de la Visagra que da vista al caserío de Tarapacá; y los restos mutilados de nuestros cuerpos, rotos por el plomo y por la fatiga, se replegaban por grupos y en desorden hacia el cerro de la Minta frente a Huaraciña, dos kilómetros más hacia el poniente del pueblo cabecera.

Todo ese vasto suelo, sembrado de piedras y de cadáveres, quedaba en poder del coronel Cáceres que en el campo de batalla recibía las felicitaciones del general Buendía y del coronel Suarez.

XXIX.

Eran las doce de caluroso día.

Solo nuestra caballería se hallaba intacta en esa ala, porque aunque recibido a balazos en el bebedero de Quillahuasa, el capitán Villagran logró satisfacer aquella imperiosa necesidad y, conservando lo mejor posible sus caballos, se replegó lentamente hacia el cerro de la Minta en protección de los últimos cuadros de nuestra destrozada infantería.

XXX.

Tal había sido el combate de la cima.

Descendamos ahora al fondo de la quebrada para asistir a la segunda pero no última faz de aquel terrible encuentro de dos pueblos armados el uno contra el otro por el acero y por el odio.

ANEXO AL CAPÍTULO XXXI.

CARTAS DEL MAYOR DON EXEQUIEL FUENTES SOBRE LA CONDUCTA DE LA ARTILLERÍA EN LA BATALLA DE TARAPACÁ Y SOBRE LAS CAUSAS QUE MOTIVARON SU PERDIDA MOMENTANEA.

Señor don B. Vicuña Mackenna.

Ilo, noviembre 8 de 1880.

Mi apreciado señor:

Por un acápite de carta dirigido por Ud. al señor coronel Velázquez, y del que me dio lectura, quedo impuesto del deseo que manifiesta para que le de detalles sobre la batalla de Tarapacá el 27 de noviembre último.

Accediendo con el mayor gusto, le escribo la presente, con tanta mayor razón cuanto que “un pedazo de hielo queda sobre la conducta de la Artillería y su jefe” en aquella jornada.

Debo advertir antes de entrar en materia, que fuera de mi parte oficial adicionado por el coronel, y de cartas a la familia, no he escrito una letra a nadie sobre este asunto, a pesar de los artículos de prensa escritos por el principal interesado y responsable de aquel fracaso; porque me asiste la íntima convicción que la luz se irá haciendo.

No ignoro que más de una comunicación de individuos que necesitan justificarse habrá llegado a poder de Ud. para que su..... pluma les preste el apoyo que han menester. No obstante esto, no he trepidado en callarme dándoles esa ventaja.

Al presente, hay documentos suficientes que escritos en calidad de desmentidos del parte oficial de la Artillería, son mi mejor satisfacción, pues que no hacen otra cosa que confirmarlo.

A los detalles y marchas que precedieron a la batalla y de que he dado cuenta, apenas tengo que hacer resaltar las mayores fatigas del artillero, comparadas con las otras armas durante una jornada larga y penosa, donde a más de los calores tropicales hubo que marchar alternativamente ya sobre caliches, ya sobre arenales donde el infante y las bestias se perdían hasta el tobillo.

El artillero, señor, tiene que agregar el tiro de su mula que conduce por el ronzal, y que a la larga le demanda enorme fatiga, pues a medida que las bestias se cansan, calman su paso y el conductor tiene que hacer permanentemente un pequeño esfuerzo para animarlas, tirando el ronzal, lo que en marchas de leguas es sumamente penoso.

Agregue las continuas cargas y descargas a “lomo de mula” ejecutadas con las piezas de artillería en cada pequeño descanso que se daba a la fatigada división; las veces en que por descompostura de un albardón, se necesita ejecutar igual operación, y verá Ud. de manifiesto cual es el mayor exceso de fatiga con que entraron aquellos soldados en combate.

No olvide tampoco, que según el parte oficial de Santa Cruz, el enemigo le cortó de 40 a 60 rezagados de sus infantes.

Hay en abono de la tropa de mi regimiento, que extenuados como iban, no tuve un solo rezagado: cada individuo se arrastraba como podía, pero siempre al lado de sus cañones.

Esta marcha, por si sola, habla elocuentemente, si no por el jefe, a lo menos por el estado de la disciplina de los artilleros, especialmente si se compara que pudimos llegar al campo de batalla con artillería, cuando el enemigo a quien su justificación y amor propio lo impulsaban a no dejar por motivo alguno los cañones tomados, se vio impotente para conducirlos como trofeo de victoria

La Artillería se perderá siempre, si ella por si sola no es potente para luchar contra infantería. ¡Tal es estrategia de nuestros combates!

El regimiento de Artillería de Marina no formó parte de la vanguardia sorprendida de Santa Cruz; entró con la división de retaguardia, llevaba para su auxilio 400 infantes de su propio regimiento y no obstante perdió sus piezas.

La batalla de San Francisco no fue sino una brillante fortuna del segundo regimiento de Artillería que, colocado a vanguardia, mantuvo a raya y dispersó por sí solo al ejército aliado. En esta ocasión gozó siquiera del privilegio de hacer fuego cuando lo tuvo a tiro de sus cañones, y de ahí que utilizara su poder.

El 19 de noviembre rodó en su puesto al alférez de Calama señor Urizar, y desempeño brillante papel al mando de otra batería el teniente también de Calama señor Villarreal; únicos oficiales de Artillería que pelearon en el primer hecho de armas de la presente guerra; y en lo cual no ya “un pedazo de hielo” sino una montaña cayó sobre la Artillería.

¿Qué hacer, señor, cuando al jefe de esta arma no se le oye, no se le consulta, no se le permite tomar la posición que solicita, y finalmente se le niega la autorización de hacer fuego en el momento oportuno, para en seguida entregarlo maniatado a 100 metros de distancia teniendo sobre el lomo de sus mulas los cañones con que ha de batirse?

En Tarapacá, arremetidos a un centenar de metros y envueltos con la infantería, fuerte apenas de 300 hombres, pudimos hacer unos 20 o 30 disparos de cañón, más por el efecto moral que por ofender al enemigo, desde que en tan cortas distancias no hay tiro por elevación y nos exponíamos a cada momento a herir a nuestros propios defensores, colocados a 15 o 20 pasos a vanguardia en los primeros minutos, cuando el enemigo fue rechazado.

Luego, rodeados, por dos divisiones contrarias e impotentes los infantes para rechazar su empuje, ceden con tardo paso, el terreno que han conquistado, y los artilleros nos vemos precisados a seguirlos en su movimiento retrógrado; pero las fuerzas y la falta de sirvientes no acompañan a los pocos hombres que retiran sus cañones a brazo, encontrándose de este modo colocados entre el enemigo al frente que ya nos pica con sus bayonetas y los amigos a retaguardia. Tal situación no era sostenible con un puñado de 28 artilleros, mermados ya por las bajas, no era útil como gloria, porque pereciendo en aquella vorágine de fuego, los cañones caerían intactos en manos de los peruanos; así es que fue abandonado, sin su cureña, el más atrasado, luego el otro y el otro.... Siempre por la misma causa, hasta que los sobrevivientes de la subdivisión fueron puestos en dispersión.

Santa Cruz afirma que ha logrado ejecutar un movimiento ordenado de traslación cuando perdió el ala izquierda donde estaba la Artillería; pero esto no es exacto. La pérdida del último cañón tuvo lugar conjuntamente con la dispersión completa de la infantería; como es igualmente inexacto que los extremos de su línea de batalla tocaran los bordes de la quebrada al principio del ataque. Nada, se dejó subir impunemente al ejército contrario, se rechazó el primer grupo que subió a las alturas pero luego el campo fue cubierto de enemigos que salían de cada camino y de cada sendero, envolviéndonos con vertiginosa rapidez.

Siento no tener conmigo el parte oficial que de aquella jornada pasó Santa Cruz, pero apelaré a mis recuerdos, y teniendo a la vista sus posteriores justificaciones probaré solo con ellas como fue el culpable único de la pérdida de la subdivisión vanguardia de Tarapacá; y como la Artillería cumplió con su deber y fue maniatada, impidiéndole dar ella sola, quizá un triunfo espléndido a nuestras armas, sin costo de vidas y sin hacer tanto mártir del infeliz *roto*.

El parte oficial habla *únicamente* de haber tenido como rezagados 40 a 60 infantes. Ni un cargo a la Artillería, siendo de notar que las quejas y acusaciones han venido después a consecuencia del parte mío transcrito por el coronel Velázquez. No, obstante examinemos esos descargos y esas acusaciones.

El parte de la Artillería.- “A la reunión de jefes que acordó el ataque no fue llamado el mayor Fuentes”.

Carta de Santa Cruz (*Mercurio* núm. 15.841).- “No hubo tal reunión de jefes, el ataque nació de la idea formada por la casi totalidad de *nosotros*”.

Oficio del mismo (*Nuevo Ferrocarril* núm. 42).- “No hubo reunión de jefes, fuimos a cumplir órdenes directas”.

¿Que significa esto de la *casi totalidad*?

¿Que hubo algún voto en contra? ¿O este *casi* significa el acuerdo de casi todos menos uno a quien ni por cortesía se le oyó, o bien porque conocedores de su opinión, manifestada durante la noche a ayudantes del coronel jefe de la fuerza, era disidente de lo que después acordaron?

Basta lo dicho para dejar intacta la afirmación del jefe de Artillería.

La verdad es que aquella división llevaba tres o cuatro directores omnipotentes, en que el coronel comandante era el menor, y de ahí el que ellos le impusieran su voluntad formando el consejo a que dan el título de “casi totalidad de ideas”.

El parte de la Artillería.- “Como a 6 kilómetros de nuestro punto objetivo se mandó avanzar la caballería”, etc.

Carta de Santa Cruz.- “Estando *frente al pueblo*, por el camino que va por la altura hice adelantar la caballería; para que tomara el agua y reconociera la posición que me estaba asignada, *una milla* más al interior del punto donde yo estaba”. Y en otra parte agrega: “Por otra parte, me encontraba con mi división a una milla escasa del punto que me era designado, era pues cuestión de marchar un *cuarto de hora más*”.

Aquí el desmentido falta en dos parte:

1º Una tropa que lleva 40 a 60 rezagados sobre 300 jamás hará una milla en un cuarto de hora;

2º No era una milla sino 6 kilómetros los que faltaban, como lo pruebo: La caballería se desprendió al trote, llegó a la aguada y la encontró ocupada, teniendo que retirarse más que ligero desde el fondo de la quebrada a donde la mandó meterse y regresó a las dos horas al lugar de donde se la mandó avanzar, o lo que es lo mismo media hora después de dispersada la subdivisión.

¿Creía Santa Cruz, que en el estado de su tropa alcanzaría la aguada ni en 120 minutos, no digo 15?

Tiempo era este que pensaba dar al enemigo que ya lo había descubierto, como lo justificaré más adelante.

Parte de la Artillería.- “El enemigo había sido divisado al fondo de la quebrada, y el alférez Ortúzar que lo vio subir pidió permiso para repelerlo a cañonazos, lo que la fue negado”.

Carta de Santa Cruz.- “En esa situación se presenta el enemigo a mi espalda; la primera sección de Artillería iba a la cabeza de la columna, la segunda, a *pretexto de querer el oficial hacer algunos tiros al pasar frente al pueblo*, se detuvo un poco a retaguardia de la división”, etc.

Oficio del mismo.- “Falta a la verdad quien asegura haber visto subiendo infantería mientras desfilábamos, pero *yo en mejor situación para ver directamente, solo he percibido a un oficial a caballo que trató de subir varias veces* y no lo hizo sino hasta después de haber repasado la división hasta el lugar”, etc.

He aquí un desmentido al cual dará usted su verdadero valor. Santa Cruz no ha negado que iba hora y media a vanguardia de la subdivisión que lo seguía inmediatamente, ve en la cima opuesta (su carta citada) “tres individuos de a caballo que *dominaban las alturas del oriente*, se manifestaron a la vista y éstos *probablemente* examinaban la fuerza y composición de nuestra tropa”, ve subir un oficial y aun niega que estábamos descubiertos, que el enemigo veía éramos un puñado sin protección; y se niega permitir hacer fuego *sobre el pueblo*, y que los artilleros decimos *sobre el enemigo*. A más no desconoce que el ejército a quien íbamos a batir estaba ahí.

Parte de la Artillería.- “El enemigo nos cortó a 100 metros a nuestra espalda”.

Parte oficial de Santa Cruz.- “Me cortaron 40 a 60 rezagados, etc., es falso subiera el enemigo cuando la artillería quiso romper el fuego sobre el pueblo”. Oficio citado.- La quebrada está a pique, la artillería no podía hacer fuego para abajo.

Estamos contestes en que fuimos cortados a 100 metros a la espalda, y esto a contar desde que se le pidió permiso para romper el fuego. Resulta entonces que fue sobre las tropas que subían, puesto que no podían andar de repechada en una *quebrada a pique* 400 metros a lo menos que hay por el camino, mientras nosotros solo avanzamos 100.

Parte de la Artillería.- “El que suscribe y su ayudante se habían adelantado antes de reconocer una meseta que domina el pueblo y la quebrada, etc., y encontrándola apropiada para la colocación de la Artillería, solicité ocuparla y no se aceptó”, etc.

Carta de Santa Cruz.- “Además, la posición no era conveniente para situar Artillería y con *escaso número de infantes* no era posible defender ahí piezas que podían ser rodeadas y dominadas desde la cima opuesta”.

De estas dos apreciaciones contrarias resulta que Santa Cruz reputa escasos sus infantes para defender la Artillería situada en la cima, cuando el enemigo está al fondo, y prefiere dejarlo subir para en seguida hacer la defensa con el mismo número de infantes, teniendo en su contra las ventajas del terreno.

Es falso que pudiéramos ser *rodeados desde la cima opuesta*, desde que “una quebrada de 500 metros nos separaba” (oficio citado).

Es posible fuéramos dominados; pero esa era nuestra tarea, el no permitirlo, rompiendo el fuego contra los que lo intentaran, a cuyo efecto la Artillería acordonada al borde de la quebrada lo habrían ejecutado fácilmente.

Por último, tenía Santa Cruz por responsable de la posición elegida por mí, a mi mismo, y cuando en ella no me pudiera sostener, contaba con 500 metros a lo menos entre el enemigo y yo para maniobrar y retirarme convenientemente.

El oficio y la carta citada de Santa Cruz, acusan a última hora como culpables de su retardo a la segunda sección de Artillería que se atrasó contra su voluntad a pesar de órdenes que dio para que tomara la cabeza de la columna.

Esto es falso, tal orden no ha dado, ni ha habido tal retardo; y si no ¿por que no lo dijo en su parte oficial cuando habla solo de 40 a 60 rezagados? ¿Es quizás un desquite?

Talvez toma pié del parte de Artillería que publican los diarios, donde digo: *Dispuse* marchara a vanguardia la caballería, siguieran dos piezas Krupp, luego Zapadores, los otros dos cañones y por fin una compañía del 2º de línea; pero es que hay aquí un error de imprenta.

Yo digo refiriéndome al jefe *dispuso*, y el parte impreso me hace decir *dispuse*, y por tanto el orden de marcha fue el que Santa Cruz designó.

No comento, señor, aquella novísima ciencia de que hace alarde otro jefe cuando sostiene que si no fuera por la defensa de la Artillería atrasada y los rezagados “habría continuado mi camino en cumplimiento de órdenes que he acostumbrado respetar, cuya ejecución es ineludible para mi cuando de ellas depende un *movimiento combinado* y ya en vía de ejecución”.

De manera que este señor ve al enemigo que en grueso número se coloca a su espalda, desconcertando de hecho el plan *combinado*, sale de la ratonera, toma posiciones, y no obstante sigue adelante impertérrito hasta colocarse al fondo de la quebrada con la Caballería y Artillería. Comente Ud. esto.

Ahora, señor Vicuña, sírvase decirme en contestación a mi larga carta, si el desairado jefe de Artillería hizo cuanto era dable para evitar aquel duelo de nuestras armas, y si llegada la hora de suprema angustia todavía trabajó lo humanamente posible por la salvación de sus cañones.

Termino mi relación, y si quiere datos de otra naturaleza, tendré el gusto de suministrarlos, pero al concluir lo diré que el personal de artilleros de los cuatro cañones era de 44 a razón de 11 por pieza, divididos así: 4 sargentos guías, 24 sirvientes y 16 conductores de mulas y municiones. Los conductores no entran en combate, porque teniendo a su cargo las cajas y bestias se les oculta cuanto el terreno lo permite.

Nuestras bajas subieron a 28, siendo el mayor número (los dos tercios) de los pertenecientes a estos cuatro cañones.

La reserva de la batería quedó con las subdivisiones 2ª y 3ª por haberse dejado en calidad de tales a los más cansados y estropeados.

Lo saluda atentamente su S. S.

E. Fuentes.

Señor don B. Vicuña Mackenna.

Alto de Conde, marzo 28 de 1880.

Mi estimado señor:

Le dirijo esta nueva carta con el fin de completar la relación que hice a Ud. sobre la batalla de Tarapacá.

En mi anterior que reduje a la subdivisión de vanguardia, me concreté casi únicamente a probar no había razón para que “un pedazo de hielo quedara aun sobre la Artillería y su jefe”. Ahora los detalles de toda la jornada, puesto que también los pide para la “historia que está escribiendo con referencia a Tarapacá”.

No necesita Ud. noticias de la topografía del terreno, ni los hechos en globo porque los conoce; así es que los trataré en detalle.

Establecido que el ciego empecinamiento de Santa Cruz, originó su propia pérdida y la del ejército del coronel Arteaga al cual pertenecía, quedan otras causales del rechazo.

1° Marcha forzada de diez leguas sin hacerla acompañar de una sola carga de agua y en una sola noche, para entrar inmediatamente en combate.

2° Orden del ataque en tres subdivisiones que necesitaban de hora y media para prestarse auxilio.

3° No ocupación previa de los bordes de la quebrada por la subdivisión central, después de cuya medida debieron desprenderse las dos destinadas a cortar los flancos de la quebrada, manteniéndolas en situación conveniente hasta que el enemigo fuera puesto en fuga por los que del centro lo dominaban.

4° Conocido el fracaso de Santa Cruz, haber avanzado a paso de carga en su socorro con gente que en el número de 300 hombres se contaban 40 a 60 rezagados, lo que dio por resultado que aquello no fuera línea de batalla ni cosa parecida. Cada soldado y cada oficial corría y peleaba donde y como mejor pudo sin que una vez siquiera entrara en línea y organizada una compañía. Allí se veían revueltos todos los cuerpos sin la menor cohesión.

5° Que aquel día sonó para Arteaga, Vidaurre, Ramírez y Santa Cruz el cuarto de hora fatal que los hombres tienen en la vida: Arteaga aceptando disposiciones a pura pérdida. Santa Cruz ciego marchando al precipicio, Ramírez introduciéndose temerariamente a la quebrada y Vidaurre siguiéndolo poco después, mientras dejaban a Buendía coronar tranquilamente las cimas que nosotros le cedíamos.

6° No haber organizado la división o siquiera un regimiento en las dos horas (3 a 5) que fuimos dueños del campo, y cuando a pesar de tantos errores la victoria se declaró a nuestro favor. Estas horas lo ocuparon los primeros jefes de regimiento en descansar y comer una o más cazuelas al lado de la aguada dentro del valle, después de dar la orden de soltar los caballos de la caballería y quitarles las monturas.

7° Ni una avanzada, ni un porta que anunciara el peligro que pronto se nos vino encima.

Estas son, escritas a la ligera, pero con exacta verdad, las causas del rechazo del 27: desaciertos desde el principio hasta el fin.

Me olvidaba de un 8° motivo, y que debí apuntar como 1°

Aun sin los errores de Santa Cruz, la Artillería no debió marchar incorporada a la vanguardia, porque tal no es su puesto. Con vanguardias van compañías de guerrillas;

salvo el caso que entre nosotros la materia se apure no ya como en San Francisco, sino que haciéndola jugar el papel de tropa ligera.

Ahora me permitirá Ud. una observación enteramente privada del que suscribe, pero necesaria para la verdad histórica. Se ha dicho que Ramírez era como *jefe*, uno de los hombres llamados a los más altos puestos militares; cualidad que le niego.

Ramírez era jefe pundonoroso y valiente hasta la temeridad, pero incapaz de dirigir un regimiento. Su valor lo cegaba haciéndolo abandonar el rol de comandante por el de subalterno.

Antiguos soldados aseguran que en Cerro Grande dejó su compañía para marchar con otra que iba más a vanguardia. En Calama todos sabemos que olvidado del mando de la fuerza expedicionaria y de su regimiento, cargó a la cabeza de una compañía, y finalmente en Tarapacá, sin acordarse que debía dirigir al 2° de línea, arremetió al frente de un puñado hasta encontrar heroica muerte, mientras el regimiento peleaba por fracciones diseminado por todas partes.

Esperando disculpe el desaliño de la narración, creo haber cumplido con el deseo de Ud.

Su A. y S.S.

E. Fuentes.

CAPÍTULO XXXII

EL REGIMIENTO 2º DE LÍNEA EN LA QUEBRADA.

La 3ª división peruana al mando del coronel Bolognesi sube a los cerros del oriente al mismo tiempo que la de Cáceres a la barranca opuesta.- Con un aturdimiento inexplicable, se ordena al comandante Ramírez bajar a la quebrada en los momentos en que los peruanos se escapan de ella.- Reconocimiento previo de la quebrada por el capitán Laiseca que captura un habitante de Huaraciña y lo lleva a la presencia del coronel Arteaga.- Declara el prisionero que las fuerzas de los peruanos en el pueblo de Tarapacá suben a 4.000 hombres y que hay 2.000 más en Pachica.- Impresión profunda que este anuncio causa en los jefes de la expedición.- El comandante Vergara parte a escape a sujetar a Santa Cruz, pero en el medio de la pampa lo sorprende el fuego de los peruanos que han cortado esa división por retaguardia.- Ya es tarde para salvar a Santa Cruz; pero ¿por que no sujetan a Ramírez que marcha resueltamente al abismo?.- Imponente avance del 2º de línea por el fondo de la quebrada.- El capitán Abel Garretón sube al morro de la derecha con su compañía guerrillera y rompe el fuego a dos cuadras del pueblo de Tarapacá sobre la división Bolognesi.- Heroísmo de Garretón y de los oficiales Moreno y Morales que caen a su lado.- Espantoso combate.- Garretón pierde dos tercios de su compañía y sube el capitán Necochea con la 2ª del 1º a sostenerlo, llevando la bandera del regimiento.- Imponderable heroísmo del abanderado Barahona y de la escolta del estandarte, que perece hasta el último hombre.- El cabo Gutiérrez y el guardia de Arequipa Mariano Santos.- Bizarria con que el mayor Vivar avanza a tomarse el pueblo por el bajo con las compañías de G. A. Garretón, G. J. Silva y J. A. Valenzuela.- Vivar rebasa el pueblo defendido por el general Buendía en persona y cae mortalmente herido.- El 2º de línea dentro de un cerco de fuego.- La Artillería de Marina le dispara con sus cañones desde la loma y va a deshacer su engaño el capitán Garfias.- Como muere este valiente oficial.- Inmensa hecatombe.- Los peruanos quedan agrupados en montones y los chilenos sucumben por centenares.- Las reliquias de las cinco compañías que se baten en los suburbios del pueblo son obligadas a retirarse.- El comandante Ramírez herido intenta rehacer el combate en los ranchos de San Lorenzo y es rodeado con los oficiales Cotton Williams, Gajardo, Lira, Errázuriz y Párraga.- Muerte de los dos primeros y del capitán Garretón.- Heroico dialogo del comandante Ramírez y del capitán Necochea.- El capitán Silva se bate con un rifle hasta morir.- El teniente Zelaya y sus aventuras en la batalla.- El subteniente Clodomiro Bascuñán es muerto por equivocación.- Heroico fin de la carrera de los comandantes Ramírez y Vivar.- Sus caracteres, sus antecedentes y sus glorias.

“Encontraron al *segundo*
 Que es fiero *pa* la pelea,
 Y de abajo les menea
 En aquel zanjón profundo
 Y por esto me confundo
 Al ver aquel desacierto”

(Décima citada del soldado payador Gándara, del 2º de línea.)

I.

Mientras que los chilenos eran descubiertos en la altura y trepaban animosos y resueltos a cortarles el paso los derrotados de San Francisco, trocando así el plan de los primeros por su base, de sorpresa en acometida y de atajo en desborde, se desarrollaba la batalla en el ala opuesta y hacia el bajo de Huaraciña en no menos fatales condiciones de imprevisión y arrojo temerario para nuestras armas.

El comandante Ramírez descendía, en efecto, hacia el fondo de la quebrada, que era un cementerio, en los precisos momentos en que Cáceres por el costado del poniente y Bolognesi por la ladera opuesta subían a coronar las cimas donde brillaba, junto con el sol, la victoria.

¿Que vértigo reinó en aquel momento supremo en el insomne y fatigado campo de los chilenos? ¿Les devolvía acaso el general Buendía desde la plaza de Tarapacá, en que a esas horas se hallaba despierto y entero, tomando todo género de medidas, su fatal pesadilla al pie de San Francisco?

II.

El denodado comandante Ramírez avanzaba, entretanto, con férrea resolución, por el fondo del abismo caminando hacia su tumba. Marchaba él adelante de todos explorando el campo con su anteojo de campaña. Iban a su lado su segundo Vivar, sus dos ayudantes, Diego Garfias, antiguo oficial del Buin, y el capitán Arrate, su hijo político. Y en pos de ellos seguían desfilando por los estrechos callejones de la quebrada cinco compañías del regimiento, precedidas por la del valiente capitán Abel Garretón, que era la guerrillera del segundo batallón. No se habrá echado en olvido que la guerrillera del primero andaba en la altura con Santa Cruz.

Cerraba la retaguardia de la columna, a ocho o diez cuabras de distancia, la primera compañía del primer batallón que cubría su espalda contra cualquiera celada, servicio importante que el comandante Ramírez confiara a su hermano mayor don Pablo Nemoroso Ramírez, capitán de aquella, valiente oficial pero sin fortuna y no premiado.

Poco más tarde se agregó a esta fuerza la compañía del capitán Cruzat, formándose de ambas una pequeña columna flanqueadora que mandó el mayor Echanez, tercer jefe del 2º. Por esto, las compañías que llevaron al fuego Ramírez y Vivar, fueron solo cinco, 600 hombres escasos.

III.

A la siga de esta fuerza de protección que avanzaba desplegada en guerrilla por todo el ancho de la quebrada, que allí entre Tarapacá y Huaraciña, no alcanza a dilatarse tres cuadras, avanzaban al paso del caballo los Cazadores del teniente Miller Almeida, conducidos por el entendido práctico Laiseca.

Y pocos momentos antes de recibir el último aquella comisión, había tenido lugar un acontecimiento que llevó justa, súbita y profunda alarma al ánimo de los jefes de la empresa de Tarapacá, responsables de su éxito.

El capitán Laiseca había bajado al caserío de Huaraciña con aquella escolta del coronel Arteaga, y hecho una barrida de sus vecinos que condujo a la grupa hacia las altura. Interrogado el que parecía más aventajado de aquellos infelices, declaró de plano, que estando a noticias ciertas por él adquiridas, existían dentro del pueblo de Tarapacá cuatro mil hombres a las órdenes del general Buendía y dos mil más en Pachica, con los coroneles Dávila y Herrera.

Palidieron, mirándose recíprocamente entre si con el ceño de mutua acusación, los dos jefes de la temeraria cruzada del desierto, delante de aquella revelación que descorría la tela de sus ilusiones y no les dejaba más camino para salvar su nombre ante el país, el ejército y la historia, que el de ir a hacerse matar junto con los que habían traído a morir; y preciso es confesar, que desde ese momento uno y otro, el coronel Arteaga y el comandante Vergara, se mantuvieron dentro de la lógica terrible de la terrible situación que ellos se crearon.

IV.

Se vino, sin embargo, a la mente del último que, aunque bisoña en cosas de guerra, se muestra casi siempre alerta, una idea salvadora, pero que debió preceder por una hora a la batalla: la idea de la concentración. Y clavando espuelas a su caballo, partió a galope por la pampa, acompañado del capitán Emilio Gana para ir a detener a Santa Cruz en su marcha sobre Quillahuasa, a fin de reorganizar la batalla, no en jirones como iba, sino en un solo cuerpo como un baluarte de infantes y cañones invencibles.

Más, no habían avanzado cinco minutos los jinetes en su carrera, cuando pararon de súbito sus caballos. Un terrífico estruendo de fusilería y el estampido de unos cuantos cañonazos, disparados, al parecer, de retaguardia y cuyos proyectiles en la dirección en que iban, pasaban sobre sus cabezas, les anunció, en efecto, con fatal desmayo, que llegaban tarde....

Era el momento en que el mayor Fuentes contestaba los primeros disparos del Zepita, que le cortaba por retaguardia formando punta; y esto de tal suerte, que por el rumbo de nuestros proyectiles, los dos oficiales chilenos juzgaron que los peruanos traían también artillería cuando solo iban a quitarla.

V.

Pero si aquella medida había sido como otras tardías y aventurada respecto de nuestra ala izquierda ¿por que al mismo tiempo no se puso por obra respecto de la columna de la derecha que el comandante Ramírez llevaba sin vacilar a la obediencia y a la matanza? ¿No estaba esa división a la vista del coronel Arteaga? ¡No marchaba por el bajo al alcance de su voz?. ¿No se hallaba por ventura el último rodeado de ayudantes tan resueltos, como el comandante Jorge Wood, Emilio Gana, Bolívar Valdés, Julián Zilleruelo y Salvador Smith, para ir a hacer cumplir sus órdenes?. Pero el jefe chileno, llevado de la impassibilidad estoica de su carácter, sintiendo que todos marchaban por diverso camino a la muerte, eligió el suyo y se marchó en aquel preciso y solemne momento de la batalla, reciente y temerariamente empeñada, a buscar su dispersa subdivisión del centro para conducirla al fuego como estaba de antemano convenido. Y se sabe ya como lo hizo con tanto generoso ánimo como escasa fortuna en las alturas.

VI.

Una reflexión más todavía sobre tamaño y funesto error militar. Si el mejor y más numeroso cuerpo de la división expedicionaria estaba destinado a batir la quebrada ¿que necesidad había de hundirlo en su fondo para tal propósito?. ¿No lo llenaba cien veces mejor recorriéndola por su ceja y bañándola con sus fuegos perpendiculares, los terribles fuegos *plongeants* de las armas modernas?. Y si la quebrada en su mayor anchura no tenía más de 350 metros ¿no habrían podido batirla y despejarla en toda su extensión no solo los cuerpos armados de Comblains, sino los Artilleros y Granaderos a caballo que llevaban solo carabinas Winchester? No. La falta cometida por los que arrojaron un regimiento entero en una cueva, juzgando que la estrategia es trampa, no tiene posible excusa ni ante la razón más obvia, menos ante la táctica más rudimental.

VII.

Entretanto, el comandante Ramírez que había seguido avanzando tranquilamente por el fondo de la quebrada envuelto en profundo silencio, sintió de repente las descargas del alto contra Santa Cruz, y torciendo bridas a escape hacia su tropa, le gritó: *¡Adelante, muchachos! Ya nuestros compañeros se están batiendo.* (Cuando de repente y a toda fuerza de caballo, llega el gran comandante Ramírez y dice estas textuales palabras: “Adelante muchachos: ya nuestros compañeros se están batiendo”. (Carta del teniente del 2° Belisario Zelaya al autor. Santa Catalina, febrero 2 de 1880.)

Por el interés de esta carta, que refiere varios curiosos episodios desconocidos, le damos cabida íntegramente en el presente capítulo.)

VIII.

Tomó en seguida el comandante Ramírez sus disposiciones de combate con la tranquila entereza de un veterano, secundado por el comandante Vivar. Era éste todo un soldado, desde la espuela al kepí, lo parecía con más particularidad ese día porque iba vestido como la tropa, a causa del incidente de Dibujo que antes contamos.

Notando, en efecto, que por su costado derecho, es decir, por el oriente de la quebrada se adelantaba al fondo de ésta un pequeño morro a dos o tres cuadras del pueblo, ordenaron de acuerdo y con feliz acierto los dos comandantes que corriera a ocuparlo el capitán Abel Garretón, sostenido de cerca por la compañía del capitán Necochea, excelente y oportuísima medida, en tal momento. Y tan lo fue que cuando las guerrillas del 2° coronaron el morro, divisaron las negras hileras de la división Bolognesi que con los fornidos gendarmes de Arequipa del sereno coronel Iraola (Guardias de Arequipa) dispersados en guerrilla y el batallón Ayacucho en columna, se avanzaban por los cerros del oriente dominando el valle y el morro.

A la tercera división se había agregado también la artillería de Castañón, que avergonzada de la pérdida de sus cañones, peleó allí con entereza en número de 180 hombres armados de carabinas Winchester.

El 3° provisional de Lima, comandante Zavala, presentaba también algunos pelotones en la división Bolognesi, después de su completa dispersión en San Francisco.

IX.

Se estuvieron mirando largo rato las dos fuerzas como para reconocerse. Sostenían algunos de los soldados de Garretón que la tropa que tenían al frente era muy semejante a la de la Artillería de Marina, y para cerciorarse

levantaron una banderola chilena, primero en la espada del subteniente don Francisco 2º Moreno, noble mancebo de Valparaíso que allí rindió voluntario la vida, y en seguida en el fusil de un soldado para hacerla más visible.

Una descarga cerrada de más de mil fusiles saludó entonces la insignia de la patria, cubriendo la columna de balas y de cadáveres, a la distancia de quinientos metros.

Se empeñó en el acto el combate, respondiendo el fuego Garretón con éxito terrible, porque estando la división Bolognesi en filas, la acribillaban sus diestros tiradores, apuntando siempre “al montón”.

Pero aquella valiente tropa se hallaba en la proporción de uno contra diez, cien contra mil; y el empeño desigual iba acabándola. Herido en un pie el valiente mozo que la mandaba, vio caer a su lado a sus dos cabos ayudantes, Carlos Bocaz, un muchacho de 28 años, y Bartolomé Oyarce, este último con un vuelco horrible, herido mitad por mitad en el corazón. Bocaz se batía por la primera vez, pero su compañero de órdenes era un conocido aventurero que había servido con el guerrillero boliviano Carrasco en sus correrías y asaltos contra Caracoles.

Continuaba el fuego con horrísono estruendo, repetido por los ecos de la angosta quebrada, y momento por momento desaparecían los combatientes del morro, quedando al último 73 hombres de la compañía guerrillera (que era en ese día de 115) fuera de combate. (Según las listas de revistas, la compañía guerrillera de Garretón tuvo 7 cabos y 59 soldados muertos: total 66 y solo *siete* heridos; gran total sin contar los oficiales 73, o sea más de los dos tercios del número con que entró al fuego.)

X.

Trepó entonces la fatal cuchilla el veterano capitán don Bernardo Necochea, llevando en el centro de su compañía, que era la segunda del primer batallón, la bandera virgen y gloriosa del regimiento.

La habían confiado aquella mañana, a falta de abanderado, al subteniente don Telésforo Barahona, mozo atlético y arrogante que tenía dos hermanos en la caballería y era hijo de un antiguo comisario de Santiago.

Batía éste en la altura el noble trapo en reto a las compactas hileras enemigas que avanzaban por las faldas ganando lentamente terreno cuando una bala le atravesó el hombro, robusto pilar del asta inmolada, y en seguida y sin soltarla otra le perforó el pecho.

Cayó entonces el heroico voluntario al suelo, tiñendo con la sangre, que le salió en abundancia por la boca y por la herida, la venerada insignia que aquel día sirviera alternativamente de mortaja a tantos bravos.

El valiente Barahona, voluntario aquel día de la gloria, había escrito a su padre desde el Alto de Pisagua estas rudas palabras de soldado que allí se cumplieron: “Parece que nos entramos al interior, y la cosa va a ser allí *de los grandes diablos*”. ¡Y tal lo fue!

Tomó en seguida el querido estandarte azul que reflejaba el suelo de la patria, y que por esto le ha sido devuelto, el cabo de su escolta Justo Urrutia y no abatió su asta hasta que hubo recibido tres balazos a los que el hercúleo bravo ha sobrevivido, el *único* entre veinte.

Pasó en seguida la noble insignia de Chile de mano en mano a los sargentos segundos Francisco Aravena, Timoteo Muñoz y José María Castañeda. Todos rindieron la vida pero no el honor del regimiento; y en seguida cupo igual destino a los cabos primeros José Domingo Pérez, Ruperto Echáurren y Bernardino Gutiérrez, este último viejo catador de Yungay y Pan de Azúcar y asistente del comandante Vivar en Caracoles: todos también cayeron. ¿Cuando, en cual batalla de Chile y de la América hubo jamás mayor ni más sangriento heroísmo?. (De las listas de revistas del 2º de línea aparece que los cabos José Urrutia, y Ruperto Echáurren, pertenecían a la compañía guerrillera del capitán Larraín, que peleó en las lomas. Pero como cada compañía suministra custodias a la bandera, natural que esos valientes anduviesen con ella.

En una correspondencia relativa a las fiestas patrióticas celebradas el 18 de setiembre de 1880 en Tacna, en las cuales fisonomía dominante debía ser la devolución del estandarte del 2º de línea hallado en esa ciudad, devolución retardada hoy pero que será hecha en presencia de 15.000 soldados, se asegura que murieron 25 soldados de la custodia sucesiva de esa bandera, y que del primitivo 2º regimiento de línea no quedan más de cien hombres.)

XI.

Mientras todo esto tenía lugar a la derecha de la quebrada, batiéndose en el alto del poniente las subdivisiones de la izquierda y del centro, el impávido comandante Vivar avanzaba al trote por el fondo de la quebrada con tres compañías para asaltar al pueblo. Pero recibido de frente por las fuerzas de reserva que mandaba el general Buendía en persona en la plaza de Tarapacá y principalmente por la columna boliviana del comandante González Flor (la columna Loa), era a la vez fusilado de soslayo por las tropas de Bolognesi que, a su vez, tiraban “al montón” en la quebrada, al paso que diversos grupos perfilándose por el lado del poniente, apenas obtenían algún respiro en su entrevero con los Zapadores, disparaban hacia el bajo y lo barrían poniéndolo entre tres fuegos.

Fue ese, además, el fatal momento en que la Artillería de Marina comenzó a ametrallar nuestros propios soldados en la quebrada, subiendo a

deshacer su engaño, en medio de un diluvio de balas, el bravo ayudante Diego Garfias.

XII.

No hubo durante toda aquella jornada de titánicas arremetidas un combate más encarnizado que el que se trabó en los suburbios del escuálido pueblo de Tarapacá.

En otras partes se peleaba por el paso como los Zapadores contra el Zepita; en otras por el agua como los Granaderos en Quillahuasa, pero allí se peleaba por la posesión del campamento enemigo, que era el premio y la victoria.

Desplegaron indudable ardor en ese paraje los peruanos comandados por el general Buendía. Allí espiraba el valiente mayor Francisco Perla, segundo jefe de la columna Loa, y de la pequeña banda de artilleros caían heridos el sargento mayor Pastrana, el subteniente Pezet, nieto de un presidente del Perú, mestizo de inglesa, nacido en Londres, y tres bravos oficiales a quienes hemos visto más tarde curándose de horrorosas heridas en una misma alcoba, el alférez Carlos Arancibia, hijo de Lima y de chileno, y los subtenientes Nicanor Málaga y Enrique Varela, este último niño y frágil como endeble caña pero valiente como una roca, ambos naturales de Arequipa.

Murió también allí en el puesto del deber, después del dolor del pánico y la fuga, el teniente de Artillería Felipe Flores, hijo del Cuzco. (Según el parte oficial del coronel Castañón, la Artillería, que se componía de 132 hombres, tuvo 9 oficiales y 32 soldados fuera de combate. De éstos, 15 muertos.

El subteniente Pezet fue canjeado temprano, como nieto del ex presidente, por el subteniente Silva Basterrica, según vimos. Pero sus compañeros Málaga, Arancibia y Varela se encuentran todavía en Chile apenas restablecidos de sus graves heridas. Al último ha venido a agregarse posteriormente su padre el coronel don Marcelino Varela, herido honrosamente en Arica.)

XIII.

Afirman algunos que en el primer ímpetu de la carga, las compañías del 2º que mandaban los capitanes Necochea, los dos Garretón, Ignacio Silva y José Anacleto Valenzuela rebasaron el pueblo, y agrega un jefe chileno en su parte oficial (el mayor Echanez) que “lo tomaron”, ejecutando a su paso espantosa carnicería a la bayoneta. No vemos confirmado este dato en otros documentos; pero existen testimonios de visitantes de la quebrada histórica

que acusan la terrible matanza de los que defendieron los suburbios. “Solo en una punta, dice un oficial que escribió en aquel tiempo una interesante carta al diario *Los Tiempos*, solo en una punta que se avanza del pueblo sobre la quebrada, en un espacio de unas pocas varas, dejaron los peruanos *cincuenta y siete cadáveres*, y entre ellos no encontré más que un soldado del 2º que lanzó su último suspiro teniendo asido del pelo a un cholo corpulento y en ademán de hincarle los dientes en el cuello. Es necesario haber visto aquello para formarse idea de lo que ha sido”.

XIV.

No era menor el tributo de sangre que nuestros soldados pagaban a su valor en aquel horrible sitio. La compañía del capitán Necochea perdía todos sus sargentos con la excepción de su hijo, un niño de 16 años que fue hecho prisionero, y por niño talvez perdonado. Se llamaban aquellos Lorenzo Lobo, Bonifacio Pérez, Ramón Barrios, todos veteranos con terceros premios, y un alentado mozo, Antonio Pizarro, natural de la Serena. Del resto de las clases quedaron en el campo 7 cabos de esa compañía, es decir, toda su dotación, y 45 soldados, con la singularidad de no haber sobrevivido sino un solo herido, afortunado como su nombre, porque se llamaba éste “Feliciano” Herrera. Todos los demás perecieron.

De la compañía del mayor de los Garretón (3ª del 1º) que entró también al fuego en esa parte, hubo 62 muertos y solo tres heridos....

Y para entender el horror de esta matanza téngase presente que la compañía del capitán Larraín que se batió en el alto durante más de una hora a pecho descubierto, solo tuvo 22 muertos y 11 heridos.

XV.

Pero no era esto todo.

En tan espantoso conflicto, verdadero abismo que se tragaba centenares de vidas en minutos, además de Gajardo, de Barahona y de Moreno, caían al rigor del plomo el subteniente don Tobías Morales, inteligente institutor de Talca, que había cambiado la cartilla por el rifle; era herido el teniente Aníbal Garretón y más adelante sucumbía aquel cabo Eugenio 2º Labra, de la primera compañía del segundo batallón, que a bordo del Rimac, al partir de Valparaíso, juró delante de su comandante y de la tropa volver victorioso, o no volver.

Pero la pérdida más irreparable de aquel encuentro y que vino a cambiar de hecho la faz del combate en aquel paraje fue la de los jefes que conducían las intrépidas compañías delanteras por el fondo de la quebrada.

Casi a un mismo tiempo, eran, en efecto, mortalmente heridos el comandante Vivar atravesado la ingle por una bala, y en seguida los capitanes Garretón y Gárfias, bandeados ambos en el estómago. Se supo esto después por el cinturón de cuero del primero que apareció perforado por una bala bajo la pira cobarde que quemó a tantos mártires del honor y del deber.

Rodeados en todas direcciones por aquel círculo de fuego, verdadero anillo de la muerte, comenzaron a batirse en retirada las fuerzas de Vivar sobre la compañía del capitán don José Ignacio Silva, que el comandante Ramírez había dejado de reserva a retaguardia, quedándose él personalmente con ella.

Igual movimiento hacían Necochea y Garretón que habían llegado cargando hasta las goteras del pueblo convertido en un lago de sangre, sangre de chilenos sacrificados a la impericia y al denuedo.

La derrota en la quebrada comenzaba casi al mismo tiempo que en el alto.

Era la hora exacta del medio día bajo un sol que quemaba las almas y la tierra.

XVI.

A pocos pasos y mientras retrocedía haciendo fuego en retirada, encontró en efecto el capitán Necochea espirante a la sombra de un molle al valiente capitán Gárfias Fierro, quien, con el estómago atravesado por una bala, pedía con voz suplicante agua a los que pasaban. Se la dio el sargento Necochea de su caramayola, y el soldado agonizante, como el náufrago que aprieta la última tabla, se aferró del brazo del niño como para morir entre amigos....

Más adelante, en la retirada, está sentado en una piedra del camino el estoico Vivar con el bajo vientre bandeado, silencioso, pero sombrío e indomable. Sus soldados pasan, él los mira, pero no dice nada como la sombra del Dante. ¿Ni que podía decir un hombre de su temple a los que en esos momentos huían?....

Unos pocos pasos más allá, y no lejos de una casa pajiza situada en el fondo de la quebrada, la dispersa columna compuesta de solo treinta hombres, encuentra al comandante Ramírez, taciturno, pero resuelto como Vivar. Aun no está herido. Al contrario, tiene en una mano su antejo de campaña y con

la otra afirma por la rienda el hocico del brioso caballo chascón de Avaroa, el héroe calameño, que cupo en botín al vencedor.

Ramírez está a pie, pálido, pero impassible.

“¡Mi comandante! le grita Necochea al llegar jadeante. Monte a caballo, que el enemigo llega”.

“¿Cuántos hombres trae?” pregunta fríamente el comandante al capitán.

“¡Treinta, señor!”

“Yo tengo quince; y aquí nos haremos fuertes”, replicó el denodado jefe. Y como para dar acento a su heroica resolución, se le presentó en ese instante con un rifle en la mano el arrogante capitán Silva, desposado con la metí de un ilustre almirante, y que digno de su novia, allí muriera.

Era el capitán Silva un alegre camarada y tan eximio tirador al blanco como bullicioso y espiritual charlador bajo la lona. Más, negra nube cubría su frente y su alma desde la víspera en que aseguró a varios de sus amigos de regimiento que moriría aquella mañana, pero que “moriría matando” como, en efecto, lo puso por obra. (El capitán don José Silva tenía apenas 28 años. Había salido de la Academia militar al regimiento de Cazadores en enero de 1870, y no tardó en distinguirse en las fronteras, pidiendo para él los despachos de teniente el general Urrutia, como título de honor conferido en el campo de batalla en un encuentro con los indios.

En cuanto a sus presentimientos y a sus alegrías, he aquí algunos fragmentos de su correspondencia íntima con su padre que publicó en un diario de Santiago su amigo y admirador el joven pero ya señalado escritor don Julio Bañados Espinosa:

“Pero, como es necesario ponerse en todos los casos y es posible un incidente personal, le anuncio que en casa del S. M. O., en Antofagasta, he dejado mi equipaje, que aunque es el de un pobre soldado, espero lo reciba Ud. i disponga de él como de la parte material de mi pobre herencia; en la parte moral, es decir, mi cariño, me parece inútil indicarlo, pertenecerá a Ud. y a todos tanto como a la patria por quien en este momento nos *preparamos a morir*.

.....

Hoy, que es la última (noche), todos agachados sobre el papel, recuerda cada cual un padre, una madre o algo más que está ausente y que quisiera en el último instante estrechar entre sus brazos. Pero, para que nada falte, se levantan dos, después de cerrar sus cartas y se ponen a tocar y cantar una zamacueca, seguidos por el acompañamiento de los demás que suspenden por un momento la escritura de sus respectivas cartas. Así es el chileno; todo aquello que le recuerde la patria le hace olvidar hasta la muerte”.

El capitán Silva había recibido los despachos de su grado en mayo de 1876, y cuando estalló la guerra era ayudarme de la comandancia de armas de Valparaíso.)

XVII.

Pero los peruanos llegan en la forma de un alud humano, haciendo resonar la agreste quebrada con sus alaridos de victoria. En ese mismo

momento el comandante Ramírez monta a caballo, y al girar éste violentamente, es herido el jinete en un brazo y se dirige a la casa inmediata que hemos señalado, y fue allí donde sucumbió sin rendirse. Dentro de ella estaba el capitán J. A. Garretón y las dos cantineras que le curaron y que en ese lugar infame fueron quemadas.

Se llamaban estas infelices y animosas mujeres Juana N. y Leonor González, ambas honradas costureras de Santiago. Una tercera cantinera del regimiento, conocida antigua de los peruanos en Iquique por el nombre de María *la grande*, fue hecha prisionera y llevada a Arica, donde la mantuvieron largo tiempo. (El verdadero nombre de esta mujer de alegre vida pero animoso corazón era María Quinteros, y había vivido varios años en Iquique con otra María a quien llamaban “María *la chica*”. Como fuera joven y bien parecida se la llevó a su casa en Arica un proveedor argentino, y se hallaba a su lado cuando en la proximidad de la batalla de Tacna, le arrestaron por sospecha, según telegramas encontrados en ese puerto. María *la grande*, no olvidó en sus pasajeras prosperidades a su compañero de cautividad el subteniente Silva Basterrica, porque siempre que le era posible le enviaba de regalo algún trozo de carne de la tienda de su protector y amigo, el carnicero argentino....)

Las Judith de Chile que en Tarapacá pelearon como hombres, fueron cinco, incluso la famosa Juana Soto, vivandera del Chacabuco. La Irene Morales, que lo fue más tarde de todos los cuerpos, en venganza del asesinato de su amante por los bolivianos, no había aparecido todavía con su cuchilla y con su odio.

XVIII.

No todo está perdido aun para el glorioso regimiento así sacrificado. El comandante ha caído, pero el estandarte flota orgulloso al aire, y lo lleva agazapado por los chircales el viejo cabo Gutiérrez, asistente de Vivar, que lo recogido de en medio de un montón de cadáveres formado por su escolta. De repente el asta sagrada se inclina y el trapo tricolor cubre como un postrer sudario al bravo que lo salva.... (Los peruanos hicieron gran alharaca con la presa del estandarte del 2° que el general Buendía mandó extender en la noche de la batalla sobre una mesa, entre abrazos y felicitaciones, dando a entender que había sido quitado a viva fuerza en la pelea.

Al pobre hombre que lo recogió, un gendarme de Arequipa, de oficio sombrerero y natural de Acomayo, llamado Mariano Santos, le hicieron más tarde una apoteosis en Arica, regalándole el general Montero 300 soles en papel... “En esos instantes, dice con más imaginación que verdad el narrador Molina, hablando de la aparición del estandarte en el campo de batalla, en esos instantes una aclamación general sube al cielo de en medio de los combatientes, ¿que sucede? A la distancia, rodeado de una legión de vencedores, se presenta un hombre alto, de musculatura *delicada*, tostado por el sol y de altivo continente,

¿quien es ese tipo de romano? ¡Ah! es Mariano de los Santos, del batallón Guardias de Arequipa, que trae una bandera que bate por los aires, en seña de victoria ...”)

¡Y cosa extraña! solo cuando los soldados no ven más el pabellón, comienzan a creerse derrotados y buscan un abrigo donde guarecerse

Pero aun así, aquellos férreos titanes encuentran en su garganta seca por la sed, la pólvora y la ira, palabras festivas para hacerse entender. *¡Allí está la breva, mi capitán!* le gritó un soldado a Necochea, señalándole una casa aislada del valle en que hacían a esas horas (las doce del día) heroica y porfiada resistencia los subtenientes don Abraham Valenzuela y don Carlos Arrieta, este último un valerosísimo hijo de Santiago y descendiente de Moquegua.

XIX.

A esas horas la jornada estaba totalmente malograda en el fondo del valle como en la cima, pero aun quedaba débil esperanza de recobro.

El comandante Ramírez, con mucho más tacto militar que el que se le ha atribuirlo, alabándose por sus críticos solo su incomparable bravura, había dispuesto que el tercer jefe del regimiento, el mayor don Liborio Echanez, subiera con la compañía de su hermano Pablo Nemoroso, natural de Angol, y la del capitán penquista don Manuel P. Cruzat a los cerros del oriente para flanquear a Bolognesi en su movimiento de avance.

Echanez trepó resueltamente por la falda; pero en el momento de la acción, brazo invisible detuvo su aliento, vaciló en romper los fuegos en medio de los murmullos de la tropa, y dando por razón que era preciso sostener nuestras compañías rotas en el bajo, ordenó a los suyos descender otra vez al fondo del estero.

Uno de los soldados de la compañía del capitán Ramírez, llamado Brandau, llegó hasta la súplica y hasta a la amenaza porque no se les dejaba pelear en el momento en que salvador instinto, certera y segunda vista del soldado, le daba secreta voz en rudo pecho.

Y a la verdad, habría sido tan oportuno aquel movimiento de flanco, que habiéndose dirigido en esos momentos a la quebrada el capitán Emilio Gana con la orden de hacer retroceder al 2º, volvió éste diciendo que esa medida era excusada porque cerca de la mitad de sus fuerzas iban envolviendo al enemigo por la altura.

Por esto y a causa de su fatal tardanza, cuando el mayor Echanez descendió a la quebrada, encontró ya en completa dispersión las compañías que, privadas de su apoyo, habían sido atacadas por el frente y los dos flancos, dejando en manos de los enemigos a sus dos jefes, a los capitanes Gárfias,

Silva, Garretón, al teniente Jorge Cotton, voluntario religioso de Caldera y a los subtenientes Moreno, Barahona, Gajardo y Clodomiro Bascuñán. Este último, al decir de algunos fue muerto por nuestros propios soldados que no le conocieron, al paso que Gajardo, hijo de un honrado industrial de Santiago recientemente ascendido de sargento, y título de antiguo cadete, parecía, según se ha creído, al lado de su jefe el comandante Ramírez.

Eran asimismo heridos en el bajo los subtenientes Pedro Párraga, hijo de un caballero español de la Palmilla; Manuel L. Olmedo, cuyo padre había sido un honorable juez de Concepción; Emilio Herrera y Víctor Lira Errázuriz de Santiago. Quedaron por muertos estos tres valientes mozos en el campo; pero tres días más tarde los descubrieron en la ambulancia dejada en su fuga por el ejército peruano. (El joven Telésforo Gajardo nació en Santiago en 1856 pero su padre, que aun vive (don Juan Pablo Gajardo), es natural de Renco. Era aquel cadete agraciado con beca desde 1874 y cuando ocurrió la sublevación de 1876 tuvo que separarse del establecimiento por disolución de éste, siendo por sus adelantos brigadier. Era entusiasta por la carrera militar, y al estallar la guerra se alistó como sargento en el 2º ascendiendo poco después. El desgraciado muchacho tenía un hermano, aspirante en la marina, el mismo que se encuentra mortalmente herido en Lima, después del hundimiento de la *Covadonga*.)

XX.

Tal era hasta ese instante, la hora exacta del medio día del 27 de noviembre, hora sin brisas y sin esperanzas, la doble batalla de Tarapacá, peleada en el alto y en el bajo por divisiones inconexas y mutiladas del ejército chileno.

Contaba éste en esos angustiosos momentos dos tenientes coroneles, un sargento mayor, cuatro capitanes, tres tenientes y ocho subtenientes, dieciséis oficiales muertos, y no menos de trescientos individuos de tropa, todos o casi todos heridos en la frente y en el pecho según el testimonio de sus propios adversarios. “Los enemigos, dice brutalmente el peruano Molina, llevaban el sello de la venganza donde el hombre *elabora todas las infamias....* en la cabeza, o donde se guardan sus peores instintos, el corazón”.

Los heridos por esto eran mucho menos, apenas un quinto de los muertos y entre los oficiales sucedió casi otro tanto. A esas horas solo estaban heridos seis capitanes: Zañartu de Zapadores, Silva Renard y Urcullo de la Marina, Garretón y Larraín del 2º; Campos del Chacabuco, un teniente (Besoain de la Artillería de línea) y cinco subtenientes Olmedo, Herrera, Lira, Errázuriz y Párraga del 2º; Sota Dávila del Chacabuco y Benjamín Gómez de la Marina; once heridos por dieciséis muertos: veintisiete víctimas, contadas

una a una, de temeraria alucinación convertida y fomentada por bisoñas almas en medio del universal desgüeño de la guerra.

Y esos no serían, sin embargo, todos en aquel día triste y memorable.

XXI.

Pero la pérdida que más profundamente afligiera el corazón de la República en aquella luctuosa jornada en que por la primera vez en larga historia dejó Chile sus cañones y su bandera en manos enemigas, fue la de los dos jefes del valeroso regimiento que había partido el primero a la guerra y que de ella no volvería sino como gloriosa y mutilada memoria.

Podía trazarse la filiación militar del comandante don Eleuterio Ramírez hasta un soldado de Granada que peleó en su reconquista contra Boabdil y sus abencerrajes; pero todos sus deudos conocidos en Chile, desde su bisabuelo el coronel don Lucas Molinas, descubridor del perdido Osorno, fueron soldados como lo eran hasta hacía poco cuatro de sus hermanos y su propio primogénito.

Hombre de dulce carácter, de rostro blanco y hermoso, de talla bizarra y compartida, escondía en su alma guerrera todas las leyendas de su nombre y de su patria: era un valiente como pocos y un jefe que se hacía adorar por sus soldados. Y sin embargo, menoscabado el brío del alma por tempranos desengaños que en él habían llegado hasta una persecución judicial por el castigo de un soldado, no fue a la batalla y a la muerte por entusiasmo bélico, como se ha creído ni como lo probara en Cerro Grande abandonando su compañía para ir a pelear a la vanguardia, sino por el más noble atributo del hombre y por la única cosa que es digno rendir la vida (novísima cosa en sí misma) antes de ser aquella reclamada: por el deber.

Sus cartas íntimas de la campaña acusan profundo desaliento de los hombres. Pero le lleva y le sostiene la fe de su bandera, y perece defendiéndola. Herido al comienzo del combate, rehusó retirarse, y encerrado en un rancho con dos mujeres y un puñado de valientes, heridos como él, rehusó rendirse. Y entonces infame pira consumó sus nobles restos, dejando solo intacto el rostro iluminado por las *llamas* y el brazo, tronchado por las balas, que se enfrió sobre la abrazadera del revólver con que mató a su último adversario.

Sin ser una inteligencia brillante, sino, al contrario, de índole reposada y corriente, será por esto, el comandante Ramírez, considerado como paladín y como héroe, una de las más levantadas memorias del ejército chileno, y su nombre antes modesto, atravesará la historia escrito en la misma página con los de los Bueras y los Cienfuegos que cual él murieron con las armas en la

mano y cual él sacrificados. (Muchas y distintas son las versiones que han corrido sobre la muerte del comandante Ramírez, pero todos acusan un fin heroico. Pasan como más autorizadas las de sus inmediatos subalternos que a su lado pelearon y le sobrevivieron, especialmente la de los subtenientes Párraga y Olmedo.

Según se dijo, Párraga contaba que habiéndole regalado los españoles de Santiago un revólver de doce o dieciocho tiros, se lo pidió Ramírez, obstinado en no rendirse, y lo disparó hasta que, desfallecido, se lo quitó un oficial peruano y con esa misma arma lo mató diciéndole. *¡Así se apunta!* Dicen que este oficial se llamaba Rodríguez, y que en la retirada a Arica le vieron con la gorra y la espada del comandante chileno, objetos que, en efecto, no se encontraron cuando un mes más tarde fue identificado el cadáver del héroe por el comandante Vidaurre en un montón de escombros y de cenizas.

Publicamos en seguida un documento que da más o menos razón de todo esto, y es lo más auténtico que conocemos.

Casa de Ud., enero 1° de 1880,

Presente.

Querido amigo:

Ud. sabe cuánto interés tengo por todo aquello que concierne a su estimable jefe, don Eleuterio Ramírez, muerto gloriosamente en el combate de Tarapacá. Era mi amigo, y la gloria de él no debe quedar envuelta en la duda.

Ud. que peleó al lado de tan digno jefe; que fue herido en esa jornada; Ud. que vio morir a Ramírez, es preciso que bajo su palabra de caballero certifique como sucedió la muerte de su jefe y vindique su honor ante los que dudan de sus actos de valor antes de dar la vida.

Si el estado de sus heridas le permite decirme todo, agradeceré a Ud. este servicio. Suyo atento amigo y seguro servidor.

Robustiano Vera.

Al señor don Manuel Luis Olmedo, subteniente del 2° de línea.

Señor Robustiano Vera,
Presente.

Estimado señor:

Su atenta nota de ayer ha venido a llenar de dolor y de amargura mi corazón de chileno y de soldado. Me pide diga como concluyo su existencia mi querido comandante Ramírez. En verdad, señor, siento que se pida mi juicio en este asunto, cuando soldados y oficiales, todos, están de acuerdo en admirar la bravura y arrojo del distinguido jefe.

Señor:

Mi comandante es un héroe: lo aseguro bajo mi palabra de honor, porque le vi sereno en el peligro, entre el humo del combate, animando a sus valientes soldados con la palabra y el ejemplo. Le vi caer exánime pero todavía descargando doce veces su revólver y dejando otros tantos cadáveres enemigos en el campo, hasta que un teniente peruano le ultimó, pero cuando casi sin vida y sin arma yacía desangrándose.

Así murió mi comandante, y es cosa que hace verter lágrimas de sangre al corazón más patriota al ver que tal vez se dude del heroísmo de esa figura sublime que irradiará eternamente sobre el glorioso campo de Tarapacá.

Es cuanto puedo decir a Ud. en contestación de la suya fecha de ayer.

Santiago, enero 2 de 1880.

Manuel L. Olmedo,
Subte. del 2° de línea.

El subteniente Olmedo y Espinosa, autor de esta interesante carta, es hijo del antiguo juez de Concepción don Mateo Olmedo, y está ligado en la familia Prat por vínculos de sangre. Tiene tres hermanos en la guerra, uno cirujano en el *Amazonas* y dos aspirantes en la *Chacabuco* y en el *Huáscar*.

El subteniente Olmedo escapó en la quebrada quedándose toda aquella noche herido entre las chircas, sufriendo horribles tormentos.)

XXII.

En cuanto a su segundo, siendo su reverso en el tostado rostro, en la endeble estructura del ser físico, en la modestia casi tímida de la apostura, pasa entre los que le conocieron como un héroe digno de tan alta fama como su jefe.

Educado en la Academia de cabos, el comandante don Bartolomé Vivar llevó siempre en la guerra algo de su escuadra y su varilla en su rígida obediencia para mandar y para obedecer. “Vivíamos en un mismo hogar en Caracoles (escribíamos a propósito de su muerte y del injusto comparativo olvido en que su nombre ha sido guardado hasta el presente, uno de sus amigos que más le amó,) y cuando me chanceaba de su constancia incontrastable para la disciplina, agregando que los soldados contaban que sentían olor a pólvora cuando él desenvainaba la espada para empezar aquellos eternos ejercicios sobre las ásperas colinas preñadas de plata que se llaman Caracoles, me replicaba en crudo lenguaje militar: “Es que mi deseo de darme un atracón con el enemigo crece de día en día. Además, es tan grato afrontar este frío intenso trepando a las alturas a paso redoblado o de carga, con bayoneta calada, y desplegar en batalla para saludar al sol naciente”.

Vivar se manifestaba en extremo contento, satisfecho y hasta feliz porque iba a pelear rodeado de tan buena gente. Al abrazarme, su último pensamiento me lo manifestó en las siguientes palabras: “Si no le envío chirimoyas desde la plaza de Lima, recibirá la noticia de que he caído en el campo de batalla, cumpliendo con mi deber de soldado. Si se presenta ocasión irá más allá a fin de que junto con la noticia de mi muerte llegue a mis amigos el perfume de la gloria que me siento con fuerzas para conquistar en la presente guerra”.

Y así sucedió señor: numerosos amigos y admiradores de ese soldado con temple espartano que se llamó Bartolomé Vivar, hemos recogido informes suficientes para juzgar con la luz necesaria, y estamos conformes en que Vivar no recibió a la vez las tres heridas con que se le encontró en aquel funesto grupo de cadáveres; que después de herido peleó con su revólver y hasta con el magnífico corvo que un distinguido español, el señor don Juan Castilla residente en Caracoles, le regaló al partir. (Carta del señor Daniel Palacios, comerciante de Caracoles, al remitirnos bondadosamente la espada del bravo comandante Vivar. Su fecha, Santiago, febrero 17 de 1880.)

XXIII.

Abandonado en el campo a consecuencia de una herida que no le permitiría andar, fue llevado a la presencia del irritado coronel Bolognesi el bravo comandante Vivar, y al saber éste por el mismo cautivo que bajo la burda túnica del soldado del 2º hablaba con un teniente coronel de Chile, le apóstrofo con ignominia, señalándole sus presillas de jefe, y diciéndole: “¡Así peleamos los peruanos!”.

La noble víctima del honor se limitó a responder a su injusto insultador, señalándole sus gloriosas heridas, de cuyas resultas falleciera tranquilo y resignado tres días más tarde. (El comandante Vivar recibió una herida en parte delicadísima del cuerpo y de necesidad mortal, y otra en una mano. Esta le incomodaba intensamente, y mientras estuvo en la ambulancia peruana se le hacía lavar a cada instante, poniéndole un chorro de agua un niño que para esto le dieron los de la ambulancia. De la otra herida no parecía preocuparse, talvez porque la creía sin remedio o porque no le producía dolor. En la tarde del 30 de noviembre le sobrevino el delirio; pero alcanzó antes de morir a las ocho de esa noche, a estrechar manos chilenas y que fueron para él de infinito consuelo.)

Sus últimos pensamientos y sus últimos recuerdos transmitidos a sus compañeros de dolor en la ambulancia, fueron para el ausente Chile, y su último ensueño en la fiebre postrimera fue un pedazo de Arauco del que era dueño y en el cual corría alegre arroyo cayendo con grato rumor de una cascada.

La batalla de Tarapacá había sido por la sed, y los bravos que guardaron su agonía morían pensando y recordando el agua.

Pero en la hora terrible de la jornada a que en esta relación hemos llegado, la batalla no estaba todavía del todo perdida y menos lo estaba decidida a fondo. Y ¡contraste singular! eran las vacilantes compañías del mayor Echanez las que estaban llamadas a restablecerla con noble esfuerzo conduciéndonos a paso de trote y briosas cargas a la bayoneta hasta las puertas de bien merecida victoria.

Es este episodio de combate, que todavía no será el postrero, el que en seguida vamos a contar.

ANEXO AL CAPÍTULO XXXII.

CARTA DEL TENIENTE ZELAYA DEL 2º DE LÍNEA SOBRE EL COMBATE DE TARAPACÁ.

Santa Catalina, febrero 2 de 1880.

Señor Benjamín Vicuña Mackenna,
Santiago.

Mi respetado señor:

.....Entraré, señor, a referirle lo que sufrí en Tarapacá, y entonces Ud. se hará cargo de las injusticias que se quieren cometer.

Yo me encontraba muy enfermo en Dolores de una disentería de sangre, y cuando supe que mi regimiento se marchaba a Tarapacá, me marché en el acto a este campamento a fin de incorporarme a mi regimiento, pero llegué tarde, pues, ya había salido para Negreiros. Pero como a las 2 P. M. llegó el tren que conducía los víveres para la división y tenía que llegar a ese punto, me subí; llegado a Negreiros, ya la división había salido; pero como a dos leguas se divisaba una polvareda: era la división. Echamos pié a tierra y agachamos la cabeza hasta que la alcanzamos como a las siete y media de la tarde. Todos mis compañeros se admiraron de verme llegar, puesto que cuatro días antes me habían dejado en un estado serio, al extremo de tener otro que desnudarme.

Luego que me vio el finado padre y digno comandante Ramírez, de quien era ayudante de campo, no le pareció bien lo que había hecho, y le contesté de que más bien permitiría llegar en cuatro pies a Tarapacá antes de dejar mi regimiento.

Luego el capitán Ramírez, viendo mi estado, me proporcionó un burrito, el cual tenía tres dueños, así que por trechos lo lográbamos.

Llegamos a Tarapacá sin dormir, cansados y sin agua, y con todas estas circunstancias nos hacen bajar a la vega, lugar de nuestra desgracia y ruina.

Marchábamos muy tranquilos, cuando de repente se nos presentan dos batallones al frente; no hicimos caso al principio porque creímos de que eran la Marina y el Chacabuco,

que se habían tomado el pueblo sin necesidad de disparar un tiro. Cuando de repente y a toda fuerza de caballo llega el gran comandante Ramírez, y dice estas textuales palabras: *¡Adelante muchachos, ya nuestros compañeros se están batiendo!*.

Tomó la cabeza de la tropa y principió a encimar un cerro que está a la espalda del pueblo, cuando de repente rompen el fuego los de arriba y se cruza el ataque; luego fue herido el comandante, pero no hizo caso y siguió sus órdenes; luego entró el comandante Vivar y con toda sangre fría dispone su tropa.

En lo mejor del fuego, sale con su compañía de guerrilla el capitán Anacleto Valenzuela, a fin de hacerle una cortada al enemigo cuando nuestros artilleros le disparan dos tiros, tomándolo por enemigo: una granada estalló, pero no hubo desgracia, la otra se enterró y no hizo efecto. Viendo esto Valenzuela tuvo que batirse en retirada con el fin de no exponer su tropa tontamente al fuego nuestro; por último los del Chacabuco nos principian a dar fuego, así que por todas partes estábamos cruzados.

Ya nosotros creíamos terminado el asunto, cuando les llegó el refuerzo a los cholos, y nos rodearon por todas partes. Este fue el momento crítico para nosotros, viendo las bajas, lo cansado y sin municiones y en ese precipicio de la tal vega; con esto ya desmayamos algo, pero no por eso cesaba el fuego.

Luego nos principian a rodear y a cortarnos los pasos; llegó un momento en que quedé encerrado con el subteniente Aníbal Garretón y cinco soldados, y como el enemigo se aproximara, nos creímos perdidos; pero antes de ser presa de ellos dijimos *el todo por el todo*, y agazapados salimos a todo escape atracados a una cerca, y las balas que nos confundían por todas partes, y así anduvimos hasta salir fuera de tiro.

Luego que estuvimos libres principiamos a gritar: *¡Arriba, arriba, al alto!*. Como a las tres y media llegamos arriba algunos y nos encontramos con otro fuego de los demonios, luego con el teniente Sarratea formamos una guerrilla con los dispersos que encontramos en el alto y nos fuimos a proteger las dos piezas que tenía el mayor Fuentes, luego llegó el comandante Santa Cruz y D. Toro y se hizo el primero cargo de la guerrilla.

Luego principiamos a formar otra como a 120 pasos más a retaguardia de la primera, cuando llegó el coronel Arteaga. Me fui a hablar con él y le dije de que ya era imposible todo, y le pregunté si nos venía refuerzo, a lo que me contestó que el enemigo era de 7.000 hombres y que nos replegásemos a la caballería para retirarnos en orden.

Esto fue a las cinco tres cuartos de la tarde. Desde esa hora principiamos a andar, hasta las cinco de la mañana del día 28, hora en que llegué a Negreiros, sin más descanso en el camino que de cinco minutos de cuando en cuando, sin comer dos días y sin agua y enfermos.

Le saluda, etc.

Belisario Zelaya,
Subte. del 2° de línea.

CAPÍTULO XXXIII.

LA VICTORIA

Misión que en la batalla de Tarapacá se encomendó por el comandante Ramírez al mayor don L. Echanez, con dos compañías de su regimiento.- Funestas vacilaciones de este jefe, pero su tropa, subiendo la ladera del poniente restablece el combate y prepara la victoria.- El coronel Cáceres va a cortar la subida de Huaraciña, cuando sube Echanez por ella, y salva el día.- Se incorporan los rezagados a las dos compañías del 2º y se forma la cuarta línea de batalla.- Toma su mando el valiente comandante Benavides de la Artillería de Marina y manda romper el fuego a 200 metros de distancia.- Los peruanos vacilan y retroceden.- Heroísmo con que se baten los oficiales Reyes Campos, Tagle Castro y López Nuñez.- Cae éste muerto y Tagle herido peligrosamente.- Los subtenientes Füller, Silva del 3º y Ricardo Bascuñán.- Heroica muerte y tierna carta de adiós de este noble mancebo.- Un soldado del 2º reclama el puesto de honor de la línea de batalla para los tenientes Hisnostrosa y Blanco y para el subteniente del Chacabuco, el uruguayo Fierro Latorre.- Las diezmadas divisiones Cáceres y Ríos son arrolladas hasta más allá de la cuesta de la Visagra, perdiendo todas sus ventajas.- Mueren los capitanes Olivencia Ballon y son heridos el comandante Pflucker, el mayor Infantes y el capitán Rivera.- Salva a éste el coronel Arteaga, dándole un salvo conducto en el campo de batalla.- Renegados chilenos que se baten al lado de los peruanos.- Episodios heroicos en el bajo de la quebrada.- Los subtenientes Arrieta y Valenzuela quemán el último cartucho y hacen prisioneros dos jefes peruanos.- Ha cambiado la suerte del día.- El coronel Arteaga, que acompaña la columna del comandante Benavides, divisa la caballería del capitán Villagran y la manda cargar oportunamente.- Valiente arremetida de los Granaderos que acaban de precipitar a los peruanos hacia la quebrada.- El jefe de la división chilena cree en la victoria y la anuncia; pero es solo la tregua de la sed.- Los refuerzos del enemigo avanzan por la quebrada.- Los chilenos bajan al agua y creen haber vencido porque han bebido

Santa Catalina, noviembre 30 de 1879.

Señor general en jefe:

“La jornada del 27 no ha sido desgraciada, como U.S. lo cree; ha dado por resultado más de ochocientos muertos del enemigo, y su precipitada retirada, dejando abandonado bagajes, heridos, la artillería que abandonamos, y una cantidad de ganado menor y mulas. Si nos retiramos fue porque nos faltaron municiones, y no podía hacer otra cosa, dadas las circunstancias.

Dios guarde a U.S.

Luis Arteaga.”

*Cuartel general de Dolores,
noviembre 30 de 1879.*

“Quedo enterado de lo ocurrido en la jornada del memorable 27. Tanto para V. S. como para cada uno de los señores jefes, oficiales y tropa, que tanto han enaltecido el valor chileno y dado a la patria una página más de gloria, mi profunda gratitud y mis más sinceras felicitaciones.

E. Escala.”

I.

Iban corridas ya largas horas desde que las dos compañías flanqueadoras del regimiento 2º de línea (la 1ª del 1º y la 2ª del 2º) vagaban cerro arriba y cerro abajo, sin provecho y sin gloria, cuando al rayar el sol en su zenit, el mayor Echanez que las mandaba, descendía por segunda vez al fondo de la quebrada.

A esa hora la derrota era completa en la altura y en el bajo para los chilenos. Los pocos sobrevivientes de las compañías que a las órdenes de los comandantes Ramírez y Vivar y de los capitanes Necochea, Silva, los dos Garretón y Valenzuela, se habían batido como verdaderos leones enjaulados, adentro y adelante del abismo, retrocedían ahora agobiados de cansancio y de desesperación, pidiendo con roncós gritos pólvora, agua y venganza.

II.

Incorporó el mayor Echanez muy oportunamente a muchos de estos dispersos en su columna, así como a soldados de diversos cuerpos y especialmente del Chacabuco, que, como bisoños, habían bajado al agua que desde la altura divisaban en escasos charcos e inaccesibles bebedores, cual en el festín de Tántalo. (“Otros al divisar al pie de las barrancas la vega y el agua se dirigían allí enloquecidos por la sed, sin hacer caso de las amonestaciones, de las amenazas ni aun de las balas enemigas”).

(Relación de la batalla de Tarapacá publicada en el *Boletín de la Guerra del Pacífico*, pág. 480)

Y en seguida animosamente subió la cuesta Huaraciña, por donde tres horas antes había descendido a la fatal quebrada.

¡Era ya tiempo!

III.

La división Cáceres y Ríos, reforzadas por grupos de otros cuerpos que iban renovándose en la altura, traían acribillados a los pocos valientes que habían resistido al plomo y a la sed; restos del Chacabuco y de la Artillería de Marina, y unos pocos Zapadores que Santa Cruz había conducido de la extrema izquierda a la pelea; los artilleros del valiente alférez Faz que había perdido la mitad de su gente, y uno que otro férreo soldado del 2º de la compañía del capitán Larraín (la 4ª del 1º) que habían peleado en las lomas frente al pueblo. Esas reliquias era todo.

El plan estratégico del valeroso cuanto entendido coronel Cáceres era evidente, y se hallaba ya en el extremo de cumplirlo. Obligando a recular las dispersas reliquias de nuestro ejército hasta la altura de Huaraciña, se hacía en efecto dueño del camino y de la cuesta de aquel nombre, y así nos cortaba la retirada y cerraba herméticamente la quebrada para los que peleaban adentro: la tapa del ataúd iba a caer sobre unos cuantos centenares de bravos, y entonces se habría tenido noticias de la brillante división chilena de Tarapacá por los pájaros de presa que en sus ensangrentadas garras habrían esparcido sus despojos por el ancho desierto.... La “encerrona al revés” iba a ser completa.

IV.

Cuando las compañías flanqueadoras subían a la cresta occidental de los farellones que cierran hacia el noroeste la quebrada de Tarapacá, no distaban a la verdad más de trescientos metros las divisiones peruanas que venían a atrancarlos, dispersadas en guerrilla y haciendo fuego en avance, al toque de sus cornetas.

Pero no habían asomado del todo aquellos a la cuchilla, cuando corrieron a su bien venido encuentro todo lo que quedaba de pechos enteros en la infortunada división de Chile.

El coronel Arteaga y su intrépido ayudante don Jorge Wood, los comandantes Santa Cruz, Vergara y Toro Herrera; el subteniente don Lorenzo Fierro, alentadísimo mozo, natural de Montevideo y sobrino del presidente Latorre, que había venido a la guerra de Chile por amor a la guerra, entrando de soldado en el Chacabuco; el capitán ayudante de los Zapadores don Umitel Urrutia, el subteniente Bianchi con su bandera de la Marina, salvada con milagrosos esfuerzos, y adelante de todos el capitán Moscoso, ayudante de aquel cuerpo, a quien se le vio cabalgado en caballos, en mulas y hasta en asnos en todas partes aquel día.

V.

Aclamando a la tropa que llegaba de refresco se tendió ésta en guerrilla con un vigor y un entusiasmo que dejó atónitos a los peruanos que traían por suya la victoria dentro de sus cartucheras. Nuestra línea, aumentada con los rezagados y con combatientes que todavía podían mantenerse en pie, presentaba un frente de más de quinientos metros y podía contener unos cuatrocientos tiradores en dispersión, de ellos al menos un tercio de los rezagados de la mañana y de la marcha. “Los rezagados, exclama el capitán Moscoso fueron nuestra salvación”.

Y así en efecto aconteció, porque fueron ellos la indispensable reserva que debieron combinar los jefes antes de entrar al fuego.

Los peruanos, por su parte, no bajaban a esa altura de la batalla de 800 a 900 hombres intensamente fatigados.

Hacía tres horas que se batían con incansable encarnizamiento bajo un sol de fuego, sin agua y sin reposo.

A la primera embestida retrocedieron a su turno las diezmas divisiones 2ª y 5ª del ejército de Tarapacá, y envalentonados los chilenos, comenzaron a avanzar recobrando paso a paso el terreno perdido desde el paraje en que el Zepita quitara en la mañana los cañones a Santa Cruz.

VI.

Mandaba en jefe aquella heroica línea que se ha llamado por algunos “la guerrilla salvadora”, un oficial anciano de pequeña estatura y rugoso rostro que se hacía notable por andar montado en una mula. Era éste el segundo jefe, de la Artillería de Marina, don Maximiano Benavides, hombre valentísimo, ascendido desde soldado y que en aquel día memorable mereció ser ascendido a general, porque mandó en jefe la línea que rechazó al enemigo en todo nuestro frente.

Benavides andaba en el bajo “en el agua” cuando vio subir las compañías de Echanez, y reuniendo todos los dispersos de su cuerpo y de otros que encontró a mano, los llevó a la altura animándolos con palabras propias de rudo pero invencible corazón. “No hay que agacharse, niños” les gritaba como en Tacna. “¿No saben hijos de tales... que las balas vienen destinadas?” Y azotando la cansada mula con la espada les gritaba todavía. “¡Adelante! ¡Adelante! y ¡Viva Chile!”.

El coronel Arteaga recorría también la línea de una ala a otra ala con imperturbable serenidad pero sombrío y silencio. Daba órdenes. Solo al capitán Moscoso le había dicho al comunicarle sus últimas disposiciones de

combate: *¡Voy a buscar la muerte!*. Y en tales casos a los que así hablan y así se conducen es preciso creerles.

VII.

Entretanto las guerrillas flanqueadoras avanzaban y avanzaban por la ceja de la quebrada comandadas por heroicos subalternos.

Ganó entre éstos aquel día notoria fama de valiente y de entendido el teniente Reyes Campos de la 1ª compañía del 2º que con consumada destreza y una sangre fría que le permitía el uso perfecto de todas sus facultades, conducía el ataque victorioso por el perfil de la ladera.

Iban a su lado y en su compañía los entusiastas subtenientes Enrique Tagle Castro y Belisario López Nuñez, hijos de Santiago, de levantada alcurnia el primero, de humilde pero honrosa cuna el último, profesor de humanidades y de dibujo en los colegios subalternos de la capital, pero mozo que allí desplegó sumo heroísmo. Mientras Tagle Castro caía bandedo en una rodilla, trayéndole el golpe a tierra, el subteniente López, armado de un rifle, se adelantaba a los soldados y disparaba con ellos hasta que una bala, atravesándole el pulmón, lo hizo cadáver.

Sucumbía un poco más adelante otro joven héroe, hijo de Concepción, niño modesto y cumplido, que tuvo honrosa vida de filial amor y más honroso fin como soldado, porque murió en un hospital aclamando a su patria y la victoria: el teniente don Ricardo Basculan Valdovinos, mancebo de 22 años. “No me siento con fuerzas, escribía desde la ambulancia de la Serena (donde falleció) a uno de sus tíos, residente en Concepción, no me siento con fuerzas para escribir a mi madre. Pasado algún tiempo, dígame usted que he muerto en defensa de mi patria. ¡Adiós! ¡Que triunfe mi patria! ¡ *Viva Chile!* “ (En el anexo publicamos esta carta íntegra, noble adiós de un espíritu generoso.)

Tales fueron las almas jóvenes y sublimes que la inexperiencia y el atolondramiento sacrificaron en la quebrada maldita por cuyos senos corrió aquel día un raudal de sangre más ancho que su cauce.

VIII.

No se conducían con menos bravura en instantes tan supremos y decisivos los demás oficiales del 2º, el capitán Cruzat que mandaba la segunda compañía del segundo batallón; el subteniente Alejandro Fuller que no se separó de su lado; el subteniente don Pedro 2º Pardo, bizarro hijo de un bravo de Loncomilla, y muchos otros cuyos nombres, por modestos, habrían estado condenados a no sobrevivir a sus hechos sin la justiciera energía de un soldado

raso que a su lado peleaba. “Los tenientes don Benjamín Silva (Este oficial del 3° andaba agregado al Chacabuco y no debe confundirse con el oficial Silva Basterrica, que fue hecho prisionero por los peruanos.), nos escribía, en efecto, por esos días, (Campamento de Dolores, enero 12 de 1880), el soldado José M. Valenzuela, y los bravos oficiales Inostrosa (capitán en Tacna), Amor, Bahamondes, Párraga, Maluenda y Faz, de la Artillería, son los que han sostenido gloriosamente el honor de nuestras armas en esta terrible batalla manejada con *tan malas disposiciones*”. (El soldado Valenzuela excusaba su franqueza ante la disciplina en estas nobles palabras: “Soy soldado y conozco mi falta, pero también soy chileno y respeto al valiente y en obsequio a los nombres que cito, os pido, señor, hagáis las informaciones del caso, para que convencido de la verdad, no dejéis que mueran los nombres de los valientes que heroicos defendieron a su patria.”)

Esto de las *malas disposiciones de los jefes*, era la única queja de los soldados y aun de los heridos. Nadie acusaba a nadie de no haber sabido cumplir con su deber. Pero la convicción de los errores y faltas militares de la empresa de Tarapacá resaltaban de tal manera en todos los espíritus que hasta un negrito tambor del Chacabuco que traía en ancas del caballo del comandante Toro, un soldado herido de ese mismo cuerpo, conversaba sobre *las malas disposiciones* de la batalla como de la cosa más corriente del mundo.)

IX.

Pero los que se batían en la altura con denuedo nunca oído y señalada fortuna (después de tantas adversidades) no se hallaban solos. En un momento en que el teniente Reyes Campos, antiguo oficial del Buin y después diarista de segunda fila en Santiago, avanzaba por la pestaña de la ladera, gobernando la extrema derecha de la línea, se asomó hacia el bajo para divisar lo que en esa coyuntura pasaba, y columbró entre el humo y el estrépito una pequeña banderola chilena que flotaba en la techumbre pajiza de un rancho rodeado por verdaderos enjambres de fusileros peruanos que lo tenían cercado. El rancho ardía, pero desde adentro hacían aun nutrido fuego a los asaltantes; y la pequeña banderita, trabajada con unos trapos y puesta en una caña por el subteniente don Carlos Arrieta, flotaba todavía.

¿Que había sucedido allí después del primer rechazo del 2° de línea? El mismo Reyes Campos nos lo ha contado en una carta que se ha hecho notoria. “Un piquete de tropa del 2°, dice este oficial respondiendo al juicio adverso a su regimiento de siete diputados que negaron un trozo de latón al imponderable heroísmo de aquel día, al mando de los oficiales Carlos Arrieta y Abraham Valenzuela, que durante largas horas habían sostenido un desigual y terrible combate con numerosas tropas enemigas, agobiados por el número y más que todo por la falta de municiones, buscaron la protección de aquel rancho. El enemigo, viendo esto, creyó segura la presa, y al efecto dos o tres

batallones intentaron rodear las murallas que circunvalaban la casa y romper sobre los nuestros un nutrido y poderoso fuego....

Un momento más, y nuestros soldados, a pesar de su nunca desmentida bravura, serían encerrados y sucumbirían al peso de la fuerza; y lo que es más, ¡nuestros heridos serían ultimados sin misericordia!.... Pero no, allí se encuentran dos valientes oficiales que poco antes se habían hecho notar por su bizarra conducta. Es preciso esperar mucho de ellos.

En efecto, los jóvenes Arrieta y Valenzuela, previendo el peligro, alistan su tropa y se disponen a la defensa hasta vender bien caras sus vidas y las de sus valerosos compañeros. Sin pérdida de tiempo, proveen a los pocos soldados que se hallaban ilesos (doce a lo más), de algunas cápsulas que nuestros muertos habían dejado en sus cartucheras y con ese insignificante número de tropa se abalanzan a las murallas del corral y rompen a su vez los fuegos contra los batallones enemigos.

El lance es por demás apurado. Las tropas enemigas componen algunas centenas, mientras que los nuestros cuentan apenas con poco más de una *docena de soldados!*....

Pero he aquí que este puñado de chilenos, cuando más empeñados estaban en hacerse matar por su patria, de improviso se ven reforzados por otro puñado de valientes. ¿De donde habían venido? ¿Quién los había mandado?

Sorpréndanse los *señores siete* del catálogo: el refuerzo que llegaba, en hora tan oportuna, lo formaban los mismos heridos que instantes antes se hallaban muriendo dentro del rancho.... Estos, viendo el peligro de sus compañeros y el suyo propio, convinieron en avanzar hasta las murallas y batirse allí como mejor pudieran.

Los que tenían buenas las piernas ayudaban a arrastrarse hasta el pie de las tapias a aquellos cuyas heridas eran en esta parte del cuerpo; y ya en el muro, de pie los primeros, recibían los rifles que cargaban los segundos sentados en el suelo, y de esta manera el fuego de los nuestros se multiplicó causando en las tropas enemigas grandes bajas”.

Aquella hazañosa lucha de dos niños y de un puñado de agonizantes contra un ejército, concluyo por un hecho memorable: la captura del segundo jefe del batallón Dos de Mayo, el bravo teniente coronel Morán, que mandaba allí las fuerzas sitiadoras de los moribundos. Cogido en el rancho, hubo de rendir éste su espada a aquellos intrépidos muchachos, y ellos mismos lo condujeron, junto con dos oficiales, cautivos hasta entregarlos algo más tarde al comandante Vidaurre en la aguada de San Lorenzo. Allí se hizo cargo de ellos el subteniente Bianchi y más adelante el capitán Laiseca.

Al caer la tarde conducía el último a Dolores siete prisioneros, todos oficiales.

X.

Entretanto, y en la forma que llevamos referida, los aniquilados batallones peruanos iban perdiendo visiblemente terreno hacia la cuesta de la Visagra, y cada vez que el “viejecito de la mula” (así llamaban los soldados al arrogantísimo comandante Benavides), daba de viva voz, que repetían los oficiales a falta de corneta, la orden de “¡armen bayonetas!” había una reculada general en toda la línea enemiga. A esas horas todas las cajas habían sido rotas, los cornetas estaban muertos y el único eco que acompañaba al estampido ronco de los rifles era el eterno *¡Viva Chile!* de los que por su nombre morían. ¡Sublime momento de la batalla, tres veces perdida y ahora ganada!

Los peruanos en su retroceso iban dejando todo en el campo, sus armas, sus heridos y hasta su pólvora.

El cabo del 2º de línea, Pedro Rojas, encontró dos cajones de municiones en los momentos que las cápsulas comenzaban a escasear de una manera alarmante. Arrojando los envases al suelo, se proveían los soldados de paquetes o los quitaban a los muertos y a los heridos sin matarlos.

Entre éstos quedó en el campo con una pierna rota el capitán del Iquique don Federico Rivera, a quien dio una papeleta de resguardo el coronel Arteaga escrita con su lápiz en el arzón de la silla, para que los que venían atrás lo respetasen. El coronel Arteaga tenía lo que don Manuel Búlnes llamaba el *valor del cigarrito*, y podía redactar una nota en medio de las balas, como sobre la tranquila mesa de su oficina acostumbrada.

Los peruanos perdían además en esa tenaz carga al capitán del Iquique Olivencia, escritor de esa ciudad, a los mayores Escobar y Ballón, este último muerto de sus heridas, y entre varios subalternos quedaban heridos el comandante Pfluker, hijo de un rico minero alemán, de Huancavélica, y los mayores La Puerta e Infantas, verdugo este último de los chilenos, y sospechado de ser chileno, en las cárceles del litoral.

Doloroso es decir que en Tarapacá pelearon unos pocos renegados contra Chile, y entre aquellos han sido señalados un Ortiz de Valparaíso, un Ugarte del Ayacucho, un Saavedra del Provisional de Lima y un Molina de la columna Tarapacá. Antes se habían batido en San Francisco contra su bandera un Francisco Gutiérrez y un Fermín Cáceres, de la columna Pasco. (Datos de don F. Erquínigo, repatriado de Tarapacá.)

XI.

Las perspectivas de la porfiada batalla, la más reñida de cuantas ha tenido Chile, sin excepción de Loncomilla, se cambiaban ahora a fondo. La ola de la victoria retrocedía para los peruanos.

Ya no eran ellos los que iban a quitarnos el camino de Huaraciña, que era nuestra única línea de retirada. Eramos nosotros los que acosándolos, con la bayoneta en los riñones, comenzábamos a echarlos de espaldas sobre su madriguera del pueblo, lleno de tapias y arbolados, de donde seis horas hacía habían subido.

Por otra parte, llegaba en ese momento con deplorable atraso un convoy de víveres y odres de agua que en sesenta mulas venía de Santa Catalina. Y al divisar la silueta de las bestias en los médanos, comenzó a correr en las filas de los chilenos la voz consoladora de haber llevado un refuerzo.

Había todavía entre aquellos hombres forjados en yunque de inmortales, almas en que la victoria hacía latir sus alas, pechos y fauces que articulaban con el eco estertor del acero los gritos de *¡Viva Chile!* que para el soldado son gritos de victoria. Más por una irrisión del destino los odres de agua no pasaron de una docena y los cartuchos de cuatro mil, en ocho cajones de a 500.... Lo demás era charqui y galleta. No. Ni Moisés ni Molke presidieron jamás aquellas jornadas del desierto, terribles por sus fatigas y combates, más terribles por su eterna, inextinguible e incurable imprevisión.

XII.

En esos mismos momentos la valerosa caballería del alentado Villagran que regresaba lentamente del bebedero de Quillahuasa, donde peleó a bala por el agua, aparecía en una cercana loma. Nada le había sido posible emprender por la naturaleza pedregosa del terreno y el largo rodeo a que la busca del bebedero le obligara en el lejano valle; pero apercibiéndola en el horizonte el coronel Arteaga y juzgando oportuno el momento, ordenó a su ayudante Wood fuera a ponerse a su cabeza como oficial de mayor graduación que el capitán que la mandaba.

Hincó sus espuelas en los ijares de su bruto el intrépido mestizo, y arengando con palabras fogosas a la tropa, la llevó al combate y la venganza. “Granaderos a caballo, cuenta él mismo que les dijo: estáis acostumbrados a vencer a los bravos araucanos y no marcháis adelante contra peruanos! ... No mi mayor, me contestaron, añade el bravo Wood, hoy en desgracia. Nosotros queremos pelear pero nos llevan en retirada. ¡Viva mi mayor Wood!. ¡Así si que queremos que nos manden!. Después formaron el escuadrón en batalla y

lo dirigí sobre el enemigo al toque de *degiello*. La carga fue tan impetuosa que barrimos la llanura y hemos muerto unos sesenta cuicos”. (Carta del mayor Wood a don Clodomiro Vargas, Santa Catalina, diciembre 15 de 1879.)

Pero si no había ponderación en el ímpetu, la hubo y grande en el número de los sableados, porque al avalanzarse los Granaderos con incomparable pujanza, el sereno coronel Cáceres dispersó en grupos la columna de Navales de Iquique, y éstos, dándoles paso escaparon al encuentro.

Se distinguió entre los peruanos un teniente Lecaros, natural de Iquique, que con solo seis soldados caló bayoneta delante del pecho de nuestros caballos, hazaña grande en aquella tierra sin jinetes.

Los Granaderos perdieron en su impetuoso estreno tres valientes, resultando solo dos heridos.

Fue uno de aquellos un sargento Rojas, (apelativo de sargento) y un soldado Sepúlveda, a quien vengó allí mismo, enrojando su espada en sangre enemiga, un hijo suyo, niño de 15 años.

Se habló también en aquel tiempo con mucho elogio de la bizarría del alférez Eduardo Cox, mestizo como Wood, y del subteniente Ulises Barahona. El último allí recogió la sangre de su hermano, para morir más tarde el mismo después de la batalla y la fatiga.

Los peruanos perdían también en aquel lance o en otro próximo, porque las batallas se asemejan en lo vertiginosas a los remolinos de los ríos, al coronel de caballería don Juan González, herido malamente en el encuentro.

El coronel González era jefe de Guías, y había quedado en Pozo Almonte enfermo de tercianas, pero, como el capitán Odiaga, no fue dueño de permanecer impassible en el conflicto y ocurrió a pedir un puesto en el combate. Más feliz que el último, salvó al fin la vida, y canjeado en Iquique en la víspera de la batalla de Tacna por los prisioneros chilenos de Locumba, volvió a las filas.

XIII.

La carga de la caballería había acabado entretanto de prostrar las fuerzas físicas de las destrozadas filas peruanas que se replegaron en cierto desorden hacia el valle, mientras que los chilenos gritaban por todas partes “¡Victoria!” “¡Victoria!”. “Serían las cuatro de la tarde, dice el inteligente capitán don Miguel Moscoso en una interesante relación que para nosotros escribió en su calabozo sobre la batalla de Tarapacá, y no se sentía un tiro en la loma ni en el bajo. A cuantos heridos encontraba, les decía que luego los íbamos a principiar a recoger pues creíamos que el combate era concluido y la victoria

nuestra. Así se lo dije a un capitán del batallón Iquique, que estaba herido en un muslo, con quien estuve conversando largo rato y que a la fecha debe estar en algún hospital de Santiago. Lo mismo decía a varios soldados enemigos, y tal fue mi creencia de que *todo era concluido*, que con algunos soldados nuestros, estuve juntando heridos, para más tarde encontrarlos más fácilmente”. (El capitán herido del Iquique a que se refiere este pasaje es el mismo a quien antes diera un pasavante el coronel Arteaga, esto es, el capitán don Federico Rivera.)

XIV.

El mismo jefe de la división que la había acompañado hasta ese punto, frente al pueblo de Tarapacá tuvo igual creencia, y por eso, con perfecta sinceridad exclama en su parte oficial de la jornada. “Contábamos con una *nueva victoria* para nuestras armas. A las tres de la tarde solo contestaban a los nuestros algunos enemigos en retirada”.

Pero vistas las cosas, las situaciones y los desenlaces bajo su punto de vista exclusivamente militar, aquella no era una victoria: era solo la tregua de la sed, como hubo una tregua que se llamó de Dios.

Y entonces, alcanzada la última como por milagro, arrojando a un lado los caldeados fusiles, engarrotados los brazos a fuerza de tirar, y las fauces enrojadas como el acero de las armas, se hizo por todas partes un tropel sordo y aullador que bajaba por la ladera a beber: los peruanos hacia Tarapacá, los nuestros hacia Huaracina, donde, en una pequeña laguna represada entre el légame, estaba el bebedero.

Eran las cuatro de la tarde, y a esas horas el ejército de Chile no era un ejército: era un hato furioso de seres quemados por la pólvora y el sol, que con crispados brazos se abría paso hacia la fuente de la vida que era el agua.... Jinetes, infantes, heridos, artilleros moribundos, jefes y oficiales, todos se precipitaban hacia los pozos, y sucedió allí que algunos de aquellos hombres que en la cima ofrecían gustosos su vida por rescatar la de sus compañeros, acometían frenéticos con sus bayonetas a los que no les daban camino para echarse en el césped marchito de la vega o les estorbaban por cautela el beber el agua sanguinolenta hasta saciarse.

Los chilenos creían que habían vencido solo porque habían bebido.... La batalla era por el agua.

XV.

Aquella escena de saciedad duró una larga hora, y a su postre sobrevino la escena final del drama y la batalla, que es también el último lance y el último capítulo de la ocupación y la conquista de Tarapacá.

A él vamos a asistir por consiguiente.

ANEXO AL CAPÍTULO XXXIII.

CARTA DEL SUBTENIENTE DEL 2º DE LÍNEA DON RICARDO
BASCUÑAN VALDOVINOS, AL TIEMPO DE MORIR.

“Señor don Manuel Valdovinos:

Hospital de la Serena, diciembre 23 de 1879.

Apreciado tío:

Aunque hace algún tiempo que no le escribo por varias causas que no es este el momento de explicar, lo hago ahora, y con el mayor sacrificio, por el estado de gravedad en que me hallo, por las heridas que recibí en la última batalla de Tarapacá.

La buena estrella me había favorecido hasta aquí, en la toma de Calama, en el asalto de Pisagua y en la batalla de Dolores, pero al llegar a Tarapacá, la suerte me fue adversa.

Después de pelear todo el día soportando la sed, el hambre, el cansancio, recibí a última hora el balazo de muerte que me llevará a la tumba, balazo que me dejó fuera de combate; lo que sentí porque deseaba terminar la jornada y morir como chileno.

En el primer vapor que salió de Pisagua con heridos me mandaron a mí, y por las muchas dolencias que sufría, me dejaron en Coquimbo, en donde me siento muy mal. La debilidad y grandes dolores me consumen por grados, y talvez al recibir Ud. este adiós, ya habré dejado de existir.

Lo único que siento ahora es mi madre, que hizo tanta oposición porque no entrara de subteniente al 2º de línea.

Sin embargo, me enrolé en el ejército, y no me arrepiento ahora, porque muero con gusto, por haber sido útil a mi patria. “No me siento con fuerzas para escribir a mi madre. Pasado algún tiempo dígame Ud. que he muerto en defensa de mi patria y sus derechos; y que mi último recuerdo fue para ella y mi patria. ¡Adiós! ¡Que triunfe mi patria! ¡Viva Chile!

Ricardo Bascuñán Valdovinos.”

CAPÍTULO XXXIV

EL DESENLACE.

Los restos de la división chilena se esparcen en la quebrada y los Granaderos desensillan sus caballos.- Membrillos, brevas y cazuelas.- Gravísimo descuido y responsabilidad del coronel Arteaga.- El Comandante Vergara manda un expreso, en previsión de la llegada de la retaguardia peruana, pidiendo refuerzos al general Baquedano, aviso que le encuentra en Angela.- Los cansados en la loma.- Se divisán las tropas de Dávila que suben desde Quillahuasa y las de la primera división peruana que avanza por el fondo de la quebrada, barriéndola en tres columnas.- El sargento Ferreira Cañas.- El coronel Arteaga sube precipitadamente a la altura dejando al comandante Vidaurre la desacordada orden de defender el bebedero de Huaraciña.- Este jefe es arrollado por el batallón Cazadores del Cuzco del coronel Fajardo y sube en dispersión la ladera.- Los peruanos no dan cuartel.- Últimos episodios de heroísmo en el fondo de la quebrada.- Captura del capitán Necochea en la cueva de los leones y antecedentes de este oficial.- Un vengador anónimo.- Se forma en la altura junto al cerro de la Minta la quinta línea de batalla.- La ataca el coronel Dávila avanzando en línea por batallones.- Pero de improviso la división vanguardia se detiene y paraliza su marcha de victoria.- Causas probables de esta cautela salvadora.- Los chilenos organizan tranquilamente su retirada protegidos por la caballería que lleva sus heridos.- Los peruanos se retiran simultáneamente.- Carácter peculiar de la batalla de Tarapacá.- No es una batalla sino una serie de batallas.- Es una hecatombe, pero no es una derrota.- Es una función de armas estratégicamente indecisa que concluye en una doble retirada, dejando todas las ventajas de la campaña a los chilenos.- El heroísmo del combate pertenece no solo a los que pelearon en menor número, sedientos y extenuados, sino a los que pelearon durante ocho horas sin esperanza ninguna de éxito y solo por el honor de la bandera.- La primera campaña de Chile en el Perú termina rigurosamente en la jornada de Tarapacá.- El general Prado huye de Arica a Lima y de Lima a Europa, dejando su puesto al dictador Piérola.- El presidente Daza es depuesto por su ejército en Tacna y no queda un solo enemigo en la provincia de Tarapacá.- Conclusión, y voto de gracias del Senado al ejército y armada de Chile por las victorias alcanzadas y la conquista definitiva de la provincia de Tarapacá.

“No hay enemigos en toda la provincia de Tarapacá”.

(Despacho telegráfico del capitán de navío don Patricio Lynch, gobernador militar de Iquique, fecha 2 de diciembre de 1879.)

I.

Una vez apagada la primera ansia de la rabiosa sed de dos días en las pozas de San Lorenzo, enturbiadas por sus propios y sanguinosos labios, los

soldados chilenos que en número de mil (casi la totalidad los sobrevivientes) habían bajado al fondo de la quebrada, se entregaron al imprudente reposo y a la confianza, antigua e irremediable condición de nuestro ánimo. Los Granaderos sacaron los frenos a sus caballos y algunos los desensillaron; y mientras los infantes merodeaban por los huertos en busca de fruta, especialmente de brevas y membrillos que formaban setos vivos a lo largo de los angostos callejones, los más ladinos se echaban a perseguir gallinas, imitando su cacareo en los maizales. Así es el soldado chileno: después de la matanza la cazuela: después del heroísmo la chanza y el botín. En eso, todos nuestros regimientos son “presbíteros por la madre”.

II.

No haríamos inculpación de este fatal descuido al infeliz individuo de tropa que había agotado todas sus fuerzas en la marcha, en la velada y en la titánica batalla de la mañana, del medio día y de la tarde. Pero los jefes que se habían mantenido a caballo y en comparativo descanso, debieron preocuparse de alistar su tropa, fuera para proseguir las ventajas ya adquiridas, fuera para operar una retirada en orden, fuera para regresar a la cima, porque la pira del sacrificio en que había sido inmolado el 2º de línea, era una revelación terrible del error estratégico que se había producido arrojando aquella tropa en la quebrada.

Culpa grave fue aquella omisión en quienes la consintieron, y especialmente en el comandante de la división, responsable de ella ante el país, y en quienes participaron de su fatal engaño, con especialidad los comandantes Vidaurre y Toro Herrera, que se le reunieron en un rancho para distribuirse las presas de mal condimentada cazuela.

La única precaución que se había tomado en el bajo era la de custodiar el bebedero con una fuerte guardia que se confió al valiente capitán de la Artillería de Marina (hoy mayor del Atacama don Gabriel Alamos), que, como los Pinto Agüero, los Bascuñán Guerrero y otras familias de Santiago, tiene cuatro hermanos en la guerra. (El mayor Alamos, según una carta de familia que tenemos a la vista, es hijo del honrado vecino de la Chimba don Benito Alamos y de doña Juana Quiros. De sus hermanos: uno (José María) es subteniente del Buin; otro (Ildefonso) del Búlnes; otro (Ruperto) del 4º Se ve, pues, que estos Alamos son una verdadera Alameda...)

III.

Atraídos por el mismo vértigo que deslumbraba a los chilenos, descendieron a la quebrada algunos grupos de peruanos, y entre éstos uno que incautamente se acercó al bebedero que defendía el capitán Alamos. Hicieron sus soldados, sin que estos lo advirtieran, una descarga cerrada sobre los infelices sedientos y mataron uno o dos.

Pero debieron la vida y el agua a la intervención misericordiosa del capitán Alamos, los capitanes Mayo y Ballon y el teniente Velez del mismo cuerpo, este último un apacible mozo de Moquegua, que vivía en Iquique como tenedor de libros.

IV.

La mayor parte de los heridos se habían refugiado también, después de haber bebido, en los ranchos vecinos de la aldea de Huaraciña, encontrando allí entre las mujeres, algunas almas piadosas.

En aquellos momentos el capitán Necochea era atendido en una posición de la quebrada, mientras que dos soldados de su compañía conducían al capitán Silva Renard, peligrosamente herido, a la habitación de una pobre india, llamada Pascuala Medina, que le cedió su cama y sus pobres trapos para los vendajes. Dos cabos de la Artillería de Marina imitaron aquella sencilla abnegación, prefiriendo ser prisioneros de implacable enemigo antes que abandonar a su jefe. Estos nobles hombres se llamaban Plata y Gutiérrez, y el último había sido teniente en los Gendarmes de Santiago.

V.

Unicamente entre los jefes, el comandante Vergara, y, por excepción entre los oficiales, el capitán Moscoso, más suspicaces o más vigilantes, se habían quedado en la loma o descendido un breve momento a la aguada para refrescar sus caballos y sus fauces. Y alejado del descanso, el primero de aquellos jefes había despachado un granadero con un papel escrito con lápiz al general Baquedano, pidiéndole refuerzos en previsión del asalto de las divisiones rezagadas en Pachica, que por momentos él, tácticamente, aguardaba.

Se contaba también en el número de los maliciosos, que son entre los hombres de guerra, los que mejor entienden la manera de ejecutarla, el comandante Benavides que en la pelea de la tarde no había tenido igual sino por su fortuna. “Me junté, dice de esta hora, cuando se habían amortiguado los fuegos casi por completo, el capitán Moscoso, me junté con el comandante

Benavides y caminamos juntos por la loma, a orillas de la quebrada, hasta que llegamos a donde había cuatro piezas de artillería, dos Krupp y dos de bronce.

Allí encontramos a los subtenientes Eduardo Moreno, Julio A. Medina, Julián Zilleruelo y Santiago Faz y muchos soldados, que nos dijeron estar descansando.

Faz había ido con sus dos piezas hasta muy adelante, pero se había vuelto porque se vio solo y no quiso aventurarse.

La Providencia hizo que nos quedáramos todos allí descansando, pues si nos vamos al agua, no habría salvado ninguno para contar el desastre. (En las piezas del alférez Faz había sucumbido, como en las del alférez Ortúzar, un valiente sargento hijo de Santiago y de un antiguo oficial del ejército, don José Antonio Ferreira, instructor en Coquimbo. Era aquél estudiante de medicina, al estallar la guerra, y uno de sus condiscípulos, que le consagró sentido recuerdo, dice de él estas palabras: Biografía no tienen los héroes de 19 años: toda su gloria y su heroísmo los encierra el recuerdo del combate en que han sucumbido”. (Don Belisario 2º Uribe en un rasgo biográfico del sargento José Antonio Ferreira Cañas (este era su nombre) publicado en *Los Tiempos* de diciembre 18 de 1879).

Faltaría poco para las cinco de la tarde, a cuya hora todos los jefes y muchos oficiales y tropa estaban en el fondo de la quebrada, y en la loma no había 200 soldados dispersos, el jefe y oficiales que dejo nombrados, y talvez algunos otros que no recuerdo o que no vi.

El punto en que nosotros estábamos, a la hora antes citada, sería como a una milla del frente de Huaraciña en dirección al pueblo y en la parte alta.

Algunos soldados que estaban más adelante del punto en que se hallaban las piezas y nosotros descansando, dan la voz de alarma. Es el enemigo que vuelve al combate. . . .”

VI.

Y así, en efecto, sucedía Era Kirby Smith, que llegaba en Bull Run para infligir a las tropas vencedoras de los Estados Unidos su primer revés después de caramamente comprada ventaja.

Pero no eran los enemigos arrollados en la ladera por los rezagados de la división chilena los que volvían al último encuentro. Eran por el contrario, aquellas dos divisiones de refresco que en su marcha en escalones había despachado Suarez en la víspera y que, llamadas por un expreso del general Buendía, llegaban con notable tardanza al campo de batalla.

Se hallaban esas fuerzas que, como se recordará, eran las divisiones de vanguardia (Dávila) y primera (Herrera), preparando su escaso rancho para marchar, echados los soldados y los jefes en los pequeños canchones de alfalfa que son la vida de la quebrada de Tarapacá, potrero de engorda de las

salitreras, cuando se sintió el toque de generala que muchos creyeron fuera el de marcha.

Eran las dos de la tarde y por algún accidente, solo a esa hora logró llegar el emisario del general en jefe, fuera porque éste retardó el mensaje o porque el último se extravió. Pachica dista solo tres leguas peruanas de Tarapacá, pero por la configuración de la quebrada nadie había sentido el cañoneo de la mañana, menos el ruido de la fusilaría.

Se pusieron en marcha las dos divisiones hacia el bajo y con paso gimnástico llegaron a Huaraciña, donde encontraron un ayudante del estado mayor, quien les dio órdenes y les señaló la ruta y las posiciones que deberían ocupar. Allí bebieron los soldados, e inmediatamente marcharon a empeñar la batalla, o más bien, a renovarla, adelantándose Dávila con sus dos batallones, el Puno (mandado ahora por su segundo jefe don Manuel Isaac Chamorro) y el 8 de Morales Bermúdez tendidos en alas, hacia los altos, y dividiendo Herrera su columna en tres mitades: una de éstas, formada por el batallón del coronel Fajardo (núm. 5 o Cazadores del Cuzco), debería precipitarse por la quebrada barriendo todo lo que encontrará a su paso.

El segundo batallón de la división Herrera (los Cazadores de la Guardia o núm. 7), se correrían por el faldeo del oriente siguiendo el derrotero de cadáveres que en mañana tirara en los campos de Bolognesi el rifle de los chilenos. (El pequeño mapa de fantasía que en aquel tiempo publicó la oficina hidrográfica de Santiago está lleno de errores, y en él se hace aparecer la división de Pachica viniendo, no por la quebrada de Quillahuasa, sino por la pampa en dirección de Arica. Es un simple croquis sin detalles que debería a nuestro juicio ser sustituido por un plano militar y exacto de esta memorable batalla, como el que de la de Tacna ha levantado el inteligente capitán de Artillería don José Joaquín Flores.)

VII.

Eran poco más o menos las cinco de la tarde cuando la división vanguardia desembocaba en la meseta subiendo de Quillahuasa, en los momentos en que los coroneles Fajardo y Herrera se lanzaban al trote a despejar la quebrada barriéndola por el fondo y dominándola por la ladera del oriente.

En tales condiciones, con tropa cansada y dispersa, con los caballos desensillados y con jefes ocupados en soplar el fuego de las marmitas, toda resistencia era imposible; de suerte que los soldados de la primera división, en su mayor número, ágiles mancebos de la escuela de cabos, emprendieron su marcha triunfal hacia Huaraciña. Una que otra vez se detuvieron, pero eso solo fue para dejar constancia de algún episodio heroico, del último esfuerzo

de los bravos, antes de morir: porque de entregarse, jamás se hizo allí cuestión ni pensamiento.

Dejemos hablar de tales hechos a nuestros propios enemigos y más encarnizados difamadores de la honra de la República. “Aquí hay una escena que merece referirse, dice el tarapaqueño Molina, hablando del avance del batallón de Gajardo por el fondo de la quebrada; un grupo como de sesenta chilenos, se había refugiado en un caserón de Tilibilca. Allí permanecieron en silencio. El valiente joven Enrique Vargas llegó a ese punto, con una mitad, y acercándose a una de las ventanas del caserón, impuso rendición a los que la ocupaban. *Un balazo a boca de jarro fue la respuesta del enemigo*. Viendo los soldados muerto a su teniente, se lanzaron sobre el caserón con furia horrible. Se oyó de repente una voz de *¡a quemarlos allí!*. Poco después el edificio ardía. Algunos refugiados que pudieron escapar, cayeron al golpe de los nuestros. Se extendió el fuego sobre los retamales y chircales vecinos, en que se ocultaban los malvados. Se vio entrar a éstos, *pero no se les vio salir con vida*”. (Hojas del procedo, pág. 74.)

VIII.

Un poco más allá aparece otra escena de barbarie y de heroísmo; pero ésta no ha sido referida por los peruanos. Se hallaba postrado y casi moribundo el capitán Necochea, no lejos del rancho en que habían sido asados vivos nuestros soldados y del que antes fuera testigo de la cobarde inmolación. por la tea, del comandante Ramírez y de sus cantineras, cuando, aullando, como perros en rabia, lo rodearon treinta o cuarenta soldados.

Cuidaban solo al desvalido capitán en tal paraje una buena mujer, que como un contraste tenía en aquellas horas una criatura en los brazos, y dos soldados heridos de su compañía, dos perros fieles que lamían sus heridas, llamados Gallegos y San Martín.

El oficial que mandaba a los asaltantes venía armado con una vara de fierro, y en el momento en que asestaba un golpe cobarde al inerme veterano para ultimarle, se aferró éste a su cuerpo por un instinto natural, y como si hubiera querido ponerlo de broquel al suyo.

Siguió entonces brega terrible y desigual. “¡Suéltame bandido! gritaba el peruano; pero el capitán del 2º, aunque desangrado, pálido y mudo, no cedía.

Comenzaron entonces a clavarlo con las bayonetas los sayones; y como el moribundo aun así no se entregara, un soldado le disparó su rifle en el costado y otro en el brazo, causándole terribles heridas. Pero la víctima no

caía, y el oficial peruano hubo de exclamar al fin con indecible furia. *¡Hasta para morir son duros estos bandidos!.....*

Una exclamación del capitán chileno al fin le salvó, porque fue cebo de bandidos. Sea ardid, sea justa y natural codicia en el que piensa en ordenar su testamento, el capitán Necochea, que llevaba todo su caudal consigo (unos 70 pesos), exclamó con voz desfallecida,- “¿Y mis billetes?”.. Al oír esto, lo tendieron de espaldas en el suelo, y por robarlo lo dejaron vivo, o más bien resucitado como hoy se encuentra.

IX.

El capitán don Bernardo Necochea, que allí recibió catorce heridas, siendo de éstas siete en la caja del cuerpo, nació en Melipilla en 1835.

Tenían su padre y su abuelo, honrados cultivadores, el nombre de San Agustín; y hubiera parecido que destinaban de consuno al hijo y al nieto a santo, pues siendo niño de cinco años le vistieron la cogulla de la orden de Ermitaños, y en seguida, cuando era apenas adolescente, lo metieron de fraile en San Francisco. Fue en este claustro el novicio Bernardo Necochea condiscípulo del inolvidable padre Madariaga, y juntos ambos en el coro confundirían sus infantiles voces, como confundirían más tarde sus gritos de guerra en la batalla.

Pero el capitán Necochea no había nacido para monje; y sea herencia de sangre, o séalo solo del nombre, la piel del capitán melipillano estaba destinada a crujir bajo el plomo más que al contacto de la disciplina de roseta y del silicio. El capitán Necochea llevaba en su apellido los veinte lanzazos de Junín.....

Siendo un mancebo de diecisiete años, como hoy lo es su hijo, sentó en efecto plaza de soldado en el 5º de línea, que en 1852 mandaba el bravo Amengual, y poco más tarde pasaba a su querido e inmortal regimiento el 2º de línea, que mandaba Villagran.

Sabida es la bizarra entrada que hizo este cuerpo en Cerro Grande, desplegando en batalla en los potreros de la hacienda de aquel nombre, en los momentos en que estaba el fuego comprometido en toda la línea. Necochea era sargento en ese sangriento encuentro de la guerra civil, y en él fue derribado por una pedrada que le asestó en la frente un atacameño de Pedro León Gallo, que no encontró a la mano balas en su cartuchera.

Ascendido a oficial en el campo de batalla el mayor Necochea ha ganado después todos sus grados por su mérito y por su antigüedad. Cuando estalló la guerra se ponía gris su áspera barba y era capitán de la segunda compañía del 2º a cuyo frente se cubrió de gloria, siendo el oficial chileno que

llegó más cerca de la plaza del pueblo cuando las cornetas guerrilleras tocaban a la carga en la primera hora del combate.

X.

Entretanto, el primer sitio de la quebrada en que las hileras de la división peruana encontraron un amago de seria resistencia fue en la aguada de Huaraciña, objetivo verdadero de aquella singular batalla librada entre ocho mil hombres por la sed. Al subir a la ladera había dejado allí el coronel Arteaga, se ignora con cual propósito militar, a no ser el de esa misma sed, al comandante de la Artillería de Marina don José Ramón Vidaurre, oficial acreditado, natural de la Serena, con orden expresa de no moverse de aquel paso, que militarmente era un sepulcro, sin su orden, añadiendo algunos que esta orden debiera ser precisamente por escrito para ser obedecida.

En seguida, todos los de la cazuela subieron a la cumbre, Arteaga, Santa Cruz y numeroso grupo de oficiales, mirones codiciosos de los platos servidos a los superiores. “Los jefes de nuestras tropas, dice casi burlescamente una relación formal de la batalla, tuvieron que abandonar su almuerzo antes de llevar la cuchara a los labios” (Relación citada del *Boletín de la Guerra* pág. 49.)

Efectivamente, eran las tres y un cuarto por el reloj del cuartel general de la división, cuando el comandante Vidaurre servía el primer plato de hirviente cazuela al coronel Arteaga, mientras el ayudante Salvador Smith compartía una gruesa sopapina, frita en sartén tarapequeña, con el comandante Santa Cruz. Diez minutos más tarde aparecía el enemigo....

XI.

Se dispuso varonilmente el comandante Vidaurre a cumplir aquel singular encargo, en el momento en que no había más que un medio de salvar las reliquias del día: concentrarlas. Y notando que avanzaba por la ladera del oriente un refuerzo considerable y de refresco, ordenó al capitán Alamos le saliera al encuentro, agazapándose por entre las chilcas con 150 hombres de la Artillería de Marina. ¡Vano intento! No, habían hecho éstos todavía un disparo, cuando se vieron rodeados por triples fuerzas.

En el primer momento del brusco ataque reinó laudable serenidad en el improvisado campamento, empuñando un rifle para dar ejemplo el mismo jefe; pero en breve el pánico se apoderó de todos, y la ladera de Huaraciña se cubrió de fugitivos entre los cuales apenas unos pocos con desmayo se batían.

Se hizo notable entre éstos un magnánimo soldado que allí murió en el anónimo y que por su traje de brin se supo era del 2°. Parapetado tras de una

alta roca, de pie, impasible, negándose a todas las voces que le llamaban, comenzó a disparar su rifle de mampuesto, y aunque los enemigos venían rodeándole por todos los rumbos, el titán vengador mataba y mataba, hasta que desde la altura le vieron caer, rendirse y en seguida quedar quieto.... Era la imagen y la vida, la gloria y la muerte de todo un regimiento que allí se inmolaba para ejemplo.

Se señalaron en el bajo, además del capitán Alamos, el capitán del Chacabuco Carlos Campos que sobrellevaba alegremente grave herida, el subteniente Manuel Larraín del 2º, herido dos veces, el abanderado Bianchi y el imperturbable y humanitario cirujano Kidd, que recogía los heridos en el mismo campo de batalla, auxiliado, como en Pisagua, por el cirujano Pérez del Chacabuco; y por último el teniente alemán Von Moltke, que antes había sido mortalmente herido por casualidad en el Toco, escapando milagrosamente con la vida. (Este oficial, de quien dicen es deudo inmediato del conde de Moltke, escribía al diario alemán de Valparaíso, el *Deutsche Nachrichten*, el siguiente juicio de la campaña y de su participación en ella:

“Santa Catalina, noviembre 30.

Concluyó felizmente mi primer combate con los peruanos en Tarapacá, el 27 del corriente, que duró nueve horas. Mi capitán y yo capturamos cuatro oficiales enemigos. Al principio peleamos 2.200 chilenos contra 2.500 peruanos.

A la una y media era ya nuestra la victoria, cuando nos atacaron 4.000 hombres más, cuyo ataque hemos sostenido hasta las seis. Faltando entonces las municiones, principiamos a retirarnos.

Al día siguiente, el enemigo desocupó a Tarapacá, dejando el éxito a nosotros.

Perdimos 1.000 hombres; el enemigo más de 2.000.

Caminamos tres días y noches sin comer. Estamos muy fatigados.

Molke.”

En cuanto a la tarea de los cirujanos de Chile quedó muy simplificada por la crueldad de los enemigos que abayonetearon a casi todos los heridos. Al fin del combate, y en la subida a la aguada de Huaraciña por la quebradiza lateral de San Lorenzo, se habían refugiado unos veinte heridos de todos los cuerpos. Estos, sin excepción de uno solo, fueron pasados a cuchillo por los muchachos imberbes del batallón Cazadores del Cuzco.)

XII.

Se ha dicho siempre desde aquella época, que el coronel Arteaga mandó al comandante Vidaurre, en hora oportuna, orden de retirarse, y que esa orden, traída por uno de sus propios ayudantes no fue obedecida, por no tener la cifra

convenida. Aquel apego a la ordenanza malogró a la postre de la batalla, como en su iniciativa, una última esperanza de éxito.

La derrota, la verdadera derrota comenzaba así para las armas de Chile desde el fondo de la quebrada.

Pero no. Se aparece todavía la sombra de una esperanza en el lejano horizonte. El coronel Sotomayor ha enviado a Iquique ya Dolores con anterioridad de tres días al de la batalla (el 24 de noviembre a las 4 de la tarde) el aviso positivo de que el ejército enemigo está concentrado con fuerzas todavía imponentes en la quebrada de Tarapacá, y es de suponer que al saber hecho tan grave los directores de la campaña, el general y el ministro, habrán despachado refuerzos que como, los de Pachica cambien la suerte del día.

¡Vano y último miraje del desierto!

El coronel Sotomayor no ha soltado de su campo ambulante sino dos expresos, cuando ha debido despachar diez, veinte emisarios, uno en cada hora. Y por no hacerlo así, aconteció que, si al Zapador enviado a Iquique no le hizo caso el ministro, el sargento de Cazadores encargado de llevar la grave noticia al cuartel general, fue asaltado en el camino por unos merodeadores, y se apareció al siguiente día con su montura al hombro en Huantajaya, el mineral de Iquique. Dicen los historiadores militares que si el mariscal Soult hubiese enviado a Grouchy veinte emisarios, como le mandó solo tres que se extraviaron, la batalla de Waterloo no se habría perdido; pero por economizar recados tuvimos nuestro Tarapacá, como por economizar monosílabos habíamos tenido tres meses a antes en la mar nuestro *Rimac*....

Cruel pero enseñador sarcasmo de desaciertos indecibles e incomprensibles. Cuando tres días después de la batalla el general Baquedano enviaba desde Dibujo una columna al mando del coronel Urriola para recoger los heridos y enterrar a los muertos, gruesas columnas de polvo anunciaron por el sudeste la aparición de masas considerables de jinetes.... Eran, en efecto, los Cazadores, ya desocupados, de la escolta del coronel Sotomayor, que venían hacia Tarapacá, 40 horas después que la batalla había concluido....

XIII.

Todo lo anterior en cuanto a la última faz del combate en la quebrada.

Veamos ahora lo que acontecía en las lomas, pidiendo para el caso prestada a un testigo de vista su austera y lacónica versión:

“Inmediatamente que avistamos al enemigo que asomaba en batalla por la derecha de la pampa., (refiere el sincero capitán Moscoso) el comandante Benavides ordena prepararse para principiar de nuevo el combate. La artillería se arregla, los oficiales nos ponemos a juntar la tropa y a ponerla en

línea de batalla, ordenándoles tenderse al suelo y no disparar un tiro ínterin los enemigos no estén a nuestro alcance. Al mismo tiempo hacemos que las municiones se repartan proporcionalmente entre todos, dando los que tienen más a los que tienen menos y repartiendo las pocas que había en unas cajas de artillería. (Eran los cuatro mil tiros recientemente llevados de que hemos hecho mención.)

Estamos listos, y el comandante Benavides me dice: *vamos a principiar de nuevo y de esta vez no escapamos*. Le contesté que teníamos que vencer o morir, y esperamos.

Muchos enemigos vienen en dispersión y más atrás dos batallones, que luego se forman en batalla, fuera de tiro.

Nuestros soldados principian a hacer fuego poco a poco, a medida que han calculado bien la distancia a que están los enemigos.

Ellos hacen lo mismo.

En este momento llega el mayor Fuentes, se hace cargo de la artillería y principia el fuego de cañón.

El señor coronel Arteaga siente los cañonazos y sube arriba con los demás jefes, dejando orden al comandante Vidaurre de no abandonar el agua sin orden suya por escrito. ¡Orden fatal! que después de vencedores pasamos a ser vencidos.

Toda la división de Pachica viene por la loma del oeste, y si el señor coronel, cuando siente los primeros cañonazos, ordena subir arriba a toda la gente de la quebrada, es seguro que habríamos sido en el día doblemente victoriosos.

Esto que digo, fue la opinión de todos los que desde el primer momento sostuvimos el nuevo ataque; opinión que nadie puede contradecir, pues mientras arriba éramos 200, abajo había más de 1.000.

Cuando el señor coronel vio el número de enemigos que volvía al combate, ordenó a su ayudante Zilleruelo fuera a llamar al comandante Vidaurre, pero como la orden no fue por escrito, no fue cumplida.

Mientras tanto nosotros sostenemos el fuego con los enemigos dispersos sin movernos y ocultándonos como se ordenó al principio.

El mayor Fuentes se retira con dos piezas unos 200 metros a retaguardia y continúa haciendo fuego; pero como los enemigos son muchos y continúan avanzando, el señor coronel Arteaga le manda orden al comandante Benavides para que haga fuego en retirada.

Desde ese momento comenzamos a batirnos en retirada y, para entusiasmar a nuestros soldados, corrimos la voz de que luego llegaría el Buin y el 4° de línea en nuestro auxilio. Con esto y sin ello, nos batíamos en retirada y a pie firme, y con la esperanza de que los de abajo subieran a la loma y que las pocas municiones no se agotaran luego, recomendando a la

tropa apuntara bien y no desperdiciara un solo tiro”. (Esto mismo nos confirma en una carta que nos escribió de Santa Catalina con fecha 29 de diciembre el Capitán Cruzat de la 2ª compañía del 2º batallón, que peleó en el último combate de las lomas:

“Las seis serían dice, y ya no sube más gente del bajo, hora en que también *se le toca retirada al enemigo*, por lo que pude emprender yo la mía sin ser molestado. La tropa con que me retiré sería más o menos de cien hombres de las dos compañías que habían peleado a mis órdenes; de la primera no había más oficial que el subteniente Fuller, que no se había separado de mí ni un instante.

Los oficiales que me acompañaron hasta las trincheras del enemigo fueron del regimiento, tenientes don Pedro Nolasco del Canto, don José de la C. Reyes Campos y don Francisco Inostrosa y subteniente don Pedro 2º Pardo, y del Chacabuco el subteniente don Pedro Fierro”).)

XIV.

Son las cinco y tres cuartos de la tarde y el rojo sol del estío palidece al descender sobre los cenicientos médanos de la pampa.

El combate cuerpo a cuerpo, a cien metros de distancia, va a recomenzar por la sexta vez en aquella jornada sin tregua y en fatales condiciones para los chilenos, por su número y por su agotamiento.

Tienen ahora un poco de agua y un puñado de pólvora al alcance de la mano; pero no tienen ya fuerza ni para tenerse de pie ni para llevar la liviana cápsula metálica al resorte mecánico del rifle. Y por esto sus denodados jefes les han ordenado echarse al suelo para pelear en la postura en que se muere.

Y mientras ésta era la situación física de nuestros incomparables soldados, la división Vanguardia, digna esta vez de su nombre, avanza impávida, hombro con hombro, sus mitades por batallón, haciendo descargas cerradas, una en pos de otra. En sus pantalones de paño grana y en sus kepis rojos, los nuestros conocen que esas son tropas de fresco y algunos, a quienes el sol que cae en el ocaso, acusa con más siniestros reflejos los distintivos encarnados, exclaman con visible desmayo: *¡Son los Colorados de Daza!....*

XV.

La derrota tan temida por el chileno, encreido con una existencia ya secular de no interrumpidas victorias desde el indio y desde el godo, va a consumarse; y aquella hora de suprema y dolorosa expectativa que suspende los latidos de todos los corazones, es la de la mayor angustia en el tremendo día.

.....

Pero ¡oh fortuna! las filas peruanas vacilan y se detienen en medio de la pampa. ¿Que acontece? ¿Que orden ni cual causa las sujetas misteriosamente en el camino de su inminente y fácil victoria? ¿Han temido, por ventura sus jefes, como lo han supuesto algunos, que el convoy de víveres que columbran en una inmediata loma es un refuerzo chileno que llega junto con el suyo? ¿O sospechan que el aviso vengador de nuestros moribundos, por ellos pisoteados y asesinados al pisar, aviso de próximo socorro, es cierto e inmediato? ¿O advierten que apenas quedan en los morrales *diez y nueve cápsulas* en los mejor provistos batallones (según Molina), para diez minutos de combate? ¿O es nuestra caballería, que sube del bajo con sus caballos rehechos, el fantasma que les ataja el paso?

No es posible precisar duda tan ardua a un punto determinado, porque lo más cierto talvez fue que todas esas causas influyeron a la vez en la mente de los jefes peruanos para contener el final avance que iba a traer a sus banderas un señalado e histórico triunfo.

XVI.

No habría sido dable, a la verdad, en caso semejante a la serena impasible justicia de la historia desconocer el éxito militar y definitivo de nuestros enemigos, vinculado a nuestra culpa más no a nuestro heroísmo; y como es atributo de la verdad dar a las cosas y a los acontecimientos sus verdaderos nombres y quilates, habríamos necesitado pasar, como la legión romana, bajo las horcas, e inscribir en el libro de nuestra gloria el nombre de la primera derrota infligida por la suerte y el falso criterio de prolongada paz a nuestras armas.

Más, quiso la próbida fortuna ahorrar a nuestros anales tan luctuosa página y reducir la batalla indecisa de la loma y la quebrada a lo que de hecho fue, a una inmensa hecatombe, sin ningún resultado tangible, sin ningún desenlace positivo para los beligerantes, sin embargo de haber peleado uno contra tres.

XVII.

A las oraciones del 27 de noviembre los restos de los dos ejércitos se contemplaban, en efecto, el uno al otro, a corto tiro de rifle, pero no se acometían. Y cuando temprana y esplendorosa luna (luna llena hizo al día siguiente) se alzó tras el cono del Isluga, como luz encendida en alto faro, iluminó aquellos parajes malditos que no eran ya un campo de batalla sino un vasto y silencioso cementerio.

Los dos ejércitos, a la manera de los encubiertos testigos de culpable desafío que ha dejado a los duelistas en el campo, se alejaban del sitio por opuestos rumbos, silenciosos y sombríos como asombrados de haber presenciado un crimen espantoso, innecesario y estéril....

XVIII.

Tal fue, considerada en su esencia, la batalla de Tarapacá. Más que un combate campal fue una serie de choques parciales, violentos como el trueno, desarticulados como los anillos de una serpiente atacada por el hacha, tenaces y gloriosos para los que en todas partes se batieron en infinitamente menor número.

Cabe a los peruanos la honra de una valerosa iniciativa, de la constancia para mantenerse y de mucho mayor despliegue de ingenio para tejer de improviso la red de su defensa, que el que los jefes chilenos gastaron en agredirlos y en romperlos. Hicieron aquellos con oportunidad todo lo que necesitaron para vencer, desde la primera arremetida de la división Cáceres a la columna Santa Cruz, hasta el llamamiento y manera de entrar al fuego de sus reservas, que los chilenos nunca tuvieron.

XIX.

Más si es cierto, como lo decía el mariscal Ney en Elchingen, que la gloria no se divide, cabe ese tributo por entero a los chilenos, porque obligados a batirse aisladamente en todas partes, presentaron seis batallas sucesivas a sus adversarios, y durante ocho horas, desde las 10 a las 6, no soltaron los quemantes rifles de las manos.

Se batió solo la primera división al mando de Santa Cruz. En seguida el centro entró al fuego con Arteaga sin apoyo. Más adelante la columna de la derecha cayó en el fondo de la quebrada con Ramírez, sin esperanzas de socorro; y por último, en la cima de la colina pelearon, para vencer, los rezagados de la mañana con el guapo viejo Benavides.

El campo de batallas, las ambulancias, las armas, los víveres, los cañones, los heridos, todo quedó en definitiva en nuestras manos, y lo que es más: de los prisioneros cogidos en el fragor de la batalla los peruanos se llevaron un niño, el subteniente Silva Basterrica, mientras que los chilenos trajeron como trofeos al campamento de Dolores un teniente coronel, un sargento mayor y varios capitanes. Después llevaron dos coroneles y con éstos el personal de oficiales de un ejército entero. ¿Quién había vencido a quién?

Pero lo que más vivamente enaltece y glorifica ante la historia el reflejo de aquel día inmortal por su luto y por su nombre, es que los chilenos pelearon desde el primer momento con la certeza inapelable del malogro, y solo obedeciendo al deber de morir por la honra de su suelo. En todas partes, desde Maipo y desde Yungay, estrella de fortuna les había alumbrado con el primer lampo del cañón en la batalla, desde el primer poste miliario de la senda y el rumbo de la victoria coronada en todas partes por esplendente aureola en alta cima. ¿Por ventura, entonces, necesitan nuestros invencibles soldados ostentar el esfuerzo, la grandeza sublime del que se abnega al sacrificio, resuelto, resignado y magnánimo, cual aconteció en Tarapacá, siendo esa inmolación anticipada, consentida y voluntaria la verdadera corona de su martirio y la verdadera y más lógica significación moral de su hecatombe?. (Lo que da a la batalla de Tarapacá una vista más peculiar, más dolorosa y al mismo tiempo de mayor grandeza es el contraste del número de sus muertos en el campo de los chilenos, comparativamente con otras batallas libradas en estos países o en cualquiera otro, respecto del número de sus heridos.

He aquí, en efecto, esta proporción tomada de datos oficiales (Memoria de la guerra de 1880):

	<i>Heridos.</i>		<i>Muertos</i>
Zapadores.....	26	64
Artillería de Marina.....	35	68
Chacabuco.....	49	42
Regimiento 2° de línea.....	69	334
 Total.....	 179	 Total.....	 508

La fórmula contraría entre muertos y heridos habría sido todavía enorme, pero en fin aceptable.

Las pérdidas de los peruanos fueron talvez mayores por su manera de pelear, entregando a los proyectiles todo el cuerpo; pero no se han contado, excepto en cuanto a vista de ojo en todas partes se encontró mayor número de cadáveres del enemigo que de los chilenos, siendo de notarse que la mayor parte de éstos se hallaban horriblemente mutilados.

En cuanto a oficiales, la pérdida total de unos y otros fue de 78 bajas, cabiendo este número por mitad a los combatientes: 39 a los chilenos y 39 a los peruanos.

Perdieron aquellos 2 tenientes coroneles (Ramírez y Vivar); 1 sargento mayor (Valdivieso); 4 capitanes (Garretón, Silva., Garfias y Frías); 3 tenientes (Urriola, Cuevas y Cotton Williams); 10 subtenientes (Barahona, Bascuñán, Bascuñán Valdovino, López, Moreno, Gajardo, Morales, Jordan, Mendoza y Alvarez); 20 en todo.

La pérdida de los peruanos fue mayor en jefes porque quedaron en el campo o murieron a consecuencia de sus heridas 2 coroneles (Suarez y Ríos); 2 tenientes coroneles (Zubiaga y Melendez); 4 sargentos mayores (Perla, Figueroa, la Puerta y Escobar); 4

capitanes (Figueroa, Sixto Melendez, Carrión y Valdivia). En cambio, solo perdieron 4 tenientes y 3 subtenientes por 10 de los de Chile (total 19).

En cuanto a los heridos tuvo la división Arteaga 7 capitanes fuera de combate, 3 tenientes, y 9 subtenientes; y el ejército del Perú 1 coronel, 3 tenientes coroneles, 2 sargentos mayores (siempre la misma gran desproporción de jefes) 4 capitanes, 4 tenientes y 6 subtenientes: en todos 20 oficiales heridos por 16 de Chile, y gran total 80: ¡una matanza completa!

Si algún nombre técnico mereciera, en efecto, la batalla de Tarapacá sería el que los americanos del Norte dieron con propiedad a la de Williamsburg, en 1862, “un corral de matanza” (*a slaughter pen*).

XX.

Entretanto, la división chilena salida de Santa Catalina el día de la víspera, regresaba a la estación de Dibujo (llamada por algunos de Negreiros) por el camino que había traído, cerrando estratégicamente su desfile, la caballería. Llevaba esta, en el orden debido, el mayor número de los heridos que habían escapado a la carnicería por el plomo, a la destrucción por la incuria y al exterminio por el asesinato que en ese momento fue frecuente; y mientras esto tenía lugar hacia los llanos, el enemigo que se creía transitoriamente vencedor por las ventajas momentáneas del asalto, comenzaba la fuga hacia Arica, abandonando en el campo de batalla, sus heridos, los cañones que nos habían arrebatado por el ocaso y el país que nosotros habíamos venido a quitarle por la razón o la fuerza.

¿Cual era entonces y en definitivas el vencimiento militar, de quien el éxito político, de cual de los dos beligerantes la campaña?.

XXI.

A la verdad, si en la quebrada de Tarapacá hubiera habido victoria para los enemigos y provocadores injustos de Chile, habría sido ella interina, si tal pudiera llamarse, al paso que el éxito de las operaciones que allí terminaron fue para las armas de Chile un éxito asombroso y completo.

Los restos del ejército que la Alianza había destinado a la defensa de aquellos territorios, llegaban en efecto a Arica el 18 de diciembre, después de veintidós días de marchas en que sembró las cordilleras y el desierto con sus despojos y sus muertos. Y mientras sus generales “vencedores” eran reducidos a prisión y a juicio, se venían al suelo los pilares del pacto y su falsía, el general Prado que había fugado de Arica a Lima, fugaba por segunda vez hacia Europa (diciembre 18); y era derrocado ignominiosamente el

cobarde presidente Daza por una revolución de honra y de cuartel, durante un paseo de placer o tentación que le llevó al mar y al destierro.

Y así, en la luctuosa historia de aquellos países singulares, con días de diferencia aparecía un dictador en Lima (diciembre 26) y un caudillo en Tacna (diciembre 27)

Era ése el doble eco de las victorias gloriosas de Chile en el litoral enemigo.

XXII.

La guerra y sus campañas entraban en una faz diversa y más amplia, pero el ejército y la armada a cuyo brazo se había confiado la conquista y la ocupación de Tarapacá, provincia rica y fronteriza del Perú, argumento único y limitado de esta historia, había llenado por entero su misión.

Y por esto fue que, alzando voz de justicia en su favor y en prenda de gratitud pública, el que esta historia escribe hoy en el retiro del trabajo asiduo y en la admiración de la gloria sin envidia, propuso al Senado de la República el siguiente voto de gracias que talvez es el más apropiado fin de esta historia (mientras salen a la estampa nuevos y depurados anales, de sus gloriosos hechos) porque ese voto fue acogido por la respetuosa unanimidad del Congreso de la Nación y el aplauso ardiente de todos los chilenos.

XXIII.

Ese documento final y culminante dice así:

“Nuestra Marina, desde que entró en el período de la acción, ha destruido por completo los elementos navales del enemigo; ha libertado nuestras costas del insulto audaz y casi cotidiano de la presencia de sus naves ligeras; ha librado combates gloriosos y hecho presas que han roto la moral de nuestros adversarios; ha restituido la confianza al comercio nacional y al extranjero; por el efecto de sus triunfos ha restablecido el crédito público vacilante en los mercados de Europa, y sobre todo esto, ha dado días de eterno esplendor a la bandera con que estábamos acostumbrados, desde hace medio siglo, a llamarnos señores del Pacífico.

La obra de nuestro ejército no ha sido menos rápida ni menos maravillosa. En el corto espacio de un mes ha dominado una provincia que en sí misma constituye un país tan rico como inclemente; ha hecho una guerra por el desierto que recuerda las de Cesar y de Mario en la estéril Numidia, ha roto las cerraduras del Perú en el punto que eran más fuertes y más inaccesibles; ha recorrido una serie de posiciones militares que se juzgaban

inexpugnables desde Pisagua a Iquique, haciendo una curva hasta el pie de los Andes, en cuyas faldas ha dejado, entre tumbas, la tradición y el renombre de inmortal denuedo.

Al propio tiempo, ha abierto al país una zona inmensa de trabajo, de producción y de riqueza, delante de cuya adquisición el ponderado rescate de “Atahualpa” queda reducido a una cifra nimia, tanta es su fabulosa opulencia.

Y todo esto lo ha ejecutado en medio de mil fatigas, bajo un sol abrasador, entre movedizas arenas, luchando con la soledad, con el sueño, con la sed y con la muerte.

No se me oculta por esto que ha habido graves errores y lamentables extravíos, sobre cuyos puntos y responsabilidades cada uno de nosotros guardará la independencia de su juicio personal para manifestarlo en la hora debida.

Pero, considerada en sí misma la empresa llevada a cabo por el soldado y el marino en todas las esferas del deber y del heroísmo, la campaña que ha dado por resultado el dominio del Pacífico y la ocupación completa de Tarapacá, desde el Loa al río de Camarones, es una de aquellas hazañas y de aquellos servicios públicos que, conforme a la frase solemne de la Constitución del Estado, “empeñan la gratitud nacional”.

En consecuencia, y sin ningún otro comentario, me permito someter a la consideración del Senado el siguiente proyecto de acuerdo:

“LA ARMADA Y EL EJÉRCITO DE CHILE, MERECE BIEN DE LA PATRIA”.

FIN DE LA HISTORIA DE LA CAMPAÑA DE TARAPACÁ.

APÉNDICE.

De acuerdo el editor con el autor de esta obra han resuelto suprimir, en obsequio de sus suscriptores, los documentos anunciados para figurar en el apéndice del presente tomo, a fin de no hacerlo exageradamente voluminoso y principalmente porque todos, o la mayor parte de aquellos, han sido publicados recientemente en la *Memoria de guerra y marina de 1880*.

Nos limitamos por consiguiente a indicar el número de orden en que figuran en el libro esos documentos, por si alguien tiene curiosidad de consultarlos en sus fuentes, a saber:

I. Partes oficiales relativos al combate sostenido por el *Huáscar* contra el *Abtao* y plaza de Antofagasta el 25 de Agosto de 1879.

II. Partes oficiales sobre el combate de Angamos.

III. Id. id. sobre el desembarco de Pisagua.

IV. Id. id. sobre el combate de caballería de Agua Santa.

V. Id. id. sobre la batalla de San Francisco.

VI. Id. id. sobre la batalla de Tarapacá.

Los documentos secundarios y partes parciales de estas jornadas que no se encuentren en la *Memoria de la guerra* citada, se hallarán con seguridad en el *Boletín de la guerra del Pacífico*, recopilación interesante que será siempre un útil corolario de toda historia consagrada a la presente guerra.

El Editor.

Santiago, 1º de octubre de 1880.

ÍNDICE

DEL TOMO II.

	Páginas.
CAPÍTULO I. La guerra en Santiago.....	4
- II. El cantón militar de Antofagasta	20
- III. La <i>Pilcomayo</i> en Tocopilla.....	47
- IV. El combate nocturno del 10 de julio	59
- V. El bombardeo de Iquique.....	73
- VI. El señor SantaMaría en Antofagasta	90
- VII. El <i>Huáscar</i> y la <i>Unión</i> en Caldera	100
- VIII. La captura.....	112
- IX. La asonada del 31 de julio.....	133
- X. El Glenelg.....	152
- XI. La tercera cruzada.....	162
- XII. El gran cañoneo de Antofagasta	180
- XIII. Arica y Tongoy.....	190
- XIV. Angamos.....	208
- XV. Los peruanos en Lima.....	240
- XVI. El ejército de la alianza en la víspera de la invasión.....	262
- XVII. La división invisible. Campero en Cotagaita.....	293
- XVIII. Las escaramuzas del desierto....	320
- XIX. Los últimos aprestos.....	343
- XX. Entre Arica y Lima.....	362
- XXI. La espera (Patillos y Pisagua)...	382
- XXII. El asalto de Pisagua.....	394
- XXIII. Agua Santa.....	432
- XXIV. La concentración.....	456
- XXV. La víspera.....	480
- XXVI. Batalla de San Francisco.....	507
- XXVII. En la tierra y el mar.....	540
- XXVIII. La inercia después de la victoria	554
- XXIX. La marcha por el desierto a la “encerrona de Tarapacá”.....	564

	Páginas
- XXX. El campo de batalla.....	577
- XXXI. Zapadores y Zepitas.....	588
- XXXII. El regimiento 2º de línea en la quebrada.....	615
- XXXIII. La victoria.....	635
- XXXIV. ¡El desenlace!.....	647
Apéndice.....	665
